



Universidad Nacional
de General Sarmiento 

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES 2007-2008

Acreditación de la Coneau (Resolución 320/04)

Tesis para obtener el grado de
Doctor en Ciencias Sociales

Título de la Tesis

**Las formas emergentes de movilización de las clases
medias en la crisis. Un análisis clasista de las asambleas
barriales y los ahorristas estafados.**

Marcelo Gomez

Directora: Maristella Svampa

Junio 2011



FORMULARIO "E" TESIS DE POSGRADO

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

- a) Liberar el contenido de la tesis para acceso público.
- b) Liberar el contenido de la tesis solamente a la comunidad universitaria de la UNGS.
- c) *Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años. X*

a. Título completo del trabajo de Tesis: *Las formas emergentes de movilización de las clases medias en la crisis. Un análisis clasista de las asambleas barriales y los ahorristas estafados*

b. Presentado por (Apellido/s y Nombres completos del autor): GOMEZ, Marcelo Flavio

c. E-mail del autor: mgomez@unq.edu.ar

d. Estudiante del Posgrado (consignar el nombre completo del Posgrado): Doctorado en Ciencias Sociales

e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado (consignar los nombres desarrollados y completos): Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) e Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)

f. Para recibir el título de (consignar completo):

a) Grado académico que se obtiene: Doctor

b) Nombre del grado académico: Doctor en Ciencias Sociales

g. Fecha de la defensa: / /
 día mes año

h. Director de la Tesis (Apellidos y Nombres): Svampa, Maristella

i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres):

- j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:
- k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.): 454 pgs. Anexo con DVD de video documental e imágenes.
- l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis: se tomaron grupos movilizados de grandes ciudades Buenos Aires y Gran Buenos Aires, Rosario, Mar del Plata, La Plata, Mendoza y Bariloche, entre los años 2001 y 2007.
- m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves): clases sociales – movimientos sociales – clases medias – acción colectiva – identidades sociales
- n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):
La irrupción de los sectores medios con formas no convencionales de acción y organización colectiva desafiante (cacerolazos, escraches, asambleas barriales y grupos de ahorristas estafados) ha sido uno de los rasgos más salientes del ciclo de movilización desde diciembre del 2001. La tesis indaga el campo de las prácticas de lucha innovadoras de las capas medias desde el punto de vista clasista. Las formas de conciencia, identidad y subjetividad que emergen, los procesos de estructuración de la acción y la organización colectiva, sus relaciones con otras clases y sectores, son analizadas de acuerdo con las capacidades de acumulación, transferencia y utilización colectiva de distintos tipos de poderes causales de clase (Savage), sus estrategias de conversión (Bourdieu), y sus relaciones de antagonismo frente a otros sectores. Se analizaron nueve asambleas barriales y seis grupos de ahorristas estafados de Buenos Aires y grandes ciudades del interior, utilizando entrevistas semiestructuradas a participantes, no participantes y antagonistas de los mismos, además de análisis de contenido de documentación de los movimientos.
- o. Resumen en portugués (hasta 1000 caracteres):
A irrupção dos sectores médios com formas não convencionais de acção e organização colectiva desafiante (“cacerolazos”, “escraches”, assembleias barriales e grupos de proprietários de poupanças confiscadas) foi um dos rasgos mais salientes do ciclo de mobilização desde dezembro do 2001. A tese indaga o campo das práticas de luta inovadoras das capas médias desde o ponto de vista clasista. As formas de consciência, identidade e subjetividade que emergem, os processos de estruturação da acção e a organização colectiva, suas relações com outras classes e sectores, são analisadas de acordo com as capacidades de acumulação, transferência e utilização colectiva de diferentes tipos de poderes causales de classe (Savage), suas estratégias de conversión (Bourdieu), e suas relações de antagonismo em frente a outros sectores. Analisaram-se nove assembleias barriales e seis grupos de proprietários de poupanças confiscadas de Buenos Aires e grandes cidades do interior, utilizando entrevistas semiestructuradas a participantes, não participantes e antagonistas dos mesmos, além de análises de conteúdo de documentação dos movimentos.
- p. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres):
The irruption of the middle class sectors with non-conventional forms of collective challenging action and organization (“pot-banging”, “escraches”, neighbourhood assemblies and cheated savers groups) constituted one of the most important features in that critical context of mobilization since December 2001. The thesis explores the innovative practices of fight of the the middle class from a classist point of view. Middle sectors consciousness's forms, identity, subjectivity, the structuring processes of the action and the collective organization, together with their relationship with other classes and sectors, are analyzed according to the capacities of accumulation, transference and collective utilization of differents types of causal powers of class (Savage), estrategias of conversion (Bourdieu), and relationship of antagonism to others sectors. It was analyzed nine neighbourhood assemblies and six groups of cheated savers of the city of Buenos Aires and others great cities of Argentina, utilising semi-structured

interviews of participants of movements, non-participants and antagonists, likewise it was accomplished the analysis of content of documentation of these movements.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

Firma del autor de la tesis:

RESUMEN

Tesis: Las formas emergentes de movilización de las clases medias en la crisis. Un análisis clasista de las asambleas barriales y los ahorristas estafados.

Tesista: Mgr. Marcelo Gomez

Directora: Dra. Maristella Svampa

La movilización social generalizada y la crisis estructural de acumulación y gobierno a partir de diciembre del 2001 en la Argentina, constituyeron el contexto de emergencia de formas novedosas de organización, identidad y acción colectiva. Uno de los rasgos, que son marcados con mayor insistencia como más peculiares de aquel contexto de movilización, ha sido la irrupción de los sectores medios con formas no convencionales de acción y organización colectiva desafiante: cacerolazos, escraches, asambleas barriales y grupos de ahorristas estafados.

La literatura existente sobre estos procesos de movilización parte del supuesto de su carácter clasista. Las dicotomías piquete/cacerolas, asambleas/movimientos de desocupados, escraches/cortes de ruta, vecinos/excluidos, e incluso ahorristas/trabajadores, recorren los trabajos que se han producido, inscribiendo los análisis en una problemática de clases. Sin embargo, esta problemática aparece planteada como una elemental constatación de los espacios geográficos y sociales sobre los que se desarrollan los diversos grupos movilizados o, en el mejor de los casos, sobre alguna descripción no muy detallada de las características sociodemográficas de los miembros de los grupos o participantes en las acciones colectivas.

La tesis plantea la especificación de las determinaciones clasistas de la acción colectiva de los sectores medios para descubrir aspectos no visibles, o dar nuevas explicaciones de los ya evidentes y mejorar la comprensión de las prácticas contestatarias de estos sectores. En este sentido aspiramos a reflotar el potencial analítico del concepto de “clase”, en una coyuntura de notoria inestabilidad en donde las delimitaciones clasistas “estáticas” se hacen borrosas o parecen perder todo sentido.

¿Qué hay o qué puede estudiarse detrás de esta constatación intuitiva de correspondencias entre formas de acción y organización y clases medias?; ¿cómo captar el elemento clasista en el desarrollo de la organización, la acción y la identidad de estos colectivos movilizados?

Estas preguntas obligan a una recuperación y, al mismo tiempo, crítica y readecuación del análisis de clase de los sectores medios. No vamos a utilizar un concepto cartográfico de clase como sistemas de diferenciación posicional de agentes sociales por medios estadísticos con propósitos de análisis de macroestructuras sociales, sino un concepto dinámico de análisis clasista de la acción colectiva que permita el abordaje de antagonismos y conflictos específicos, reconstruyendo las mediaciones entre los agentes movilizados y sus condiciones materiales y simbólicas de existencia. Para ello vamos a recurrir a los conceptos de poderes causales de clase (Savage), especies de capital y estrategias de conversión (Bourdieu) y de antagonismo de intereses (marxismo analítico).

El propósito general de la tesis es indagar el campo de las prácticas de lucha innovadoras de las capas medias desde el punto de vista clasista. Las formas de conciencia, identidad y subjetividad que emergen, los procesos de estructuración de la acción y la organización colectiva, sus relaciones con otras clases y sectores, serán analizadas bajo el principio de su determinación clasista, es decir, de acuerdo a las capacidades de acumulación, transferencia y utilización de propiedad, educación, autoridad, conocimiento y cultura.

El marco empírico alcanza a nueve asambleas barriales y seis grupos de ahorristas estafados de la Ciudad de Buenos Aires, Gran Buenos Aires, Rosario, Mendoza, Mar del Plata, La Plata y Bariloche. Se realizaron entrevistas semiestructuradas a 60 participantes de los movimientos y a 28 no participantes o antagonistas de los mismos, lo que permite realizar un análisis comparativo. Asimismo se llevó a cabo el análisis de contenido de documentación y material de archivo de la mayor parte de las asambleas del área metropolitana, y un relevamiento de medios de prensa sobre acciones colectivas de los movimientos. Por último, también se realizó un sondeo por encuesta domiciliaria de 600 casos en Capital y Gran Buenos Aires sobre predisposición a la acción colectiva.

El Cap. I presenta el planteo analítico y metodológico. El Cap. II desarrolla las herramientas analíticas y aborda críticamente las teorías sobre la determinación clasista de la acción colectiva y su relación con la problemática contemporánea de las clases medias. El Cap. III toma los antecedentes históricos de la movilización de las clases medias y su situación tras las reformas neoliberales, para luego abordar críticamente los estudios existentes de los movimientos de asambleístas y ahorristas. El planteo argumental y el análisis de los casos de ambos movimientos se presentan a partir del Capítulo IV en donde se aborda el tema de la composición de clase y el perfil sociodemográfico de ambos movimientos. En el Capítulo V se detallan los procesos de enmarcamiento de intereses y demandas en ambos movimientos y su relación con la dinámica clasista de poderes causales. Finalmente el Capítulo VI analiza las formas de estructuración de la organización y la acción colectiva sobre la base de sus determinantes clasistas.

ABSTRACT

Thesis: Emerging forms of mobilization of the middle classes in the crisis. A class analysis of neighborhood assemblies and the cheated savers.

Ph.d. student: Mgr. Marcelo Gomez

Director: Dr. Maristella Svampa

Widespread social mobilization and the structural crisis of accumulation and government, since December 2001 in Argentina, constituted the emergency context of novelties forms of organization, identity and collective action. One of the features that are marked with insistence, as more peculiar in that context of mobilization, has been the irruption of the middle class sectors with non-conventional forms of collective challenging action and organization: pot-banging (“cacerolazos”), “escraches”, neighborhood assemblies and cheated savers groups.

Existing literature on these processes of mobilization starts from the assumption of its classist nature. The dichotomies picket/pots-banging, assemblies/movements of unemployed, “escraches”/roadblocks, neighbours/excluded people, and even savers/workers, are present in all of the works produced, registering the analysis in a subject of classes. However, this theme is based on the elementary observation of social and geographical spaces, which mobilized groups are developed about or, at best, about a not very detailed description of the socio-demographic characteristics of the members of groups or participants in collective actions.

The thesis presents the specification of the classist determinations of the collective action of the middle classes to discover non-visible aspects, also to explain the evident ones and to improve the understanding of the contentious practices in these social sectors. In this regard, we aim to revive the analytical potential of the concept of “class”, in the context of notorious instability where the “static” classist boundaries become blurred or seem to lose all sense.

What is there to study behind this intuitive observation of correspondences between forms of action and middle classes?. How can we capture the classist element in the development of the organization, the action and the identity of these mobilized groups?

These questions require a recovery and, at the same time, criticism and readjustment of the classist analysis of middle social sectors. We will not use a “cartographic” concept of class as systems of positional differentiation of social agents by statistical resources for the purpose of macro structural analysis. On the contrary, we’ll use a dynamic concept of classist analysis of collective action to deal with antagonisms and specific conflicts, rebuilding the mediations between mobilized agents and its material and symbolic conditions of existence. To do this, we will have recourse to the concepts of causal powers of class (Savage), species of capital and strategies of conversion (Bourdieu), and antagonism of interests (analytical marxism).

The overall purpose of the thesis is to explore the fight innovative practices of the middle class from a classist point of view. Consciousness’s forms, identity, subjectivity; the structuring processes of the action and the collective organization, its relationship with other classes and sectors, will be analyzed under the principle of its classist determination, that is to say, according to the capacities of accumulation, transference and utilization of property, education, authority, knowledge, and culture.

The empirical framework reaches nine neighborhood assemblies and six groups of cheated savers of the city of Buenos Aires, Rosario, Mendoza, Mar del Plata, La Plata and Bariloche. We achieved sixty (60) semi-structured interviews of participants of movements and twenty eight (28) of non-participants or antagonists to carry out a comparative analysis. Likewise, a household survey of 600 cases in metropolitan area of Buenos Aires has been done, consulting about the predisposition on collective action.

Finally, it was accomplished the analysis of content of documentation and archival material of the bulk of the assemblies of the metropolitan area, and a research in the newspapers about collective actions of the movements.

Chapter I present the analytical and methodological approach. Chap. II develops analytical tools and critically discusses the theories about the classist determination of collective action and its relation to the contemporary problems of middle classes. Chapter III takes the historical background of the mobilisation of the middle classes and their situation after the neo-liberal reforms. The storyline, approach and analysis of both movements are presented from Chapter IV. Here it is studied the issue of class composition and the socio-demographic profile of both movements. Chapter V describes the processes of interests and demands in both movements and their relationship with the classist dynamics of causal powers. Finally, Chapter VI examines the ways of structuring the organization and collective action on their classist determinants.

INDICE GENERAL

	Pág.
Capítulo I - Introducción y marco metodológico	
Introducción: planteo, objetivos y ruta de lectura	1
El marco metodológico	4
Estrategia de abordaje metodológico	5
Recorte empírico	6
Relevamientos y Trabajo de campo	9
Entrevistas semiestructuradas	9
Análisis de documentación	11
Observaciones de situaciones naturales	12
Encuesta de predisposición a la acción colectiva	12
Ruta y criterios de lectura	13
Capítulo II - Acción colectiva y clases medias: problemas y enfoques teóricos	
Clase y acción colectiva: problemas teóricos	14
Las muertes del concepto “clase”	14
Problemas teóricos del análisis clasista de la acción colectiva	17
Teoría social clásica: Marx, Weber y sus sucesores	18
Marx y el marxismo: entre las estructuras y la lucha de clases	18
Weber y la multidimensionalización que oculta el conflicto	23
Teoría social posclásica: de lo posicional a lo relacional	26
Teorías de la acción colectiva	31
La teoría de la movilización de recursos: acción colectiva y estrategia	31
La construcción simbólica de los movimientos sociales: identidad y orientación cultural	35
Del análisis de clase al análisis clasista	39
La superación del análisis de clase	39
El abandono del dispositivo estructura-distribución	39
El abandono del dispositivo posición-acción	42
El abandono del dispositivo posición-objetiva / conciencia subjetiva	43
El abandono del punto de vista reproductivista/homogeneizador	48
Esquema conceptual del análisis clasista	50
La conceptualización del antagonismo	51
La dinámica de los poderes causales clasistas. Propiedades relacionales y estratégicas	54
Propiedad y capital económico	58
Educación, Cultura, Capital simbólico	61
Poderes organizacionales: capital social, político y burocrático	64
Instancias de mediación y activación de los poderes causales	67
Proceso de formación de clase	70
Estrategias de conversión	71
El proceso de colectivización clasista	74
Dimensiones y alcances del poder colectivo de clase	77
Dificultades del análisis clasista en las clases medias	79
Déficit constitutivo y bloqueos a la colectivización	80
Déficit de conciencia	84
Propiedad, educación, autoridad: viejas y nuevas clases medias	86

Capítulo III -Antecedentes históricos y condiciones estructurales de la movilización de las clases medias

Estructura social y formación de la clase media en la Argentina	90
Las transformaciones de los años '90 y los sectores medios	96
Las inconsistencias de poderes causales: movilidad espuria	98
Poderes de clase y reformas neoliberales	104
Los estudios sobre la movilización social en la crisis	114

Capítulo IV- La composición de clase de la movilización colectiva

Las características y composición de las bases de apoyo de los movimientos	125
Alcances y extensión de la crisis: masificación de perjuicios	125
Perfiles sociales y sesgos clasistas de los cacerolazos	126
Los alcances clasistas de los impactos de la crisis	128
El perfil sociodemográfico de los afectados por el “corralito”	131
El perfil sociodemográfico de la beligerancia “antipolítica”	132
Asambleístas y ahorristas: ¿separados al nacer?	135
La composición de clase dentro de los movimientos estudiados	137
Características sociodemográficas de los participantes de los movimientos	138
Edad y Sexo	138
Clase y ocupación	141
Las asambleas: la celebración de la heterogeneidad y el declive	143
Los ahorristas: la mimetización hacia abajo	150
Poderes burocráticos y poderes educativos	154
El capital político, los antecedentes de experiencia en participación	155
Factores extraclasistas	159
La incidencia étnica y migratoria	159
Los multisocializados y las biografías traumáticas	160

Capítulo V- La lógica clasista en la formación de intereses y demandas

Los enmarcamientos interpretativos de la crisis	163
Los años '90 y el menemismo	163
Entre el éxito individual y el fracaso colectivo	164
El noventismo residual	165
La imputación de responsabilidades y el papel de las clases medias	167
El reflejo de pegarse al éxito	169
Las inversiones de sentido de la modernización de los '90	171
La crisis del 2001	173
La construcción de los agravios: la victimización	178
Los marcos de validación y justificación de demandas	190
Los ahorristas: entre la moralización del ahorro y el derecho de propiedad	191
Los asambleístas: entre el pueblo y la necesidad de concientización	200
La formación de intereses materiales. Reglas de cálculo y toma de decisiones	208
El corralito y sus paradojas: las mil caras de los “ahorros”	210
Tipología de intereses del ahorrista: origen y destino de los fondos	211
La lógica de uso y la lógica de cambio. Interés e identidad	214
Los deslizamientos y dinámicas de la definición de intereses en la crisis	217
Contradicciones y divergencias entre formas de poder causal económico	224

Contradicciones entre capital económico y poderes causales organizacionales, sociales y simbólicos	233
Las dependencias del poder financiero y sus estrategias	237
Los dilemas de la politización destituyente: las mil caras del QSVT	243
Multiformidad e insuficiencia en la definición de intereses económicos	244
El imperio del capital simbólico y el peso de los estilos de	251
El QSVT y la elaboración de intereses políticos: destitución del poder o poder destituyente	256
La versión nihilista	257
La versión conservadora	258
La versión reformista	260
La versión radicalizada	264
Posicionamientos clasistas y definiciones de antagonismos	267
Las fronteras y los conflictos interclasistas	268
Los antagonismos hacia arriba	269
Los antagonismos hacia abajo	272
La dinámica de las diferencias intraclasistas	280
Capítulo VI- La lógica clasista en las prácticas de organización y lucha	
Estructuras de movilización y detonantes iniciales	287
La movilización de las organizaciones de la pequeño burguesía propietaria: las puebladas del interior	287
El surgimiento de las asambleas y los ahorristas estafados	289
Las configuraciones de poderes causales en los iniciadores e impulsores	299
Una lectura clasista de la organización y el funcionamiento	307
Señas de identidad: nombres y criterios de admisión	307
Definición de membresías y pertenencias	319
Subestructuras de movilización	327
Lugar, horarios, recursos	332
Prácticas organizativas y problemas de colectivización	339
Las formas de cooperación y cohesión interna	339
Las contradicciones del horizontalismo	343
Prácticas de lucha y acción colectiva	358
Los repertorios modulares de acción colectiva en las clases populares y la clase media	359
El formato canónico: el escrache como condena simbólica	364
El escrache como contrac coerción y poder situacional	368
Otros repertorios de acción colectiva contrac coercitiva	375
Las formas de la disrupción: creatividad e innovación	379
Ahorristas: entre el humor y la agresividad	379
Asambleístas: entre la conciencia y los riesgos	387
La dinámica de la lucha y la definición de oponentes	392
La dinámica clasista interna generada por la lucha	405
CONCLUSIONES	409
BIBLIOGRAFIA Y REFERENCIAS	439
ANEXO METODOLÓGICO Y VIDEO	454

Capítulo I

Introducción y marco metodológico

Introducción: planteo y objetivos

Este trabajo pretende inscribirse en la ya nutrida gama de estudios e investigaciones sobre la configuración de los sujetos colectivos protagonistas del intenso y acelerado ciclo de movilización social y política que se abre en los últimos años de la década del '90 en Argentina y eclosiona en diciembre del 2001.

Hay pocas dudas de que las mutaciones en el régimen social de acumulación y en el régimen político de gobierno (Nun, 1995) durante la década del '90 han transformado el conjunto de las condiciones de la acción y la organización colectiva en nuestro país.

Los cambios en el patrón de acumulación de capital, en la inserción de la economía argentina en el mercado mundial, en la estructura de clases, en la conformación de las clases dominantes y subalternas, en las relaciones entre estado y sistema político, y en la articulación entre estado y sociedad civil, constituyen macroprocesos que enmarcan la naturaleza específica de la crisis orgánica y los posicionamientos de los agentes sociales movilizados ante la misma.

La movilización social generalizada y la crisis estructural constituyeron el contexto de emergencia de formas variadas y novedosas de organización, identidad y acción colectiva, que convirtieron a la Argentina de aquel momento en un “laboratorio experimental contestatario” a los ojos del mundo (Svampa, 2005: 264).

Nuestra empresa analítica parte de recortar uno de los rasgos que en general son marcados como salientes por lo inesperados de aquel contexto de movilización: la irrupción de la organización y acción colectiva desafiante y no convencional de los sectores medios con sus formas específicas de asambleas barriales y grupos de ahorristas estafados llevando a cabo cacerolazos, escraches, boicots, etc.

Casi toda la literatura existente sobre estos procesos de movilización parte del supuesto de su carácter clasista. El contrapunto piquetes / cacerolazos, asambleas / organizaciones de desocupados, escraches / cortes de ruta, vecinos porteños / excluidos del conurbano, e incluso ahorristas / trabajadores, recorren los trabajos que se han producido, inscribiendo los análisis casi “obviamente” en una problemática de clases. Sin embargo, el contenido clasista aparece planteado de una manera puramente descriptiva y “clasificacional” basado en la elemental constatación de los espacios geográficos y sociales sobre los que se desarrollan los diversos grupos movilizados o, en el mejor de los casos, sobre alguna descripción no muy detallada de las características socioeconómicas y ocupacionales de los miembros de los grupos o participantes en las acciones colectivas. Con ello se corre el riesgo de caer bien en la falacia ecológica de atribuir pertenencias de clase basadas en distribuciones espaciales, bien en la falacia distributiva de atribuir intereses colectivos a sumatorias de intereses individuales. Por

otra parte, estos estudios subrayan la heterogeneidad insanable de las clases medias involucradas en las movilizaciones, y esta sola constatación parece suficiente para eximir las de un análisis específicamente clasista. Así, las limitaciones de los estudios sobre la movilización de los sectores medios son evidentes en este punto: luego de dar por sentado el carácter de clase media de asambleístas y ahorristas, el análisis de las formas de lucha, organización y subjetividades parecen prescindir de las mediaciones por las condiciones sociales y materiales de existencia, asumiendo la forma de una sospechosa y enigmática autonomía o distanciamiento de la condición de clase¹.

Por otra parte la sorprendente heterogeneidad entre ambos movimientos, y dentro de cada uno de ellos, desafía los análisis clasistas: una misma base social estaría adoptando formas colectivas bastante disímiles y hasta enfrentadas.

El convencionalismo basado en la constatación “demográfica” de las localizaciones barriales y los supuestos economicistas de que si no son sindicalizados, no son desocupados y tienen ahorros, entonces son clase media, son a todas luces insuficientes. A partir de estas limitaciones podemos plantear una primera serie de preguntas inspiradoras: ¿qué hay o qué puede estudiarse detrás de esta correspondencia entre formas de acción y organización y posiciones de clase media?; ¿cómo captar el elemento clasista en el desarrollo de la organización, la acción y la identidad de estos colectivos movilizados?; y, atentos a la heterogeneidad de casos empíricos, ¿estos movimientos están atravesados por una o por varias “lógicas clasistas”?

La cuestión que planteamos aquí no pasa tanto por el grado de validez o no del supuesto de la “determinación clasista” de la acción colectiva de los sectores medios, sino más por su especificación, por la extracción de las consecuencias analíticas pertinentes para descubrir aspectos no visibles o dar nuevas explicaciones de los ya evidentes, y mejorar la comprensión de las prácticas contestatarias de estos sectores. En este sentido aspiramos a reflatar el potencial analítico de un concepto como el de “clase” vapuleado de diversas maneras... ¡y con muchas razones!, e intentaremos utilizarlo en un lugar incómodo como es el de los sectores medios, y en una coyuntura o etapa histórica de notoria inestabilidad en donde las delimitaciones clasistas “estáticas” y clasificatorias parecen perder todo sentido o al menos tienden a hacerse difusas y esquivas.

Todo ello obliga a una recuperación y al mismo tiempo crítica y readecuación del análisis de clase de los sectores medios, es decir, del análisis de la relación entre posiciones estructurales, prácticas y conciencia.

¹ Este déficit no deja de tener un cierto carácter clasista: la clase media aparece como aquella clase “desinteresada” que puede trascender sus determinaciones económicas.

Por supuesto, no vamos aquí a utilizar un concepto cartográfico de clase como sistemas de diferenciación de agentes sociales por medios estadísticos con propósitos de análisis macro de estructuras sociales, sino un concepto dinámico de “lógica” clasista de la acción que permita el análisis micro de colectivos particulares. Esto significa acometer la tarea de reconstruir las mediaciones entre las prácticas y acciones colectivas de los agentes movilizados y sus condiciones materiales y sociales de existencia².

Nótese que en el caso de los movimientos de trabajadores desocupados y de empresas recuperadas el déficit del análisis clasista de la acción colectiva, entendido como el estudio de estas mediaciones entre estructuras-prácticas-conciencia, es sensiblemente menor: las hipótesis de la territorialización del conflicto y la organización ante los procesos de desindustrialización, precarización y disciplinamiento en los lugares de trabajo; las formas de autoorganización para la subsistencia; las relaciones de conflicto y negociación con los aparatos del estado; el uso del corte de ruta y la ocupación del lugar de trabajo como supletorio de la huelga; el surgimiento de identidades locales y fundadas en la experiencia de lucha, etc. han sido casi universalmente analizados en la literatura como fenómenos asociados a los cambios en las condiciones de vida de las clases populares.

El propósito general de la tesis sería entonces indagar el campo de las prácticas políticas y reivindicativas contestatarias y la acción colectiva innovadora de las capas medias desde el punto de vista del análisis clasista. Las formas de conciencia, identidad y subjetividad que emergen, los procesos de estructuración de la acción y la organización colectiva desafiante, sus relaciones con la política institucionalizada y el estado, sus relaciones con otras clases y sectores, serán analizadas bajo el principio de su determinación clasista. La pregunta ¿cuáles son las bases clasistas de las formas inéditas de la movilización colectiva de las clases medias en asambleas y grupos de ahorristas estafados? define el eje vertebrador de la tesis y conduce a indagar cómo la localización en posiciones estructurales, las trayectorias ocupacionales, las capacidades de acumulación, transferencia y utilización de propiedad, poder y cultura, la definición de intereses, de antagonistas y aliados, las contradicciones internas y los antagonismos externos, pueden iluminar aspectos y dimensiones de estos fenómenos inéditos de movilización colectiva. Un análisis dinámico de los factores clasistas operantes en procesos de movilización descarta el planteo de una clase preexistente ya formada en tanto posición estructural que explica los atributos o rasgos que asumen dichos procesos. El análisis dinámico supone que la clase se constituye en el conflicto y que es a través del proceso de lucha que las posiciones estructurales y las condiciones materiales y sociales de existencia

² El análisis dinámico de las determinaciones clasistas supone plantear un vaivén entre estructura y acción (Svampa, 2008: 24).

asumen el carácter de “poderes causales clasistas” (Savage, 1995) como veremos en detalle más adelante. El conflicto y la lucha son tomados en el análisis dinámico como instancias condensadoras de contradicciones desde el punto de vista de sus determinaciones clasistas³. Las prácticas de lucha desplegadas en contextos y situaciones críticas por los movimientos de asambleístas y ahorristas, permiten un acceso privilegiado a la naturaleza de las coerciones estructurales, y a las limitaciones y posibilidades de las propiedades de los poderes causales de las clases medias y sus nexos con las identidades sociales y los recursos culturales puestos en juego en estas coyunturas.

En este sentido, la tesis puede ser presentada como un intento de hacer una microsociología de los poderes causales clasistas y sus dinámicas de activación en el marco de un conflicto y en el contexto de una crisis social y política aguda. En una retórica que apela a la inveterada analogía orgánica podríamos decir que se intenta hacer una anatomía y fisiología clasista del fenómeno de la movilización colectiva.

El intento de indagar acerca de la pequeño burguesía argentina y de sus capacidades de acción colectiva, ofrece algunos escollos que conviene detallar. Por una parte el ya mencionado cuestionamiento teórico a los alcances conceptuales de la categoría “clase” y su aplicación a los sectores medios, y las posibles carencias del análisis clasista para entender la acción colectiva. Por otra parte, existe un déficit en los estudios sociográficos de los efectos sobre las clases sociales de los procesos de reforma estructural del capitalismo argentino en los '90. En parte por las limitaciones y problemas metodológicos del Censo de Población del 2001 que derivan en su incompatibilidad con los anteriores (Torrado, 2007: 62), y en parte por una notable postergación de los temas de estructura ocupacional en el ámbito de la sociología académica, volcada notablemente al estudio de los procesos de exclusión/pauperización por un lado y al análisis del desempleo por el otro, olvidando -con honrosas excepciones que veremos en detalle más adelante- los procesos de cambio en la estructura ocupacional y de la movilidad social, sobre todo la movilidad ascendente.

El marco metodológico

En este título y en el Anexo Metodológico establecemos con detalle la formulación metodológica y el tratamiento de la base empírica a desarrollar, los recortes y estrategias de abordaje, los criterios de selección de casos, las fuentes de datos, una presentación y análisis crítico de las fuentes y los instrumentos de relevamiento empírico.

³ En este sentido hay que recordar la observación de Luhman (1992: 191) en cuanto a que la sociedad se describe a sí misma a través de la protesta. A través del conflicto se asumen lugares desde donde pararse e intervenir en el orden social. No hay instancia social más “clasificante” que la lucha colectiva.

Estrategia de abordaje metodológico

La estrategia de abordaje metodológico se centra en la obtención de elementos de juicio empíricos sobre las dinámicas de los poderes causales clasistas dentro de las prácticas de los movimientos a través de técnicas cualitativas de relevamiento como entrevistas abiertas o semiestructuradas con integrantes de los movimientos, análisis de contenido de documentos y material de difusión, y observaciones de reuniones, movilizaciones o actividades de los mismos. El núcleo principal de la base empírica de la investigación en la que se apoya esta tesis está conformado por un extenso relevamiento cualitativo que intenta exceder el típico estudio de caso. No se ha tratado de estudiar todas las dimensiones posibles de uno o dos grupos particulares de ahorristas o asambleístas sino hacer un seguimiento más detallado en varios grupos pero circunscripto en las dimensiones clasistas de sus prácticas y discursos. No se trata aquí de desarrollar la historia o descripciones extensas de la experiencia de determinados casos de asambleas o ahorristas, sino de captar empíricamente y entender analíticamente una serie de procesos o fenómenos de la movilización social animados por una lógica clasista.

La estrategia general del análisis de los elementos clasistas presentes en las formas de acción, organización e identidad colectivas en los movimientos de ahorristas y asambleístas se orienta a la aprensión de dos series de fenómenos: cómo el contexto y las características de la crisis y los conflictos sociales son vistos por los sujetos estudiados como modos de condicionamiento que afectan sus poderes causales de clase y le plantean, tanto en términos individuales como colectivos, una serie de “desafíos estratégicos”; y cómo dichas acciones, formas de organización, y de identidad desarrolladas a través de la lucha de los movimientos, reconstituyen o redefinen estos poderes causales de clase.

En este planteo, que se aleja de un análisis de casos, resulta esencial establecer dos series de comparaciones: entre sectores movilizados y no movilizados pertenecientes a los mismos espacios sociales sujetos a coerciones estructurales semejantes; y entre sectores movilizados de formas diferentes (asambleas y ahorristas estafados, a su vez con notables diferencias dentro de cada uno de ellos). Este planteo explica también la cantidad de grupos seleccionados (9 de asambleístas y 6 de ahorristas), el intento de extender la cobertura geográfica a algunas ciudades del interior del país, lo que termina sumando una abundante cantidad de entrevistas realizadas, documentos relevados y observaciones de situaciones naturales⁴ (Ver Cuadro 1 en Anexo Metodológico).

⁴ El trabajo de campo se realizó entre setiembre de 2006 y diciembre del 2009, en el marco de los siguientes proyectos de investigación. PICT 12018/04 “La constitución de sujetos sociales en la crisis: identidad, acción y organización colectiva en la Argentina 1991-2002” con subsidio de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), dirigido por Ernesto Villanueva con participación de grupos de

El abordaje metodológico también incluye algunas fuentes de relevamientos complementarias que son importantes: análisis de contenidos de documentos y fuentes secundarias de otros grupos de asambleístas y ahorristas de todo el país, sus Websites y foros vía mail, registro de crónicas periodísticas o notas sobre fuentes de prensa de acciones sobre ambos movimientos entre diciembre/01 y diciembre/06 en las ediciones digitales de los siguientes diarios: La Nación, Clarín, Página/12, La Voz del Interior de Córdoba, Los Andes de Mendoza, y La Capital de Rosario. Estas fuentes de datos complementarias permiten acceder a una visión más abarcadora de la actividad del conjunto de los grupos movilizados, y permite la posibilidad de extender, controlar o acotar algunos análisis de los fenómenos vistos más detenidamente en los casos estudiados de manera directa. Asimismo, se tomaron datos acerca de diversos aspectos del contexto político y económico de diversas fuentes como el Banco Central de la República Argentina, INDEC, resultados electorales, fallos de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, etc.

Por último, el marco de relevamiento empírico se completa con la realización de una encuesta domiciliaria en Capital y Gran Buenos Aires, de predisposición a la acción colectiva que suministra importantes elementos de juicio acerca de las bases clasistas de la movilización colectiva y los impactos de la crisis del 2001.

Esta multiplicidad de fuentes de datos e información lleva a la necesidad y el desafío de articularlas de manera consistente en el análisis, utilizando los conocidos procedimientos de triangulación y saturación.

El recorte empírico

El marco de la crisis orgánica que se desata a partir del año 2001 y se desarrolla aceleradamente durante gran parte del año 2002, y el proceso posterior de recomposición de la respuesta estatal y de modificaciones en los patrones de acumulación/distribución, ofrece una notoria oportunidad analítica para indagar lo que podríamos llamar el “efecto de difracción” del comportamiento clasista al atravesar la crisis y el conflicto. Las situaciones de crisis y cambio rápido precipitan no sólo modificaciones en las posiciones estructurales de los agentes

investigación del Centro de Estudios e Investigaciones de la UNQ y del Instituto de Investigación Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. PICTO/07 36771 “Transformaciones de la relación entre acción colectiva contestataria, estado y régimen político en Argentina 2002-2007” dirigido por Ernesto Villanueva en el Centro de Estudios e Investigaciones de la UNQ. PUNQ 0410/2007 “Transformaciones de la relación entre movimientos sociales, estado y régimen político en la Argentina 2003-2008” dirigido por Marcelo Gomez en el Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes. Participaron en el equipo de investigación a cargo de la realización de entrevistas y observaciones: Lic. Diego Maman, Lic. Sergio Díaz, Lic. Hernán Ouviaña, Lic. Adrián Piva, y Lic. Laura Ayala. En el trabajo de relevamiento de archivos y documentos de los movimientos trabajaron la Lic. Melina Vázquez, el Lic. Martín Armelino y el Dr. Guido Galafassi.

sino también trastornos en la “matriz de pagos” o relaciones costo/beneficios de diversas posiciones, y con ello redefiniciones de intereses y antagonismos, necesidades de resignificar situaciones, identidades y de construir marcos cognitivos o interpretativos de las nuevas circunstancias. El enmarcamiento del análisis de los movimientos en una coyuntura crítica y en un proceso de alternativas cambiantes en lo económico y lo político permite potenciar de manera contrastante las lógicas de estructuración clasistas de la acción colectiva, ofreciendo al análisis una nitidez de diferencias que en situaciones estables son más difíciles de captar. En este sentido, nuestro recorte se concentra en las formas de movilización que surgen de las coyunturas críticas del período, reconocen pocos o ningún antecedente, y carecen de estructuras de movilización preexistentes, es decir que constituyen propiamente formas “emergentes”⁵ de movilización colectiva: las asambleas barriales y los grupos de ahorristas estafados.

El universo de la acción colectiva de las clases medias es obviamente mucho más amplio y complejo que sus manifestaciones emergentes con la crisis. Conviene explicitar los criterios para deslindar nuestro campo de estudio significativo. Esto nos permite descartar algunos movimientos como los de DDHH⁶, juveniles, estudiantil, vecinales, ecologistas, “antiglobalización”, esclarecimiento de crímenes, etc. por reconocer orígenes anteriores o desvinculados a los cambios en los '90, y de la coyuntura crítica del 2001/2002. También es preciso descartar otras formas de organización o acción colectiva que estando vinculadas a los cambios operados en la estructura social en la década del '90, son dejados de lado por carecer de componentes desafiantes o disruptivos, que no plantean cuestionamientos o antagonismo frente al orden social dominante: organizaciones no gubernamentales de carácter solidario, organizaciones de autoayuda, religiosas, etc. En el mismo sentido quedan excluidas experiencias organizativas muy importantes como los “clubes de trueque”, que si bien son claramente encuadrados dentro del período y condicionados por los procesos económicos y sociales críticos, carecen de los elementos definidores de la acción colectiva contenciosa a saber: identificación de adversarios o contradestinatarios de demandas y agravios, y ser fuentes de identidad colectiva.

Dentro del universo delimitado, también debemos excluir a los sectores de la pequeño burguesía asalariada como el sindicalismo de docentes, empleados estatales, bancarios,

⁵ Ver la conocida formulación de Willams (2000: 145 y ss) en tanto diferencia lo emergente de lo innovador por no ser algo incorporado a las formas establecidas y también de lo residual por no ser reductible al pasado.

⁶ A pesar de que estos movimientos han encarnado un proceso de modificación profunda en los repertorios de acción colectiva y en las identidades e imaginarios sociales y de que muestran notables capacidades dinámicas de autotransformación como es el caso de Abuelas de Plaza de Mayo e HIJOS, sus luchas y reivindicaciones preexisten a los procesos de cambio y al desarrollo de la crisis en que nos focalizamos, aunque sin ninguna duda serán tenidos en cuenta como suministradores de “marcos maestros” de acción colectiva y de representación (Snow y ot., 2006b).

sindicatos de personal jerárquico, pequeños productores rurales, etc. puesto que no tienen sus orígenes en la crisis del 2001 aunque además está decir que se han visto sensiblemente condicionados por los cambios de los '90 y en muchos casos han asumido un significativo volumen de conflictividad y protagonismo político en esos años (sobre todo el sindicalismo docente). Además estas formas de acción colectiva cuentan con estructuras de movilización, organizaciones y recursos con larga historia anterior a la crisis y los procesos de cambio que arrancan en el 2001.

En el mismo sentido, se excluye el interés por los movimientos por la seguridad ciudadana toda vez que si bien puede asegurarse su asociación con los cambios sociales de los '90, en realidad su surgimiento no se inscribe en la crisis orgánica del 2001/2002 sino en el año 2004, luego de los efectos de la crisis y en pleno proceso de recomposición económica y política. No obstante, comparte este movimiento con los de ahorristas y asambleístas el notorio rasgo de carecer de mayores antecedentes en materia de estructuras de movilización y repertorios de acción colectiva.

Otras formas significativas de acciones colectivas propias del contexto crítico del año 2001/2002 fueron las movilizaciones contra la corrupción en la Justicia, por la renovación de la Corte Suprema, y también contra las empresas privatizadas de servicios públicos, contra los peajes, contra las petroleras por los aumentos de los combustibles, y otros. Pero estas formas de acción colectiva no han generado identidades colectivas u organizaciones estables -o las que existen no tienen relación de determinación con las reformas de los '90 como las de defensa del consumidor o "Poder Ciudadano"- aunque constituyen importantes antecedentes y procesos colaterales vinculados a movimientos como el de las asambleas barriales y los grupos de ahorristas estafados.

La selección de casos de estudio entre los movimientos o grupos movilizados intenta satisfacer un doble criterio: la cobertura geográfica y la importancia relativa del desarrollo de sus elementos "emergentes". Por ello se seleccionaron dentro de los grupos con mayores capacidades de organización y acción colectiva (a través de una consideración de su repercusión pública en la prensa) no solamente del epicentro de la movilización (la zona metropolitana de Buenos Aires) sino también al menos de dos distintas provincias del interior del país. Así, en el contexto del amplio movimiento asambleario se optó por concentrarse en aquellas asambleas que fueran, desde el punto de vista de su organización y sus prácticas, exponentes de los elementos inéditos más significativos y más disruptivos con respecto a las formas de movilización conocidas: autoorganización, autonomía, iniciativas solidarias, desarrollo de prácticas culturales, desinterés por la intervención política y la lucha institucionalizada. En este sentido se descartaron las asambleas donde se experimentaba el

peso de los grupos militantes de los partidos de izquierda y también aquellas experiencias asamblearias de carácter más tradicionalmente vecinalista (Ciudadela, Villa Ariza). También se optó por excluir a las asambleas más grandes y “exitosas” con mayor cantidad de antecedentes de estudios⁷ (la Asamblea de Palermo Viejo, la Asamblea de Villa Crespo) y se incluyeron casos de asambleas ya inexistentes o disueltas para el año 2006 a través de las entrevistas a ex miembros de estas asambleas. De esta forma en la ciudad de Buenos Aires se seleccionaron las disueltas asambleas de Palermo (Scalabrini Ortiz y Córdoba), y de Bajo Belgrano, y las asambleas activas Gastón Rivas de Caballito, la Asamblea de Almagro (Ángel Gallardo y Corrientes). También se tomaron las asambleas de Parque Avellaneda y San Telmo, que están integradas casi por completo por sectores pertenecientes a las clases populares urbanas más excluidas (inmigrantes indocumentados, ocupantes ilegales de inmuebles, talleristas textiles, etc.), a los efectos de poder efectuar un análisis comparativo y de los contrastes con las asambleas mayoritariamente integradas por sectores medios urbanos. En el Gran Buenos Aires se tomó la Asamblea de Florida Este, en Mendoza la disuelta Asamblea de Godoy Cruz, y en Rosario se tomó la también disuelta Asamblea “Ovidio Lagos”.

Entre los Ahorristas Estafados los criterios de selección no tuvieron que ser tan estrictos toda vez que la cantidad de grupos era mucho menor. Se tomaron los casos todavía activos de la Asociación de Ahorristas Estafados de la República Argentina (AARA), la de Ahorristas Bancarios Argentinos Estafados (ABAE), y el grupo de “marchistas” de Diagonal y Florida, todos con centro de operaciones en la Ciudad de Buenos Aires. También se tomaron los Ahorristas Platenses Autoconvocados, los Ahorristas Estafados de Bariloche y los Ciudadanos Estafados de Mar del Plata todos disueltos al momento del trabajo de campo. Un breve perfil de cada uno de estos grupos seleccionados puede verse en el Anexo Metodológico (Págs. 1-8).

Relevamientos y trabajo de campo

Entrevistas semiestructuradas

A los efectos de alcanzar los objetivos de un análisis comparativo, se realizaron entrevistas semiestructuradas con preguntas abiertas no sólo a miembros o ex miembros participantes de los casos seleccionados sino a personas con características sociodemográficas aproximadamente semejantes pero que no hayan participado en el movimiento a pesar de ser

⁷ En este sentido, se optó por estudiar experiencias asamblearias “vírgenes” desde el punto de vista de la investigación social. Sólo la asamblea de Almagro, según testimonio de los entrevistados había sido objeto de investigadores.

damnificados por las medidas bancarias o residir en los mismos barrios donde se desarrollaron las asambleas. De esta forma no sólo se conforma un grupo de control sino que también permite acceder a una visión “externa” de la acción colectiva y a la imagen social construida de los movimientos y sus formas de protesta. El contraste movilizados/no movilizados facilita una posible asociación causal con factores clasistas y eventualmente un mayor acceso a la especificidad del modo de incidencia de dichos factores causales sobre la movilización.

Por otra parte se realizaron también entrevistas semiestructuradas a los llamados “antagonistas”, “contrapartes” o “contradestinatarios” de las acciones y demandas de los movimientos (policía, gerentes o funcionarios de bancos o supermercados escrachados, funcionarios municipales, jueces o funcionarios judiciales, vecinos que se sienten afectados por las actividades de los movimientos, etc.). La mayoría de estas figuras sociales tienen un papel importante cuando no decisivo en los procesos de lucha o conflictos estudiados y pertenecen también al espacio social de los sectores medios, trayendo al primer plano posibles *clivages* clasistas dentro de los mismos.

Los grandes ejes temáticos abordados en las entrevistas son: -historia y características del grupo movilizado; -patrones organizativos y proyectos/actividades; -acción colectiva desafiante (protestas); -relación con el estado y la política; -caracterización de la década del '90 y el contexto de la crisis del 2001; -elementos subjetivos e identitarios; - biografía militante o historia de participación; - aspectos socioeconómicos y demográficos, trayectorias ocupacionales. Entre los núcleos centrales se encuentran las cuestiones asociadas a los impactos diferenciales de las medidas de política económica y de la crisis estructural del modelo de acumulación sobre los entrevistados, los criterios de decisión seguidos en las prácticas organizativas y las acciones colectivas desafiantes, las producciones discursivas y las formas de enmarcamiento simbólico en las definiciones de intereses individuales y colectivos, y los posicionamientos ante los contextos políticos y ante otros sectores sociales. Los formularios de la guía de preguntas abiertas utilizada por los entrevistadores se pueden ver en el Anexo Metodológico (p. 18 y ss.), y algunos segmentos seleccionados de las entrevistas realizadas a participantes y antagonistas en el caso de los ahorristas de Mar del Plata pueden verse en el video DVD “Corralito Corralón, historias de la protesta de los ahorristas de Mar del Plata” que se adjunta al final. La guía de entrevistas fue sometida a una prueba piloto de cinco casos luego de los cuales se modificaron varias preguntas, sobre todo aquellas relacionadas con información sobre patrimonio, ingresos de los hogares, precisiones sobre actividades laborales y lugares de trabajo, inversiones y montos depositados, etc., muchas de las cuales fueron sacadas y reemplazadas por preguntas indirectas, porque causaban reacciones de irritación o desconfianza.

La selección de los entrevistados participantes se realizó a través de contactos e informantes clave buscando incluir miembros o ex miembros fundadores o iniciadores del grupo y miembros con niveles menores de participación. La selección de no participantes se realizó sobre la base de los criterios aproximados de edad, ocupación y lugar de residencia (en el caso de asambleas) y de ser damnificado por las medidas de restricción bancaria (en el caso de los ahorristas). La selección de antagonistas se realizó a través de referencias o indicaciones de los mismos participantes o por contactos institucionales.

Un análisis crítico de esta fuente indica que el nivel de colaboración de los entrevistados fue en la enorme mayoría de los casos muy alto entre los participantes y variable en el caso de los no participantes y con ciertas resistencias en el caso de los antagonistas, entre quienes hubo que realizar innumerables contactos y búsquedas. Los entrevistados participantes registraron algunas resistencias ante preguntas referidas a la situación económica familiar, ingresos personales y sobre todo montos de depósitos.

Análisis de documentación

El universo de fuentes escritas provenientes de los movimientos de ahorristas y asambleístas abarca todo tipo de documentos producidos por los colectivos mismos o sus miembros: declaraciones, comunicados, gacetillas de prensa, materiales de difusión, volantes, afiches, actas de asambleas, minutas de reuniones, documentos de discusión, pronunciamientos, estatutos, memorias, publicaciones como boletines, periódicos, folletos, etc. Abarca no sólo los grupos estudiados sino que se ha hecho un relevamiento documental de muchos otros grupos, tal como puede observarse en la Bibliografía y Referencias Documentales. Una buena parte de estos documentos fue obtenida desde junio del 2002 con fuente en diversos sitios Web. Otra parte impresa ha sido suministrada por miembros de los movimientos e informantes. Una parte del material documental analizado consiste en foros o listas de discusión y distribución a través de Internet. Esta fuente resultó sobre todo importante para los casos de los ahorristas estafados donde la producción escrita y de difusión es mucho menor que en el movimiento asambleario. Aunque el contenido de los mensajes relevados no es una producción colectiva sino exclusivamente personal, el análisis a partir de temas o palabras claves permite trazar ejes comunes, agrupar posiciones y sobre todo establecer las discrepancias más importantes. El relevamiento de mensajes en los foros ofrece más directa y fácilmente acceso a elementos de juicio sobre las discusiones internas, diferencias y conflictos, bastante más extensos que los que aparecen en las entrevistas y los documentos. Una evaluación crítica general de las fuentes documentales lleva a marcar dos

cuestiones: la dispar productividad escrita de diversos grupos, y los distintos grados de accesibilidad y conservación de materiales⁸.

Observaciones de situaciones naturales

Las posibilidades de acceso a actividades, reuniones, protestas, etc. han sido limitadas por la merma en el dinamismo de la mayoría de los grupos estudiados, además de algunas resistencias o desconfianza de miembros de los grupos a la exposición de su vida interna. En este sentido las observaciones directas han sido escasas: algunas protestas de ahorristas estafados, reuniones de comisiones de trabajo, funcionamiento de comedores, y apenas un par de asambleas plenarias. Sin dudas, el elemento más interesante en este rubro del relevamiento proviene de una fuente secundaria e indirecta: los archivos de imagen y audio de los escraches y movilizaciones de los ahorristas de Mar del Plata que uno de los informantes grabó de manera casera de los noticieros y coberturas televisivas, sumando 6 hs. y 50 min. de video. Este material tiene una enorme riqueza analítica que se ve reflejada en el DVD “Corralito Corralón, historias de la protesta de los ahorristas de Mar del Plata” que se adjunta al final del Anexo Metodológico.

Encuesta de predisposición a la acción colectiva

Se trata de un relevamiento por encuesta domiciliaria con muestreo probabilístico a la población general mayor de 18 años del Área Metropolitana de Buenos Aires (Capital Federal y Gran Buenos Aires). La muestra fue de 594 casos con un nivel de error de estimación muestral de $\pm 4.1\%$ para un intervalo de confianza del 95%. Las características del cuestionario utilizado permiten medir variables relacionadas con las experiencias de participación en organizaciones y movimientos, las experiencias de participación en protestas y acciones colectivas, la predisposición o resistencias a participar en acción colectiva, las percepciones y evaluaciones acerca de las protestas y de los sectores que protestan, las preferencias por orientaciones de políticas gubernamentales, las preferencias por cambios en estas políticas, y las percepciones acerca del conflicto social en nuestro país. Por la naturaleza de los tópicos de la encuesta constituye un relevamiento con información novedosa, y permite la corroboración empírica acerca de diversas hipótesis causales sobre las orientaciones a la participación y la protesta en nuestra principal población urbana según cortes de clase ocupacional, edad, nivel educacional, etc. En el Anexo Metodológico (p. 35 y ss.) se pueden consultar la ficha técnica del sondeo y el formulario de cuestionario utilizado.

⁸ En el caso extremo de la Asamblea de Godoy Cruz en Mendoza, ya disuelta, los entrevistados dijeron haber tirado todo el material de “esa época”.

Ruta y criterios de lectura

En el siguiente Capítulo II encaramos las cuestiones teóricas y conceptuales analizando críticamente las diversas teorías sobre la determinación clasista de la acción colectiva y su relación con la problemática contemporánea de las clases medias buscando afinar las categorías y herramientas analíticas. En el Capítulo III revisaremos los antecedentes históricos de la problemática de la movilización de las clases medias en nuestro país e intentaremos una caracterización de la situación de estos sectores en la Argentina tras las reformas neoliberales y su crisis, para luego abordar críticamente los estudios existentes de los movimientos de asambleístas y ahorristas. El planteo argumental y el análisis de los casos de ambos movimientos se presentan a partir del Capítulo IV en donde se aborda el tema de la composición de clase y el perfil sociodemográfico de ambos movimientos. En el Capítulo V se detallan los procesos de enmarcamiento de intereses y demandas en ambos movimientos y su relación con la dinámica clasista de poderes causales. Finalmente el Capítulo VI analiza las formas de estructuración de la organización y la acción colectiva sobre la base de sus determinantes clasistas.

A los efectos de organizar las citas se optó por el siguiente criterio. Las citas bibliográficas y de referencias académicas se hacen mediante el tradicional sistema Harvard. Las citas de fragmentos de entrevistas o testimonios se realizan identificando al entrevistado o la fuente sea por nombre, por nombre y apellido, o por seudónimo entrecomillado asignado por quien suscribe, de acuerdo a lo pautado por el mismo entrevistado habida cuenta de que hay personas que pidieron preservar el anonimato en toda la entrevista o en algunas partes de las mismas, y otras que quisieron identificarse exclusivamente con el nombre de pila. Para evitar repeticiones engorrosas, el Anexo Metodológico (p. 5 y ss.) ofrece un breve perfil personal con los datos relevantes de los principales entrevistados citados.

Las citas o referencias al material documental y de otras fuentes se realizarán por notas al pie. Al final de la sección bibliografía hay un listado de referencias de fuentes documentales. Las citas o referencias a mails o participaciones en foros o listas de distribución de la Web indican la fecha del mail y la dirección del site, foro o grupo al que pertenecen.

Capítulo II

Acción colectiva y clases medias: problemas y enfoques teóricos

Clase y acción colectiva: problemas teóricos

Las muertes del concepto “clase”

Plantea bien Giddens (1981: 105) que cuando hablamos de clases necesariamente debemos partir de las propiedades formales que atribuimos al concepto. Es decir, no tanto empezar por el qué designa efectivamente, sino por el qué queremos designar. La intencionalidad analítica de la categoría clase pretende designar ciertos colectivos (“agregados”, “grupos”) de gran escala (nacionales o supranacionales), de carácter “abierto” (quienes los integran pueden entrar y salir) y cuya fisonomía o morfología viene determinada de manera principal por “relaciones impersonales” o anónimas, donde las posiciones y comportamientos de los agentes responden exclusivamente a sus posiciones recíprocas respecto de uno o varios criterios “sistémicos” y más allá de las interacciones personales entre sus miembros. En este sentido ecléctico de la tradición sociológica elemental, la utilización de la noción de clase remite a “efectos de estructura”, es decir, efectos no de acciones particulares sino de patrones perdurables, sistemáticos y regulares que no son productos de acciones intencionales o deliberadas, sino de “circunstancias independientes de la voluntad”. Estos efectos son distribucionales en la medida que trazan fronteras y localizaciones para los individuos. Pero estas localizaciones no son fijas sino móviles: las clases permanecen como colectivos pese a que sus integrantes se mueven entre ellas o se renuevan con el tiempo. Todos estos rasgos formales del concepto apuntan a dar cuenta de las especificidades de los procesos de diferenciación y conflicto propios del capitalismo. La categoría clase se constituye en el centro de la sociología como ruptura con las formas de entender la diferenciación social en las sociedades anteriores: clase designa una comprensión de las diferencias sociales y una forma de clasificar distintas por completo a las que proveen “estamentos” y “castas” como grupos cerrados e inmóviles, determinados por prescripciones fijadas a rasgos adscriptivos bien nítidos que van atados a comportamientos (costumbres, obligaciones) bien determinados. La clase es el pivote del proyecto sociológico de entender los procesos sociales de diferenciación, conflicto y cambio en el marco de la libre disposición de la fuerza de trabajo y la libre disposición de la propiedad junto con un orden social regulado sobre la base de un derecho universalista e igualitario que privilegia la acción electiva sobre la acción prescriptiva. La clase es una forma de clasificación que permite una representación de aquellos colectivos que componen una sociedad y son fundamentales para entender un orden que se supone autogenerado, es decir, no dependiente de algún principio extrasocial.

En este sentido, la determinación “clase” es un concepto secularizador¹ que tiene una consistencia fantasmal: no es propiamente un grupo porque no necesariamente incluye contacto o interacción personal entre sus miembros, estabilidad, proximidad, estructura, etc.; no es tampoco un mero conglomerado de individuos porque los individuos ni siquiera tienen que compartir tiempo o lugar; no es “público” u otros fenómenos de masa empíricamente detectables, sino que los incluye y excede a todos. La posible eficacia fáctica del fenómeno clase prescinde de la voluntad o las motivaciones de los sujetos e incluso pretende poder explicarlos sin recurrir a ellos. La clase actúa a espaldas de los sujetos. La atribución de pertenencias de clase carece de criterios inequívocos y no está en forma alguna prescripta sino que obedece a dictados de fuerzas “sistémicas” o “estructurales”. Así, la clase se convierte en una noción paradójicamente inclasificable. No es ni concreta (ni grupo, ni sumatoria, ni agregación) ni abstracta (no es pura clasificación por criterio o atributo común porque no puede no asignársele una eficacia real, una fuerza operante).

Pero este proyecto ha ido envejeciendo, enfermando y agonizando una y otra vez. La misma historia del concepto tiene un cierto tono trágico: quien fuera su primer y genial promotor ¡falleció sin terminar el capítulo específico que por primera vez iba a desarrollar sistemáticamente el tema de las clases! Un concepto muy atado a la potente tradición marxiana ha sufrido como ningún otro las contingencias históricas y políticas, haciendo que su destino parezca haber sido fugarse permanentemente de sí misma para resucitar una y otra vez. Categoría analítica destinada a vivir moribunda o morir saludable disfrutando de un eterno suplicio.

De manera esquemática habría una triple muerte del concepto de clase.

a) Una muerte epistemológica. La objeción nominalista advierte desde siempre que el predicar el carácter real u objetivo de un atributo colectivo es sólo una manera de hablar. Partiendo de aquí el concepto de clase aborta o no llega a respirar nunca. La sociología empírica y profesional no obstante lo hace resucitar como “categoría” clasificatoria, vulgar herramienta heurística o forma de organizar estadísticas en escalas de estratificación, “manera de hablar sociológica”, un mero recurso para hacer inteligible alguna otra cosa².

b) Una muerte filosófica o ideológica. El concepto de clase ya había sido impugnado fuertemente por el anarquismo. El famoso anatema de Bakunin sobre la trilogía “Estado,

¹ Es interesante el paralelismo entre las formas tradicionales de pensamiento que postulaban una fundamentación extrasocial (religiosas, míticas) del orden y las teorías sociales de raíz positivista que intentan fundar el orden en algún principio trascendental unificador: el mercado, la ley del valor, etc. Las segundas cobran la apariencia de una versión secularizada de las primeras (Giddens, 1995: 210). Los dictados de la providencia de los dioses son reemplazados por designios de fuerzas intramundanas a las que hay que develar. La verdad en vez de ser ascenso al cielo es descenso subterráneo aunque en ambos se requiere de augures.

² Es muy interesante el planteo de corte nominalista de Portes (2003). Las clases no existen como colectivos reales pero son imprescindibles para entender casi todo y no son suficientes para entender casi nada.

Clase y Partido” como tres figuras intercambiables convertía a la clase en una categoría autoritaria y liberticida detrás de la cual se esconde la mutilación del individuo, de la libertad y del pensamiento (Gomez, 2008). La eficacia histórica de la clase se mantenía pero con su significado invertido: lejos de ser un apoyo para la emancipación humana era una nueva forma de reclusión del espíritu de rebelión³.

c) Una muerte social e histórica que abarca varios fenómenos que conviene repasar con cierto detalle.

El más importante y decisivo es el hundimiento del esquema dicotómico y polarizado a partir del surgimiento de las clases medias. Si hacemos un breve repaso de los hitos de los estudios sociales sobre la estructura de clases en la sociedad capitalista, podemos mencionar: - las objeciones de Bernstein a las predicciones clásicas de pauperización y polarización habida cuenta de la elevación de los niveles de bienestar y del crecimiento del asalariado de comercio y servicios ya a fines del Siglo XIX; - el incremento del peso relativo de los empleos asalariados con tareas administrativas, técnicas y de supervisión (white collars) aún dentro mismo de las empresas industriales; - la llamada revolución managerial a mediados del Siglo XX, que tiende a separar la propiedad del control y a marcar la importancia de los niveles profesionales de la gestión de las empresas; y - la extensión de la propiedad financiera sobre las empresas a través de fondos de pensión, seguros, inversores institucionales, etc. por las que los ahorros o los aportes a la seguridad social de los trabajadores son convertidos en derechos sobre las propias empresas. Los mismos trabajadores serían simultáneamente dueños de la empresa, beneficiarios actuales o futuros de su excedente, y fuerza de trabajo que es explotada para obtener dicho excedente. La “fluidificación” y extensión del derecho de propiedad, el carácter extremadamente impersonal de la propiedad y la gestión en la empresa capitalista, sumados a la heterogeneidad social -derivada de la marcha compleja de la división y organización del trabajo- llevan al abandono de las teorías sustantivas “fuertes” de las clases (Lee y Turner, 1996) en pos de una mayor sensibilidad para describir empíricamente grupos que comparten atributos económicos y no económicos siguiendo una cierta inspiración weberiana.

La pérdida de peso explicativo de las posiciones de clase van de la mano de cuatro fenómenos que dan pie a los debates sobre “el fin” o “el futuro” del análisis clasista: 1) la ciudadanía y la integración política de carácter universal asociada al “desclasamiento” del voto; 2) la expansión de la economía de servicios y el conocimiento o posindustrialismo; 3) las nuevas formas de organización del trabajo y la producción flexible o posfordismo; y 4) el

³ En cierto punto, la noción de “multitud” acuñada por los autonomistas italianos como P. Virno y A. Negri, renuevan la necesidad de superar filosóficamente el concepto de clase. En el mismo sentido también Laclau (1987: 168) analizaba el “encierro clasista” como el gran pecado histórico del movimiento obrero.

cambio cultural hacia la individualización y la preeminencia de identidades sociales más ligadas al mundo del consumo que al de la producción o posmodernismo. En el volumen de Lee y Turner (1996) hay un inventario de tendencias estructurales de efectos “desclasadores”: las altas calificaciones requeridas y los mayores niveles de autonomía en las tareas; la necesidad de achicar el tamaño de las empresas y la proliferación de profesionales y pequeños empresarios que aprovechan las ventajas de las nuevas tecnologías; la reducción del peso de la familia en la movilidad social a favor de un mayor peso de la educación; la desmaterialización del trabajo; la economía de los bienes simbólicos; el imperio de las necesidades artificiales y los valores posmateriales; la preeminencia del consumo y los estilos de vida como bases identitarias y de sentidos de pertenencias colectivas.

Clark y Lipset (1996) alertan sobre el desclasamiento progresivo del comportamiento político y electoral. La política democrática basada en los partidos electorales de masas y el proselitismo que desdibuja o cancela las identidades clasistas, son fenómenos ligados al ascenso de las capas medias. La centralidad de estos sectores en el capitalismo contemporáneo es señalada una y otra vez: asumen lugares preponderantes como electorado, como destinatarios del discurso político, como ejecutores de las nuevas formas de gestión del proceso de trabajo, y como consumidores y generadores de estilos de vida e identidades culturales (Gerteis, 1998).

La despolarización y la heterogeneidad llevan a la muerte del esquema dicotómico, rompiendo el dispositivo del papel fundamental del concepto de clase en la historia, a saber: la lucha o el conflicto en torno a los fundamentos del orden social, en torno a las distribuciones fundamentales y a las reglas que ordenan la posición de los agentes. La aparición estelar de las clases medias potencia las letales inclinaciones nominalistas, sociologistas y neoanarquistas. El devenir del capitalismo posindustrial y global, la sociedad del conocimiento y los servicios, condena a la irrelevancia a las posiciones estructurales por demás mutables e inestables en las biografías de los sujetos.

Dentro de la existencia accidentada y la prolongada odisea de la idea de clase, veamos cómo han sido planteados los problemas relativos a la acción colectiva que son centrales para nuestro planteo.

Problemas teóricos del análisis clasista de la acción colectiva

Una de las cuestiones más debatidas acerca de la acción colectiva es la medida en que puede ser interpretada como consecuencia de las posiciones estructurales de sus protagonistas. En un sentido analítico, el campo de estas relaciones puede ser separado de acuerdo con sus

vías de entrada: desde la estructura social hacia la acción colectiva, o desde la acción colectiva hacia la estructura social. Empecemos por el primer tipo de entrada.

Teoría social clásica

Las formulaciones clásicas del concepto de clase social aluden a la forma del nexo entre los individuos y la totalidad social (economía, política, cultura) a través de su inserción posicional en la vida material. En Marx es el locus del trabajo y la producción la determinante de este nexo con la totalidad, y en Weber es el mercado o el ámbito del intercambio. En ambos casos, esta determinación es “anónima”, “impersonal”, “coerción estructural” de relaciones sociales forzadas por la “objetividad” de distribuciones diferenciales de determinados recursos, y explica la acción, la conciencia, las oportunidades de vida, el conflicto y finalmente el cambio social.

Haciendo un repaso de la evolución de las “desventuras” de esta omnipotencia inicial del concepto de clase podremos por depuración y sedimentación separar los elementos teóricos y conceptuales capaces de asistirnos en nuestra empresa analítica sobre la acción colectiva de las clases medias.

Dentro de las formulaciones clásicas vamos a diferenciar la tradición marxista de la weberiana.

Marx y el marxismo: entre las estructuras y la lucha de clases

Atraviesa la obra marxiana una dualidad: por un lado, el paradigma explicativo centrado en el eje teórico modo de producción / proceso de acumulación, por otro lado, la primacía de la lucha de clases como clave del cambio social e histórico⁴.

En los textos donde se aboca a desarrollar una analítica del capitalismo aparecen los vetustos presupuestos objetivistas (“materialismo”) según los cuales las clases son realidades estructurales (“relaciones sociales independientes de la voluntad”) cuyo poder de determinación sobre el comportamiento individual y colectivo obedece a simples reglas de utilitarismo y conductismo (la coacción “proteínico-calórica”, el “no tener nada que perder salvo las cadenas”, etc.) dando muestras de una visión puramente positivista de la explicación del comportamiento social. La secuencia “leyes estructurales” – clases sociales – acción y conciencia padecía de un insalvable reduccionismo y una notoria hipostatización de “la totalidad social” a partir de su “secreto” central (la ley del valor), sin contar que el paso del comportamiento individual al colectivo era planteado como pura agregación inevitable por semejanza de intereses individuales que lleva a sencillas ecuaciones como “crisis=hambre=revolución”. La acción colectiva, la rebelión de clase, sólo puede ser

⁴ Elster (1992) y muchos otros ven en la obra de Marx una contradicción no resuelta entre la centralidad dada a la lucha de clases y el papel funcionalmente determinante del concepto de modo de producción.

entendida desde el enfoque que privilegia las coerciones estructurales como un imperativo biológico unificador revestido de necesidad histórica. La rudeza descuidada de la tradición marxista más extendida ha llevado a Foucault a manifestar su perspicaz desconfianza en forma categórica: “El marxismo deja en silencio qué quiere decir lucha cuando se habla de lucha de clases”⁵.

Estas ideas, sin embargo, no por ser las más divulgadas dentro de la tradición marxista, fueron las más importantes. Dentro mismo de los textos fundacionales de Marx y de muchos clásicos del marxismo se han encontrado múltiples puntos de vista alternativos. No es válida la apreciación de Crompton (1994: 129) muchas veces repetida como vulgata -especialmente por Touraine- de que el “eslabón débil” del marxismo es su “insuficiencia de la teoría de la acción”. No puede decirse que en el marxismo se carece de reflexión sobre este punto aunque se pueda quedar insatisfecho con los resultados.

Lejos del dogmatismo posterior, Marx realizó de manera dispersa importantes indicaciones acerca de la cuestión “ontológica” de la clase, es decir, acerca de qué tipo de objeto social es la clase, fuera de los esquemas objetivistas y deterministas del canon doctrinal⁶. A contramano de todo economicismo, Marx invocaba muy claramente el efecto disolvente que las presiones estructurales de la acumulación tienen sobre los individuos y los colectivos. El ciego poder impersonal de las fuerzas desatadas de la acumulación lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunidad en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas de por sí alcanzan para constituir clases e impulsar rebeliones. En sus trabajos histórico-periodísticos (Marx, 1973 y 1975) aparecen largamente analizados procesos de formación, lucha y alianzas de clases con una enorme riqueza de matices. Pero el fuerte interés teórico de Marx sobre el papel del concepto de lucha de clases, en su analítica de la historia en general y del capitalismo en particular, puede verse muy tempranamente de manera dispersa y poco sistemática a lo largo de la crítica de la filosofía alemana poshegeliana.

Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia [...] la clase se sustantiva frente a los individuos que la forman [...] se ven absorbidos por ella [...] Ya hemos indicado que la absorción de los individuos por la clase se desarrolla hasta convertirse al mismo tiempo en una absorción por diversas ideas, etc. (Marx y Engels, 1971: 60/61)

⁵ Sobre las críticas y reservas de Foucault a la idea de lucha de clases en el marxismo ver Gomez (2008).

⁶ Extrañamente neomarxistas como Laclau atacan al concepto marxista “estructural” de clase por esencialista y Zizek defiende el de lucha de clases pero parece compartir el mismo supuesto. El término marcado en ambos es clases y no lucha. Ambos desconocen las reflexiones del marxismo en términos de lucha como constitución de clases (Ver Butler, Laclau, Zizek, 2004: 106 y ss.; 204 y ss.; 321 y ss.).

Es elocuente el hiato que separa “determinación estructural” y “lucha”. La primera es disolvente y opera a través de la competencia. Sólo la segunda permite la “sustancialización” de la clase. El colectivo clase puede advenir solamente del verse obligados a sostener una lucha común. En este caso el “verse” obligados no debe ser interpretado como una acentuación de la determinación por una exterioridad que sobrepasa su voluntad, sino por el apremio de otro colectivo que los afecta. La competencia alimenta el individualismo de los intereses sólo hasta que debe enfrentar el límite impuesto por otras clases.

La coerción estructural es refractaria a toda colectivización. Es el enfrentamiento contra otro colectivo, es decir las relaciones interclases, las que son claves para entender el proceso de constitución de clases que en el lenguaje de esta cita aparece como “sustancialización” de la clase frente a los individuos. En este punto, es muy clara la centralidad de la lucha de clases en la formación de clases y la afirmación fuerte que la consistencia de clase sólo aparece cuando la vida individual se encuentra atravesada por un conflicto colectivo frente a otras clases.

Vale la pena entonces remarcar el descuido teórico de aquéllos que no encontraban en la tradición clásica del marxismo elementos para una teoría de la acción colectiva (ver Touraine, 1987). La acción colectiva, la lucha es justamente la llave de acceso a la comprensión de la constitución de las clases.

En este punto vemos que las críticas a las tradiciones más estructuralistas, positivistas o economicistas del marxismo tienen puntos de partida sólidos dentro de los mismos textos clásicos.

El debate entre Lenin y R. Luxemburgo es indicativo de esta “temprana” riqueza y preocupación por la problemática. Riqueza derivada de la reflexión sobre la acumulación de experiencia revolucionaria en acción y organización colectiva. Lenin canónicamente rompe con el supuesto estructuralista: la clase obrera en sí misma no podría trascender su práctica tradeunionista de organizarse sindicalmente para defender sus intereses económicos inmediatos. Como ha señalado Tarrow (1997) al reivindicar los aportes de Lenin, la acción colectiva contenciosa requiere ingredientes “organizativos” y “políticos”. En la figura de “el Partido” se condensan organización, cuadros dirigentes, conocimientos de la realidad social, ideología, experticia estratégica y táctica, etc. que son exteriores a las clases explotadas. La espontaneidad materialista de la rebelión forzada por la “coerción estructural” es débil y limitada, y no debe confiarse en ella.

R. Luxemburgo, atenta a los problemas de burocratización del poder soviético y las particularidades del proceso revolucionario en Alemania con las limitaciones del Partido Socialdemócrata Alemán, buscó las fuentes de la acción colectiva insurreccional en la propia

acción, en la experiencia de lucha y el aprendizaje autónomo de las masas. La clase se forma en la lucha y no en el Partido (Kohan, 2006). La acción colectiva tendría una lógica “clasista” virtuosa que nos pone en las antípodas del marxismo inicial.

Vale también una referencia al pensamiento de Mao que, atento a las particularidades del proceso revolucionario chino, retoma la tradición leninista jerarquizando el papel de la dirección revolucionaria. Sin embargo, ahora “el Partido” no es una organización especializada que tiene una relación “externa e instrumental” de guía a las clases explotadas, sino que tiene una relación de “fusión” orgánica con las masas. Los dirigentes se mueven entre el pueblo “como peces en el agua” y se limitan a desarrollar y dar cauce a las potencialidades colectivas revolucionarias ya existentes y no a imponerles un rumbo predeterminado⁷. Aquí, queda opacada la centralidad de la “clase” y el recupero político de la potencialidad transformadora deja de estar atado a las posiciones económicas para instalarse en el terreno más amplio de las masas oprimidas y de las múltiples formas contradictorias de las relaciones de explotación (“las contradicciones en el seno del pueblo”). El marxismo maoísta deconstruye completamente el dispositivo de la lucha de clases modificando los acentos: ahora es “lucha” el que constituye el término marcado y las clases son tomadas como elementos relevantes para la lucha. Invirtiendo el razonamiento originario marxista y leninista, ahora es la política la que demarca las fronteras y agrupamientos de clases que pasan a ser “descriptores” estratégicos dentro de las nociones de “masas” o “pueblo”. La revolución no parte de una caracterización clasista sino que la caracterización clasista parte de una estrategia revolucionaria. Las diferenciaciones importantes entre grupos no son las que surgen de su funcionalidad económica, sino por su relevancia para una estrategia y un proyecto de conquista integral del poder. La lucha de clases es analíticamente subordinada a la “guerra revolucionaria”. Se sustrae con ello a las objeciones de Foucault: para Mao importa más qué quiere decir lucha y menos qué quiere decir clase.

En este punto, también deben considerarse los aportes de Gramsci: el papel de la dirección moral e intelectual es esencial a la movilización colectiva, pero el intelectual y el Partido no pueden plantearse como “exógenos” al universo cultural y de creencias de los dominados. La inmersión en el sentido común, la capacidad de rearticulación y resignificación de las creencias populares son esenciales para cualquier desarrollo de acción colectiva en términos de construcción hegemónica. Nuevamente ha sido Tarrow (1997) el que ha señalado certeramente los importantes aportes de Gramsci en este punto. Alejado por completo del iluminismo remanente de Lenin y los revolucionarios soviéticos y alemanes,

⁷ “He aquí dos principios: uno es las necesidades reales de las masas, y no necesidades imaginadas por nosotros, y el otro, el deseo de las masas y la decisión que toman ellas mismas y no la que tomemos nosotros en su lugar.” *El frente único en el trabajo cultural* (30 de octubre de 1944) Obras Escogidas. T. III (versión digital).

aparece en Gramsci una sensibilidad cultural que muestra la productividad simbólica de la lucha y la productividad política de la cultura. La politización de la lucha de clases adquiere un espesor y una densidad analítica de orden superior: la introducción de la noción de hegemonía con su nexo necesario e inseparable de “fuerza” y “consenso” muestra por primera vez en la tradición marxista la secundarización analítica de la “muda coerción estructural”. La lucha política y cultural adquiere una importancia decisiva.

Otras vertientes del marxismo como la teoría crítica y los historiadores ingleses, han incorporado de manera resuelta elementos directamente superestructurales, culturales, ideológicos, etc. La llamada escuela de Frankfurt (fundamentalmente Marcuse y Adorno), profundizó la cuestión de la alienación en el capitalismo avanzado y cómo se convierte en una fuerza capaz de colonizar las dimensiones subjetivas más íntimas del hombre. Las problemáticas de la integración cultural, el conformismo, la sociedad y la cultura de masas sitúan lo colectivo en las antípodas de la acción colectiva desafiante. El marxismo crítico soslaya la cuestión de clase en las formas de rebelión contestataria. A tal punto que Marcuse cifraba sus expectativas de lucha colectiva en las masas tercermundistas, los estudiantes “no mercantilizados” y los desclasados marginados del sistema (minorías, pobres). En este registro la acción colectiva desafiante sólo puede proceder de aquéllos que de manera contingente permanecen fuera de la racionalidad unidimensionalizante del capitalismo avanzado.

En las antípodas de la teoría crítica se encuentran los historiadores marxistas ingleses (fundamentalmente Thompson) para quienes la incidencia de las creencias, tradiciones, costumbres, ideas morales, etc. tienen una eficacia importante en la explicación de la formación de la clase obrera. Las ya famosas fórmulas de Thompson: “economía moral de la multitud”, “la clase obrera asistió a su propia creación” y “lucha de clases sin clases” como las indagaciones de Rudé sobre el papel de la tradición en los movimientos revolucionarios premodernos, muestra la importancia del universo de significados compartidos, de formas de vivir y sentir las relaciones de opresión y explotación, que no son reductibles a “efectos” estructurales y que tienen una relevancia decisiva en las formas de movilización y lucha de clases⁸. Las tradiciones, creencias, “sentimientos” que constituyen el fondo cultural de las clases oprimidas juegan un papel muy importante para elaborar sentido en torno a las coerciones anónimas del capitalismo, y se convierten en las bases desde donde combatir las y resistirlas. E. Meiskins Wood (1996) ha considerado a Thompson como fiel exponente del marxismo clásico que, contrariamente a lo que sugieren sus críticos, no subjetiviza sino que

⁸ Hay que recordar el debate entre J. Scott, R. Turner y D. Abercrombie: “la infrapolítica de las tradiciones autónomas” vs. “la sorda coerción económica” (Abercrombie y ot., 1990).

materializa la génesis de clase, distinguiendo entre constitución de clases por los modos de producción de la constitución como proceso de formación de clases en donde utiliza el concepto mediador de “experiencia” como “el modo clasista de experimentar la explotación/opresión”.

Weber y la multidimensionalización que oculta el conflicto

En la clásica referencia de Weber (1972) “clase” es conceptualizada primero como situación de mercado compartida en relación a la posesión de bienes de producción, renta, o calificaciones. Pero Weber, como Marx, es plenamente consciente de que ello termina con la posibilidad de asignarle alguna clase de consistencia interna y un papel socialmente activo a las clases. En consecuencia, las otras dos categorías: estatus y partidos en relaciones dinámicas con las situaciones de mercado permiten una base más firme de “acción comunitaria” con eficacia histórica. La idea weberiana de “clase” permite recuperar cierta importancia *per se* cuando luego de haber sido estamentalizada, y partidizada puede volverse “clase social” recuperando cierta continuidad intergeneracional en el tiempo, oportunidades y estilos de vida comunes, proyección política para sus intereses, etc. En definitiva la centralidad de la coerción estructural, de las fuerzas anónimas que someten a los individuos, es reducida por Weber primero a una “situación” compartida de valorización de mercado de ciertas posesiones, y luego moldeada por atributos contingentes como la cultura o los modos de vida como condición previa para atribuirle peso determinante en la historia o la política. El individualismo metodológico weberiano sólo puede concebir la acción colectiva como agregación inconciente de posiciones de mercado primero y agregación conciente de preferencias o modos de vida después. La desconexión conceptual entre unas y otras las convierte en una mera yuxtaposición, una contingencia.

Así la problemática de las clases pasa a formar parte de un sistema multidimensional de “estratificación” social que sería retomado e hipertrofiado por el funcionalismo de la sociología norteamericana.

Los sistemas de estratificación aparecen simplemente “dados” y no cumplen funciones en el cambio social. En todas ellas el papel de las luchas o la acción colectiva no parece encontrar lugar teórico, sino solamente empírico e histórico. En Weber la condición de clase fungía de “base posible” para la acción colectiva en tanto las condiciones compartidas de manera permanente facilitaban el contacto social cotidiano en las fábricas o barrios obreros, en la circulación o difusión de los problemas, etc. La formación de clases aparece como una cuestión de proximidades y espacios sociales o significados culturales compartidos y no como conflicto y lucha.

El modelo de determinación subyacente –no explicitado– de la acción colectiva en estas teorías no pasaban de un neoutilitarismo cuyo exponente más importante son las teorías de la “privación relativa” (Gurr, 1970) desarrollados en sintonía con la sociología funcionalista y las herencias de la economía marginalista. Los parámetros de frustración de expectativas pueden rastrearse en términos de construcciones sociales por lo que las posiciones estructurales “objetivas” son importantes sólo en la medida en que son percibidas y evaluadas comparativamente por los agentes. Los conceptos de grupos de referencia y grupo de pertenencia, tradicionales en la teoría funcionalista, operan de la misma manera: ya no existe una determinación directa objetiva entre posición social y acción, sino mediante una evaluación del actor. Sin embargo, estas evaluaciones de los actores no pueden ser entendidas como meras construcciones subjetivas al margen de sus disponibilidades “objetivas” de recursos y, además, los sentimientos de descontento por privación relativa siempre son en sí mismos una elaboración colectiva compartida y no una simple especulación individual. En este sentido, uno de los primeros teóricos sistemáticos de la acción colectiva, inscripto claramente en el funcionalismo estructural norteamericano, Neil Smelser, sostiene un “modelo” explicativo complejo basado en la “frustración”: las tensiones estructurales entre expectativas generadas y oportunidades ofrecidas. Sobre éstas operan un conjunto de factores que convergen para explicar los “estallidos” colectivos: las condiciones de “conductividad” del malestar (libertades de asociación y expresión, de prensa, contacto cotidiano entre los descontentos, etc.); las creencias generalizadas negativas o de fácil identificación de los culpables de la frustración; el aflojamiento del control social y de las posibilidades represivas; la existencia de un hecho detonante o catalizador del descontento. Las luchas colectivas son tomadas como fenómenos fundamentalmente “anómicos”, “no institucionalizados” o de reacciones episódicas. Como era esperable el desdibujamiento de la determinación clasista es aquí completo y la acción colectiva no ofrece ningún vínculo estable con la problemática de clase.

A diferencia de Weber que busca en la cultura, los modos de vida, el estatus⁹ y la búsqueda de poder, las bases efectivas de acción comunitaria y de cohesión que no encuentra en el mercado, en Marx aparece el antagonismo y la lucha como fuente de coaligación y articulación.

La competencia y su individualización del interés sólo puede ser superada merced la lucha de clases, es decir, cuando los límites no pueden ser removidos sino colectivamente en virtud de que dichos límites no son acciones individuales de otros, sino límites impuestos por

⁹ Por otra parte, es claro que la implícita incongruencia entre estamento y mercado hoy no tiene vigencia alguna: mercados de bienes posicionales, consumo ostentoso, marcas, etc. son formas de estamentalización que se canalizan cómoda y masivamente por el mercado.

poderes colectivos que imponen condiciones generales de organización social. La superación de las adscripciones personales es lo que desnuda los componentes clasistas y no lo que las potencia. La lucha de clases y no los estilos de vida compartidos es lo que genera solidaridades “clasistas” para la lucha política o económica. Esto es lo que está fuera de la consideración weberiana donde la lucha y la organización sólo podrían advenir luego de gestadas solidaridades comunitarias culturizadas y estamentalizadas.

En el weberismo se afina la equívoca conceptualización sociologista de la lógica de la semejanza o la distancia, como principio fundamental del análisis clasista. Por el contrario, dentro del marxismo la semejanza de condiciones de vida o conciencia son contingentes en relación a la determinación clasista por la lucha. El peso de las fuerzas anónimas y estructurales que sobrepasan las voluntades individuales se ve mucho mejor justamente cuando los sujetos involucrados son muy distintos entre sí y se movilizan enfrentando constricciones y poderes colectivos semejantes¹⁰.

Los planteos weberianos también incluyen similares debilidades que el marxismo clásico. Deducir las clases de la propiedad es engañoso, como enseñan la mayor parte de los enfoques posclásicos: son las clases con sus acciones las que establecen el “poder de mercado” de algunos tipos de propiedad en vez de otros, sus distribuciones y límites.

No hay un criterio distribucional y diferenciador neutro y completamente externo ya sea basado en la escasez regulada por el mercado como criterio de demarcación y distribución de clases, ya sea en la generación y apropiación del plusvalor. La idea de que las divisiones colectivas fundamentales derivan de las leyes del valor y la acumulación -en el marxismo- o la ley de utilidad marginal que fija intereses y valores mediante el mercado -en el weberismo- aparecen como figuras de la exterioridad objetiva escindida típica de la “ciencia” económica que se basa en la ilusión de la “objetividad natural” de precios y cantidades, escasez y preferencias del agente racional, o en el carácter forzoso de la dialéctica entre valor de uso y de cambio, trabajo vivo y muerto, capital constante y variable.

En realidad es más propio del análisis clasista indagar cómo las clases generan un mercado y no al revés. Los individuos no se estructuran como clases al emerger del mercado, sino que entran a él como clases. Las capacidades de mercado y la distribución de oportunidades son objeto y resultado de la misma lucha clasista. Las clases subsisten no por el mercado sino a pesar del mercado.

La teoría social clásica tiende a pasar por alto el hecho de que el mercado es también un objeto destinatario de las acciones de clase no sólo materiales sino simbólicas: es quizás su producto más perfecto y no una fuerza causal presocial, el reino de precios, cantidades y

¹⁰ Las heterogeneidades entre ahorristas y asambleístas mostrarán la importancia de esta cuestión.

deseos. Es muy importante remarcar que el carácter anónimo, impersonal y “libre” de la mercantilización de la relación social permite su apariencia de mecanismo objetivamente neutro y premiador automático de la racionalidad a la vez que se vuelve independiente de toda forma de acción comunitaria. Weber intenta corregir este sesgo que llevaría a disolver toda utilidad del concepto de clase y convoca a “lo social” como residuo estamental que se sobreimprime a la manera de Parkin como cierre social, justamente una acción contra el mercado. Así, el “pluralismo” de criterios estratificadores de Weber intenta resolver el atolladero a que se llega luego de plantear la economía como una esfera autónoma con efectos clasificadores.

La noción de “oportunidades de vida” como descriptor de clase es escandalosamente economicista y “utilitarista”. Su contenido analítico presupone una total pasividad de los agentes: las oportunidades están definidas previa e independientemente de sus acciones, que se limitan a ajustarse a las oportunidades. De esta forma las “oportunidades de vida” son una extensión de la idea de mercado ya que los aumentos/disminuciones de oportunidades vienen dadas por la situación de mercado, obviando el hecho fundamental señalado por Parkin de que en la noción de clase los sujetos no suelen limitarse a aceptar las oportunidades dadas –la reproducción de clases sería monótona- y ponen en práctica todo tipo de recursos para aumentar sus “oportunidades” de ascenso y reducir las de posibles competidores. Se contradice así con la noción fundamental de “movilidad” que es decisiva para diferenciar las clases de los estamentos y castas. Movilidad supone la idea básica de no aceptar las oportunidades dadas: realizar cambios y “apuestas” individuales a veces muy costosas o arriesgadas. Además los intentos de movilidad pueden suponer la necesidad de colectivizar acciones y sostener conflictos.

Teoría social posclásica: de lo posicional a lo relacional

La necesidad analítica de explicar la acción colectiva desde la estructura social va transitando por nuevos carriles. La vieja hipótesis de una determinación estructural de la acción ha sido dejada de lado con la influencia de los descubrimientos de la antropología acerca del peso de lo simbólico-ritual y del lenguaje en el comportamiento humano, con las indagaciones de la psicología profunda acerca de las motivaciones inconscientes, los hallazgos de la psicología de los procesos cognitivos y del aprendizaje (especialmente las teorías de la disonancia cognitiva y de las actitudes), y por las teorías de la elección racional y las teorías de los juegos estratégicos.

Los estudios que he denominado “posclásicos” se caracterizan por dos rasgos: a) tienden a no separar estructura y acción. Como señala Crompton (1994: 213) para Bourdieu, Giddens, o Savage, la misma estructura ocupacional, lejos de ser un hecho dado y fijo - emanado de los procesos económicos o como resultados del mercado o la acumulación - se convierte en “fluida”, en tanto las mismas distribuciones de recursos y lugares son constante objeto de luchas, estrategias individuales y colectivas. La misma estructura ocupacional no podría conocerse realmente de manera separada e independiente de las luchas de clases; y b) tienden a hacer converger los criterios fundamentales de propiedad, conocimiento y poder, que entran en combinaciones y relaciones de superposición, sustitución, o equivalencias cambiantes.

El injustamente vapuleado trabajo de N. Poulantzas (1985) muestra aún dentro de las posturas más estructuralistas del marxismo el cambio de tesitura. Las clases no son definidas en el campo de las estructuras sino en el campo de las relaciones sociales, y más específicamente en el campo de las relaciones de lucha económica, política e ideológica. Es decir, “el estructuralista” Poulantzas no duda en constituir las clases fuera de las estructuras, avanzando mucho más allá de los marxistas más historicistas o culturalistas y anticipándose muchos años a las tendencias modernas en el análisis de las clases. Aún más, a pesar de su engorrosa terminología y abstractas codificaciones formales, Poulantzas se mostró como vanguardista al considerar que es en el campo de las relaciones de lucha política que las clases se constituyen como fuerzas sociales con “efectos pertinentes”. De esta forma, para Poulantzas las clases se convierten de manera plena y acabada en el campo de la intervención sobre el orden social -lo político- y el concepto de clase presupone únicamente que los hombres luchan colectivamente para controlar, mantener, cambiar o alterar las condiciones de su existencia social. En este sentido podría decirse que las clases se configuran no como grupos realmente existentes o como puros agregados artificiales -nominales- que hacen inteligibles fenómenos sociales, sino como un horizonte de prácticas de intervención sobre el orden social, y por tanto las clases sólo se constituyen limitándose entre sí en el antagonismo y la lucha. Como luego Przeworsky (1988) afirmaría llevando aún más allá el razonamiento de Poulantzas: las clases no son luchas entre clases ya formadas en estructuras concebidas como preexistentes a las prácticas sociales, sino que son fundamentalmente luchas o prácticas sobre la constitución misma de las clases¹¹. Las clases como tales no actúan, sólo lo hacen quienes las invocan, las organizan, las identifican y convocan (Crompton, 1995: 248).

¹¹ Las luchas de clases tienen por objetos privilegiados a la misma estructura de clases. Las dictaduras militares practicaron políticas sistemáticas de “desestructuración social” y “estrategias de desigualdad” como respuesta a la movilización social desafiante de los años '70 (Lozano, 2001). Las alteraciones en la estructura ocupacional y en las distribuciones socioeconómicas obedecían a unos propósitos de neutralización de acciones colectivas potenciales de base clasista.

Llevando a un extremo este razonamiento, S. Aronowitz (2005) aboga por la disolución de toda dimensión “espacial” de la clase y con ello rechaza toda forma de “cartografía” o de distribuciones de lugares y recursos que crean la ilusión de “emplazamientos atemporales” (trad. propia, op.cit. p.48/9). En la constitución de las clases el espacio sería una función del tiempo y no al revés: las estructuras son leídas como frutos de la lucha de clases, las clases son propiamente procesos y por tanto se consuma la promesa de las teorías posclásicas: las clases quedan subsumidas en la acción colectiva, las estrategias, reconversiones e intervenciones políticas. “Los movimientos sociales y sus actividades deben tomarse como modalidades de la lucha de clases y de la formación de clases poniendo nuevas cuestiones concernientes a la orientación institucional y cotidiana de la vida, implicando nuevos ordenamientos”. Siguiendo a Stuart Hall, afirma que “los movimientos sociales son la modalidad en la cual las políticas de clase son puestas en acto”.

El marxismo abierto (Holloway y ot., 2004), una vertiente impulsada por marxistas latinoamericanos y europeos contemporáneos que pivotea sobre la crítica del fetichismo, es el que lleva más lejos las promesas de los enfoques posclásicos: la misma categoría de clase debe ser vista como forma fetichizada a la que hay que abrir para “descubrir las luchas sociales que oculta”. En este registro fuertemente teñido de improntas filosóficas se entiende “clase como un polo del antagonismo social, como lucha, y no sociológicamente como grupo de personas... [entendiendo] clase como un proceso auto-antagónico” (Holloway, 2004: 12). Este enfoque reintroduce una cuestión clásica que el marxismo siempre ha mostrado destreza para tratar: la construcción social de la “objetividad” de las fuerzas que imponen relaciones, agrupamientos y clasificaciones a los sujetos, es decir, la “fetichización”¹². El proyecto de “desfetichizar” la misma noción de clase es elocuente: “La lucha de clases [...] atraviesa todo, incluyendo al concepto mismo de clase”. Asimismo la formulación del marxismo abierto rescata el lado activo de la noción de clase: “la noción de clase nos interpela como hacedores, como sujetos activos [...] señalan nuestra capacidad de cambiar el mundo...” (ib ídem, 15). Sólo una perspectiva de clase, en tanto que relación social de antagonismo, obliga a interrogarnos en relación a la posición que tenemos frente al orden social.

Del lado de la tradición weberiana también se notan cambios y se reintroducen los elementos agonales en los esquemas de estratificación, lo que facilita una convergencia con las tradiciones marxistas. Fundamental en este punto es el aporte de F. Parkin (1984) con su teoría del cierre social: los grupos beneficiados por la valorización de determinado recurso buscan estratégica y activamente restringir el acceso al mismo mediante prácticas de “cierre

¹² La clase es “lucha contra el ser clasificados” (Holloway, 2004: 79) y por tanto las clases son formas de lucha contra sí mismas, formas de autoanulación del ser clasificados. Toda acción (movilidad o lucha) es simultáneamente un clasistidio: los sujetos buscan superar el sometimiento enclasadador.

social”. De esta manera la acción colectiva busca permanentemente generar, congelar o monopolizar ventajas o diferencias por un lado, o “usurpar” esas ventajas y derribar las barreras que establecen esas diferencias, por el otro. El procedimiento de cierre y los intentos de usurpación implican capacidades de organización, de justificación y habilidades políticas para alcanzar las garantías y protecciones legales, consenso, aceptación de terceros, de la opinión pública, etc.

Si Poulantzas se había animado a sacar las clases de las estructuras, llevándolas al campo de las prácticas y la lucha, otros posclásicos dan un paso más y reconocen en la lucha a sujetos “diestros”, capaces de estrategia, y correlativamente, reconocen el orden de las relaciones sociales sobre las que actúan como “fluido” y permeable a sus acciones.

Quienes más han teorizado sobre el carácter “estratégico” de la constitución misma de las clases han sido los llamados “marxistas analíticos” (Roemer, Elster, Van Parijs, y Wright). Utilizando las herramientas del individualismo metodológico, la teoría de los juegos estratégicos y el modelo de la “rational choice” han acometido la empresa de dotar de “microfundamentos” a las hipótesis más clásicas de la tradición marxista. En estos planteos el problema de la “coerción estructural” sobre el individuo se sostiene abandonando los groseros planteos biologicistas, las teleologías hegelianas, e inclusive, también desechando los sustentados en la lógica totalitaria de la ley del valor, sin renunciar a tomar las relaciones de explotación como punto de partida y tomando al individuo con capacidad de elección como elemento fundamental de la acción colectiva.

Dentro de las teorías del individualismo metodológico es conocida la formulación del teorema de Olson de predisposición a la inacción colectiva o “problema del free-rider” (también llamado “dilema del rebelde”): los individuos decidirán siempre no participar de la acción colectiva si los bienes por los que se lucha son públicos y no excluibles (serán igualmente distribuidos entre los que lucharon y los que no), ya que los costos de participar son muy altos en caso de perder y redundantes en caso de ganar, habida cuenta de que los beneficios serán igualmente recibidos. Los individuos si se comportan racionalmente siempre esperarán que sean otros los que corran con los costos de la lucha¹³. Las clases son vistas como productos de relaciones de explotación que coercionan a conjuntos de individuos sometiéndolos a tipos específicos compartidos de “dilemas del rebelde” (De Francisco, 1995: 9). Las estructuras de clases son analizadas como sistemas de coerciones estratégicas donde

¹³ Axelrod (1986) demostró que la predisposición a la cooperación es función también del tiempo, ya que la confianza, la reputación, la proximidad con los potencialmente cooperantes, la claridad y la indulgencia con los no cooperantes puede ayudar a resolver el problema del free rider. Es claro que el compartir situaciones de clase durante tiempo suficiente favorece este tipo de soluciones “endógenas” por aprendizaje y posibilitan la emergencia de la acción colectiva.

las distribuciones de partida de determinados bienes ejercen constricciones decisivas sobre los agentes en tanto “tiranía de las reglas no escritas” (Van Parijs, 1995: 194).

La pregunta que debe hacer todo análisis clasista es, desde este abordaje teórico, no cómo se comportan los agentes sociales, sino a qué tipos de juegos de coerciones están expuestos y qué estrategias tienen a su disposición para preservar sus intereses (Carabaña y ot., 1995: 164). Otra forma es preguntar qué tipo de bien mal distribuido “obliga” racionalmente a entrar en juegos cuyos resultados son distribuciones asimétricas (Van Parijs, 1995: 192). No se trata ya de estudiar lo que los individuos o agentes “hacen” con los recursos distribuidos que le tocan en suerte, sino lo que están “obligados” a hacer estratégicamente dado el patrón de distribución.

Estos planteos reflotan uno de los aspectos más cuestionados de las formulaciones de los padres fundadores: la existencia de intereses “objetivos” de las clases. En efecto, el supuesto de un agente racional maximizador que juega estratégicamente en una relación de explotación permite “atribuir” intereses más allá de las preferencias subjetivas concretas de los actores. La noción de interés es central en esta teoría ya que sobre ella pivotea la estrategia e introduce la necesidad de la lucha y la acción colectiva clasista: un agente maximizador debe identificar los oponentes, y formarse una orientación o preferencias acerca de cómo organizar la sociedad en función de esos intereses¹⁴. Las limitaciones de este planteo son muchas: el supuesto de racionalidad descontextualiza por completo el análisis y reduce al sujeto a capacidad de cálculo; existe un supuesto empíricamente discutible de distribuciones posicionales fijas con criterios únicos que dan lugar a juegos coercitivos bien definidos; y finalmente hay dificultades para explicar el cambio desde estrategias dentro del juego hacia estrategias de cambio de juego.

Savage y ot. (1995) retomando a Bourdieu y sosteniendo el concepto de explotación, intenta analizar la formación de clases como “propiedades causales generadas por distintas formas de explotación”. La propiedad, el poder burocrático y la cultura son los factores causales fundamentales originados en distintas formas de relaciones de explotación (apropiación de excedente, “deleting the labour”¹⁵, monopolización de credenciales o saberes) “que no generan siempre necesariamente colectivos enfrentados sino sólo definen poderes

¹⁴ Esta idea es controvertida. Goldthorpe (1995: 253) siguiendo la tradición weberiana, dirá que los intereses no pueden ser imputados sino estudiados “como surgiendo en los procesos de formación de clases y a través de sentidos subjetivos”. Bourdieu tiene una noción distinta de estrategia. No se trata de un sujeto “universal” maximizador – calculador que permite acceder al conjunto de opciones que se le presentan y se comporta de manera instrumental, sino un sujeto “con sentido práctico” que plantea sus acciones y evaluaciones desde habitus internalizados. El concepto de habitus coloca la “estructura” dentro mismo del sujeto como sistema de disposiciones que ordenan sus prácticas.

¹⁵ Forma específica de explotación burocrática por la que el “superior” capitaliza invisibilizando los méritos o aciertos de los subordinados.

causales potenciales que se realizan efectivamente en “condiciones contingentes de emergencia” (trad. propia, op.cit, p. 6) entre las que hay que tomar en cuenta: el Estado, y las relaciones de género. El análisis clasista estudia las propiedades de poder causal derivadas de las formas de explotación y las condiciones en que transcurren. El concepto de “poder causal” de clase se independiza del mercado y de criterios exógenos: los cambios en las circunstancias contingentes podrían cambiar las posibilidades de aplicación de los distintos poderes causales¹⁶. Un aspecto importante de estos planteos es que el poder causal tiende a orientarse hacia el control de las condiciones contingentes y la pugna por las reglas de distribución y valorización de los distintos tipos de capitales. Esta capacidad de luchar sobre las reglas parte de lo que Bourdieu llamaba el “capital simbólico”, es decir, la capacidad de generar, imponer, y distribuir significados que indican las jerarquías de valor de los distintos capitales y sus especies y subespecies. Es decir, los agentes en tanto pertenecientes a clases no sólo luchan por los recursos o capitales sino que lo hacen por legitimar o imponer las reglas de valorización de los mismos. El papel de los intelectuales, científicos, formadores de opinión, “intermediarios culturales”, en este sentido cobran una importancia inusual. La lucha por el control de la distribución de significados se convierte también en un terreno estratégico para las prácticas de clase.

Teorías de la acción colectiva

Recorriendo el camino inverso, veamos ahora cómo plantear/omitir la clase pero desde los desarrollos teóricos de la acción colectiva y los movimientos sociales.

La teoría de la movilización de recursos: acción colectiva y estrategia

El modelo de análisis más extendido en los países centrales, el paradigma más aceptado académicamente para el análisis de la acción colectiva, es el de la “movilización de recursos” (Craig Jenkins, 1994; Tarrow, 1997; McAdam y ot., 1999). Estos teóricos inspirados en los trabajos históricos de Tilly (1978) plantean el abandono de la centralidad de la “motivación” y el “interés” o las “demandas” como centro del análisis. El descontento y el análisis de sus bases deja de ser el que explica la acción contestataria y ese lugar es ocupado por la valorización estratégica de recursos para la lucha y el aprovechamiento de oportunidades políticas. Así, los movilizados explotan no sólo los recursos materiales, organizativos, liderazgos y valores de que disponen (“las estructuras de movilización”) sino que también aprovechan las tradiciones de lucha y sus acervos simbólicos (“los repertorios modulares de acción”, “los marcos interpretativos disponibles”). Estas teorías también abandonan los

¹⁶ Ejemplos típicos se señalan en la caída de los socialismos reales donde el poder burocrático y de calificaciones se reconvierte en poder de la propiedad productiva.

presupuestos de que la acción colectiva contenciosa es necesariamente una “reacción” especial ante condiciones excepcionales propia de los planteos funcionalistas (Smelser, Coser). Lejos del comportamiento desorganizado y anómico, los movimientos sociales contestatarios se ofrecen como nuevas vías de canalización de aspiraciones y no tienen un carácter exclusivamente reactivo. En este sentido, los movimientos y las formas de lucha colectiva innovadoras responden a una racionalidad estratégica y no a un desahogo para aliviar tensiones provocadas por situaciones disfuncionales. El carácter estratégico de la lucha también hace de los movimientos actores del escenario político que explotan “oportunidades” o circunstancias políticas propicias para movilizarse y actuar. En definitiva los movimientos se convierten en animadores importantes del proceso político en las democracias occidentales (Marx y McAdam, 1994).

Aunque el abandono de la centralidad de la noción de interés de por sí tiene un efecto desclasador del análisis, esta consecuencia teórica no agota la cuestión. No deja de ser una problemática pertinente al análisis de clase cuáles son justamente los recursos diferenciales interpretativos, de estructuras de movilización, de oportunidades políticas, con que cuentan diversos grupos sociales. En todos estos componentes conceptuales se pueden rastrear elementos clasistas.

La importancia funcional de los grupos descontentos movilizados, el grado de articulación de sus demandas e intereses con otros sectores, las formas de externalidades negativas que surgen de sus reivindicaciones, también cuentan a la hora de determinar “oportunidades políticas”, estructuras de movilización y recursos interpretativos o identitarios. El grado de centralidad o indispensabilidad funcional de determinados segmentos ocupacionales, el nivel de su visibilidad pública, prestigio, o resonancia cultural, influyen ciertamente en la disponibilidad de recursos a movilizar y en las posibilidades de usufructuar coyunturas favorables u “oportunidades” políticas. La noción de “oportunidad” no tiene un significado “objetivo” y debe interpretarse como dependiendo estrechamente de la posición desde donde se evalúan las posibilidades del contexto y, por tanto, tiene también una base clasista.

De esta manera, el carácter clasista de la acción colectiva puede problematizarse pero no abandonarse. Si bien las formas novedosas de organización y acción no institucionalizada -que se apartan de sindicatos y partidos obreros- y la incorporación de reivindicaciones culturales, étnicas, de género, antiautoritarias y medioambientales, atraviesan diversos grupos sociales, el análisis de los “sesgos” de clase no ha pasado desapercibido. La llamada nueva clase media a partir de los años '60 ha sido mencionada como la base de reclutamiento y apoyo principal de los movimientos ecologistas, pacifistas, feministas, por los derechos

civiles, de la contracultura juvenil, etc. que hacen las veces de “modelo” u objeto de estudio privilegiado para la teorización de los movimientos sociales.

Pero esta adscripción de clase o este posible contenido de clase de los nuevos movimientos sociales antiautoritarios europeos ofrece dos tipos de análisis: uno, la modalidad teórica más clásica de los casos paradigmáticos de Bourdieu u Offe (pero también de Gouldner, Daniel Bell y otros teóricos del posindustrialismo), que buscan correspondencias entre definiciones de intereses, posiciones estructurales, funciones económicas y espacios sociales compartidos con las demandas o reivindicaciones de los movilizados; y dos, aquellos que se centran más en los prerequisites sociales de la organización, la estrategia de lucha, y los recursos interpretativos. Es éste último el tipo de análisis teórico que examinaremos a continuación.

La hipótesis de un condicionamiento clasista de las estructuras de movilización disponibles, de los acervos culturales y las tradiciones de lucha aparecen con toda claridad en la clásica formulación de Tilly (1978): la superposición de una *cat-ness*, es decir de una posición estructural impersonal y anónima (categoría, clase), y una *net-ness*, es decir de una pertenencia concreta a grupos interpersonales con fuerte densidad dinámica de contactos (comunidades barriales, de credo, actividades sociales, etc.), es lo que permite desarrollar solidaridad y organización estables como bases de la acción colectiva contestataria. Investigaciones posteriores han confirmado la importancia de los contextos sociales próximos, redes de amistades, informales, etc. en donde el compartir espacios sociales y creencias tiene muchas veces, no siempre, obvios componentes clasistas.

Lejos del utilitarismo individualista y la respuesta condicionada conductista, implícitas en las teorías deterministas clásicas donde la acción colectiva de clase es una mera agregación de los impactos de las determinaciones “objetivas” estructurales sobre los individuos, las teorías sobre la movilización de recursos exploran la riqueza de las mediaciones colectivas preexistentes a la acción colectiva misma, a las que llaman “contextos de micromovilización”. Por supuesto que los contextos de micromovilización también tienen una textura de clase, están atravesadas por intereses contradictorios, y no pueden hacer abstracción de los procesos de cambio en las posiciones estructurales de los agentes.

En realidad, el enfoque centrado en la movilización de recursos focaliza y desarrolla un tópico ya señalado pero no reflexionado en los clásicos. Es un lugar común la referencia weberiana a que determinados contextos sociales como la fábrica o los lugares de trabajo por la reunión de personas en contacto prolongado y frecuente, compartiendo problemas y demandas comunes, es una base posible para la acción comunitaria de contenido clasista. También subraya este punto la añeja teoría de Smelser (1989) sobre las condiciones de

“conductividad estructural” del contexto, que permiten u obstaculizan la propagación del descontento y la difusión de las creencias generalizadas que alientan la movilización. Es fácil descubrir que los distintos “espacios” sociales de clase ofrecen diversas condiciones de conductividad estructural. El análisis de Marx sobre la imposibilidad del campesinado parcelario para constituirse como clase pasa exactamente por esta limitación afirmada como absoluta. Nada hay en la naturaleza de los intereses que profesa la pequeña burguesía agraria que impida su formación como clase. Son sus condiciones de vida fragmentaria y competitiva las que lo impiden. En Marx aparece entonces una veta para introducir la determinación de clase más allá del modelo “motivacional” basado en el interés como mediador entre posición colectiva compartida y acción colectiva, a saber: las coerciones estructurales operan no sólo en la definición de intereses sino en la determinación de las condiciones de posibilidad de la acción colectiva y de lucha, es decir, en las condiciones del proceso de formación de clase. Con ello se rompe el dualismo que afecta a las teorías historicistas del duro trabajo de conciliar la “sorda coerción económica” con “las tradiciones autónomas”. La coerción estructural incide en las condiciones de constitución de clase, en las condiciones en que se prepara y plantea la lucha. La lucha no es sólo una decisión voluntaria, una elección, una preferencia o un resultado de la deliberación colectiva, de una interpretación de la situación, de una “experiencia” culturalmente moldeada, de una estrategia diseñada, sino que es también un proceso en buena medida sometido a constricciones donde se experimentan “condiciones ajenas a la voluntad”¹⁷.

Las prácticas de organización y protesta están expuestas a condicionamientos y presiones de todo tipo que se asocian a diferenciaciones económico-sociales y culturales que suelen tener efectos clasistas hacia el interior de los movimientos. La misma movilización como fenómeno social está clasistamente condicionada. Las prácticas y actividades de los movilizados están atravesadas por sesgos de clase.

El carácter pluriclasista de los movimientos sociales no obsta para que los *clivages* internos, las divisiones del trabajo, las diversas composiciones de clase en dirigentes, activistas y simpatizantes, ofrezcan un sinnúmero de importantes dimensiones clasistas. La composición de clase de los movimientos, las características “posicionales” de sus miembros

¹⁷ La discusión acerca de la accesibilidad a estas condiciones “objetivas” desde un punto de vista exterior, de observador, con herramientas “científicas”, etc. no puede ser abordada aquí y seguramente no puede ser saldada. Sin embargo, veremos más adelante que son los mismos actores los que definen cuáles son las “condiciones” objetivas con las que deben lidiar, y también cómo muchas veces en esta definición incluyen métodos, puntos de vista y validaciones “exteriores” o de observadores para fundamentar o simplemente para mejorar los rendimientos de sus estrategias. En este sentido la cuestión de establecer la “verdad” de las condiciones objetivas es una cuestión fundamental para los mismos actores y no sólo para los observadores. La objetividad es una cuestión tan subjetiva como cualquiera. Siempre es el sujeto quién coloca en el lugar de la objetividad al mundo en relación al cual se constituye como sujeto.

se ofrecen como factores explicativos de algunas características y rasgos de sus formas de lucha e intervención.

Esto puede verse muy claramente en el conocido trabajo de dos marxistas americanos (Piven y Cloward, 1977) que han explicado las violentas revueltas de pobres de los guetos negros o de grupos “sin techo”, en donde justamente brillan por su ausencia las estrategias de acumular recursos organizativos, liderazgos, discurso, etc. La racionalidad de la “revuelta”, el “estallido” a pesar de sus elevados riesgos y costos para los participantes deriva del hecho de su notable diferencial favorable de rendimiento político y repercusión pública, si se lo compara con los intentos de asociación u organización de grupos militantes. Los movilizados encuentran también una racionalidad en el no sostenimiento de organizaciones permanentes, de aliados y de militantes, porque la misma racionalidad negociadora llevaría a una mayor cooptación y a una menor capacidad negociadora justamente por la dificultad en invocar otros recursos que no sean la amenaza de la alteración del orden. En definitiva la opción de volcar las escasas estructuras de movilización disponibles a la acción colectiva como violenta alteración del orden público obedece a la evaluación de que es el único recurso efectivo que tienen ciertas comunidades pobres, o marginales, a pesar de sus elevados costos. En este caso, se ve con nitidez cómo las coerciones estructurales, las condiciones independientes de su voluntad a las que deben enfrentar, determinan “lo que tienen que hacer” en términos de lucha colectiva.

La construcción simbólica de los movimientos sociales: identidades y orientación cultural

Dentro de los desarrollos más contemporáneos debemos mencionar los enfoques que remarcan las cuestiones “identitarias” o expresivas de la acción y movilización colectiva, e incluso el papel que juegan en los procesos de individuación, búsqueda de espacios de realización, autonomía, etc. Lejos de los planteos “instrumentalistas” que ven la acción colectiva como emergente de una racionalidad de actores cuyos cálculos de intereses, costos y beneficios explican la acción, estas teorías subrayan los contenidos conformadores de conciencia y subjetividad, estilos de vida, formas de cultura, experiencias vitales, “inversión emocional”, “compromiso personal”, etc. Para Touraine (1987: 69) los movimientos sociales son uno de los elementos centrales de la vida social: dan la forma social a la lucha por orientaciones culturales en torno a conflictos. Aunque reconoce que las clases siguen siendo categorías de análisis imprescindibles, prefiere a los movimientos como concepto más apto para interpretar cambios en los sistemas de acción histórica. La acción colectiva contestataria de los movimientos busca transformar valores y campos de historicidad (ib. ídem, p.97). Touraine separa a los movimientos sociales del campo de intereses y la acción estratégica.

Melucci (1994) o Alberoni (1991) encuentran en los movimientos formas de realización personal, subjetividad y autonomía aunque también reconocen que no pueden disociarse de cambios en las formas de organización y en los procesos de trabajo del capitalismo, y del desarrollo de nuevas posiciones estructurales vinculadas a las clases medias y a otros sectores “no mercantilizados”. Pizzorno (1989, 1994) rescata la primacía de la cuestión identitaria: para poder evaluar intereses, el actor calculador tiene que tener garantizada una colectividad identificadora.

A diferencia del enfoque de movilización de recursos, la participación en la acción colectiva no está motivada “instrumentalmente” como un medio –no convencional– de alcanzar un interés exterior a la acción sino como una forma de realización personal y colectiva en sí misma. Los movimientos sociales son expresiones de autoafirmación frente a las amenazas de los poderes despersonalizadores y fragmentadores del mercado, el estado y la tecnología. La movilización colectiva los constituye sujetos de acción histórica como agentes de cambio de las orientaciones valorativas y los esquemas de referencia normativos. Los movilizadores tienen por esfera de acción privilegiada al sistema cultural, a la introducción de nuevos valores. Con sus prácticas, organizaciones, modos de vida y simbología pretenden encarnar nuevas formas de ver, de sentir y de hacer. Es en este sentido que los movimientos son “creadores” de lazo social al tiempo que de nuevas formas de subjetividad, cancelando o redibujando la frontera entre lo público y lo privado (Jelin, 2004: 239). La dificultad de este conjunto de planteos es que propugna una génesis prepolítica de los movimientos sociales, a los que se concibe anclados a la sociedad civil (Munck, 1995: 28). Su enorme mérito es haber independizado el análisis de los intereses materiales fijados a posiciones estructurales.

Otra forma de encarar el nexo entre acción colectiva y dimensiones subjetivas y de conciencia es la llamada teoría del enmarcamiento (Snow y ot, 2006c) (Rivas, 1999). Muchas características de la acción colectiva contestataria dependen de las formas de significación que se produzcan en torno a las elaboraciones con que invisten de sentido a los reclamos, caracterizan a oponentes, imputan responsabilidades, etc. Un fenómeno especialmente importante en los procesos de movilización es el llamado “superación del error inicial de atribución”: los sujetos dejan de autorresponsabilizarse por su suerte y apelando al reservorio cultural disponible construyen esquemas de interpretación alternativos que colocan en otras facetas de la vida social y política la “culpa” de sus agravios. También son comunes en los estudios de movimientos sociales contemporáneos la llamada “liberación cognitiva” o “la cognición caliente” que remiten a detonantes o acontecimientos que trastornan fuertemente los marcos de percepción anteriores de los sujetos y dan pie a la construcción de nuevas formas de entender la realidad que viven (McAdam, McCarthy y Zald, 1999).

La tradición teórica europea busca en el sistema cultural y en la acción histórica el aspecto principal de los nuevos movimientos sociales emergentes de la década del '60 en adelante. Desde un punto de vista más subjetivo las cuestiones del compromiso, y la inversión emocional, la autorrealización, e incluso el llamado efecto hipergenerador (Neveau, 2000: 124) por el cual las actividades de movilización generan más satisfacciones cuanto más dificultosas y riesgosas son, se señalan como una nueva teoría de “motivos” no egoístas o no interesados o como defensa de valores “posmateriales”, que en apariencia diluyen la pertinencia del análisis clasista. Sin embargo, las indagaciones de estilos de vida, orientaciones políticas, y predisposición al cambio social, muestra que las formas de conciencia, identidad y marcos interpretativos utilizados también tienen una fuerte impregnación clasista: es muy abundante la literatura de los teóricos de “la nueva clase” (Gerteis, 1998) que asocia todos estos factores a determinadas posiciones ocupacionales en espacios sociales y económicos.

La valoración de “experiencias movilizadoras”, de “estados nacientes” (Alberoni, 1991), la constitución de “mutantes sociales” portadores de nuevas formas de vida colectiva en el seno de los movimientos y las satisfacciones derivadas de la lucha por causas altruistas, no son ajenas a sistemas de creencias y estilos de vida asociadas a posiciones de clases medias educadas. Las formas que asume la experiencia subjetiva de la movilización, la lucha, puede también asociarse a coerciones definidas por los accesos y distribución del capital cultural y simbólico. La disponibilidad para la lucha también tiene estrecha relación con el balance de la relación entre trabajo y ocio, tiempo disponible, acceso a satisfacciones sustitutas (consumo, entretenimiento, etc.), acceso a sitios sociales o instituciones donde la inculcación o la adquisición de este tipo de disposiciones personales sea reconocido, donde exista determinada circulación de significados, contacto con determinado tipo de personas, etc.

Como es sabido, la activación de capital cultural, su valorización requiere de determinados tipos de capital concurrentes, acceso a determinados espacios sociales, etc. Varias franjas de la pequeña burguesía o las capas medias son las que tienen mayores posibilidades de reunir estas condiciones: el estudiantado, profesionales vinculados a la cultura, los servicios sociales, trabajadores calificados de la salud, la educación o la cultura y el arte, etc.

Los enfoques “constructivistas” o “cognitivistas” de los nuevos movimientos sociales (Fernández Buey y ot, 1995: 27 y ss.) han intentado analizarlos como un tipo de disrupción simbólica: la pretensión de los movilizados es esencialmente cambiar las reglas de valorización establecidas y modificar así el punto de vista de otros sectores acerca de un tema.

La problemática de la pesquisa de las fuentes clasistas de identidades y formas de conciencia tiene dos grandes vertientes: las formas subjetivas emergentes de pensar, sentir y juzgar en los individuos que participan de los movimientos, y las formas de enmarcar la lucha por parte de los movimientos. En unos casos la unidad de análisis son los sujetos individuales y los cambios de su “fuero interno” precipitados por la acción colectiva. En otros es la forma del discurso elaborado colectivamente, la circulación de significados hacia adentro y hacia afuera que constituyen las condiciones simbólicas de posibilidad de la acción y la organización colectiva y su lucha. La teoría de los marcos interpretativos ha tenido un gran desarrollo y en gran medida alude a las estrategias retóricas que permite generar o aumentar, apoyo, aceptación, compromiso militante, etc. hacia adentro y hacia fuera del movimiento mismo. Conceptos como marcos primarios y secundarios, marcos maestros, alineamiento de marcos, marco de atribución y marco de acción, fidelidad narrativa o consonancia empírica, y muchos otros permiten entender los problemas que enfrentan los movimientos y las luchas que emprenden en términos de “fuerza simbólica”, capacidad de “movilizar consenso”, “eficacia cognitiva”, etc. (Gusfield, 1994; Snow y Benford, 2006a).

De nuevo, el sesgo clasista es posible situarlo en la selección de contenidos: la congruencia con la experiencia cotidiana, la validez empíricamente perceptible por grandes públicos, la consistencia argumental en las imputaciones de responsabilidades o atribuciones causales, la alusión a valores preexistentes (ampliación o extensión de marcos disponibles) y su resignificación y transformación, tienen nítidas condiciones clasistas en la medida que definen por acción u omisión posiciones de enunciación y destinatarios de significados y acciones. La construcción discursiva de las interpelaciones de los movimientos necesariamente tienen ajustes de acuerdo con los destinatarios particulares: los medios, el público en general, terceros observadores no involucrados, antagonistas, circunstantes, autoridades, etc. Si las clases son planteadas como “intentos organizados de organizar clasificando” y asignando modos de acción posibles, poniendo gente junta o separada desde una mirada que necesariamente es selectiva (Furber, 2005), entonces los movimientos participan activamente en el proceso social de construcción discursiva de enclasmientos y desenclasmientos. El análisis de la mediación clasista de sus construcciones discursivas hacia adentro y hacia fuera, sus posiciones de enunciación, la enunciación de destinatarios y contradestinatarios, abre un ancho campo de indagaciones.

Las marcas clasistas de los enmarcamientos de la movilización se observan en la construcción de sentidos en torno a valores asociados a estilos de vida deseados e incluso a los valores asociados a la misma actividad militante: el coraje o valor militante, la autonomía

o autotransformación subjetiva es enfatizado por las clases medias, mientras el esfuerzo, la persistencia o la eficacia externa de la acción en las clases populares.

Del análisis de clase al análisis clasista

La posibilidad de realizar una lectura clasista de las luchas protagonizadas por las clases medias las vamos a cifrar en un abandono de cuatro supuestos sobre los que se ha fundado el análisis de clase, y en una reorientación hacia un esquema conceptual centrado en el antagonismo y la colectivización como fundamentos teóricos. Es necesario entonces trabajar en la purga y depuración del concepto a riesgo de que en su resurrección el dinosaurio se convierta en pájaro¹⁸.

La superación del análisis de clase

El abandono del dispositivo estructura-distribución

Crompton (1994: 62) afirma que el supuesto fundamental de la teoría de la estructura de clases es la relevancia de la distribución de posiciones en un espacio de diferencias de propiedad para explicar la conducta individual y de grupos. Pero el hecho de que un sujeto –sus padres, su familia o grupos de pertenencia– pueda estar, simultánea o sucesivamente, en dos o más lugares estructurales con respecto a la propiedad, parece significar ni más ni menos que las estructuras no ejercen una constricción unívoca y decisiva sobre los sujetos y que, en cambio, éstos navegan bastante contradictoriamente por sobre la superficie estructural.

En este sentido es importante el aporte sencillo pero contundente de Van der Linden (2003) respecto de la multimodalidad que puede asumir la explotación de la fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista: no hay necesidad excluyente que sea la venta libre de fuerza de trabajo de un individuo soberano la que sea explotada. El verídico ejemplo histórico invocado es bien gráfico: un esclavo es enviado a “contratar” trabajadores a cambio de un salario y se convierte en empresario planamente autónomo organizando la explotación de estos trabajadores. El régimen salarial se puede superponer con toda clase de combinaciones de relación laboral e incluso con el trabajo autónomo y la explotación de la pequeña propiedad en la que un trabajador puede a su vez ser empleador o incluso ser “esclavista” o “señor” comprando esclavos o sometiendo a servidumbre a otros más débiles. La sencilla constatación de este abanico de posibilidades no abstractas, plasmadas en innumerables casos históricos (el doble empleo y la economía informal urbana latinoamericana dan una muestra

¹⁸ Adamovsky (2007) advierte sobre cierto tradicionalismo en el marxismo doméstico que conspira contra una renovación teórica. La poca recepción local de los aportes novedosos dentro del espectro neomarxista europeo sobre teoría de las clases favorece el desplazamiento de los enfoques clasistas en la investigación social e histórica.

fehaciente), muestra que el modo de producción capitalista tolera o aprovecha toda clase de juegos de coerción sobre la fuerza de trabajo y que, por tanto, las definiciones de intereses y formas de enfrentarlas pueden ser bastante disímiles dentro mismo del universo de los explotados y oprimidos.

Es claro que esta multimodalidad de la relación capital/trabajo pone en tensión el concepto de modo de producción y el dispositivo conceptual clásico del marxismo y muestra que las relaciones de clase no pueden tener efectos distributivos simples, nítidos y con fronteras infranqueables. La validez de la noción de interés de clase “objetivo”, como mediador estructural de la acción, depende en gran medida del carácter fijo o estable de las posiciones estructuralmente definidas. El carácter multiforme de los emplazamientos estructurales conspira también contra la imputación de intereses como recurso analítico.

Pero además, la clase en tanto fruto de efectos distributivos, tampoco puede ser omitida para explicarlos. Los efectos distributivos no pueden estudiarse como exterioridad determinante emanada de posiciones, como causación unidireccional, sino como dinámica de acciones individuales y colectivas. Este planteo reitera una secularización incompleta del concepto. Las clases serían castas o estamentos pero en vez de sancionadas por una autoridad, emanadas de una creencia religiosa o de una tradición, serían producto de “fuerzas terrenales ocultas” sólo accesibles para algunas inteligencias privilegiadas. Lo primero que hay que entender al hablar de clase es que su campo específico de alcance es el de las coerciones a las que están sometidos los individuos y que esta coerción tiene la propiedad analítica de no adscribir a las personas o cualesquiera que sean sus rasgos personales. La coerción es “estructural” justamente porque es completamente indiferente a las características personales del individuo. Sólo en tanto es posible un desdoblamiento de este tipo –por la abolición de las prescripciones y adscripciones de las sociedades precapitalistas– es que puede predicarse la eficacia causal de la clase¹⁹. Únicamente en la medida en que se generaliza un sistema no normativo ni prescriptivo de atribución de posiciones existe la perspectiva de clase como organizador de la vida social: lo que los hombres tienen (tanto en términos materiales como no materiales) depende no de reglas distributivas fijas sostenidas por una autoridad, sino del resultado del obrar propio sobre los demás y de los demás sobre el propio. En sociedades donde no hay prescripción de diferenciaciones adscriptivas que atan a la persona a la posición, ni tampoco puramente lucrativas, ya que no responde al mero “tener” sino a lo que se hace con lo que se tiene, los hombres tienden a pensarse y organizar su vida en función de lo que

¹⁹ La disociación entre persona y clase plantea una especificidad histórica que la separa de las formas estamentales de diferenciación social: “En el estamento (y más todavía en la tribu) esto se mantiene aún velado. En el capitalismo no es que dejen de ser personas sino que su personalidad se halla muy condicionada por relaciones de clase muy concretas y la diferencia se pone de manifiesto en contraposición con otra clase y con respecto a esta...”. (Marx y Engels, 1971: 89)

“tienen” que hacer con lo que tienen y eso es un tipo de “comprensión” necesariamente “clasista” de la vida social. La clase aparece cada vez que un sujeto tiene que calcular las consecuencias de su hacer frente al hacer de otros, tomando en cuenta su tener frente al tener de los otros. En las sociedades no clasistas el tener viene atado necesariamente al ser²⁰, en las sociedades clasistas el tener es resultado contingente del hacer. El sujeto se establece a través de la perspectiva de clase como agente de un orden ante cuyas restricciones y coerciones es capaz de dar respuesta, incluyendo la pura pasividad o subordinación a las coerciones. La clase alude a individuos que deben dar respuestas a otros a quienes “clasifican” en relación a sus condiciones de existencia. Las clasificaciones de “clase” posicionan las propias condiciones de existencia frente a otros en la totalidad del orden social.

Dentro de la problemática de las clases, las “respuestas” al orden son fundamentalmente formas de “lucha” y de “movilidad”, es decir, son formas de usufructo de la cualidad de “apertura” no adscriptiva de las fronteras que separan espacios sociales de clase. El concepto de movilidad es esencialmente solidario al de clase, en tanto la clase está compuesta por individuos que desarrollan estrategias de movilidad, y permite encuadrar el análisis de clase en un enfoque dinámico. Tanto la lucha como la movilidad pueden ser encaradas como acciones estratégicas sobre los juegos de coerciones estructurales y sobre las constricciones y acciones de otros grupos o clases. Para un análisis clasista las distribuciones no pueden ser otra cosa que resultados de conflictos competitivos o colectivos.

Schumpeter (1965) con su analogía con los *buses* donde sube y baja gente todo el tiempo, ha intentado salvar el concepto estructural de clase sin sacrificar las propiedades de movilidad y apertura. Pero es claro que esta analogía hace endeble la relación entre estructura y acción individual y colectiva ya que la exterioridad entre ómnibus y pasajeros es bien clara. Ni las estructuras afectan identidades o disposiciones individuales, ni mucho menos las acciones individuales o grupales afectan las distribuciones estructurales. Una lectura estática y “estructural” de movilidad y lucha hace exterior a los sujetos que se mueven libremente pero dentro de constricciones rígidas. Aquí vamos a sostener que lucha y movilidad implican capacidades clasistas de autoformación, de intervención sobre sí mismos y capacidades clasistas de “deformación” de los espacios estructurados, de intervención sobre las reglas del orden.

La pregunta clasista es “¿qué hacen los hombres con las circunstancias que los agrupan y con las fuerzas que los separan unificándolos únicamente en la impotencia?”. La clase es el escenario representado para una no aceptación que es esencial al concepto de clase: la movilidad individual o la acción colectiva contenciosa contra las “fuerzas” impuestas que

²⁰ Obsérvese que las teorías clásicas weberianas o marxistas simplemente reemplazan al ser por el estar (en una posición estructural) pero no modifica la relación lógica entre los términos.

construyen y atan a posiciones dadas. La respuesta de “movilidad” supone un intento de maximizar/minimizar (según el caso) los resultados de las coerciones estructurales y los recursos o poderes causales o capitales (en términos ya vistos de Savage o Bourdieu) que deja disponibles, aprovechando sus rasgos de inconsistencia, plurimodalidad y contradicción. La movilidad individual existe porque las constricciones estructurales son porosas y contradictorias, permeables a estrategias individuales. La intervención pública y política por la lucha colectiva supone un intento de alterar las mismas “fuerzas”, coerciones dadas o reglas distributivas establecidas. Ambos tipos de respuestas no son en absoluto independientes entre sí: la acción colectiva suele pugnar por mejorar las condiciones de valorización de recursos e incremento de eficacia y activación de poderes causales para facilitar la movilidad individual, y los intentos fallidos de movilidad o la pérdida de posiciones suelen incrementar la predisposición individual a la acción colectiva.

El abandono del dispositivo posición-acción

Bourdieu (2003: 28) es quien mejor se ha manifestado contra el sustancialismo clásico de las correspondencias fijas entre posiciones definidas por la propiedad sobre bienes que determinan posiciones y prácticas. Su esquema teórico propone un

[...] análisis de la relación entre posiciones sociales (concepto relacional), las disposiciones (o los *habitus*), y las tomas de posición, las “elecciones” operadas en los dominios más diferentes de la práctica en cocina o en deportes, en música o en política, etc. por los agentes sociales. [...] las comparaciones no pueden hacerse nunca entre elementos particulares de dos sistemas sino entre sistemas.

La típica determinación modal (la coerción del tener sobre el hacer) es atenuada a partir de la escala intermedia del *habitus* y las disposiciones. La aclaración de que las comparaciones no pueden realizarse entre elementos sino entre sistemas de relaciones es también esencial. El ejemplo de Bourdieu es magnífico: el ser estudiante universitario es distinto para un aristócrata, un burgués, un obrero o un marginal: para unos es natural, para otros una obligación o un mérito, y para los últimos un exotismo. Una práctica no puede explicarse por corresponderse a una posición o a unas posesiones, tampoco a una serie de disposiciones personales inculcadas, sino que el sistema que enlaza los tres niveles es el que especifica el sentido “clasista” diferencial de esa práctica. Un ejemplo semejante podría proponerse para nuestra investigación: participar en un cacerolazo, un piquete, un escrache o ser miembro de una asamblea barrial es algo que no obedece a una regla de correspondencia con posiciones sino que está atravesado por sentidos clasistas que pueden ser múltiples y contradictorios. Según este esquema las clases no determinan prácticas puntuales sino que las impregnan, las atraviesan inscribiéndolas en sistemas de relaciones.

Esto descarta el problema de la correspondencia término a término entre clase y movimientos que haga coincidir locaciones de clase con tipos de acción y organización²¹.

El abandono del dispositivo posición-acción significa la renuncia a considerar plausible las explicaciones “objetivas” en términos de la esquiva e inasible coerción estructural que asume formas francamente “animistas” o “reificaciones naturalistas” (Giddens, 1995: 210) con disfraces positivistas que se saltean a los sujetos mediante el recurso a una elipsis sociológica (la estructura).

El abandono del dispositivo posición objetiva / conciencia subjetiva

Nuestro punto de partida es que sólo la consideración de la lucha y el conflicto permiten abordar el proceso de constitución de clase como un colectivo histórico activo que incorpora el protagonismo de la misma clase en su propia formación. En este sentido la noción de “experiencia” propuesta por Thompson (1989) permite concebir lo que en Marx permanecía latente, la mediación entre la presión estructural y el “ver” la obligación de luchar. Este “ver” no es un fruto ciego de las mismas fuerzas impersonales, ni una epifanía natural en la que la realidad se da a los hombres “en sí”, sino una interpretación particular históricamente condicionada por acervos de luchas anteriores, cultura y creencias.

Class formation and the discovery of class consciousness grow out of the process of struggle, as people experience and “handle” their class situations. It is in this sense that class struggle precedes class. To say that **exploitation is ‘experienced in class ways** and only thence gives rise to class formation’ is to say precisely that the conditions of exploitation, the relation of production, are objectively *there* to be experienced” (Meiskins Wood, 1996: 80).

How the determining pressures of structured processes are experienced and handled by people. (ib idem, 97)

Son los mismos trabajadores los que se representan a sí mismos experimentando presiones de fuerzas colosales que explican su situación. Todo proceso de formación de clase posee dos dimensiones de la acción sobre sí misma: una de organización y lucha colectiva, y otra de acción comunicativa, es decir, una forma de enmarcamiento de su propia experiencia.

Los aportes de los historiadores ingleses modifican el nexo conceptual disyuntivo que en Marx anudaban la esfera de las relaciones entre clases (lucha de clases como cohesionadora, unificadora) con el campo de las relaciones intraclases (producto de la presión estructural, descolectivizadora, competitiva). Estas dos relaciones, entre clases, y entre miembros de la clase, entran en una conjunción problemática: las relaciones entre clases no tienen como único componente la presión estructural de coerción económica, sino que

²¹ La contraposición entre clase y movimientos o lucha de clases y movimientos sociales, como si fueran conceptos opuestos y competitivos (Galafassi, 2007; Millán, 2010) también resulta absurda y obedece solamente a la negativa a tomar el contenido clasista presente en todo proceso de movilización. En realidad clases y movimientos pueden combinarse sin ningún problema justamente porque forman parte de campos semánticos heterogéneos que no se excluyen entre sí. Movimiento excluye partidos o sindicatos, no clase. Clase puede excluir estratos, estamentos, y otras formas de diferenciación social pero no movimiento. Hacer competir clase y movimiento también puede significar el intento de confundir clase con un grupo, un actor organizado visible.

también aquí puede haber creencias, significados o “costumbres en común”, identidades compartidas, dando pie a la consideración de las cuestiones de la hegemonía; y las relaciones entre los miembros de una clase tampoco pueden reducirse a la competencia disolvente en un mercado ya que operan fuertes creencias y experiencias compartidas.

While the identification of antagonisms in the relation between classes is necessary condition for a definition of class, it is not sufficient. That brings us to class as an internal relationship, a relationship among members of a class [...] class relations are not reducible to production relations” (ib ídem, 94-95).

Es la experiencia de la identificación de la coacción, que moviliza toda clase de experiencias previas, memorias, tradiciones, sentimientos, lo que permite elaborar un marco común compartido y recursos de identidad para la lucha.

Parte importante del enmarcamiento cognitivo de la lucha y la constitución como clase depende de procesos de atribución donde juegan también pretensiones de “objetividad” como fuente necesaria de cuestionamiento al orden social y de legitimación de las demandas. Los sesgos sistémicos atribuidos a “estructuras objetivas” de consistencia difusa resultan centrales para la conciencia clasista. Justamente, aquí aparece el papel del marxismo y del “efecto teórico” que Bourdieu (1991, 2003) invoca críticamente para desnaturalizar la objetividad positivista del marxismo. La postulación de objetividades, el señalamiento de fuerzas objetivas independientes de la voluntad, son dispositivos que atribuyen “realidad” a las clases y sus relaciones, y con el tiempo se convierten en fondos culturales. El marxismo tanto como la economía de mercado, han sido quizás casos extremos de eficacia de este “efecto teórico” que opera en los marcos cognitivos de los agentes y por esa vía opera también “objetivamente” o al menos contribuye a “crear” las objetividades que enuncia.

Giddens (1995: 313) plantea que la conducta estratégica requiere definir propiedades estructurales del contexto, es decir condiciones invariantes, puntos de apoyo fijos para la acción²². Esto constituye un supuesto de toda lucha de poder y de toda idea de transformación. Es en este sentido que debe entenderse la clase como un concepto solidario con el de estrategia. El discurso clasificador siempre es un discurso avieso, estratégico, cuyo sentido está atado a una lucha y a una cierta negación de lo dado. La objetividad de las fuerzas sistémicas que predica es tanto un punto de apoyo para la estrategia de acción como también un discurso instrumentalizado por esa estrategia. Para las clases dominantes está claro que la apelación a fuerzas impersonales refuerza la retórica de la naturalización de “lo inevitable”. Pero para los dominados la apelación a fuerzas anónimas y difusas también tiene ventajas estratégicas: las personificaciones concretas, las caras visibles de esas fuerzas oprobiosas

²² Definir “la apariencia de lo inevitable” y separarlo de lo concebido como posible forma parte de la racionalidad del obrar según Giddens.

pueden cambiar de acuerdo a las contingencias de la lucha. El recurso de las “injusticias sistémicas” permite una coartada flexible para legitimar o deslegitimar oponentes y conflictos.

La percepción clasista de la propia situación y posición social requiere apelar a representaciones “objetivas” relativas a la existencia de “fuerzas” opresivas que se imponen a la voluntad. El “punto de vista” clasista incluye esta atribución de sentido por parte de los mismos sujetos: sentirse o percibirse como “víctimas” o “presas” de fuerzas impersonales, históricas que los exceden. Esto ha dado lugar a un sinnúmero de polémicas puestas de manifiesto en los trabajos antropológicos de Scott sobre el “arte de la resistencia” (Scott, 1990) en donde se rechaza la posible eficacia movilizadora de una construcción de sentido de atribución impersonal como la que supone “clase”. La movilización y la predisposición a la lucha necesariamente deben personalizar e invocar motivos culturalmente arraigados y no causalidades generales y “abstractas”. Pero Scott no aplica su teoría a las sociedades industriales modernas en donde es norma que los agravios sean interpretados como “sesgos” o iniquidades impersonales del orden social dando con ello “legitimidad” al reclamo particular que siempre gira en torno a la idea de igualdad, es decir la ausencia de sesgos en las reglas distributivas²³. El carácter sistémico o “anónimo” de la percepción de la injusticia es algo completamente internalizado que da forma a un tipo de conflictividad de carácter “universalista” y donde desde el funcionamiento económico hasta el cultural (los prejuicios raciales o sexuales, por ej.) se atribuyen no a decisiones, intenciones o voluntades personales o grupales sino a fenómenos supraindividuales sobre los que hay que actuar²⁴. El carácter fantasmal del “verdadero” oponente abre la problemática de la “opacidad” de las apariencias que las clasificaciones “clasistas” intentan “penetrar” (Giddens, 1995: 342). Esta problemática tiende a “objetivar” las fuerzas más allá de la misma determinación de los oponentes visibles. Pero esta forma de antagonismo que enfrenta un enemigo invisible a través de sus formas vicarias advierte sobre la pretensión profundamente transformadora que anima el discurso clasista²⁵ al atacar a las reglas mismas más allá de sus encarnaciones concretas.

²³ En este sentido es completamente acertada la aseveración de Laclau (1987: 173) acerca de la centralidad de la revolución democrática y el desencadenamiento que provoca de una lógica equivalencial en el imaginario social.

²⁴ La coerción estructural (o su completa negación, como es muchas veces el caso de las clases medias) deja de ser una mera categoría de uso científico o especializado y puede convertirse en un marco interpretativo de los actores movilizados. Esta constatación obliga a una nueva vuelta de tuerca acerca del problema magníficamente formulado por Laclau (1987: 172 y ss) en cuanto a que debe abandonarse un esquema esencialista que incluye antagonismos en posiciones estructurales. Conflicto, lucha contra la opresión, no emanan de posiciones estructurales. Entre posición subordinada y rebelión no hay solución de continuidad (Laclau, 2007: 111). Esta operación sólo puede establecerse mediante un exterior discursivo desde el cual mediante la lógica de las equivalencias se convierte la subordinación en opresión y la acción en sublevación. Pero el pensamiento libertario del Siglo XIX ha insistido en conformar un exterior discursivo (básicamente el marxismo y el anarquismo) que intenta desaparecer como exterior en tanto que asume una posición de enunciador como develador del secreto de las estructuras objetivas (el Estado, el Capital, la Evolución, etc.) convirtiendo en personificaciones de estructuras cualquier antagonismo.

²⁵ Los discursos desclasadores pueden formar parte de una estrategia clasista tal como plantea Adamovsky (2007: 22) con la racialización de los antagonismos sociales como forma de encubrir fuerzas económicas y

El anatema de Furbank (2005: 113 y ss.) contra el imaginario sociológico de un orden que explique una posición para cada individuo o grupo (“la jerarquía perfecta”) lleva a circunscribirse a investigar no las maneras de clasificar, ya que no hay posible forma objetiva universalmente aceptada por cualquier observador de agrupar a la gente concreta, sino las retóricas de la clasificación. Según esto, “clase” tendría exclusivamente un significado de convención pragmática. Pero el razonamiento de Furbank tiende a desobjetivizar el valor de “clase” y concentrarse en su valor de “manipulación” olvidando que ambas son correlativas: la objetividad es también una convención social importante y sólo porque todos creen que el otro tiene una idea de la verdad sobre lo que ocurre (la realidad objetiva) es que puede intentar manipulársela. Pero este intento de manipulación sólo puede basarse a su vez en la asunción de alguna clase de verdad u objetividad desde la que se enuncia. Sólo puede mentir quien sabe o cree saber la verdad y la preocupación del manipulador es saber la verdad para sacar ventaja de ello. El uso necesariamente pragmático y “mentiroso” es imperativamente “realista”: las clases y la atribución de intereses son también formas autoesclarecedoras y no fingidas acerca de la propia posición.

Si clase no puede entenderse sin preguntarse por el “clasificador”, la pregunta subsiguiente “¿quién clasifica?” (Furbank, 2005: 123) en realidad incluye solapada entre los contenidos significativos de “quién”, la propia clase del clasificador o, justamente, qué clase de clasificador es, y la respuesta que se busca a esta pregunta se espera “objetiva” hasta por el más contumaz de los manipuladores, incluido el propio Furbank.

Por otra parte, la omisión de la dimensión agonial de la enunciación clasista corre el riesgo de hacer caer la “clasificación” en un capricho cultural, un “placer inconfesable” de manipular percepciones sociales y validar o cuestionar privilegios o posiciones en el plano exclusivo de las representaciones, de los símbolos. Con ello se ocluye que las acciones de lucha, la guerra, los enfrentamientos siempre suponen clasificaciones y desclasificaciones o reclasificaciones fuertes en tanto el lenguaje está constreñido a dar cuenta del contexto y de los lugares de enunciación, porque la fuerza de los actos es retomada performativamente en el discurso fijando una “objetividad” contribuyendo a convertirla en el piso firme de la acción a la que se subordinan las palabras. El lenguaje situado en antagonismos asume un carácter clasificador porque es necesario contextualizar todo el tiempo la relación entre los enunciadorees que entran en conflicto.

El acceso metodológico a esta dimensión de “los supuestos de objetividad” que están en la base de la representación clasista es difícil ya que el ocultamiento de los lugares de elaboración de intereses hace a las estrategias más aptas para su defensa. El discurso sobre

privilegios de clase. El intento de desclasificar la percepción ayuda a mantener oculto la fuente de la opresión legitimando el orden de clase.

autodefinición de intereses por definición nunca puede ser sincero sino conveniente, pero esto no obsta para que el agente tenga reglas de reconocimiento y de cálculo propias con las cuales clasificar a los demás y posicionarse ante ello. Sobre esto, no son los documentos públicos, ni el discurso voluntario deliberado destinado a terceros, una buena fuente de información. Parecen más aptos los debates, internas, dudas, reyertas que buscan imponer a los demás reglas de cálculo, y definiciones de intereses, situaciones y antagonistas. El tradicional recurso de conectar simplemente el discurso público con las posiciones ocupacionales, o cualquier otra objetividad construida por el observador, es una manera torpe de usurpar el lugar de esa construcción de objetividad genuinamente asumida como tal²⁶.

Tiene razón Goldthorpe (1995) al afirmar que los intereses tienen que ser estudiados y no imputados, pero no es cierto si por “estudiar” se supone superficialmente que los intereses sean simplemente el discurso de los interesados y que de este discurso el observador pueda deducir o inducir las reglas vigentes que explican el comportamiento o la acción de carácter clasista. Y esto justamente porque el discurso del propio interés está en sí mismo “interesado”. Tampoco puede obviarse el hecho de que ya no puede reconocérsele a los sujetos una capacidad transparente de acceso a las condiciones de su propia situación, toda vez que es evidente que estos procesos cognitivos están fuertemente mediados, enmarcados, por formas culturales incorporadas, medios de comunicación, agencias ideológicas, etc. que tamizan la experiencia del sujeto intentando darle sentido. Aunque estas acciones están “interesadas”, también se sabe que el sujeto usualmente discrimina o al menos cree discriminar esos intereses y por tanto elabora su propia recepción de los intentos enmarcadores a los que está expuesto, intentando acceder a la “objetividad” de lo que pasa, es decir, a identificar o captar y comprender las fuerzas anónimas e impersonales que lo condicionan o determinan su posición de ventaja o desventaja frente a otros.

La separación entre interés e interés legítimo es clara: como en un campo de clases todos los intereses siempre son contradictorios entre sí en la medida que rige el principio de las distancias relativas, es decir de una insatisfacción ampliada (achicar las distancias para unos y escapar de esta proximidad para los otros), las clases ocultan necesariamente sus intereses que siempre son directa o indirectamente perjudiciales para otros y buscan presentarse a sí mismos por debajo de otros para legitimar los intentos de acortar distancias. En este sentido el ocultamiento de intereses clasistas es la norma en las sociedades de clases: para la burguesía su interés está en diluirse como colectivo y aparecer como sujetos o empresas exitosas y eficientes de cuya inversión depende el bienestar del resto (por ello no hay en ningún lugar del mundo un Partido Burgués o un Partido Terrateniente como sí hay

²⁶ En el trabajo de campo y en el análisis de la base empírica se ha realizado un esfuerzo específico para acceder al plano de la “objetividad” construida sobre el que se elaboran intereses.

infinidad de partidos “obreros” o “populares”). Para la pequeña burguesía normalmente su interés está en ocultar su obvio anhelo de achicar distancias con los de arriba y agrandarlas con los de abajo, buscando al mismo tiempo legitimarse a través de una identificación con los de abajo.

El abandono del dispositivo reproductivista-homogeneizador

El principio del análisis clasista que parte de la constitución de clase por la lucha y el antagonismo supone privilegiar la relación interclases sobre las relaciones intraclases. Esto supone ni más ni menos dejar de pensar las clases prioritariamente como espacios de homogeneidad que se reproducen a sí mismas. El punto de vista clásico de la determinación estructural tiene por corolario el privilegio a los procesos de uniformización: las coerciones estructurales comunes achican las distancias entre los que las padecen. El weberismo implícito en este esquema lleva a una secuencia casi establecida como sentido común: la situación de clase compartida lleva a características grupales compartidas y ello puede llevar a las orientaciones de comportamiento y conciencia también comunes. La persistencia en el tiempo de las coerciones estructurales garantiza la reproducción de estas fuerzas homogeneizantes. En Bourdieu esta tiranía de la proximidad como fundamento del concepto de clase se hace explícita.

[...] construcción de clases teóricas que no deben confundirse con las reales [...] la proximidad en el espacio social predispone al acercamiento [...] más inclinados a parecerse, más fáciles al acercamiento y a la movilización. Pero esto no significa que ellos se constituyan en una clase en el sentido de Marx, es decir, grupo movilizado por objetivos comunes y en particular contra otra clase [...] no quiere decir que la proximidad en el espacio social, a la inversa, engendre automáticamente la unidad: ella define una potencialidad efectiva de unidad, para hablar como Leibniz “una pretensión de existir”, una clase probable... (Bourdieu, 2003: 36).

Aquí se piensa la clase movilizada a partir de la condición necesaria, aunque no suficiente, de la fuerza homogeneizadora que impera en el espacio social de clase. El control de los *habitus* a través de la reproducción cultural garantiza la perpetuación de la homogeneidad que surge de la exposición común a coerciones y del aseguramiento de su internalización vía inculcación de *habitus*. El conflicto y la lucha no aparecen sino como contingencia posterior.

En el análisis clasista las clases no se estructuran por proximidad sino exclusivamente por el mantenimiento o ampliación de diferencias. Las acciones o cambios de reglas que tienden a aproximar espacios sociales dan lugar al conflicto clasista muchas veces entre sectores próximos entre sí que intentan diferenciarse. A su vez el intento de diferenciarse de un tercero puede aproximar y colectivizar sectores antes muy distantes.

En general las estructuras de clases han sido sinónimo de “estados permanentes” o estables de un sistema o formación social. Es por eso que el análisis de clase tiende a ocuparse de estabildades y regularidades en escalas temporales amplias, y el análisis clasista tiende a

inclinarse por las crisis turbulentas y las coyunturas de cambio acelerado. Son los contextos de crisis los que precipitan antagonismos generalizados y alteraciones que trastornan de diversas formas la reproducción de las clases con procesos de enclasmiento, desclasamiento y colectivización.

Para el marxismo convencional, las crisis eran tomadas como “derrumbe” ocasionado por las tendencias autocontradictorias de la acumulación que generaban incapacidad de gobernar por un lado, y propensión a la organización y la lucha por el otro. Las crisis tenían un efecto de polarización política de base clasista, incluso por el estrangulamiento de las capas sociales intermedias y por el imperio de privaciones absolutas y necesidades de subsistencia que impulsan a la acción revolucionaria. La crisis era entendida como una condensación o intensificación de efectos estructurales que polarizaban y homogeneizaban las clases al mismo tiempo. La crisis es tomada como un minimizador del proceso de autoformación de clases y un acelerador del antagonismo de clases. El marxismo ha demostrado grandes dotes para analizar los procesos cuando se trastornan las distribuciones de recursos o la disponibilidad de los poderes causales y se disuelven las bases de la acción competitiva individual. Acicateados por el antagonismo, los desfases entre intereses y expectativas y entre situación y posiciones tienden a colectivizar la movilización al límite de los poderes causales disponibles produciendo los efectos de estructuración de clases muchas veces en ruptura con los lugares o posiciones estables del pasado.

La sociología funcionalista señalaba que los períodos de crisis o cambio acelerado hacen “perder la correspondencia entre las características estructurales y las características psicosociales” de las clases. De nuevo en el marco de las teorías neoutilitaristas de la privación/frustración de expectativas: las crisis someten a las diversas posiciones estructurales a ajustar las expectativas a las nuevas condiciones o a actuar sobre las nuevas condiciones sosteniendo las expectativas (Germani, 1950: 5). Los fenómenos de anomia e inconsistencia de estatus eran tópicos comunes para analizar los procesos de crisis.

En las teorías posclásicas la complicación se hace mucho mayor. Para Wright (1983) quien ha trabajado mucho el tema, retomando la teoría de los juegos, propone un modelo de paso de estrategias dentro del juego a estrategias para cambiar el juego. En este sentido, y en consonancia con el marxismo clásico aunque con microfundamentos de otro tipo, las crisis “politizan” el accionar de las clases movilizadas al desplazar el foco de su estrategia desde los intereses inmediatos a los intereses fundamentales, modificando también la escala temporal de las acciones emprendidas. En este enfoque las crisis tienen un fuerte “efecto” clasista sobre la movilización política.

Los enfoques europeos han encontrado que las crisis dan nacimiento a movimientos sociales -el “estado naciente” de Alberoni (1991)- y sus protagonistas las viven como una discontinuidad tanto en lo institucional como en la vida cotidiana, apareciendo una subjetividad de “mutantes sociales” que exploran las fronteras de lo posible.

El sencillo esquema de Bourdieu basado en la conversión de espacios de posiciones en espacios de toma de posición a través del espacio de las disposiciones, muestra una circularidad pensada para explicar la homogeneidad que no puede explicar ni el conflicto ni el cambio. La crisis aparece incomodando todo el esquema y deja un enorme interrogante. En la crisis se reconoce una reconfiguración de los campos políticos y económicos para los actores que deriva en una parálisis de sus poderes de clase. Posiciones y disposiciones se hallan desacopladas, desapareciendo las dos leyes que rigen la relación entre habitus y campo: la ley de la creencia en el juego y la ley del ajuste con los habitus inculcados²⁷. Aunque Bourdieu no haya tenido especial sensibilidad para analizar procesos de cambio o movilización, puede rescatarse un señalamiento muy importante. Las crisis abren no sólo circunstancias de cambios relativos en los valores e importancia de los diversos tipos y especies de capital, sino que, sobre todo, abren una lucha en torno a las reglas con las que debe evaluarse la importancia de éstos. El capital simbólico es lo primero que entra en crisis con la crisis, abriendo para las clases subordinadas una gran oportunidad de intervención en este plano. Todo capital es simultáneamente simbólico en la medida en que enlaza fuerza con sentido.

Esquema conceptual del análisis clasista

El esquema deductivo descendente implícito en la secuencia “estructura de clases-formación de clases-conciencia de clases y lucha de clases” sigue viendo a las estructuras como una suerte de restricciones de partida o límites externos iniciales que dibujan en hueco los contornos entre los que verter válidamente contenidos extraclasistas. El análisis clasista a diferencia del análisis de clase se instala en la lucha y el conflicto y a través de él deben verse, dándose un orden de inteligibilidad, los elementos fundamentales de la colectivización y las posiciones estructurales. En este sentido, la clase es un concepto necesariamente asociado a la estrategia, ya que la posición del sujeto no es definida (prescripta) como determinación fija, única e inmutable; los recursos a los que puede acudir son múltiples; y las fronteras entre posiciones son fluidas en tanto que son el objeto mismo de la lucha. El punto de vista relacional entonces es un punto de vista “contencioso” y “estratégico”, y por ello las

²⁷ Es interesante el análisis de Elías (1992) de las posiciones clasistas frente a la necesidad de las reformas que dividían a las distintas clases en los prolegómenos de la revolución francesa: había terratenientes liberales, burocracias estatales reformistas y clases medias conservadoras. Asimismo plantea que en contextos críticos se produce una desfuncionalización de conductas ligadas a determinados habitus de clase.

distribuciones de bienes o “activos” de clase dependen de manera primaria también de estas estrategias y de los resultados de estas luchas, no pudiendo ser analizados de manera previa e independiente de ellas. Es en este sentido privilegiante de la contradicción y el conflicto, que el punto de vista relacional de lucha y antagonismo se diferencia del basado en las distribuciones en espacialidades sociales donde reina la fuerza de la proximidad y la homogeneidad²⁸.

Para un análisis clasista las estructuras no son límites externos -deducidos de un orden de inteligibilidad previo- que encierran posibilidades de lucha y conciencia, sino dimensiones elementales de inteligibilidad de la misma lucha y la conciencia. Los atravesamientos clasistas en los movimientos y sus luchas, tanto como la incidencia de la lucha de los movilizados sobre las relaciones entre posiciones, son materia no de un “análisis de clase”, que parece retornar a las relaciones estáticas unidireccionales, sino de un análisis clasista que promete el dinamismo constitutivo de la lucha y un intento de contestar la pregunta de Foucault acerca del significado de lucha cuando se habla en términos de clases.

En este acápite vamos a proponer el desarrollo de una infraestructura conceptual para un análisis dinámico que, por centrar la problemática de las clases en la lucha, me parece conveniente la retórica de llamarlo “clasista”.

La conceptualización del antagonismo

Desde el punto de vista teórico, el análisis clasista debe estipular algunos conceptos bajo los cuales entiende las relaciones de antagonismo, en tanto que ofrecen atributos que permiten diferenciar y relacionar colectivos.

Es fundamental contar con conceptos que permitan abordar las relaciones sociales desde el punto de vista del antagonismo. El más tradicional como fundamento de la teoría de las clases es el de explotación. Recuperando la herencia marxiana Elster (1992), Wright (1995b) y especialmente Roemer (1989), son quienes más han avanzado en esta tarea. Una relación es de explotación cuando lleva consigo la posibilidad de apropiación asimétrica de los frutos del trabajo. “Apropiación” supone desigual capacidad de los agentes para controlar el excedente que ellos mismos contribuyen a producir. Pero en tanto explotación designa un antagonismo generado por esta asimetría básica en las capacidades de apropiación de los frutos del trabajo supone necesariamente “interdependencia”. La interdependencia reside en que el explotado pone un límite interno con la necesidad de su propia existencia al explotador. El explotador

²⁸ En Bourdieu (2003) la dinámica de los campos es anunciada como un resultado de la lucha, la competencia y la cooperación de los agentes, es decir, de los resultados de las luchas anteriores que orientan las estrategias ulteriores. Pero no obstante esto hay una dimensión ausente en el análisis: las estrategias de los otros, el antagonismo. La estrategia parece reducirse a la relación habitus, capital disponible y campo. La estrategia parece limitarse a ser la de un individuo con sentido práctico ante un campo que es para él “terreno conocido”. Falla entonces en brindar elementos para la conceptualización del carácter antagónico y agonal de la clase, y con ello erra en el lugar que otorga a la acción colectiva.

depende del esfuerzo del explotado y, por tanto, la asimetría que tiene por base el antagonismo que surge de la explotación puede también depender de algún grado de cooperación del propio explotado²⁹. Así, la relación de explotación eventualmente puede no estar basada exclusivamente en la coerción (esclavitud) sino también en ciertas reciprocidades (incentivos, premios y castigos) que permiten aumentarla o reducirla. En la explotación entonces la asimetría es fundamentalmente dinámica, cambiante y sometida a lucha. Explotación no necesariamente se hace equivalente a perjuicio o pérdida neta de bienestar sino a un balance de contribuciones y apropiaciones diferenciales que dejan margen para dependencias y reciprocidades cruzadas. Puede haber explotación aunque se alcancen estándares de bienestar o no se produzcan pérdidas de recursos. En definitiva las relaciones de contribución/apropiación están sometidas a una permanente tensión y lucha³⁰.

Explotación como relación interdependiente asimétrica se diferencia netamente de la opresión en la medida que posee otras propiedades del antagonismo: la asimetría se asienta en la independencia de los poderes enfrentados. En la opresión no explotadora el opresor no se aprovecha del esfuerzo del oprimido sino exclusivamente de sus recursos. Incluso el oprimido puede resultar un estorbo para el opresor. La misma relación de explotación pone un límite a las prácticas de los explotadores, lo que no ocurre con los opresores que rápidamente tienden a la aniquilación o la supresión de los antagonistas³¹. Mientras la explotación plantea una relación entre polos que tienen un nexo interno que hace que ambos polos se reproduzcan en el antagonismo, la opresión mantiene una exterioridad de los polos en los que la supresión de uno por otro es una alternativa posible. En la explotación la desaparición de uno de los polos hace desaparecer al otro. Las relaciones de explotación son bases de antagonismos “abiertos” en el sentido en que la lucha tiende a realimentar ambos polos del mismo antagonismo: más explotación supone mayor reconocimiento de dependencia y reciprocidad sentando las bases

²⁹ Es lo que ocurre con las llamadas “nuevas formas de gestión de la fuerza de trabajo” que han sido machaconamente desmenuzadas por la sociología del trabajo. Las nuevas combinaciones de tecnología flexible con patrón de acumulación propias del posfordismo dan por resultado una reducción de los componentes coercitivos y de estrategias de aprovechamiento de la colectivización de las tareas y la libre cooperación entre trabajadores (células, equipos, kalmarismo, etc.) (Ver Neffa, 1998; Coriat, 1992; Terssac, 1995).

³⁰ El elemento asimétrico de una relación antagonónica no está definido en un campo de intelegibilidad preexistente (la economía o la política) sino en la misma relación contingente de lucha. Siguiendo a Laclau podríamos afirmar que es a partir de la inscripción en un discurso que algo se comienza a representar como asimétrico. Y al decir de Scott (1990), no es extraño que los marcos de injusticia muchas veces sean tomados del discurso de los dominantes. Los mismos medios de sujeción ideológica son invocados para reclamar reciprocidades y romper la naturalidad y la aceptabilidad de relaciones que comienzan a representarse como asimétricas.

³¹ Recientemente Harvey (2003) retomando elementos de Marx y R. Luxemburgo ha desarrollado la teoría de la “acumulación por desposesión” mediante la violencia, la rapiña y la depredación de los bienes naturales y recursos comunes. La desposesión o despojo parece haber desplazado en centralidad la dinámica ligada a la reproducción ampliada del capital. Los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos suponen una reconfiguración de antagonismos desde la explotación a la opresión.

de una inestabilidad y tensión que nutre la misma explotación convirtiéndola una y otra vez en antagonismo.

La inscripción de las asimetrías como explotación requiere de un discurso que puede o no incluir la negación de la identidad del antagonista. Si la incluye el antagonismo tiende a abolirse junto con la explotación (por ej., el discurso clasista socialista). Si no la incluye, se pueden inscribir en un discurso de “la indiferencia de las diferencias”, es decir la explotación del trabajo genera diferencias que no son vistas como asimetrías que agredan la identidad y por tanto pasan a ser irrelevantes como bases de antagonismo al lado de otras asimetrías (género, etnia, edad, cultura)³².

La explotación puede existir con o sin interacción entre los actores (forma directa e indirecta). Cuando la apropiación asimétrica se hace a través de las relaciones de intercambio y circulación en las estructuras mediadoras del mercado que permiten mecanismos anónimos, las identidades de los agentes no quedan comprometidas por el antagonismo. Las apropiaciones asimétricas sin copresencialidad e interacción de explotadores y explotados son más refractarias al antagonismo agudo que incluye la posibilidad de negar la identidad o la existencia del otro³³. La explotación indirecta consagra una suerte de impunidad del explotador que se sustrae del alcance de las acciones del explotado. El mercado es una estructura invisibilizadora de los antagonismos mas no de la explotación. La empresa en cambio hace coincidir explotación y antagonismo en un mismo *locus* social.

La explotación como antagonismo supone una lucha en torno al grado de dependencia, reciprocidad y asimetría. Desde esta conceptualización, la dominación/subordinación designa las relaciones antagónicas que marcan capacidades desiguales de condicionar la respuesta del otro polo de la relación, sea de explotación o de opresión. En la explotación la dominación subordina y recorta la autonomía del explotado tratando de reducir el nivel de reciprocidad e interdependencia, coacciona aumentos de la cooperación, disciplina, etc. para maximizar la asimetría. En tanto los explotados intentan aumentar su autonomía de respuesta para minimizar la asimetría. En la opresión, la dominación intenta dejar sin respuesta al oprimido pero sólo en tanto que esa respuesta atente contra la posibilidad de apropiación de sus bienes. En la opresión la autonomía “no perjudicial” del oprimido (cultura, costumbres, pero también bienes no valiosos para el opresor) puede incluso facilitar la apropiación. En la explotación tanto los explotadores como los explotados cifran su existencia en la del antagonista y por tanto, el problema del control de la respuesta del antagonista o su autonomía se convierte en una cuestión central de su propia existencia. En la opresión en tanto relación de asimetría sin

³² Ver el extenso debate en Butler, Laclau, Zizek (2004).

³³ Una de las ventajas estratégicas del capital financiero: generar perdedores y ganadores anónimos producto de sus propias decisiones.

reciprocidad, la identidad y existencia de los opresores y los oprimidos es mutuamente indiferente y por tanto el control de la respuesta del otro se plantea como algo contingente. A través de la dominación la explotación puede acercarse a la opresión al cancelarse interdependencias y reciprocidades. Al mismo tiempo la opresión puede reconocer amplios márgenes entre la autonomía compatible con la apropiación y el exterminio.

Por último, la posibilidad de antagonismo se presenta en la relación de subordinación a partir de una pura dependencia y mínima reciprocidad en donde no hay ni explotación ni opresión al no haber apropiación. La relación de subordinación dependiente abarca desde las prestaciones de seguridad social, previsionales, seguro de desempleo, hasta la caridad y el clientelismo. En general hay un mínimo de reciprocidad previsto (condicionalidades como haber realizado aportes, presentar documentación, hacer actividades de capacitación y buscar empleo, deberes de lealtad y contraprestaciones, etc.) aunque el dominador tiende a ser independiente y se sustrae del alcance de las acciones de los subordinados. La subordinación dependiente sin ser ni explotación ni opresión suele aniquilar la autonomía o minimizar su capacidad de respuesta.

Una lucha clasista se define también por el carácter permanente/estable o transitorio/inestable de ciertos ejes de dependencia, asimetría, reciprocidad. Es claro que la formación de colectivos estables e identidades se forjan en torno a antagonismos “estructurales” que en nuestro planteo debe leerse simplemente como conflictos “abiertos”. La organización colectiva y la identidad que dan recurrencia no se alcanzan por un determinado estatus “estructural” de un conflicto, sino al revés: un conflicto deviene “estructural” merced al desarrollo de organización, identidad y lucha en torno a relaciones de explotación, opresión y subordinación que se producen como pugna persistente por simetrías, dependencias y reciprocidades. En el análisis clasista no es que los cambios estructurales explican cambios en las relaciones de fuerzas y los conflictos, sino al revés: los cambios estructurales son posibles porque las luchas llegan a modificar aspectos importantes de las relaciones antagónicas (simetría, dependencia, etc.) proceso a través del cual se producen los colectivos sociales fundamentales: las clases.

La dinámica de los poderes causales clasistas: propiedades relacionales y estratégicas

Movilidad y lucha ponen en juego lo que podríamos decir constituyen los pistones del motor de la acción clasista. La conceptualización del dinamismo interno de la clase comienza al intentar dar cuenta de las formas en que los sujetos “atacan” el blanco fundamental de toda relación antagónica: asimetrías, independencias, reciprocidades. Reducir o aumentar cada una de estas tres propiedades relacionales del antagonismo es la materia prima de la lucha clasista.

Las elaboraciones de Bourdieu sobre las formas de capital y sus tipos son un sólido punto de partida: son las “armas” clasistas con que cuentan los agentes en pugna.

La denominación “capital” utilizada por Bourdieu como extensión de un concepto proveniente de la economía y el marxismo nunca fue definida de manera estricta o precisa y debe leerse como metáfora, como licencia sociológica. Se refiere a “todo aquello que pueda entrar en las “apuestas” (“tomas de posición”) de los actores sociales que es un instrumento de apropiación de oportunidades” (Bourdieu, 1991c:109). Muchas veces habla indistintamente de “capital” o “poder”. Puede leerse como cualquier recurso capaz de producir efectos sociales que permite aludir al atributo analíticamente significativo de la “apropiabilidad” y subsecuentemente de la “acumulabilidad” y “transferibilidad” como metáfora para todo tipo de recursos (incluso la cultura o la capacidad de simbolizar y hacer significar), propiedades ambas que permiten ejecutar acciones de reproducción o perpetuación. La dificultad conceptual y teórica proviene de los atributos que puedan asignarse al concepto: el primero es el de valor o valorización, habida cuenta de que “capital” es todo aquello que pueda valorizarse, es decir que haya alguien dispuesto a reconocerlo. Bourdieu insiste en que la valorización será siempre arbitraria pues es necesario creer en ella sin necesidad objetiva, pero no es necesariamente falsa (“ilusiones bien fundadas”). En este punto la extracción del concepto del campo de la economía es completo: no hay un campo de objetividad definido más allá del que definen los agentes sociales. Ni ley del valor, ni rendimiento marginal, ni oferta y demanda³⁴. Por ello el campo económico nunca puede escindirse completamente del cultural y sobre todo del simbólico (Bourdieu, 2001). Las reglas de valorización no emergen de la materialidad “asocial” de los bienes, servicios, dinero, posesiones, etc. sino mediados por prácticas y habitus.

El capital cultural y el simbólico constituyen campos asignadores de valor y significación pero no son explicables en sí mismos como mundos trascendentes. La importancia de la contribución de Bourdieu es que, con el nombre “capital”, de manera defectuosa, intenta develar las clases no como cosa sino como relación social: los capitales no son simplemente heredados sino que son resultado de las relaciones de cooperación, competencia y conflicto entre los agentes. La regla fundamental de valorización y los procesos de apropiación y acumulación no los da suave y pacíficamente un dispositivo impersonal armónico como el mercado o las leyes turbulentas de la acumulación, sino una dinámica de enfrentamientos y colisiones, lo que abre la ventana para la reintroducción del concepto de estrategia.

³⁴ En un artículo (Bourdieu, 1986) que se aparta de sus obras más conocidas, intenta conservar el principio marxista del trabajo acumulado para fijar un denominador común entre formas de capitales. Curiosamente omite el “capital simbólico”, central en otras obras del francés.

En el trabajo de Savage y ot. (1995) el concepto de “capital” es observado con reservas porque corre el riesgo de ser tomado como “activos” que son aplicados a un campo para obtener ventajas, resultando demasiado unívoco y lineal. Los recursos que moviliza la acción de carácter clasista individual o colectiva no son tan fácilmente intercambiables, tienen diversas temporalidades para ser acumulados, y no actúan nunca de manera directa sino mediados por condiciones contingentes de emergencia (“estado”, “género”). Por tanto los poderes causales de clase no son equivalentes a una valoración o reconocimiento unívoco, que determina su “peso” o capacidad efectiva sino que dependen de contextos, circunstancias, instituciones y políticas. Es decir, son poderes en tanto “mediatizados” contingentemente y no poderes puramente dados. Es por ello que estos autores proponen la denominación “poderes causales de clase” aunque en sus estudios sobre diversos tópicos de las clases medias urbanas le asigna un alcance predominantemente individual.

La idea de una dinámica de poderes causales que se realizan efectivamente en circunstancias contingentes obliga a considerar el estudio de las diferentes propiedades “estratégicas” de cada forma de poder: los diversos tipos de propiedad económica, educación, poder burocrático, etc. tienen facilidades y dificultades de apropiación para ganar-extraer, intercambiar, acumular, mover, transferir, trasladar, etc. en las que se cifra el éxito en mantener, aumentar o disminuir asimetrías, dependencias y reciprocidades. Sin embargo, estos planteos de propiedades estratégicas, de nuevo aparecen como pensados para sociedades estables, y no incorporan la dimensión de la lucha colectiva y los antagonismos. Las propiedades de cada uno de los poderes causales parecen asumir la forma de características intrínsecas de “objetos sociales”, “mediadas” por las condiciones contingentes, cuando en realidad también en última instancia están subordinadas a las condiciones y circunstancias del conflicto y los antagonismos. La acumulabilidad, transferibilidad, convertibilidad, lejos de ser cualidades sustanciales cosificadas (dinero, cultura, autoridad) también son objeto de la lucha y las estrategias³⁵. Las clases, a través de la lucha, se constituyen en clases intentando ampliar estos atributos de los capitales de que disponen y al mismo tiempo recortar los de sus oponentes³⁶.

³⁵ Implícitamente así lo reconoce el mismo Bourdieu cuando agrega la dimensión histórica al análisis tridimensional del capital (volumen, composición e historia). La historia indica que las distribuciones también son resultado de tomas de posición y apuestas anteriores. La idea misma de volumen reconoce un resabio objetivista cuantitativo irresuelto ya que el mismo Bourdieu confiesa su verdadera incomensurabilidad. En realidad “volumen” de capital es una forma de comparar eficacias en un campo de lucha. Sólo al movilizarse contra otros capitales inscripto en una estrategia se puede establecer un índice de su tamaño.

³⁶ Por ejemplo, la inflación, como alteración o riesgo de pérdida de la propiedad de conmutabilidad del salario en relación a los bienes, es resultado económico de una lucha distributiva entre clases. El caso del “corralito” argentino, licuación de deudas, devaluaciones, etc. significan alteraciones importantes de las propiedades (reducción de movilidad, transferibilidad, etc.) del poder causal clasista del capital económico en sus diversas formas.

Los atributos de cada tipo de poder causal tienen que ser tomados como estrictamente relacionales, como sujetos a un antagonismo frente a otros poderes. Esto indica que cada una de estas propiedades debe ser considerada en su “elasticidad”, es decir, no son inmanencias del objeto o recurso de poder sino un campo estratégico sobre el que se desarrolla el poder³⁷. Ej.: la propiedad de activos financieros tiene como destacada la propiedad de movilidad pero dicha movilidad no es algo fijo y esencial a la sustancia dinero, títulos o bonos, sino que es objeto de ampliaciones o recortes de acuerdo a relaciones de poder y ejes de conflicto. Si se desregula la cuenta capital de la balanza de pagos, aumenta la movilidad externa de entrada / salida, si el circulante pasa a ser bimonetario, e incluso si –problema actual si los hay– se desdibujan los controles de fraude o abuso, la movilidad y trasladabilidad aumentan. Si se regula y se fortalecen los controles, se reduce. La innovación en el conocimiento técnico como forma incorporada de poder causal educativo puede ser regulado a través del derecho de patentes –caso típico del software– y con ello se reduce su atributo de transferibilidad, accesibilidad, carácter de bien público no excluible, etc. El poder político obtenido mediante la autoorganización y la protesta colectiva tiene propiedades de acumulabilidad y reciprocidad entre dirigentes y dirigidos que pueden ser reducidas o aumentadas mediante represión, persecución, corporativización, institucionalización, etc. El poder organizacional burocrático puede tener diversos niveles de sujeción o autonomía respecto del capital económico en la empresa y del capital político en el estado. Las debilidades del capital político pueden motivar usurpaciones del poder burocrático judicial o de seguridad. La fortaleza del capital político puede derivar en una desburocratización de la gestión, etc.

En este sentido es útil la distinción entre tipos de poderes por el grado de independencia del contexto de ejercicio (Caínzos, 1995: 77-8): los poderes monádicos o primarios, típicamente la propiedad económica y la educación, son tendencialmente independientes del contexto en que se ejercen en tanto éste no determina su posesión y disponibilidad. Son poderes sobre los que el sujeto tiene alto grado de control. Los poderes posicionales dependen menos del agente y se encuentran atados a un contexto específico más o menos codificado o formalizado (la burocracia, la política), siendo aplicables sólo en determinada posición y contexto. Su movilidad tiende a ser nula al igual que su transferibilidad. Su posesión efectiva tiene por precondition el acceso a actividades o posiciones. A diferencia de la propiedad y la educación que son insolubles con el sujeto a través del derecho de propiedad y del *habitus*, estos poderes sólo están disponibles para el agente en un marco

³⁷ Nuestro concepto relacional es el contrario directo del de Tilly (2000) quien reconoce que las categorías no deben ser entendidas como un conjunto de atributos inconfundibles de las personas, sino como relaciones sociales, pero en su planteo estas relaciones sociales carecen de componentes antagónicos y estratégicos: las interacciones desigualantes “resuelven problemas organizacionales” con independencia de lo que hacen los desiguales condenados a naturalizar la desigualdad.

determinado previo e independiente de su voluntad. Podría decirse que son poderes “otorgados” condicionalmente y temporalmente y no de libre ejercicio del agente.

Debe desterrarse la idea de que la lucha de clases es una lucha cuantitativa por el volumen del capital (económico, político, cultural) que da por descontado que los tipos de capital preservan sustancializadas sus cualidades estratégicas al derivarlas de estructuras. Las luchas clasistas intentan alterar no tanto el volumen como las reglas de valorización y legitimación, justamente atacando, neutralizando o potenciando los atributos estratégicos de los distintos tipos de capital. Las estrategias de clases en el marco de un antagonismo no buscan como objetivo final acrecentar su volumen de capitales sino vencer fijando diferencias, acrecentar o acortar distancias y subordinaciones, reducir o aumentar dependencias o asimetrías³⁸.

Otro aspecto fundamental para entender los procesos de lucha clasista es superar las rígidas taxonomías desarrolladas por los marxistas analíticos acerca de los “bienes” por los que se lucha de acuerdo a los criterios de la *rational choice* y la teoría de juegos: los “objetos sociales codiciados” pueden ser públicos/privados; excluibles/no excluibles; divisibles/no divisibles; con externalidades negativas/sin externalidades negativas, etc. en torno a los cuales se plantean los dilemas del juego. Es muy claro que cada uno de estos atributos no obedece ontológicamente a características físicas o naturales del bien en cuestión sino que es producto de la lucha y por tanto puede haber estrategias de privatización, excluibilidad, indivisibilidad y externalización de costos de ciertos bienes tanto como de estrategias opuestas³⁹.

La problemática de los poderes causales abre entonces un enorme terreno para la indagación más precisa de las formas de ejercicio y las condiciones de aplicación de recursos en la acción clasista. Los poderes causales pueden ser clasificados en primarios (propiedad económica y cultura o educación) en tanto que son recursos bajo plena soberanía y decisión de los sujetos, o secundarios (autoridad, capital social o político) que dependen necesariamente de contextos específicos y no exclusivamente del sujeto.

Propiedad y capital económico

La idea arraigada de un privilegio ontológico a una forma de capital o tipo de propiedad sobre la base de los derechos sobre los medios de producción y la explotación de fuerza de

³⁸ Desde el punto de vista clasista los precios lejos de ser un parámetro para la toma de decisiones, un hecho dado, son el objeto mismo de las decisiones económicas: la lucha por los precios relativos muestra el carácter ni neutral, ni eficientista ni pacífico de la acción económica. Toda estrategia antagonista es sobre la libertad de decisión propia y del oponente mucho más que sobre las decisiones concretas de unos y otros.

³⁹ El ejemplo de los movimientos de trabajadores desocupados y los planes de empleo es paradigmático. A través de los criterios de distribución por méritos en la lucha convirtieron a los planes estatales en bienes colectivos no excluibles e incluso divisibles (Ver Gomez, 2009: 137 y ss.). Es interesante ver (*ut supra* Cap. 6) el tratamiento de los amparos judiciales en el movimiento de ahorristas de Mar del Plata.

trabajo libre debe ser desechada⁴⁰. El poder efectivo de la movilización de los poderes causales económicos y su posible centralidad está atado a la situación del campo de conflictos y antagonismos de clases. En muchos casos el poder causal de la propiedad opera no por explotación sino por opresión, es decir por desposesión, usurpación y expropiación directa de riquezas o recursos. En este caso el capital económico actúa por intermedio de otros tipos de poder causal (político, burocrático, militar, cultural, etc.).

Por otro lado, las interdependencias y reciprocidades de la relación social de producción capitalista puede ser minimizada con estrategias de mutación de sus propiedades estructurales merced al concurso de otros poderes causales: a) la propiedad económica asume formas impersonales en el capitalismo contemporáneo. El ejercicio de poder de coerción y las estrategias de su valorización frente a otras especies de capital o grupos no depende mayormente de decisiones puramente individuales de los titulares del derecho sino de “sistemas abstractos” de gestión de riesgos (Giddens, 1994: 84 y ss.) que combinan experticia–capital educativo y burocracia.

b) El recurso experto y organizacional deriva también en la mercantilización de la propiedad (valorización a través del cambio y no del uso), su desmaterialización y su transformación en “flujo” en vez de “stock”. El poder de la movilidad y la intercambiabilidad, queda como preferible al poder de la propiedad productiva mucho menos móvil y por tanto con más ataduras contextuales y mayores reciprocidades⁴¹. El poder de la propiedad no es ya el mero tener sino el condicionar, evitar, neutralizar, o promover e impulsar flujos y valorizaciones a través de sistemas expertos. Los años de predominio del capital financiero muestran una estrategia de maximización de asimetrías (concentración) y minimización de interdependencias (movilidad globalizada)⁴² que hace innecesario el concurso de otras formas de capital (político, cultural). Sin embargo, la reorganización del campo de antagonismos derivada de la estrategia que pivotea en la movilidad del capital financiero muestra debilidades que van de la mano de una concentración de la propiedad desanclada de espacios sociales que comienza a ser vista como opresiva⁴³. El costo de la movilidad es una

⁴⁰ Althusser señalaba el carácter automático de la coerción económica -la no necesidad de otras formas de coerción extraeconómicas- para reproducir las relaciones sociales capitalistas que generan coerción económica.

⁴¹ Nótese que los activos financieros tienen una movilidad tal que pueden hacerlos valer en contextos y tiempos independientes del contexto y tiempo de sus propietarios. Esto es así porque en ellos el derecho de propiedad consagra al mismo tiempo la absoluta independencia del sujeto del objeto de propiedad. Al contrario que en otros registros culturales no occidentales, la propiedad ata las cosas a los hombres quienes no tienen ninguna obligación con las cosas que poseen.

⁴² Las caracterizaciones de Boltansky y Chiapelo (2002) en el sentido de que el más fuerte es el más móvil, y de Alain Minc (citado por Tedesco, 2008: 55) acerca de la desresponsabilización del poder financiero son plenamente compatibles con este análisis.

⁴³ El planteo de Harvey (2008) es fantástico para analizar el papel central del capital financiero en el proceso histórico de recomposición del poder de clase de la gran burguesía bajo el neoliberalismo. El endeudamiento de estados y consumidores mostraba al sistema crediticio como medio radical de acumulación por desposesión. Fraudes y “manipulaciones financieras de las crisis” terminaron en formas opresivas de “esclavitud por deudas”

externalización generalizada de riesgos a través de la exacerbación de dependencia hacia sistemas desterritorializados fuera de control.

Si bien no puede haber un a priori ontológico que privilegie una forma sustantiva de capital sobre el resto, tampoco puede desconocerse u olvidarse que entre las propiedades más robustas de la propiedad “productiva”, “tangible” en bienes de producción (valorización por uso), están la mayor “protección legal”, y la menor incertidumbre que resulta del control de la explotación de la fuerza de trabajo y la tecnología: el aumento de la productividad y la eficiencia es una respuesta valorizadora no dependiente y calculable.

Además la inmovilidad de la propiedad productiva tiene compensaciones en términos de asociación más directa con otros tipos de capital. Genera organización e intereses sociales que pueden estar asociados (“tejido productivo”) y con ello eventualmente lazos sociales, lealtades, intereses, es decir, “capital social” y “político”. También en función de los resultados sociales de carácter distributivo puede aspirar a legitimidad simbólica (desarrollo, modernidad, progreso, bienestar). El capital en la forma de medios de producción genera además de oportunidades de apropiación autogobernables, dependencias variadas de otros tipos de capital. Offe ha aludido al carácter monológico de los intereses empresariales, y Przeworsky ha señalado la centralidad de la inversión directa como articulador del resto de los intereses sociales (estado, trabajo). El costo evidente de la propiedad productiva es el incremento de los reconocimientos de “reciprocidad” hacia los explotados que amenazan permanentemente en derivar en una reducción de las asimetrías. La conversión financiera de los excedentes y las estrategias de relocalización, externalización, tercerización, etc. buscan reducir estos riesgos de “reciprocidad” y maximizar la explotación de las asimetrías. Esto también explica la multimodalidad en la que se puede realizar la explotación de la fuerza de trabajo (las formas de autonomía, precarización, esclavización, etc.) tienden a reducir esta reciprocidad.

La importancia fundamental del poder causal económico es que es el único que se legitima como “interesado”, es decir, se le reconoce la finalidad de romper simetrías y lograr ventajas. El recurso a la propiedad en sus diversas formas permite “diferenciar legítimamente” mediante antagonismo con otros. Las asimetrías distributivas son públicamente legitimadas dado que el comportamiento interesado (aquel que busca de manera manifiesta la asimetría)

redistribuyendo, mediante mecanismos invisibles, gigantescas porciones de excedentes entre clases y entre países. Ortega (2007) conceptualiza la acumulación por “exacción financiera” como un poder específico de apropiación o captura de excedente mediante expedientes de la economía simbólica, la manipulación de expectativas, el engaño y la legitimación del mercado. El carácter omnímodo e impune de la movilidad financiera recuerda que en el capitalismo hasta el excedente y la propiedad son “evanescentes” para tomar palabras de Berman (2003).

es valorado a partir de un mecanismo retributivo neutro e impersonal⁴⁴ (“los mercados”) convirtiéndolo en el arma de apropiación más extendida.

Educación, Cultura, Capital simbólico

Muy tempranamente Bourdieu definió “formación social” como “un sistema de relaciones de fuerza y de sentido entre los grupos y las clases” (Bourdieu y Passeron, 1977: 46) por lo que el capital cultural es central para la reproducción de un formación social clasista.

Capital cultural y educativo se producen a través de un trabajo de inculcación (“violencia simbólica”) en instancias específicas primarias (familia y comunidad) y secundarias (escuela, medios de comunicación). Sus modos específicos de apropiación son institucionales a través de títulos y reconocimientos; objetivados, por la posesión y uso de bienes culturales; e incorporados o interiorizados como “habitus” en tanto modos de organizar el pensar, actuar y sentir. Cada uno de estos tipos de capital cultural o educativo tiene distintas propiedades estratégicas, y potencialidad de generar diferencias y asimetrías. Certificados y habitus o competencias aprendidas pueden tener un reconocimiento de mercado como calificación y ser convertibles con cierta facilidad en capital económico adosado a la venta de la fuerza de trabajo. La posibilidad de ejercer monopolios, cierre social, sobre el control de este tipo de capital, asegura una conversión a capital económico que Wright (1997) denomina “renta de calificación”. A la inversa, también puede afirmarse que la mercantilización de la educación y los bienes culturales se ha extendido haciendo que el acceso a ellos requiera inversión económica creciente. La demanda de capital cultural y educativo crece en tanto aumenta su valor como marcador de distinción y distancia social (bienes posicionales) y se reduce el acceso a la propiedad y la autoridad.

El capital educativo o cultural en su estado incorporado es intransferible de manera directa. Está hecho carne en los modos de comportamiento, sentir, y pensar y, para ello, se requieren instituciones y agencias especializadas de violencia simbólica y tiempos prolongados. Son tipos de poderes causales que tienen plazos de acumulación relativamente largos y su valor es en gran medida incierto o inestable en tanto depende también de reconocimientos cambiantes en diversos contextos.

Una propiedad de este tipo de poder causal es que no goza de garantías legales, tiene un carácter no apropiable como derecho. El capital cultural y educativo incorporado es transferible a través del aprendizaje pero no apropiable, nadie puede disponer de él como

⁴⁴ La “objetividad” del mercado es fundamentalmente una operación simbólica que implica una fuertísima historia de ejercitación de capitales de todo tipo, especialmente simbólicos y culturales. “La economía económica permite ahorrarse el trabajo de elaboración simbólica que tiende objetivamente a disfrazar la verdad objetiva de la práctica” (Bourdieu, 1991c).

derecho lo que deriva en el desinterés directo del capital económico en producir capital educativo o cultural, ya que una vez incorporado en los destinatarios, no podrán arrogarse derechos sobre él. La transferibilidad de la herencia cultural común (“la educación”) define un bien típicamente no excluible: la posesión de uno no significa la exclusión de otro. Una acreditación escolar no es un título de propiedad porque no significa excluir a los demás de dicha certificación. Las diferencias se libran entonces al acceso diferencial a la herencia común (niveles de certificación y calificaciones) pero no a través de apropiación⁴⁵.

Un aspecto esencial poco destacado como virtud estratégica del capital cultural y educativo es su capacidad de “traslación”, su portabilidad: está siempre disponible por quien lo detenta, va adherido a los atributos subjetivos y por tanto a su identidad. Es un poder que tiende a ser ejercido en cualquier contexto, en cualquier tiempo y lugar y para cualquier propósito. Por supuesto que el valor reconocido en un contexto y situación específica a un atributo de semejante alcance es completamente contingente, salvo en algunas instituciones especializadas del campo educativo y cultural donde impera una codificación y evaluación crecientes.

Estos atributos estratégicos de imposibilidad de apropiación, plena soberanía individual transcontextual y libre disponibilidad subjetiva convierten estos poderes en armas que carecen de reciprocidades hacia el capital económico y el capital político, aunque sean estos mismos capitales los que condicionen fuertemente los procesos de distribución y valorización. Lo que los sujetos hagan con lo que se les transfiere o con lo que logren acceder de la herencia común es algo que tiende a sustraerse al control subordinante y la reciprocidad obligada. El poder causal educativo y cultural es un reducto potencial y sede natural de la autonomía frente a otros poderes causales. El control sobre ella no puede ser sino indirecto y externo: se ejerce a través de la selectividad de la oferta de bienes culturales provistos por la acción estatal (escuela pública) o gratuitamente por las empresas a través de los medios, la industria del entretenimiento de masas y la publicidad. La combinación entre plena disposición personal incondicionada de estos capitales y la distribución pública aparentemente igualitaria hace posible la legitimación de las diferencias a partir del mérito individual, la capacidad, el esfuerzo de lo que darían cuenta los “certificados” escolares, quedando la autonomía como condición del mérito y canalizándola hacia las relaciones de competencia individual.

⁴⁵ Sí hay apropiación vía derecho de propiedad intelectual cuando se trata de creación o innovación. Pero este derecho opera más limitando las posibilidades de explotación económica que sobre la transferibilidad y reproductibilidad de la creación. Los bienes culturales tienden a ser bienes públicos, su valor reside en que sean incorporados por los demás. El derecho de propiedad protege la explotación económica de este valor y no la disponibilidad y el uso. El software e internet plantean a través de la reproducibilidad y transferencia ilimitada de sonido e imagen un severo problema a la explotación económica de la creación cultural.

La no excluibilidad del poder causal cultural y educacional, la no apropiabilidad, se asocia a la potencialidad política en tanto pertenencia a un colectivo identitario con el que se comparte una heredad histórica, y a la potencialidad simbólica en tanto igualitarismo como fuerza legitimadora.

El capital simbólico es el más esquivo en el tratamiento de Bourdieu. “Es la forma que toman los distintos tipos de capital en tanto percibidos o reconocidos como legítimos” (Bourdieu, 1991a). Es decir es un poder que se ejerce sobre el sentido de las prácticas y objetos asociados a los otros tipos de capital. Las manifestaciones de otras formas de poder son “...percibidos a través de categorías de percepción que son fruto de la incorporación de divisiones o de las oposiciones inscritas en la estructura de distribución de esta especie de capital” (Bourdieu, 1991a:108). Es decir, es la fuerza simbólica de encubrir el origen arbitrario de toda acumulación, dando el efecto de legitimidad y naturalidad. Es el conjunto de recursos que permite encubrir o disfrazar las arbitrariedades de la valorización y la acumulación diferencial, para hacerlas aparecer como naturalizadas y justificadas.

El poder causal de imponer significaciones es el de establecer reglas específicas de reconocimiento asignando valores de sentido a los habitus y recursos económicos, sociales, culturales, políticos. El capital simbólico permite investir de sentido “elevado” o meritorio determinadas prácticas rebajando otras. Es el poder de sancionar la arbitrariedad del valor como legítima. La frontera simbólica por excelencia es la que separa la materialidad y el interés del resto. El poder simbólico reside en la capacidad de ocultar la materialidad de la que ideas y prácticas “desinteresadas” son tributarias y a la que rinden secreto culto. Es por eso que el capital simbólico aparenta ejercer su soberanía sobre todas las formas de capital.

Los antagonismos clasistas tienen tres tipos de condicionamientos simbólicos.

a) En última instancia “clasificar” es una imposición simbólica: asignar lugar y sentido asociando prácticas con jerarquías. Se puede decir que el capital simbólico regula la percepción clasista. Todas las cuestiones relevantes del antagonismo están sometidas a una disputa también simbólica: sin capital simbólico las diferencias sociales son vistas como determinaciones “naturales” no sujetas a reflexión; no es posible captar la asimetría, la falta de reciprocidad, y con ello se pierde el discurso de la explotación o la opresión⁴⁶. En este sentido las clasificaciones clasistas utilizan las propiedades estratégicas de los poderes causales para establecer fronteras simbólicas. El “mérito” es el articulador simbólico central que permite ocultar o mostrar las bases materiales de las diferencias sociales. La falta del propio éxito individual se achaca a la tiranía de las relaciones de fuerzas asimétricas con los

⁴⁶ Hay que advertir contra el privilegio ontológico a lo simbólico: como si las relaciones de fuerza fueran un desdoblamiento de las relaciones de sentido y cualquier tipo de capital dependiera del capital simbólico. Las prácticas de imposición de sentido son tan dependientes de los otros tipos de capital y por tanto también son campos de fuertes tensiones irresueltas.

poderosos. El éxito de otros con los que se compete en un mismo espacio social se explica como mérito no genuino, injusto favoritismo o fallas en los sistemas de reconocimiento. A su vez, cuando las clases que están debajo se perciben como no amenazantes o favorables a la propia posición, las fronteras se explican invocando nocivas fuerzas impersonales (injusticia) y la acción de poderosos enemigos comunes. Pero cuando esas clases son percibidas como amenazantes las fronteras se establecen a partir de la falta de mérito individual o colectivo (racialización, estigmatización). Los factores que influyen en el trazado de fronteras simbólicas tanto con las clases superiores como con las inferiores responden, además del grado de amenaza percibido, a la distancia física, simbólica o material. La proximidad aumenta el mérito legitimador atribuido y achica el imperio de las clasificaciones clasistas. La lejanía tiende a reducir el mérito y con ello legitimar clasificaciones clasistas.

b) Una función fundamental del poder causal simbólico es del orden de la valoración y privilegio dado a cada tipo de capital. La lucha por establecer prioridades o distinciones entre los tipos de capital es una lucha del orden de lo simbólico con fuertes implicancias para el conjunto de las relaciones entre clases.

c) Este capital opera por la lógica de la distinción por lo que es vano perseguir su igual distribución. El mismo poder simbólico depende de una desigualdad naturalizada e invisibilizada.

El poder simbólico es difícil de transferir y de institucionalizar, ya que el prestigio desinteresado que sustenta las voces autorizadas del *dictum* requiere un largo proceso de ocultamiento de sus bases materiales. Asimismo aquí aparece el máximo problema de conversión: si el capital económico o político puede comprar fuerza simbólica lo hace a sabiendas que la misma conversión, en tanto se haga visible, devalúa y debilita el poder simbólico mismo. La pureza de los detentadores de la fuerza simbólica, la no contaminación con intereses materiales, es una regla esencial de valorización del poder causal simbólico⁴⁷.

Poderes causales organizacionales: capital social, político y burocrático

Son poderes cuya materia o campo de aplicación son las decisiones sobre el resto de los poderes. Uno podría agruparlos en un género de “poderes organizacionales” en la medida que su eficacia reside en “organizar” los contextos en que se ejercen el resto de los poderes causales. Deben interpretarse como recursos que permiten la disputa por el control de las condiciones de ejercicio del resto de los poderes.

⁴⁷ Esto produce situaciones paradójicas: las luchas simbólicas que se terminan traduciendo en éxitos en términos políticos o económicos tienden a mermar su legitimidad en la medida que se hacen inescandibles los intereses materiales a los que acompañaban. La dinámica del capital simbólico en asambleístas y ahorristas mostrará muchas de estas paradojas.

El capital social son los contactos, redes de relaciones y confianza, llegada o accesos a grupos, posiciones y personas que potencialmente brindan oportunidades de apropiarse de otras formas de capital. Aquí vamos a sostener la posición de que el capital social puede estar más o menos institucionalizado y que incluso las relaciones que pueden brindar este tipo de oportunidades pueden ser impersonales como las eventuales protecciones o beneficios por pertenecer a organizaciones, o simplemente por delegar patrocinio de sus intereses en ellas. En este sentido el campo de lo político puede ser evaluado por un agente como un abanico de posibilidades de apropiación de subespecies o tipos particulares de capital social. El poder causal político supone una capacidad de obtener oportunidades individuales y colectivas merced la movilización de apoyos, lealtades y lazos de representación y patrocinio⁴⁸. De acuerdo a su grado de institucionalización, movimientos, partidos, sindicatos, gestan este tipo de capital tanto en la forma de oportunidades individuales como colectivas. En cualquier formación social el grado en que las personas confían que sus oportunidades de vida están contempladas en las instituciones y grupos a los que prestan su apoyo y colaboración es una relación de reciprocidad esencial. El capital político supone la vigencia de un mínimo de reciprocidad entre el comportamiento cooperativo con el orden común y los beneficios esperados derivados de esa cooperación. Como expresa Moscoso (1995: 296) la pregunta clave detonante de la opción por la protesta es: ¿Bajo qué condiciones valorarán los individuos de una u otra forma el modo en el que sus intereses están siendo representados? La percepción de descapitalización política, de déficit de representación de intereses, es un elemento esencial de la colectivización, el recurso a la acción no institucionalizada y la orientación autónoma frente a las instituciones y gobiernos.

Desde el punto de vista de la lucha y el antagonismo, la particularidad del poder causal político es que quienes tienen menores dotaciones de capitales económicos, simbólicos o culturales, pueden compensarlos intentando generar y acumular capital político: reunir apoyo, capacidad de organización y de acción que permita ejercer poder de veto o decisión cuyo resultado es la modificación favorable de reglas de orden de las que depende la eficacia relativa de los propios poderes causales y/o la desactivación de los poderes causales antagonistas. La política constituye el contexto general de determinación no tanto de distribución de volúmenes de capital como de los valores relativos de los distintos tipos de poder causal o capitales. Desde la política se puede privilegiar alguna forma particular de propiedad, de valor simbólico o cultural que cambia las relaciones de fuerzas entre los antagonistas. Desde el punto de vista del débil, la política es la expectativa de maximizar los

⁴⁸ Es notable que exista solamente una referencia en la obra de Bourdieu a la subespecie “política” del capital social para señalar que en las sociedades comunistas y en las socialdemocracias nórdicas este tipo de capital puede tener una importancia mucho mayor que en los capitalismo occidentales de libremercado (Bourdieu, 1994).

rendimientos de poderes causales inferiores, y desde el punto de vista del fuerte, la política es hacer aceptar al débil las relaciones de poder dadas, es decir, ¡que renuncie a la política! La descapitalización política de los subordinados y el relegamiento de la política a la gestión y la administración aconflictiva es la forma de evitar que la política altere las reglas de asignación de valores relativos entre formas de propiedad y capitales, dejando que las mismas desigualdades distributivas fijen las relaciones de valor entre los capitales⁴⁹. La política central del fuerte es impedir la política del débil. La política del fuerte es una política por la negativa, una política de la no necesidad de la política como sustracción de la discusión de las reglas que fijan valores relativos. La del débil siempre es una política afirmativa, una política de la necesidad de un tipo de acción específicamente orientado a alterar distribuciones y valores económicos, sociales, culturales, y simbólicos. Es una política “generativa” en el sentido de que tiene que brindar situaciones nuevas, e incluso nuevos recursos con eficacia causal. Es claro que todo ello va acompañado de fuertes disputas simbólicas.

En general los contextos institucionales son esenciales para el proceso de activación de capitales y sólo mediante el poder causal político se puede acceder a ellos de manera eficaz y perdurable en el tiempo.

Si el poder causal organizacional sobre la acción social y política es central para las clases con menores dotaciones de otro tipos de capital, en las clases medias y dominantes la disposición de medios para organizar contextos de ejercicio de poderes económicos y culturales está acoplada de manera directa a la fuerza de trabajo y es ejercida como empleo: la burocracia y la autoridad tanto en la gestión estatal como en la empresarial significan que la propiedad de la fuerza de trabajo se ejerce como poder causal burocrático que determina condiciones de valoración y aplicación de otros poderes causales y de otras fuerzas de trabajo. La pertenencia a empresas en cargos de autoridad o al funcionariado estatal otorga un tipo de poder “organizacional” que tiene un protagonismo inevitable en los antagonismos clasistas. Burocracia y política ostentan potestad sobre movibilidades, transferibilidades, derechos de apropiación sobre determinados bienes y su carácter público o privado, excluible o no excluible, externalidades negativas legítimas o ilegítimas.

Si la tarea de organizar un contexto favorable para los propios poderes de las clases populares es necesariamente un trabajo político separado y en gran medida contradictorio con

⁴⁹ Paradigmáticamente, las políticas económicas dirimen qué tipo de propiedad o capital económico es el que aumenta o disminuye su valor en relación a los otros tipos: la fuerza de trabajo activa (empleo y salarios), la pasiva (seguridad social), el capital productivo (inversión), el capital financiero (interés y renta), etc. Dentro mismo de la fuerza de trabajo activa puede haber más estímulos para los sectores más o menos educados, etc. Asimismo a través de las políticas fiscales y presupuestarias determinan niveles de independencia respecto de la lucha política. La “convertibilidad” con la fijación legal del tipo de cambio supone un régimen en donde el poder político resigna nada más y nada menos que la regulación monetaria que pasa a depender exclusivamente del libre mercado de capitales financieros. De la misma forma las políticas sociales o educativas tienden a privilegiar o no determinados tipos o subtipos de capital cultural, educativo o social.

el poder causal económico asociado a la fuerza de trabajo (se necesita tiempo libre de la necesidad de vender la fuerza de trabajo), similar tarea cuenta para las otras clases simplemente como trabajo en funciones permanentes especializadas a las que además podría agregársele eventualmente el trabajo político (para el que cuentan además con mayores facilidades).

Las burocracias públicas y privadas se encargan del trabajo de organizar y controlar los contextos de aplicación de los poderes económicos y culturales aunque obviamente ellas mismas están sometidas a disputas por parte de estos poderes y también están sobredeterminados por el poder político. El poder burocrático a diferencia del poder social y político está fuertemente codificado y los derechos de ejercicio no son apropiables por el detentador sino que pertenecen exclusivamente a la institución. No puede acumularse individualmente⁵⁰ (como el capital social) o fuera de la organización (como el capital político que puede autogenerarse como organización). Mucho menos es transferible o intercambiable. En este sentido son poderes puramente contextuales que tienen débil o nula posibilidad de traslación a otros contextos.

Instancias de mediación y activación de los poderes causales

Los tipos de poderes causales pueden analizarse por sus cualidades relacionales estratégicas frente a otros poderes pero también respecto a su conexión con estructuras mediadoras y contextos de activación⁵¹.

Esping–Andersen (1993:8) plantea una convincente crítica a los planteos clásicos weberianos y marxistas de una pura relación capital/trabajo directa e inmediata como desnuda coacción económica recíproca en el mercado o la fábrica, libre de mediaciones. De un modo general se puede decir que las clases se constituyen de manera específica en diversas instancias colectivas en donde juegan los poderes causales. En forma típica grupos o colectivos entre los que hay interacción que pueden ser organizaciones donde las interacciones están basadas en roles funcionales (empresas, lugares de trabajo), o grupos simbióticos en donde las interacciones están basadas en adscripciones y vínculos afectivos (familia, comunidad). También hay grupos o colectivos cívicos o políticos en los que interactúan individuos pero sobre la base no de roles funcionales sino de normas y valores

⁵⁰ Algunos autores han encontrado mecanismos de acumulación individual dentro de organizaciones: mediante el llamado “deleting labour” los burócratas se apropian del trabajo de los subordinados sometiéndolos a una suerte de forma invisible de explotación no económica (Savage, 1995; Crompton, 1994).

⁵¹ El carácter relacional de un atributo de poder causal significa que un mismo elemento puede asumir valores y posiciones diferentes (homología) y distintos elementos pueden asumir los mismos valores y posiciones (analogía) en conflictos diferentes. Los convenios colectivos de trabajo aumentan la reciprocidad del capital en condiciones de crecimiento económico, pero pueden restringirla en contextos recesivos, la acumulabilidad de divisas puede venir de regulación cambiaria en momentos de ingreso de capitales externos en perjuicio de los productores internos o de desregulación cambiaria cuando hay excedentes comerciales externos en perjuicio de los consumidores internos.

(instituciones, partidos, sindicatos), y colectivos en donde operan decisiones individuales sin relaciones interpersonales pero con interacciones contingentes no funcionales (mercados de trabajo, de bienes o dinero). Por último hay agregados en donde operan normas y procedimientos anónimos con escasa o nula interacción (pensionistas, jubilados, beneficiarios de planes sociales, etc.) (Carabaña, 1995: 122/3).

La relación entre capitalista y obrero es impersonal en el mercado, cuando ingresa al puesto de trabajo ingresa en una organización con un rol y cuando sale se incorpora a una familia. No hay una sino múltiples relaciones sociales entre estas posiciones (ib ídem, 125). De forma similar, el inversor participa del mercado pero no de una organización y sus tomas de posición económica tienen una alta independencia de la familia. El trabajador independiente o informal muchas veces está posicionado en el mercado junto con su familia. Las políticas educativas y de escolarización temprana, las guarderías, inciden en la organización familiar liberando fuerza femenina en el hogar. La utilización de servicios a los hogares (lavaderos, delivery, baby sitter, etc.), y hasta el equipamiento del hogar también puede contribuir a activar fuerza de trabajo. La tecnología hogareña (PC, Internet, reproductores imagen y sonido) permite que parte del capital cultural pueda ser apropiado en el contexto hogareño. Los poderes causales de diversos tipos operan en cada una de estas instancias y tienen eficacias particulares: el crédito opera directamente sobre las familias y el consumo individual pero el endeudamiento puede reducir la capacidad negociadora y la predisposición a la lucha en el lugar de trabajo, u obligar a la activación de fuerza de trabajo familiar adicional, lo que termina debilitando sus posiciones de mercado⁵². Los poderes burocráticos y culturales también inciden sobre pautas o estilos de vida familiares y comunales. Los mercados proveen bienes posicionales o símbolos de estatus que hacen posible sostener estas pautas para lo cual muchas veces se contraen créditos. Infinidad de empresas lisa y llanamente operan sobre estructuras familiares o comunales de reclutamiento y activación de fuerza de trabajo, y otras buscan el aprovechamiento del capital social (comunitario, amistades) adicional que puedan extraerle a su propia fuerza de trabajo.

Sindicatos y movimientos buscan ejercer poderes causales colectivos no sólo en empresas y burocracias públicas sino en los hogares y los mercados. Ello nos lleva al importante concepto de “activación” que alberga la posibilidad que un capital o recurso aunque esté muy desigualmente distribuido no tenga valor o eficacia o no pueda ser movilizado.

⁵² En un punto el endeudamiento puede generar dependencia con asimetría cuando las deudas se financian con más deudas. Las asimetrías son graduales, diferidas en el tiempo y de trayectoria invertida toda vez que al comienzo es plenamente favorable para el tomador de crédito.

Es importante comprender que los poderes causales tienen una incidencia escalonada ya que su activación media entre la posesión de recursos y la consecución real de intereses y posiciones en diversas sedes (familia, comunidad, organizaciones, mercados). Así, las posiciones no pueden derivarse de la mera distribución de recursos porque su eficacia causal está mediada por los factores de activación e instancias mediadoras. Este elemento de la teorización de las clases es fundamental porque desplaza el foco del análisis del inmediatismo de las desiguales distribuciones y lo hace dinámico: el poder causal ejercido supone no sólo una serie de decisiones u opciones del agente sino también su relación contextual con factores no clasistas.

El problema de la activación de los poderes causales clasistas de la fuerza de trabajo depende también de políticas previsionales, migratorias, demográficas y educativas que cambian las composiciones en los mercados entre ocupados, pasivos, inactivos y desocupados. Esto da lugar a una nueva consideración sobre el lugar condensador fundamental de la política: no es tan relevante que el estado intervenga redistribuyendo directamente capital económico o simbólico entre los particulares y grupos, como cuando interviene sobre los factores de activación y reglas de valorización relativas de distintos tipos de poderes causales. La gravitación del estado a través de lo que Offe ha denominado mecanismos selectivos, muestra a las claras la diferencia entre “capital” en sus diversas formas y poder causal de clase. El poder causal de clase excede al capital (entendido como stock acumulado) porque comprende una lucha por el control de las instancias de mediación, condiciones de activación, elasticidad y eficacia de los distintos tipos de capitales propios y de la desactivación, restricción y limitación de los capitales que se le oponen⁵³.

Fenómenos conocidos y bien documentados estadísticamente en los capitalismos avanzados como la disminución del peso de la familia (la herencia del capital económico) en la movilidad social y el aumento del peso de la educación en consonancia con las oportunidades que brindan fenómenos de la economía de los servicios y la incorporación de tecnologías (Clark y Lipset, 1996) brindan la oportunidad de ejemplificar la diferencia entre análisis de clase y análisis clasista. Desde el análisis de clase son celebrados como benéficas tendencias estructurales del capitalismo asociadas al cambio tecnológico y cultural. Desde el análisis clasista y relacional de los poderes causales hay que contemplar el hecho básico de la caída estrepitosa de la tasa de ahorro personal y de los hogares y la subida extraordinaria de la tasas de endeudamiento público y privado. Los estímulos al consumo vía crédito (“Más plata

⁵³ El poder estatal sobre precios relativos a través de la fijación del tipo de cambio o las políticas monetarias y aduaneras; el poder de la democracia sobre algunas distribuciones a través de la preferencias inversión/impuestos; el poder relativo del patriarcado por límites sociales y legales; el poder simbólico para cancelar el valor económico de diferencias adscriptivas (edad, sexo, etnia, religión), son todas formas en las cuales el estado media como activador o desactivador de poderes causales clasistas.

en el bolsillo y menos estado”, decía M. Thatcher) han sido la forma financierizada de sustentación de la economía de los servicios y la tecnología que no deja otra alternativa a la movilidad social que la apuesta educativa, ya que las familias lejos de dejar bienes dejan deudas aumentando la concentración de todas las formas de propiedad económica bajo anónimas formas corporativizadas. La pérdida de acumulación de bienes alienables supone una estrategia compensadora hacia los inalienables. El dominio del crédito se traduce en una independencia del consumo respecto del salario y los ingresos y en una subordinación creciente al capital financiero y las instituciones bancarias. Lo que se entiende como “factores de descomposición de clases” con la proliferación de identificaciones por “comunidades imaginadas” propuestas por los *mass media*, asociados a consumos y estilos de vida (Pakulski, 1996), en realidad lo único que demuestran es la pérdida de poderes causales primarios monádicos en empresas y mercados que derivan en estrategias de compensación movilizand o poderes causales simbólicos y culturales en instancias simbióticas y cívicas (comunitarias, movimientos sociales).

Proceso de formación de clase

Entender la formación de clase mediante conceptos dinámicos supone dos aspectos fuertemente integrados: el proceso de movilización y uso de poderes causales individuales y colectivos, y el proceso de colectivización y organización de estos poderes. El primer aspecto supone analizar las estrategias puestas en juego en las relaciones antagónicas. Aquí aparecen dos grandes categorías: a) la estrategia primaria o directa que se dirige a incrementar la eficacia absoluta de los poderes causales tomando decisiones de cambio en términos de volúmenes y composición es decir, en términos de Bourdieu “estrategias de conversión de capitales”. Sin embargo esta estrategia no trata solamente de decisiones sobre la “administración” de los propios activos movilizables sino también de estrategias de control e intervención sobre las estructuras de mediación y activación que inciden en el incremento de su poder efectivo; y b) la estrategia secundaria o indirecta por la cual se pugna por elevar la eficacia relativa de las propias capacidades de intervención, mediante el recorte, la reducción, la desactivación o neutralización de los poderes causales antagónicos. Las estrategias primarias son bien visibles en la movilidad individual donde la posibilidad de estrategias secundarias es mucho más reducida aunque no inexistente. Las apuestas a inversiones y conversiones de capital son el medio principal de ascenso o defensa de posiciones en términos individuales. La estrategia para activar y promover mediaciones de estructuras favorables a determinados poderes causales, o modificar las reglas de valoración relativas, requieren plataformas colectivas de acción. Las estrategias secundarias son mucho más visibles en

procesos colectivos. En definitiva la formación de clase estricta, como colectivización, se asocia a un intento de acceder a cambios en las reglas de valoración y contextos de activación que suponen en gran medida una escala política de acción que requiere poderes colectivos.

El segundo aspecto supone abordar la articulación de los poderes causales individuales y la generación de nuevos poderes colectivos, junto con las formas en que esto permite ampliar el alcance de los poderes individuales y estabilizar las capacidades de intervención sobre estructuras de mediación y activación.

Estrategias de conversión

Para entender el antagonismo clasista desde su dinámica no tan importante la distribución de volumen de partida de recursos y capitales que es típica de los abordajes estáticos, como las relaciones entre poderes y sus alternativas de conversión. Parte fundamental de los aportes de Bourdieu a la teoría de las clases es el de las estrategias de conversión entre tipos de capital. La lucha y la movilidad requieren operaciones de conversión entre tipos de capitales y entre acumulación individual y colectiva. Estas estrategias responden también a formas de aprovechamiento de las propiedades estructurales de los distintos tipos de capitales que se movilizan. La movilidad individual se asienta predominantemente en la conmutación (conversión bidireccional) entre los poderes causales primarios -capital económico y educativo- y, dentro de cada uno de ellos, entre sus subespecies. Asimismo se asienta en el aprovechamiento individual de los poderes secundarios acumulados colectivamente en organizaciones e instituciones. La lucha se asienta predominantemente en la conversión entre poderes causales secundarios: capital social, capital organizacional, capital político y en el aprovechamiento colectivo de poderes económicos y culturales individuales.

Desde el punto de vista de la movilidad individual en menor medida existen conversiones unidireccionales desde la educación al capital organizacional (Savage, 1995:18) y desde el capital organizacional al capital económico (compra de acciones preferenciales, bonos). Es mucho más excepcional por su carga simbólica negativa la conversión de capital social o político en capital económico⁵⁴. En menor medida aún existen conversiones bidireccionales entre capital social y económico (mutualismo) y entre capital político y económico (clientelismo, patronazgo).

Desde el punto de vista de una teoría clasista basada en el antagonismo, la persistente propensión a la conversión hacia el capital económico no obedece a privilegio ontológico ni a imperativo estructural alguno sino a los atributos estratégicos que, producto de la historia de

⁵⁴ La herencia del neoconservadurismo significa una importante ruptura simbólica en la legitimidad de las conversiones: el capital económico (empresarios) o social (deportistas, artistas) puede convertirse en político.

luchas, ha asumido el capital económico y el derecho de propiedad que lo regula. Hay dos factores de robustez estratégica:

a) Tiende a imponer restricciones rígidas a otro tipo de poderes causales: el capital cultural, el político y el social requieren de tiempo libre de la necesidad de trabajar (ingresar en relaciones de explotación) lo que le otorga un gran poder desactivador sobre otros poderes a los propietarios, y una gran necesidad de acceder a un mínimo de capital económico a los no propietarios.

b) La evolución del derecho de propiedad (típico resultado de luchas) tiende a la intensificación de la monadización en cuanto la remoción de límites al comportamiento puramente interesado, es decir a las decisiones del sujeto sobre los bienes, y a la extensión generalizada de los derechos de apropiación sobre todo tipo de campos (privatización y de la vida social). Resultado de todo ello además de las tendencias a la mercantilización del capital social y cultural, es la extrema individuación del derecho de propiedad demostrada en los cambios en los derechos hereditarios y de familia en donde la distribución intergeneracional (derecho sucesorio) e intrageneracional (divorcio) de bienes tiende a permanecer atada al rasgo adscriptivo más individualizador: los genes. La pérdida de privilegios paternalistas (de sexo), de mayorazgo (edad), de estatus social (legitimidad de la descendencia: igualdad de derechos entre hijos legítimos y naturales) tiende a convertir la propiedad en un vínculo indisoluble con el individuo, una especie de gen adicional. A través del derecho hereditario y de familia la propiedad se convierte en buena medida en un rasgo adscriptivo que permite la acumulación histórica de un arma de lucha. Mientras el resto de los poderes causales que se puedan acumular fenecen con la muerte física, los derechos sobre los bienes sobreviven junto a los genes. Pero la extrema individuación del derecho facilita enormemente los procesos de concentración: a falta de restricciones extraeconómicas, son los poderes causales efectivos (propiedad corporativizada anónima e impersonal) vigentes en el mercado y la empresa los que se encargan de eliminar los “genes” más débiles. La individuación del derecho de propiedad estimulada por la igualdad de acceso hereditario favorece la dispersión y con ello la exposición a los procesos de corporativización y mercantilización. La acumulación intergeneracional pasa a depender no del volumen de propiedad acumulada por herencia sino del control sobre estos procesos de valorización. La individuación igualitaria del derecho favorece entonces la desacumulación de las fracciones débiles de la propiedad que son las presas preferidas de los “mercados” organizados por los fuertes⁵⁵.

⁵⁵ Kocka (1995) señala la importancia suprema de la organización jurídica del derecho de propiedad en torno a la familia burguesa en el Siglo XIX. En cambio hay que remarcar aquí la poca atención a los derechos y cambios de la propiedad en el análisis de las persistencias de la desigualdad de Tilly (2000).

El capital educativo, cultural o simbólico ofrece límites de todo tipo para su conversión a capital político, institucional o burocrático. La conversión de educación a poder burocrático tanto privado como estatal está sometida a rigurosos controles selectivos en donde no son ajenos filtros de capital económico y social. Pero la conversión de educación, cultura y capacidades de enunciación de sentido a poder político institucionalizado enfrenta barreras notables.

Las calificaciones, el nivel de instrucción, los años de escolaridad, las acreditaciones educativas, la incorporación de gustos, modales, costumbres o ideas al comportamiento personal, son en sí una pura abstracción potencial de poder, no permutable por otros poderes causales. Sin empresas que demanden saberes, sin un mercado cultural, sin medios de comunicación, sin auditorios o teleaudiencias organizadas, sin canales institucionales, sin grupos de interés que patrocinen saberes o ideas, etc. esos poderes causales permanecen completamente desactivados. La autonomía absoluta del sujeto que rige sobre estos poderes se limita de dos formas: por la dependencia casi absoluta de las instancias de gestión de la violencia simbólica inculcadora para acceder al capital educativo, y por el control también muy extenso de los campos de activación que hace ultraselectivos los reconocimientos a este tipo de poder causal. En este sentido la demanda distributiva de educación universalmente propuesta como panacea de cambio de relaciones de poder se convierte en un escupir hacia arriba: más poder de violencia simbólica y más filtros a la valorización del capital incrementado. El poder causal de la educación y la cultura tienen escasas o nulas capacidades de autovalorización: su solo ejercicio aislado no puede incrementar su valor en términos de otros capitales como sí puede hacerlo el capital económico, el político e incluso el social. Esto lleva a una perpetua lucha por el reconocimiento de su valor en cada uno de estos campos.

Los principios de democracia y de mercado además –es bueno recordar– tienen un profundo efecto disolvente y desjerarquizador del capital educativo: la soberanía popular y el imperio de la mayoría claramente conspira contra las pretensiones del saber. El voto calificado no es defendido sino marginalmente ni por los mismos detentadores del capital cultural y simbólico: la movilización simbólica tiene que apelar a la igualdad en el poder político, destruyendo paradójicamente las bases posibles de su preeminencia política. El poder causal cultural y simbólico no puede reclamar ningún reconocimiento que no sea puramente simbólico y cultural, los reconocimientos del campo simbólico son ensuciados por su “conversión” a capital económico y político. Por ello la temática de la pureza es tan significativa en este terreno. La construcción simbólica, el habitus incorporado, de “verdad”, “belleza” o “virtud” siempre conserva el prerrequisito platónico de no confundirse con el mundo terrenal para conservar su valor específico. La pretensión de universalidad que

subyace al campo de fuerzas simbólico se contradice de manera irreductible con la pretensión de éxito particular o eficacia terrenal: la masificación es la sombra negra de la universalidad. El partido o el gobierno de los capaces, de los sabios, de los puros, se aproxima a un oxímoron: la salida del mundo de la universalidad para luchar por el poder o detentarlo, automáticamente lo devalúa.

El principio del mercado es también un limitante de este tipo de poderes causales secundarios: sólo tiene valor lo que permite producir y concentrar dinero o poder material y el capital educativo es exactamente valorado de acuerdo a esta medida. El efecto paradójico es claro: el mercado puede premiar la estupidez, la banalidad, e incluso la ignorancia y otros valores sacrosantos del mundo de los poderes causales de la cultura y el capital simbólico. Incluso para facilitar estas ganancias se acude a expertos y se movilizan conocimientos y calificaciones profesionales que se encargan de la organización eficaz y productiva de la desacumulación de capital cultural y educativo a través de la degradación de *habitus*⁵⁶.

Estrategia y conversión significa que desde un análisis dinámico no puede existir una atribución esencialista de interés de clase. Cada colectivo e individuo va a definir su interés fundamental y coyuntural de acuerdo con las relaciones de poder y de sentido teniendo en cuenta las propiedades estructurales de los poderes causales que más lo favorecen. No obstante hemos visto que la forma productiva del capital económico en tanto poder simultáneamente posibilitador y activador-mediador del resto de los poderes ofrece una robustez resistente pero oscilante, cíclica. Si el poder económico proviene de la explotación cuando las reciprocidades a que se ve compelido por este tipo de antagonismo lo amenazan busca reconvertirse. Si se cancelan las reciprocidades se convierte en opresión y ello exacerba antagonismos cuyos riesgos y costos suelen terminar siendo mayores⁵⁷. Es decir, el poder causal económico sólo puede ser efectivo en combinaciones cambiantes con otros tipos de poderes (hegemonía) y en determinados antagonismos la acumulación de poder económico puede resultar no ser estratégicamente preferible.

El proceso de colectivización clasista

La lucha constituye la clase en tanto superación de la competencia y la soberanía individual sobre los poderes causales. Se empieza a actuar, pensar y sentir en términos de clase sólo frente a otra clase. Lo que forma la clase no es entonces la coerción sino el antagonismo que opera como un reorientador y colectivizador de poderes causales⁵⁸.

⁵⁶ El capital educativo no reconocido, no activado ni activable, es objeto de este tipo de estrategias.

⁵⁷ Tilly (2000) reconoce ampliamente este punto: las condiciones para que una categoría de inequidad cambie se dan cuando los beneficios de la explotación y acaparamiento de oportunidades declinan y los costos de sostener ese proceso incrementan.

⁵⁸ Es interesante dentro de las teorías de la subalternidad la idea de metalepsis que desarrolla Spivak (1985) según la cual “el sujeto es sujeto cuando se ve a sí mismo produciéndose a sí mismo”. La lucha es una condición

El pilar fundamental del proceso de formación de clase es el de la colectivización, a saber, el paso de estrategias individuales de movilidad en un contexto competitivo a estrategias comunes en un contexto conflictivo. En el primer tipo de estrategia los sujetos adoptan el criterio de plantear qué juego estratégico permite aprovechar las coerciones a que se está expuesto. En el segundo tipo de estrategia se plantea modificar en parte o en todo el juego de coerciones al que se está expuesto. Aquí aparece la cuestión de diferenciar entre intereses distributivos e intereses colectivos en los que se interpone el problema del free rider. La sumatoria de intereses competitivos no da interés colectivo sino casi siempre todo lo contrario: los intereses colectivos suelen estar asociados a la suspensión o superación de los intereses competitivos y los intereses competitivos en general son poco compatibles con los intereses colectivos.

La lucha, el antagonismo, tiene efecto colectivizador en tanto para los mismos sujetos pasa a primer plano el valor de un interés y una estrategia común. El agotamiento o la pérdida de eficacia generalizada de estrategias individuales de movilidad hace ver “el sesgo” insuperable coercitivo de las reglas de distribución de lugares y recursos, y también hace ver las acciones clasistas de otros colectivos como productoras del fracaso individual, dando pie a la superación del “error inicial de atribución” (falla en la estrategia individual) y la colectivización de intereses y respuestas contra los “verdaderos culpables del fracaso”.

La colectivización de intereses y recursos se plasma en instituciones y formas estables a los que comúnmente los miembros de distintas clases tienen acceso. Los sujetos recurren a los colectivos disponibles como complemento de sus estrategias individuales, pero cuando son insuficientes o ineficaces desatan procesos de colectivización bajo nuevas formas de solidaridad. Cuando ni estrategias individuales ni colectivas disponibles son eficientes, la autocolectivización y la lucha no convencional se presentan como opciones.

De acuerdo con nuestro planteo, la colectivización clasista de la acción puede describirse en fases:

1) Agregados simples de poderes causales movilizados individualmente. Aglutinación espacio temporal o sumatoria de acciones individuales coordinadas o en paralelo, simultáneas o secuenciales, pero de estructura radial: aluvionalmente cada uno por la suya converge en la acción común sin intercambios o relaciones horizontales laterales⁵⁹. Los cacerolazos, boicots convocados por la Web, bocinazos, apagones, descuelgues telefónicos, etc. se prestan para

de posibilidad de la metalepsis, es a través de ella que es posible que el sujeto individual asuma la clase como sujeto.

⁵⁹ En el campo de las luchas obreras el símil se corresponde con el ausentismo, el tortuguismo, e incluso el minisabotaje anónimo. La complicidad colectiva es sorda y muchas veces ni siquiera producto de alguna clase de deliberación. Al revés, la misma acción individual se convierte en una suerte de guiño o mensaje que preanuncia un consenso tácito de confrontación.

este tipo de colectivización que tiene la ventaja de bajos costos transaccionales, y la simplicidad de comportamientos individuales de sumatoria cuyo éxito depende básicamente del número y los medios de convocatoria y propagación de la difusión. También ofrece ventajas en la medida del escaso y limitado compromiso de capitales individuales requeridos (tiempo y esfuerzo) y el alto grado de anonimato con bajos riesgos y costos de exposición. Muchas de estas formas de acción colectiva ni siquiera requieren contacto físico o visual con el resto de los movilizados. Los cacerolazos pueden incluso transcurrir en el ámbito privado del hogar doméstico. Los bocinazos se trasladan al ámbito público pero en un módulo del ámbito privado como el automóvil minimizando los contactos horizontales. No hay riesgos derivados de la delegación de poder de decisión, desconfianza, traición de mandatos o desvirtuación de lazos representativos. No hay titulares o personificadores de la acción. El colectivo se convierte en público sin nombre. Su única determinación común claramente establecida suele ser algo a lo que se oponen. Casi no hay contradicción entre la acción colectiva y el interés individual. Son formas de acción que usualmente alcanzan sólo para fines obstructivos acotados y en momentos puntuales. Muchas veces generan situaciones de debilitamiento de la legitimidad que brindan oportunidades que son aprovechadas por otros colectivos con poderes políticos y organizacionales más desarrollados.

2) Un nivel orgánico de participación abierta que da lugar a poderes colectivos que exceden la movilización de poderes individuales, pero que siguen dependiendo de las participaciones personales. La organización, supone intercambio, reglas internas, gestión de recursos, toma de decisiones y por tanto supone inversiones de tiempo, recursos y esfuerzo individuales superiores en cantidad y continuidad. El patrón de interacciones entre los participantes puede estar más o menos centralizado pero es predominantemente lateral, horizontal, reticular. Reducen el anonimato de las acciones. También ofrecen mayor estabilidad, una escala de acción de temporalidad ampliada y comúnmente poderes de nuevo tipo desde la ampliación del capital social, hasta acceso a poderes burocráticos o políticos y distribuciones de saberes, cultura y capital simbólico, que pueden reforzar o complementar los poderes causales individuales. Aparecen los problemas del control, el consenso y la legitimidad con riesgos de conflicto interno. La cohesión interna depende fundamentalmente de la deliberación y la confianza horizontal entre los participantes. La congruencia entre el interés individual y la acción colectiva está en permanente grado de ajuste.

3) Un nivel de colectivización completa o de participación orgánica cerrada en donde existe un compromiso identitario de lealtad y no sólo participación en una organización. Hay lazos representativos, jerarquías, representatividad, división del trabajo, líderes y disciplina. El colectivo no sólo es organizado sino institución y, por tanto, no sólo puede requerir

imperativamente o coercitivamente a sus miembros, sino que comienza a incidir en la propia identidad individual haciendo posible cambios cognitivos, de prácticas, redefinición de intereses y demandas, proveyendo marcos interpretativos y orientaciones a la acción. En este nivel de colectivización los poderes causales individuales tienden a subordinarse al poder causal colectivo: se toman riesgos, se cambian creencias y aspiraciones. Hay pautas de relacionamiento hacia fuera definiendo aliados y contendientes. Los roles funcionales, la disciplina y la división del trabajo hacen que la subsistencia del colectivo se independice de la participación personal que cambia de forma y combina formas directas y personales con indirectas y anónimas (votar, pagar la cuota). La deliberación y el intercambio lateral horizontal se verticaliza y la cohesión depende del consenso y la confianza entre representantes y representados, líderes y seguidores. En este tercer nivel existe una elaboración colectiva acerca del colectivo y no una sumatoria de elaboraciones individuales convergentes: hay una definición colectiva de lo que se concibe como clase y los ejes de disputa, un nosotros y un ellos cuya fuerza ilocutiva es decisiva sobre los individuos que participan del colectivo. Este nivel de colectivización plantea de manera necesaria una contradicción entre interés individual e interés colectivo. Las organizaciones pueden llegar a ofrecer incentivos selectivos individuales específicos a muchos o algunos de sus miembros para resolver esta tensión que es permanente. El dilema del free rider y la presencia de ventajeros se hacen presentes de manera recurrente y exige estrictos mecanismos de control para evitar posibles procesos descolectivizadores.

Asimismo, la colectivización requiere movilización de diversos poderes causales individuales, algunos de los cuales son mucho más fácilmente colectivizables que otros. El poder causal económico es sólo marginalmente colectivizable en términos de bienes o valores y en general sólo el tiempo de ocio y no el tiempo de trabajo es lo que puede ser colectivizado. En cambio los poderes culturales, educativos y simbólicos son muy fáciles de compartir. Los poderes sociales, políticos y burocráticos individuales son contingentes respecto de la colectivización aunque no es raro que los procesos de autoorganización planteen relaciones de competencia y oposición a otros tipos de colectivos.

Dimensiones y alcances del poder colectivo de clase

Es común entender que el proceso de colectivización-organización-institucionalización clasista se relaciona de manera directa con sus capacidades efectivas de intervención sobre el orden social y político. Los bajos grados de colectivización se asocian a debilidad y vulnerabilidad ante otros poderes colectivos en el campo político.

Acercas de los “efectos políticos de clase” Olin Wright (1995c) ha hecho una elaboración interesante tomando como base los aportes de Alford y Friedland (1991) y la

concepción tridimensional del poder formulada inicialmente por Lukes (1985). Según Wright el poder político de clase puede ser clasificado según el tipo de efectos específicos de su accionar: sus poderes pueden ser situacionales, institucionales y sistémicos.

El poder situacional como mando y obediencia directos en interacción entre actores aún con resistencia y sin consentimiento. Logra decisiones o influencia y puede incluir no sólo autoridad legítima sino coacción y manipulación. El poder institucional que permite excluir temas, controlar agendas, canalizar por cauces institucionales previsibles, se lo conoce como poder negativo, el poder de descartar o no considerar, de imposibilitar. Surge de la relación entre organizaciones formales o institucionalizadas. El poder sistémico es el de imponer el sesgo mismo de las reglas que imperan haciendo innecesario controlar el comportamiento de los demás de forma directa o controlar las agendas institucionales. El poder sistémico proviene de la naturaleza de las reglas específicas del juego institucional y del juego que regula la interacción entre actores y entre sus poderes situacionales, dando las pautas generales o básicas que establecen sus alcances⁶⁰. La lucha política refleja en qué nivel de efectos de poder se plantea la confrontación de poderes clasistas: liberal/conservadora (situacional), reformista/reaccionaria (institucional) y revolucionaria/contrarrevolucionaria (sistémico).

El poder situacional de clase es el “visible” a simple vista. Las distribuciones desiguales de recursos para conseguir dominio e imponer decisiones como la financiación, presencia en los medios de comunicación, personal afín en los resortes de decisión estatal, etc. Aunque usualmente las clases dominantes tienen una capacidad directa de conducción de la política desproporcionada, son los poderes institucionales y sistémicos el blanco al alcance de sus poderes justamente porque tienen la especificidad del velamiento, la elusión de la fuerza sustraída al campo de visibilidad, la naturalización como rutinas, como lo dado, y por tanto son mucho más difíciles de combatir. El poder es sistémico cuando logra moldear las preferencias e inclinaciones de los mismos subordinados, por lo que el poder causal simbólico es muy importante en el mismo. Las clases dominantes se ahorran la necesidad de la organización colectiva y la acción concertada dejándola para circunstancias críticas o amenazas graves. El mero ejercicio particular del conjunto de sus poderes causales y el control de estructuras mediadoras como mercados y empresas favorece largamente la

⁶⁰ La acumulación de sesgos monótonos en un sistema genera desequilibrio y seguramente diversos procesos contrafinalísticos. Además, para asegurar el sesgo clasista del sistema se utilizan toda clase de reglas contradictorias con dicho sesgo (estatización de deudas privadas, seguros cambiarios gratuitos, emisión monetaria). Hay que entender que las clases no son productos de sesgos sistémicos sino que son productoras de dichos sesgos. Las clases con poder sistémico justamente son las que se sustraen a los efectos del mismo: pueden alterar el derecho de propiedad de otros y la libre disponibilidad, el libremercado, etc. El poder sistémico consiste justamente en estar más allá del sesgo impuesto, la autonomía perfecta respecto de las propias consecuencias de las acciones significa que el poder impositivo de reglas no puede atenerse a esas reglas.

conversión a poder político desde el cual garantizar reglas generales favorables. El objeto de los poderes causales es generar estos tipos de efectos políticos. La geometría de los antagonismos supone que cuanto más desiguales son los poderes causales movilizados más situacional se hace la lucha de los débiles y más sistémica e institucional la de los fuertes⁶¹. Cuanto más se equilibran las relaciones de poderes, los débiles pueden intentar dar disputa en los planos sistémicos e institucionales y los fuertes apelar más a los situacionales. Es claro que los recursos principales de poder causal de la burguesía se orientan a conseguir control de agendas y del juego general de condiciones favorables a la acumulación o de transferencia de costos a los más débiles sin necesidad de apelar al desgastante ejercicio del poder situacional. Por el contrario, son los damnificados por estas políticas los que deben esforzarse en la lucha ejerciendo poderes situacionales, uno de ellos es el poder derivado de la acción colectiva y sus impactos potenciales disruptivos. El recurso a la acción colectiva contenciosa supone convertir en situacional lo que para los actores poderosos es materia institucional o sistémica. A través de la acción colectiva se tienden a desanonimizar las causas, ponerles nombre y apellido, identificar culpables como forma también de desnaturalizar y poner en evidencia la relatividad de los sesgos institucionales y sistémicos. Es en este sentido que la “lucha”, en tanto reducción en acto a lo situacional, asume la forma de “develamiento”, de desnaturalización y desocultamiento de la invisibilidad de los modos de imposición institucionales y políticos. La acción colectiva erosiona la eficacia simbólica de la naturalización del orden. Las formas de lucha más efectivas son las que rompen la ilusión de “fuerzas” o fundamentos impersonales y suprasociales. El orden que oprime y explota deja de ser anónimo y quedan visibles e identificables sus agentes y soportes individuales o grupales.

Dificultades del análisis clasista en las clases medias

Las llamadas clases medias han sido la piedra en el zapato del análisis de clase dando lugar a interminables discusiones por más de cien años. Jauretche decía con gracia que más que de clase media habría que hablar de la “media clase” para aludir a la dificultad de pensar a estos sectores como clase.

La inaplicabilidad del concepto de clase para las capas medias da lugar a tres problemáticas: la más trillada es la ausencia de conciencia de clase; las menos visitadas son la dificultad del tercer “polo” en un esquema clasista y la inconsistencia producida por las combinaciones de poderes causales heterogéneos.

⁶¹ En el trabajo de Wright brilla por su ausencia esta dimensión. No hay casi menciones a los poderes de las clases subordinadas y sus luchas. Aparentemente sólo las clases dominantes tienen acceso a estos poderes de moldeamiento de la política. Curiosamente partidos, sindicatos y movimientos sociales, los principales vectores de poder de las clases subalternas no son contemplados en el texto sino de manera episódica.

Déficit constitutivo y bloqueos a la colectivización

Muy tempranamente Marx fue estableciendo la idea de un déficit constitutivo de clase para el campesinado parcelario que en los debates posteriores se fue generalizando al conjunto de la pequeña burguesía como una incapacidad integral de constituirse como clase: la clase media ofrece obstáculos insalvables a unificarse, a antagonizar, y a luchar. Estas tres incapacidades remiten una a la otra dando lugar a un razonamiento circular, que incurre en la petición de principio. Una y otra vez Marx afirma la incapacidad de organizarse como una característica emblemática del campesinado pequeño.

Los pequeños propietarios arruinados se hallan siempre unidos por un interés común a los grandes terratenientes frente a la clase totalmente desposeída y frente a la burguesía industrial [...] carecen de poder para apropiarse de la gran propiedad de la tierra, ya que viven desperdigados, y **toda su actividad y condición de vida les veda asociarse**, lo que constituye la condición primordial de esa apropiación (Marx y Engels, 1971: 419)

La imposibilidad de fijarse como clase independiente de los terratenientes para enfrentar a obreros e industriales y como clase con capacidad de acción frente a los terratenientes con quienes disputan la propiedad de la tierra, muestra aquello de que la pequeña burguesía no puede representarse a sí misma y necesita ser representada, no puede constituirse por sí como polo en una lucha. Si la clase media no puede luchar por no estar unificada y no está unificada por su posición estructuralmente disgregada (el “saco de patatas” con que Marx comparaba al campesinado parcelario en el “18 Brumario”) entonces no es cierto que la clase se constituye en la lucha. La fuerza de las coerciones estructurales anula de entrada la posibilidad de que las clases medias comiencen el proceso mismo de constitución de clase. Este tipo de déficit constitutivo se relaciona con la concepción de las clases intermedias como clases de transición que se disuelven al ir a contramano de la acumulación capitalista.

Veamos con algo más de detalle esta cuestión que Marx ha comenzado analizando en el campesinado propietario pero que ha impregnado hasta hoy todas las reflexiones sobre la clase media.

Habíamos visto que, canónicamente, la lucha constituye la clase en tanto superación de la competencia y que el individuo empieza a actuar, pensar y sentir en términos de clase sólo frente a otra clase. Pero en qué medida los intereses fundamentales de las clases medias son incompatibles con la acción colectiva ya que se basan en la competencia y la movilidad individual. La clase media aparece como la depositaria natural del modo de vida burgués en el cual “propiedad e individualidad son indisociables” (ib ídem, 264) y en donde la defensa de la propiedad no puede ser una defensa colectiva: nadie va a salir a defender la propiedad de otros excepto cuando se vea amenazado el derecho de propiedad de todos⁶². Parte sustantiva

⁶² Como veremos en esta misma tesis hasta en el caso de los ahorristas estafados resulta imposible colectivizar el derecho de propiedad.

del poder causal de la propiedad económica es su autosuficiencia, su carácter monádico: la disputa competitiva en el mercado entre propietarios que se bastan a sí mismos dirime la distribución de la propiedad. El derecho de propiedad, el poder causal que reside en la libre disponibilidad y la libre contratación, es lo que garantiza la posibilidad de disputar oportunidades a expensas de la propiedad de otros. La colectivización (cartelización, oligopolización, etc.) está legalmente inhibida y simbólicamente condenada ya que el valor legitimador de la propiedad es por definición descolectivizador: el mérito individual como base del éxito individual. El individuo debe competir por los recursos disponibles exclusivamente con sus propios poderes causales enfrentando los poderes causales de los otros. En ello le va el mérito. El interés de propietario sólo puede ser legitimado simbólicamente por este mérito. El ascenso social, entendido como estricta estrategia de movilidad como logro individual, supone imposición de sus poderes causales mediante el esfuerzo, la capacidad y el mérito, que excluyen el concurso de poderes causales adicionales colectivos y la apelación a la solidaridad o cooperación de otros para este fin⁶³. Este elemento opera justamente como diferenciador social fuerte: son las clases desposeídas de otros capitales y poderes las que están legitimadas para apelar a colectivizar intereses y organizarse en su defensa, aún cuando siempre puedan ser sospechosas de “corporativismo” es decir de extraer ventajas indebidas de la acción colectiva o atentar contra el valor del mérito individual. Las clases medias en tanto poseedoras de poderes causales individuales y aspirantes al mérito, justamente repelen la alternativa de la colectivización como sinónimo de debilidad.

Sin embargo, el individualismo refractario a la lucha colectiva mantiene una fuente de acción clasista. Por más paradójico que parezca existe la colectivización de la reivindicación del individualismo: mantener condiciones o resistirse a los obstáculos a la activación y valorización general de sus poderes causales individuales. Así existe un ancho campo de legitimidad y propensión a la acción colectiva clasista en defensa de todas aquellas condiciones asociadas a la libre disposición de capitales y poderes causales que permitan la movilidad a través de la competencia y el reconocimiento del mérito. Contra la intromisión y las regulaciones del estado, contra los abusos de posiciones monopólicas de las corporaciones económicas, contra los poderes burocráticos y organizacionales que tienden a apropiarse y codificar la distribución de méritos, contra los poderes colectivos que tienden a cerrar oportunidades y mercados, contra la “competencia desleal”, contra la libre disposición de

⁶³ En este sentido el encubrimiento de las estrategias colectivas de maximización de poderes causales se convierte también en una estrategia permanente para las clases medias. Con excepción de las solidaridades familiares, las tácticas de free rider y aprovechamiento de poderes colectivos ajenos son celosamente encubiertas, ocultadas, disimuladas. Sólo la competencia y el mérito son admisibles como legitimadores de logro.

cualquier forma de propiedad incluido el derecho a explotar libremente fuerza de trabajo, contra la libre circulación del capital cultural y simbólico, lo que supone que los sistemas de legitimación y reconocimientos no pueden subsumirse a otros poderes. En definitiva, las clases medias pueden apelar a la acción colectiva desarrollando antagonismos hacia arriba (contra el estado y la gran propiedad) como hacia abajo (contra los límites colectivos de las clases populares a los capitales individuales) cada vez que son amenazadas las condiciones generales de su reproducción y sustentación de poderes causales individuales. Pero es claro que estas colectivizaciones no pueden ser sino defensivas ya que son reacciones ante amenazas, y transitorias, ya que su exclusivo objeto es reponer las condiciones para que la lucha colectiva no sea necesaria. La acción clasista sería entonces posible pero no como polo permanente de antagonismo con un contenido homogéneo, sino dependiente de las amenazas a las condiciones generales de sustentación del recurso individual a los poderes causales, con oponentes cambiantes, y sin propósitos de estabilización y permanencia. La acción clasista en una estrategia de lucha de estos sectores sólo puede terminar en la restauración de una estrategia de movilidad que asegure la autonomía, la autosuficiencia individual de cada uno de sus poderes causales primarios: propiedad, educación, cultura y capital simbólico⁶⁴.

Así, la colectivización tiene un carácter necesariamente flotante y discontinuo pero en cierto punto omnipresente. La posición entre polos asegura dosis altas de fricción a un lado o a otro. Pero la investigación reciente también ha encontrado otros motivos estratégicos por los cuales predomina una posición basculante u oscilante contraria a su consolidación como clase central fija.

Aparece aquí la cuestión de la “terceridad”, la conveniencia de una estrategia pendular, de no organizarse ni jugar posiciones en antagonismos fijos, preservando una flexibilidad de la que puede sacar ventaja en coyunturas diversas, aprovechando la movilización de uno u otro de los polos enfrentados. El hecho de que, como tercera clase, presuponga la existencia de un conflicto antagónico previo (trabajo/capital), deriva en dilemas estratégicos según los cuales puede resultar racionalmente conveniente no consolidarse como polo enfrentando a los otros dos, sino especular con las contingencias del conflicto principal, ahorrándose los costos y riesgos. Aprovechar las debilidades de las clases dominantes cuando necesitan apoyo ante los embates de las clases populares, o aprovechar las resistencias de las clases populares para guarecer allí sus intereses ante los embates de las clases dominantes parecen alternativas oportunistas pero menos expuestas que tener que enfrentar ambos polos todo el tiempo. La centralidad sólo puede hacerse realidad como ilusión, como lugar simbólico ya que si

⁶⁴ Los poderes causales secundarios o posicionales sólo pueden ser defendidos por reducción a los otros tipos de poderes. El capital burocrático es defendido de manera clasista en tanto reivindicación de su autonomía fundada en experticia técnica frente a la propiedad económica. El capital social y político de clase media es defendido de manera clasista como subordinado al capital simbólico y cultural (“ética pública”, “ideas”).

intentase hacerla efectiva obligaría a una estrategia en la que tiene todo que perder y muy poco que ganar. Mucho mejor es esperar las contradicciones principales y sacar ventajas de ellas en ambos ciclos: aliadas a las clases dominantes cuando ganan y a las clases populares cuando el triunfo de las clases altas las excluyen.

Pero además, la existencia de una tercera clase también puede ser estratégicamente aprovechada por las otras dos clases⁶⁵. Las clases trabajadoras pretenden las condiciones que atribuyen a la clase media, que le sirve como punto de referencia legitimador de aspiraciones igualitaristas crecientes. Así, las promesas de la sociedad burguesa encarnan en la clase media y, por ello, el fracaso de la misma es una mayúscula fuente de tensión y de emblocamiento contra el orden social dominante.

Las clases dominantes tratan de invisibilizar o camuflar sus intereses a través de las clases medias y sus jerarquías meritocráticas⁶⁶. Ante esto, las clases medias intentarán mimetizarse con las clases trabajadoras a la hora de pugnar por mejorar su situación, sólo para luego poder diferenciarse mejor de ellas aspirando a integrarse a las clases altas. En las sociedades de inspiración cultural igualitaria todos pueden reclamar para sí la aspiración de alcanzar el modo de vida y reconocimiento que representa la clase media, pero a nadie le conviene asumirlo públicamente como ya conseguido. Mientras en la vida privada la estrategia para todos es intentar aparentar más de lo que son, en la vida pública de la lucha de intereses colectivos la estrategia es intentar aprovechar el juego del que está más abajo, obviamente sin los costos de estar abajo. Pero para preservar las condiciones de valorización de sus capitales y poderes causales de clase, es necesario ocultar el valor alcanzado mimetizándolo con otras situaciones de mercado desventajosas.

Son las dos clases enfrentadas que se sirven de este tercer lugar al tiempo que no pueden formularse intereses de clase desde una posición que se reconoce como a la que todos quieren llegar. Un lugar de enunciación que se supone de plena realización no permite enunciados desde donde legitimar carencias o demandas. Las clases medias cada vez que tienen que actuar clasistamente deben desplazarse del propio lugar desde el que supuestamente enuncian. O reclaman desde una superioridad en una jerarquía legitimada por la cultura o el capital simbólico junto a las clases altas conservadoras, o reclaman desde el compartir la situación con las clases populares. Por ello que la clase media empobrecida, proletarizada, venida a

⁶⁵ El artículo de Val Burrell (1986) es excelente para descubrir las funcionalidades políticas de la constitución de las clases medias en la historia alemana y los debates del SPD. La izquierda profesaba la estrategia de un discurso mimetizador proletarizante, el reformismo las tomaba como una diferenciación interna y el revisionismo como una tercer clase con capacidades de mediación y pacificación. Los conservadores también apostaban a la tercer clase como forma de explicación y legitimación del nazismo.

⁶⁶ Es fundamental la contribución de Adamovsky (2009) para entender esta cuestión en la historia argentina. La constitución como actor político y social de una clase media fue un proyecto de las clases dominantes frente a los embates de las clases trabajadoras movilizadas por el socialismo, el anarquismo y el sindicalismo primero y frente al arrollador avance del peronismo plebeyo después.

menos, “nuevos pobres”, “ex clase media”, es no sólo una construcción académica sino también el lugar más común de enunciación de demandas al que pretende asistir un sutil refuerzo de la legitimación: habersele sido quitado es distinto y más grave que no haberlo tenido nunca, con lo cual completan un tipo de posicionamiento que al mismo tiempo que se mimetiza con las clases populares “saca ventaja” simbólica sobre ellas para colocarse en el centro de las demandas.

Déficit de conciencia

Al hecho de la incapacidad congénita de autoconstitución, Marx agrega el obstáculo para experimentar su explotación y opresión, que desarrolla en el marco de las mofas hacia la “conciencia invertida” de los pensadores pequeñoburgueses alemanes.

Una primera particularidad de la forma de la conciencia pequeñoburguesa es la representación mistificada de las fuerzas impersonales que la determinan como si fueran pensamientos e ideas. La ilusión pequeña burguesa de lidiar sólo con representaciones:

[...] veíamos que a los hombres les bastaba con cambiar de conciencia para que todo el mundo marchase “all right”. San Sancho critica las relaciones reales [...] y las combate combatiendo la representación sagrada que él se forma en ellas...truco de convertirlo todo en sagrado...de tomar la expresión ideológica especulativa de la realidad por la realidad misma [...] lo que le permite imaginarse que sólo tiene que habérselas con pensamientos y representaciones (Marx y Engels, 1971:327).

Otra curiosa figura de la ilusión pequeño burguesa es ver el mundo como exterioridad absoluta:

También aquí es característico del pequeño burgués alemán el creer que todos los obstáculos y barreras se derrumban por sí mismos, ya que él no mueve nunca ni un dedo para derribarlos, y la costumbre lo lleva a convertir en su propia individualidad los obstáculos que no se derrumban por sí mismos (op.cit.,364).

El autorresponsabilizarse de los obstáculos, interiorizándolos como meros malos pensamientos, erróneas formas de reflexión, tiene como contraparte un rasgo muy importante de la conciencia pequeñoburguesa: la confianza de que entre el mundo y sus intereses hay una perfecta correspondencia y depende exclusivamente de él acertar para aprovecharla.

Nuestro insípido y moral Sancho cree [...] que todo depende de encontrar otra moral [...] de “meterse en la cabeza” unas cuantas ideas fijas para que todos se sientan felices y puedan disfrutar de la vida (ib. ídem, p.500).

Marx refuta la representación “volitivista” de lo real invocando el clásico enfoque “constrictivista”.

Sancho hubiera comprendido que dentro de ciertos modos de producción que no dependen de la voluntad hay siempre potencias prácticas ajenas, no sólo de los individuos aislados sino incluso de la colectividad de éstos, y que se imponen a los hombres [...] pasar del campo de lo que los hombres imaginan de su modo de comportarse al campo de lo que los hombres necesariamente tienen que comportarse en determinadas circunstancias. Lo que se le aparece como producto del pensamiento se le aparecería como producto de la vida. (ib ídem, 285/86)

Por último, la ilusión del proceso de cambio como mero acto de voluntad es el complemento necesario de la mistificación como idealidad de las condiciones reales y fuerzas existentes:

[...] la vieja ilusión de que el hacer cambiar las condiciones existentes sólo depende de la buena voluntad de los hombres y de que las condiciones existentes son sólo ideas. Los cambios de la conciencia, separados de las condiciones, tal como los filósofos la ejercen, es decir, como un negocio, son a su vez producto de las condiciones existentes y forman parte de ellas [...] Esta elevación ideal por encima del mundo es la expresión ideológica de todas las impotencias de los filósofos ante el mundo (ib idem, 450).

Las bases clasistas de la conciencia ilusoria pequeña burguesa reconocen varios aspectos.

a) La autonomía o al menos la ilusión de autonomía que suele dar la propiedad económica, o de calificaciones y cultura, suele conspirar contra la percepción de las coerciones y las fuerzas a las que están constreñidos y colocar en su lugar el mérito individual que de por sí es desclasador y descolectivizador. La identidad de clase media tendería a la estamentalización: están no donde los ponen fuerzas independientes de su voluntad, sino que están donde deben estar y tienen lo que merecen tener, tienen lo que lograron por sí y hacen lo que ese tener les permite legítimamente.

b) La “ilusión de la solución imaginaria” a los obstáculos en tanto siempre se los plantea como un asunto de la conciencia individual deriva también en criterios individualistas y meritocráticos. Los problemas son resueltos de acuerdo a los “méritos” que llevan a codificar diferenciaciones en una búsqueda permanente del “reconocimiento” a méritos y no a la colisión de intereses⁶⁷, en la típica atribución de incapacidad de antagonizar o luchar colectivamente.

c) El individualismo también se ha relacionado desde siempre con la apatía y la desafección política. El elemento del ascenso personal como estrategia excluyente se acompaña de una privatización del disfrute del ascenso⁶⁸, renunciando con ello a jugar un papel político, desentendiéndose de las relaciones de fuerzas y conflictos sobre las condiciones que hacen posible ese ascenso, etc.

d) El peso creciente de las formas de poder causal no económico (educación y cultura) en desmedro de la propiedad y la política, también han sido señalados como una fuerza desclasadora. Hay tres elementos constitutivos de las clases medias contemporáneas que

⁶⁷ La sociología académica ha decretado desde hace años que las clases medias se reconocen como clase pero carecen de conciencia de clase en la medida que supone actitudes y creencias percibidas en común pero no logra asignarle un papel colectivo frente a otras clases o frente al orden (Giddens, 1981: 126). Es por esto mismo que explicar la aparición y vigencia de una “autoatribución de identidad de clase media” es materia de indagaciones sobre otras clases como en el trabajo señero de Adamovsky (2009: 125 y ss.).

⁶⁸ Sebrelí llamaba “mito de la intimidad protegida” a la tendencia de las clases medias a volcar el éxito en el ascenso social exclusivamente dentro del mundo privado de la familia y el hogar, y no en otras estructuras mediadoras o poderes sociales o colectivos.

operan en este sentido: el énfasis en la competencia por el capital cultural más que por la propiedad en el mercado al que ven con ansiedad y ambigüedad, los intrincados sistemas de disimulo de privilegios, y el rol dominante de las prácticas culturales como diferenciadoras (Liechty, 2002).

Propiedad, educación, autoridad: viejas y nuevas clases medias

La clase media tradicional, basada en la pequeña propiedad independiente, la autoexplotación, o las calificaciones educativas sobre la que se montan los análisis acerca del déficit constitutivo no dan cuenta de las mutaciones en las clases medias en la última mitad del siglo XX. Hagamos un breve repaso.

La primera constatación es la fortaleza de la pequeña propiedad que sobrevive a la evolución del capitalismo. Se ha visto una "...falla del marxismo para predecir la manera en que los actores son capaces de crear oportunidades para la acumulación de capital a pequeña escala y así sostener la reproducción de posiciones" (Scase, 1982: 148). Invocando incluso análisis de Lenin se ha considerado que el desarrollo contradictorio del capitalismo tiene efectos muy alejados de la polarización uniformizante. La renta por posesión, el trabajo independiente y las calificaciones se combinaron desde siempre para generar ingresos y acumulación. Sin contar que la pequeña propiedad asume el papel de custodio del núcleo de valores del capitalismo: el individualismo se trasmite en estilos de vida, consumo y valores. Con la fachada ilusoria de la libre competencia entre pequeños se disimula el imperio de las corporaciones y el estado. En las últimas décadas el discurso neoliberal reposiciona simbólicamente la figura del pequeño propietario audaz y laborioso como forma de erosión de la legitimidad del estado de bienestar.

Por otra parte, las nuevas tecnologías y el cambio de escalas de negocios en servicios (reconversión, tercerización, flexibilidad, etc.) han brindado las bases de la recomposición para la pequeña empresa en muchos países. Muchos profesionales u obreros calificados se convierten en propietarios como forma de ascenso social y otros carentes de calificaciones o credenciales, o por ser objeto de discriminaciones, encuentran en la pequeña propiedad comercial su única oportunidad.

Otros análisis tienden a disolver el carácter específico pequeñoburgués relacionado con la importancia de la propiedad y la independencia de la fuerza de trabajo para introducir nuevos atributos clasistas: la educación y la autoridad.

En Wright Mills (1961) tenemos la descripción de uno de los procesos más significativos de cambio en la estructura de clases: la sustitución de la propiedad hereditaria y la iniciativa económica personal independiente por la educación y el empleo dependiente en grandes organizaciones que a su vez garantizan el proceso de concentración de la propiedad y

la gestión burocratizada en gran escala de la misma. Su extraordinario estudio sobre la clase media americana retoma los tempranos planteos de Weber (1972) referidos a la racionalización burocrática y la “clase servil” que trabaja obedeciendo mandatos impersonales que la eximen de las consecuencias de sus acciones. Mills enfatiza el crecimiento de empleos en los que se sustituye el manejo de cosas por el manejo de personas y símbolos, y donde la cuestión del mando y la jerarquía basadas en reglas impersonales tienden a ser centrales ya que permiten instrumentar la irresponsabilidad social sobre los efectos de las decisiones (op.cit, p. 95 y ss.). Amparados en normas hechas por desconocidos y que aplican a otros desconocidos estas clases, que ejercen autoridad pero no son por sí mismas fuentes de autoridad, hacen posible que las consecuencias de las decisiones no alcancen a los mismos que las gestaron. Las clases medias son asociadas a un sistema de organización de la invisibilización de responsabilidades. Es decir, en nuestro lenguaje: las clases medias ejercen un poder organizacional que estructura los campos convirtiendo los poderes causales de clase de la gran propiedad económica y la política en coerciones anónimas naturalizadas sobre los individuos.

Los debates en torno a las nuevas clases medias son extensísimos: si hay o no homogeneidad interna y fronteras que las separan y si sus orientaciones políticas y culturales responden a posiciones materiales o intereses estructurales.

Wright (1995a; 1997) puede determinar tres tipos de clases medias con perfiles y orientaciones ideológico políticas sumamente dispares: los managers (combinan autoridad con fuerza de trabajo asalariada), los empleados (combinan educación con fuerza de trabajo asalariada) y los técnicos semiautónomos y expertos (combinan educación con independencia).

Los teóricos de la nueva clase (Gouldner, Bell) asocian las profesiones vinculadas al conocimiento y la cultura con posiciones liberales y favorables al cambio social y al cuestionamiento del conservatismo de las elites (Gerteis, 1998). Bourdieu (1991a) complejiza el enfoque al introducir el balance entre capital económico y capital cultural⁶⁹ como factor decisivo para explicar sesgos ideológicos o políticos: “trabajadores de la cultura, el arte y los servicios sociales” vs. “managers, ejecutivos e ingenieros” es el contrapunto que inspira este esquema. Dos elites de la clase media compiten entre sí por hacer prevalecer su específico tipo de ventaja: la educativa y cultural o la económica y burocrática, reflejándose en posiciones políticas opuestas. Los cambios en la relación entre campo escolar y campo económico explican fenómenos como la sobreproducción de diplomados, devaluación de títulos y posiciones universitarias, aumento de posiciones subalternas, etc. Lo mismo ocurre

⁶⁹ Tampoco esto sería estrictamente propio del capitalismo avanzado. Kocka (1995) muestra como en Alemania la fuerte separación entre “clase media económica” y “clase media educada” viene de muy lejos.

con la valorización del capital educativo sólo mercantilizable en el interior de la gran corporación. La gestión del conocimiento está fuertemente burocratizada y codificada en segmentos privilegiados del mercado laboral, lo que deja libre y desmercantilizado buena parte de las calificaciones y el capital cultural excedente que busca convertirse en capital político y simbólico a partir de la acción y la organización colectiva⁷⁰.

De manera afín, Lamont (1992) ha encontrado las “fronteras simbólicas” que estructuran el discurso de la clase media alta en Francia y EEUU: para los profesionales socioculturales las diferencias se articulan en términos de “pureza” en un plano simbólico, mientras que los profesionales de negocios dirimen sus distancias por el ingreso y el éxito como indicadores de mérito propio. Las narrativas de valores posmateriales⁷¹, calidad de vida, etc. se contraponen a las de eficiencia, innovación, audacia, etc.

Los que defienden la especificidad funcional de la clase media han desarrollado la noción de “clase de servicios” (Goldthorpe, 1995) asociada a cambios en la estructura tecno económica, basada en la existencia de una “relación de servicio” donde prima la delegación de autoridad, aplicación de conocimientos y autonomía técnica. Lasch y Urry (1998) intentan demostrar cómo la clase de servicios surge de las necesidades del capitalismo organizado de la posguerra pero se convierte en impulsora y conductora del capitalismo desorganizado contemporáneo encontrándole un sorprendente papel histórico.

Todos estos enfoques omiten casi por completo las cuestiones de lucha y conflicto y se manejan exclusivamente en el plano de la “decodificación” de los cambios en el plano de estructuras sobre los grupos y las prácticas. Pero quizás la principal revolución en el universo de la clase media es en términos de capital simbólico: el valor del bienestar consumista sustituye al ahorro, al esfuerzo y al mérito. Pero muchos análisis olvidan que las orientaciones hedonistas tienden a una reducción de poderes causales primarios a través de tres vías: el endeudamiento vía crédito del que pasa a depender su standard de vida, la subsecuente reducción de la capacidad negociadora en el empleo, y la dependencia de la seguridad social ante la inestabilidad laboral.

⁷⁰ Este aspecto de los planteos de Bourdieu es muy relevante para los casos de la movilización de las clases medias educadas a partir de la crisis en la Argentina.

⁷¹ En esto parece haber una cierta tautología de razonamiento: las actitudes liberales o de izquierda son casi por definición universalistas, altruistas o posmaterialistas y así son fácilmente asociadas a un capital cultural diferencial. Pero respecto a los managers hay otra contradicción aún más llamativamente omitida por estos tipos de análisis: son los managers los que han impulsado la economía de la comunicación y los servicios, son los managers los que si no “venden” al menos hacen negocio con los valores posmateriales por lo que un posible conflicto entre ambos polos debería ser sopesado cuidadosamente.

Capítulo III

Antecedentes históricos y condiciones estructurales de la movilización de las clases medias

Estructura social y formación de las clases medias en la Argentina

Si en los países del capitalismo periférico las estructuras de clases difieren de manera acentuada de lo observado en los países centrales, en nuestro país la presencia de una comparativamente extensa y multiforme pequeña burguesía ha caracterizado su morfología social de manera temprana en el Siglo XX, diferenciándola del resto de los países de A. Latina y de la gran mayoría de los países del Tercer Mundo.

G. Germani en la década del '40 ya había tematizado el excepcional peso de los estratos medios unido al buen nivel educativo de la población, al origen inmigratorio y a las fuertes tendencias hacia la urbanización y la industrialización. En sus clásicos trabajos sobre los censos de población sus cálculos para 1947 arrojaban que la clase media comprendía casi el 40 % de la población activa (Germani, 1987). Posteriormente, el proceso de ensanchamiento del centro de la pirámide social se acentuaría durante las décadas siguientes y según S. Torrado (1992 y 2007), los sectores medios llegarían a los '80 alcanzando el 47,4% de la PEA para caer al 38 % en 1991. La no comparabilidad del Censo 2001 relativiza posibles certezas acerca de la continuidad de estas tendencias durante los años '90. Torrado encuentra indicios de que en paralelo al movimiento estructural descendente hay una movilidad intergeneracional ascendente tomando indicadores ocupacionales (Torrado, 2007: 65).

Para nuestros propósitos analíticos es importante retener algunos aspectos históricos de los procesos de formación de los poderes causales asociados con las clases medias. Veamos sucintamente algunos de sus principales hitos.

Los orígenes de la expansión inicial de las clases medias los encuentra Bagú (1950) en la fiebre especulativa de 1890 y las oleadas de prosperidad con alzas de la propiedad inmueble que da lugar a la especulación con terrenos, luego de las crisis de 1890, 1899 y 1909. La inversión en hipotecas se extiende sobre todo en las grandes ciudades, sobre todo en Buenos Aires y Rosario. El origen de la pequeña propiedad urbana entonces obedece a las barreras de acceso a la tierra -el latifundio- con los que los inmigrantes chocaban en el campo, y con el crecimiento acelerado del comercio y los servicios en las grandes ciudades que era acompañado por una vertiginosa valorización de tierras y viviendas generando oportunidades de capitalización (Bagú, 1950: 41). Los inmigrantes invierten sus excedentes en terrenos, toman hipotecas y luego construyen para alquilar o vender cuando los precios suben generando un proceso de acumulación que los convierte en pequeños propietarios rentistas o capitalistas en la pequeña manufactura y comercio al detalle. El acceso a la propiedad recibe un nuevo impulso con los préstamos en hipotecas que llegan al récord en 1947, y que serían devueltos en la década subsiguiente en cuotas devaluadas por la inflación.

Germani (1981) divide la clase media en dos grupos: los autónomos, la antigua clase media (artesanos, profesionales libres, comerciantes, intermediarios) y los dependientes de actividades no manuales sin funciones directivas, la nueva clase media (burocracias públicas y de la gran empresa). Es perspicaz la observación que la oposición “gran empresa/estado vs. pequeña propiedad independiente” significa una diferenciación de intereses aun entre sectores que tienen modos de vida semejantes.

En el Censo de 1936 del 46% de la población de clase media, un 20,5 % corresponde a autónomos y un 25,4% a dependientes. La comparación con la ciudad de Chicago que hace Germani muestra un rasgo notorio de la estructura de clases local: más proporción de patrones y autónomos y menos de empleados. La clase media propietaria independiente que en EEUU estaba siendo desalojada de los mercados por la gran corporación empresarial y su staff de dependientes burócraticos y profesionales, parecía no verse afectada en nuestro suelo. Aunque la expansión posterior de las clases medias dependientes fue más acelerada que el de las autónomas, el balance hacia el poder causal de la propiedad en desmedro del poder burocrático parece ser un rasgo persistente en la conformación de nuestras clases medias.

Hay una larga tradición que tiende a ver el desarrollo de los sectores medios como consecuencia de un efecto perverso o de una modalidad anómala de capitalismo. Germani consideraba la “extraordinariedad” de la clase media argentina como un subproducto del modelo de economía agroexportadora, dependiente de la renta de la tierra.

Germani presta atención a la escasa inserción productiva de estas clases lo que las distancia de las formaciones socioeconómicas más avanzadas: en la industria los empleos de clase media alcanzan al 20.6% de los dependientes y sólo al 11.7% de los autónomos. En cambio, en los servicios, las clases medias alcanzan al 51.3%, de los cuales 30,2% son empleados subalternos (ver Germani, 1955: 149, 179, 190). Esta tendencia de desacople entre clase media e industrialización se agrava en los '40 cuando se añade el acceso a la burocracia estatal y una expansión mayor de los servicios.

El papel de las clases medias en el desarrollo y la modernización fue materia de tempranas esperanzas y desilusiones. Si al comienzo se las miraba con optimismo como factor modernizador y democratizador, a partir de los '50 aparece la decepción al comprobar las tendencias al “distribucionismo” y las resistencias al cambio, la imitación del comportamiento de las clases altas, sus pautas de consumo, etc¹. Es particularmente encarnizada la crítica de R. Prebisch al papel de las clases medias de “consumo imitativo” en el capitalismo periférico. Prebisch (1984) analizó extensamente la funcionalidad económica negativa de los patrones de

¹ Ver en Germani (1950) y en el volumen de Crevenna algunas de estas consideraciones críticas.

consumo improductivo y las inclinaciones políticas de defensa de intereses corporativos de los sectores medios como dos de los principales obstáculos para el desarrollo económico. En este sentido su pensamiento podría considerarse como una continuación de las teorías “defenestradoras” de las clases medias en nuestras sociedades. El patrón de consumo, que en el centro responde a otro nivel de acumulación de capital y productividad, es imitado en la periferia por sectores medios y altos con la penosa consecuencia de distorsionar la secuencia tecnológica y la acumulación, no permitiendo la absorción progresiva suficiente de fuerza de trabajo² (Prebisch, 1984: 39 y ss).

Por otra parte, a partir de los años '60 la combinación del acceso al crédito con la prohibición legal de indexación de contratos y la inflación se operaba una pronunciada licuación de deudas dando lugar a una nueva oleada de acceso a la propiedad a bajos costos. Aquéllos que pudieron capitalizar en forma de propiedad particular, productiva o comercial sus “rentas de calificación” (educación) o sus “rentas de lealtad” (empleados jerárquicos) muestran una convergencia entre tipos de poder causal, que aleja la morfología de la clase media argentina de la típica separación alemana entre clase media propietaria y clase media educada (Kocka, 1995). Las clases medias locales podrían ser más compactas por la mayor coincidencia de educación y propiedad.

La existencia de una pequeña burguesía al margen de la gran empresa capitalista, con escasa inserción en la industria productiva y más inserción en el comercio y los servicios personales, supone una menor dotación de poderes organizacionales y mayor dotación de poderes educativos y económicos si la comparamos con el punto de referencia de los capitalismoes industriales avanzados.

La cuestión del capital simbólico es fundamental en las etapas de gestación de su autopercepción de clase ya que se introducen elementos de valoración y legitimación decisivos a la hora de considerar el conjunto de los poderes causales clasistas. Nuevamente ha sido G. Germani el que ha dejado las primeras indicaciones en este punto³.

El primer elemento simbólico es sin dudas el de la connotación que asume el origen racial inmigratorio europeo, que tenía mayor peso cuantitativo entre la clase media

² Según Prebisch hay dos explicaciones de las agudas distorsiones en la acumulación capitalista periférica: el patrón de consumo de un segmento privilegiado de la población articulado al capitalismo central, y los mecanismos de exacción de excedente por parte de las economías de los países centrales. En ambos factores los sectores medios y altos juegan un papel teórico importante: directamente como beneficiarios del excedente económico y receptores de la mayor parte del ingreso destinado a consumo –lo que a su vez distorsiona el patrón de inversión productiva-, e indirectamente como sectores que sirven desde la administración y gestión a la articulación entre las economías centrales y las periféricas.

³ Murmis y Feldman (1992) señalan la tensión que atraviesa toda la obra de Germani entre la esperanza de que la movilización política de las clases medias pudiera integrar la ampliación de la participación política de las clases populares con el desarrollo modernizador, y la frustración de constatar las rígidas ataduras y dependencias de estas mismas clases medias con las clases dominantes tradicionales.

independiente y entre los diplomados dependientes (Germani, 1950: 15-17). La combinación del factor étnico con los poderes causales primarios opera una activación reforzada o realimentación de poderes de clase a través de la identificación con la “civilización” y los modos de vida de las sociedades “avanzadas”, ofreciendo un capital simbólico para la constitución de su identidad en contrapunto con las clases populares “criollas”, desposeídas, y menos educadas. La racialización de las relaciones entre clases basada en el color de piel, es un elemento que en los análisis de Adamovsky (2009) y Gargin (2007) ocupa un lugar central en la constitución simbólica de las clases medias.

Otro rasgo importante en la génesis de las clases medias que observa Germani (1950: 21) es su carácter “fluido”, inestable, por ausencia de tradiciones propias y por su permeabilidad a las influencias de las clases altas. Las imperativas aspiraciones de ascenso suelen ir más allá de sus recursos, pero están fundadas en la confianza y el sentido de la oportunidad ante el azar –esencial para los negocios sobre la base de la movilización y activación del capital económico- en el mérito, el esfuerzo, la preparación, etc. (ib. idem, 60). También señala, en las clases medias, el caso más típico de movilidad acelerada (Germani, 1950: 28, 29), con desajustes de expectativas a nuevas posiciones más elevadas en las etapas de prosperidad o, más bajas, en las de recesión.

J. J. Hernández Arregui y A. Jauretche, desde las antípodas ideológicas de Germani e influidos por la movilización de clases medias que apoyaron el derrocamiento del peronismo, también eran afectos a señalar las inconsistencias de clase como una pesada condena simbólica: la emulación de estatus, el “medio pelo” tan bien descrito por Jauretche en las costumbres, iba acompañada de actitudes políticas antipopulares, aunque fue durante el peronismo que estos sectores también aceleraron su expansión. Así la idea de una clase media servil económicamente y traidora políticamente tendría una larga persistencia intelectual (Altamirano, 1997).

La historia política de la clase media quizás sea anterior incluso a su autopercepción de clase media. La movilización de poderes causales políticos sin dudas se asocia a que diversos grupos surgidos en la gestación y consolidación del orden oligárquico (expansión del empleo estatal, colonos, incluso militares de rangos medios, trabajadores de oficio) sufrían la marginación política y desarrollaban pretensiones de participación en la dirección de los asuntos públicos. Los mitines cívicos de la Revolución del Parque de 1890 mostraban estos nuevos actores sociales junto con segmentos desgajados de la elite. Las demandas de democratización y derechos electorales a través de la “abstención revolucionaria” inauguran un ciclo nuevo de enfrentamiento con las clases dominantes. La huelga de los arrendatarios de 1912 (“Grito de Alcorta”) y el movimiento estudiantil reformista nacido en Córdoba en 1918

completa un panorama de lucha por los espacios sociales y políticos que tensa el orden oligárquico desde otro lugar que las huelgas y revueltas obreras. La movilización de poderes causales de tipo político en este caso debe considerarse anterior a la emergencia de un marco simbólico condensado en la figura de la clase media⁴.

La separación entre pueblo llano y gente decente, entre la chusma y la clase principal, propia del Siglo XIX iba desapareciendo y aparece la nominación de “gente bien” que permite a los propietarios recientes cruzar las barreras del abolengo de origen (Adamovsky, 2009: 55). Pero las operaciones de reclasificación que comenzarán a instalar la idea de clase media responden a los intentos de reorganización de jerarquías frente a las clases insurgentes y sus nuevas solidaridades y demandas. Los primeros intentos discursivos de interpelación política a las “clases medias” surgen como un intento de instalar un ciudadano “razonable” frente a los plebeyos e ignorantes que hacen tumulto en las calles (Adamovsky, 2009: 61).

El ascenso del peronismo acelerará los tiempos de maduración política de la identidad de la clase media como diferencia y distancia a defender de la irrupción de las masas sindicalizadas. La clase media se consolida como figura simbólica que confronta el ascenso al poder de las masas populares. En cierta forma es el “antiperonismo” el componente central de esa identidad y sobreviene como resultado de una serie de intentos simbólicos (desde el discurso político partidario, hasta la publicidad, los formadores de opinión, la prensa y los intelectuales) de establecer la escisión entre empleados, profesionales, y pequeña burguesía respecto de la plebe obrera peronista “inculta y bárbara”. Tales intentos de organizar una base social para contener los avances del peronismo suponían aprovechar un universo cultural propio (la emulación, el cosmopolitismo, las referencias raciales y culturales europeas, el individualismo, el moralismo y el culto a la educación como forma de ascenso social) como pilares para desarrollar una ideología antipopulista de organización de la sociedad (ya sea el catolicismo integrista, el liberalismo, o el socialismo) y, eventualmente, una fuerza política capaz de competir con el peronismo (un partido o alianza electoral fuerte de clase media).

La interpelación que el propio Perón intentó llevar adelante con las “asambleas de clase media” en el año 1944 (Adamovsky, 2009: 245 y ss.), incluso a través de algunas iniciativas de la Secretaría de Trabajo y Previsión para facilitar la organización “dejando de lado su natural individualismo”, terminó sin mayores resultados. Los almaceneros y los profesionales que se acercaron a estas convocatorias parecen haber terminado desanimando a Perón y luego del afianzamiento de la relación con los gremios y el 17 de octubre, el desencuentro de Perón

⁴ Son plenamente válidos los señalamientos de Adamovsky (2009) acerca de la ausencia de discurso de interpelación a la “clase media” dentro del radicalismo yrigoyenista.

con las clases medias se hizo progresivo⁵. La promoción del ascenso social a partir de los derechos sociales y del derecho colectivo de trabajo era percibido por muchos sectores como un “saltarse las reglas del ascenso legítimo” basado en la educación y el esfuerzo disciplinado individual en el trabajo generando una catarata de desprecio hacia “los colados” que achicaban las distancias sociales sin “merecimientos” (Adamovsky, 2009: 279) y alentados por un poder político y corporativo mal habido. El contrapunto movilidad individual basada en el trabajo personal, la propiedad y la educación / movilidad colectiva basada en capital político-organizativo y movilización social, es lo que da lugar a una disputa simbólica que permite entender el papel de la clase media en aquellos años⁶.

El “proyecto político alternativo” con base clasista en la pequeña burguesía no logra consolidarse. A las divisiones del radicalismo en el campo político pronto se le sumarían ejes de conflicto de gran escala que dividirían aguas en las clases medias: las grandes luchas estudiantiles bajo la opción “Laica o Libre”, extrañamente olvidado en el trabajo de Adamovsky, muestra la capacidad de respuesta de buena parte de estos sectores a las amenazas que se cernían sobre las reglas de distribución de su tipo de capital “fetiché”: el capital educativo. La reacción de buena parte de los segmentos de clase media educada movilizaba desde mediados de los '60, junto con un descontento generalizado contra las políticas de represión política y concentración económica, se hará de la mano de un fuerte posicionamiento popular, una radicalización ideológica y política que incluía una revalorización del peronismo.

A partir de la crisis económica profunda que eclosiona en junio de 1975 y las políticas de desregulación financiera y apertura económica implementadas por la dictadura se trastocan de manera profunda las fuentes de los poderes clasistas. Las devaluaciones y ajustes salvajes, procesos inflacionarios, combinados con una feroz distribución regresiva del ingreso redujeron sensiblemente el acceso a la propiedad aunque la apertura externa de la economía y la sobrevaluación cambiaria permitieron el recurso clasista del consumo posicional para establecer distancias sociales. Las crisis bancarias, la especulación cambiaria y las altas tasas de interés resultaron en procesos de endeudamiento y desacumulación para buena parte de estos sectores. La crisis de la educación pública significó también una nueva oportunidad de

⁵ Es risueña la catarata de quejas de los almaceneros por los nuevos derechos laborales de sus empleados, pero sobre todo sobresale la crítica a “los regalos de Navidad” que bajan las ventas (Adamovsky, 2009: 256). La absoluta falta de interés en el capital simbólico y político y el exclusivo dominio del poder causal económico sobresalen en este tipo de demandas. Algo semejante aparece con el descontento de ingenieros, abogados, maestros, etc.

⁶ A comienzos de los años '40 se verifican algunas de las escasas experiencias de conversión a poder político de poder social y económico por parte de diversas federaciones de comerciantes de varios rubros que lograron presentar candidaturas y lograr algunos resultados resonantes principalmente en Rosario y Buenos Aires. En este caso se presentaban directamente como “patrones” o “vecinos” escapándole a una definición clasista que los colocara en una posición intermedia (ib. idem, p.166 y ss).

trazar fronteras clasistas: el avance acelerado de la privatización de la enseñanza básica y media mostraba un encarecimiento de la conversión a capital educativo con un directo impacto de segmentación interna dentro de las capas intermedias.

El retorno a la democracia volverá a tener a la clase media con un protagonismo envidiable. Contrariamente a lo que había ocurrido a fines de los '60, la masiva movilización electoral detrás del radicalismo mostrará a las clases medias mayoritariamente encolumnadas detrás de una expresión política que planteaba una clara escisión respecto de las clases populares y el peronismo simbolizada en el eje de la campaña de Alfonsín: la denuncia de un “pacto sindical-militar”. La reivindicación de la representación política y la “cultura jurídica” como dispositivo fundamental para la elaboración del interés general se contraponía con el poder colectivo de la movilización popular y el poder institucionalizado del sindicalismo peronista⁷ que se había quedado con el control del Partido Justicialista. El discurso “democratizador” de confianza en las instituciones y la división de poderes, satanizaba la acción colectiva organizada como “corporativa” a la que se veía responsable de la inestabilidad y la violencia del pasado, cifrando la pugna por la distribución del ingreso exclusivamente en la participación electoral y la lucha parlamentaria. La respuesta espontánea masiva a los autoacuartelamientos de la Semana Santa de abril de 1987 será el punto de inflexión que marcará el comienzo de la deserción de las clases medias de aquel proyecto. La renovada capacidad de movilización sindical, la vuelta del peronismo a las victorias electorales, y el “golpe de mercado” en el verano de 1989 terminaron de obligar a Alfonsín a adelantar las elecciones, mostrando la debilidad de la política institucional para contrarrestar el poder causal de la gran propiedad económica y de los poderes corporativos, produciendo un veloz reacomodo en los posicionamientos políticos de todos los sectores.

Las transformaciones de los años '90 y los sectores medios

La literatura dominante sobre los sectores medios en los '90, se ha apoyado sobre una caracterización de la reformas del capitalismo argentino como de “modernización excluyente” y por ello sus problemáticas dilectas han sido, por un lado, la llamada “nueva pobreza” (Feijoo, 2001), la vulnerabilización, y la “desafiliación” social; y por otro lado, los cambios en los consumos, formas de sociabilidad y estilos de vida derivados de la “globalización”, las NTIyC, etc. para los “integrados” beneficiarios del nuevo modelo de capitalismo.

⁷ Obsérvese que el alfonsinismo supone una superación de los planteos crudamente antiperonistas o “gorilas” que apuntaban a deslegitimar el “ethos” político de las clases populares y sus formas culturales. Aquí no se tiene por objeto a las clases populares ni sus estilos plebeyos, sino al corporativismo sindical, que es cosa muy distinta. El discurso del tercer movimiento histórico y los estilos personalistas del mismo Alfonsín también contribuían a esta operación de resignificación del eje del conflicto.

En Anguita y Minujín (2004: 36) se ofrece la visión de una clase media en desgracia afectada por un “proceso generalizado de movilidad social descendente”. Los '90 son vistos como proceso monótono de empobrecimiento: la nueva pobreza pasó del 3% en los '80 hasta el 23% en el 2000. Pero al no considerar la estructura ocupacional, esta forma de presentación de los datos obvia la posibilidad que puede tratarse de caída de clase trabajadora y no sólo de clase media. La constatable polarización social general entendida como una notable ampliación de las diferencias entre extremos: pobres más pobres y ricos más ricos, era proyectada apresuradamente sobre los mismos estratos intermedios.

El descenso de los sectores medios se ha relacionado con los fenómenos hiperinflacionarios de los '80 y la reducción de la rentabilidad de los sectores de la pequeña propiedad derivada del proceso de concentración económica. Sin embargo, no es claro que estas tendencias hayan continuado linealmente durante la década siguiente. Los datos agregados no son nítidos en cuanto a una posible segmentación polarizada de los sectores medios durante los '90: es posible ver que los ingresos reales per cápita por familia siguieron subiendo en moneda constante entre 1991 y 2000 para los deciles correspondientes en general a los sectores medios (Svampa, 2001: 45). Aunque los datos de ingresos no permiten sacar conclusiones acerca de la movilidad por ingresos de las familias, es claro que en general no se pone de manifiesto una polarización aguda de perjudicados y beneficiados. Si bien la cantidad de desempleados por hogar aumenta en los sectores medios, también lo hace el ingreso horario y la cantidad de perceptores por hogar de la mano de una notable activación de fuerza de trabajo secundaria, especialmente los cónyuges (Gomez, 2000a). Además, los datos de consumo interno de electrodomésticos, automóviles, viajes al exterior, recreación y turismo, negocios inmobiliarios, muestran que los procesos de heterogeneización de estos estratos no significaron una tendencia neta de empobrecimiento o descenso generalizado. Como bien demuestra el trabajo de Espinosa y Kessler (2006) el tema de la pobreza se independiza de la estructura ocupacional ya que integra “perdedores” de casi todas las categorías.

Los procesos de movilidad social descendente no obstan para que los sectores que han podido beneficiarse de las reformas hayan disfrutado de una también notable movilidad ascendente. Así, al estudiar cómo las reformas de los '90 impactan sobre las formas de la sociabilidad, Svampa (2001) analizará las estrategias de segregación espacial a través de las nuevas urbanizaciones cerradas como una forma de “integración hacia arriba”. Las clases medias “ganadoras” deciden disfrutar de las ventajas del triunfo “puertas adentro” y en compañía de las clases altas tradicionales. En cambio, las clases medias perdedoras, deben enfrentar las dificultades crecientes con estrategias de “integración hacia abajo” tales como la

analizada por I. González Bombal en el Club del Trueque (González Bombal, 2002). En definitiva, estos procesos implican un abandono del espacio público, una renuncia al protagonismo político y una pérdida de la centralidad cultural. La pérdida de cohesión y homogeneidad interna precipita la abdicación de la clase media al rol integrador en el imaginario social dominante. La pérdida del lugar simbólico central de la clase media como punto de referencia social y político integrador para el conjunto de la sociedad es quizás uno de los tópicos más interesantes retomados por los movimientos poscrisis del 2001.

Otro aspecto fundamental de diferenciación operado durante los años '90 estuvo relacionado con los consumos. En primer lugar la introducción en la vida cotidiana de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación es un rasgo distintivo de época. Los datos de una encuesta del año 2000 (Mora y Araujo, 2003) mostraban que la sociedad argentina era homogénea en la exposición a los medios masivos de comunicación pero heterogénea en el acceso a los recursos tecnológicos e instrumentales⁸.

La importancia de la posesión de lavarropas automático que se muestra con peso diferenciador en la encuesta, se relaciona con el notable aumento de la tasa de participación femenina en el mercado de trabajo: ciertas posesiones materiales están íntimamente relacionadas con la cuestión de las mediaciones de género de los poderes clasistas. La dotación de electrodomésticos, y la disponibilidad para la compra de servicios del hogar (doméstico, guardería, y comidas fuera del hogar o delivery) facilitan la activación de la fuerza de trabajo femenina. La tecnologización del hogar, los consumos de bienes “productivos” del hogar y los servicios de apoyo a la reproducción doméstica incluso cuentan para explicar algunos tipos de participación femenina en los movimientos.

Las inconsistencias de poderes causales: movilidad espuria

Si se analiza la movilidad intergeneracional, a mediados de los '90 no podían percibirse diferencias significativas con los altos niveles de movilidad analizadas en períodos anteriores por Germani en 1961 y por Beccaria en 1969⁹. En un relevamiento de 1995 (Jorrat, 2002) para la zona metropolitana la tasa total de movilidad alcanza los 60.5% lo que demuestra la conservación del grado de fluidez elevado de la estructura social. Los cambios

⁸ El ítem de posesión de bienes de consumo durable que mostraba la mayor dispersión era la computadora personal y luego el lavarropas automático, la videograbadora y la tarjeta de crédito. Inmediatamente después se encuentran el automóvil y el teléfono celular. El ítem que mostraba menos dispersión era la TV con control remoto. La sociedad argentina estaba homogéneamente expuesta a los medios de comunicación de masas como “receptores”, pero presentaba fuertísimas desigualdades en el acceso a los recursos tecnológicos que brindan potencialidad de constituirse en “emisores” o sujetos de acción con recursos y capacidades propios. El acceso a Internet para las clases medias educadas es un poderoso amplificador del capital social y del aumento de la visibilidad personal y grupal.

⁹ La tasa de ascenso desde los trabajadores manuales a los no manuales era mayor que en la mayoría de las ciudades (36,5% en Buenos Aires, vs. 29% en San Pablo y 24% en Melbourne) (Germani, 1963).

de niveles ocupacionales entre padres e hijos muestran un 39% de ascensos y un 21,5% de descensos¹⁰.

El trabajo de R. Jorrat (1997) realiza una indagación sobre movilidad intra e intergeneracional y contiene comparaciones con estudios similares en España y otros países de Europa y EEUU. Uno de los rasgos diferenciales más significativos de nuestra cartografía social es la presencia de una extensa pequeña burguesía de propietarios que si en los países avanzados es de naturaleza “intersticial” aquí conforma una parte significativa del tejido socioeconómico¹¹ (Jorrat, 1997:113 y ss.). Los datos comparativos con Madrid (ib.idem, p.182), muestran el peso de la pequeña propiedad independiente y el tamaño menor de la clase de servicios (directivos, managers, profesionales y técnicos, que combinan poder burocrático, autonomía y conocimiento experto). Además la evolución de la clase de servicios por movilidad intergeneracional es muy moderada comparada con los otros países (ib. idem, p.190). En consecuencia, las ocupaciones basadas en los recursos de poder organizacional y conocimiento tienen un tamaño menor en nuestro país a pesar de la elevada disponibilidad de calificaciones educativas.

Ya Jorrat había señalado que pueden convivir desigualdad social y exclusión con altos índices de movilidad ocupacional ascendente (Jorrat, 2005) sobre todo en momentos de fuerte incorporación de la mujer al mercado laboral como fueron los primeros años de la fase expansiva del Plan de Convertibilidad. En el mismo sentido Kessler y Espinoza (2003, 2007) plantean con claridad las continuidades y rupturas de las tendencias de movilidad en el largo plazo (1960/1982/2000). Aun dentro de un panorama tan desfavorable con múltiples indicadores de aumento de la pobreza por ingresos y de “la heterogeneidad de las pobrezas”, se mantiene el incremento de las ocupaciones no manuales: aumenta el volumen de puestos de sectores medios y declina el asociado con las clases populares.

Los datos del 2000 muestran el carácter fluido que mantiene la estructura ocupacional demostrada en que hay bajos niveles de autorreclutamiento y los hijos de obreros son mayoría en la composición de casi todas las categorías medias. Los puestos administrativos y de comercio son plataformas de ascenso para la movilidad intrageneracional. El comercio ha sido un canal de ascenso significativo para aquéllos con más dificultades para disponer de acreditaciones educativas. Simétricamente el peso de la movilidad estructural descendente muestra el descenso de los hijos de pequeños empresarios producidos por las políticas de reestructuración.

¹⁰ Estos análisis se contraponen con las hipótesis de Torrado (2007: 41 y ss.) –que no dispone de datos– acerca de la intensificación de la movilidad descendente y la reducción de la clase media.

¹¹ Portes y Hoffman (2006: 362) ven este fenómeno como extendido en diversos grados en A. Latina. La figura del “empresariado forzoso” alcanza el 10% de la población activa en muchos países.

Los datos de movilidad estructural “mínima” (“efecto prevalencia”) y de movilidad circulatoria señalados por Espinoza y Kessler “...son difíciles de conciliar con la generalizada percepción de disminución de oportunidades de movilidad en los años noventa”. La movilidad estructural (la que depende de la creación neta de puestos de trabajo de nivel ocupacional superior) aumenta del 12.9% en 1982 al 18.9% en el 2000, y en porcentuales sobre el total movilizado se mantiene la fuerte fluidez de la movilidad circulatoria o residual con el 42.9% ascendente y 17.6% descendente.

Pero estas tendencias que mostrarían un grado elevado de apertura a la movilidad y las oportunidades de mejora ocupacional viene con una “trampa”. Veamos con detenimiento el problema de la movilidad “espuria” que alude al desenganche entre movilidad ocupacional y movilidad social.

El perfil de los puestos generados durante estas dos décadas predominantemente no manuales y en los servicios tracciona estructuralmente hacia arriba la movilidad estructural, pero un deterioro de las condiciones generales de la fuerza de trabajo en todas las categorías genera una disparidad notable en materia de recompensas sociales entre puestos correspondientes a la misma categoría ocupacional. Filgueira (2007) señala que la alta circulación por el reacomodo de los hijos de la clase obrera en la estructura se acompaña de una falta de correspondencia entre movilidad ocupacional y acceso al bienestar. Hay una fuerte disociación o asimetrías de estatus, inconsistencias entre posiciones y reconocimientos.

El fenómeno de la movilidad espuria remite a una caída de la eficacia causal de los poderes de clase primarios y también muestra el incremento de la incidencia de diversos contextos de activación de esos poderes. Las estrategias de ascenso o de protección contra el descenso que ensayan los agentes pasa entonces muchas veces por utilizar la dotación de sus capitales económicos, educativos, culturales, y sociales, no para alcanzar puestos de una superior categoría ocupacional, sino puestos en las mismas categorías pero en otros sectores, empresas, o actividades que brinden mayores recompensas.

Hay dos procesos concatenados: uno, la pérdida de eficacia de la educación sobre la calidad del empleo, y dos, la pérdida de eficacia del empleo sobre el ingreso. Los puestos de trabajo y los diplomas no permiten activar poderes causales *per se*.

El desacople entre niveles educativos disponibles en la población y los niveles de calificación efectiva de los puestos genera los problemas de sobreeducación (Gomez, 2000) que demuestra la importancia de las estrategias individuales de aplicación de otros poderes causales disponibles además de las titulaciones educativas, para satisfacer las expectativas de mantenimiento o ascenso. La expansión del sistema educativo y el ritmo de acreditación de la

población superaba por mucho el ritmo de crecimiento de las categorías superiores de la estructura ocupacional, es decir del empleo más calificado.

Entre los hallazgos empíricos más interesantes de la investigación de Jorrot, debe remarcarse el débil peso explicativo de la clase para la distribución de calificaciones educativas. Las diferencias de clase ocupacional explican apenas entre el 60 y el 70 % de la variancia de niveles educativos (op.cit, p.172). Pero mucho más sorprendente es que las clases ocupacionales no explican las diferencias de ingresos de la población. Apenas entre el 6 y el 12% de las variancias de ingresos individuales son explicadas por diferencias de clases ocupacionales.

Los datos agregados de diversas fuentes son claros en caracterizar una tendencia neta de estiramiento de las diferencias de ingresos, de alargamiento de la pirámide de ingresos. Los rangos entre los deciles aumentan de manera notoria, mostrando una heterogeneidad creciente de la situación de ingresos de la población. Este fenómeno conocido como “dispersión” de ingresos derivado en gran medida de las políticas desreguladoras del mercado laboral, y de las estrategias de “flexibilidad salarial” de las empresas, supone una notable advertencia contra las metodologías que intentan establecer las clases de acuerdo con la ocupación o el nivel educativo cuya correspondencia con los regímenes de remuneración en los capitalismoes centrales es mucho mayor. Así, un mismo empleo puede tener remuneraciones muy diferentes de acuerdo con el tipo de empresa, sector, provincia, tamaño, etc. Una misma posición estructural puede marcar a través de ingresos muy distintos oportunidades y estilos de vida diferentes. La generalización de este verdadero “estallido” de las remuneraciones hace que los rangos de ingresos interdecílicos se amplíen de manera notable, profundizando los problemas de distribución del ingreso e inequidad social. El carácter endémico de esta tendencia se demuestra en que los rangos de ingresos de amplitud extrema hasta pueden verificarse entre los empleados del sector público de educación, salud, justicia, de acuerdo con la provincia, el municipio, el área de gobierno, etc. Como si fuera poco habría que adicionar al análisis la fuerte oscilación de ingresos medios reales de los ocupados a lo largo de la década (Beccaria, 2002: 46) por lo que las expectativas sociales y las oportunidades y estilos de vida están sometidos a una contingencia bastante alta sobre todo en los estratos medios. En definitiva ambos fenómenos suponen un pérdida del atributo monádico de los poderes primarios de clase en el caso de la propiedad de la fuerza de trabajo y las calificaciones.

Desde la estrategia de movilidad individual, la disparidad de situaciones en una misma clase ocupacional, incluso en la trayectoria de una misma persona, remite a recuperar la importancia del capital social como forma de acceso a los mejores contextos de activación de

la fuerza de trabajo altamente calificada. En este sentido, algunas investigaciones han encontrado que la universidad o los posgrados, las pasantías, etc. son formas de gestación de relaciones o contactos para aprovechar oportunidades más que meras formas de acumular credenciales. El capital social permite activar el valor de los títulos. La relativización de los poderes causales primarios se observa también en los sofisticados mecanismos de selección de personal del sector moderno y dinámico de la economía que escudriña no sólo habilidades, conocimientos y competencias laborales sino al “capital simbólico” incorporado y, muchas veces, el mismo capital cultural, como criterio de selección ante la sobreabundancia de acreditaciones educativas. Las cuestiones de afinidades, “habitus” de clase, etc. están muy presentes en las formas innovadoras de gestión de la fuerza de trabajo donde se premian “habilidades sociales” y “cognitivas” más allá de la formación educativa o capacidades acreditadas.

Como veremos este punto también se relaciona estrechamente con el fenómeno de las relocalizaciones habitacionales de las clases medias durante esta década. La necesidad de activar capitales educativos devaluados en los mecanismos impersonales del mercado los lleva a estrategias de acumulación de capital social mediante la simulación de modos de vida, intentos de aproximación y roce social en ámbitos recreativos, urbanizaciones privadas, etc. El acceso a oportunidades se percibe como compartir un espacio social y asimilar las reglas de “los ganadores” en cada una de las áreas profesionales.

Al tamaño relativo comparativamente pequeño de las clases de servicios (poder organizacional burocrático y experto) y la escasa asociación ocupación/ingresos, y educación/ocupación, hay que agregarle la pérdida de estabilidad en el empleo de los mismos cargos jerárquicos afectados por las políticas flexibilizadoras. En definitiva, todo indica que durante los '90 hay un debilitamiento de la eficacia de los poderes causales tradicionales de las clases medias para su reproducción o ascenso social: los poderes de las “credenciales educativas” se convierten más en un recurso defensivo (“el efecto paracaídas” y no el “efecto escalera”) con tasas de reconversión muy bajas en términos de poder económico y de oportunidades de vida, y los poderes “organizativos” si bien están mucho más relacionados con mejoras en las expectativas de ingresos y estilos de vida, son desestabilizados por las estrategias de gestión de los recursos humanos basadas en la flexibilización, rotación y renovación generacional, muy alejados de los parámetros de la confianza, la estabilidad en la “relación de servicio”.

Esta fragilización generalizada de los poderes causales de clase implica que el capital social se convierte en la clave para acceder a los contextos de activación del resto de los poderes causales, y también que la propiedad es quizás el recurso principal estructurador de

base de la acción clasista. En la medida de que el resto de los poderes causales se presentan como inestables y sometidos a las contingencias de las crisis, la tendencia a la conversión en propiedad económica -especialmente activos líquidos- tiende a aumentar. Esto nos lleva a la cuestión de la dependencia de las clases medias con capacidad de acumulación de los dispositivos de valorización financiera, tema esencial para la comprensión de las estrategias observadas frente a la debacle de fines del 2001¹².

La devaluación de credenciales educativos, el déficit de poderes tecnocráticos o burocráticos, sumados al “desamparo político”, incrementan los riesgos de caída¹³, haciendo que la acumulación de propiedad sea un recurso de resguardo central, “el colchón” sustituto de otras seguridades que permite aventar el fantasma de la pobreza invisible y la exclusión (Feijoo, 2001:44 y ss.). La exacerbación del pánico a la desaparición de la clase media que llega con la crisis se corresponde con esta impotencia de sus poderes organizacionales y educativos.

La devaluación de capitales educativos y ocupacionales se asocia también al llamativo fenómeno de las autoafiliaciones de clase que muestran una enorme propensión a verse como “clase trabajadora” aun aquellos ocupados en típicas posiciones superiores. El 49% de la pequeña burguesía propietaria y el 64% del conjunto de las ocupaciones no manuales de clase media (administración, comercio y servicios) se sienten “trabajadores” en la Argentina¹⁴ (Jorrat, 1997: 178). Como ya hemos visto, el uso de clasificaciones en la esfera pública siempre posee un carácter interesado y ya hemos mencionado la cuestión de las estrategias de mimetización y las paradojas y limitaciones a las que está sometida la atribución de la identidad de clase media¹⁵.

Podría decirse que en los años expansivos del Plan de Convertibilidad (1991-94; 1996-97) si la clase media perdió homogeneidad y amplió sus distancias internas no lo hizo sino en una situación de relativa bonanza, lo que no obsta para que a partir del estancamiento y la

¹² Mora y Araujo (2006) muestra que la posesión de tarjeta de crédito salta del 11% de la población al 29% desde 1990 al 2000. Casi la totalidad de los ABC1, el 55% de los C2 y 31 % de los C3 tienen tarjeta, contra sólo el 18% de los estratos populares D1, mostrando la bancarización de las clases medias y el componente de financiamiento del consumo como garantía de preservación del estándar de vida sobre la base del giro en descubierto.

¹³ Analizando el mercado de algunas profesiones Contartese y Gomez (2002) encontraron itinerarios “erráticos” de movilidad ocupacional de graduados universitarios jóvenes con ascensos significativos y frecuentes recaídas en la informalidad e incluso en la desocupación por parte de diversas especialidades profesionales.

¹⁴ Dato que permite también relativizar el alcance verdadero de la supuesta “identidad de clase media” como autoasumida. Recordamos los análisis realizados respecto al uso pragmático de estas clasificaciones, su necesaria contextualización política y económica.

¹⁵ La asunción como clase media se convierte en una carga deslegitimadora: “si sos clase media no necesitás defenderte porque lo elemental ya lo tenés, y peleas por privilegios, por no caer en la misma situación que las clases bajas”. “Si sos clase media, tenés las armas suficientes para arreglártelas sin pedir ni molestar a nadie” lo que supone una contradicción con la lucha colectiva. Por eso muchas veces se utiliza la retórica de la extinción, del “ya no ser”, como una confesión de forzada incorporación a las clases populares, que justifica la acción colectiva. Las clases medias ostentan el derecho optativo de dejar de ser trabajadoras ante sus pares de clase media, y la necesidad de ser trabajadoras ante las clases altas y las mismas clases populares.

recesión que se produce primero en 1995 y luego en 1999, los niveles de empobrecimiento y movilidad descendente la hayan afectado sensiblemente, aunque en forma dispar.

En definitiva, aunque no pueda establecerse con precisión una fosa neta que separe las condiciones de vida de las capas medias de manera tajante, es decir, la hipótesis de una polarización entre extremos de ganadores minoritarios y perdedores masivos, homogéneos internamente, sí puede comprobarse claramente el estiramiento de las distancias y un perceptible proceso de heterogeneización y diferenciación interna que las hace mucho menos uniformes y menos consistentes tanto social como políticamente. La extrema amplitud de condiciones de vida e ingresos que puede albergar la atribución de locaciones ocupacionales y educativas de “clase media” supone la difuminación de su imagen social como punto de referencia estable de las expectativas de bienestar e integración social y el debilitamiento como posible soporte de una fuerza política consistente.

Poderes de clase y reformas neoliberales

Las políticas de estabilidad monetaria y de desregulación significaban reglas de juego basadas en la libre disposición de sus poderes causales de clase (pequeña propiedad, calificaciones, capital social y cultural) sin condicionamientos estatales ni corporativos. El Plan de Convertibilidad fue recibido como la promesa de superación de los dilemas de la inflación y la puja distributiva, y el principio de preeminencia del mercado fue visto como un freno al estado al que se veía copado por intereses corporativos. Las seguridades monetarias y cambiarias fueron condiciones contingentes favorables de realización de los poderes causales de las clases medias. Es decir, mediante la primacía de los mecanismos institucionales democráticos, y mediante las políticas de estabilidad monetaria y desregulación de mercados, las capas medias podían protegerse de las dos grandes amenazas del pasado: la inflación que erosionaba sistemáticamente su capacidad de acumulación, y la puja distributiva originada en el poder sindical y la intervención estatal. Las nuevas amenazas que no tardarían en emerger serían en cambio, la competencia desregulada frente al poder económico concentrado, y el desempleo. Las reformas del capitalismo dependiente argentino y los cambios en el régimen de acumulación afectan de modo diferencial el volumen y composición de poderes causales e involucran diversas estrategias de movilidad y lucha dentro del universo pequeñoburgués. Veamos cómo las políticas de reforma neoliberal afectaron a los detentadores de diversos poderes clasistas tanto en las fases expansivas como en las fases recesivas.

- Los **sectores “desmercantilizados” de la clase media asalariada tradicional** constituyeron el *pato de la boda* de las políticas económicas y laborales. Los asalariados de los servicios sociales y la administración del sector público (empleados de los sectores de

salud, educación, administración pública, seguridad y justicia) que atienden las necesidades de la reproducción social de los sectores de menores recursos, fueron los más perjudicados por las reformas del estado, provincializaciones de servicios, y restricciones presupuestarias. Sufrieron las consecuencias de ajustes, rezago salarial y descentralización estatal aunque gozaron del alivio de la baja inflación y la estabilidad de precios o el acceso al crédito. Contrariamente a lo ocurrido con otros sectores –entre ellos la propia clase obrera industrial que entre 1991-1992 aumentó el empleo y las remuneraciones vía aumento de horas extras y aprovechamiento de capacidad instalada ociosa– la etapa expansiva no les trajo ningún beneficio. La reforma del estado combinada con congelamiento de salarios significó pérdida de empleo público y reducción de salario real por la inflación remanente. Estos sectores soportan íntegramente los costos tanto de la implementación de las reformas como de la consolidación y los efectos estructurales de las mismas en el corto y en el largo plazo. Las únicas ventajas indirectas con la estabilidad monetaria y la apertura de la economía las reciben en tanto que consumidores. Trabajadores de la educación, la salud, y buena parte de los empleados públicos se quedan sin alternativas de movilidad individual, y pasan a constituir las fuentes de renovación de la acción colectiva sindical (la mayoría protagonizando importantes conflictos nucleados en torno a la CTA)¹⁶ y las principales fuentes de ruptura con los esquemas del sindicalismo tradicional. La acelerada generalización de los cuestionamientos a las políticas neoliberales tuvo su epicentro en las luchas docentes por aumentos presupuestarios para la educación pública.

A pesar del considerable deterioro de salarios y condiciones de trabajo, la etapa contractiva a partir de 1995, y sobre todo de 1999, los encuentra con mayores capacidades de defensa al contar con un bien muypreciado que les otorga una ventaja relativa sobre otras fracciones de clases medias: la estabilidad en el empleo. Así, los ingresos fijos aunque muy bajos no sufren la reducción que comenzó a operar en el sector privado a partir de 1998. Recién en el 2001 con la reducción del presupuesto y el descuento del 13% fueron afectados de manera directa y significativa. La situación deflacionaria de precios entre 1999 y 2001 contribuyó a “fijar” un piso de sus ingresos reales y los principales reclamos de estas franjas pasaron a ser los atrasos en los pagos y los pagos con bonos, sobre todo de los empleados provinciales.

Por otra parte son los sectores que más han avanzado en los procesos de vinculación con otras expresiones de luchas populares y han participado -en muchos casos impulsado- nuevas formas contundentes de protestas colectivas de vasta escala como las puebladas y los cortes

¹⁶ Las experiencias de lucha innovadoras de docentes, trabajadores de la salud y estatales modificaron el patrón de la conflictividad laboral durante la década (Gomez, 1997).

de ruta en varias ciudades del interior del país¹⁷. Desde lo simbólico estas fracciones de la pequeña burguesía asalariada impulsaron una fuerte identidad de clase trabajadora y un discurso de defensa de la inclusión social y de la rehabilitación del papel del estado.

- La **pequeña burguesía asalariada de cuello blanco de servicios mercantilizados del sector privado** (empleados calificados o jerárquicos de los sectores administrativos de las empresas privadas de comercio, finanzas y servicios personales y a las empresas), aumentó sus salarios y demanda de empleo en las fases expansivas del Plan de Convertibilidad (hasta 1994), aunque sufrieron la precarización, la flexibilidad laboral y la dispersión salarial. Como consumidores también se beneficiaron de la estabilidad monetaria y, sobre todo, del acceso al crédito bancario dolarizado. Algunos sectores como el de finanzas, inmobiliarias y servicios a las empresas tuvieron fuertes incrementos de actividad, ingresos y empleo aunque también sufrieron ajustes severos en las fases contractivas. No debe escapar que varias franjas de esta pequeña burguesía asalariada (mercantiles, gastronómicos, telefónicos, etc.), expuesta a las presiones de la precariedad laboral pero en un mercado de trabajo dinámico, han mantenido bajos niveles de conflictividad y sus organizaciones sindicales y líderes han sido incluso legitimadores ideológicos del modelo (Gomez, 2009c). La fase recesiva y la crisis encontraron a muchos de estos sectores con severos problemas de capacidad de respuesta y movilización colectiva, lo que agravó los impactos de la desocupación y la caída salarial.

- La **pequeña burguesía tradicional**, basada en la pequeña propiedad independiente o en las calificaciones técnico-profesionales especializadas estuvo atada a los ciclos económicos. Se beneficiaron de manera notable con la expansión inicial, con la modernización de algunas ramas de actividad, con la apertura de la economía y con el aumento del crédito para consumo. En cambio tuvieron que soportar mayor presión fiscal y tarifas más altas de servicios públicos tanto como mayor competencia derivada de la concentración y transnacionalización económica. Contrariamente a la pequeña burguesía asalariada tradicional estos sectores fueron beneficiarios directos de la estabilidad monetaria ya que al no tener restricciones para la fijación de precios pudieron beneficiarse o defenderse de la inflación “en dólares” remanente de los primeros tiempos de la convertibilidad. Las seguridades bancarias renovadas que permitieron el desbloqueo o la repatriación de ahorros contribuyeron a generar una suerte de “efecto riqueza” doméstico que contribuyó a potenciar el consumo suntuario y las inversiones comerciales o financieras con expectativas de alta rentabilidad futura.

El retorno de ahorros y la proliferación de alternativas de inversión para el pequeño y mediano ahorrista sedujeron a las clases medias tradicionales basadas en la renta y la

¹⁷ La confraternización en la lucha entre maestros, empleados municipales, de hospitales, etc. con desocupados en varios casos (Neuquén, Salta, Jujuy, sobre todo) es un claro antecedente de los espacios de cruce que luego asumirían muchas de las asambleas barriales.

propiedad y fueron los indicadores de una etapa inicial de apoyo entusiasta a las nuevas reglas. Durante la fase expansiva inicial del Plan de Convertibilidad fue el endeudamiento externo y el ingreso desregulado de capital financiero lo que motorizó el aumento de la demanda interna que fue aprovechado por la pequeña burguesía. Por si fuera poco aquellos sectores de la pequeña burguesía propietaria con generación de excedentes o liquidez, también tenían acceso a una porción de la parte de la renta financiera derivada de las tasas de interés reales en dólares que posibilitaba el seguro de cambio gratuito de la convertibilidad¹⁸.

Una convergencia de intereses semejante ocurre con el capital educativo de alta calificación de la pequeña burguesía profesional: la modernización que trae aparejada la inversión extranjera directa, la reconversión empresarial y la importación generalizada de tecnología con dólar barato, inicialmente expande y dinamiza los mercados de trabajo de altas calificaciones. La abundancia de dólares permite, vía inflación, una fuerte recomposición de precios relativos de los sectores de servicios (especialmente financieros, cultural y de entretenimiento) que absorbe buena cantidad de trabajo altamente calificado. Estos sectores además pueden desarrollar expectativas de consumo que sobrepasan la capacidad de acumulación propia y pasan a depender del crédito por lo que también son beneficiarios del ingreso de capitales especulativos externos sin regulación. En definitiva, en condiciones de expansión, el esquema de convertibilidad e ingreso de capitales con desregulación tiende a convertirse en presión estructural predominantemente favorable para la acumulación de poderes clasistas típicos de las clases medias tradicionales como la propiedad económica y la educación. Sin contar con el “encanto” y la añorada expectativa o la seducción de “integrarse” al mundo de las sociedades avanzadas a través de las industrias del entretenimiento y el esparcimiento, especialmente el turismo al exterior que sirve a su vez para realimentar las expectativas de emulación de consumo. Podemos decir que la sintonía inicial del interés de la pequeña burguesía propietaria y profesional con la gran burguesía transnacionalizada en torno a las nuevas reglas de apertura, privatización, endeudamiento externo y desregulación, no es centralmente ideológica, sino interesada y pragmática¹⁹.

La reducción del siempre vivido como amenazante intervencionismo estatal y la expansión de las oportunidades de ascenso y acumulación vía movilidad individual, hicieron

¹⁸ Stiglitz (Ver Shilman, 2004: 7) había mencionado el “cepo” del consenso social del 1 a 1 y cómo influye la lógica de la valorización financiera en la reproducción de importantes capas sociales. En la Argentina y otros capitalismos emergentes existen comportamientos distorsivos de inversión y consumo. Los incrementos de la inversión sobrevienen del aumento del consumo y de las expectativas del consumo, lo que supone propensión a la inversión sobre la base de endeudamiento y no del ahorro. A la inversa durante las recesiones, el sobreendeudamiento heredado del período de auge anterior y las expectativas negativas incentivan la propensión al ahorro eternizando la contracción de la inversión y con ella el consumo, impidiendo la recuperación.

¹⁹ En estos sectores no faltan componentes ideológicos nítidos contra la gran propiedad y las empresas transnacionales, reclamos de “mayor nacionalismo”, etc. Hay también una clara percepción del poder de “los dueños de todo” sobre la política. Todos estos elementos pasarían al primer plano con la crisis y los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre del 2001.

de este segmento el más proclive a la apatía y la despreocupación política solamente sensibilizada por los hechos de corrupción. El imperio de la libre iniciativa individual y la autorregulación del mercado eran poderes sistémicos que hacían innecesario el incremento de poderes colectivos y políticos. Si las nuevas reglas jugaban a favor, eran innecesarias las tomas de posición en el campo de lo político.

Sin embargo, no todo eran ventajas: la expansión de las cadenas de supermercados que amenazan al comercio minorista tradicional fuerza un proceso de cambio de formatos y reacomodamiento de las unidades de negocios comerciales pequeños: nuevos rubros como maxikioscos, remiserías, drugstores, locutorios, etc. En el mismo sentido los pequeños empresarios industriales se reconvierten hacia la comercialización de importados terminados. Estas posibilidades brindaron diversas oportunidades adaptativas a estas fracciones siempre en el marco de una expansión del consumo interno.

Estos sectores contaban con dos recursos para esquivar las consecuencias tanto de la presión competitiva de las grandes empresas como de la presión fiscal del estado: uno, el ya mencionado recurso al aumento de precios que desencadenó un proceso de encarecimiento en dólares y deterioró salarios e ingresos fijos, y dos, aun más importante: la flexibilización laboral y la precarización legalizada permitieron trasladar a los asalariados que empleaban parte o la totalidad de estos mayores costos. Así las legislaciones flexibilizadoras y las reducciones de costos impositivos salariales, es decir, el desfinanciamiento del sistema previsional y de salud, estuvieron destinadas a alivianar la situación de estas capas así como de las fracciones de la burguesía interna en su conjunto.

Por supuesto, estas fracciones son completamente vulnerables a los ciclos de la economía: la retracción de ventas, ingresos, inversiones, crédito dan de lleno en la ecuación de rentabilidad de sus emprendimientos. Los espantosos aumentos en las estadísticas de quiebras y concursos, los cierres de comercios, las rupturas en las cadenas de pagos y la deflación de precios al consumidor confirman el aplastamiento de estos sectores en la fase descendente al igual que la invasión de los consulados por parte de jóvenes profesionales para emigrar²⁰. Esta situación de desplome y recesión crónica a partir de 1999 generaliza su descontento: al “efecto riqueza” inicial le sucede una fuerte sensación de “ascenso y caída” con amenaza de descapitalización para aquéllos que quedan endeudados. La misma

²⁰ La estrategia de “exit”, que buscaba nuevos campos de valorización del capital educativo mediante estrategias de movilidad geográfica individual (emigración), se convertía en noticias televisivas con las colas de tramitaciones de visas para países de europa y EEUU. El saldo emigrante neto ya había pasado de 5 mil en el año 2000 a 80 mil en el 2001. Una encuesta había detectado en grandes ciudades que cerca del 2% de la población estaba haciendo planes para emigrar, es decir, más de medio millón de personas y otra detectaba que el 56% de los argentinos tenía deseos de vivir en otro país (Ver Diario Clarín, Suplemento Zona del 27/05/01).

dolarización de la economía, el ajuste fiscal y la recesión ponen límites estrictos al tradicional recurso inflacionario como forma de transferir costos a las clases populares.

El ingreso de capitales como sostén fundamental del nivel de actividad interna permite convertir en secundaria la contradicción competitiva entre pequeña propiedad y gran propiedad pero a medida que va mermando el ingreso de capitales y la inversión extranjera, la acumulación comienza a descansar en una presión sobre los ingresos de la población, especialmente de aquella que se había beneficiado más con “el modelo”. El sesgo sistémico del modelo comienza a cambiar rápidamente: los costos de las privatizaciones en términos de tarifas y de deterioro de los servicios, el endeudamiento financiero, la caída del consumo, la desocupación, comienzan a afectar los poderes causales de la pequeña burguesía y aparecen tempranamente formas de movilización propias de aquellos sectores propietarios con escasos capitales políticos y organización colectiva²¹: la protesta espontánea y transitoria que también refleja la desconfianza hacia la canalización institucional de las demandas.

Los primeros conatos (1998/99) de apagones simbólicos de vidrieras, luchas contra la instalación de supermercados, descuelgues de teléfonos, boicots a petroleras que aumentan los precios, etc. muestran ciertas peculiaridades en cuanto acción colectiva. Se basan en redes que aprovechan Internet y los medios de comunicación para difundir sus protestas y requieren pocas inversiones organizativas. Los boicots a los concesionarios de peajes en algunas localidades del interior del país, pero especialmente el protagonizado por lugareños y transportistas en algunas localidades sobre la ruta nacional N°2 tuvo un gran impacto simbólico y repercusión en la prensa ya que incluyó una importante resistencia de los pobladores a la represión y la intimidación junto con actos de desobediencia civil como la rotura de las barreras de peajes y ataques a las casillas.

El gigantesco apagón por el colapso de las instalaciones eléctricas en Capital y GBA durante febrero de 1999 que dejó varios millones de personas sin suministro eléctrico durante varias semanas, generó una multiplicación de protestas colectivas, escraches, cortes de calles con fogatas y quema de neumáticos en las esquinas de barrios típicos de clase media. De acuerdo con las crónicas periodísticas los comerciantes eran los artífices principales y voceros de los movilizadores además de ser los más damnificados por las pérdidas de mercadería. Por primera vez los sectores medios utilizaban medidas de protesta que implicaban participación colectiva, mínimos grados de organización, y la ruptura ostensible del orden público

²¹ Mora y Araujo (2003) señala la importancia del capital social como discriminador importante de diferencias dentro de las clases medias. La protección defensiva que puede dar la presencia de organizaciones sindicales o corporativas en las clases medias asalariadas (sobre todo en la categoría C3 del NES: docentes, salud, empleados públicos, etc.) se contraponen con la cultura de la clase media tradicional de la pequeña burguesía independiente y de la cultura de la clase media competitiva con altas calificaciones y accesos a capital organizacional o burocrático.

constituyendo un desafío a la legalidad (derecho de libre tránsito y ocupación de espacios públicos) y a las autoridades. La impotencia de las autoridades de aplicación (entes de regulación) y la falta de respuesta total de la que hicieron gala la dirigencia política y los funcionarios de diversos niveles empeñados en “despegarse” y deslindar responsabilidades, operó como un fuerte efecto iluminador (“cognición caliente”) acerca de la completa inutilidad del poder político para defender los derechos de la población frente a las empresas en circunstancias críticas²². Además, la forma de corte de calles y avenidas provocaba una aproximación a las formas de acción colectiva de protesta que estaban llevando a cabo desde hacía ya un tiempo diversos sectores de desocupados.

Otro hito particular de la movilización colectiva de la pequeña burguesía urbana en el marco de las consecuencias de las reformas neoliberales, lo protagonizaron los vecinos de zona Norte de la ciudad de Buenos Aires, fundamentalmente Belgrano y Palermo por las serias inundaciones sufridas en enero 2001 (Villanoba, 2005) que en este caso además de impulsar cortes de importantes avenidas y marchas, llegaron a constituir una Comisión de Damnificados con varios meses de actuación presionando para que terminen obras, otorguen indemnizaciones por las pérdidas, etc.

La asociación del modelo de capitalismo concentrado y sin controles con “lo catastrófico”, la subordinación de lo público a la rentabilidad del capital, y la evidente forma nada disfrazada de bajar costos transfiriendo riesgos masivamente termina por intimidar y convertir al mercado y a las grandes empresas en fuentes de amenazas permanentes para la pequeña burguesía propietaria que, no obstante, seguía, aún a fines del 2001, defendiendo la paridad cambiaria y la política de austeridad fiscal.

- Los **sectores que atienden directamente la reproducción del capital** (tanto en el sector público como privado), las relaciones político-jurídico-ideológicas, y las prácticas sociales y culturales funcionales con el modo de acumulación dominante. Barber (1996) los llama “servicios facilitadores del sistema”. Haciendo un libre uso de la terminología gramsciana podríamos designarlos como “clase media auxiliar”. Comprende ejecutivos, managers, consultores, “desarrolladores”, profesionales y técnicos asociados a los procesos de reconversión y reestructuración económica en segmentos que gozaron de fuerte expansión durante el período (negocios inmobiliarios y financieros, servicios expertos a las empresas, la industria del entretenimiento y la comunicación, informática y nuevas tecnologías, nuevas

²² El accidente de un avión de LAPA en pleno aeropuerto metropolitano en agosto de 1999 que costo la vida de 65 personas y medio centenar de heridos, el deterioro del servicio de otras empresas de servicios privatizados constituyeron eslabonamientos de una cadena de muestras de la precariedad del “modelo” que comenzó a cobrarse víctimas directas fundamentalmente entre los mismos sectores medios. Las muertes por negligencias en las reparaciones de empresas telefónicas, de servicio eléctrico, la contaminación de aguas y la reiteración de inundaciones terminaron por motorizar una incipiente pero significativa movilización colectiva de base territorial de la clase media metropolitana.

áreas tecnoburocráticas del sector público y privado). Fueron los artífices, participantes o responsables en la ejecución de las reformas y los beneficiarios iniciales de los cambios; presumiblemente los sectores que animaron las trayectorias más dinámicas de ascenso social del período. La arquitectura de la implementación de las reformas motorizaba una fuerte demanda de cuadros gerenciales, intermedios y directivos altamente calificados. La apertura, la desregulación, la inversión extranjera y los procesos de modernización e incorporación tecnológica abrieron infinidad de nuevos servicios al capital tanto en materia de management como de finanzas, marketing, comercialización, comunicaciones internas, etc. Las estadísticas de demanda laboral muestran estos cambios entre 1991 y 1996 (Ver Villanueva y Gomez, 2003). La presión demandante no tardó en derivar en aumentos espectaculares de las remuneraciones haciendo que la distancia entre las remuneraciones de los empleados y los gerentes pasara de 18 a 38 veces el salario más bajo de las compañías, encabezando los rankings mundiales en materia de diferencias salariales. Estos asalariados generalmente altamente calificados con formación en las nuevas tecnologías cumplieron funciones de implementación de los cambios de reordenamiento empresarial en el sector privado formal más moderno y estructurado.

A diferencia de la pequeña burguesía propietaria independiente con sus adhesiones interesadas, estos sectores constituyeron las bases de apoyo más convencidas de la necesidad del cambio y en cierta medida fueron los agentes productores de ideología justificadora. Los economistas, consultores de la actividad privada, empresarios exitosos en el ámbito del entretenimiento y la comunicación de masas, expertos en nuevas tecnologías, se convirtieron en los íconos del “modelo”. Los asalariados de estos sectores tienen una ilusión de “governabilidad” técnica de los cambios y se asumen como agentes de las fuerzas del mercado y en algunos casos como sus máximos intérpretes o únicos intermediarios válidos con los mismos. El contacto simbólico con el flujo de excedentes y con las decisiones cotidianas en torno de ellos los hace protagonistas. La ilusión en el mercado como principio equilibrador del sistema es su credo oficial. La política luego de hacer su trabajo de privatización y reformas debe desaparecer y recluirse en campañas electorales y buena administración fiscal. La acción colectiva o las protestas callejeras son “cosa de negros” o “cosas del pasado”.

Las tendencias en la conversión a capital educativo (expansión de la educación superior y posgrados) delata la estrategia del conjunto de las clases medias para alcanzar una movilidad intergeneracional accediendo a estas posiciones vía acreditaciones educativas. Al calor de los procesos de modernización, incorporación de nuevas tecnologías, nuevos patrones de consumo y formas culturales, se produce una expansión impresionante de la educación

superior protagonizada por una reorientación significativa de la matrícula hacia las profesiones vinculadas con la reproducción del capital (ciencias económicas, administración, comercio, nuevas tecnologías de la información) y con las nuevas formas de reproducción de la subjetividad (comunicación, entretenimiento) asociadas al imaginario de la sociedad del conocimiento y los servicios (Gomez, 2008b).

Las nuevas políticas de personal propias de estrategias de modernización de la gestión empresarial y de negocios, la terciarización (outsourcing) y el recambio generacional a niveles jerárquicos, además del surgimiento de nuevos servicios, impulsaron un proceso de reinscripción de partes significativas de las capas medias en la estructura ocupacional. Las ocupaciones en servicios de asistencia al cuerpo corporativo y al cuerpo simbólico del sistema de acumulación fueron la expresión de cierto liderazgo social, los exitosos responsables del armado y ejecución de “la inserción en el mundo globalizado”. La figura del joven tecnócrata de altos niveles educativos y dominio de las nuevas tecnologías de la información, con inserción en el sector privado y visión cosmopolita, que hacían profesión de fe libremercadista son un poco los principales apoyos “intelectuales” del modelo de nuevo capitalismo “moderno”, integrado al mundo, etc. Son ellos los principales demandantes de transparencia, reglas de juego claras, y no interferencia de burocracias estatales y sindicatos que ellos ven históricamente asociados con la corrupción y la ineficiencia. La iniciativa privada de grandes organizaciones internacionales hipermodernas sin obstáculos de ningún tipo, será la forma privilegiada de pensar el desarrollo.

El cumplimiento del ciclo de reformas y el ingreso en la etapa contractiva hace desaparecer todas las ventajas de la fase de implementación de las reformas. Los costos estructurales de las reformas revierten sobre los responsables centrales de las mismas. Los procesos de reingeniería empresarial terminan recortando empleo de nivel gerencial y el adelgazamiento de las estructuras junto con el outsourcing y la concentración de la oferta de servicios a las empresas termina por “cerrar” completamente el mercado moderno de servicios complejos a las empresas. Si a esto le agregamos los cierres o los procesos de fusiones y las quiebras, junto con la precarización del empleo y las condiciones de flexibilización tenemos un panorama francamente desalentador²³.

A su vez, los procesos mencionados de reconversión del capital educativo y la expansión de la oferta de profesionales de estas especialidades hacen que las tasas de desocupación, y el carácter hipercompetitivo del mercado de trabajo, generen fuertes

²³ La novela de Claudia Piñeiro “Las viudas de los jueves” retrata magníficamente el drama del fin de fiesta puertas adentro de un barrio cerrado.

reducciones de remuneraciones y empeoramiento de condiciones de trabajo²⁴. La estrategia entonces pasa por la subcalificación de los puestos aceptados y el deterioro de la inserción profesional con altas dosis de frustración.

Estos sectores son los más “antipolíticos” pues atribuyen la crisis no al patrón de acumulación sino a los errores y a la “corrupción” de los políticos.

- / -

La aceleración del derrumbre y la postrera eclosión de la crisis durante el 2001/2002 tuvo un fuerte impacto homogeneizador de la crisis sobre estos diversos segmentos de las clases medias, contribuyendo a compactarlas como un actor social con intereses comunes.

Una serie de medidas de clara impronta recaudatoria de efecto general e indiscriminado sobre las capas de ingresos medios²⁵ anunciaba que serían las clases medias en su conjunto, incluyendo a las mismas bases de apoyo electoral de la Alianza gobernante, y a muchos de los que se habían beneficiado con las políticas de los '90, las que serían las víctimas propiciatorias de la crisis de acumulación. La desocupación endémica que alcanzaba a los niveles sociales más altos, y sobre todo a las acreditaciones educativas más encumbradas, implicaba una devaluación generalizada de los capitales educativos²⁶ y burocráticos, lo que magnificaba la importancia de la preservación del capital líquido dolarizado depositado en bancos o los activos financieros considerados “seguros” bajo el régimen de convertibilidad.

Los cambios de hábitos cotidianos de los sectores medios también son interesantes como estrategia de poderes causales y respuesta a la crisis: - menos shopping y más outlet, o sea venta directa de fábrica y segundas marcas (Anguita y Minujin, 2004: 54), supone una estrategia en donde se dejan de lado las marcas y los bienes posicionales, es decir, la competencia entre pares pasa a un segundo plano; - el ajuste de gastos en salud y la caída en la calidad de la atención aun de las prepagas da lugar a toda clase de estrategias de sustitución, desde asociarse a las urgencias médicas y reclamar atención en ellas, hasta la invasión del Hospital Público (ib ídem, p.120); - la venta de libros cayó catastróficamente (a casi 2 millones) y disminuye la matrícula de las escuelas privadas e incluso se reduce la terminalidad de la escuela media (ib ídem, p.147). El modelo del éxito basado en el consumo selectivo de bienes posicionales y en la compra de capital cultural, educativo y de atención de la salud no puede ser sostenido. Las fronteras de clase se desdibujan y la necesidad de tomar

²⁴ La renegociación de los contratos de las figuras del espectáculo con las grandes empresas de espectáculos es una muestra de esto. Las ofertas que hacían estaban muy por debajo de las expectativas de las estrellas lo que derivó en la retirada de la pantalla (Susana Gimenez y Marcelo Araujo fueron los casos más conocidos).

²⁵ Los llamados “impuestazos”: generalización del IVA, aumento de alícuotas de impuestos indirectos internos y reducción del mínimo no imponible a los salarios, luego continuados por el impuesto al cheque (Peralta Ramos, 2008: 344).

²⁶ El desempleo en el 2002 terminó afectando a todos los estratos: las tasas de desocupación en el nivel educativo terciario o universitario llegó al escalofriante 14.1% (Anguita y Minujin, 2004: 48). Sobre el mismo problema de la desocupación en los profesionales ver Gomez (2000).

posiciones en el campo de lo político y desarrollar poderes colectivos que permitan nuevos emplazamientos se convierte en un imperativo.

Los estudios sobre la movilización social en la crisis

Un elemental inventario de la producción académica sobre la movilización de las clases medias desatada con la crisis del 2001 muestra una primera anomalía: un notorio desbalance entre los análisis del fenómeno asambleario y la casi ausencia de estudios de los movimientos de ahorristas estafados²⁷. El trabajo de Cafiero y Llorens (2002) sobre el corralito no incluye sino episódicamente referencias a las luchas de los ahorristas y luego de mucho rastrear hemos accedido a un par de tesis de posgrado y una ponencia para un congreso, con la particularidad que una de las tesis es de una estudiante española. Desde ya esta condena al ostracismo sociológico no podría explicarse simplemente porque las protestas de los ahorristas no hayan sido importantes o insignificantes sus repercusiones. Tampoco porque unos son movimientos “innovadores” y los otros no, ya que ambos en principio utilizaron formas de protestas disruptivas y criterios organizativos laxos y horizontales. Además, es sorprendente que el “escrache” fuera utilizado contra los bancos y que los ahorristas hayan podido organizarse, salir a la calle, formar asociaciones civiles, y lograr entrevistas con un presidente y con miembros de los poderes públicos, en apenas algunas semanas.

La ausencia de los estudios sobre ahorristas estafados, muestra también una incógnita sobre las formas clasistas de enmarcamientos académicos, toda vez que los investigadores también pertenecen a las clases medias educadas que pretenden detentar el monopolio del capital simbólico y por tanto pueden resultar proclives a realizar planteos maniqueos: unos pueden representar la riqueza de lo nuevo, lo colectivo, lo solidario, lo innovador, creador, emancipador y los otros, lo viejo, lo mezquino de intereses individuales, y la tiranía de la dominación del capital.

El espectro de los estudios sobre los nuevos movimientos sociales surgidos en la crisis se concentra en el universo de la “pequeña burguesía asamblearia” y ofrecen una variedad de enfoques alternativos. Según De Ippola (en Di Marco y Palomino, 2004: 57 y ss.) pueden clasificarse groseramente entre enfoques más “politicistas” y más “societalistas” aunque la enorme mayoría de los analistas incluyen ambas dimensiones como insoslayables. Los primeros hacen eje en asociar la movilización contestataria con diversos procesos políticos que anteceden a la crisis del 2001, con los cambios en las configuraciones político-estatales y en las relaciones entre sistema político y sociedad civil. Los enfoques “societalistas” apuntan

²⁷ Lo sorprendente de este “borramiento” es que no concluye con la investigación académica o militante sino abarca incluso las muestras de arte sobre la protesta (Svampa, 2008: 193) a pesar de que los escraches a los bancos no han carecido de elementos fuertes de estetización.

a establecer el fenómeno asambleario en términos de una renovación o producción de lazos o relaciones sociales y construcciones de sentido o subjetividad. A su vez cada uno de estos enfoques tiene versiones fuertes o débiles según la acentuación que haga de los elementos de novedad o ruptura que encuentran en la movilización asamblearia.

Dentro de los enfoques débiles centrados en la significación política podemos encontrar aquéllos que subrayan el contenido “destituyente”, el poder de “veto” de las multitudes en la calle, o la capacidad de presión para el cambio político de la movilización no institucionalizada. La crisis de representatividad de la dirigencia política es uno de los tópicos fundamentales abordados, colocando en el centro del análisis a las consignas enarboladas en aquellos momentos (“Que se vayan todos...”, “Piquete y cacerola”, etc.). Para Lozano (2001) las formas de organización y protesta son reacciones a deficiencias críticas del sistema de representación política: pérdida de apoyo popular a las políticas de los gobiernos constitucionales; pérdida de legitimación electoral por el aumento del ausentismo y el voto blanco o nulo; pérdida de apoyo electoral de los partidos mayoritarios responsables de gobernar; y dificultades para canalizar las demandas sociales a través del funcionamiento normal de las instituciones. En un sentido algo distinto, Di Marco (2003:12 y 13) plantea las asambleas como formas de democratización y resignificación de lo público, y las protestas callejeras como “bloqueos” al sistema político, como forma de uso de un poder de veto. Rey (2003) analiza directamente la estructura de oportunidades políticas y los modos de aprovechamiento que los asambleístas desarrollaron, enfatizando los aspectos que explican el auge y el declive de la movilización. Para Cafassi (2002:84) “...fue una insurrección revocatoria de la sociedad civil contra la clase política que somete al ciudadano a una relación de subalternidad”.

Los enfoques fuertes tienden a focalizar el análisis no tanto en los problemas de la gobernabilidad, la cuestión del vaciamiento de las instituciones democráticas, la crisis del sistema político y los agravios de la clase dirigente, y pone el énfasis en el surgimiento de nuevas formas de práctica política y, por ende, de las potencialidades instituyentes del movimiento. El ejercicio de la democracia directa y la participación intensa lleva a una reelaboración de modelos de ciudadanía, una alteración de la relación sistema político/sociedad civil, donde las asambleas instituyen la disolución del lazo político y el mandato destituyente, replanteando radicalmente el sentido de la política (Svampa, 2008: 117). El mismo Cafassi también sostiene posiciones fuertes al ver la movilización generalizada como una verdadera “paideia cívica” de superación del “homo videns”-espectador pasivo- y como proceso de advenimiento del “homo politicus”. Otros abordan las nuevas formas y prácticas de deliberación y toma de decisiones (Pérez y ot., 2005); los

problemas de organización, gestión, administración, reapropiación y resignificación de lo local (Dri, 2006; Cabral, 2006; García, 2002) y las búsquedas de nuevas formas de protagonismo y de identidades políticas.

Los enfoques societalistas tienden a retomar el temprano señalamiento de Jelin (1986) para los movimientos sociales de la década del '80 en el sentido de que su productividad no sólo es política sino también social, en términos de generación de nuevas formas de conciencia, sociabilidad y organización.

De acuerdo con el énfasis puesto en los aspectos subjetivantes de la movilización, algunos análisis societalistas podrían clasificarse como “débiles”. Son aquellos que, utilizando las categorías más usuales en la literatura de la acción colectiva (Melucci, Touraine, Tarrow, Mc.Adam, Klandermans y otros) como la teoría del enmarcamiento, la inversión emocional, el compromiso y la identidad, abordan las formas de subjetividad y conciencia, los cambios en los esquemas de percepción social, los componentes de cambio en la cultura cívica, las nuevas formas del convivir y del reconocimiento recíproco, la recreación de lazos solidarios, las iniciativas en el campo cultural e ideológico, etc. Pueden concebirse como lo que De Ipola llamó “antropología de la ciudadanía y la vida cotidiana” que indaga sobre los cambios en las prácticas sociales de estos sectores. Una versión módica de este planteo es el de B. Sarlo que señalaba las asambleas como “espacios de reconocimiento” en donde se podían sostener señas de identidad para los sectores medios en momentos en que eran invadidos por el miedo al derrumbe de sus modos de vida²⁸.

Dentro de los enfoques societalistas están los trabajos más centrados en las formas de acción y organización, y aquéllos más volcados a las formas de subjetividad e identidad. Unos tienden a utilizar herramientas conceptuales de las teorías de la acción colectiva y otros incorporan audazmente cuestiones derivadas del pensamiento posmarxista o foucaultiano-deleuziano: biopolítica, multitud, rizoma, etc. mediante los cuales se intenta iluminar los procesos subjetivantes que encarnan los movimientos asamblearios.

Di Marco (2003:24) retomando a Melucci incita a analizar las asambleas como formas de producción de códigos culturales y prácticas innovadoras y se detiene en las formas de acción solidaria (comedores y merenderos para cartoneros, entre otras) y en los cambios en el sentir “la militancia” y la participación política entre los jóvenes. Utilizando un abordaje desde la pragmática lingüística, Briones (2004: 85) aborda el discurso de los asambleístas y de otros vecinos como “campo de constitución y disputas de subjetividades y no como expresión de sujetos sociales preconstituidos” para tematizar tanto la consigna “que se vayan todos” como la “horizontalidad” y el “habitar deliberativo del espacio público”.

²⁸ Ver La Nación, 17/12/06. <http://www.lanacion.com.ar/868042-furia-ilusion-y-melancolia>

Desde una óptica que intenta sondear los cambios en las identidades y la cultura política de la clase media, M. García (2002) plantea las asambleas como espacios de reciudadanización, de reconstitución de identidades donde el principal proceso es el del abandono de los enmarcamientos simbólicos que dominaron las percepciones de estos sectores durante la década del '90: la llamada “ciudadanía patrimonialista”.

La “pragmática de la protesta” también es analizada a través del concepto de *ipseidad*, que establece un “nosotros” identitario (Naishtat, 2005).

Los enfoques fuertes desde el punto de vista “societalista” son aquéllos vinculados a las variadas corrientes posmarxistas y a la introducción de las concepciones centradas en las nociones de autonomía y “contrapoder”, y que indagan sobre los posibles emergentes “emancipadores” de las situaciones generadas por la movilización. La pregunta fundamental de este género de análisis es por los “efectos emancipadores” en tanto los componentes subjetivantes de estos procesos de movilización asumen un significado político y colectivo a través de nuevas prácticas de lucha y solidaridad. En este sentido los enfoques fuertes politicistas y societalistas encuentran puntos de aproximación: las fuerzas simbólicas y subjetivas desatadas se convierten en instituyentes, y son pertinentes al campo de lo político.

Para los exponentes del análisis en clave “emancipadora” de los movimientos sociales latinoamericanos, el “que se vayan todos” y la movilización asamblearia argentina es vista no tanto como antagonismo frente al estado y la clase política, sino como “autoafirmación convocante”, como “forma-multitud” que armoniza diferencias en movimiento (“como el arco iris, la magia de disolver diferencias en el aire”) y que no puede ser representada (Zibechi, 2003:192). En un sentido semejante, Ouviaña (2002) menciona las tradiciones socialistas y anarquistas de principios de siglo (preperonistas) de “transformar la sociedad” a partir de lo concreto e inmediato, y formando más que una “alternativa de poder”, una “alternativa con respecto a él”. La “ocupación” de espacios públicos o incluso la “usurpación” de edificios vacíos pertenecientes a bancos o al estado es un intento de potenciar la expansión de lo público, interpretándolo como un “desborde” de lo estatal.

Siguiendo las teorías de T. Negri, P. Virno y el pensamiento “autonomista” italiano, el Colectivo Situaciones es el que ha desarrollado más aguda y sistemáticamente una teoría acerca de las formas de resistencia “no estrictamente políticas” en condiciones de crisis de la sociedad estatal disciplinaria y de advenimiento de una subjetividad de mercado: la multitud (Colectivo Situaciones, 2002:12 y ss). Subrayan el elemento “autoafirmativo” frente al reactivo de la multitud durante el 2001/2002 y ven las asambleas como dispositivos de sostén de sentido de la insurrección y de vehículos de contrapoder locales como formas de política y

sociabilidad más allá del capitalismo²⁹. Expresiones como “marginalidad autoafirmada”, “socialización no capitalista”, “lógica de la expresión” como opuesta a una lógica de la representación, “sustracción resistente”, “autoafirmación creativa”, intentan captar lo que podría llamarse el “espíritu libertario”, “la utopía de la autoemancipación”, la odisea del sujeto múltiple como síntesis constituyente de singularidades, que ha dado pie a las fuertes críticas de Dri (2006) quien ve en estos análisis una forma de reivindicar la fragmentación y las “módicas emancipaciones micro” que equivalen a “hacer de necesidad virtud”.

Es curioso que lo que en Dri es un cuestionamiento a un análisis teórico, en Battistini y ot. (2002) se convierte en un análisis de la ideología discursiva presente en algunas de las asambleas: la reivindicación de la espontaneidad individual y el rechazo de toda forma de organización institucionalizada como “contaminada” por “el pasado”, la manipulación, la corrupción y la violencia. En este sentido, puede establecerse un puente, una cierta sintonía – no desde ya una correspondencia- entre la “antipolítica” del discurso de la pequeña burguesía descontenta y algunas formulaciones del “contrapoder”.

El mismo Negri ha descrito la insurrección argentina como “democracia de la multitud...que afirma la imposibilidad radical de ser representada” (Negri y Cocco, 2006: 210) pero no se ha detenido tanto en la movilización de los asambleístas y cacerolazos de la clase media urbana sino en el carácter extremadamente heterogéneo de las nuevas luchas. Este punto es importante y ha sido en cierta medida olvidado por sus mismos seguidores argentinos: para el razonamiento de Negri, no son las prácticas particulares aisladas – cualesquiera que sean sus méritos emancipadores intrínsecos– el elemento dinámico emancipador, sino las prácticas aluvionales multiformes las que expresan y al mismo tiempo constituyen las formas efectivas del poder constituyente.

Con ideas más asociadas a Deleuze, A. M. Fernández (2006) introduce algunas influencias posfreudianas: “las dimensiones deseantes de la política y las dimensiones políticas del deseo”, intentando conectar lo político con lo subjetivo, entendido como “resto no sujetado”. La lógica situacional en vez de la lógica estatal y la multiplicación rizomática como “modo territorial de hacer-estar-habitar” intentan describir el dispositivo asambleario como “máquinas del entre muchos” en las que aparecen figuras inéditas de subjetividad política. En un sentido semejante de “muestuario de nuevas formas de subjetividad política

²⁹ El Grupo Acontecimiento que publica la Revista *Acontecimiento*, inspirados en teóricos como A. Badiou, también desarrollan exploraciones acerca del significado “emancipador” del movimiento social en general. La dimensión política es completamente escindida del estado y unida en el campo de experiencias autónomas de organización y lucha.

Ver “Declaración del Grupo Acontecimiento. Las políticas de emancipación frente a la situación actual” en http://www.grupoacontecimiento.com.ar/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=38

posestatal” aparecen los textos intercambiados por participantes en los movimientos durante el 2002 publicados por I. Lewcowicz (2004).

En general, tanto los enfoques más politicistas como los más societalistas tienden a desplazar o borrar las marcas clasistas de la acción colectiva. Salvo los enfoques negrianos que reformulan el concepto de clase para incluirlo dentro del de “multitud” y dan una lectura macrohistórica algo confusa del proceso, todos los demás presuponen un criterio clasista sin especificarlo o no toman en consideración criterios de clase para analizar la mayoría de las dimensiones del fenómeno. La clase funge muchas veces como una referencia contextual indicativa que no interviene en el análisis. No obstante, la incorporación de la cuestión de las clases medias aparece de tres maneras no excluyentes:

- 1) Una determinación “positiva” donde se analizan valores, prácticas o universos culturales asociados tradicionalmente con las formas de conciencia y de autopercepción de la pequeña burguesía: la reivindicación de la democracia, la propiedad privada, el antiautoritarismo, los derechos humanos, etc.
- 2) Una determinación clasista “negativa”, es decir por oposición a las clases populares y a las clases dominantes en donde el contraste “piqueteros”/“cartoneros” y asambleas / ahorristas especifica el carácter de clase.
- 3) Una determinación “posclasista” a partir de la idea de multitud y trabajo inmaterial, que a la inversa de 2) subraya la comunidad de rasgos entre los diversos movimientos.

Los trabajos basados en el análisis del discurso de los asambleístas se prestan naturalmente al primer tipo de incorporación de elementos clasistas. Briones (2004: 92) utilizando la conocida formulación de Goffman, señala que sus entrevistados “...adoptan un footing de clase media”. El reconocimiento de la pertenencia de clase parece en algunos testimonios asociarse autocriticamente al individualismo y la incapacidad para la acción y la organización colectiva derivada de la “ambición” y el “egoísmo” que hace imposible sostener intereses que vayan más allá de los propios. Es decir, la pertenencia de clase es autocondenatoria: pertenecer a la clase media significa pertenecer a algo que nunca podría llegar a ser una clase. Briones cita a L. Mattini para quien la llamada clase media aparece reducida a una “mentalidad...que se identifica con la vida burguesa... y que hace centro en sus derechos individuales”. Algunos entrevistados aluden a su experiencia de clase... ¡pero en tanto pérdida de su condición de clase media! producto del proceso de empobrecimiento. La inconsistencia del sentido de pertenencia se magnifica cuando se comprueba que algunos participantes de las asambleas tienden a identificarse con algunas vertientes del movimiento piquetero y otros simplemente extienden los defectos y características de “clase media” al pueblo o a la sociedad argentina quitándole toda especificidad de clase. La emergente

subjetividad “emancipada” puede aparecer como reacción a una subjetividad “culpógena”: por haber sido partícipes, beneficiarios o testigos mudos de la “fiesta” de los ’90, o por simple “ceguera” y “no darse cuenta” de lo que pasaba. Estos discursos empalman con los señalamientos de Altamirano (1997) acerca de una tradición literaria de discursos de “expiación y culpa” de la pequeña burguesía posperonista. Asociada a esta tradición aparece un “moralismo político estéril” cuyo individualismo rehuye de la organización y la acción colectiva.

La autonominación de “vecinos” y el horizonte “barrial” de pertenencia también tienden al “desclasamiento” simbólico en la medida que pretende generar prácticas donde, el habitar común y el convivir de las diferencias, se superponen al compartir intereses o agravios comunes, borrando fronteras sociales. Existe un elevado consenso en sostener que la matriz discursiva de los derechos humanos y el fuerte arraigo en estos sectores de los valores democráticos han explicado la rebelión contra la declaración del estado de sitio la noche del 19/12/2001. El corolario de este supuesto parecen sacarlo con perspicacia Battistini y ot. (2002) quienes señalan que, en muchos casos, los assembleístas tanto en sus prácticas como en sus discursos “no se incluyen como perjudicados” sino como ciudadanos libres, éticos, puramente preocupados por el bien común. Este lugar de enunciación sin embargo aparece como inconsistente en sí mismo y debe terminar recurriendo al contraste con las figuras de “lo otro”: los pobres, los cartoneros, los piqueteros, por un lado, y los “ricos”, “la clase dirigente” por otro, llevándonos al segundo tipo de referencia clasista.

Tanto Di Marco como M. García abordan la cuestión de la relación con los otros “golpeados” por las injusticias y observan en sus iniciativas solidarias los elementos paternalistas asistencialistas propios de una visión “moralista” y “voluntarista” de clase media. Es interesante remarcar que estas prácticas solidarias tienden a inscribirse en discursos fuertemente teñidos por la cuestión de la ciudadanía, la conexión con el espacio público y el bien común que, de nuevo, tiende a ocluir la emergencia de las diferencias y antagonismos de clase. Una “ciudadanía solidaria y desinteresada” por definición soslaya las determinaciones de clase y disuelve el “footing” de clase media para convertirlo en una abstracta encarnación de la democracia. Este rasgo “universalista” y democratizador ha sido rescatado por una mayoría de analistas como la principal virtud de las asambleas como “ágoras populares” en tanto vienen a contrarrestar el proceso de “demoesclerosis” (Cafassi, 2002), impulsan fuerzas de reciudadanización y politización del espacio público (Di Marco, 2003), rejerarquizan la deliberación como práctica configurativa a partir de la cual el mundo adviene realidad compartida (Pérez y ot., 2005), o incorporan una dimensión “ética” a la protesta (Naishtat, 2005) y esmero en la fundamentación argumental en el espacio público (Nardacchione, 2005).

Pero resulta curioso que este mismo rasgo haya sido el impugnado o cuestionado por otros: el nuevo ciudadano “desinteresado” “no contaminado” por “la política” es en realidad una forma de individualismo abstracto refractario a todo compromiso colectivo y tiende a plasmarse en el ejercicio de prácticas catárticas desgastantes (Battistini y ot., 2002), hiperparticipación insostenible e ilusión de eterno estado de fusión (De Ippola, y De Riz, en Palomino y ot., 2004), o riesgo de reclusión-huida sectaria y encapsulamiento en lo micro (Dri, 2006).

En efecto, los movimientos reivindicativos de intereses vistos como particulares suscitan las sospechas de “egoísmo” y herencia de los años ’90. Algunos testimonios colocan a los ahorristas como “ganadores” de los ’90 (García, 2002: 72) y otros se esfuerzan por diferenciar el “footing” desinteresado de “ciudadano comprometido con el cambio social” del de “propietario defensor de sus intereses individuales” a tal punto que se confiesan damnificados por el corralito pero que prefieren una participación orientada al bien común.

En el mismo sentido corre la tesis de Shilman (2004) que, aun reconociendo la heterogeneidad de los discursos de los ahorristas, considera que las protestas fueron instrumentales y que adoptaron un punto de vista particularista para definir su reclamo. También Smulovitz (2003) considera especialmente las estrategias de protesta apelando a recursos legales como una forma instrumental de obtener reclamos particulares. Aun más categórico es el análisis de Battistini y ot. (2002: 137), que vincula a los ahorristas no sólo a un reclamo puntual sino “a las apuestas y esperanzas de seguridad...capitalización de los ahorros en la moneda que representaba culturalmente sus aspiraciones: el dólar”. Esta suerte de caracterización de los ahorristas como puro egoísmo utilitario de pequeños burgueses, añoradores del menemismo y los ’90, amerita una indagación empírica que retomaremos en el Capítulo V.

En todos los estudios existe una omisión metodológica o debilidad de registro de determinaciones de clase. Los criterios de clasificación de los entrevistados prioritan la experiencia en participación, la filiación política, los antecedentes familiares más que otros atributos sociales clasistas (educación, empleo, patrimonio, trayectorias socio-ocupacionales, etc.). De esta forma el análisis de los lugares de enunciación de clase media ofrece el problema de quedar “descontextualizado” en cuanto a la situación de clase, es decir, vacío de los elementos socialmente coercitivos operantes sobre esos mismos lugares de enunciación, o apenas se los presupone intuitivamente.

La forma de considerar el elemento clasista en los planteos de A. Negri gira en torno a su concepto de multitud. Dentro de un contexto donde el neoliberalismo fracasó en completar el proceso de posfordización pero llegó a debilitar el control corporativo de la sociedad civil, aparece claramente “...el rol de la nueva composición técnica de los estratos sociales que

constituyeron el movimiento argentino” (Negri y Cocco, 2006: 208). A partir de la asunción de la preeminencia del “trabajo inmaterial” en la acumulación se extrae la consecuencia de la comunidad de incluidos (ahorristas y trabajadores de los servicios urbanos beneficiados por la Convertibilidad en el pasado) y excluidos (piqueteros, fábricas recuperadas) como ambas caras del trabajo inmaterial devenido potencia de la multitud, que incluye dinámicas de clase pero no las agota. Si la clase obrera era el “viejo topo”, la multitud es una “serpiente” que resbala por sobre diferencias de clases y naciones. Las luchas constituyentes pasan a ser luchas “de lo común” (op.cit.:218). Así, el análisis intenta ofrecer un macrofundamento cifrado en el dominio del trabajo inmaterial y, contrariando a los autores antevistos, señala que lo esencial, el nervio vertebrador de la dinámica de la multitud es la condensación o el atravesamiento de diferencias: las figuras de piqueteros, ahorristas o assembleístas ya no son contrapuestas, sino integradas en la dinámica de la multitud que sosteniéndose en su propia fragmentación, convierte la explotación de la cooperación en la consigna de “resistir y producir” (Negri, 2003: 63), que sintetizan las nuevas formas de subjetividad y relaciones sociales. La idea de que la multitud “se presenta inmediatamente como fuerza productiva” deja en claro que Negri rechazaría las elucubraciones “politicistas” y “societalistas” asociadas al cambio ético-político, la participación, reciudadanización, que seguirían atadas a las formas estatales corporativas y disciplinarias, y a la relación salarial. La idea de Negri sigue siendo clasista en un nuevo sentido: “clase de multitud” (Negri, 2003: 63) en la cual las prácticas sociales y la acción colectiva no pueden escindirse de la forma material de reproducción y acumulación del trabajo y el capital aunque éstas asuman ahora un carácter inédito.

Es curioso que muchos de aquéllos que han tomado la idea de multitud y las teorías de T. Negri, hayan persistido en radiar o simplemente ignorar a los ahorristas e incluso que hayan persistido en diferenciarlos de los assembleístas.

La diferencia que ensaya Zibechi entre “organizaciones para el enfrentamiento” y “organizaciones para la reproducción de la vida” (Zibechi, 2003:18) intenta delimitar lo específico de la forma multitud, pero al costo de dejar afuera a segmentos movilizados importantes. En el mismo sentido el Colectivo Situaciones dicotomizaba “lo reactivo”, atado a la “problemática del Estado” de “lo autoafirmativo”, propio de la problemática de la producción de subjetividad en condiciones de mercado, posfordismo y globalización. El carácter “no antagonista” de la multitud también es mencionado por Cafassi (2002: 85) quien señala que la multitud en tanto conjunto abierto de singularidades “...mantiene una relación indistinta e inclusiva con lo que es exterior a él... tiene la potencia de la productividad inteligente.” Así, la “clase-multitud” no desarrolla una política ni de enfrentamiento a otras

clases ni de referencia al poder estatal sino de pura reapropiación de su potencia: los piquetes son la reapropiación del trabajo, las asambleas son la reapropiación de lo público, etc.

El énfasis y la sensibilidad puesta en estos enfoques sobre la fragmentación y las dislocaciones permiten captar algunas cuestiones interesantes pero siguen careciendo de mediaciones entre la localización estructural de los participantes en los movimientos y sus prácticas y formas de conciencia. Es decir, la suposición clasista bajo la forma multitud es genérica, sigue siendo meramente constatativa y descriptiva, y fundada en una temeraria afirmación acerca de la naturaleza del capitalismo local.

Capítulo IV

La composición de clase de la movilización colectiva

En este capítulo se presenta un análisis de la composición de clase estática de los movimientos, es decir, de acuerdo con las características sociodemográficas de los agentes individuales movilizados. Se trata de una primera aproximación al análisis de los poderes causales de clase movilizados en aquellos meses críticos que sucedieron a la caída del gobierno de De la Rúa. Trataremos de establecer los perfiles sociodemográficos descriptores de miembros, simpatizantes y bases de apoyos según diversas fuentes incluyendo las percepciones y testimonios de no miembros y antagonistas. Comenzaremos por tratar de establecer dicha composición en las bases de apoyo potenciales de los movimientos para luego abocarnos a los perfiles de los miembros participantes en los casos estudiados.

Las características y composición de las bases de apoyo de los movimientos

Alcances y extensión de la crisis: masificación de perjuicios

El primer rasgo que sobresale en los dos fenómenos de descontento generalizado que usualmente se asocia a la emergencia de ambos movimientos es su increíblemente extenso alcance social. El descontento político y las medidas de restricción financieras y bancarias afectaron masivamente a la casi totalidad de sectores sociales. De por sí esto problematiza un enfoque clasista en la medida que tales niveles de masividad se presume sobrepasan diferencias sociales de cualquier tipo.

Desde sus inicios la gestión de la Alianza motorizó fuertes conflictos sociales, huelgas generales, e incluso disturbios sociales y represión. Un primer hecho que insinuaba el descontento de los sectores medios fue su enconada resistencia, especialmente empleados estatales y docentes, a los planes de ajuste anunciados por Machinea primero y López Murphy, después.

Las medidas gubernamentales tenían efectos masivos e indiferenciados: bajas de planes sociales y reducción de montos, rebaja de salarios en el sector público y jubilaciones, ola de despidos y desocupación en sectores medios, impuesto al cheque, restricciones bancarias, etc. La sumatoria simultánea, generalizada y abarcativa de damnificados de todos los sectores obliga a una reflexión sobre los posibles efectos desclasantes de este tipo de crisis similares a catástrofes donde “el barco se hunde para todos”. Sin embargo, aquí vamos a ensayar la idea de que no hay un solo barco sino que el maremoto afecta a todos los barcos pero dista mucho de afectarlos a todos de la misma manera y que no todos los barcos enfrentan el maremoto con la misma estrategia de navegación o salvataje.

Pero el hecho que convirtió en público y notorio el proceso de deterioro de la credibilidad de la dirigencia y la pérdida de confianza en la alternativa de cambio a través de las opciones electorales dentro de la oferta política institucionalizada fue el elevadísimo voto en blanco, impugnado y el ausentismo electoral en las elecciones legislativas de octubre del 2001. Por primera vez en la historia electoral argentina el voto de los dos partidos mayoritarios llegó a representar sólo un 30% del padrón nacional, la tasa de participación electoral fue menor al 75% del mismo y más de un 15% optó por el voto en blanco o voto nulo (Escolar y ot., 2002: 25). El voto negativo (blanco más nulo) tuvo picos en las grandes ciudades: 35% en Mar del Plata, 30% en Rosario y en Capital Federal, y 22% en Córdoba (Ver Gordillo, 2010:10). Sin dudas, el comportamiento electoral “antipolítico” o de impugnación a las ofertas políticas, constituye un precedente del ánimo destituyente que luego se plasmaría en los cacerolazos, las asambleas barriales y la consigna “Que se vayan todos” (en adelante QSVT).

Perfiles sociales y sesgos clasistas de los cacerolazos

Luego de la entrada en vigencia del corralito bancario, a comienzos de diciembre del 2001, los cacerolazos en barrios pudientes de la Ciudad de Buenos Aires comienzan a resonar casi a diario y tienen una rápida propagación en grandes ciudades como Córdoba y Rosario. Aunque las asambleas y los ahorristas como tales comienzan a actuar luego de la caída del gobierno de De la Rúa, la movilización generalizada durante diciembre de aquel año les da a ambos movimientos el marco fundamental de su nacimiento. Acerca del perfil de los movilizadores de aquellos días y los cacerolazos se han hecho algunos relevamientos por parte de consultoras y centros de investigación.

En una encuesta del CEOP se afirma que el 25% de los encuestados participó en algún grado de los cacerolazos y el 64% los consideraba buenos. El 17.3% estaba en contra del corralito como principal reclamo, y el 45% contra la política económica¹.

En un sondeo de Gallup se ve que un 14% pasó por una asamblea barrial y el 12% en algún cacerolazo, incluso el 3% en un corte de calles o rutas. El 70% aprueba los cacerolazos e incluso un insólito 12% apoya los saqueos y un 11% piensa que es aceptable el uso de medios violentos para la protesta ante la situación que se está viviendo². Una encuesta de Haime & Asoc. eleva el guarismo de participación en cacerolazos o en asambleas al 33% de la población adulta de Capital y GBA³.

¹ Citada por Clarín el 10/03/02 (<http://edant.clarin.com/diario/2002/03/10/p-00402.htm>).

² Ver La Nación del 15/04/02 (http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=388872).

³ Ver Página/12 del 10/03/02 (<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-2731-2002-03-10.html>).

Otros sondeos en Córdoba Capital muestran que el 20 % de los cordobeses había participado en alguna manifestación y que el 80% avalaba los cacerolazos. En las cifras se ve un leve sesgo hacia una mayor predisposición a la protesta en los niveles socioeconómicos altos⁴.

Los perfiles de clase se pueden observar en un sondeo de Brand, Muguer y Asoc. citado por Wortman (2007: 52). La participación en la protesta aumenta con el nivel educativo y el NES. El 55% de los caceroleros y asambleístas pertenecen a los estratos C1 y C2 (usualmente identificada con la clase media típica). Además en un 40% están afectados por el corralito y/o por deuda crediticia.

En una encuesta realizada en los días previos al levantamiento popular, el 76,2% tenía una imagen negativa de la dirigencia política, mucho más elevada que la de los sindicalistas (66,8%). Esta desconfianza hacia la dirigencia y las autoridades políticas no era privativa de las clases medias sino que ofrecía niveles similares o levemente superiores entre las clases populares⁵.

En la Encuesta de predisposición a la acción colectiva y el cambio social del año 2007 (Ver ficha técnica y cuestionario utilizado en Anexo Metodológico, p. 35) se muestran cifras más atenuadas de participación en la acción colectiva de aquel momento que las que mostraban los sondeos realizados “en caliente”. Un 16,9% de los encuestados había participado en al menos una protesta en aquellos días. Casi un 12,2% del total lo habían hecho en cacerolazos (en sus casas o en la calle, sin computar las marchas)⁶.

En el siguiente Cuadro 1 se pueden observar los grupos sobre representados y sub representados respecto a la población total que estarían mostrando los sesgos clasistas de la participación en el cacerolazo. La pequeña burguesía de comerciantes y profesionales alcanza al 24,2% del total de participantes en el cacerolazo pero mientras los comerciantes no están sobre representados, sí lo están los profesionales universitarios. En el mismo sentido se observa la notable sobrerrepresentación de los niveles educativos superiores. Es claro también que quedan claramente sub representadas las clases populares y los niveles educativos más bajos. En definitiva, el cacerolazo aparece muy relacionado con la movilización de poderes causales culturales y educativos tanto como con la pequeña propiedad y las calificaciones profesionales. Se puede observar también que el carácter de

⁴ Ver La Voz del Interior del 26/05/02

(http://www.lavoz.com.ar/NotaAnterior.asp?nota_id=99099&high=asambleas%20barriales)

⁵ El grado de radicalización de las clases medias se observa en que los piqueteros tenían una imagen relativamente dividida: 36,8% tenían una imagen positiva y un 58% negativa. Ver datos de encuesta del Centro de Investigaciones en Estadística Aplicada (CINEA) de la UNTREF en diario Clarín, del 16/01/02, p. 23.

⁶ Ver un análisis detallado en Gomez (2008).

afectado por las medidas de restricción bancarias no está sobrerrepresentado aunque sí lo está la afectación indirecta a través de damnificados en su entorno social y familiar próximo.

Cuadro 1- Sesgos en la composición social de la participación en los cacerolazos del 2001 - Grupos seleccionados sobre o sub representados -

Grupos seleccionados	% sobre total encuestados	% sobre total participantes en cacerolazos	Diferencia de Sobre o Sub representación en el cacerolazo
Clases Populares	22,2	8,0	-14,2
Clase Media Baja	34,2	38,8	4,6
Pequeño Burguesía	15,6	24,2	8,6
Clase Media Alta y Alta	6,0	5,8	-0,2
Comerciantes	8,3	7,4	-0,9
Profesionales universitarios	6,8	13,1	6,3
Jubilados	18,7	15,1	-3,6
Desocupados	7,5	5,3	-2,2
Mayores de 35 años	60,4	60,1	-0,3
Nivel de Instrucción Universitario completo e incompleto	30,7	41,4	10,7
Mujeres	53,3	59,0	5,7
Afectados directos por el corralito	16,0	15,1	-0,9
Afectados indirectos por el corralito	17,3	23,8	6,5

Fuente: Encuesta de predisposición a la acción colectiva. (Ver Anexo Metodológico, p. 35 y Gomez, 2008c).

Nota: Clases Populares incluye trabajadores manuales en relación de dependencia, operarios calificados o no calificados, servicio doméstico, peones, changarines, vendedores ambulantes.

Clase Media Baja incluye trabajadores no manuales rutinarios en relación de dependencia, empleados administrativos, de ventas o servicios de calificación operativa o menor sin personal a cargo, cuentapropistas de oficios de servicios no profesionales o comerciantes sin personal a cargo.

Pequeño Burguesía: incluye empleados jerárquicos administrativos, comercio o servicios de calificación técnica (incluye docentes) en relación de dependencia con atribuciones de mando o supervisión sobre hasta 40 personas, profesionales universitarios independientes sin personas a cargo, y cuentapropistas del comercio o los servicios de oficios no profesionales con hasta 5 personas a cargo.

Clase Media Alta y Alta: incluye directivos, gerentes o dueños, profesionales universitarios independientes con personal a cargo, comerciantes y cuentapropistas de oficios no profesionales con más de 5 personas a cargo, empleados jerárquicos no profesionales con atribuciones de mando sobre más de 40 personas o profesionales con atribuciones de mando o supervisión sobre más de 5 personas.

Los alcances clasistas de los impactos de la crisis

Hay un acuerdo en la literatura estudiada acerca de que las asambleas expresan y son herederas de las movilizaciones destituyentes de diciembre del 2001 (Svampa, 2008:117) y también es bastante fácil asumir que los ahorristas estafados expresan la demanda de los

afectados por las medidas financieras y cambiarias. Consecuentemente, el criterio para recortar el universo que podría considerarse de bases de apoyo de ambos movimientos sería: son aquéllos que expresan descontento y rechazo a la política institucionalizada, y aquéllos que se sienten damnificados o perjudicados por las medidas de bancarias y cambiarias.

Previamente a los acontecimientos de diciembre había claros signos de descontento político masivo. Las medidas financieras y de inmovilización de depósitos bancarios de comienzos de diciembre también tuvieron efectos masivos sobre la población y sobre el conjunto de la actividad económica ya que las restricciones para acceder al efectivo y la bancarización forzada interrumpía la cadena de pagos en múltiples actividades. Según datos del BCRA las estimaciones de la cantidad de afectados sumaban los 12,3 millones entre personas físicas y jurídicas por un total de casi 70 mil millones entre pesos y dólares de los cuales el 55% corresponde a personas físicas. A su vez, el 58% de las personas físicas tenían depósitos menores a los 25000 dólares/pesos, demostrando que el impacto de la medida sobre la pequeño burguesía con baja o media capacidad de ahorro era brutal (Ver datos BCRA en Cafiero y ot., 2002: 168 y ss.).

El enorme alcance de estas medidas significa que ambas bases de apoyo puedan superponerse y coincidir al menos parcialmente por lo que es necesario precisar lo que tienen en común y lo que las diferencia en términos de implicación de poderes causales.

El análisis de la composición de clase, perfiles ocupacionales y sociodemográficos de ambas categorías de población está previsto en el diseño de la ya citada encuesta de predisposición a la acción colectiva del año 2007 que preguntaba por las formas en que lo había afectado la crisis del 2001 (ver pregunta N°16 en el formulario de encuesta de Anexo Metodológico, p. 35 y ss.). Sólo el 15,9% dijo haber sido afectado directamente por el corralito. Pero dicha afectación tiene un claro sesgo clasista: es apenas el 3% en las clases populares pero sube al 14,4% en la clase media baja, al 19,8 % en la pequeño burguesía tradicional y al 33,8% en las clases medias altas. Es importante señalar la importancia de los jubilados que fueron afectados en un 24% y, como veremos más adelante, cumplieron un papel muy importante a la hora de la movilización y la protesta.

Para el total de la población el “corralito” recién entraba en el tercer lugar detrás de la reducción de ingresos que alcanzaba al 54,8% y la desocupación que alcanzaba el 30,6%. De cualquier manera y para contrarrestar las vulgares hipótesis de que la clase media se movilizó sólo cuando le “tocaron los ahorros”, los datos de esta encuesta son lapidarios: los problemas de la clase media eran bastante más graves. La reducción de ingresos en el hogar de la pequeña burguesía tradicional alcanzaba al 73,9% de sus hogares, que es consistente con las descripciones de la fuerte movilización previa al 19 y 20 de diciembre de los comerciantes y

cámaras patronales medianas y pequeñas (Telechea, 2006). A su vez las reducciones de ingresos en las clases medias bajas alcanzaban al 57% de los encuestados.

Como es de esperarse la problemática de la desocupación tiene el comportamiento de clase inverso: la sufrió el 41% de las clases populares y va descendiendo hasta el 16,9% en las clases medias altas. Es claro entonces que la matriz de daños de la crisis tenía un impacto diferencial sobre las composiciones de poderes causales de clase: desocupación e ingresos para la fuerza de trabajo (clases populares), e ingresos y corralito para las clases medias. Pero el mix entre las tres formas principales de daño varía en los tres segmentos de clases medias haciendo que en casi el 23% de los casos se superpongan dos o tres formas de afectación. El 74% de los casos con afectaciones superpuestas corresponden al conjunto de segmentos de las clases medias. El siguiente cuadro muestra estas tendencias según la ocupación del sostén del hogar.

Cuadro 2- Formas de afectación de la crisis del 2001 según ocupación del Jefe de Hogar – Pregunta de respuestas múltiples – En % sobre total de casos.

OCUPACION	Pérdida del trabajo	Reducción de ingresos	Confiscación de ahorros	Otros	NS/NC	Total casos N
Peones, changarines, serv. Doméstico	35,9	64,1	8,5	7,8	12,5	32
Obreros y operarios calificas o semicalif.	44,0	29,6	1,3	14,1	21,1	95
Empleados administrativos, vendedores	32,8	58,2	14,0	2,2	18,5	139
Oficios y cuentapropistas no profesionales	40,6	64,2	12,0	5,9	9,2	91
Comerciantes	19,7	68,3	10,7	11,0	9,9	49
Profesionales	18,4	63,7	42,2	4,0	15,4	41
Empresarios, gerentes o directivos	17,1	56,0	57,8		18,6	12
Jubilados	17,2	47,3	24,2	3,9	15,8	111
Totales	30,7	54,9	15,9	6,0	15,1	570

Fuente: Encuesta de predisposición a la acción colectiva y el cambio social (Ver Pregunta N°16 y 60 de la Encuesta, Anexo Metodológico, p 31 y 38)

La percepción del impacto relativo del corralito es mayor cuando se pregunta por cómo fueron afectados familiares y amigos, trepando al 27,7% en el total de encuestados y elevándose al 34,7% entre la pequeña burguesía y casi al 55% en las clases medias altas, dando una visión más dramática del daño del corralito en el entorno cercano.

El perfil sociodemográfico de los afectados por el “corralito”

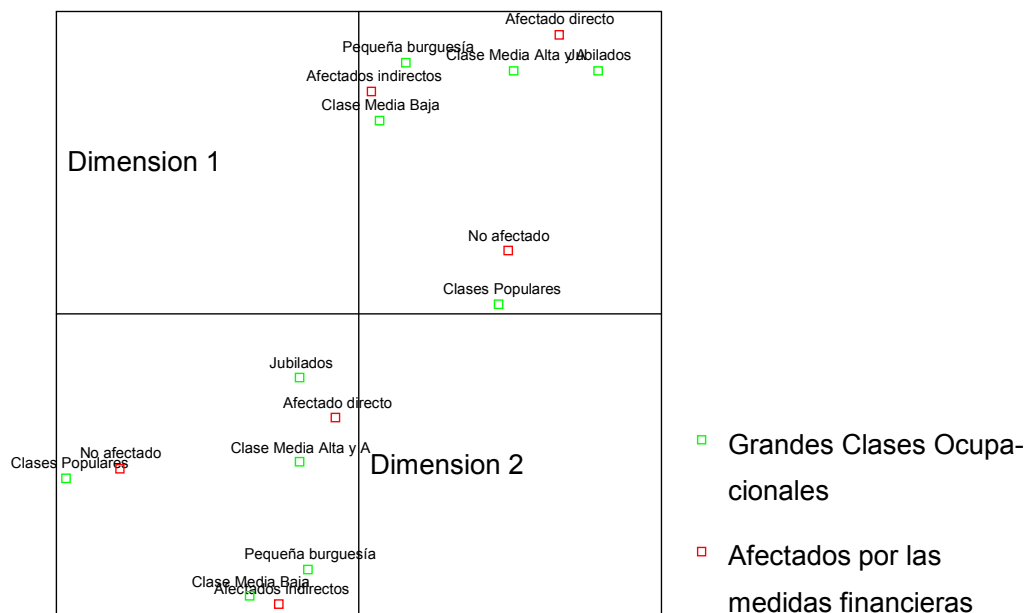
Según esta encuesta el perfil de los damnificados por el corralito (directos) que definen las bases de apoyo del movimiento de ahorristas estafados tiene las siguientes características que los diferencian de los no afectados por el corralito:

- Hay un gran sesgo hacia niveles educativos superiores. Casi el 29% tiene niveles educativos universitarios completos.
- Hay un fuerte peso de los jubilados y ancianos: el 34% de los afectados directos tienen más de 60 años frente al 21% de los no afectados. El promedio de edad de los damnificados directos es de 48 años frente al promedio de 43 años de los no damnificados.
- Hay una fuerte sobrerrepresentación de afectados directos entre profesionales, empresarios y jubilados. La siguiente representación gráfica del análisis de correspondencia permite asociar la afectación directa (en el propio hogar) con la clase media alta y los jubilados y, en menor medida y junto con la afectación indirecta (entre familiares y amigos), con la pequeña burguesía y la clase media baja. Claramente las clases populares aparecen como no afectadas.

Gráfico 1- Afectados por el corralito y clases sociales - Diagrama de dispersión del análisis de correspondencias.

Puntos de fila y columna
Normalización simétrica.

Modelo euclídeano



Fuente: Encuesta de predisposición a la acción colectiva y el cambio social (Ver Anexo Metodológico, p. 27)

El perfil sociodemográfico de la beligerancia “antipolítica”

Las bases de apoyo potenciales del movimiento asambleario, definidas a partir del criterio del descontento y el cuestionamiento político, son mucho más amplias que las de los ahorristas estafados pero mucho más difíciles de recortar analíticamente por criterios unívocos consistentes. Si el carácter de damnificado por el corralito daba un parámetro de recorte preciso, esto no es posible en el caso de las asambleas puesto que el descontento político adopta contenidos disímiles cuando no contradictorios. Un criterio completamente amplio sería el de considerar bases de apoyo a todos aquéllos que tienen una opinión positiva o simpatizaron con las asambleas barriales (Ver pregunta N° 23 en el Anexo Metodológico, p.31): el 62,5% de los encuestados. Un criterio más restrictivo sería el de aquéllos que apoyaron o tenían opinión favorable a la lucha por el QSVT: 44,6% del total. Pero ambos criterios son en alto grado inconsistentes: sólo el 56,3% de los simpatizantes de las asambleas tienen opinión favorable del QSVT y también hay un 21% de quienes simpatizaban con el QSVT que no tenían buena opinión de las asambleas. La conjunción de ambos atributos reduce el universo posible al 35,2% del total que es una buena aproximación al núcleo duro del descontento político con la política institucionalizada y a los intentos de gestar prácticas políticas alternativas.

Pero refutando a quienes interpretaban el fenómeno asambleario y el rechazo desafiante del sistema político establecido como propio de los sectores medios, los datos de la encuesta les otorgan un contenido mucho más pluriclasista, el cual puede observarse en el Cuadro 1. En definitiva, la comparación entre los Cuadros 1 y 3 nos muestra algo ciertamente notable: un desacople entre la composición clasista del cacerolazo y el apoyo al fenómeno asambleario y al QSVT. Mientras el primero muestra una clara preponderancia del protagonismo de las clases medias en sus diferentes fracciones y la escasa participación de las clases populares, en el segundo se observa que, si bien no tenía unanimidad ni la extensión masiva que quizás exageradamente se le dio en su momento, era mucho más policlasista y popular y distaba en concentrarse en las clases medias. Dentro de los apoyos a las asambleas las clases medias bajas y pequeño burguesía están levemente sub representadas, lo mismo que los profesionales y las personas con acceso a educación superior. Se observa también la irrelevancia de la afectación o no por el corralito y una también leve sub representación de las mujeres que contrasta con la sobre representación en el cacerolazo. Sólo la mayor predisposición a la participación en las protestas de aquel momento está sobrerrepresentada de manera significativa entre las bases de apoyo a las asambleas y al QSVT. Lo que nos lleva a buscar también algunos contrastes dentro mismo del universo de apoyo al movimiento asambleario entre los participantes activos (concurrieron al menos una vez a una asamblea y/o

participaron en alguna clase de movilización o protesta) y los apoyos pasivos (no participaron en protestas ni en movimientos).

Cuadro 3- Sesgos en la composición social de las bases de apoyo al movimiento asambleario (opinión positiva de asambleas y del QSVT)-Grupos seleccionados sobre o sub representados

Grupos seleccionados	% sobre total encuestados	% sobre simpatizantes de Asambleas y el QSVT	Diferencia de Sobre o Sub representación
Clases Populares	22,2	24,6	2,4
Clase Media Baja	34,2	32,7	-1,5
Pequeño Burguesía	15,6	14,7	-0,9
Clase Media Alta y Alta	6,0	6,2	0,2
Comerciantes	8,3	8,0	-0,3
Profesionales universitarios	6,8	6,1	-0,7
Jubilados	18,7	20,4	1,7
Mayores de 35 años	60,4	56,9	-3,5
Nivel de Instrucción Universitario completo e incompleto	30,7	27,3	-3,4
Mujeres	53,3	49,5	-3,8
Afectados directos por el corralito	16,0	15,6	-0,4
Afectados indirectos por el corralito	17,3	17,9	0,6
Participación en las protestas del 2001/2002	16,8	25,1	8,3

Fuente: Encuesta de Predisposición a la acción colectiva. (Ver Anexo Metodológico, p. 27).

El contraste de los perfiles de las bases descontentas y las movilizadas ofrece características muy interesantes aunque hay que tomarlas con cuidado habida cuenta de que los errores muestrales de estos cruces son superiores al 10%:

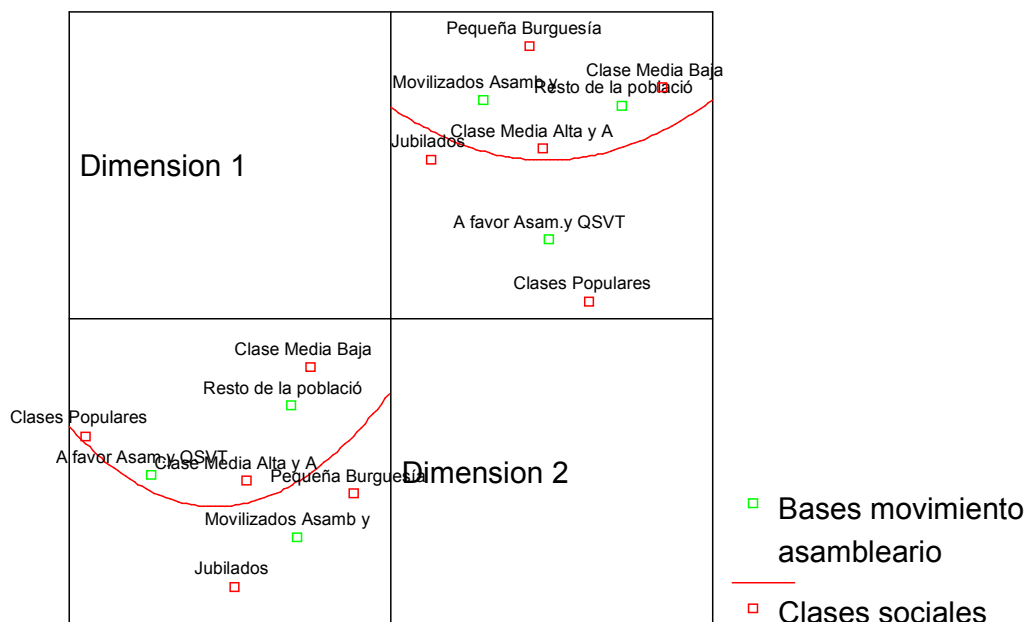
- a) El vuelco hacia la acción colectiva parece estar relacionado con mayores impactos de la crisis del 2001 en donde los porcentajes de afectación son mayores entre los participantes especialmente la caída de ingresos y la indisponibilidad de los ahorros bancarios.
- b) Tienen experiencia en participación menor en partidos y sindicatos que el promedio y bastante más en el movimiento estudiantil (26,9 sobre 15.9% de los no participantes). El 53.4% de los participantes directos habló en público alguna vez frente al 32.1% de los no participantes. La imagen positiva de los piqueteros (25%) entre los movilizados es el doble que entre los no movilizados.

- c) Hay un perceptible sesgo femenino entre los movilizados: casi 60% contra el 53% de los no participantes en las protestas, y una fuerte sobre representación de estudios superiores.
- d) Importante sub representación entre peones y obreros, y sobre representación en profesionales y autónomos.
- e) En la composición etárea sobresale una sobre representación moderada de los jóvenes adultos de 25 a 35 años y una sub representación de los mayores de 65 años, al revés de lo que ocurre entre los ahorristas en donde los más activos son los mayores. El promedio de edad es de 42 años en los participantes activos y de 45 en los no participantes.
- f) Entre los activos están sobre representadas las tres fracciones de las clases medias y, sobre todo, la clase media baja de la mano de la reducción de ingresos salariales, reforzando la hipótesis de que si las bases del movimiento eran más multclasistas, fueron las clases medias las que se movilizaron mucho más que las clases populares. El análisis de correspondencias entre clases ocupacionales y apoyos al movimiento asambleario muestra dos cosas: por un lado, ambas dimensiones ofrecen un débil grado de agrupamiento espacial, lo que habla del pluriclasismo; por otro lado, el único agrupamiento tendencial se hace en torno a la diferencia entre movilizados y no movilizados con un claro sesgo clasista.

Gráfico 2- Bases de apoyo al movimiento asambleario y al QSVT y clases sociales. Diagrama de dispersión del análisis de correspondencias.

Puntos de fila y columna

Normalización simétrica
Modelo euclideo



Fuente: Encuesta de Predisposición a la acción colectiva. (Ver Anexo Metodológico, p. 27).

Los que adhieren al QSVT y al movimiento asambleario pero no se movilizan son de clases populares y los que se movilizan tienden a ser de clases medias entre sus distintas fracciones principalmente de clases medias altas y pequeño burguesía. Es evidente entonces que el factor movilización está clasistamente condicionado: tanto por la composición de poderes causales como por las autoidentificaciones puestas en juego.

g) El *clivage* interno movilizados/no movilizados tiene también una notable asociación con la autoidentificación de clase: mientras las bases de las asambleas y el QSVT no movilizadas se considera en un 65,2% clases populares y apenas un tercio de clase media, los movilizados suben la autoidentificación de clase media a un 45,3%, reduciendo la autopercepción de clases populares. Entre los ahorristas tanto movilizados como no movilizados la autopercepción de clase media es de casi el 53%. Esto supone que para las bases asamblearias la acción colectiva tiende a asociarse a una expresión de identidad de la clase media, lo cual no ocurre entre los ahorristas en donde no existe tal asociación.

Cuadro 4- Autoidentificación de clase de las bases de apoyo del movimiento asambleario

			Clase de la que siente que forma parte				Total
			Clase trabajadora	Clase media	Clase alta	Ns-Nc	
Bases de apoyo del movimiento asambleario	A favor Asam.y QSVT	Count	103	53		2	158
		% within Bases de apoyo del movimiento asambleario	65,2%	33,5%		1,3%	100,0%
		% within Clase de la que siente que forma parte	26,2%	26,0%		66,7%	26,3%
		% of Total	17,1%	8,8%		,3%	26,3%
	Resto de la población	Count	262	127	1		390
		% within Bases de apoyo del movimiento asambleario	67,2%	32,6%	,3%		100,0%
		% within Clase de la que siente que forma parte	66,7%	62,3%	100,0%		64,9%
		% of Total	43,6%	21,1%	,2%		64,9%
	Movilizados Asamb y QSVT	Count	28	24		1	53
		% within Bases de apoyo del movimiento asambleario	52,8%	45,3%		1,9%	100,0%
		% within Clase de la que siente que forma parte	7,1%	11,8%		33,3%	8,8%
		% of Total	4,7%	4,0%		,2%	8,8%
Total	Count	393	204	1	3	601	
	% within Bases de apoyo del movimiento asambleario	65,4%	33,9%	,2%	,5%	100,0%	
	% within Clase de la que siente que forma parte	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	
	% of Total	65,4%	33,9%	,2%	,5%	100,0%	

Fuente: Encuesta de Predisposición a la acción colectiva. (Ver Anexo Metodológico, p. 27).

Asambleístas y ahorristas: ¿separados al nacer?

Las relaciones entre movimientos de caceroleros y asambleístas y movimientos de ahorristas se puede observar en cuanto a su composición, superposición de bases, estructura relativa, etc. en el siguiente Cuadro 5.

Lo que vemos aquí es que hay un escaso solapamiento de las bases de apoyo de ambos movimientos. Mientras las bases asamblearias están compuestas en un 15,6% de damnificados directos por el corralito, las bases de los ahorristas tienen un 34,4% de acuerdo con las asambleas y el QSVT. Si desglosamos los asambleístas movilizados de los no movilizados vemos que sólo el 9,5% de los afectados del corralito se movilizó a través de las asambleas. A su vez, del total de las bases asamblearias movilizadas sólo el 17% era damnificada directa del corralito.

La escasa atención que la problemática del corralito tuvo entre las asambleas y la casi nula participación de ahorristas en asambleas se corresponde con estos guarismos que además muestran distribuciones semejantes para el resto de la población demostrando una fuerte independencia estadística entre ambas subpoblaciones⁷.

Cuadro 5- Bases de apoyo de los movimientos asambleario y de ahorristas estafados

			Afectados por las financieras y			Tota
			No afectad	Afectad	Afectado indirecto en entorno familiar y	
Bases apoyo movimie asamblea	Opinión favorable las Asambleas y el	Coun	111	23	24	158
		% within Bases apoyo del asamblea	70,3	14,6	15,2	100,0
		% within Afectados las financieras y	27,7	24,2	23,1	26,3
		% of	18,5	3,8	4,0	26,3
	Resto de la	Coun	260	63	66	389
		% within Bases apoyo del asamblea	66,8	16,2	17,0	100,0
		% within Afectados las financieras y	64,8	66,3	63,5	64,8
		% of	43,3	10,5	11,0	64,8
	Movilizados asambleas y	Coun	30	9	14	53
		% within Bases apoyo del asamblea	56,6	17,0	26,4	100,0
		% within Afectados las financieras y	7,5	9,5	13,5	8,8
		% of	5,0	1,5	2,3	8,8
Tota	Coun	401	95	104	600	
	% within Bases apoyo del asamblea	66,8	15,8	17,3	100,0	
	% within Afectados las financieras y	100,0	100,0	100,0	100,0	
	% of	66,8	15,8	17,3	100,0	

Fuente: Encuesta de Predisposición a la acción colectiva. (Ver Anexo Metodológico, p. 27).

⁷ Los coeficientes R de Pearson muestran 0.008 y el de Contingencia 0.013.

Un importante contrapunto entre las bases de apoyo de ambos movimientos asociado con las diferencias etáreas, la mayor participación de jubilados, y también con la mayor participación de las clases medias altas y profesionales, es el capital político en su forma incorporada de experiencia de participación. Un rasgo notable es la ausencia de antecedentes o experiencia de participación previa en organizaciones y en protestas entre las bases asamblearias: apenas el 17 % tenía al menos una participación anterior en organizaciones mientras esa misma cifra era tres puntos mayor para el resto de la población. En cambio, entre los afectados por el corralito, las experiencias previas de participación en alguna clase de organización son del 21,9% contra el 16,1% de la población no afectada. Es decir, las bases del movimiento asambleario tenían menores experiencias de participación que la población en general y que los ahorristas estafados en particular. La propensión al cacerolazo durante el 2001/2002 fue exactamente la misma para ambas subpoblaciones: 24% para ahorristas y 23,6 para los asambleístas. Aunque para el recurso a otras formas de protesta, los asambleístas mostraron mayor participación en acción colectiva: mientras el 17,9% de los ahorristas participó en al menos una acción colectiva además del cacerolazo, entre los simpatizantes asamblearios lo hizo el 25,1% sobre todo a través de marchas, y en menor medida de escraches, huelgas y otros. Para las bases asamblearias, puede decirse que los acontecimientos del 2001 significaron un masivo proceso de incorporación de capital político como experiencia de organización y protesta.

Entre los ahorristas afectados directos del corralito, el factor clasista más importante de movilización lo da el carácter de jubilado: el 31,3% de los ahorristas movilizados son jubilados siendo el 17,8% de los no movilizados. También la pequeña burguesía muestra altos factores de activación de poderes clasistas a través de la acción colectiva. Mientras la pequeña burguesía representa el 13% de no afectados y el 20% de afectados no movilizados, esta cifra salta al 25% entre los afectados directos movilizados.

La composición de clase dentro de los movimientos de asambleístas y ahorristas estudiados

En el punto anterior hemos descripto en un sentido lato las características sociales y demográficas de las bases de ambos movimientos. Aquí veremos un problema mucho más complicado en la medida en que no contamos con un muestreo estadístico de los participantes efectivos en los movimientos. Para la determinación de los miembros o integrantes activos en los movimientos contamos con las siguientes fuentes: - las entrevistas a informantes, que tienen la ventaja de ser numerosas y variadas en cuanto a grupos, y más detalladas en cuanto a

situación ocupacional, trayectorias laborales, uso de recursos, composición de la familia, y otras variables biográficas intervinientes; - las propias evaluaciones de los informantes acerca de las características sociales de los miembros de sus movimientos; -eventualmente algunas referencias en documentación, artículos o declaraciones de los mismos integrantes de los movimientos; - las apreciaciones de la prensa y otros investigadores.

Características sociodemográficas de los participantes de los movimientos

Edad y Sexo

La primera característica que sobresale en la diferenciación de la composición entre los integrantes de ambos movimientos es la edad. Todas las fuentes⁸ van en la misma dirección. Las asambleas tienen más presencia de jóvenes y menos de ancianos, mientras la composición étnica de los movimientos de ahorristas va en sentido contrario. En cierta medida los participantes directos en los movimientos conservan algunas características que también se observaban en sus bases de apoyo. Como veremos más adelante al realizar el análisis más dinámico de movilización de poderes causales, este rasgo, lejos de ser un elemento ajeno al análisis clasista es central. La edad se relaciona con dos tipos de poderes causales movilizados: el capital económico, y el capital de experiencia política.

Los promedios de edad entre los integrantes entrevistados muestran una amplia diferencia: 42 años para los asambleístas y 54 años para los ahorristas⁹. Por otro lado, las distribuciones de edad para distintos niveles de participación muestran que también alteran las diferencias de edad. Los líderes y participantes activos tienden a ser de los tramos de edades intermedias incluso entre los ahorristas (Ver Anexo Metodológico, Tabla 1, p. 9).

Casi todos los testimonios de asambleístas tienden a subrayar la heterogeneidad y amplio rango de edades. No se remarca la centralidad ya sea de jóvenes o de viejos, sino que la valoración marcada es justamente el amplio rango de edades.

“Había de todo entre 25 a 60 años”; “eso de mezclar jóvenes y viejos fue una de las cosas más raras y más lindas”, “...a pesar de las bajas sigue habiendo jóvenes y viejos...” y expresiones semejantes se repiten en casi todas las asambleas estudiadas. En algunos se resalta la participación estudiantil: “Influyó que coincidió con el período de vacaciones de los sectores estudiantiles”, señalando el peso de los estudiantes sobre todo al comienzo.

⁸ Es claro que los datos volcados en las entrevistas abiertas no pueden ser considerados con representatividad estadística ni por el tamaño de la muestra ni por el método no aleatorio de selección de casos. La valoración de estos datos cuantitativos depende de la consistencia con el resto de las fuentes y de la amplitud de las diferencias detectadas.

⁹ En el mismo sentido van los datos del relevamiento de Shilman (2004: 415) sobre los ahorristas de Capital Federal donde un 29,6% tenían más de 60 años y un 75% más de 50 años, con apenas un 3,7% de menores de 30 años.

La única excepción a esta caracterización es la Asamblea de Godoy Cruz; Milton Altschuler insiste en señalar que predominaban las edades intermedias “ni muy jóvenes ni muy grandes”¹⁰.

Es importante remarcar que la mayoría de los asambleístas comienzan mencionando los atributos de clase como los más interesantes y no la edad. Muy distinto ocurre entre los ahorristas donde la edad es un rasgo que se señala con ahínco como característico del movimiento.

En los documentos relevados de 24 asambleas, no aparecen referencias al tema de la edad en tanto composición del movimiento, sí en relación a temas de salud, medicamentos, atención hospitalaria, y otros relativos a las reivindicaciones de los ancianos. Lo mismo ocurre entre los investigadores y los medios de prensa, para los cuales la variable edad no parecía ser importante dentro de la dinámica asamblearia.

Entre los ahorristas en cambio la percepción de una mayoría de edades avanzadas es bastante generalizada. La mayoría de los testimonios afirman que “en general el promedio era de 60 años para arriba”.

Báez Silva dice:

Diría que al principio había mayoría de mujeres y que el promedio de edad era 60/65 años [...] la composición fue cambiando y quedaron los más viejos...claro el que tiene 30/40 años está luchando por tener algo [...] También se ve un perfil de gente de más edad entre los depositantes bancarios que entre los bonistas, en general profesionales en actividad...

La relación entre la edad y la participación en el movimiento está abordada en diversos testimonios. En principio aparece la relación “ahorro=único respaldo del anciano” en contraposición con la gente más joven que “tiene otras opciones”. En otros aparece la edad como un claro refuerzo de la legitimidad del reclamo: “lo único que tenía de respaldo luego de una vida de trabajo”.

Argelia Cruz afirmaba:

Nuestras marchas son de gente grande, jubilados, que guardaron algo para vivir un poquito mejor [...] profesionales, trabajadores, pero sobre todo jubilados que ya están para ir a descansar y tienen que andar golpeando las puertas de los bancos.

El lugar en donde más se agudiza la percepción del papel de los viejos es entre los ahorristas de la ciudad de Mar del Plata por las características demográficas de la ciudad pero también por el protagonismo y la visibilidad que lograron en la lucha. Más allá de los testimonios de los entrevistados, que coinciden largamente en describir a los participantes del movimiento como “80% de jubilados con pequeños ahorros para mitigar sus magras jubilaciones”, es muy contundente el testimonio de la percepción de no participantes y

¹⁰ Sandra García señala también el caso de una “asamblea sin jóvenes” como la de Palermo (García, 2002:42)

antagonistas acerca del protagonismo central de los ancianos. Incluso la edad resaltaba en los testimonios de los mismos antagonistas del movimiento. El Subcomisario Eduardo Vattimos explicaba la desesperación de los ancianos y su encono en que “era gente mayor que vivía de eso...”. Fernando Cuesta, líder del sindicato bancario, afirmaba que la participación de “los abuelos” hay que entenderla como asociada a que Mar del Plata es “Ciudad de final de vida para la clase media”.

La edad avanzada se relaciona tanto con la desactivación de la fuerza de trabajo a partir de la jubilación como con una reducción de los posibles contextos de activación de otros capitales económicos. El incremento de la dependencia respecto de los sistemas previsionales y las rentas financieras es clave para analizar los poderes causales de clase movilizados contra el corralito, como veremos en el capítulo siguiente.

Según el testimonio de Claudio Padra, la excepción al predominio de las edades avanzadas dentro de los ahorristas, es el movimiento de ahorristas de Bariloche compuesto por profesionales, docentes y comerciantes activos, donde la presencia de jubilados fue poco significativa.

En cuanto al sexo, la composición de los movimientos en nuestra muestra de entrevistados se encuentra masculinizada (alrededor del 61% en ambos movimientos), pero lo más significativo es el hecho de que las mujeres disminuyen aún más entre la categorías de participación más altas (voceros, iniciadores, responsables de actividades), donde apenas hay dos mujeres entre los ahorristas y otras dos entre asambleístas¹¹. En muy pocos testimonios se enfatiza la participación cuantitativa de la mujer como mayor a la del varón, aunque en algunos testimonios se destaca a la mujer como “que va más al frente”, “pone más empeño”, “no se desalienta”.

Tampoco el sexo puede desvincularse de la problemática de la movilización de poderes causales, ya sea por la forma de constitución de los poderes causales en el ámbito de las estructuras familiares o por los diversos capitales asociados a los géneros, entre ellos el capital simbólico. La figura del ama de casa asambleísta, “que pasa de la pasividad como telespectadora al escrache al ‘súper’ donde compraba”, aparece en un par de testimonios y muestra una de las facetas más reivindicadas de las protagonistas de los movimientos.

Hay una buena cantidad de testimonios que relacionan la participación de la mujer con situaciones de reducción de responsabilidades económicas y familiares: la ausencia de hijos a cargo o hijos grandes y la no responsabilidad principal en el sostenimiento del hogar aparecen entre las asambleístas. Un 37% de las participantes entrevistadas tienen responsabilidades

¹¹ La categorización intenta reflejar diversos grados de intensidad de la participación y no propiamente autoridad o liderazgo ya que en general en la mayoría de los grupos estudiados no se reconocen jerarquías de autoridad.

económicas y familiares, lo que podría explicar la menor intensidad de su participación en las organizaciones, o sus menores niveles de responsabilidad.

También hay algunos casos de división familiar del trabajo: el trabajo o los problemas de salud del marido hacen que la dedicación a la participación sea a cargo de la esposa, en algunos casos de ahorristas estafados.

Dentro de los testimonios de mujeres entrevistadas aparecen elementos clasistas vinculados a la cuestión de género. Para algunas ahorristas divorciadas sus fondos se relacionan con las posibilidades de independencia de familias tradicionales muy intrusivas. El testimonio de Patricia R. perteneciente a una familia de clase alta tradicional expresa “soy de la generación que la mantenía el padre y después el marido...” y para ella la disponibilidad de los ahorros asume el valor de una autonomía personal del ex marido y de su propia familia. En el mismo sentido juega el testimonio de Marta Abacchián que se divorcia inmediatamente antes de la crisis, cuando el corralito le impide comprar un lugar para vivir y vender la casa de la sociedad conyugal. Los ahorros permitirían comprarle al ex marido la parte de la casa donde quiere seguir viviendo.

Así, mientras en el caso de las ahorristas, el tema familiar y de género se vincula a circunstancias que agudizan el daño provocado por el corralito, en las asambleístas toman la participación como una conquista de autonomía, una exploración de roles alternativos al de ama de casa, o directamente una forma de canalizar convicciones político ideológicas o solidarias. Los testimonios de conflictos e “incomprensión” de maridos e incluso de hijos aparecen en algunas asambleístas a tal punto que durante el período de participación hay varias referencias a participantes (tanto hombres como mujeres) que se han separado de sus parejas.

Clase y ocupación

Tanto los ahorristas estafados como los vecinos asambleístas están atravesados por notorias desigualdades entre sus miembros integrantes. Llama la atención la amplitud de esas diferencias que van, en el caso de los ahorristas estafados, desde empleados desocupados, comerciantes fundidos, cuentapropistas de baja calificación, jubilados y personal de servicio doméstico, hasta profesionales, empresarios, inversionistas y artistas o deportistas de altos ingresos. En el caso de las asambleas, las heterogeneidades son más contrastantes entre barrios (desde los talleristas bolivianos e inmigrantes indocumentados en Parque Avellaneda o San Telmo, hasta los profesionales e intelectuales de la de Palermo). Entre los ahorristas, los contrastes aparecen dentro mismo de todos los grupos que han llegado a juntar obreros despedidos, que quedaron con sus indemnizaciones atrapadas en el “corralito”, junto con bonistas y operadores financieros con dinero “en tránsito” de alguna operación millonaria.

Entre los asambleístas hay mayor uniformidad en cada grupo pero diferencias extremas entre grupos. Es decir, son movimientos donde establecer un criterio no ya de uniformidad sino de dominancia de posiciones sociales amplias o típicas ocupadas por sus miembros, es bastante dificultoso. La misma denominación de “ahorrista”, supuestamente la más nítida en términos de pertenencia de clase, es engañosa en cuanto a que hace suponer la preeminencia de unas personas con capacidad de ahorro y excedentes que esconde muchas situaciones “estructurales”, estilos de vida y *habitus* de clase posibles. No menos engañosa es la nominación de “vecinos” o la referencia al “barrio” que busca un denominador común que oculte las tremendas diferencias en condiciones de vida e intereses que pueden albergar distintas experiencias asamblearias.

Tanto en ahorristas como en asambleístas, se ve una notable variedad que va desde profesionales vinculados a la actividad económica más moderna y dinámica del sector público y privado (ingenieros, contadores, abogados, economistas, artistas, periodistas), hasta personas de familias con patrimonios y apellido (hija de jueces, de propietarios rurales), algunos inversionistas, asesores financieros. Por supuesto aparecen sectores de la pequeña burguesía típica como comerciantes, profesionales independientes, cuentapropistas calificados, pequeños empresarios, constructores, docentes, etc.

Pero también en ambos movimientos aparecen, y no de manera inocua o marginal, sectores con posiciones ocupacionales típicamente de clases populares: desde empleadas domésticas, cuentapropistas semicalificados, autoempleo de subsistencia, ex asalariados indemnizados. Además de otras categorías “desmercantilizadas” como desocupados, estudiantes, amas de casa y jubilados. Las Tablas 2 y 3 del Anexo Metodológico (p. 10) presentan las distribuciones de la muestra de entrevistados según clase y condición de actividad según las preguntas N° 60 y 65 del cuestionario-guía de entrevista (Anexo Metodológico, p. 25 y ss.). Los datos salientes en estas distribuciones, que no pueden considerarse con representatividad estadística, son la mayor proporción de jubilados y de pequeña burguesía tradicional entre los ahorristas y la mayor presencia de clases medias altas y clases populares entre los asambleístas (teniendo en cuenta las Asambleas de Parque Avellaneda y San Telmo). Si focalizamos sólo en la composición de clase media (Tabla 15 del Anexo, p. 16), en términos de los impactos de las políticas de los años '90 sobre sus distintos segmentos (Ver, Cap. 3), vemos que entre los miembros de ambos movimientos hay diferencias significativas: mientras los ahorristas tienen proporciones mayores de segmentos de clases medias auxiliares y de pequeña burguesía autónoma (presumiblemente beneficiados por las reformas neoliberales), las asambleas tienen mayor cantidad de asalariados de sectores desmercantizados (presumiblemente perjudicados por dichas reformas).

Estos datos son en general consistentes con la mayoría de los testimonios recogidos en cuanto a las percepciones que los entrevistados tienen de la composición social de los movimientos en los que participan (Pregunta N°4 de las guías, en Anexo, p. 19). Pero estos mismos testimonios muestran justamente a la heterogeneidad social como un tópico problematizador de los más importantes. Además, el discurso enclasador de ambos movimientos presenta notorias diferencias que pasamos a analizar.

Las asambleas: la celebración de la heterogeneidad y el declive

Para los asambleístas hay universal consenso del perfil mayoritario de clase media pero se acompaña de dos elementos notables: por un lado, la celebración de la heterogeneidad interna de la propia clase media y, por otro, una amarga celebración de su “declive” y decadencia, sin el cual el mismo fenómeno asambleario no hubiese sido posible.

Fabián, de la asamblea Ovidio Lagos de Rosario, describía con elocuencia algo que se repite en muchos otros testimonios:

Había de todo: gente ocupada y desocupada, gente politizada y no politizada, gente con quilombo con el banco por el corralito y gente que no tenía cuenta en el banco [...] sectores estudiantiles tanto secundarios como universitarios [...] era un conjunto. Predominaba más bien un perfil de clase media pero que no tenía trabajo, que sufría los problemas cotidianos de no poder pagar la obra social (sic), etc.

Muchos otros testimonios enumeran todo tipo de profesiones y categorías sociales como forma de expresar la variedad interna que al mismo tiempo es “gente común”: encargado de un comercio, un ama de casa, una psicóloga, alguien que tenía un negocio, profesionales, etc.

Milton, de la asamblea de Godoy Cruz de Mendoza, los describe como “... clase media, pequeños comerciantes, gente que tenía una profesión: contadores, farmacéuticos, médicos, arquitectos, ingenieros, profesores”.

En las respuestas de Luciana, joven estudiante militante de la asamblea Gastón Rivas, se patentiza la cuestión de la heterogeneidad.

[...] una heterogeneidad que está muy divertida [...] Venían muchos “amigos de”...traía gente de la facultad y había eso muy raro que la mayoría no era gente de acá. Catalina era de Castelar por Ej. Otros, de otras asambleas. No había un sentido tan de barrio [...] estamos acá y nos juntamos ¿entendés?

Aparece una tendencia a homogeneizar a través de relaciones de amistad y afinidad más allá de las referencias o pertenencias barriales y territoriales. La asamblea se convierte en un colectivo militante “supraterritorial”, pero al mismo tiempo la composición a través de relaciones personales previas reproduce las pertenencias clasistas. Es decir, es la heterogeneidad que impera dentro de las fronteras de la clase media la que es celebrada.

En la mayoría de los testimonios, esta clase media multifacética “no está unida por el amor sino por la desgracia”. Si hay una percepción generalizada y aguda de parte de la militancia asamblearia es la de “la clase media en desgracia”. El elemento de clase media en

decadencia, clase media en vías de empobrecimiento, clase media en caída, está muy generalizado, se repite en infinidad de testimonios y podríamos decir que constituye una de las claves discursivas de la construcción clasista.

Adrián, de la asamblea de Almagro hablaba de la “clase media venida a menos” aclarando que “no había ahorristas” como para recalcar que los problemas de las clases medias eran independientes de la cuestión del corralito. El testimonio de Bruno, es importante en su carácter de dirigente empresarial y de una Asamblea de un barrio de típica clase media pudiente de Buenos Aires, Belgrano.

Era una clase media que, desde el punto de vista de la época, era una clase media pobre ... con un buen pasar aparente, pero en esa época ¡estábamos todos en la mishadura! El empobrecimiento había sido común y en esa época más acentuado.

En el mismo sentido, Rubén hablaba de la presencia muy nutrida de “gente de clase media que, de pronto, se le cayó toda la estructura” y afirma que es falsa la imagen que en ese barrio eran todos millonarios.

Las asambleas se invisten de esta representación de una clase que sufre “el dolor de ya no ser”, aún lidiando contra la imagen de clases acomodadas o a salvo de la crisis.

Carlos Duzán de la asamblea Ovidio Lagos, luego de enumerar una serie de integrantes por el nombre y el título profesional habla de un “núcleo de clase social media” pero a continuación aclara que eran vecinos que “uno no podía pagar la luz, otro un impuesto, otro que no tenía trabajo”. El mosaico de profesionales y gente en apuros por las consecuencias de la crisis es una figura constantemente invocada por los assembleístas entrevistados.

Las multiformidades a las que da lugar el “declive” ponen en evidencia la rigidez de las categorizaciones convencionales de la sociología acerca de las diferenciaciones de clase basadas en la ocupación. En el discurso de los mismos entrevistados hay una conciencia de que los movimientos fueron pródigos en contener figuras sociales de una inusitada capacidad para poner en cuestión los esquemas clasificatorios ordinarios. Las inconsistencias entre posiciones sociales o laborales y situaciones personales y familiares, da lugar a figuras como “la empresaria desocupada” o “la desocupada empresaria” (que no es lo mismo que la primera), el “ahorrista quebrado”, el “rentista empobrecido”, “el bonista piquetero”, “ex privatizadores estafados por los bancos privados”, “el asalariado inversor”, “el jubilado especulador”, etc. desfilan no exentos de humor a lo largo de los testimonios. La equívocidad de algunos posicionamientos y las inconsistencias entre posiciones, trayectorias anteriores, y distintos tipos de poderes causales, cumplen un papel importante a la hora de explicar la movilización: la acción colectiva transcurre al mismo tiempo que ocurren fuertes procesos de reenclasamientos, y la misma acción colectiva se convierte en un elemento de estos procesos.

El empobrecimiento y la decadencia no eran traducibles a “proletarización” o “piqueterización” sino que conservaba una marca de identidad clasista que la separaba de las clases populares. El descontento por los daños ocasionados por la crisis se “celebraba” entre la militancia asamblearia como un factor de politización y de participación pero no de alteración de identidades de clase. “Nosotros trabajábamos con el vecino indignado” decían en entrevista colectiva los asambleístas de Almagro.

En el caso de los ahorristas, los testimonios que celebran la heterogeneidad dan cuenta de algo importante: los grupos movilizados son más policlasistas que el conjunto de afectados que conforman las bases del movimiento. Hay entre los ahorristas movilizados una notoria sobre representación de las clases medias altas y de las clases populares respecto a las distribuciones correspondientes en las bases de los movimientos. Entre los asambleístas de Florida Este, Palermo, Almagro, Ovidio Lagos, Godoy Cruz y Gastón Rivas, esta tendencia a la sobre representación es aun mayor para el caso de las clases medias altas, pero hay una fuertísima sub representación de las clases populares respecto a las bases de apoyo del movimiento, teniendo en cuenta el altísimo nivel de acuerdo sobre el QSVT en las clases populares.

La relación con las clases populares, las fronteras invisibles dentro del movimiento asambleario pueden analizarse en dos registros: las diferencias dentro de las asambleas y entre asambleas.

La enorme mayoría de testimonios de las asambleas de los barrios del centro y el norte metropolitano reconoce la escasísima participación activa dentro de la asamblea de miembros de clases populares. En algunos testimonios lisa y llanamente se reconoce la imposibilidad de coexistencia entre clases medias y clases populares. Claudia de la asamblea de Palermo, afirma enfáticamente:

No había heterogeneidad de clase social. La única que zafa de la clase media es Lita que tiene un puestito de velitas aunque yo también lo tuve un puestito porque me cagaba de hambre. Además a Lita, la trae Omar y ella no fue directamente convocada. No es que no había sectores populares en el barrio sino que no se aproximaron a la asamblea. Esa gente en la crisis pasaba hambre y no iba a la asamblea. Iba a Caritas, a los comedores populares o le reclamaba al gobierno de la ciudad. Una vez llevé alguien de casas tomadas y habló pero claramente había una cuestión de clase social...No le dieron ni cinco de bola.

Por otro lado, este problema de la monotonía de clase media fue abordado en la asamblea de Belgrano a partir de estrategias de captación específicas bajo la cobertura de las acciones solidarias. A los concurrentes a comedores y ollas populares se los invita a participar de las asambleas y sus actividades.

La cuestión aquí de la clase media en declive, la clase media castigada por la crisis, amenazada de extinción, se combina con una exaltación de la solidaridad social “a los más castigados”. En esta asamblea de Belgrano se optó por descartar como objetos de solidaridad

“al vecino que no puede pagar el alquiler o la luz” y focalizarse en “los que no tienen nada”. De cualquier forma, es claro que estos segmentos excluidos de las clases populares tuvieron un papel muy secundario, aunque no inexistente, en las reuniones de esta asamblea.

Otra forma de encarar el análisis de las diferencias de clase internas es apelar a los testimonios de los escasos miembros de las asambleas pertenecientes a las clases populares.

En una asamblea de jóvenes como la Gastón Rivas, el testimonio de Jorge es por demás elocuente:

Mucha disparidad de origen... profesionales de sociología y psicología, y estudiantes [...] ese fue otro drama mío...es problemático para otros como yo que laburé en la industria 25 años en fábrica aunque llegué a nivel de encargado, intermedio, pero tenía muy grabado muy mamado otra concepción. Había otro compañero que es imprentero con el que había una identidad laboral, una historia parecida.

En este testimonio, aparece la distancia social y de experiencia militante por la edad y por la clase, por la estructuración de la clase desde ámbitos laborales que conlleva *habitus* de clase muy diferentes al que inculcan las instituciones universitarias, los partidos de izquierda, etc. También aparece aquí un aspecto muy importante, la asamblea como estructura de movilización supletoria para el caso de clases populares desocupadas o desafiliadas de las metrópolis durante la crisis. En el caso de Jorge, es a partir de su capital político incorporado, de su experiencia militante anterior, que le fue posible remontar estas diferencias, aunque finalmente terminó alejándose de la asamblea.

El caso de las asambleas afincadas en barrios con claro predominio de clase populares (Parque Avellaneda y San Telmo) también plantea una clara percepción de la frontera y la separación entre ambas clases. Pero si entre los asambleístas de clase media el déficit de articulación con las clases populares se ve culpógicamente como un déficit propio, entre las asambleas de bases populares la incompatibilidad con los sectores medios es tomada como un asumir con naturalidad las consecuencias de un tipo de construcción social y política que tiende a ver a la pequeña burguesía como un “estorbo” en la construcción organizativa.

En la asamblea de Parque Avellaneda se observa un comienzo donde convergían, en los primeros días de la crisis, sectores de Ciudad Oculta con clases medias. Pero al poco tiempo los más militantes de la asamblea tomaron la opción de hacer eje en las clases populares. Gustavo Vera, recuerda que el motor de la convocatoria inicial fue la olla a la que concurrían un 90% de obreros costureros y desocupados.

[...] sin los más pobres sin los trabajadores del barrio era imposible que la asamblea pudiera tener continuidad en el tiempo. Con la clase media-media, los del corralito, no íbamos a sobrevivir, eran sectores que iban a aportar pero no le iban a dar estabilidad a un trabajo real por el cambio social

Néstor cuenta que en las primeras semanas las reuniones tenían una concurrencia muy variada:

[...] desde gente que no tenía absolutamente nada, muerta de hambre y se juntaba por la olla popular, hasta gente con el problema de los ahorros pero que se fueron yendo enseguida. Otra gente que había quedado desocupada que se fue cuando la cosa mejoró y consiguió trabajo. Y también había vecinos que tenían reclamos históricos ahí guardados y veían la oportunidad de que de alguna manera se canalicen.

Aparece aquí el proceso inverso al de las asambleas de Belgrano o Gastón Riva donde algunos miembros de clases populares pueden canalizar algunas de sus demandas. En este caso algunos vecinos de la zona de clases medias bajas descriptos como “gente grande, pobre pero con su vivienda que tiene una cuestión más afectiva con el barrio, que tiene su pensión, sus ingresos” encuentran en esta asamblea, cuyas bases se nutren de “la colectividad boliviana, de indocumentados, de talleristas súper explotados”, una estructura que permite canalizar viejos reclamos barriales. La militancia de clases populares y la solidez del desarrollo organizativo permiten que vecinos de clases medias bajas puedan también canalizar algunas de sus demandas de mejoramiento barrial.

En el caso de la asamblea de San Telmo, los protagonistas centrales del movimiento son los ocupantes ilegales de casas o los inquilinos de hoteles y pensiones precarias. En su mayoría también miembros de colectividades de bolivianos o peruanos.

El testimonio de Ana es elocuente acerca de la incompatibilidad radical entre sectores medios y clases populares excluidas.

[...] en sus comienzos, estaba conformada por sectores de clase media y por sectores más humildes. Al pasar el tiempo, la asamblea se divide. Los sectores de clase media constituyen la Asamblea de Plaza Dorrego y la Asamblea de San Telmo pasa a tener una mayor inserción centralizada en los tejidos más bajos. Las preocupaciones de cada sector eran muy diferentes: gente humilde, que les costaba mucho la cuestión de desenvolverse y poder plantear las cuestiones, en áreas que por ahí estaban más necesitados, porque realmente se vivía una situación en la que había familias que no contaban con ningún tipo de ingreso, y bueno no tenían para comer y se complicaba muchísimo congeniar todo.

Rubén Saboulard, el líder de esta asamblea, es mucho más explícito y tajante.

[...] estaba más la gente de clase media que aspiraba más bien... no sé, había minas que venían y decían que ya no podían ir más al psicólogo, al gimnasio y no sé cuántas cosas mas y después estaba la gente que estaba realmente con la situación de “no sé qué darle de comer a mis hijos esta noche” [...] a partir de ahí había gente que estaba de acuerdo y gente que no, porque decían “¡eh! que esto se va a convertir en una sociedad de fomento”, pero bueno, eso genera la división de la asamblea, se divide en dos asambleas [...] ellos en plaza Dorrego y en la Facultad de Ingeniería, básicamente la gente de clase media. La gente más humilde se queda en Chacabuco y México. Ellos con el tiempo arman otra asamblea en Piedras y San Juan que es mucho más cultural más esa onda.

De manera brutal Rubén, refrenda esta caracterización de la clase media como obstáculo que debe ser removido:

Cuando viene la movida de las asambleas, luego de la división entonces teníamos una ventaja inmensa: que no teníamos nada que ver con la clase media, las asambleas eran del pequeño burgués, los que usaban la asamblea eran éstos, su terapia porque no pudo garpar la tarjeta, los nuestros la única tarjeta que tienen es la del teléfono, si la tenía.

El caso de la asamblea de Godoy Cruz es también demostrativo de la incompatibilidad de clase pero en un sentido distinto. Milton comenta:

[...] No hubo ahorristas allá, no reaccionaron, no se movieron. Era justo justo clase media. Pequeños comerciantes, gente que tenía un profesión, un grupo de geólogos, pero empleados, de la CONEA, Mempo Giardinelli que tenía un grupo también, docentes del sindicato, la CTERA digamos [...] Hubo cambios cuando se decidió trabajar en las zonas marginales...la gente de clase media se fue yendo [...] Me llamó la atención que todas las organizaciones de DDHH, HIJOS, etc. no participaron... por ceguera...y sectarismo.

A diferencia de las experiencias de Parque Avellaneda y San Telmo, en Mendoza la asamblea comienza siendo de clase media pero luego de agotada la instancia de la movilización contra la “clase política”, la decisión “militante” de trabajar en los barrios populares, lleva a la deserción de la casi totalidad de sus miembros.

El fenómeno de las asambleas compuestas mayoritariamente por clases populares demuestra que este tipo de movimientos sociales no puede tener una adscripción clasista *per se*. Sin embargo, el hecho fundamental de que no existen asambleas mínimamente mixtas o heterogéneas, sino que existen asambleas largamente de clase media y asambleas largamente de clases populares, muestra también la vigencia de ejes clasistas muy fuertes. Es claro entonces que las asambleas parecen ser un formato de organización y acción flexible y que pueden adoptar contenidos de clase distintos pero difícilmente mezclados. Veremos más adelante que las críticas entre estos dos tipos de asambleas son bastante duras. Las clases populares pueden aprovechar un formato de organización o movilización ciertamente legitimada a partir de la movilización de las clases medias y a éstas se les hace complicado poder compartirlo como espacio de acción y organización colectiva común.

El carácter sensible del contenido de clase de las asambleas se manifiesta también nítidamente en que en una enorme mayoría de documentos, manifiestos, declaraciones, impera un discurso englobador y disimulador de contradicciones en torno a categorías que encubren las diferencias clasistas: “ciudadano”, “trabajador”, “campo popular”, “pueblo”. En la documentación de las asambleas se observa una clara preferencia por formas de enunciarse sin registrar marcas sociales. La diferenciación se busca respecto a la clase política, la concentración económica, la corrupción, es decir, respecto a las élites o las clases dominantes, pero resguardando hacia dentro una dosis elevada de amplitud que permita una interpelación multclasista. El encubrimiento de lugares de enunciación marcados por términos de “clase” se logra a partir de las categorías de “vecino” y de “ciudadano” que son prácticamente universales en todos los documentos estudiados.

En la mayoría del material documental analizado, el lugar de enunciación del “asambleísta” combina dos recursos. Por un lado, apela a figuras que evaden la identificación del enunciador por posición social e invocan categorías relacionadas con formas de

conciencia: “ciudadanos concientes”, “críticos”, “con coraje cívico”, “dispuestos a luchar por el bien común”, “capaces de compartir”, “de pensar en los demás”, etc. Por otro lado, cuando no se evade la identificación por posición social, se la formula como una larga lista de figuras sociales (obreros, docentes, profesionales, comerciantes, estudiantes, etc.) en donde la única definición es que se omiten los empresarios o se aclara “pequeños y medianos” comerciantes o empresarios.

Un caso típico lo da la publicación periódica de la Asamblea Ovidio Lagos de Rosario, “La Voz del Rioba”. En el N°3 del 7/04/02, bajo el título “¿Qué son las asambleas?”, se contesta con una frase bien gráfica “Sabemos todos que asistir [a la asamblea] significa deponer el Yo por el Nosotros”, sin hacer una sola referencia a sectores sociales o intereses colectivos. La asamblea se convierte en un “hecho actitudinal” mucho más allá de las posiciones de clase, muchas veces aunque no siempre, acompañado de una lectura y una intencionalidad política. En algunas otras referencias dentro de esta publicación aparecen menciones a la clase media pero siempre como “víctima” o perjudicada y no como objeto de interpelación o como posible sujeto político o social. Por ejemplo, en el N°5 del 22/04/02 se lee: “A la mal llamada clase media también le llegó el turno con este modelo salvaje del que no se salva nadie...” donde aparece la figura de “víctima inesperada” que no deja de tener un cierto tinte peyorativo.

En los documentos de muchas asambleas con discursos militantes más de neozquierda como las de Almagro y Florida Este, también aparecen críticas a veces feroces contra “la clase media” y sus volubilidades e indefiniciones. En muchos casos la composición de clase media se representa como algo en sí mismo no reivindicable o directamente como una indeseable limitación.

Quizás el único documento en donde la posición del enunciador se hace de manera nítida en términos clasistas tajantes es en la asamblea de San Telmo. Su manifiesto fundacional menciona a los miembros

[...] como trabajadores ocupados, sub-ocupados y desocupados, inquilinos y habitantes de hoteles, casas tomadas e inquilinatos- pequeños comerciantes empobrecidos, estudiantes e intelectuales comprometidos con el pueblo, católicos, evangelistas, agnósticos; compañeros de diferentes orígenes políticos de San Telmo, Monserrat y sus zonas vecinas. (Objetivos de la Asamblea de San Telmo, 2003)

Además se establece como objetivo la “organización territorial que se propone agrupar a los humildes y desposeídos de la zona... independiente de cualquier aparato estatal y de cualquier partido político” y se define como una organización “democrática y plural”, mostrando un claro posicionamiento centrado taxativamente en las clases populares, que parece excluir las demandas más típicas de las capas medias. La Asamblea de San Telmo en

cierto punto es una asamblea con un discurso “anticlasmedia” que no se repite, por ejemplo, en la asamblea de Parque Avellaneda también compuesta por clases populares.

En nuestras entrevistas surge una presencia nada despreciable de sectores que detentan posiciones altas (profesionales en empresas grandes, intelectuales, artistas, directivos, jerárquicos). En los documentos y en el discurso de los entrevistados, esta presencia es en cierto punto diluida dentro de la “heterogeneidad” pero no pasa desapercibida para los no participantes y los antagonistas entrevistados, para los cuales la presencia de la clase media alta “salta a la vista”. La percepción desde fuera de los movimientos también se asienta significativamente en criterios clasistas sumamente esquemáticos.

En la Asamblea Ovidio Lagos la visión de los vecinos no participantes es más agudamente clasista. Nora habla de manera directa de “la otra gente” “y no de la gente como yo que vive de su laburo”.

La que salió fue la clase media de los barrios más pudientes de la ciudad. Una noche que salíamos a hacer cacerolazo [...] volví a mi casa con esta impresión... estuve participando con gente “como uno viste” [simulando la entonación] con esa gente con la que jamás habría pensado que saldría a protestar.

Otro testimonio semejante es el de Nuri, que enfatiza “La gente de clase media y media alta que querían demostrar que eran pueblo” denunciando de manera bastante indirecta una suerte de “impostura” en estos posicionamientos de la clase media en la calle.

Para los antagonistas la imputación de clase media acomodada es también una manera de ácida descalificación. Natalia, 29 años, dueña de un bar en el que se intentaban reunir, contra su pesar los asambleístas, tiene también una impresión semejante: “Fue la clase media a la que nunca le faltó nada y que le empezó a faltar algo”. Su fuerte percepción clasista se basa en la motivación económica egoísta: “Claro, como ahora los tocaron a ellos, entonces, por eso saltan y quieren que venga el fin del mundo” que lleva a descalificar las reacciones de estos sectores. En algunos testimonios también en Capital aparecen estos elementos atribuidos a la crisis “la pérdida de algunos privilegios de las clases medias”, como si la crisis tuviera una paradójica consecuencia igualadora. En Palermo y Florida, los no participantes en cambio elogian las acciones y consideran a los asambleístas como “vecinos” o “gente de trabajo”.

Los ahorristas: la mimetización hacia abajo

En el caso de los ahorristas las entrevistas muestran un discurso que intenta no deslindar a las clases populares del tema del corralito, y un esmero en presentarse como partes del hombre común, honesto trabajador y comprometido ciudadano. El desesperado intento persuasivo y legitimador de los ahorristas pasaba por tomar distancias con las clases altas y con los especuladores.

¡¡¡Que no nos confundan con banqueros!!!! Ni con especuladores. Tampoco con ricos, con gente desahogada porque se creen que por estar enganchada en el corralito toda la gente es pudiente y no es así.

La caracterización de clase media surge entonces como una diferenciación tajante de las clases altas y también es objeto de acercamientos simbólicos con las clases populares y la clase trabajadora. La heterogeneidad de las clases medias¹² también aparece repetidamente en el discurso de los ahorristas pero sirviendo a una estrategia de solapamiento con las clases populares.

En algunos esta estrategia era directa y nítida: no se plantea ninguna diferencia entre “trabajadores” y pertenencia de clase media. Eduardo, 58, constructor y Jerónimo, 32, comerciante, ambos de Mar del Plata coinciden en que eran “trabajadores a los que le afanaron la guita, es decir: clase media, comerciantes... jubilados.” En donde claramente la identidad de trabajador se pega, o al menos no entra en contradicción, con la de clase media.

En otros hay una afirmación más tradicional de la clase media. En las expresiones de Claudio Padra aparece un nítido desglose social a escala local.

Éramos gente de clase media que no teníamos mucha plata... parece que los que más plata tenían se enteraron de lo que iba a pasar, ja, ja. En ningún momento aparecieron los dueños de los grandes hoteles ni la gente pudiente de Bariloche.

Los intentos de atenuar retóricamente el peso de la referencia de “clase media” son permanentes enfatizando aún más la proximidad con las clases populares o la gente de bajos recursos.

Todos clase media, media, media y hasta por ahí nomás...Acá hubo nada más que dos personas que tenían montos millonarios... (Martha Abacchián, Mar del Plata)

La primera reunión que fui me quedé helado al ver que la mayoría era de clase baja...y el resto que éramos gente que tenía confiscado el dinero para el trabajo...pequeños comerciantes que los agarraron con dinero en tránsito. Algunos profesionales, médicos con guardapolvo en algunas marchas y pará de contar... (Pedro Di Ranni, Mar del Plata)

Contrariamente a lo que ocurría con los asambleístas, entre los ahorristas son minoritarias las referencias a la crisis social o al empobrecimiento de la clase media¹³.

La visión dada desde afuera de los grupos, desde antagonistas o ahorristas no participantes, le atribuye a los movilizados una pertenencia de “clase media”, aunque muchos también les agregaran “atenuantes”: “media baja”, “ahorristas pero pequeños”, “gente que vivía de eso”, etc. En esto vale marcar la diferencia con los asambleístas: las referencias de los no participantes a las clases altas son mucho menores para el caso de los ahorristas. La

¹² Patricia Rocca, ahorrista de ABAE, afirmaba que la diferencia entre los ahorristas y los piqueteros era que “los piqueteros son todos iguales y nosotros éramos todos distintos” para explicar las dificultades organizativas y el individualismo.

¹³ Todas aquellas caracterizaciones que justifiquen medidas de emergencia son vistas con aprensión por la mayor parte de los ahorristas. Como veremos más adelante, a los ahorristas no les gusta aparecer como víctimas de una serie de procesos sino de una “maniobra” y parte de la argumentación de los movilizados para defender sus intereses es la negación de la crisis.

percepción de los movimientos de ahorristas tuvo una imagen más “clase media-media y clase media-baja” que las asambleas y los cacerolazos.

Alfredo López, Juez Federal de Mar del Plata, da a entender mencionando los montos reclamados en los expedientes judiciales que los ahorristas eran una población no pudiente pero con una mínima capacidad de ahorro.

La gran mayoría era gente de clase media, ni siquiera de media alta. Las sumas grandes fueron retiradas antes que se produjera el corralito. Había alguna suma grande principalmente de alguna empresa pero muy poca. Una estimación del 50% menor a 10 mil y el 45% en 10 a 50 mil.

Los testimonios de ahorristas no participantes, bancarios y policías van en el mismo sentido.

La única excepción es Damián, 22 años, empleado del HSBC y delegado sindical, que tiene una percepción distinta a la del Juez López.

Clase media.... media-media...y hasta media alta...porque nosotros veíamos que muchos de los que venían a escrachar el banco desahorados tenían depósitos de 50, 100 o 200 mil dólares, que algunos tenían empresas constructoras, cadenas de comercios y estaciones de servicios con cuentas con movimientos diarios muy grandes y... la verdad nos daba bronca

El análisis de la documentación de los ahorristas es aún más nítido en el intento de evitar posicionamientos basados en marcas de clase que puedan entorpecer la estrategia de mimetización.

En la Presentación del portal de Ahorristas Bancarios Argentinos Estafados (ABAE) (www.AhorristasEstafados.com.ar) aparece:

Dedicamos esta página a un movimiento popular autoconvocado que nació en la Ciudad de Buenos Aires bajo el dolor y la indignación de miles de argentinos que fueron víctimas de una maniobra defraudatoria realizada por el Gobierno Nacional y por el denominado Sistema Financiero [...]

La referencia a “movimiento popular” es una estrategia de marcar distancias/cercanías de clase inclusivas que difumine la posibilidad de ser etiquetados como “clase media”. En tanto que víctimas de una maniobra que abarca a “muchos” o “casi todos” y no de un sistema en crisis que afecta a “clases”, la estrategia es de una interpelación abarcativa en donde se pierden completamente las fronteras de clase. Este tipo de expresiones como “movimiento popular” es completamente ajeno al discurso de los entrevistados aunque, como veremos oportunamente, la estrategia de mimetización con las clases populares, y evitación del autoposicionamiento, también aparecen en los testimonios. En este documento reaparece la “desconfianza” hacia la clase media. El marco movilizador que propone el documento apela al “coraje” y la “conciencia”, pero elípticamente le atribuye a la “clase media” justamente la falta de coraje y la falta de conciencia.

Entre los Ahorristas Platenses la estrategia apunta a delinear algo más definido en términos de clase, aunque mediante el expediente discursivo de enumerar un rango amplio de

sectores. En la presentación del portal (<http://www.ahorristasplatenses.8m.net/>) aparece lo siguiente

Al fin de cuentas ¿qué otra cosa que reunión de esos sectores somos los ahorristas?, nosotros mismos desocupados, profesionales, docentes, jubilados, estudiantes, amas de casa o pequeños empresarios cuyo pecado mortal era no ser tan pobres [...]

Con esta enumeración no tan amplia se ensaya la visión del “pueblo no tan pobre” en donde hay una doble victimización: son pueblo, clases populares, y además “todavía tienen algo que pueden sacarles”.

El caso de la web de AARA (www.aara.org.ar) adopta una estrategia bastante directa de “mimetización”: colgaron “casos personales” en donde hay un inocultable intento de “dramatizar” las situación social de gente que por su rango ocupacional se asocia a la clase media profesional. El 23/11/2003 aparecían textos como éste:

Juan Carlos Q. 73 años, jubilado funcionario de una gran empresa; Elena R. 51 años, socióloga que tuvo que vender su casa familiar para sobrevivir porque estaba desocupada; Juan Carlos F. 57 años, administrador de empresas desocupado que tenía indemnizaciones de él y de la mujer; Alejandro M. 44 años, desocupado, indemnización de una empresa de informática, y mi mujer cobra un plan Jefes y Jefas y trabaja como portera (sic)

Se observa esta intención de exacerbar la idea de indefensión. Incluso, los mismos bonistas son presentados como una “clase media” que ha quedado completamente descapitalizada y que pasa por dramas semejantes a los de las clases populares. Los “bonos” no serían inversiones sino “un último recurso” para asegurarse una vejez digna.

En el mismo website de AARA, en la Sección Actividades de Marzo/03 se transcribe una nota periodística donde un dirigente de los bonistas, Andrés Mac Gaul, los describe como “los plomeros y carpinteros norteamericanos que decía representar el ex Secretario del Tesoro Paul O’Neill”, dando lugar a una inusitada estrategia de mimetización con las clases populares del Primer Mundo como forma de legitimar reclamos.

Un último aspecto a tener en cuenta que brinda nuevos elementos de análisis de la percepción clasista es la cuestión de la autoidentificación de pertenencia de clase (Pregunta N°64 de la Guía de Asambleas). Como puede verse en la Tabla 5 del Anexo, mientras los ahorristas se refugian en una autoatribución individual de su condición de trabajadores, los assembleístas se asumen en partes iguales como clase media y como trabajadores. El caso de los ahorristas es paradójico y muestra el papel “interesado” de las etiquetas de clase: varios de ellos se autoatribuyen pertenencias de clases trabajadoras o populares pero cuando tienen que describir el grupo lo hacen mucho más apelando a “clases medias”. Los assembleístas se esfuerzan por enfatizar la heterogeneidad interna cuando intentan describir al movimiento pero son mucho más estrictos para autoatribuirse individualmente la condición de clase media. Como veremos más adelante, la definición de intereses, la legitimación de los

propósitos de ambos movimientos juega un papel importante en los modos de enunciación de identidades desacopladas individuales y colectivas. Para los ahorristas individualmente conviene legitimar el reclamo desde posiciones tan indefensas como las de las clases populares aunque su percepción del grupo sea de clase media. Para los assembleístas no conviene que la imagen de los grupos pueda confundirlos con la de “descontentos opulentos alejados del pueblo”, pero individualmente prefieren asumirse como dotados de poderes causales suficientes para sostener un capital simbólico que no puede apoyarse en situaciones de indefensión, dependencia o vulnerabilidad extrema.

Poderes burocráticos y poderes educativos

Si tomamos el subuniverso de pequeña burguesía y clases medias altas vemos una tendencia al predominio de los sectores de actividad “desmercantilizados” entre los assembleístas y más presencia de sectores mercantilizados entre los ahorristas. El peso de los estudiantes universitarios, docentes y otros profesionales de servicios sociales (médicos, psicólogos, farmacéuticos) es importante entre los assembleístas, mientras economistas, contadores, ingenieros, arquitectos y abogados son importantes entre los ahorristas. Hasta en esta cuestión de las profesiones hay cierto contraste entre ambos movimientos: hay un sesgo entre servicios sociales y servicios al capital que recuerda los *clivages* señalados por las teorías de la nueva clase y los nuevos movimientos sociales.

En términos de poderes organizacionales activos, es decir, poderes derivados de las posiciones de mando o autoridad en las organizaciones e instituciones hay un gran déficit en ambos movimientos. No se registran miembros jerárquicos o intermedios activos en ninguno de los dos movimientos. La ausencia de cuadros de grandes empresas entre los grupos movilizados, salvo Mc Gaul y algunos otros nucleados exclusivamente en la casi imperceptible ADAPD (Asociación de Damnificados por la Pesificación y el Default) que no adhería a protestas ni se movilizaba, y el largo predominio de profesionales asalariados no directivos, cuadros técnicos, o profesionales autónomos, muestra esta carencia de poderes organizacionales activos.

El fenómeno significativo, en cambio, es la fuerte presencia de retirados, jubilados, o profesionales autónomos con experiencia gerencial o de jefatura anteriores. Desde ex gerentes de grandes empresas, hasta ex funcionarios retirados de la administración pública o de establecimientos educativos, pasando por cargos políticos municipales, supervisores, encargados o rangos medios. Estos perfiles ocupacionales se concentran sobre todo en los niveles de participación más altos de los movimientos: los participantes más activos (voceros, responsables de actividades, miembros iniciadores, etc.) son casi en un 37% ex depositarios de poderes organizacionales. La presencia de jubilados como ex detentadores de poderes

organizacionales es un rasgo muy importante para entender la movilización de poderes causales en el marco de la organización y la acción colectiva. Los poderes burocráticos desactivados son un reservorio de habilidades que pueden ser redireccionadas en los procesos de movilización.

El análisis de las distribuciones de capital educativo da lugar a contrastes muy importantes: las asambleas tienen visiblemente niveles educativos superiores, salvo en el nivel de posgrado universitario, como puede verse en la Tabla 4 del Anexo (p. 10). La participación de estudiantes y docentes universitarios es un rasgo típico de las asambleas que no aparece entre los ahorristas. Casi el 70% de los participantes asambleístas tiene algún grado de educación superior, mientras que en los ahorristas es apenas el 35%. Es evidente entonces la heterogeneidad de capitales disponibles y poderes causales movilizables que recuerda a los planteos de Bourdieu: el capital económico predomina en el caso de los ahorristas y el educativo en el caso de los asambleístas. Las calificaciones profesionales en la empresa privada y la propiedad económica comercial de la pequeña burguesía, por un lado, y el capital cultural asociado a las instituciones educativas, académicas, y de otros servicios sociales, por el otro. Las implicancias de esta cuestión son enormes en todos los aspectos de estructuración de los movimientos desde el reclutamiento hasta las formas de acción, de conciencia y de definición de intereses y demandas (capital simbólico).

El capital político, los antecedentes de experiencia en participación

El primer aspecto a remarcar es que el 70 % de los asambleístas y el 53,1% de los ahorristas participantes entrevistados tienen al menos una experiencia de participación anterior en protestas u organizaciones sociales o políticas, cifra que contrasta con los bajos porcentajes de antecedentes de participación (alrededor del 15 al 20%) que arrojaba la encuesta sobre las bases de apoyo de ambos movimientos. Es claro entonces, que la movilización contribuyó a activar reservas de capital político y que tienden a movilizarse aquéllos que ya tienen mayores antecedentes o experiencia.

Tal como puede verse en la Tabla 6 del Anexo (p. 11), los asambleístas tienen mayor interés y mayor experiencia de participación organizada a nivel estudiantil, sindical y político. En cambio los ahorristas concentran sus antecedentes en la experiencia estudiantil (21,9%) y un poco de participación social comunitaria (12,5%).

El peso de los antecedentes de militancia o influencia familiar fue señalado por Di Marco y ot. (2003:127) quien sobre 70 entrevistados encuentra un 60% con antecedentes de militancia previa propia o de los padres. Los autores mencionan el hallazgo de “reservas de

militancia oculta por sucesión de fracasos políticos”, y también muchos antecedentes de experiencia estudiantil (ib ídem, 145).

El stock de capital político debe consignarse exclusivamente en estado incorporado ya que casi todos fueron ex participantes o integrantes de organizaciones políticas o sindicales, es decir juega exclusivamente en términos de habitus o experiencia transferible. Este dato es importante porque tiende a demostrar que entre las asambleas seleccionadas aquéllos que disponen de estos antecedentes y experiencias parecen vivirla como incompatible o incluso enfrentada a la participación en partidos o sindicatos.

Otro dato que marca gruesas diferencias es el relacionado con los antecedentes o posibles herencias familiares de interés o motivación por la participación social o política. Mientras entre los ahorristas, el 62.5% declara no sentir ninguna influencia familiar de este tipo, el 74.9% de los asambleístas declara lo contrario. Es notorio que la carga de antecedentes familiares es completamente distinta entre unos y otros. Incluso es relativamente elevada esta influencia de padres o familiares cercanos en materia de participación directamente política: el 26,1%, frente apenas el 9.4% entre los ahorristas.

En este punto es muy importante el detalle que brindan los elementos cualitativos de las entrevistas. En ellas sobresalen algunas cuestiones puntuales que vale la pena reseñar.

1) El peso de la militancia “dura” de los ’70 cuya presencia se extiende incluso... ¡a algunos participantes de los ahorristas! Los casos de Ramón de la Asamblea Ovidio Lagos, y de Rubén de Belgrano que pueden verse en el Anexo (p. 5 y 6) son elocuentes. El caso de Kalauz que es un bonista de AARA es aún más llamativo. Pero además de estos testimonios directos también es importante la cantidad de referencias de los entrevistados acerca de la presencia de “los viejos militantes de los ‘70” en las asambleas. Luciana de la A. Gastón Rivas, insiste con el tema de la mezcla y las heterogeneidades de todo tipo y plantea esta situación con connotaciones intergeneracionales. El encuentro con estos viejos militantes tenía un impacto especial porque la influencia que ella recibía de sus padres era completamente distinta:

Mis viejos vivieron la rebeldía adolescente a full, son burgueses bohemios, rebohemios. “Súper new” así de otro tipo de enseñanza de educación. Pero no militancia.

En el mismo sentido va lo que dice Claudia, de la Asamblea de Palermo:

Era muy interesante que participaba gente con experiencia militante en los ‘70, gente que tenía historia y que había sufrido primero el exilio o el exilio interno y luego el exilio económico con Menem, que estaban destrozados. Muchos de ellos hasta ese momento no tenían participación política.

Las asambleas se convirtieron en una instancia que permitió retornarlos a la participación luego de una laguna que duró décadas.

Asimismo, hay que extender la incidencia del capital político acuñado en los '70 a las influencias familiares y parentales. Di Marco también registra numerosas entrevistas donde el tema del “ethos familiar” de politización ocupa un lugar importante. En varios testimonios se reconocen influencias de familiares o parientes cercanos que militaron en aquella época.

Jimena, de la Asamblea de Bajo Belgrano.

Mi papá era gremialista docente. No vivía más con mi mamá por eso puedo participar [...] ella no aceptaba que yo participara... porque a mi viejo casi lo habían chupado durante la dictadura.

Incluso un militante avezado como Gustavo Vera de la Asamblea de Parque Avellaneda reconoce que “Hay una tradición familiar no muy grande. Mi primo montonero, exiliado, otro primo del PC. “

2) En conexión con esto, parte de la experiencia o los antecedentes de la participación están emparentados con las luchas por los derechos humanos, o la lucha antidictatorial y por la democracia. Por ejemplo, Martha Abacchián de Ahorristas marplatenses dice:

Ni bien empezó la democracia, a los 18 años fui a marchas, en el 83. Festejamos por Alfonsín en realidad por la vuelta de la democracia. Influyó mucho en el compromiso en toda la vida... nada me es indiferente... yo voy a marchar pero no con Blumberg.

Sería redundante mencionar la cantidad de antecedentes de participación en marchas por los DDHH o contra la dictadura después de Malvinas que mencionan varios de los asambleístas entrevistados (ver Claudia de Palermo, y otros en Anexo, p. 6).

3) Los desilusionados de la izquierda militante partidaria tradicional son también una categoría significativa. Es un tópico muy abordado por la investigación sobre las asambleas, especialmente por Lewkowicz (2004) y por Di Marco (2003). Para esta última se hace patente el tema de la militancia bajo el *clivage* “izquierda partidaria vs. izquierda inorgánica o social”. En Lewkowicz aparece tematizado como el militante “sin partido” o el intelectual “sin partido”. También aparece entre varios entrevistados una suerte de reivindicación del militante sin partido y la “militancia oculta” como actividad del “construir más cotidiano” (Di Marco, 2003:123). Aparece entonces una nueva mixtura entre los jóvenes de familias politizadas e hijos de militantes, muchas veces desilusionados o críticos de las formas de participación heredadas, y los provenientes de familias no politizadas que se debaten entre el temor a la manipulación y la crítica cultural al “desinterés” y la pasividad o la apatía. (Di Marco, 2003:135)

Agustín de la Ovidio Lagos no obstante rescata el papel dentro de la asamblea de los militantes con experiencia previa.

La gente que pudo organizarse para eso me parece que fue la gente que tenía militancia de antes, gente que se había desilusionado con los partidos de izquierda, que no querían saber más nada con las estructuras partidarias. Eran ex militantes desilusionados, gente del peronismo, de distintos partidos de izquierda.

Aunque el fenómeno de la militancia “desilusionada” es tratado algo apologéticamente en varios testimonios que la relacionan con la pureza, la superación de las “taras” de la izquierda, etc., en otros se plantean sus aspectos negativos. Para Claudia se trata de un “fenómeno de la participación turística... Por una suerte de militante sin resolución de la cuestión de su militancia.” En gran medida las asambleas fueron lugares de reelaboración y problematización de la militancia de izquierda pero “a expensas de la vida misma de la asamblea”.

4) También se registraron algunas visiones más cercanas a la izquierda tradicional, sobre todo entre algunos participantes de mayor edad (ver ejemplo de Carlos Duzán de Ovidio Lagos y de Jorge de Gastón Rivas en el Anexo). En estos casos, los testimonios de antecedentes en las expresiones tradicionales de la izquierda argentina se asocian a la cuestión de los antecedentes frente al peronismo. Un cuarto de los entrevistados tiene la particularidad de que se refieren a las influencias familiares teñidas de “antiperonismo”. Algunos se reconocen como hijos de familias “gorilas” y otros como “filo radicales por antiperonistas”. En cambio, los entrevistados con antecedentes e influencias desde el peronismo se ven más en los miembros de clases populares y de clases medias bajas (ver casos de Sra. de Ruiz, Argelia Cruz, en Anexo).

5) La experiencia en la lucha antimenemista también es una vertiente mencionada como capital político previo. Aquí aparece la novedad que parte de estos antecedentes son justamente de los miembros de clases populares tanto de ahorristas como de assembleístas (ver los casos de Fanny y de Agustín en el Anexo). Las experiencias de lucha reivindicativa y contacto con los medios de comunicación sin dudas son un capital político importante que, como veremos, les permitió a ciertos miembros de clases populares ocupar posiciones de liderazgo de hecho aun dentro de los grupos de ahorristas. Asimismo, varios de los militantes de las asambleas de San Telmo y Parque Avellaneda tienen experiencias en sindicatos industriales y de docentes.

6) Hay una cantidad de participantes que tienen mucha más experiencia en organizaciones sociales, sectoriales, comunales o barriales, de carácter no reivindicativo. (Ver los casos de Bruno y Fabián en el Anexo). En los perfiles de varios de los miembros de los ahorristas marplatenses aparecen todo tipo de organizaciones sociales, desde clubes de pelota vasca, hasta centros culturales y asociaciones comunitarias españolas o italianas, sociedades de fomento, cámaras comerciales, etc. Algunos de estos tipos de participación se presentan como incompatibles con la participación política.

7) Reconvertidos o vírgenes. Acá tendríamos una especie de categoría de “bautismos de fuego”, de reconversiones de ex reaccionarios o conservadores, mostrando que el involucrarse

en la acción colectiva conlleva fuertes efectos sobre las formas de percibir la propia posición ante los acontecimientos. Di Marco y ot. (2003: 133) señala la figura de las “mujeres con voz“, y el repetido testimonio de “antes yo miraba TV ¿viste?” como forma de remarcar el cambio subjetivo que sobreviene con la participación colectiva. En el mismo sentido en nuestras entrevistas aparece Gabriela, de la Asamblea de Almagro, diciendo que

...hasta los 38 años era la Señora Gorda del barrio. Ama de casa que veía la vida por TV. Antes del 19 de diciembre mi experiencia en marchas era en las marchas de Corpus Christi, jua, jua.

Por supuesto también existen varones adultos en condiciones semejantes. Marcelo Wakstein, uno de los iniciadores del movimiento de ahorrista de Capital sólo acredita una experiencia anterior.

Cuando estaba con la secundaria salí por el golpe militar en Chile, con los estudiantes y nunca más participé políticamente hasta ahora.

En el mismo sentido, pero en un segmento de la clase media alta, Báez Silva, de AARA, también reconoce la importancia de la experiencia de participación de una forma culpógena.

Nunca participé. Aunque hable mal de mí en el año '78 durante el Mundial pasé por Plaza de Mayo que estaban las Madres y la TV alemana, y mi pensamiento fue “Cómo están hablando mal de la Argentina, una vez que podemos salir bien”. Lo que fue pasando en el país me fue sacando el cascarón que tenía en la cabeza.

Los testimonios de algunos integrantes de las asambleas o ahorristas de clases populares (ver los casos de Pamela Martínez de Parque Avellaneda o Gina Martínez de Ahorristas Platenses en el Anexo), muestran que la decisión de participar fue “forzada” por situaciones personales y familiares apremiantes.

Factores extraclásistas

Veamos dos factores ajenos a los determinantes de clase más comunes que han sobresalido en algunos testimonios biográficos en los relevamientos realizados (Ver una sistematización por codificación de campo en la Tabla 7 del Anexo, p.12).

La incidencia étnica y migratoria

Un 25% de los entrevistados señalan situaciones en las que las reivindicaciones o las acciones emprendidas se asocian a cuestiones de origen racial o condición migratoria. La autoidentificación como pertenecientes a familias de origen inmigratorio se da de dos formas: dentro de las clases populares como descendientes o pertenecientes a pueblos originarios (especialmente bolivianos y paraguayos). También en otros casos se señala la proveniencia de familias campesinas emigradas de provincias del interior del país.

Dentro de las clases medias aparecen algunos descendientes de inmigrantes europeos que realizan el clásico razonamiento referido a los ancestros que vinieron a “hacer” nuestro país, la necesidad de honrar su sacrificio, su honestidad, etc. Entre los entrevistados encontramos algunos con participación o antecedentes de participación en clubes y asociaciones de las comunidades italianas y españolas. El origen inmigratorio parece representar un plus de legitimidad al reclamo. En Mar del Plata, dos de los militantes más activos de avanzada edad todavía hablaban un castellano italianizado, y uno de ellos ni siquiera se había hecho ciudadano argentino luego de más de 50 años. En el caso de los hombres más jóvenes, aunque no tienen origen inmigratorio, sí invocan insistentemente la proveniencia de sus padres como una forma de justificar también el valor y el sacrificio que encarnan determinados patrimonios y sobre el que se representa la deuda generacional con ellos.

En el caso de las asambleas de bases populares, el componente étnico e inmigratorio es decisivo: son clases populares de nacionalidades limítrofes en su mayoría con el agravante de los problemas de documentación que les impide aprovechar oportunidades laborales y de acceso a la vivienda. Por las asambleas de San Telmo y Parque Avellaneda incluso hay referencias del paso de inmigrantes ilegales ucranianos que le agregaban “un toque de globalización a la asamblea”, dice con gracia Pablo.

Sin dudas, la situación de precariedad y vulnerabilidad maximizada por la crisis para estas minorías étnicas hace del formato de las asambleas un importante foco de atracción como única plataforma de defensa y promoción de sus demandas.

Pero la presencia de elementos étnicos y migratorios aparece también entre los ahorristas. Los casos de las ahorristas Argelia Cruz, tucumana descendiente de pueblos originarios, y Fanny Sanabria, que se reivindica como paraguaya, son característicos de esta circunstancia teniendo en cuenta que son dos de las principales referentes de los ahorristas y están al frente en los escraches en casi todas las movilizaciones¹⁴. Ambas incluso han sufrido consecuencias de la represión policial y la persecución judicial. La ausencia de otros poderes causales de defensa como el recurso a abogados, influencias, etc. hace que la única forma que las clases populares tengan para actuar en defensa de sus ahorros sea el recurso a la acción colectiva y el sumarse a los grupos existentes para obtener información y orientación.

Los multisocializados y las biografías traumáticas

A lo largo de los testimonios sobre las trayectorias vitales, aparecen algunos elementos que pueden relacionarse con los movimientos y que en términos de Lahire (2006) podrían

¹⁴ Entre los ahorristas de Mar del Plata hay referencias de la concurrencia a las primeras marchas de un descendiente de aborígenes llamado Reginaldo (Herrero y Mandiola, 2002:79).

plantearse como “pluralidad interna” de lo singular: algunos de los participantes más activos y destacados acreditan en su experiencia vital la exposición a procesos socializadores atípicos, a contextos no homogéneos, contradictorios, o la marca de acontecimientos inusuales o trágicos. Esto hace que la dotación de *habitus* sea más amplia y menos unificada en muchos de estos sujetos. Lahire recuerda que el individuo es impredecible por que está multisocializado y multideterminado, y en este sentido, es claro que las trayectorias vitales de los participantes pueden explicar algunas cuestiones: *habitus* adormecidos, activados por la crisis.

Esta multisocialización se ve por ejemplo en aquéllos que participaron en las experiencias de la militancia revolucionaria en los '70, como R. Saboulard, pero que reúnen en su biografía militante cosas tan contrastantes como el PRT, la Red Solidaria y los Clubes del Trueque, en distintas épocas.

Otros, como Marcelo Wackstein con su paso por el teatro vocacional en su juventud, demuestran que existe una transferibilidad de habilidades o destrezas sociales que las situaciones de enfrentamiento o lucha tienden a activar o movilizar. Aun un personaje profesionalmente encumbrado como Di Renato, con una vasta experiencia en la dirección empresarial, reactiva viejas experiencias del '68 cuando era estudiante becado en Italia.

Hay casos como los de Fanny, Pamela, Susana o Argelia con sus experiencias de vidas plagadas de hechos traumáticos (muertes trágicas de hijos, de maridos, prematuras experiencias de desarraigo y de explotación, o haber enviudado por la guerra de Malvinas). En otros casos, estas biografías divergentes se combinan con contactos o roce cotidiano con las clases altas por el trabajo en el servicio doméstico o haber formado parejas con profesionales, o comerciantes. El paso por contextos socializadores heterogéneos inculca *habitus* diversos y contradictorios que pueden ser reactivados en situaciones de lucha y desesperación.

Entre los ahorristas aparecen, también como factores importantes, la experiencia de haber vivido en el exterior, o haber conocido otros países por cuestiones laborales. En este caso es muy común considerar el recurso a la protesta como legítimo ya que “solamente acá pasan estas cosas y la gente no hace nada...Afuera sale todo el mundo por muchísimo menos”, decía un bonista de AARA. También entre los assembleístas aparecen legitimaciones adicionales de la movilización cacerolera y las asambleas, basadas en la “modernización” de la política y la participación ciudadana, que se ven en otros países como Francia o Italia.

Capítulo V

La lógica clasista en la formación de intereses y demandas

Los enmarcamientos interpretativos de la crisis

Desde el enfoque de análisis de marcos interpretativos (Snow, 2006; Amparán, 2006; Rivas, 1998) la visión de los años '90 constituyen pilares fundamentales de lo que se entiende como “marco diagnóstico” y de la definición de intereses de los ahorristas y asambleístas movilizadas. El tema de la crisis del 2001 y el menemismo son piedras de toque sensibles que diferencian de manera bastante nítida ambos movimientos y dan lugar a una amplia gama de posicionamientos.

Los años '90 y el menemismo

El consenso universal es que los años '90 fueron dañinos y perjudiciales pero los procesos de enmarcado por los que se identifican los factores negativos son en extremo variados y meandrosos. En una gran cantidad de nuestros testimonios, los '90 aparecen bajo la forma general de la ambigüedad polarizada: valorizados -uno podría exclamar sorprendentemente valorizados incluso por los más críticos- en múltiples aspectos y repudiados en otros tantos y a veces en esos mismos aspectos valorizados.

Tal como desarrollan otros trabajos sobre las clases medias urbanas (Tevik, 2007), entre los entrevistados de clases medias profesionales y pequeña burguesía aparece una fuerte conciencia del acceso a la modernidad del consumo (viajes, nuevas tecnologías, autos, marcas internacionales, globalización de gustos, hipertrofia de los medios de comunicación, e incluso el libre acceso a la dolarización de la acumulación) que en otros periodos se lo veía “sólo para los de arriba”¹. En menor medida aparece otro elemento laudatorio hacia los años '90: la reducción de la dependencia de la situación personal respecto a las medidas de los gobiernos. En la reducción del estado intervencionista se veían menores restricciones y condicionamientos a la iniciativa individual y en la desregulación mayores oportunidades de ascenso. El imaginario de independencia del estado centrado en la educación privada de los hijos, la carrera corporativa o el negocio propio, también aparece en algunos testimonios junto al peso del núcleo familiar como pertenencia y lealtad fundamental.

La imagen de unos años '90 repudiados o rechazados sin matices casi no existe y sin embargo queda muy claro que una gran mayoría de los testimonios (aunque lejos de la unanimidad) demonizan o se posicionan con juicios muy negativos. Por otra parte, las ambivalencias valorativas no son ni con mucho dominio de las clases medias, dado que también aparecen entre los entrevistados de clases populares.

¹ En este sentido es acertada la apreciación de que durante la etapa expansiva de las políticas neoliberales el mercado parecía poder universalizar derechos y algunos accesos a bienes de la modernización más eficazmente que el estado desarrollista (Cocco y Negri, 2006: 205).

El procesamiento simbólico, la resignificación de los años '90 y las experiencias de logros y fracasos personales o familiares, contiene elementos muy importantes para el análisis clasista ya que está muy presente en buena parte de los testimonios la “responsabilidad” o directamente “la culpa” de la clase media en lo ocurrido en esos años. De esta manera las evaluaciones de muchos entrevistados acerca del tema se parecen a una suerte de “autocrítica”, “arrepentimiento”, a través de una serie de tipos específicos de recursos retóricos: engaño, ilusión, idiotez, etc. Intentaremos avanzar en una sistematización de posiciones detectando los núcleos fundamentales de las visiones clasistas sobre los sellos y las marcas de esta década controvertida.

Entre el éxito individual y el fracaso colectivo

El primer elemento de juicio empírico que hay que remarcar es el claro contraste entre ambos movimientos respecto a la situación personal o familiar durante los '90². En la Tabla 9 (p.13 del Anexo) se observa que, mientras el 47% de los ahorristas entrevistados ha pasado por situaciones buenas o muy favorables, sólo el 25% de los asambleístas dicen haber estado en esa situación. A la inversa, el 61% de los asambleístas asegura haber pasado por situaciones desfavorables contra la mitad de ese porcentaje entre los ahorristas. En definitiva los '90 parecen haber sido más positivos y menos negativos para los ahorristas que para los asambleístas. Aunque vale reiterar la prevención acerca de la carencia de representatividad estadística de estos datos, el peso de la mayoría de los testimonios indica que los grupos movilizados de ahorristas tienden a considerarse más beneficiados en los '90 y los grupos de asambleístas los más perjudicados.

Los cortes de clase ocupacional muestran también evaluaciones diferenciales en algún punto sorprendentes: las clases populares tienden a ser las menos descontentas con los años '90 y las clases medias bajas constituyen el núcleo duro de las damnificadas. Influye sobremanera en estas evaluaciones el hecho de que, buena parte de las clases populares de las asambleas de San Telmo y Avellaneda, hayan sido muy beneficiadas con el tipo de cambio de la Convertibilidad y la posibilidad que les otorgaba de enviar remesas y ayuda a sus familiares en los países de origen. En cambio, entre las clases medias asalariadas se registran los mayores niveles de reducción de ingresos y aumentos de la desocupación en aquellos años.

Si desglosamos por clase ocupacional entre los asambleístas participantes, la clase media baja y la pequeño burguesía en rangos superiores al 75% se declaran definitivamente desfavorecidas y constituyen el núcleo duro del antinoventismo. Entre los ahorristas el patrón

² Se dio un solo caso en el que la situación personal se consideraba mala mientras la situación familiar era favorable. En varios entrevistados se notó cierta reticencia a reconocer mejoras en la situación personal durante esos años, así como brindar información acerca de sus opiniones políticas y comportamiento electoral. Los datos de la Tabla 8 del Anexo (p. 12) muestran en líneas generales que en ninguno de los movimientos dejan de registrarse tendencias al ascenso ocupacional intergeneracional.

por clase ocupacional muestra un predominio mayor (57%) de los desfavorecidos entre la clase media baja, pero un llamativo crecimiento de los favorecidos y ambivalentes entre la pequeña burguesía y las clases medias altas.

Con respecto a la evaluación de los '90, para el país en su conjunto las entrevistas muestran un evidente desacople entre la situación particular y la situación general: el consenso que los '90 fueron deletéreos en términos colectivos es casi universal entre los asambleístas y muy extendido entre los ahorristas en donde se reducen los juicios positivos y aumentan sobre todo los ambivalentes. Las mismas tendencias se registran entre los entrevistados no participantes de los movimientos (Tabla 11 del Anexo, p. 14).

El fenómeno de desacople entre la situación “individual” y la percepción clara de “fracaso colectivo” es tan fuerte que hace irrelevantes los cortes de clase. Se extiende a las clases populares: el 100% de las clases populares entrevistadas perciben que para el país las políticas de los '90 fueron ambivalentes o negativas a pesar de que para buena parte de sus situaciones particulares fueron favorables. Incluso el 67% de las clases medias altas las consideró dañosas para el país.

Los elementos fundamentales de esta percepción de “fracaso colectivo” detectado en los testimonios son dos: a) la irrupción de la marginalidad y la exclusión social como fenómeno generalizado que produce fuerte inquietud en términos de “destino colectivo” y miedo a la inseguridad; y b) la degradación de las clases dirigentes a través de la corrupción y la banalización de las decisiones sobre los asuntos públicos.

Testimonios como “me avergüenza lo que ocurrió... pero a mí no me fue tan mal”; “mis viejos se mudaron a una casa más grande”; “la desocupación era una situación complicada pero si te la rebuscabas salías e incluso salías ganando” reaparecen en varias entrevistas³. No faltan tampoco quienes dicen haber “progresado” aun a sabiendas de que se estaba “rifando” el futuro, “vendiendo” el país, etc.

El noventismo residual

Entre los entrevistados son muy pocos los que reivindican las políticas de los '90 sin mayores reservas. El máximo adalid de la Convertibilidad es el referente platense Constantini Di Renato. Es evidente su entusiasta apoyo a las políticas de los '90 con un discurso naturalista y técnico en el que “lo político” (Menem) se asimila a una perturbación de una racionalidad económica benigna (Cavallo). Afirma entre otras cosas, que el régimen bimonetario de conversión “garantiza la estabilidad monetaria, impidió la hiperinflación y gracias a ella hay teléfonos y autopistas... el error de Menem fue echar a Cavallo”. Sin embargo, no es la única evaluación positiva. Argelia de Capital, una de las referentes de

³ En el mismo sentido ver testimonios recogidos por Shilman (2004: 258).

origen popular que llevaba adelante los escraches semanales a los bancos, sorprendentemente intenta también una defensa matizada de los tiempos menemistas:

Yo te voy a decir algo que no se ve [...] muchos de los ahorristas añoran que vuelva Menem, ¡muchos ehh! [...] Me dicen yo comía bife de cuadril, con 10\$ llenaba el carrito, hoy me muero de hambre [...] Yo te voy a decir algo, mi punto de vista ¿no?: la época de Menem tiene una parte buena y una parte mala, pongo en el balance un 50 y un 50, ahora los que vinieron destruyeron todo [...] En lugar de levantar lo que él hizo mal, destrozaron todo.

En forma semejante hay muchos otros testimonios de ahorristas que mezclan o relativizan méritos o falencias de las políticas de aquella época: “había desocupación pero no inflación”; “había corrupción pero el estado no se metía donde no debía”; “se vendieron las empresas públicas pero por fin había teléfonos que funcionaran”, e incluso: “se decretaron los indultos pero se suprimió el servicio militar y Seineldín terminó en cana”, etc. Una buena cantidad de entrevistados reconoce haber cambiado de opinión y haber pasado de un apoyo en su momento a una crítica posterior, situación que en menor medida también se presenta entre algunos asambleístas.

Gabriela, de la Asamblea de Almagro, por ejemplo, lo cuenta como un conflicto personal.

Tengo que hacer una confesión: yo sí creía en esas políticas de privatización [...] pensaba que las cosas iban a funcionar mejor, yo había vivido años en el exterior [...] Sí, también estaba horrorizada de la flexibilización que tiraba conquistas de los trabajadores. Yo viví esa contradicción y esa debilidad mental, ja, ja [...]

Otros entrevistados enfatizan que los beneficios inmediatos (“cambiar el auto”; “viajar al exterior”; “sacar un crédito para mudarse”) obnubilaron a muchos y se perdieron de vista o no se quisieron ver los costos futuros: “cuando llegó el momento de pagar la cuenta, ¡Ahí muchos pasaron del menemismo al antimenemismo en un segundo!” exclama Néstor de Florida Este.

Sin embargo el noventismo no siempre es residual, una inercia que viene del pasado. En algunos testimonios hay una clara revalorización de los '90 a partir de lo ocurrido después. El caso de Patricia Rocca, una activa ahorrista de Capital de clase alta, es notable.

Me acuerdo de que lo que más me dolió es los ferrocarriles, iba mucho al interior porque estuve casada con un ganadero [...] En los '90 era antimenemista feroz....aunque no puedas creerlo ¡nunca lo voté!. Lo iba a votar con el ballottage [...] lo que vino después fue peor...por lo menos era más simpático y con mejor gusto, y no éste que está todo el día enojado con mala onda. Un tipo y una mina que lo único que hacen es protestar y putearse con todo el mundo.

Este curioso menemismo retrospectivo demuestra la intercambiabilidad de juicios y posiciones, la flotabilidad de preferencias políticas, la insustancialidad de los criterios de apoyo o cuestionamiento sobre lo que volveremos más adelante.

La imputación de responsabilidades y el papel de las clases medias

Las explicaciones acerca del consenso que recibieron Menem y el conjunto de políticas que resultarían tan dañinas, es materia de divergencias y debates internos en las mismas asambleas. El involucramiento de las clases medias en las políticas de los '90 aparece en casi la totalidad de las entrevistas de participantes y no participantes.

En algunos se plantea directamente la responsabilización de las clases medias.

En los '90 la clase media apoyó...viajar, comprar importados, espejitos de colores. A mí no me extraña si ya había apoyado a Martínez de Hoz (Néstor de la Asamblea de Florida Este)

La combinación de la figura de los espejitos de colores y la oprobiosa acusación de complicidad con la política económica de la dictadura muestra una suerte de tremendismo pesimista acerca del comportamiento político de estos sectores. Este tipo de posiciones “culpabilistas” están presentes en otros testimonios semejantes.

En otros casos las responsabilidades que se imputan son aligeradas por diversos expedientes. Marta Abacchián, ahorrista marplatense, contaba las discusiones con su prima que votaba a Menem aunque se daba cuenta de que las cosas iban mal para el país.

¿Cómo vas a votar a Menem?...pero yo tengo que pagar la heladera y el televisor, me decía. No le importaba más que eso [...] y eso fue lo que mató, el individualismo... De alguna manera, todos fuimos culpables.

La misma figura de Menem se inviste en varios testimonios de cualidades que exacerban las que se le reconocen al peronismo: capacidad de engaño, vocación de poder, astucia, etc. Este par complementario aparece en algunos testimonios: una clase media maleable y un peronismo hábil e inescrupuloso, terminan explicando lo ocurrido en los '90.

El chiste del recuadro que aparece en un foro de Ahorristas, hace resaltar el lugar urticante y tenso que Menem tenía en aquellos momentos. El chiste juega con esta indefinición tácita: el amague inicial de que es posible que Menem pudiera concitar solidaridad y el remate final cuando el menemismo puede volver hasta en los propios hijos. La hipótesis de “obnubilación” por ciertos estímulos económicos, de ceguera inducida por “espejitos de colores”, aparece repetida

Un grupo de delincuentes, aprovechando un descuido de las fuerzas de seguridad, ha secuestrado al ex presidente argentino Carlos Saúl Menem. Están solicitando 100 millones de dólares por su liberación y si sus exigencias no son atendidas en 24 horas, amenazan con rociarlo con combustible y prenderle fuego. Estamos organizando una colecta, apelando a su humanidad para que colaboren con lo que puedan.

Hasta el momento hemos logrado reunir: 5800 litros de nafta, 1250 de querosén, 1700 cajas de fósforos y 200.000 encendedores. Aún así tememos que no sea suficiente, por ello todas las donaciones, por pequeñas que sean, serán bien recibidas. Envíen esta carta como mínimo a cinco personas más, ya que de lo contrario te podría suceder algo como lo que le pasó a un padre de familia que rompió la cadena y cuando llegó a casa, su hija le estaba esperando con un montón de autoadhesivos de Menem 2003 y quería que la acompañase a pegarlos por las calles. ¡¡¡Gracias de antemano por vuestra colaboración!!!

13/09/02 Yahoo Group Ahorristas Argentinos Estafados
<http://ar.groups.yahoo.com/group/ahorristasestafados/>

en muchos testimonios, sobre todo de aquellos participantes con mayor trayectoria militante: la clase media es voluble y sensible a estos estímulos menudos que se asocian a un

individualismo primitivo. Claudia, militante de la asamblea de Palermo, acusa a la “mentalidad clasemediera” por un lado, pero enfatiza también la imposición de un “modelo omnipresente que hegemonizó todas las prácticas...el que no se adaptaba quedaba afuera”.

Rubén de la Asamblea de Bajo Belgrano explica el apoyo a las políticas menemistas en que

[...] el éxito económico tranquiliza a mucha gente ¿viste?. Y Menem era un mentiroso hábil, ese discurso de clase media del “primer mundo”, ese olvidarse que ¡ajo el 50 % está marginado!, que se caga de hambre, aquello de “belindia” era una bomba de tiempo [...]

El eje discursivo del carácter “ilusorio”, “ficticio”, “falsa apariencia de éxito” de la Convertibilidad, y el “¿cómo no nos dimos cuenta?” atraviesa una enorme cantidad de entrevistas.

Entre los ahorristas, en general, el tipo de imputaciones a las clases medias varía bastante. Ya no se trata de “los espejitos de colores”, “estilos de vida seductores”, sino de engaño, tergiversación, y el único elemento culpabilizador de la clase media pasa a ser el individualismo, la pasividad, el desinterés por informarse, el dejarse llevar por la “fiesta”, la “farandulización” y el bastardeo de la política.

En muchas apreciaciones de los entrevistados aparece el individualismo como “encierro” que lleva a la ceguera, como hecho de conciencia que también se manifiesta en mayor exposición y sensibilidad a las manipulaciones mediáticas.

Las responsabilidades de las clases medias son llevadas incluso al día de hoy: en varios testimonios aparece la mención a que “muchos todavía extrañan eso de cambiar el auto cada dos años, me meto en los créditos, los viajes”. El “noventismo” residual se representa como una suerte de estilo de vida pregnante del que es difícil deshacerse sin “concientización”⁴.

En líneas generales el enmarcamiento diagnóstico de los entrevistados no participantes sobre los años '90 no se aparta del de los participantes, aunque en algunos casos encontramos algunos señalamientos a la hipocresía de los que protestan ahora pero “antes apoyaban”. El cuestionamiento a los cacerolazos y a las asambleas por “ser la misma gente que antes estaba con Menem”, “que hizo plata con Menem”, “que iba de vacaciones afuera con Menem”. Quien lo formula de la manera más elocuente es el Juez Alfredo López de Mar del Plata:

Respecto a Menem y sus políticas, que hoy son tan repudiadas, hay mucha hipocresía porque la sociedad lo votó [...] Muchos de los que estuvieron en la calle con las cacerolas estuvieron avalando muchas de las cosas que hoy critican.

⁴ En nuestro trabajo y también en el trabajo de García (2002: 11) el convencimiento sobre la pregnancia de los noventa hace que muchos asambleístas vean la necesidad de una suerte de autodepuración, una ordalía culpógena purificadora por la complicidad con los '90 de las clases medias. En ciertos discursos el fenómeno mismo asambleario es tomado como una ruptura “cognitiva” o cultural respecto los '90.

El reflejo de pegarse al éxito

Entre las explicaciones al apoyo a las políticas de los noventa, hay una que se reitera en varios testimonios y que es sumamente interesante porque alude a un rasgo disposicional fijo idiosincrático, una suerte de habitus, del comportamiento de clase media atribuido a “la gente”.

Eduardo, ahorrista de Mar del Plata, explica el éxito del menemismo como algo obvio y natural: “Si hoy sigue todo igual. Menem tuvo apoyo porque la mayoría va donde sopla el viento”. Tanto el menemismo de ayer como el antimenemismo de hoy se explican porque la mayoría va donde sopla el viento, muestra cabalmente la absoluta y asumida como inevitable, precariedad de posicionamientos.

Marcelo Wakstein intenta explicar estos cambios de humor hablando directamente del someterse a la “tiranía de la manada”, el “ir con la manada”, parece ser una tendencia imputada a la clase media por varios de los assembleístas que también la sufrieron cuando aparecen los temas de seguridad o cuando se estabiliza la economía y “la gente vuelve a sentarse frente al televisor y a buscar las ofertas en Carrefour”. Palabras como “seguidismo”, “facilismo”, “estar con los que ganan”, “remar con la corriente”, desfilan por los discursos de ahorristas y assembleístas para explicar el consenso hacia las políticas de los noventa.

Stella Maris, de Florida Este, alude a la “seducción” como mecanismo operativo que enhebra a las clases medias con el poder político.

¿Los 90?. Un desastre pero había un discurso seductor difícil de revertir [...] discurso mentiroso de la libertad de elegir, del estar en el 1er. Mundo, no ver más allá de las narices...el apoyo lo perdió un ratito nomás porque hoy es lo mismo con la cuestión de los DDHH y el discurso antineoliberal [...] el Presidente Kirchner aparenta ser un tirabombas, seductor para muchos, pero termina haciendo lo mismo: represión y entrega.

La seducción nuevamente alude a la falta de consistencia interna y la maleabilidad de creencias de las clases medias: ayer puede ser la entrada al Primer Mundo y hoy los DDHH pero las disposiciones puestas en juego son las mismas.

Esta cuestión aparece con otro lenguaje también en los jóvenes militantes de izquierda de las asambleas de Almagro y Gastón Riva de Caballito. Lucas, de Almagro, se refería a “los ‘90” como un “consenso de la época”,

[...] construido como los DDHH, “los militares nunca más”. Por otro lado estaba lo mediático que era la fiesta, la corrupción y la “soga” que tenía Menem para hacer eso ... vender un estilo de vida que tenía que ver con el acceso de la clase media a determinados objetos materiales y eso [...] es lo mismo que hoy pero con otra fachada.

Lucas establece una inquietante simbiosis entre el estilo Menem y las clases medias.

La Ferrari y llegar a Mar del Plata en 2 hs. funcionaba porque no es una sociedad transgresora para cambiar las estructuras sino para las boludeces [...] No creo en la sociedad horrorizada, Carlos ganaba por paliza. No es un marciano, es parte de esto.

Las características de “Carlos” reflejaban expectativas existentes en los sectores medios de la misma forma que ahora esas expectativas las refleja Kirchner con otra fachada discursiva. Según este tipo de percepciones, las clases medias tienen enmarcamientos diagnósticos inestables, flotantes, transitorios y mudables. Amores y odios, apoyos y enconos de las clases medias son vistos por los militantes asamblearios con sospecha y desconfianza.

Esta generalizada percepción de volatilidad en la evaluación de los contextos políticos y económicos obliga a reflexionar acerca de las disposiciones o hábitos que tienen por base y las configuraciones específicas de poderes causales de clase que podrían llegar a explicarla. Una primera lectura posible de esta autopercepción es que la descolectivización de la vida social en los sectores medios favorece los comportamientos crudamente “imitativos”, como búsqueda individual de seguridad ante un orden social sobre el que no cuenta con posibilidad de incidencia o intervención. La orfandad de capital social, político u organizacional termina en un “ir con la manada” como sucedáneo a esta carencia de poderes causales colectivos. El “reflejo” imitativo funge en cierta forma como una respuesta política primitiva que brinda cierta ilusión de seguridad detrás de la apariencia de “unanidad”: el déficit de poderes colectivos tiende a compensarse mediante la ilusión tranquilizadora de un “estar todos en el mismo barco”. Por otra parte, la desposesión de poderes colectivos reduce el acceso a un capital simbólico alternativo al de los medios de comunicación social desde el que los entrevistados ven que “se fabrica una realidad ilusoria” que refuerza el “comportamiento de manada”⁵.

Baez Silva, ex presidente de AARA, no deja de sorprenderse de la menemización primero y de la brusca desmenemización después, mencionando como ejemplo a una de las líderes de su asociación.

Fijate la Secretaria de AARA, el marido estaba en contra, pero ella a favor de Menem. En ese momento ella estaba en una consultora y le iba muy bien y festejaba los contratos con pizza y champán y resulta que ahora es una detractora total...pero no reconoce que ella lo puso ahí también, no se hace cargo de nada.

La rápida adaptatividad de las creencias a las “tendencias” de la realidad en los testimonios vistos aparece como sorpresa para los mismos entrevistados: los señalamientos de aquéllos que antes eran ultramenemistas y ahora querían ir a escracharlo; los antes “cortesanos corruptos de la servilleta” se convierten en respetables constitucionalistas apenas firman el fallo Smith en contra del corralito, los izquierdistas que se convierten en kirchneristas, etc. son fenómenos que captan la atención de los entrevistados con

⁵ En algunos testimonios el remar siempre con la corriente se asocia a otro tópico: el “ocultamiento de las propias creencias” o, más tajantemente, la inconveniencia de tener creencias. “Creer en Dios es dar ventaja” decía un vecino no participante para expresar esta cuestión de la desconfianza sistemática y “el no creer en nadie” que él relacionaba con el “Que se Vayan Todos”.

consecuencias en general pesimistas en los cuales no escasea la paradoja de que la desconfianza generalizada produce desconfianza.

Asimismo, el reflejo de dejarse llevar por las tendencias triunfantes en la realidad lleva también a la maleabilidad de las propias creencias. Es algo extraño ver los criterios o principios que invocan algunos entrevistados haciendo esfuerzo para coherentizar las posiciones de apoyo o cuestionamiento: aparecen formas de justificar las privatizaciones desde el “estatismo” (“iban a recaudar más impuestos si las empresas privatizadas andaban bien”) o la extranjerización de la economía desde el nacionalismo (“el atraso tecnológico nos quita soberanía”; “¿qué soberanía? si el petróleo queda ahí abajo”), o la neutralización del poder militar concediendo el indulto.

Entre los entrevistados con mayor experiencia militante, en definitiva, este “ir con los de la feria y volver con los del mercado”, esta versatilidad discursiva, estos deslizamientos permanentes en las posiciones, tienden a erigirse en rasgos percibidos como constitutivos de las clases medias que cuestionan seriamente su “capacidad” de lealtad o coherencia y, en este sentido, generan una suerte de círculo vicioso: la falta de poderes causales de tipo colectivo lleva al individualismo y al “seguidismo”, y el seguidismo como “habitus” es incompatible con los requerimientos mínimos de lealtad y compromiso para construir o sostener esos poderes colectivos de clase. El “seguidismo” alude por último al gran tema marxiano por antonomasia: la imposibilidad de representarse a sí misma y el dejarse ser representadas o conducidas desde poderes causales de otras clases. La autopercepción de impotencia, desconfianza y disgregación hace depositar en el exterior la esperanza de unidad y acción común.

Las inversiones de sentido de la modernización de los '90

Otra de las constantes repetidas en los testimonios es la tendencia a juzgar no de acuerdo con intereses explicitados o a eficacia práctica, sino con “sentidos” morales atribuidos a decisiones políticas. Privatizaciones y desregulaciones no son en sí mismas ni malas ni buenas, ni se definen intereses en torno a ellas. Todo depende del “sentido” profundo asociado a valores morales, con las que los entrevistados las asocian.

Si las privatizaciones son un negociado que encubren nuevos subsidios estatales están mal tanto como si las empresas del estado se dedican a juntar ñoquis y acomodados políticos en vez de mejorar la eficiencia de los servicios para la sociedad. Hay mucho engaño en todas estas cosas maniqueas. (Juez A. López).

Una gran cantidad de entrevistados opta por un rechazo a pronunciarse taxativamente sobre las orientaciones sociales y económicas neoliberales que, sin dudas, son mayoritariamente rechazadas pero no por incompatibles con intereses colectivos sino por haber sido desnaturalizadas, o por verlas como “viciadas” de intereses espurios. Otros ahorristas e incluso asambleístas ensayaban razonamientos semejantes en los más diversos

temas: la apertura de los mercados está mal si destruye el empleo interno pero, la protección también está mal, si frena la modernización y encubre empresas ineficientes; el juicio a los responsables de la dictadura está bien si no es sólo una pantalla para encubrir el “gatillo fácil” y la represión de la protesta de hoy, y muchos otros por el estilo. El recurso fundamental de este tipo de tamiz moral como reserva de criterios de sentidos últimos configura una suerte de fuero simbólico de última instancia que permite evadir la necesidad de fijar posiciones sobre la base de intereses u objetivos permanentes o definidos. Por tanto la movilización del capital simbólico asume un papel legitimador de las volubilidades y flexibilidades justificativas. La instalación de una retórica que se reserva el derecho a establecer el sentido moral en última instancia es parte del dispositivo híperadaptativo: los mismos principios pueden servir para justificar tanto un barrido como un fregado o para aceptar y rechazar las mismas cosas.

El testimonio de Pablo Coronel y su esposa, ahorristas marplatenses, refleja con crudeza el uso de criterios morales para evaluar lo ocurrido durante el menemismo.

Perder los ferrocarriles, una barbaridad... era una cuestión fraternal. No quedó nada. Pero nosotros vivíamos ilusionados con el 1 a 1 y se beneficiaron los que disfrutaron de viajar al extranjero [...] dijeron “esto no va a durar toda la vida” y aprovecharon... las islas Fiji, Miami... Distinto nosotros que creímos en el país y lo ahorramos.

Aquí, como en otros testimonios semejantes, se introduce la distinción entre dos intentos de aprovechamiento de la bonanza de los '90: la banal consumista hedonista versus el aprovechamiento serio del esforzado ahorrista que piensa en el futuro. En este “triumfo del facilismo” sobre la austeridad y el progreso, no se juzgan las políticas noventistas de acuerdo con intereses sino de acuerdo con los sentidos morales implícitos que se le imputan a quienes las usufructúan. Según esto, la convertibilidad habría sido buena si todos hubiesen ahorrado y pensado en el futuro, en vez de haberla “disfrutado” dispendiosamente; las privatizaciones habrían sido buenas si se hubieran hecho sin corrupción, etc.⁶. En este tipo de marco diagnóstico, la década del '90 es en gran medida subsumida en una crítica cultural, una crítica al facilismo, la viveza y el oportunismo de una parte que malversó las ilusiones inocentes de otros. La lógica del capital simbólico para enmarcar la década del '90 no es establecer intereses o principios desde donde se la diagnostica, sino todo lo contrario: disolver todo interés fijo reemplazándolo por la atribución de sentidos morales últimos. La invocación de

⁶ Un claro contrapunto que se puede establecer es entre este tipo de discurso y el discurso de varios de los dirigentes y delegados de la Asociación Bancaria entrevistados, que se posicionan frente a los '90 desde fuertes definiciones de rechazo a la “matriz especulativa” y, sobre todo, a la “flexibilidad laboral”, que se presentan como incompatibles con los intereses de los trabajadores bancarios y de la sociedad en general. Con algunas diferencias, lo mismo ocurre con aquellos asambleístas “militantes” con apoyaturas ideológicas más definidas. Pero lo curioso de estos discursos es que se asumen como “discursos de predicadores en el desierto de aquellos años menemistas”. Las críticas a las formas de conciencia de las clases medias son francamente devastadoras por su pesimismo. “A la clase media no le entran las balas. Ahora mismo muchos ahorristas que se cansaron de escrachar a los bancos, vuelven desesperados a ver qué puntito más de interés pueden arañar y los bancos de nuevo están aprovechando” decía José Gigoy, dirigente bancario marplatense.

códigos morales deriva fácilmente en la denuncia de la hipocresía que termina cuestionando a las mismas movilizaciones contestatarias: “éstos son los mismos que ganaron plata con Menem”, “ahora lloran porque les tocaron el bolsillo”, “antes aplaudían a Cavallo porque creían que a ellos no los iban a tocar”, etc. Sin un ancla en intereses y prioridades colectivas, el poder causal simbólico es arrastrado por atribuciones morales. La centralidad del capital simbólico que resulta en un desconocimiento de intereses, puede conspirar contra la misma movilización.

La crisis del 2001

La confiscación bancaria y la crisis política institucional que desata la movilización generalizada de fines del 2001 constituyen piedras de toque de los esquemas interpretativos.

Un elemento que sobresale entre los entrevistados son los impactos de la crisis en términos personales y la intensidad con que se experimentaron los acontecimientos tumultuosos y conmocionantes de la época dando lugar a verdaderos procesos de trastocamiento de habitus de clase.

Citando un cuento del Halcón Maltés, es muy sugerente la figura que utiliza Claudia de Palermo para transmitir la medida en que la crisis amenazaba modos de vida de las clases medias.

[...] las vigas maestras del orden social donde se apoyaban nuestras vidas... desaparecieron como un puño que se abre.

En este tipo de testimonios, la eclosión de la crisis supone una amenaza a la totalidad de los poderes causales de clase: imposibilidad de acceso al capital económico líquido acumulado por el corralito, parálisis o degradación de las formas de propiedad como la fuerza de trabajo y las calificaciones por la desocupación y la recesión, reducción de estándar de vida y pérdida de accesos a bienes posicionales que desdibujan fronteras de clase hacia abajo y las consolidan hacia arriba. *Last but not least*, la ruptura de los lazos de la representación electoral, el fracaso de la Alianza, ataca los poderes causales políticos de clase a lo que debe agregarse la aparición de la amenaza de represión (el estado de sitio) que atenta contra la posibilidad de activación del capital simbólico (la libertad de expresión, la democracia y los DDHH). El acorralamiento⁷ de los sectores medios, según esta visión, era completo y por ello la reacción es “una revolución contra todo”.

⁷ Con perspicacia Herrero y Mandiola (2002: 10) señalan el valor metafórico del “corralito” como algo que abarca todo un modo de vida y que tuvo señales anticipatorias: la desocupación, la falta de atención médica, la proliferación de rejas y el encierro en los countries, el tener que irse del país, etc. El acorralamiento de las clases medias no comienza con el corralito bancario.

Tanto entre ahorristas como entre asambleístas, además de la indignación y el hartazgo, aparece una sensación de terminalidad, de derrumbe, de discontinuidad, de “desacomodo”, todas expresiones que parecen fusionar lo individual, la vida personal con lo colectivo.

En varias entrevistas de los participantes más activos de los movimientos hay una asociación entre la propia predisposición a la movilización y los cambios en la vida personal y laboral a los que apelaron para enfrentar la crisis. En general, las situaciones de desocupación y de pérdida de ingresos son encaradas “apretándose el cinturón”, achicando gastos, dejando de pagar el club de los chicos, la prepaga, comidas fuera del hogar, salidas, vacaciones⁸, etc. Pero en muchos casos obligó además a cambios en las actividades diarias, horarios, lugares y entornos sociales. Claudia había tenido que poner un puesto de velas en la feria, Bruno había conseguido dar cursos de capacitación en el Uruguay, Claudio de Bariloche, buscando más oportunidades en Brasil y luego en Francia para realizar trabajos free lance o colaboraciones pagas con otros investigadores y empresas extranjeras, Lere amplió la oferta de servicios para fiestas infantiles, y su esposa parapsicóloga refuerza la promoción para aprovechar las consecuencias aciagas de la crisis, y otros por el estilo. El “trastabillar” en la vida personal y laboral, la desestabilización de modos de vida, es relacionado explícitamente en algunos testimonios como fuerza impulsora de la participación y del vuelco hacia lo colectivo: “reaccionás cuando ves que se te derrumba la estantería”, “si no salís a hacer algo te comen los nervios, te consumís en la impotencia y la frustración”, “el hecho de ver a la gente en la calle, de saber que hay una reacción también te da mucha esperanza y pila para seguir”, “participar, protestar no resuelve tus problemas pero salís de lo peor que es la soledad del sentimiento del fracaso personal”, “ayuda mucho ver otros dramas, conectarte con los problemas de los demás también”. Sin dudas, en este sentido, la crisis y la rebelión componen, para las clases medias, un fenómeno de estudio común en la literatura de los movimientos sociales llamado “cognición caliente”⁹.

Pero aquí aparece una diferencia entre ambos movimientos. Dentro de los asambleístas participantes, la vivencia del desajuste personal que produce la crisis, del impacto sobre los habitus incorporados de clase, resulta en la necesidad de cambiar conductas, creencias, actitudes sociales, comportamientos políticos. Este elemento está bastante menos presente entre los ahorristas donde en realidad se insiste con la vuelta a las normas “obvias” de conducta que inspiran su estilo de vida. El asambleísta interpreta claramente la crisis de

⁸ Llamen la atención algunos testimonios por el énfasis puesto en las vacaciones del año 2003 como una forma de “relajarse” y “salir de la locura que se vivió en el 2002”, “recuperar algo de calma”, etc. De alguna manera también se señala con ello el fuerte desgaste con que es experimentado el año de movilización y participación y la añoranza de la vida en tiempos de normalidad pequeñoburguesa.

⁹ Acontecimientos que dan por tierra con las verdades establecidas y obligan a reinterpretar situaciones, modificando las representaciones que ordenan la relación del sujeto con el orden social, permitiendo renovar el nexo entre lo individual y lo colectivo (Mc Adam y ot., 1999)

manera nada autocomplaciente e involucra estilos de vida y conciencia en el cuestionamiento. El ahorrista tiende a interpretar la crisis como algo “exterior”, como una perturbación o trastocamiento a su modo de vida.

Entre los entrevistados surge con fuerza el dilema frente a la crisis social: “calmar la angustia, desahogarse protestando y volver a la normalidad” vs. “salir del individualismo, pensar en los otros, hacerse cargo de un futuro mejor”. En este punto, aparece en qué medida en las asambleas existe una movilización de capital simbólico que apunta al cuestionamiento de los modos de vida de clase media y que reclama una suerte de reestructuración de patrones de uso de sus poderes causales clasistas.

Uno de los que mejor lo expresa es Rubén de la Asamblea de Bajo Belgrano que coloca al “autismo” como centro de la crítica a la clase media y reivindica la rebelión de aquel momento y las asambleas como algo “que nos saca del autismo soporífero de la plata, el consumismo, la propaganda, los medios y el no te metás”. La reivindicación de la crisis como “epifanía” para las clases medias adormecidas es formulada por Rubén con gracia: “por eso es mucho más sano ahora que nos bajaron de la palmera”. Es importante percatarse que el carácter traumático de la crisis del 2001 es mencionado aquí como un hecho benéfico que nos saca de esa inercialidad y de ese seguidismo torpe. Al mismo tiempo es una confesión de debilidad constitutiva de los poderes causales de clase en términos de capital simbólico. La evolución de la conciencia tiende a cifrarse en la dolorosa experimentación forzada del “caerse” y no en una evolución intelectual o cultural. Esta idea de que la clase media “aprende por los golpes que le dan las crisis” aparece reiterada en diversos asambleístas.

La cuestión del “autismo”, de la inercia somnífica está muy relacionada con otro de los hilos conductores del “pensamiento asambleario”: la crítica rotunda al papel de los medios masivos de comunicación¹⁰. La búsqueda de medios alternativos de movilización y valorización de poderes causales simbólicos es un tópico esencial de la respuesta a la crisis. La sensación de terminalidad, de acorralamiento y la conciencia de la necesidad de ruptura de habitus y abandono de sistemas de creencias, producen la crisis de fiabilidad de los medios que durante todos los '90 habían sido “los que guiaban a la manada”, los que marcaban las tendencias de la realidad, los que señalaban para dónde soplaban el viento y “que ahora nos habían dejado con el culo mirando al norte”, ironizaba Néstor.

¹⁰ En el Boletín de las Asambleas de Boedo y San Cristóbal, del 16/08/02, bajo el título Realidad Virtual y con el epígrafe “Nos mean y el periodismo dice que llueve” -que había sido pintado en las paredes del Canal 13- afirman “La realidad virtual que los medios nos intentan imponer resulta ya inaceptable para la gran parte de trabajadores ocupados y desocupados, pequeños comerciantes, ahorristas y estudiantes.”

El enmarcado de la rebelión de diciembre del 2001 da origen a caracterizaciones contrapuestas que oscilan entre la matriz culpabilista y la redentorista cuando toca el papel de las clases medias.

Los testimonios de los assembleístas de carácter optimista y celebratorio señalan el resurgimiento de la esperanza, “un nuevo tiempo”, crecimiento personal y colectivo, maduración como sociedad, conciencia ciudadana, etc.

Rubén de Bajo Belgrano cree que estaba en juego la salud mental de la población y dice con énfasis:

[...] fue extraordinario cómo reaccionó la sociedad... psicológicamente deprimente el gobierno de De la Rúa... muy sana de la sociedad la reacción, ¡muy sana!... porque se estaba dando una generalizada impotencia. Fue un quiebre muy importante, no aparatado por ningún partido. Un fenómeno típicamente posmoderno

Al fantasma de una caracterización de simple y transitoria “necesidad de catarsis”, a una reacción inicial irritada pero sin contenido, le opone el argumento de que a la protesta le siguió un proceso de construcción novedoso al que audazmente tiende a investir de valor especial al catalogarlo como “posmoderno”. El elemento “novedad” es la clave de enmarcamiento de matriz redentorista: las clases medias se convierten en fuentes de cambio social y político.

El testimonio de Jimena, joven militante de la Asamblea de Bajo Belgrano, evoca lo que hacía y cómo vivió esos días delatando el fuerte tono emocional de la vivencia.

El 19/12 sentía mucha tristeza, ¡estaba tan triste después de haber escuchado lo del Estado de Sitio!. Al otro día con un flaco de la facultad dijimos “si no podemos todos salir a la calle, bueno salgamos a la calle nosotros dos”. Bueno, vamos al cine [...] todo a las 4 de la tarde y escuchamos el cacerolazo, tac tac tac. Cuando salimos del cine, pasa una señora con una cacerola y dije ¡uyyy una señora que piensa como nosotros! ... Vamos al obelisco a putear un rato, porque me acordaba que en el '78 mi papá me había llevado a festejar. Compramos un sándwich, y vimos la tropilla de gente con la polvareda que eran gases [...] fuimos igual pero al rato empecé a vomitar y tuvimos que irnos. Cuando llegué a casa prendí Crónica y vi la gente en la Plaza y me puse a llorar de la emoción. Banderas no había. ¡La plaza llena y no hay banderes!. Recuerdo gente con el cochecito del nene y con el perro, ¿me entendés?. ¡La familia Benvenuto fue a la plaza! ¿me entendés?. Francella con “Fatiga”.

Una variante atenuada de enmarcamiento celebratorio aparece entre los militantes de izquierda no encuadrada de Almagro y Caballito. En estas entrevistas aparece la idea de que “la clase media sólo a De la Rúa se le podían animar” y que el carácter de zombie del ex presidente mostraba una parálisis general de la clase política. El decreto de Estado de Sitio se asocia a una especie de disparate o un sketch más del gobierno de De la Rúa y la crisis no se percibe como tan profunda o amenazante a los modos de vida de las clases medias¹¹. En estas asambleas no aparecía el tema de la desocupación en el vecindario y por tanto, la crisis era

¹¹ El estado de sitio es descrito por Adrián de Almagro como “un blooper más de un gobierno descerebrado”, al que no se le atribuye ningún efecto amedrentador. Extrañamente la represión mortal es leída como algo ajeno al gobierno de De la Rúa y se tiende a atribuirla a Duhalde y a los peronistas que se querían quedar con todo.

vivida por sus complicaciones más pedestres que, no obstante, generaban una gran irritación e indignación.

Era todo una ridiculez: al sodero le tenías que pagar con el CBU... cosas de clase media...había días que si no andaba el cajero, no teníamos plata..., decía Stella Maris de Florida.

El tema del gobierno zombie, de lo irrisorio de las medidas, del desmanejo cotidiano, le quitaba al estado de sitio todo efecto amedrentador, explicando también la “facilidad de la clase media para salir a la calle”. En estos enmarcamientos no se ve tanto valor en los cacerolazos destituyentes iniciales sino en el proceso posterior de construcción asamblearia y lucha.

Pero estos enmarcados no son los únicos presentes, aunque podría considerarse que sin ser masivos son los dominantes entre los asambleístas. Para los entrevistados ahorristas, no participantes y los antagonistas, las visiones no por seguir siendo positivas o laudatorias hacia el levantamiento popular dejan de trazar diferencias muy marcadas.

Un primer elemento es que en la percepción general, fuera del movimiento asambleario, lo ocurrido no revestía tanta novedad y ruptura con lo anterior. La percepción era de necesaria reacción, de justificada lucha, pero en el marco del “quilombo”, el “desorden”, el “no saber a qué atenerse”, el “no poder hacer tus cosas como todos los días”, “todo mal, todo podrido”, etc., pero en general colocándolo como algo que no difiere de otras experiencias: “Yo viví el Rodrigazo”, “La hiperinflación y los saqueos cuando estaba Alfonsín”, “los cacerolazos contra éstos que están ahora (por los Kirchner)”. Bajo el imperio de la idea madre de que “las cosas no cambian mucho...en realidad siempre es lo mismo”, lo que para los participantes es la “extraordinariedad” de un tiempo (Svampa, 2008) para los vecinos no participantes es todo lo contrario: la naturalización del desorden y el quilombo (Pérez, 2008). Para algunos vecinos de Almagro o Belgrano, los asambleístas eran “pescadores de río revuelto” que “en alguna transa deben estar”, y para otros “forman parte de la confusión general y habitual”. Todo ello aún reconociendo que ignoran las actividades de la asamblea de su barrio, y a pesar de que han visto sus convocatorias y conocen a otros vecinos que han ido a ellas. En definitiva el “aura” de los acontecimientos del 2001 y 2002 se diluye bastante entre los entrevistados que no pertenecen a las asambleas.

La desangelización de las asambleas es ejemplar en el testimonio de Natalia, vecina de la Asamblea Ovidio Lagos de Rosario, por el hecho de haber sido una vecina seriamente afectada por la crisis que originalmente se acercó a la asamblea.

Me volvía loca económicamente. Me habían echado y no tenía laburo, mis ahorros estaban en el banco. Tuve que pedirle plata a mis viejos para pagar los impuestos [...] Me acerqué a las convocatorias en la plaza pero era igual que siempre: hablar al pedo 400 hs. sin llegar a nada...se acusaban y se gritaban entre todos, entonces dije “No, esta película ya la vi, me chupa un huevo lo que hagan” y me aislé por completo... En mi entorno entraron en la vorágine de lo que estaba

pasando, no tenían una postura, iban para donde iba la pelota, obviamente yo quedaba descolgada porque ¿cómo no vas a opinar?

El razonamiento atenuador de la novedad de la movilización social y de la gravedad de la crisis en virtud de que “en realidad estamos acostumbrados” se convierte en los ahorristas en una tendencia más nítida aún. Entre los entrevistados esta definición de que “no había nada que justifique la confiscación” y por tanto no hay “extraordinariedad” de la crisis a considerar deriva necesariamente en que las protestas populares, los saqueos y la destitución de De la Rúa fueron hechos “no espontáneos sino planificados”. La idea de manipulación de la movilización y la proliferación de conspiraciones interesadas de sacar ventajas del caos también aparece en muchos entrevistados y ahorristas. Héctor, uno de los primeros movilizados en Mar del Plata, plantea la crisis social como parte de una conspiración política de una manera directa:

Los cacerolazos fueron espontáneos, pero los saqueos no y De la Rúa, que era un autista, cayó en la trampa. Si ni los radicales querían que siguiera.

La lectura sencilla de que los saqueos, protagonizados por las clases populares, son manejados y que, en cambio, los cacerolazos como expresión de las clases medias, no lo son, supone un criterio clasista bien explícito y una idea de que la reacción de la clase media fue también contra una conspiración de “la clase política”. Para la mayoría de los ahorristas se trató no de una genuina reacción sino de una bronca estimulada y digitada que aunque largamente justificada de ninguna manera puede convertirse en la fuente de legitimidad o prolongarse en el tiempo. “Un quilombo necesario, pero de esa anarquía no podía esperarse ninguna solución” decía Nito Artaza refiriéndose a la acción de las asambleas.

La construcción de los agravios: la victimización

La percepción de que para buena parte de los assembleístas, su participación es desinteresada o inspirada en preocupaciones generales, solidarias y universales, mientras que para los ahorristas se trataba exclusivamente de recuperar sus dólares, puede inducirnos a encuadrar la cuestión como una dicotomía assembleístas / ahorristas, sobre los contrapuntos universal/particular y política/economía, que han sido los dominantes en los estudios y opiniones de la época. Mientras las asambleas sostienen reivindicaciones mucho más cercanas a un universalismo político que persigue fines y bienes públicos –la recreación del lazo político, la refundación de la democracia, etc.– los ahorristas sostienen una reivindicación defensiva basada en un interés estrictamente monetario. Intereses económicos y formas de vida política parecen mostrar lados poco conciliables entre ambos movimientos que parece explicar el bajo nivel de relación o vínculo que se registró entre ambos, y las

posiciones contrapuestas respecto a cuestiones claves como la Corte Suprema de Justicia heredada del menemismo.

Sin embargo, veremos que hay diversos hilos conductores entre ambos movimientos que comparten bajo diversas formas un contenido común. No se trata aquí tanto de volver sobre el contenido del discurso asambleario sobre el que hay considerable cantidad de estudios, sino de analizar el discurso de los ahorristas buscando claves comunes, no tanto por el contenido reivindicativo que los separa de diversas formas, sino a través de formas enunciativas y retóricas que ponen de manifiesto estrategias de uso de poderes causales de clase.

La asociación clase media/ crisis tiene notables precedentes en las narrativas mediáticas y académicas: la “nueva pobreza”, “el descenso social” y las amenazas de “destrucción” de la clase media, habían sido tópicos muy visitados por el periodismo, intelectuales y expertos que tendían a poner en términos de “la decadencia de la clase media” el carácter fundamental de la crisis social (Visacovsky, 2009). Los picos hiperinflacionarios, primero, y las políticas de ajuste después, fueron sentando las bases argumentales de una creencia difundida sobre la precariedad de la situación de sectores que hasta algunos se animaban a denominar “ex clases medias”¹². En este sentido, la construcción del relato que da marco a la lucha colectiva se centra en la asunción de la figura de “víctima”, en tanto permite habilitar la pretensión de legitimidad de las aspiraciones de incremento de poderes causales, para lo cual debe ocultar o minimizar los que efectivamente dispone y poner en evidencia maximizando los de sus antagonistas. Las estrategias de “victimización” son esenciales para entender el campo en donde se juegan los poderes causales de las clases medias¹³.

La imagen de la caída, tiene fuertes efectos legitimadores en términos de proximidad con las clases populares, mucho más en un momento en que la movilización de las mismas planteaba una fuerte disputa sobre las prioridades que los poderes públicos debían atender. La intensificación del dramatismo del descenso social no puede separarse de la competencia por las prioridades, por un lugar a sus reclamos en las agendas mediáticas y gubernamentales, a tal punto que no pocas veces iba acompañada explícitamente de una descalificación de las

¹² En qué medida este relato de la caída de las clases medias se empalma o entra en competencia con el otro gran relato, el de la “exclusión social”, es materia pendiente. Incluso en los registros documentales y testimoniales de esta investigación hay serios matices. Para la mayoría, la destrucción de las clases medias es una fase superior del proceso de exclusión social (desocupación, flexibilización), pero una minoría no despreciable considera que ambos procesos son independientes entre sí, a tal punto que lo primero que hay que hacer es “salvar” a las clases medias de los efectos de la exclusión (temas de seguridad, orden público, estabilidad política). La idea de que la exclusión social es un arma política contra las clases medias es algo sorprendentemente extendido que, incluso, tiene versiones entre los mismos asambleístas de izquierda.

¹³ Es claro que para las clases populares o cualquier grupo subalterno, la victimización es una constante. En cambio para las clases medias es una operación simbólica muy incómoda y nada rutinizada llena de paradojas y efectos perversos.

demandas de los “pobres” o de las respuestas políticas estatales para satisfacerlas¹⁴. El recurso de la victimización en ahorristas y asambleístas es un excelente decodificador del uso de los poderes causales de clase en términos de capital simbólico y de las contradicciones entre los distintos poderes causales.

Un factor que motorizaba los enmarcados de la “victimización” en aquellos días era el sentido agudo de pérdida de poder causal político e institucional –luego del hundimiento del gobierno aliancista- con lo que aparece un temor a la postergación, al no ser ni siquiera tenidos en cuenta, el desaparecer de la discusión pública política copada por desocupados, empresarios y sindicalistas, haciéndolas proclives a defender sus prioridades intentando inscribirlas junto al resto de las clases populares para mantener alguna pretensión de apoyo y legitimación para sus reclamos.

Hay una enorme variedad de expresiones a lo largo de las entrevistas acerca de esta cuestión que utilizan todo tipo de figuras retóricas para maximizar su resonancia. Algunas se repiten de manera llamativa: “clase media caída del mapa”, “clase media a la que se le vino el mundo encima”, “clase media que de repente se queda sin nada”, “clase media que estaba acostumbrada a no perder y ahora le toca”, “clase media que se queda en el aire”, “clase media obligada a bajar su nivel de vida”, “clase media que pasa de planificar las vacaciones en Florianópolis a no poder pagar el teléfono”, “que empieza a rodar para abajo”, “que le empujaron la escalera”, “que empieza a cagarse de hambre”, “que siempre vio la malaria desde afuera”, etc. etc. La visión endémica de los daños se convierte en diversas formas de construirse como víctimas.

La desocupación y la incautación de los ahorros son tomados como hechos desestabilizadores del modo de vida de las clases medias que las “desbarrancó psicológicamente” dice Rubén de Belgrano. Ambos procesos acaban con sus seguridades mínimas.

Porque en general el que tiene ahorros se cree que tiene una tranquilidad, un piso que le da cierta tranquilidad aunque en el resto de las cosas le vaya mal. Yo lo viví con muchos colegas inclusive desocupados que tenían algunas decenas de miles de dólares y creían que eso lo sostenía y cuando ocurrió eso se quedaron en el aire...desesperados.

En la entrevista, Rubén explica la centralidad del proyecto de comedor para cartoneros y sin techo, estableciendo una audaz metáfora que une a profesionales precarizados y desocupados con los cartoneros en esta cuestión de la desesperación por la pérdida de

¹⁴ El aparentar lo que no se es aparece como estrategia inveterada entre las clases medias. En momentos de estabilidad y expectativas de ascenso las clases medias tienden a mimetizarse con las clases altas a través del consumo y el comportamiento político, en los momentos de contracción tienden a mimetizarse con las clases populares. Pero sería un error atribuirlo a una debilidad de conciencia, a una falla fundamental de su capital simbólico que la perjudica. El enmarcado de sus intereses como “flotantes” tiene un sentido pragmático: facilitar el ascenso social en las proximidades de las clases altas, o aspirar a merecer más protección, como las clases populares, para evitar un descenso.

seguridades mínimas. Los cartoneros y los profesionales forzosamente independientes, sin estabilidad laboral “están obligados a reciclarse profesionalmente y a buscar oportunidades residuales” en los entresijos del poder corporativo y los pliegues de los mercados. “En cierta medida ambos son cartoneros” afirma¹⁵. Aventurándome a ahondar la metáfora victimizadora se podría agregar que los cartoneros reciclan residuos devaluados simbólicamente pero revaluados económicamente (basura, papel) y los profesionales golpeados por la crisis reciclan residuos sobrevaluados simbólicamente (educación) pero devaluados económica y organizacionalmente.

En otros testimonios, la victimización se presenta como la comprobación fehaciente de una irrecuperable pérdida de un modo de vida:

[...] después de pesificar, andar con abogados, lidiando con los juzgados, algo recuperé pero no me alcanza ni para un quiosquito [...] Yo ya soy grande para buscar laburo. Me dejan arruinado, me mandaron a la villa, de la noche a la mañana [...] sin dinero y sin trabajo.

El hipérbole de la “clase sombra” (“quiosquito”, “ir a la villa”) de la destrucción de los poderes de clase basados en el pequeño capital comercial, a lo que se acompañan problemas familiares, con los hijos, ex esposas, actual pareja, etc. muestran el dramatismo y la desesperación con la que eran vividos aquellos días de tumulto e incertidumbre.

Veamos una serie de módulos discursivos acerca de la “victimización” con los que se construyeron simbólicamente los agravios.

Robo, estafa

La figura omnipresente del robo y los ladrones tiñe el discurso irritado de aquellos años. La definición que aparece en la “Declaración de posición, fundamentos, propuestas y acciones a seguir de los Ahorristas Platenses”¹⁶ tiene una de las formulaciones más precisas:

Una sospechosa asociación de los banqueros con el Poder Ejecutivo Nacional, el Banco Central de la República Argentina y los permanentes negociados políticos con la Suprema Corte de Justicia, sumada a la servil conducta de la gran mayoría de “nuestros” legisladores, han hecho posible el mega saqueo del que hoy somos víctimas [...]

En el mismo sentido se mueve la enorme mayoría de los testimonios de los ahorristas con un lenguaje más directo: “No es una incautación, esas son palabras floridas, no tenemos que buscarle palabras raras, fue un robo” (Guillermo Cabrera de Mar del Plata). En otros aparece la figura de la “asociación ilícita” entre gobernantes y banqueros que “ni siquiera tuvieron que ir a tu casa a robarte...uno mismo les dio el dinero” (ver también Shilman, 2004: 260-61).

¹⁵ La figura retórica de “terminar como cartoneros” aparece en muchos otros testimonios e incluso en los foros y en documentos de los movimientos de ahorristas. En el site de AARA, en la sección “Historias del corralito” aparece una mujer que, luego de relatar sus infortunios, afirma “... vamos a terminar escribiendo el libro “Mi hijo el cartonero” en vez de “Mi hijo el doctor”.

¹⁶ Ver en <http://www.ahorristasplatenses.8m.net/>

La inscripción simbólica en lo delictivo y la vulgar motivación de quedarse con lo ajeno produce consecuencias en la forma de entender el agravio sufrido y lo que debe ser reclamado. Detrás de la ilegalidad, de la burda y grosera estafa, se opera el borramiento de los intereses en juego, incluso los propios. Además, el reclamo se despolitiza en el mismo punto en que apela al restablecimiento de la Ley y cambia de destinatario: no es ya un problema de decisiones políticas de los poderes públicos, sino un problema de derechos para jueces y tribunales. La despolitización que, no obstante coloca a las autoridades políticas en la ilegalidad y al conjunto de la clase política en la complicidad con esta ilegalidad, sustrae la cuestión del corralito al debate típicamente político de pugna de intereses y prioridades. Todo se reduce a que se le quite lo hurtado al ladrón y se lo devuelva al legítimo dueño.

El argumento del robo tiene la enorme ventaja de simplificar, esquematizar e intentar esquivar el terreno público de la conquista de la legitimidad y el consenso sobre las demandas o la evaluación de los perjuicios sufridos. El robo ocurre entre particulares, porque los bancos son empresas particulares y el gobierno o la clase política también reviste la categoría de particular en tanto detentado por “ladrones” que ponen al poder al servicio de sus intereses personales. Así los ahorristas han realizado una profesión de fe de no mezclar “la ideología o la política” con sus demandas diferenciándose de manera muy nítida con las asambleas donde la categoría “robo” funciona como una condensación de las desgracias y privaciones colectivas: la expresión “se robaron un país” o menos amablemente “lo vendieron por monedas”, “lo regalaron”, “lo rifaron”, se extienden por las crónicas y los testimonios detrás del supuesto universal de la corrupción, la venalidad e incompetencia de la dirigencia política¹⁷. Entre los ahorristas “robo” es la palabra que permita dictar sentencia y restablecer un orden alterado por un delito. En los asambleístas la misma palabra significa la enajenación interesada del patrimonio común que obliga a una sentencia destituyente.

El papel del sentimiento de expropiación, de despojo, alude en muchos discursos a una expropiación que excede a la del dinero y el trabajo, y se extiende a derechos, certezas, mitos, sueños¹⁸. La “expropiación” simbólica deriva en un “no creer en nada”, en la desconfianza sistemática, en la escucha de la política como engaño, que da paso al ciudadano asambleísta que intenta reconstruirse en el reconocimiento mutuo, en la reciprocidad.

¹⁷ Con Laclau (2008) podría decirse que el robo para los asambleístas se articula “equivalencialmente” condensando agravios que en su conjunto no pueden ser satisfechos, y entre los ahorristas se articula “diferencialmente” como demanda de una respuesta de carácter restituyente bien delimitada.

¹⁸ Vale recordar el excelente artículo “Metamorfosis del ciudadano” del fallecido O. Landi (Suplemento Zona, Clarín, 24/03/02) donde el ciudadano “societario” del 2001 (que sucede al “ciudadano afiliado” del ‘83, y al “consumidor” del ‘90) tiene un sentimiento de exclusión, de separación, no sólo de la riqueza sino también del respeto, la justicia, el reconocimiento.

Engaño

En las proximidades de la categoría estafa sin dudas se instala la de engaño. En este punto hay un terreno común entre ahorristas y asambleístas. La Ley de Intangibilidad de los depósitos de setiembre de 2001 que reforzaba la confianza en la continuidad del esquema de convertibilidad entre los primeros, y la esperanza de renovación política en la Alianza entre los segundos, aparecen en documentos y entrevistas como las grandes piedras de toque de la frustración y el engaño.

Muchos militantes de las asambleas aclaran que “no esperaban nada del gobierno de la Alianza”, incluso habiéndolo votado, y en el mejor de los casos, describen sus sensaciones ante el derrumbe como “sorpresa” por la incapacidad y estulticia de la dirigencia, más que por sentirse “traicionados” o “engañados”. Las expresiones sobre De la Rúa “era un zombie”, “un aparato”, “un inútil”, eximen de mayores comentarios. Los que “creían en la Alianza” sólo se sintieron “estafados” con la renuncia del Vicepresidente Alvarez. Esta nulificación política de De la Rúa, que en algunos testimonios se extiende al radicalismo como partido, lo priva incluso de la atribución de intencionalidad y por tanto de responsabilidad o culpabilidad. La atribución de una suerte de “ininputabilidad” también borra de los discursos las marcas de los intereses y sus disputas o, en su defecto, los concentra solamente en algunos actores: especialmente “el peronismo”, “Duhalde” o “Cavallo”; ellos sí capaces de engañar y complotar: “fueron llevando a De la Rúa al precipicio”, decía Néstor.

Los ahorristas han hecho de la estafa/engaño un eje central del enmarcado interpretativo de sus demandas con la particularidad de que forma parte de la fundamentación legal de los recursos de amparo y juicios iniciados por la devolución de los depósitos.

En el Website de AARA se encuentran recopilados la publicidad del gobierno que incentivaba la compra de títulos, propagandas de los bancos en donde se insinúa el respaldo de las casas matrices, y artículos “periodísticos” explicativos que también contribuyeron al “engaño”¹⁹. La construcción como “víctimas” de la propaganda oficial, de las declaraciones de apoyo de los organismos internacionales de crédito, e incluso del mismo periodismo especializado, atraviesa gran parte del discurso del ahorrista. Todos los inducían a errar el destino de sus ahorros. Agentes de bolsa y empleados bancarios son investidos de capacidades manipulatorias. En los foros de ahorristas de la Web aparecen mensajes como este del 13/12/02 que plantean una verdadera “celada” o “estratagema” de los bancos para “hacer caer” a los ahorristas.

“¿POR QUÉ NOS FUERON INDUCIENDO A DEPOSITAR EN DÓLARES?:- no nos cobraban comisiones ni ninguna tasa por cambiarnos de pesos a dólares y de dólares a pesos. -el riesgo país dado cotidianamente como si fuera la temperatura ambiente iba haciendo crecer nuestro estado de

¹⁹ Ver www.aara.org.ar/nuevo.html

pánico.-los trascendidos de las 3D: devaluación, default, dolarización, anunciados por algunos medios...Los bancos PODIAN PRESTAR DÓLARES A SUS CLIENTES QUE A SU VEZ PODÍAN GIRARLOS AL EXTERIOR Y A ESOS CLIENTES QUE GIRARON DÓLARES AL EXTERIOR LES PESIFICARON LA DEUDA (mientras afuera mantienen DÓLARES). LA CONVERTIBILIDAD FUE LA TRAMPA. LA ILUSIÓN FUE LA TÉCNICA. EL PÁNICO, LA MANIPULACIÓN²⁰

Es pertinente, en este punto, recordar el artículo de M. Novaro.

El mito del engaño [...] posee, ante todo, una función “reveladora”: permite identificar las supuestas causas de la crisis, su ocultamiento adrede hasta el momento del estallido, y lo que es esencial: la cándida inocencia de quien “ha vivido hasta hoy engañado” [...] la denuncia del engaño permite convertir la crisis en una nueva oportunidad para empezar de cero, desde un estadio original de completa inocencia, garantizada, por si hiciera falta, por el castigo inmerecido de la crisis²¹.

Dentro del módulo ya mencionado de la denuncia de “hipocresía”, el propio “discurso del engaño” es un intento desresponsabilizador y una coartada para perpetuar una impunidad “empezando de nuevo”. Pero el “engaño” alude fundamentalmente a la vivencia de un antagonismo con un poder causal sobredimensionado que pasa desapercibido en el artículo de Novaro: el poder de “hacer creer”, el manejo de los sistemas de creencias que las clases medias descontentas denuncian y del cual se sienten víctimas. El eje de las asambleas en los medios de comunicación permite construir el engaño en torno a un antagonismo en el terreno de la disputa por el poder simbólico.

Indefensión, empequeñecimiento

En la Sección Historia del portal Web de Ahorristas Platenses²² puede leerse:

El 3 de diciembre del 2001 puede definirse como el principio del fin de la seguridad económica para un amplio sector de la clase media más desprotegida de nuestro país.

En el Website de ABAE²³ dentro mismo del texto de presentación puede leerse:

Los mismos bancos que a nivel internacional se mostraban como garantía de seguridad y confianza ante los inversores de todo el mundo, en la Argentina robaban y estafaban a sus indefensos clientes

Claudio, ahorrista de Bariloche, señala esta situación inicial de no saber a quién recurrir o qué hacer, que puede interpretarse como una completa inermidad frente a los poderes causales de otros grupos e intereses.

Era la sensación de desamparo ¿no?, de que el que te tenía que proteger no te protege [...] El estado le decía a los bancos que no te paguen y los bancos estaban felices con eso. Ja, ja. Yo decía cómo puede ser que estos tipos (el HSBC, el Lavoro, el Francés, el Río) se queden con tu dinero de toda la vida, y están amparados por el gobierno [...] era medio desesperante ¿no? Es la misma sensación que si te roban en la calle y vas a la comisaría, el que te atiende es el ladrón... ja, ja.

²⁰ Ver <http://ar.groups.yahoo.com/group/ahorristasestafados/>. La misma trampa era la que permitía la ilusión de ahorrar o capitalizarse en divisas por lo que esta descripción del engaño pone en cuestión la solidez de la argumentación por el sostenimiento de la dolarización. Es decir, la denuncia misma del engaño demuestra que la pretensión del reconocimiento de los dólares no tiene una legitimidad de origen sólida: la convalidación de una ilusión que se reconoce al mismo tiempo como insostenible.

²¹ Ver La Nación, 03/03/02 (<http://www.lanacion.com.ar/210379-entre-lo-delirante-y-lo-contradictorio>).

²² Ver <http://www.ahorristasplatenses.8m.net/>

²³ Ver <http://www.AhorristasEstafados.com.ar>

El sentido de desprotección, desamparo, de abandono, se acompaña de otras estrategias discursivas que apuntan a lograr efectos de resonancia para sus demandas y posibilidades de competir con éxito por ingresar a las agendas de los poderes públicos.

Un aspecto importante en la comprensión de la elaboración traumática de la incautación de los depósitos es justamente que la descapitalización no es elaborada solamente como una pérdida de capital económico, sino que, simultáneamente como una neutralización o extinción de poderes causales políticos y resguardos institucionales. La Ley y la autoridad pública, que no protegen el derecho de propiedad y los contratos más elementales, es una parte sustantiva de la definición del agravio. Hay que subrayar que, en esta entrevista como en otras, no se enfatizan tanto las acciones de los oponentes sino la caída del sistema de protecciones con que las clases medias contaban para mantener activos y eficaces sus poderes causales económicos. Desde esta óptica, el corralito produce una “cognición caliente” acerca de la orfandad de los poderes causales de clase con que cuenta para enfrentar una situación de crisis económica como la de aquellos días. En cierta medida ambos movimientos aparecen representados como forma de respuesta a la indefensión, como intento de reestructuración de poder causal colectivo.

En este testimonio de Stella Maris, de la asamblea de Florida Este, se logra una de sus mejores formulaciones.

La desesperación de toda esa clase media a la que se le venía el mundo encima... que no le alcanzaba para cubrir la tarjeta o pagar la luz...que además le habían secuestrado los ahorros. ¿Qué hicieron? [...] salieron primero con las cacerolas y después se acercaron al primer lugar a donde veían gente reunida. Al principio era “la asamblea era la salvación a mi problema” y se convertía en “oficina de reclamos”, venía una Señora con la hija en silla de ruedas para que le resuelvan tal trámite de pensión [...] y la misma lógica se aplicaba acá...¿Viste cuando vas al médico por un problema y no te lo resuelve? y entonces vas al curandero a ver si te lo puede resolver, y si tampoco puede me voy de todos lados y sigo viendo la tele[...] Teníamos que hacer lo que el Estado no hacía, volver a apoderarnos de todo lo que delegamos. Un objetivo muy elevado ¿no?

El primer reflejo de reacción ante la parálisis de sus poderes causales fue el cacerolazo y la asamblea pero con la misma lógica que antes se tenía con el poder político. Mucha gente se acercaba a las asambleas, no sólo por el ánimo de protestar, sino para encontrar un ámbito de representación de intereses y de poder causal político y colectivo eficiente para compensar la indefensión, la ausencia de recursos para intentar enfrentar el desborde que sentían por la multiplicación de los problemas cotidianos. El sentido de abandono por parte del conjunto de la dirigencia política y las estructuras burocráticas del estado era total, y la desconfianza hacia las organizaciones populares tradicionales contribuía a legitimar la irrupción de nuevas organizaciones y prácticas horizontales en el plano territorial.

Una forma hiperbólica de indefensión es la omnipresente referencia a la violación. En la Memoria Anual de AARA de Diciembre/04 se lee:

Esto se asemeja al caso de violación sexual, donde la víctima tiene que demostrar que no sedujo al violador...no es admisible en un estado de derecho.

Referencias similares se reiteran una y otra vez en los testimonios, incluso femeninos. La notable connotación personal, del sufrimiento de un vejamen, como si no se tratara de dinero sino de reputación, de dignidad, nuevamente permite mantener fuera del escrutinio de motivos los intereses económicos y el cálculo de beneficios esperados. Se desplaza el objeto del agravio desde el valor material al valor espiritual: el honor, la dignidad, etc. que remiten, no tanto al daño patrimonial, sino a la manera en que fue realizado como ultraje sin posibilidad de defensa.

Otros argumentos dramatizadores toman los efectos psicofísicos sobre la salud de los damnificados. En diversos grupos circula información sobre la cantidad de muertos por infartos y otras contingencias médicas²⁴, lo que permite una forma aún más osada de dramatización: el parangón entre el “genocidio” de los ahorristas y las violaciones a los DDHH durante la dictadura militar. Muchos participantes denuncian que los miles de muertos y enfermos que generó el corralito son más que la emblemática suma de 30 mil²⁵.

Otro recurso de victimización consiste en encubrir o disminuir los poderes de clase disponibles. A este recurso lo podemos llamar “empequeñecimiento” como una manera de ocultar o camuflar poderes económicos. Su utilización entre los ahorristas es generalizada.

Las “Historias del corralito” que aparecen en el Website de AARA²⁶ relatadas por los mismos damnificados, muestra un intento denodado por convertir a los bonistas en ciudadanos con problemas como los del resto de las clases populares. El intento es mostrar que los “bonistas” no son especuladores sino gente que “quería asegurarse su vejez” y por tanto que merecerían un trato compensatorio y protectorio²⁷. Esta sensación de vulnerabilidad, esta sensación de estar entre las víctimas “cuando no debería ser así”, el no poder recurrir a nada o sólo a la protesta como “los otros”, es lo que se presenta como algo que afecta “la

²⁴ Estos argumentos fueron ensayados en una reunión con jueces de la Corte Suprema de Justicia, donde citaron un trabajo presentado por médicos del CEMIC en el XXXII Congreso Argentino de Cardiología. demostraron que la probabilidad de daño en los argentinos expuestos a la ansiedad es 9 veces mayor en virtud del estrés mental agudo provocado por el corralito.

²⁵ El 19/09/2007 hay un mensaje en el foro http://ar.geocities.com/ahorristas_unidos/ con un largo artículo titulado “El corralón y la devaluación mataron más argentinos que las balas y las bombas de los 70”, fechado en octubre del 2005 y firmado por Luis Antonio Candurra. Muchas asambleas también invocan el marco maestro de los derechos humanos para temas de salud, minoridad, educación, y medioambiente.

²⁶ Ver www.aara.org.ar/500historias.html

²⁷ En La Nación del 22/09/03 se lee la declaración de uno de los damnificados por las medidas de pesificación. "Somos una pequeña empresa, creemos en el país y depositamos el dinero de la venta del instituto en un banco de acá, no en el exterior", el depósito superaba 1.300.000 dólares. "Me duele ver que la Corte no haya cumplido su función, que es proteger los derechos, y qué casualidad que siempre se lesiona a los chicos, que sostenemos la economía del país", se lamentó. El refugio universal de la victimización tiende a mimetizarse con la debilidad como forma de legitimar prioridades. Frente a los grandes pulpos empresariales todos somos chicos y por tanto todos debemos tener las mismas prioridades.

propia dignidad”. La conciencia de la propia vulnerabilidad es presentada como humillación, indignidad.

Pero como en un juego de espejos, desde los no participantes de clase media el argumento de “indefensión” queda invertido: eran los ganadores de los ‘90. Quien lo formula de la forma más brutal es Natalia, la dueña de un bar en Rosario.

[...] era la gente que no le gustaba, no estaba acostumbrada a que le metan la mano en el bolsillo y ahí quedó...La gente que protestó estaba acostumbrada a que nunca tuvieran ningún inconveniente para nada.

Aquí, “indefensión” es traducida como algo mucho más psicológicamente sensible: el sentido de seguridad y protección, el sentido de “intocabilidad” que se atribuye a estos sectores. La indefensión es leída pérfidamente desde afuera como “pérdida de impunidad” o de “privilegios”. En otros testimonios aparece la figura de “La gente que se creía impune” o “a salvo de lo que le pasaba al resto”. Hay aquí una caracterización clasista fortísima desde el momento en el que se alude a la creencia en una situación de “privilegio”, como gente que podía ver la tragedia a la distancia o ni siquiera preocuparse por verla.

Idiotez, inocencia, ingenuidad

Una primera forma autoculpabilizadora, en donde aparece por primera vez un posible elemento de complicidad “involuntaria” con lo ocurrido, es la atribución de inocencia o directamente de idiotez. Es en este tópico en donde hay un bifurcarse nítido de caminos entre unos y otros.

En las asambleas la aproximación más cercana a la inocencia o la ingenuidad se da en expresiones que aluden a la despreocupación por la política, la exclusiva preocupación por el trabajo y la familia, o la dependencia hacia los medios de comunicación, especialmente la televisión que trasuntan expresiones como “vivía en un tupper”, “hay gente que vive en una maceta”, “ensimismada en sus problemas”, “sólo se enteran a través de lo que les dice la tele”, etc.

En cambio, los ahorristas en diversos tonos y con diversos propósitos enarbolan las categorías que típicamente invierten su sentido: “credulidad”, “inocencia”, “ingenuidad” para explicar sus padecimientos. Una intensificación hiperbólica de esto es la autopercepción como “idiota”, “tonto”, “gil”, “perejil”, etc. En el foro de discusión de ABAE Capital aparece una “Carta a la Dra. Carrió” de un miembro del foro ofendido por la prioridad que Carrió le había dado en sus declaraciones a las problemáticas sociales y laborales, antes que a la de los ahorristas.

Usted menciona como prioritario el problema del hambre, de los deudores... la gran mayoría de nosotros "los giles de siempre" tenemos más que “ahorros”, es nuestro esfuerzo de años de trabajo y de no endeudarse a costa de privaciones para tener un futuro cierto y poder darle alguna seguridad en esta "republicueta" que ustedes hicieron

Por supuesto en muchos mensajes como este aparecen varios de los tópicos mencionados de victimización pero hay que subrayar que la postergación en las agendas políticas es vivido como una insostenible manera de tomarlos como idiotas.

El tópico del “olvidarse” o “abandonar” a su suerte a los “giles” encubre justamente la relación entre este atributo y la no disposición de poderes causales de clase: “gil” es el que trabajó exclusivamente con el propósito ingenuo de asegurarse el futuro individualmente o de su familia, sin pedir ayuda ni auxilio a nadie, sin acumular otros tipos de poderes. Este “no pedirle nunca nada al estado” es un elemento importante en muchos discursos y testimonios como legitimador de la exigencia de inmediata y perentoria atención. El no atender, desconocer o no justipreciar el reclamo equivale a ponerlos en el lugar de “giles”²⁸.

La cuestión de la ingenuidad, credulidad, o idiotez e infantilismo, da lugar al delicado tema de la posible “inhabilidad”, un posible defecto en las capacidades de discernimiento de las clases medias.

Entre los asambleístas hay un testimonio muy gráfico en torno a esto:

Yo los veía cómo venían a la asamblea y hacían un culto del reclamo de lo suyo...eran como chicos a los que les habían sacado el juguete más querido que lloran y patalean. (Luciana de Almagro).

Tanto en la teoría como en la práctica política esto se ha convertido muchas veces en un lugar común: las clases medias no son capaces de defender por sí sus propios intereses. Es decir, la atribución de agenciamiento queda aquí reducida al mínimo y, sobre esta base, la clase media jamás podría ser un sujeto político o social con fuerza propia.

La universal invocación del carácter de “los ahorristas que confiamos en el país” para diferenciarlos de aquéllos que retiraron su dinero y lo fugaron, justamente contribuye a instalar este módulo discursivo de la inocencia. “¿Cuál fue nuestro único pecado?... trabajar y dejar nuestros ahorros acá para que nuestro sacrificio sirva para sacar adelante el país”, decía el Sr. Coronel, ahorrista marplatense. Aquí la confianza aparece como virtud “no conveniente” en un país “ingrato”.

La “confianza” y la credulidad también son potentes encubridores de los cálculos de intereses que subyacían a estas decisiones sobre los que vamos a indagar más adelante. La peligrosa identificación con los inhábiles, buscando legitimación en la inocencia como

²⁸ Muchos ahorristas veían que los beneficiarios directos de la pesificación de los depósitos fueron los deudores, especialmente los deudores hipotecarios, y no toleraban que algunos periodistas salieran a defender o se preocuparan más por lo que pasaba con las hipotecas que por lo que pasaba con los ahorristas. Se sentían los “idiotas que confiaron el fruto de su sacrificio y su trabajo en el país...si no hubiera sido tan gil hubiera pedido crédito...total me lo iba a terminar pagando Duhalde”.

sinónimo de “confianza en el país” y “falta de mezquindad”, deja siempre el flanco para la búsqueda de un patrocinio o de un tutor²⁹.

En algunos testimonios la estupidez propia pierde su inocencia y se convierte en una forma de identidad, un solazarse en la estupidez. A propósito de la noticia de los primeros indicios de que “los depósitos están volviendo a los Bancos” a fines del 2002, comienzan a llover los mensajes en donde el robo no podría existir sin la tontería o la estupidez supuesta de los ahorristas en algunos casos, el “argentino medio” o “el pueblo ignorante” en otros.

No faltan los testimonios de los ahorristas donde aparece el “boludeo” como causa explicativa, la tendencia a “perder tiempo” en “divisionismos”, “puras ideologías” o “luchar por imponer las propias ideas políticas”, “en vez de que cada uno haga lo suyo como corresponde [...] que es lo que hace que los países desarrollados sean desarrollados y nosotros una republiquetá lastimosa”³⁰.

En las asambleas, la problemática es definida totalmente al revés: son los políticos deshonestos e incompetentes y los ciudadanos indiferentes e individualistas, los responsables del desquicio. La participación del “vecino” común y corriente y el debate colectivo, lejos de perder el tiempo, puede dar respuestas a los difíciles problemas que trae aparejada la crisis.

Inmoralidad, ambición y egoísmo

También proliferan en diversas fuentes, tipos de explicaciones que introducen la autoculpabilización, es decir, cuando la victimización se asume como responsabilidad propia, que en ciertos casos se convierte en un “merecido” castigo a los pecados de ambición, individualismo, egoísmo, etc. En algunos casos la autoculpabilización se convierte en una auténtica diatriba hacia un “nosotros” que es construido de diversas formas (“los argentinos”, “la clase media”, “el pueblo”).

Es en este punto donde aparecen grandes diferencias de elaboración de sentidos entre ahorristas y asambleístas, sobre todo en la cuestión de la posición simbólica de la clase media.

En efecto, si analizamos el conjunto de los contenidos autodenigratorios o las referencias autoculpabilizadoras, veremos que el punto de desencuentro entre ambos movimientos es específicamente la consideración de las clases medias.

En muchas entrevistas y documentos aparece la figura de la clase media como beneficiaria de “la fiesta” de los ’90, egoísta, individualista, superficial y consumista, despreocupada por el destino de “la sociedad” o de los más pobres. Algunos recuerdan a la clase media “votando a Erman González en Capital”. En general esas responsabilidades

²⁹ Los distintos grupos de ahorristas reclaman ese tutelaje de la Justicia, que incluso se reclama en términos transnacionales: las presentaciones a tribunales de España y EEUU, a la CIDH en la ONU, o el pedido de auditorías externas para los bancos, son formas de buscar una tutela que no se encuentra en el medio local.

³⁰ Es aquí en donde hay una suerte de imputación de muchos ahorristas hacia los asambleístas: la participación y la protesta sin objetivos claros tiende a verse como “boludeo”.

asumen la forma de defectos morales, tienen un contenido de ausencia de valores “cívicos” como la solidaridad, la participación, el interés por el bien común, el compromiso, y en menor medida el patriotismo, la identidad nacional o cultural³¹. Las asambleas se erigen como inquisidoras de la clase media, como fiscalizadoras de sus comportamientos y actitudes.

El ránking de cuestionamientos a la clase media lo encabeza un rasgo conocido típicamente en la literatura “culpabilizadora”: el individualismo, el egoísmo, la falta de solidaridad. “No ven más allá de sus narices”, “ombliguismo”, “sólo se preocupan cuando les toca a ellos”, “se mueven cuando les conviene...en general no son confiables” y otras expresiones similares pululan en diversos testimonios, websites y documentos de los asambleístas. Entre los fragmentos de las entrevistas más cáusticos podemos citar a algunas anécdotas de los asambleístas.

La máxima expresión de cuestionamiento es el testimonio de Bruno, de la Asamblea del Bajo Belgrano

[...] se dio una catarsis de los que sólo se movilizan por su guita, y no por la sociedad. Esa locura de las cacerolas de hecho permitió la existencia, el agrupamiento inicial [...] que después dejó un destilado que es la asamblea propiamente dicha que son los motivados socialmente a discutir...con posicionamientos utópicos, más bien de expresiones de deseo, con grandes incapacidades de hacer pero con los que se puede ir para adelante.

Aquí se plantea a la asamblea misma como una suerte de “filtro”, que permite la destilación de lo mejor de la clase media. La asamblea, como filtro al egoísmo, instaura directamente una cesura radical entre la asamblea y los sectores de clase media descontentos “sólo por la plata” y reacios a movilizarse “por fines sociales” más elevados. El origen mismo de la asamblea se describe como un decantamiento desde el reclamo económico a la construcción de capital simbólico, agregándole incluso el defecto de la carencia de capacidad efectiva de “hacer”.

La idea de que la clase media es una base débil de sustentación para las mismas asambleas en tanto es inconstante, superficial en sus aspiraciones y motivaciones, oscilante y vacilante, está presente en casi todos los testimonios relevados incluso con tonos despectivos.

Cambiar el auto, ir a Cancún, comprar un plasma...en realidad a eso es a lo que aspiran [...] muy difícil que se comprometan con un proyecto político por mucho tiempo (Stella Maris de Florida Este).

Es lo que vemos ahora con el asunto de la reactivación [...] la clase media volvió a sus preocupaciones habituales, a sus pequeñas ambiciones... por eso se vuelve a sus casas y se sientan frente al televisor (Agustín de Ovidio Lagos).

Todo esto remata en la conclusión política de que con la clase media mejor no contar, mejor no tener muchas esperanzas de nada, limitarse a aprovechar las “primaveras” de

³¹ En este sentido nuestros relevamientos coinciden con diversos estudios de casos del fenómeno asambleísta o de la movilización de las clases medias en el 2001/2002 (García, 2002; Fernández, 2004; Lewcowicz, 2002)

descontento y entusiasmo, pero no sorprenderse ni amargarse con las alteraciones de sus estados de ánimo y sus cambios de posición.

Los marcos de validación y justificación de demandas

¿Qué forma asume la movilización del capital simbólico en torno de la cuestión del dinero atrapado y del derrumbe de la dirigencia política y las instituciones? El proceso de enmarcamiento de las demandas procura elaborar un discurso público para legitimar las demandas ante observadores y terceros, cohesionar a los propios miembros del movimiento, persuadir a las audiencias, lograr resonancia y penetrar en las agendas públicas de medios de comunicación y del poder político, deslegitimar a los oponentes (Amparán, 2006; Snow, 2006; Benford, 2006; Rivas, 1998). Como veremos, estos procesos están fuertemente condicionados y tienen por objeto privilegiado la simbolización de los poderes causales clasistas.

Los ahorristas: entre la moralización del ahorro y el derecho de propiedad

Una primer línea divisoria nítida entre los testimonios recogidos respecto a los afectados por el corralito y la pesificación se apoya en criterios morales: la evaluación del “origen” del dinero acorralado, la sospecha o la certeza acerca de la “dignidad” con que fue obtenido, y un juicio sobre las “necesidades” o “finalidades” a las que responde el destino previsto para el mismo.

Para no pocos asambleístas, y para vecinos no participantes, los reclamos de los ahorristas son “observados” con desconfianza o lisa y llanamente rechazados. Se les retacea validez (no fueron verdaderamente perjudicados, o no tanto como otros) o directamente legitimidad (no los asisten valores morales o el derecho). Hay en el discurso sobre los ahorros atrapados dos elementos morales omnipresentes tanto en los que invocan legitimación como en los que la rechazan o retacean. Detengámonos en cada uno de ellos.

1) El mérito personal que tiene que invertir de dignidad a la riqueza. Fundamentalmente el carácter de fruto del propio esfuerzo, del propio sacrificio. El ahorro sería una suerte de recompensa merecida por los padecimientos pasados para alcanzarlos. En este punto también aparece un diferenciador clasista: el carácter moral de los ahorros se maximiza al ser “producto exclusivo del propio esfuerzo sin pedir ventajas ni ayudas al Estado”, diferenciándose con ello de las clases populares que requieren asistencia pública. A veces se reconoce que esos padecimientos meritorios fueron de generaciones anteriores, o son destinados a las generaciones futuras para que ellos mismos no tengan que sufrirlos, y deben ser respetados a través de la herencia. La sombra de sospecha que se cernía sobre los

ahorristas sin dudas marcó fuertemente las respuestas del movimiento en términos de discurso público y de enmarcado de los reclamos. Los juicios más lapidarios o las suspicacias sobre la moralidad de los “ahorros” aparecen sobre todo entre quienes no fueron damnificados por el corralito, sean vecinos no participantes de clase media o algunos militantes asamblearios.

Nora, no participante rosarina, es brutalmente categórica en la imputación directa.

[...] ahorrar me rima con robar [...] a algo que tienen costa de los otros. Un ahorrista era mi viejo que le sacaba a la comida todos los días un cinco por si pasaba algo [...] comíamos menos, o no nos cambiábamos los zapatos, pero no cagábamos a nadie [...] con eso de “ahorristas” se ocultaron verdaderos delitos económicos.

Carlos, también rosarino va incluso mucho más allá y hace alarde de un abierto rechazo a los ahorristas.

Te voy a confesar una cosa grosera, me alegré bastante de que a algunos ahorristas les confiscaran la guita. Bastante me alegré. No eran los laburantes[...] Los que puteaban eran los que tenían guita en el banco y por tanto no estaban tan mal, me alegré porque era lo que se merecían.

Entre los asambleístas aparecen otras impugnaciones retaceadoras de legitimidad: “haber aprovechado el dólar barato”, “¿no piensan que se enriquecieron mientras el pueblo se empobrecía?”, “antes les tocó ganar y ahora les toca perder”, y otras por el estilo. También se relativizan los méritos: el origen de los ahorros no llega a ser inmoral pero tampoco meritario y se lo reduce a un haber aprovechado las oportunidades de la Convertibilidad.

S. asambleísta de Palermo afirmaba

La justicia del reclamo de los ahorristas depende de quien sea el ahorrista. Como te decía: los únicos atrapados son los excluidos de todo, los demás son todos culpables.

Otro elemento moralizador importante es el elemento de “necesidad”. La objeción al destino posible de los fondos aparece en el discurso de los no damnificados: “fugarlo”, “sacarlo del país”, “gastarlo en viajes”, “dilapidarlo improductivamente”, alude a una extensión de la sombra de los hábitos de clase de los años '90. La legitimación de la devolución de los ahorros también tiene que responder a “necesidades” y no a vulgares “satisfacciones” hedonistas o de acumulación.

En casi todos los grupos se nota una estrategia discursiva de “desmercantilización” del derecho de propiedad. El reclamo tiende a revestir el derecho de razones más humanitarias sobre todo asociadas a la vida y la salud. Por un lado ha sido muy generalizado el recurso de presentar los ahorros confiscados como un “fondo de salud” o como un “complemento de los magros ingresos jubilatorios”.

En el caso de Mar del Plata, el enmarcamiento humanitario armado sobre la idea de “genocidio de jubilados” fue muy efectivo, acompañado de la imagen del protagonismo de los ancianos en las protestas y el fallecimiento de algunos de ellos, ejercía un fuerte atractivo mediático e invitaba a pasar del plano de la “necesidad” al de la “urgencia médica”. Con ello

también permitía construir una imagen clasista de otro tipo: los viejos con escaso apoyo familiar (“los hijos estaban desocupados”), sin cobertura social y de salud (crisis del PAMI y las Obras Sociales) quedaban como sectores tan vulnerables como otros sectores movilizados, lo que les permitía alinear marcos comunes resonantes, aumentar la consonancia de experiencias y la fiabilidad del reclamo para las audiencias más vastas, aventando el fantasma sobre el posible origen espurio o privilegiado del dinero. Estos intentos acoplan los propios padecimientos a las vicisitudes de las clases populares, haciendo que el dinero quede representado exclusivamente como el “valor de uso” vital que representa para las personas confiscadas, operando un corrimiento hacia la construcción pública de demandas de preservación de condiciones mínimas de subsistencia. Esta definición de sus intereses empalma perfectamente con las estrategias de victimización y mimetización ya vistas más arriba.

En Mar del Plata la eficacia de los enmarcados públicos se completó con una estrategia que no fue utilizada por ningún otro grupo de ahorristas del país y que puede sintetizarse en la frase de Juan Carlos Lere: “No nos olvidamos en ningún momento de los demás” para hacer referencias a las acciones solidarias con otras luchas (hospitales, víctimas del delito) y a las campañas de alimentos para comedores (incluso de grupos piqueteros) e inundados de Santa Fe, señalando la voluntad de inscribir simbólicamente la demanda propia junto con la del resto de los damnificados por las políticas gubernamentales. La señal de que habiendo podido acumular algo “no nos olvidamos del resto”, también ha tenido una potencia legitimadora muy importante, dando por tierra “con eso que decían los medios de que nos interesaba sólo la platita”.

Tratando de ahuyentar toda confusión con “especuladores” y rentistas³², desfilan por los testimonios todo tipo de “necesidades” que serían satisfechas por los ahorros: desde “pagaba el gas con los intereses del depósito y en ese tiempo en invierno no podía encender la estufa”, hasta las más ambiciosas como “no pude mudarme”, “adiós al sueño del techo propio”, etc. El dispositivo de la apelación moralizadora a la “necesidad” se contraponen a la condena del “exceso” asociado a disvalores como la avaricia, el interés como única motivación, el ánimo de diferenciación social, el derroche, en definitiva, “el goce prohibido”. Pero los dos elementos de la argumentación (“necesidad” y “exceso”) forman parte de un dispositivo simbólico reversible que aparece más nítido en aquellos grupos de ahorristas con presencia de

³² Las ya citadas “Historias del Corralito” que fueron una y otra vez utilizadas por AARA son el ejemplo más sencillo de intento de mimetización con las clases populares: un grupo donde hay mucha gravitación de bonistas e inversores intenta ponerse detrás de los casos más dramáticos, pasar desapercibidos entre los que se quedan sin casa, los desocupados, o los que no tienen otros ingresos. El mecanismo de generalización busca instalar el estereotipo del ahorrista como figura homogénea de “honestos y esforzados ciudadanos comunes” con gravísimos problemas de todo tipo.

clases medias profesionales pudientes. Lo que sirve para condenar “en los demás” como exceso puede servir para justificar como necesidad en uno mismo. Lo que veo de necesidad propia, es exceso ajeno. El mismo capital simbólico se moviliza en un sentido o en otro. Si el que acumuló es mi padre lo hizo con sacrificio. Si el que acumuló es el hijo de un desconocido de un barrio pudiente que sale con su cacerola de teflón, “algo debe haber hecho el padre” o “a él le vino de arriba”. Si tengo mucho atrapado, eso mucho es la posibilidad de que otros reciban crédito para tener sus casas. Si el que tiene atrapado mucho es otro “era un prestamista... que trabajaba con constructoras... un ave de rapiña”. A lo largo del trabajo de campo y con la generación de cierta confianza con algunos de los entrevistados se comienzan a multiplicar testimonios de este tipo que hablan a las claras de la naturaleza arbitraria –en el clásico sentido de Bourdieu– de las evaluaciones morales y el uso autoapologético individualista de la movilización del capital simbólico³³. Las consecuencias de esto son notorias: carcomidos por la competencia acerca de quién tiene el reclamo más justo, quién sufre más, quién tiene el dinero mejor habido, quién es especulador y quién no, es muy difícil validar posiciones colectivas. La noción crucial de “mérito” es intrínsecamente comparativa: siempre es mérito frente a otros y, por tanto, es una noción que enmarca los intereses de manera competitiva. Los *clivages* que aparecen: bonistas vs. depositantes, bonistas de corto plazo vs. de largo plazo, depositantes ricos vs. depositantes pobres, depositantes especuladores vs. depositantes trabajadores, aparecen todo el tiempo revestidos de categorías morales que pugnan por el reconocimiento de su prioridad frente a los demás. Los bonistas dicen “haber confiado en el país” al haberle prestado la plata directamente al Estado y no como los depositantes “que le dieron sus dólares a un banco internacional que los fugó”. Los depositantes dicen que los bonistas son “especuladores” que contribuyeron a fundir al estado mediante el endeudamiento fraudulento. Algunos depositantes sospechan de otros por el abultado monto que tienen: “¿De donde habrá sacado tanta plata?”. Hasta los ahorristas referentes como Nito o Perico Pérez caen bajo los comentarios “me dijeron que ya la sacó la plata... para que no joda más ya se la dieron y la sacó del país”.

La sombra del carácter especulativo, la sospecha de la impostura en el reclamo, de la pelea por ventajas espurias u ocultas, se presenta todo el tiempo y no sólo como una espada de

³³ El régimen de enmarcamiento simbólico del dinero se manifiesta como un dispositivo de doble estándar: los juicios valorativos tienen una relación de indeterminación respecto a lo que pretenden calificar y, por tanto, les cabe indistintamente según la conveniencia uno u otro. Básicamente: mi dinero, mi propiedad es buena, y la de los demás es al menos sospechosa. El mérito es siempre reclamado y nunca reconocido. Su invocación permite un intento permanente de lograr reconocimiento para sí, y de negar reconocimiento, invocando justamente la falta de mérito, a otro. La arbitrariedad se produce a la manera del juicio infinito hegeliano: cualquier decisión sobre el capital económico puede ser súbitamente moralizada mediante adjetivos que mantienen una relación de exterioridad con la materia adjetivada y, por tanto, instituyen una arbitrariedad que pretende sea reconocida por otros.

Damócles de la opinión pública y los medios sobre el movimiento. El mismo Baez Silva dice que una de las discusiones más interesantes fue “cómo salir de esto sin perjudicar al país” y por ello propusieron que los bonistas negociaran sobre la base del reconocimiento, no del valor nominal sino del valor de adquisición de los bonos (unos compraron a 80% otros al 60%, etc.), y que se cedieran parte de los intereses.

Pero esta posición transigente y “no especulativa” era resistida.

[...] porque dentro mismo de los bonistas se pelearon: los que tenían bonos a 30 años querían que le pagaran igual que los que tenían bonos vencidos [...] y también que dentro del rescate fueran primero los más débiles...y entonces estaba la discusión de quiénes eran los más débiles... Todavía no logro que se despierte conciencia en que no se puede resolver el problema de los bonistas atacando a los depositantes [...] que el problema no está en si vos te llevás, yo no me llevo [...] que el problema está en la distribución general.

El reflejo incorporado de carácter competitivo respecto de defender a capa y espada el lugar de “prioridad”, el lugar de merecida atención diferencial, incluso a costa de “pasar” por los más débiles o los más perjudicados, mostraba las enormes dificultades para integrar o articular intereses y ver conveniencias a largo plazo.

El capital simbólico en esta clave moralizadora ofrece menos fuentes de valoración común frente a terceros y oponentes, y más fuentes de diferenciación permanente entre los mismos ahorristas bajo estrategias de competencia interna que carcomen los enmarcados comunes.

El constante intento de legitimar para prioritar posiciones propias sobre el resto se acompaña por un poner al descubierto en los demás sus “verdaderos intereses y verdaderas posiciones”. El efecto paradójico de la moralización es que pone al descubierto “los intereses” que animan a los demás³⁴. En los yahoo groups proliferan acusaciones personales: “lo que pasa es que vos trabajás para el gobierno porque tenés una jubilación de privilegio como funcionario”, “andás atrás de algún contrato [referido a obra pública]”, o mucho más comúnmente “a vos lo único que te interesa es figurar, poner la cara, a ver si te llaman para darte algo”, donde se llega al sumun de condenar la misma participación y la misma exposición en función del movimiento como si fuera “interesada” en términos individuales. Es decir, la moralidad exacerbada que esconde lo propio se acompaña siempre de una gran fruición por “descubrir” lo escondido en los demás, exhibirlo y convertirlo en una diferencia “moral” que legitime ventajas o pretensiones de preeminencia.

³⁴ Es interesante remarcar las ventajas metodológicas que brinda esto para el investigador. El “buchoneo”, el sacar los trapitos al sol, están a la orden del día en los testimonios, lo que permite acceder con el debido cuidado a algunas pistas e indicaciones posibles de registro de “los cálculos” y motivaciones que están por detrás de determinadas decisiones.

La retórica de la moralización permite también operar fácilmente con las estrategias de victimización basadas en la indefensión. Una frase universal que aparece en todos los testimonios de damnificados:

¿Quiénes quedaron atrapados? Los perejiles, el resto se lo llevaron todo. Les avisaron y se lo llevaron afuera.

Pero la figura del “perejil” opera con la misma lógica de arbitrariedad reversible: el ahorrista atrapado se considera “perejil” frente al no atrapado “que se la llevó afuera”, el no ahorrista se considera perejil porque trabajó pero no juntó nada frente a los ahorristas “que juntaron plata en el banco”, el bonista se considera “perejil” porque con el argumento de “la deuda” especulativa les hicieron una quita, todos los ahorristas se consideran “perejiles” frente a los que tomaron “créditos” que ahora les pesifican, y así sucesivamente. En algunos mensajes a los foros se escandalizan por “lo que consiguen los piqueteros... que nos lo sacan a nosotros “los perejiles” de la historia”.

La “plata grande”, que no quedó acorralada, se asocia a otro tipo de poderes causales burocráticos o políticos que permiten accesos a la información y vías alternativas no lícitas para defender sus intereses. El ser excluidos de estos poderes define en gran parte lo que etiquetan como “perejil”. El “perejil” es aquél que logra acumular “propiedad” solo merced a su trabajo y sacrificio, sin recurrir a los poderes “anexos”, o “privilegios” que derivan de la conversión del capital económico en capital político o burocrático. En este punto hay también un correlato antipolítico profundo. La legitimidad del capital económico bien habido es mucho mayor que la del capital político. El “perejil” es el que debe contar exclusivamente con el fruto de su mérito, y está condenado a confiar en que el resto de la sociedad lo va a respetar cumpliendo la ley. La combinación “necesidad”, “mérito individual” y único recurso de protección en la Justicia, son legitimaciones fuertemente despolitizadoras y descontextualizadoras que explican las dificultades de los ahorristas para hacer una lectura y proponer alguna clase de enmarcamiento de sus reivindicaciones en un proceso histórico, junto a otros sectores.

2) El argumento del esfuerzo, el “a mí me costó”, de la “necesidad” y “del no olvidarse de los demás”, son legitimadores públicos que se constituyeron en una sorda tensión con el de la propiedad y el contrato³⁵. Los documentos de los distintos grupos³⁵ señalan que los ahorristas

³⁵ En este punto vale recordar el debate entre Nicolás Casullo y Horacio González (P/12, 1/03/02) por los recubrimientos aristocratizantes y encubridores del “clasemediero que defiende sus ahorros”. Decía González: “Mientras el filisteo pequeñoburgués existiría cuando se vuelca sin rubor a decir esto es mío, o no me indexen la cuota del Duna rojo, el aristócrata es el que se moriría de vergüenza si lo descubrieran defendiendo su corazón íntimo de propietario... que no tiene propiedades sino su honor paradójico de propietario para espiritualizarse sin problemas”. Sin embargo, ninguna de las dos figuras encaja ni con los testimonios ni con la documentación. Los “filisteos pequeñoburgueses” son vacilantes para defender públicamente sus intereses detrás de la bandera del “derecho de propiedad” y están lejos de hacer ostentaciones de “honor”. No tienen rubor en general de

de ADAPD casi no hacen concesiones al dominio legitimador del derecho de propiedad; en AARA las posiciones se superponen y contradicen; en La Plata se registró una alternancia en las dominancias comenzando por la propiedad y terminando en las necesidades; en ABAE se buscaron caminos diagonales de atenuación del imperio de la propiedad; y entre los grupos “rompebancos” el principio del derecho de propiedad era secundarizado pero no ausente.

La retórica legitimadora es típica: si no hay respeto o legitimidad reconocida a la propiedad y al éxito económico no hay inversión, ni ahorro, ni crédito, ni progreso para el conjunto. Para los grupos con fuertes componentes de clases medias altas y profesionales rige la argumentación monológica: la lógica de la necesidad debe subordinarse a la lógica de la inversión y la propiedad. En el Website de ADAPD en una declaración del 4/09/04 se lee:

...la pobreza se elimina con actitudes serias, erradicando la inseguridad y reinstalando la seguridad jurídica para que haya inversiones genuinas que permitan generar puestos de trabajo dignos³⁶.

La jerarquía central que se da a la propiedad y el derecho a acumular se observa en el testimonio de Di Renato donde violaciones al derecho de propiedad y violaciones a los derechos humanos parecen tener el mismo rango.

Para mí el tema de los ahorros es exclusivamente una violación del derecho de propiedad, no lo veo en nada como político [...] el derecho de propiedad violado de muchos que han acumulado sus propiedades haciendo grandes esfuerzos ¿también serán juzgados sus responsables alguna vez?.

En otros directamente la propiedad es colocada en el centro de la “sociedad civilizada”. En la Sección Documentos del portal de Ahorristas Platenses hay uno titulado “El ahorro o el robo. Ésta es la cuestión”³⁷ en donde con tono “doctrinario” puede leerse lo siguiente:

[...] la idea de "contrato social", pilar de la construcción del estado del derecho y las cosas [sic]. El capital ahorrado es un dominio fundado en el trabajo acumulado, es nuestro bien material, nuestras cosas, nuestra propiedad [...] Bajo el "paradigma tribal" de los "remen, mendiguen y curren"[...] la explicación del funcionamiento de la economía y la sociedad con categorías propias de la barbarie transforma a los ciudadanos en habitantes, a la sociedad en conglomerado y ambas a merced de una vuelta al pensamiento tribal, previo a la edad de la razón [...] un estado de no-derecho, sin contratos, sin ley, sin individuos libres, en definitiva una no-sociedad.

El capital económico se esconde como poder causal de clase para convertirse en “trabajo acumulado”, “resultado del esfuerzo”, lo que permite resolver la contradicción discursiva entre “mérito” y “propiedad”, bajo el supuesto de que toda propiedad no es más que el derecho de gozar de protección legal para los frutos del mérito. Esta naturalización beatificadora del modo de vida de clase media propietaria está amenazada por gente que no acepta o no entiende estos simples principios “cosmológicos” a los que se contraponen el “paradigma tribal” del “remen, mendiguen, curren”, humorada que remite a Remes Lenicov, Ministro de Economía, y al empresario textil I. de Mendiguren, en ese momento Secretario de

“escudarse” detrás de situaciones dramáticas mimetizándose con las clases populares, invocando necesidades imperiosas e injustas desgracias.

³⁶ Ver <http://www.adapd.com.ar/>

³⁷ Ver <http://www.ahorristasplatenses.8m.net/>

la Producción. El énfasis en los individuos libres merced a la propiedad reitera la desvalorización de otros poderes causales y se convierte en una auténtica confesión de la orfandad de recursos de defensa (poderes políticos, colectivos) frente a los “parásitos” defensores del tribalismo.

En algunos testimonios aparece la vivencia de una “doble victimización”: “No roban solo nuestra plata, sino roban el derecho, la seguridad jurídica”.

Baez Silva, es frontal en la prioridad dada a la cuestión de la propiedad frente a la cuestión de los daños materiales.

[...] La excusa que me dan es “si yo no sufrí demasiado si no me arruinaron, no tengo derecho a reclamar”. Pero ¿dónde está la legitimidad del derecho de propiedad y la ganancia? Acá si ves a un tipo con un auto importado lo que decís es ¡qué h de p.!, ¡cómo robó!...está en algo. Aunque parezca mentira no hay conciencia de propiedad privada [...] ¿Si las propias clases altas son vacilantes para defender el derecho de propiedad, no están generando las condiciones de una expropiación fácil?

La cuestión del derecho de propiedad amenazado por una sociedad “sin conciencia” es presentada como una cuestión cultural que amerita una movilización simbólica.

El contrapunto legitimador entre “necesidades” y “propiedad” da lugar a lo que podríamos denominar la controversia acerca del “exceso” del dinero, del excedente que ya no responde a una necesidad, y que se sustrae a reglas morales o las convierte en difusas. ¿Cómo compatibilizar este exceso que, por definición, es un bien de disfrute exclusivamente individual -y hasta un disfrute por diferenciación del resto- con la posibilidad del vivir en común y respetar reglas básicas de equidad? El exceso amenaza encarnar el fantasma de la desintegración colectiva, la aniquilación de lo compartido y los lazos solidarios. ¿Cómo sustraer a la legitimidad de la acumulación privada del hedonismo consumista o del mercantilismo desenfrenado? La figura del inversor es aventada con espanto por temor a la confusión con el especulador. En el discurso público la pretensión de legitimidad del reclamo de restitución de riqueza no puede provenir del ánimo de lucro, de acumulación y de diferenciación de los demás a través del consumo. El “derecho de propiedad”, como articulador simbólico de justificaciones, supone la situación de “exceso”, en tanto propiedad sobre un excedente, que se estima como diferenciador privilegio frente a la situación dramática de muchos sectores. Dentro de los testimonios de asambleístas y también de participantes e incluso de varios ahorristas, hay un fuerte intento de sustraer el derecho de propiedad del derecho a la acumulación irrestricta, a la que se atribuye el peligro de que unos tengan mucho y otros poco o nada. La sombra de los '90, con las consecuencias sociales de exclusión y desigualdad, hacen que se rechace la idea del principio absoluto del lucro y la iniciativa privada.

No obstante, aquí reaparece una diferenciación muy importante con fuertes componentes clasistas. La moralización del excedente se hace en sentidos contrapuestos para las clases medias altas y propietarias y para el resto de la pequeña burguesía y asalariados. Para estos últimos el exceso promete un goce que implica siempre un sufrimiento o la postergación del otro. La moralidad es coextensiva y se agota en el campo igualador del esfuerzo y la necesidad. El “exceso” puede connotar origen espurio no basado en esfuerzo y mérito sino en explotación, privilegios, oportunidades indebidas, etc. que resultan dañinas para el conjunto social. Pero para las primeras, dicho exceso es el motor mismo de la sociedad, el bienestar y el progreso. Sólo la “sana ambición”, el “tener aspiraciones de mejora” impulsa el progreso colectivo. Es la motivación del ascenso la que impulsa sacrificios y méritos que permiten legitimar la acumulación y la diferenciación social. El “ethos” progresista de la clase media propietaria de mejora del nivel de vida y realización en la esfera privada, es la base de la mejora social. El ánimo de lucro y acumulación es convertido en “expectativas de progreso” como fundamento del respeto a la propiedad. Los “excedentes” no son ya solamente legítimos sino necesarios al orden social y deben protegerse de “parásitos” y aprovechadores. Así, se invierte la relación de “explotación”: “es a mí, que tengo esto que acumulé, a quien quieren estafar, explotar, robar, parasitar”.

Un empresario como Artaza tiende a conjugar en sus discursos, tanto la legitimación por la necesidad como la legitimación típicamente monológica de la “propiedad”, con el expediente de subsumirlas en la idea de “progreso”, a la que identifica como el fundamento identitario de la clase media.

Nosotros sólo defendemos los derechos de la clase media, que no estamos reclamando sólo nuestro dinero, sino nuestros sueños, nuestros proyectos, el trabajo de toda una vida [...] El ahorro como “proyecto central de clase media” (Nito Artaza)

El uso retórico de “clase media” como modo de vida signado por el esfuerzo y la austeridad impulsada por “sueños de vida mejor”, diferenciado y opuesto a los intereses mercantiles y la especulación, defiende el valor de la diferenciación social por el mérito. El “sacrificio” supuesto en el ahorro justifica la expectativa de ascenso y diferenciación. En la entrevista, Artaza no se cansa de aludir al sueño de la casa, al sueño de los estudios para los hijos, al sueño de poder viajar, de poder iniciar un negocio propio, etc. En este sentido, el estilo de vida al que se aspira, reviste un carácter legitimador. La plata ahorrada es sinónimo de un modo de vida digno con derecho a las expectativas de “ascenso”. La idea de “exceso” se deslinda del goce indebido y queda reducido módicamente a “sueños sensatos”.

Pero aún cuando la reivindicación de la propiedad aparece con más fuerza, no llega a revestir un carácter clasista fuerte en el sentido típico. En la mayoría de los casos, el respeto a la propiedad privada no aparece para enfrentar otros principios de organización social de

carácter amenazante (socializante, estatizante, etc.) sino como una forma de denuncia contra otros “particulares” o “privados”³⁸. El conflicto tiende a ser definido como la propiedad privada de la clase media “necesitada”, “progresista” y “esforzada”, contra otros propietarios privados más poderosos y abusivos, “los bancos”, “los empresarios licuadores de deuda”, en tanto “ladrones” amparados por una clase política corrupta al estilo de lo planteado por Pierre Birnbaum (1979: 175 y ss.).

La “doctrina de la mala praxis bancaria” sustentada por ABAE muestra un corrimiento del lugar de enunciación del reclamo como “consumidor” en vez de “propietario”. Tras la figura del “cliente” y sus derechos a un servicio seguro y eficiente, se concede un cierto desplazamiento del derecho de propiedad³⁹. El diagnóstico de mala praxis terminaba colisionando con el enmarcado de “robo” o “estafa” y las espontáneas consignas de los ahorristas más militantes que escrachaban los bancos: “chorros, chorros, devuelvan los ahorros”. Dentro de los grupos de ahorristas no tardó en surgir una fuerte discrepancia interna. Muchos ahorristas rechazaban una imputación tan débil, indulgente y tecnicista como la de la falta de idoneidad bancaria y pugnaban por sostener la consigna que los caracterizaba como “ladrones” con antagonistas bien focalizados, lo que usualmente facilita la cohesión interna y la lucha.

Por otra parte, también apareció una buena cantidad de ahorristas que consideraban, no solamente que no había existido mala praxis, sino que excluían a los bancos de la responsabilidad directa y lo reemplazaban por “una asociación ilícita de pesilicadores de deudas” compuesta por políticos y empresarios nacionales. Según esto, los bancos no serían responsables directos sino “oportunistas”, para algunos, o incluso “víctimas”, para otros. Lo interesante de esta visión que asume una posición típicamente de “pequeño burguesía confiscada”⁴⁰ es que apela a universos valorativos y justificaciones que instauran una división notoria dentro de la misma clase media: están los que ahorraron con sacrificio para el futuro con el concurso de los bancos y la estabilidad, y están los que se endeudaron en dólares ganados por otros y que los han dilapidado generando inestabilidad. En los foros estos ahorristas consideran a los deudores “parásitos” privilegiados que “hicieron un gran negocio”, con el gobierno y los empresarios. A la manera de los razonamientos en espejo, los deudores quedan como los “verdaderos especuladores” y la lucha de los ahorristas debería bregar por impedir la pesificación de las deudas. Divulgan el listado de principales empresas deudoras a

³⁸ Es por eso erróneo o al menos exagerado juzgar el reclamo como clasista y pequeño burgués como se ha hecho apresuradamente desde ciertas ópticas de izquierda. Ver reportaje a Eduardo Grüner en <http://www.pagina12.com.ar/buscador/17-2241-2002-02-25.html>.

³⁹ Artaza junto con el bloque cavallista (sic) empezó a impulsar un proyecto de Ley que crea la figura del ombudsman bancario.

⁴⁰ A este segmento minoritario de los ahorristas sí le caben las observaciones de Grüner (<http://www.pagina12.com.ar/buscador/17-2241-2002-02-25.html>).

los bancos y el listado de votos positivos en diputados y senadores a las leyes de emergencia y aprobación de decretos de pesificación, etc. Los deudores aparecen como parásitos protegidos por el “populismo” de la clase política cómplice. En términos de justificaciones aparece entonces el contrapunto de la “cultura” del gasto “alegre” y despreocupado, que se asocia a los tomadores de créditos, y la “cultura” del sacrificio y el ahorro, que se supone asociada al depositante⁴¹.

Los asambleístas: entre el pueblo y la necesidad de concientización

El discurso asambleario incluye de manera repetitiva apreciaciones convergentes acerca de la necesidad de “concientizar”, de “esclarecer”, de “tomar conciencia”, etc. La letanía acerca de la conciencia, por supuesto, puede tener contenidos concretos opuestos (desde la revolución social hasta el respeto cívico democrático) pero en todos los casos apunta a un campo específico de las prácticas que se nomina convencionalmente como “la conciencia” que le otorga centralidad al trabajo sobre el capital simbólico. La lucha asamblearia se cifra en la producción de estados de conciencia, el aprovechamiento de estados de conciencia, o en la emergencia de estados de conciencia. El objeto privilegiado de su acción es la imposición de significaciones, una modificación de los sistemas de creencias compartidas, una transformación de las categorías mentales, formas de percepción, valoración, inculcación de nuevos valores y orientaciones vitales, formas de realización social y personal, etc.

El diagnóstico común subyacente a esta formulación es lo que he dado en llamar el “complejo del pueblo imperfecto”, es decir, la imputación de un déficit de capital simbólico generalizado como condición de base a subsanar, ya que, origina los problemas e impide simultáneamente su solución. La traducción de las crisis políticas y económicas en términos de arrastre de déficit simbólicos y defectos de conciencia es un marco interpretativo generalizado entre las asambleas.

Entre los participantes de los movimientos sobresalen diversas variantes en la formulación de la cuestión de los “defectos de conciencia” endémicos. Estos extractos seleccionados -sería fatigoso y reiterativo transcribir muchos más- están agrupados en tres grandes tipos que, por supuesto, se pueden superponer y combinar entre sí.

1) “Ceguera” o miopía como una suerte de incapacidad de percibir la situación en un contexto consecuencia de un modo de vida de aislamiento, individualismo, inmediatismo y despreocupación por el destino colectivo: “acostumbrados a no ver más allá de su nariz”, “vivir en un frasco de mayonesa”, “en una maceta”, “no darse cuenta de lo que estaba

⁴¹ Se repite el esquema del doble estándar oculto en estos juicios valorativos. Si el valor social del ahorro es hacer posible la inversión productiva, la generación de empleo, etc. a través del crédito, ¿cómo podría después considerarse abusivo y dispendioso el endeudamiento?.

pasando”, “ir de distracción en distracción”, “no querer ver alrededor tuyo si a vos te va bien”, “adormecimiento”, “anesteciamiento”, y muchas otras figuras retóricas de este tipo.

2) “Maleabilidad” como una escasa capacidad crítica o vulnerabilidad simbólica ante otros agentes sociales: “a la clase media la manejan los medios y a los pobres los manejan los punteros”, “pan y circo”, “la gente quiere sentir que hay alguien que le resuelve las cosas mientras se dedica a disfrutar de las pequeñas satisfacciones del sistema”, “es más cómodo delegar, confiar en que alguien se va a hacer cargo y no tener uno que asumir la responsabilidad”, “muchos años educados así”, “sin una educación como verdaderos ciudadanos no se puede salir de todo esto”, “mucho Laje, Bonelli, Haddad, Radio 10 y TN y poco contacto con la realidad”, etc.

3) “Volubilidad” como falta de creencias firmes o convicciones permanentes, consistencia en las ideas: “las cosas mejoran un poco y la clase media se vuelve a sentar delante del televisor”, “apenas pasa el temblor todo el mundo quiere volver a lo suyo”, “el pueblo lo que quiere no es la revolución sino que las cosas funcionen, busca alguien que las haga funcionar no importa qué haya hecho antes”, “el que antes era un villano pasa a ser un santo”, “la gente no quiere utopías”, “se deja llevar por espejitos de colores, sobre todo la clase media”.

Aunque en algunos casos la formulación del complejo del pueblo imperfecto tiene un tinte antipopular y clasista, la mayor parte de las veces está dirigida a los mismos sectores medios. En la mayoría de los casos, la movilización de los poderes causales simbólicos se orienta a dirimir disputas dentro del mismo universo de significaciones de clase. En otros casos de militantes de izquierda, el recurso utilizado es intentar forjar un lugar de enunciación exterior a la clase media (“clase obrera”, “clases populares”, “oprimidos”, “revolucionarios”) para cuestionar sus formas de conciencia.

Pero lo más llamativo es que estos mismos elementos diagnósticos que justifican la movilización y la legitiman, entre los no participantes se utilizan para fundamentar opiniones negativas acerca de los movimientos de protesta, demostrando que este tipo de caracterizaciones tiene la función de establecer las condiciones de la arbitrariedad de los juicios valorativos.

Nuri, vecina de Rosario donde funcionaba la asamblea Ovidio Lagos, es un compendio de estos tres tipos de razonamientos para justificar su rechazo a las protestas de ahorristas y asambleístas a las que acusa de “huecas”, “pura reacción histérica que no va a ningún lado”, aludiendo a algo así como a la “ceguera” de los movilizados que “dan golpes al aire”. Además de que “hay que ser concientes de que es la televisión la que de repente empezó a aguijonear a la gente para que salga y la gente va como ganado”. Por último termina reclamando “solidez” ciudadana y que, para que todo esto no se repita,

[...] hay que empezar por los chiquitos. La escuela es un lugar no usado por los docentes para hacer docencia, no de conocimiento, sino docencia de preparación de un pueblo distinto [...] Hablarles todos los días [...] cuando son chiquitos, los armás [...] ¿Qué hace la Iglesia? [...] prepara sus dirigentes. ¿Qué hacen las escuelas privadas caras? Preparan sus dirigentes. Y la escuela del pueblo ¿dónde está? [...] cuanto menos gente haya educada, más voto va a haber para los partidos del sistema.

Este abundante tipo de apreciaciones expresan la creencia tradicional del déficit de “educación” como explicación del porque la gente se deja llevar por los políticos o por los medios de comunicación. En definitiva estos planteos suponen que la distribución del capital político depende de la distribución del capital cultural en su forma institucionalizada como capital educativo escolar. La educación, en tanto “preparación del ciudadano”, es erigida como alternativa tanto de la clase política como de la protesta inconducente. La educación como el mejor antídoto contra la manipulación es un extendido ideologema de las clases medias.

Entre la militancia asamblearia más radicalizada, en cambio, la desconfianza hacia el sistema educativo invierte los términos del problema sin alterarlo.

Años y años de escuela, de profesores, que te insensibilizan para todo [...] no tenés que pensar nunca por vos sino aceptar mansamente lo que te viene ya masticado [...] la manera de aprender es acá en la lucha, mamando la experiencia de los compañeros y haciendo tu propia experiencia, compartiendo, buscando una mirada propia (Lucas, Asamblea de Almagro).

El capital político de nuevo parece depender de distribuciones previas y necesarias de un capital cultural y simbólico de nuevo tipo adquirido lejos de las instituciones⁴². La militancia y la práctica asamblearia, la movilización aparece como revestida de un significado educativo y actitudinal. Gran parte del “programa político” de las asambleas es convertirse en un gigantesco epicentro de gestación de capital simbólico en términos de experiencias de participación con sentido emancipador. En cierta medida, las mismas asambleas se convierten en instancias impulsoras de nuevos tipos de flujos simbólicos. Las ideas de “reeducación” política, de concientización, ciudadanización, de “activismo” productor de sentido revolucionario, de “contrahegemonía” creadora de un nuevo sentido común, etc. está omnipresente en gran parte de la militancia asamblearia más comprometida donde el “elixir” de la conciencia parece residir en la misma participación en la acción colectiva combinada con ciertas formas de capital cultural⁴³.

⁴² Svampa (2008:32) ha señalado la figura del activista cultural “de vocación nómada y carácter anfibio”, dentro o en relación con los colectivos asamblearios. En nuestro análisis este tipo de prácticas de lucha cultural no institucionalizadas instauran campos autónomos de reconocimiento y valorización del capital cultural y nuevas formas de distribución de dicho capital aunque sus portadores provengan o tengan pertenencias académicas o institucionales.

⁴³ Hay algunas influencias intelectuales internacionales y nuevas expresiones de la militancia de izquierda y los llamados colectivos culturales. La experiencia zapatista, autores como Antonio Negri y John Holloway, publicaciones y colectivos culturales han contribuido a la circulación de estos saberes. (Vid ut supra, Cap. VI).

Aunque militantes de izquierda y vecinos que no simpatizan con las asambleas tienen visiones contrapuestas acerca de qué significa “educación” y “conciencia”, es clarísimo que comparten un blanco destinatario de sus acciones: la subjetividad, lo que está por debajo, por dentro. Penetrar en esta dimensión de la creencia, las motivaciones, los valores, el régimen de orientación del comportamiento social, es el cometido compartido por ambos razonamientos. El “sujeto” permanece como blanco de la movilización del poder causal simbólico.

En algunas publicaciones asamblearias el discurso de la concientización asume formas abiertas, a veces casi agresivas, de una fraseología pedagogizante mal camuflada. Han adoptado un discurso “culpabilizador” como palanca cognitiva para motivar la participación concientizadora, colocando a la asamblea en un lugar de enunciación pedagogizante.

En una publicación había un epígrafe que citaba en extenso el conocido texto de Bertoldt Brecht “El peor de los analfabetos es el analfabeto político”⁴⁴.

[...] El analfabeto político es tan bruto que se enorgullece inflando el pecho diciendo que odia la política. No sabe el imbécil que de su ignorancia política nacen las prostitutas, el menor abandonado, y el peor de todos los bandidos, que es el político embustero, el corrupto lacayo de los explotadores del pueblo.

Este tipo de discurso agresivo contra “la indiferencia” o “la ignorancia política” constituye un módulo generalizado en todo el espacio asambleario tanto de las asambleas más militantes e ideologizadas de izquierda, como de las más abiertas y “vecinales”. A tal punto que este mismo apotegma de Brecht es citado por otras asambleas en otros documentos y hasta alguna asamblea en Rosario salió a pintarlo en las calles según testimonio de Duzán. El disfrute privado del ascenso como modelo de vida “egoísta” es presentado como “analfabetismo político” en el imaginario asambleario que confronta duramente contra los estilos de vida “huecos” de la clase media típica.

En el documento de un asambleísta de Vicente Lopez se hace clara la estrecha relación entre la problemática de la conciencia y la clase media. Allí el reflujo de la movilización y el agotamiento asambleario se explica

[...] por ese cagazo característico de medio pelo, de clase media, volvió a su casa, su cambio de conciencia quedó a mitad de camino o cumplió la profecía de la clase media: se la dan de revolucionarios por un rato y no aceptan su condición pequeño burguesa que deben romper, por lo que en el momento de la ruptura, se cagan en las patas y vuelven a sus casas.

En cierto punto el quehacer asambleario se define como una lucha contra las limitaciones de la conciencia pequeño burguesa -su tendencia a volver a lo conocido- que le impide completar su ruptura con el sistema.

No puede sorprender entonces que buena parte de las clases medias ilustradas se hayan visto atraídas por este fenómeno de movilización del capital simbólico. Las asambleas

⁴⁴ El boletín de los vecinos de Almagro en Asamblea Permanente (Asamblea de Almagro de Corrientes y Medrano) “El Puente”, Diciembre del 2002, p. 6.

gozaron del interés y la participación de intelectuales y académicos⁴⁵, que han reconocido en estas capacidades de movilización simbólica su principal valor.

Sebreli entroniza la recreación, a la usanza de las viejas sociedades anarquistas y socialistas, de actividades educativas y culturales dirigidas a la “concientización y la educación de las capas medias y populares”⁴⁶. Pavlovsky asevera que las asambleas constituyen un cambio de naturaleza de la conciencia social y ya no hay vuelta atrás.

[...] se nutren de la intensidad del acontecimiento [...] Una modificación en la cabeza de la gente que no se mide por el número de concurrentes⁴⁷.

En el artículo de Modesto Guerrero (2002) directamente se plantea el fenómeno asambleario como

[...] el más importante producto social y cultural desde el Cordobazo [...] Un amplio sector de la clase media decidió subvertir su propia existencia y mandar al carajo muchas de sus viejas creencias.

Parangonando la rebelión argentina con el Mayo Francés, cita a Barthes para recalcar que se trata principalmente de un proceso simbólico y no tanto político: se trató de “...una toma de la palabra, una palabra salvaje fundada por la invención” y no de la “toma de la Bastilla”. El mesianismo de la conciencia llega a su punto más alto cuando se pregunta si logrará liberar la palabra y el pensamiento para ser “sujeto liberador del resto de la sociedad” o “alternativa nacional junto a otros sectores”, en donde la clase media puede asumir una centralidad decisiva⁴⁸. La movilización de poderes causales simbólicos se concentra en la colosal empresa de romper con el pasado, y con todas las formas de conciencia que le son solidarias. La ruptura no abarca solamente la “herencia de la dictadura” sino también a la democracia representativa y la partidocracia tradicional, la tiranía de los medios de comunicación, “la cultura de los ‘90”, y hasta las formas de pensamiento y el dogmatismo de la izquierda política y los modos autoritarios de su militancia⁴⁹. La asamblea parte de la deslegitimación de todos los otros “alfabetizadores” (partidos, sindicatos, medios) y el desconocimiento de la alfabetización tal como se la conoció hasta el momento. En cierta

⁴⁵ Svampa (2008: 139) ha señalado las tensiones internas desatadas entre el saber experto y el saber partidario del militante. Asimismo, la lógica de la alfabetización que originalmente se piensa hacia fuera, termina introyectándose como disputa por el liderazgo simbólico, por detentar el lugar del “alfabetizador” político, que incluye paradójicamente a aquéllos que enuncian la condena a todo alfabetizador.

⁴⁶ Página/12, 24/02/02, p.20.

⁴⁷ Ib. ídem, p.23.

⁴⁸ Salvando las distancias históricas, algunos de estos discursos comparten elementos retóricos comunes con el discurso de Julio Barcos, un radical de origen anarquista que, a comienzos de la década del '30, reclamaba para la clase media el papel estelar de “cerebro de la Nación” guiando a su aliado, el proletariado, “los brazos de la Nación” (Adamovsky, 2009: 204).

⁴⁹ Adamovsky (2003) intenta hacer un balance del proceso asambleario y coloca los “logros” en términos de movilización de capital cultural y simbólico: “La rebelión instaló definitivamente una nueva cultura radical, ausente en las tradiciones políticas del pasado argentino. Esta cultura ha demostrado una enorme vitalidad, especialmente si uno tiene en cuenta que debió desarrollarse en el fuego cruzado de la represión estatal/mediática y los ataques permanentes de la izquierda tradicional”

medida, la “antipolítica” suele inscribirse en un discurso de rechazo generalizado por toda la política anterior y un intento de reemplazo por una “verdadera política”, un grado cero (no en vano un grupo rosarino tomó esta denominación) desde donde reconstituir el lazo político con un “nuevo ciudadano” nacido de la rebelión.

Rubén Dri (2006) rescata la “revolución de las asambleas” pero crítica fuertemente que puedan concebirse como una repolitización radical desde la pureza de la utopía y de síntesis constitutivas (multitud) y no constituídas (pueblo, clase), inspiradas en el temor a la contaminación con lo impuro, que las hacen recaer en la ilusión de un comienzo sin historia. Dri las asimila al 17 de octubre de 1945, volviendo a la figura consabida del “subsuelo de la patria” que vuelve a emerger. Ya sea la “aurora” de un nuevo comienzo con una conciencia límpida, incontaminada, purificada por “el acontecimiento” de la rebelión, o un sujeto colectivo “popular” que retorna una vez más de un extravío, en ambos subyace un intento de superación del complejo de pueblo imperfecto: en uno porque debe extraviarse para siempre, y en el otro porque siempre se extravía y siempre vuelve.

La preeminencia dada al capital simbólico, el discurso de “la educación del pueblo” y “la conciencia del ciudadano”, entra en relaciones dilemáticas con la lucha por el capital político. La “conciencia” aparece enfatizada como condición necesaria de la democracia y la participación, e incluso, en algunos discursos la democracia y la participación se hacen equivalentes a formas de consecución de “la conciencia”. Hay un llamativo paralelismo entre asambleístas y ahorristas en torno al rechazo o la desconfianza hacia la democracia electoral si no está sostenida en una plataforma de capital simbólico. Si en los asambleístas la democracia electoral es descartada como “farsa orquestada” y como “delegación” promotora del desinterés y el individualismo que es contraria a la verdadera democracia en tanto posibilidad de gestar una voluntad común sobre la base de la participación directa, en los ahorristas la democracia electoral es cuestionada porque sus resultados conspiran contra la posibilidad de consagrar el modo de vida fundado en el “progreso individual” como base de todo progreso social. La secuencia retórica del cuestionamiento asambleísta es “la gente piensa mal – vota mal – los gobiernos coartan los proyectos colectivos – el país fracasa – es imposible el progreso individual”. Entre los ahorristas se mantienen los puntos de partida aunque se altera la secuencia final: “la gente piensa mal – vota mal – los gobiernos coartan los proyectos individuales – el país fracasa”.

Una somera comparación entre los testimonios y documentos de ahorristas y asambleístas respecto a la coyuntura electoral de marzo del 2003 muestra esta convergencia de posiciones con fundamentos opuestos, demostrando una vez más el carácter de arbitrariedad simbólica que se esconde detrás de la invocación legitimadora de la

“conciencia”⁵⁰. Entre los assembleístas, el resultado electoral y el fracaso grosero de la “campana contraelectoral” motivó una catarata lacrimógena de reflexiones y documentos en donde la mayor parte de las autocríticas pasan por razonamientos verbalizados como un “no darse cuenta que el pueblo no era tan revolucionario como nosotros”.

El documento producido por un assembleísta de Vicente López, pleno de autenticidad y agudeza, plantea una serie de razonamientos arquetípicos que se repetirán en testimonios de casi todas las asambleas relevadas.

[...] la gente, ahora pueblo, no quería, siempre según mi punto de vista, tocar las instituciones, las quería reformar, hacerlas más justas [...] Habían tirado abajo un gobierno, pero no querían llevar hasta el fondo el gran levantamiento que habían hecho con sus manos, con sus cuerpos, con sus conciencias. Y entonces me preguntaba quién carajos era yo para decirle a la gente lo que tenía que hacer [...] En mi Asamblea me cansé de decir que prefiero mil veces que el pueblo se equivoque por motus propio, a que un hijo de puta se equivoque en nombre del pueblo [...] Hay que tener cuidado al decir que el pueblo quiere tal o cual cosa [...] es pecar de soberbio e iluminado, creyendo que todos quieren lo que verdaderamente uno quiere en forma absoluta y egoísta. El pueblo no es revolucionario y no saber aceptar eso es ser ciego (Furlanis, 2003).

Renuncia con humildad a saber lo que el pueblo quiere pero no vacila en afirmar saber lo que el pueblo no quiere. Nueva figura de la voluntad defectuosa del pueblo que siempre alienta un redoblamiento de los esfuerzos contra antagonistas definidos en el plano simbólico como los que deforman la conciencia popular: la intoxicación por los medios, el “pan y circo”, el influjo malévolos sobre el consumismo de las clases medias, las rémoras del peronismo en las clases populares y los sindicatos, las rémoras del menemismo y los noventa, etc. El pueblo se representa “tironeado” entre la nueva conciencia encarnada por las asambleas y la desgastada pero persistente conciencia encarnada por los poderes simbólicos que la desvirtúan.

En varios testimonios de entrevistados se repite la figura del “salir a la calle” como una forma de “conectarse con la realidad saliendo de la estupidez a la que nos someten los medios”⁵¹. Quien mejor lo expresa es este documento del grupo Grado Cero de Rosario.

Los sucesos del 19 y 20 nos pusieron en situación de apagar el televisor y salir a la calle. Una experiencia singular relatada por un assembleísta en una reunión puede servirnos para pensar esto: “La noche del 19, al principio del cacerolazo, yo estaba en mi casa, siguiendo los sucesos por televisión. Tardé en darme cuenta de que en mi barrio también estaban empezando a sonar de a poco las cacerolas, recién cuando el sonido comenzó a ser más fuerte que el del televisor pude convencerme y salí corriendo a la esquina. Esa fue la manera en la que me empecé a involucrar en lo que estaba pasando (Colectivo Gradocero, 2003).

⁵⁰ Veremos en el Cap. VI que esta coyuntura política dio lugar a posiciones fuertemente encontradas dentro de las asambleas y grandes deserciones, no así dentro de los ahorristas donde el consenso contrario a los resultados electorales fue llamativamente homogéneo. Por tanto estos análisis se aplican solamente al núcleo militante que sostuvo a buena parte de las asambleas a partir del año 2003.

⁵¹ Es llamativo que militantes de izquierda posmarxista o neoanarquistas utilicen la fórmula denostativa “pan y circo” de la misma manera que los ahorristas defensores de la moralidad republicana de la propiedad privada. El resguardo de la posición de “seriedad”, de custodios de lo “verdaderamente importante”, de propietarios de los sentidos trascendentes para la sociedad, en definitiva, de la calidad de “enunciadores calificados del bien común”, “custodios de la conciencia”, es lo que comparten aunque los contenidos con que rellenen esa posición sean diametralmente opuestos.

La ruptura con el sistema que se persigue es fundamentalmente una liberación de los dispositivos de “captura” simbólica de la “conciencia” como llave de resolución política. Es por eso que con motivo de la contracampaña electoral, el capital simbólico se plantea como en contradicción directa con el capital político: la contracampaña era en realidad un búsqueda de generar “sensaciones”, una lucha por el “significado” enajenador del acto de votar, una especie de boicot sin preocuparse de sus consecuencias políticas reales⁵².

Entre los ahorristas, la enorme mayoría de los mensajes en los foros se pronunciaba por no ir a votar haciendo gala de un exacerbado escepticismo basado en afirmaciones como “éste es el pueblo que tenemos... no esperemos mucho”, o “los pensantes somos minoría, la mayoría se deja llevar por las narices”. Un eje importante era la discusión entre los abstencionistas o votoblanquistas totales, una pequeña cantidad de partidarios del voto útil (a Menem o López Murphy) y los que sostenían la propuesta de modificar la ley electoral para que el voto en blanco pasara a considerarse voto positivo y permitiera dejar vacíos los escaños correspondientes, convirtiendo entonces en realidad institucional el QSVT. Aunque los movimientos de ahorristas no hicieran especial eje en esta consigna y no registraran acercamientos significativos con las asambleas, era un tópico bien presente entre sus participantes.

Llevando al extremo el abstencionismo electoral con razonamientos antipopulistas. En muchos mensajes se establece que el conflicto principal es entre los que “usan el cerebro” y “los demás”, que son los “facilistas”, ignorantes y pobres manipulados que van tras las promesas y las dádivas⁵³.

El caso más estremecedoramente clasista de esta concepción antielectoralista lo dan los bonistas de AARA que no trepidan en incluir dentro de un extenso listado de causas del default y la crisis financiera, una imputación escueta pero inusitada: “Los ciudadanos que en su mayoría votan a dirigentes que nos perjudican”⁵⁴. Los bonistas incluyen como corresponsables de todos estos desmanejos a los ciudadanos que no votan como ellos, operando un claro desdoblamiento entre ciudadano y propietario, entre capital político y económico. Si complementamos el análisis con varios de los testimonios tenemos que - sacando alguna que otra referencia de carácter racista o antipopular- el capital político

⁵² Ver la aguda y bien fundamentada autocrítica en Adamovsky (2003) que sin embargo es solitaria en el espectro militante de las asambleas.

⁵³ La pregnancia de este eje reapareció con intensidad mayor incluso ante las elecciones legislativas del 2005. Otros participantes en los foros, con un grado envidiable de sinceridad dejan mensajes de claro tinte “golpista” contra Duhalde primero y contra Kirchner después, en donde se impulsa “la insurrección moral del pueblo verdadero” ante “los abusos de los gobernantes de la estupidez de la gente”.

⁵⁴ Ver el documento “Responsabilidades por la situación actual de la economía del país” fechado el 13/11/2003 como base preparatoria de la reunión de sus asociados bonistas con el Secretario de Finanzas, G. Nielsen, en el marco de la negociación por el canje de deuda. <http://www.aara.org.ar/resp21103.html>

proveniente de las urnas “vota en contra” del capital económico mediano y pequeño (“el progreso”) por las incidencias perversas de los poderes corporativos, mediáticos y políticos sobre la conciencia ciudadana. La democracia sin una base previa de capital simbólico asegurado conspira contra el progreso individual y colectivo.

Es sintomático que assembleístas y ahorristas compartan el cuestionamiento a los medios como centro de disputa por la distribución del capital simbólico, que esconde la esperanza de la clase media de convertirse en el centro simbólico y en el emisor legítimo de modelos de vida y valoraciones políticas sobre el bien común.

La formación de intereses materiales. Reglas de cálculo y toma de decisiones.

Teniendo en cuenta nuestras premisas teóricas, es necesario introducir un desdoblamiento entre las formas de presentación y legitimación de los intereses que apuntan justamente a realizarlos o defenderlos y los intereses entendidos como producto de las reglas de cálculo que el actor utiliza para tomar decisiones (realizar sus “tomas de posición”, en términos de Bourdieu). Los “intereses” que se dicen tener, las declaraciones interesadas sobre el interés, el cómo presentar su propio interés ante otros, el público, los medios, los antagonistas, etc. tienen el propósito de lograr efectos considerados favorables de acuerdo con reglas de cálculo y propósitos que generalmente no se hacen públicos. En lo que sigue nos proponemos reconstruir las reglas de cálculo y decisión particulares de los actores más allá de sus justificaciones y pretensiones de legitimación. Por supuesto, que existen infinidad de riesgos metodológicos ya que las motivaciones y decisiones son comunicadas por los actores de manera “interesada”. Veamos algunos de los recaudos que tendremos en cuenta.

a) Las preguntas sobre el origen y destino de los ahorros pueden considerarse satisfactoriamente veraces y por tanto son una buena base para reconstruir las reglas de cálculo utilizadas; en algunos casos los mismos actores entrevistados se han esmerado en detallar sus decisiones y los motivos concretos⁵⁵.

b) Existen algunos datos secundarios y estadísticas agregadas de depósitos bancarios, tendencias de inversión, crédito, formas de salida del corralito, etc. que “delatan” ciertos criterios de decisión y definiciones de interés, y pueden triangular el análisis de las entrevistas reforzando o corrigiendo algunas hipótesis.

⁵⁵ Por el mismo motivo que se detallará más adelante hay un interés -sobre todo en algunos testimonios de profesionales- en aparecer como diestros y hábiles para defender sus propios intereses que jugaron a favor de la investigación.

c) La definición de intereses y los criterios de evaluación han sido justamente en uno y otro movimiento motivo de fuerte debate interno, por lo que en ambos movimientos no hay escasez de reflexión sobre este punto. Estas discusiones a veces enconadas están repletas de razonamientos que ponen en cuestión las “verdaderas” reglas de cálculo que utilizan las contrapartes. En este caso hay una suerte de esmero en la “visibilización” de los verdaderos intereses que siendo una práctica también completamente interesada, nos brinda innumerables elementos de juicio para intentar la reconstrucción de los criterios de decisión efectivos que los actores toman en cuenta⁵⁶. Las contradicciones entre “principios legitimadores” y “prácticas concretas” son temas calientes casi desde el principio en ambos movimientos. Las disonancias de este tipo dan lugar a procesos de fuerte reflexividad sobre las relaciones entre los actores y los contextos y situaciones que enfrentan⁵⁷. Estas disonancias entre justificaciones, reglas de cálculo y decisiones, son constantes motivos de intercambio y controversia interna poniendo en evidencia el tipo de parámetros de evaluación de su situación, preferencias y modos de acción.

El corralito y sus paradojas: las mil caras de los “ahorros”

Las medidas de restricción bancaria, la devaluación con pesificación posterior, y la cesación de pagos a los bonistas de deuda pública, suponen despojar a los activos financieros de varios atributos en tanto poderes causales de clase: 1) la pérdida de la protección legal de garantía de cumplimiento de contratos que deriva en la incertidumbre sobre los resultados futuros de las decisiones; 2) la indisponibilidad y las limitaciones de montos y plazos habla de recortes catastróficos del atributo de “movilidad”, transferibilidad o transaccionalidad, reduciendo los poderes de conversión del capital económico en su forma monetaria o financiera a otras formas de propiedad, o de capital.; 3) una reducción cuantitativa de volumen o del valor neto del capital acumulado que puede resultar en una descapitalización o pérdida patrimonial en términos nominales.

Veremos a continuación cómo los ahorristas definen preferencias y toman decisiones en términos de preservar estos tres atributos de poder causal clasista, cómo buscan compensar o suplementar sus capacidades de incidencia mediante el concurso de otros poderes causales, y eventualmente cómo el proceso desarrollado a partir de la inmovilización - pesificación -

⁵⁶ Factor que tiene mayor peso entre los ahorristas que son más transparentes o menos púdicos sobre todo para “poner en evidencia” los comportamientos interesados de los demás. Entre los assembleístas las racionalizaciones y la imputación de factores no interesados (ideológicos, culturales, políticos) es mayor.

⁵⁷ Dos muestras de estos detonantes cognitivos de la reflexividad interna fueron dos grandes “deserciones”. Entre los assembleístas, en relación al voto en el 2003 en la que hicieron campaña de boicot abstencionista pero la mayoría -incluidos muchos de los más militantes- terminó yendo a votar; y entre los ahorristas algo parecido: “no hay que volver a los bancos” pero con la salida de la crisis y la aparición de nuevas oportunidades se abalanzaron de nuevo sobre sus mostradores.

licuación de deudas - devaluación, ofrece la posibilidad de ejercer y acumular otros poderes causales económicos.

Según los datos de las entrevistas, el 48% de los assembleístas participantes fueron afectados de alguna forma por las medidas financieras. Sin embargo, sólo el 28,5% tenía depósitos en dólares y ellos eran menores a los 20 mil U\$S (ver Gráfico 1 en Anexo Metodológico, p.16). El resto de los afectados había sido en pesos. Las diferencias son muy fuertes entre assembleístas y ahorristas: el 37,5% de los ahorristas se reconoce afectado pero no da a conocer los montos, y en el 65% de los que lo dan a conocer es superior a 20 mil U\$S. Otro tanto ocurre con los tipos de cuentas o fondos afectados: no se registran assembleístas tenedores de bonos, o con fondos comunes de inversión, fondos de retiro, mutuos hipotecarios u otros instrumentos financieros. La ausencia de ahorristas depositantes de plazo fijo en pesos es todo un dato a tener en cuenta. Claramente, el problema de la pesificación es un aspecto que diferencia nítidamente a ahorristas de assembleístas, ya que la afectación por las restricciones bancarias en pesos parece haber afectado incluso más a los assembleístas.

Como era de esperarse la distribución de los montos depositados en dólares tienen una correlación con la clase ocupacional: entre los ahorristas la totalidad de los pertenecientes a clases populares tenían menos de 20 mil dólares, y la mitad de ellos, menos de 5 mil; el 57% de los depositantes de clases medias bajas superaba los 20 mil dólares; y la totalidad de la pequeño burguesía y las clases medias altas superaba ese monto. Lo mismo ocurre con el tipo de imposición: la totalidad de las clases populares tenían plazos fijos, en cambio, la pequeña burguesía y las clases medias altas incluyen bonistas, inversores en mutuos hipotecarios y seguros de retiro; mientras en las clases medias asalariadas aparece alguno con Fondos Comunes de Inversión (en adelante FCI).

Tipología de intereses del ahorrista: origen y destino de los fondos

Una primera determinación importante para la descripción de intereses materiales es el origen de los fondos afectados. Casi las dos terceras partes de los entrevistados perjudicados por el corralito, corresponden a ahorros de ingresos laborales corrientes, un 8% de rentas u otros ingresos regulares, un 20% proviene de ingresos excepcionales como indemnizaciones, herencias, operaciones inmobiliarias, y menos de un 5% de operaciones financieras u otros activos financieros. Por supuesto, aquí también entran a jugar la correlación con los montos, y con la clase social (Ver Tabla 12 del Anexo, p.14). La fuente de ingresos primaria son los ingresos laborales, el trabajo personal, mucho más que la inversión financiera u otras rentas no financieras.

En el imaginario social, la figura de “ahorrista” no se vincula ni con el tipo de inversor rentista ni con el que está compelido a utilizar el ahorro para vivir. En general, la etiqueta de

ahorrista se reserva para aquél que destina parte de sus ingresos laborales a una acumulación que le permita en un futuro cercano mejorar su posición o su nivel de vida. La compra de vivienda confortable, automóvil, electrodomésticos, vacaciones, estudios, viajes, etc. se relaciona con la figura del ahorrista. Este tipo de ahorro también recibe la legitimación adicional de ser “el que mueve la economía”.

No puede evitarse relacionar el origen de los fondos y la estrategia de valorización en la que están inscriptos sin tomar en consideración el destino previsto para los mismos. La regla de cálculo y decisión utilizada por los actores se debe situar justamente entre el origen de los fondos y su destino.

La finalidad prevista para los fondos dolarizados son delatores de los poderes causales de clase que se intentan movilizar de acuerdo con la siguiente tipología que surge de la codificación de campo de la pregunta N°61 de la guía de entrevista (Ver Tabla 13 del Anexo, p. 15).

- A) Para sufragar costos de sostenimiento cotidiano y reproducción del nivel de vida habitual o prever contingencias inmediatas que pudieran alterarlo.
- B) Para afrontar gastos futuros o para asegurar la reproducción futura del nivel de vida habitual en plazos más largos.
- C) Para aplicarlos al incremento patrimonial o mejora de los bienes de uso y consumo durable, satisfacción de consumos suntuarios o de valor simbólico relacionados con una mejora del nivel de vida (bienes posicionales, estilos de vida).
- D) Para aplicarlos a la activación de otras formas de propiedad o fuentes de ingresos (capital de trabajo, inversión productiva o bienes físicos que generan ingresos o rentas).
- E) Para activarlos directamente en mercados financieros aprovechando oportunidades de valorización y renta financiera.

A) Una cuarta parte destinaba los fondos a cubrir en parte el gasto corriente de los hogares o las personas, mediante el retiro de los intereses o de parte de los fondos. En algunos casos como fuente regular y habitual calculada con antelación a la crisis, y en otros como fuente extraordinaria o transitoria motivada por la crisis, especialmente por la pérdida del empleo. En varios testimonios aparece la cuestión del cambio de destino del ahorro depositado en función de la pérdida del trabajo o la disminución de los ingresos laborales a los cuales tienden a suplir. Numerosos ancianos no se cansan de aclarar que constituyen ingresos complementarios para su subsistencia dadas las magras jubilaciones. Para aquéllos que habían recibido indemnizaciones por despido, eran los ingresos principales para el sostenimiento del hogar. En algún caso aparece como conversiones patrimoniales (venta de inmuebles o negocios) resultando una fuente de ingresos de subsistencia ante el desempleo.

En este subgrupo, los ahorros significan lisa y llanamente una fuente de ingresos necesarios e insustituibles para el sostenimiento y reproducción de la vida corriente. En este segmento hay también una diferencia entre asambleístas y ahorristas. Entre los asambleístas los montos son menores y además el porcentaje de depositantes en dólares que lo destina a gastos de subsistencia es bastante mayor que entre los ahorristas (Tabla 13).

Dentro de esta categoría también se incluyen depositantes que tenían previstos gastos excepcionales urgentes como tratamientos médicos o ayuda a familiares frente a imprevistos no determinados, como la pérdida del empleo o la reducción de ingresos de miembros de la familia. Desde el punto de vista del análisis dinámico de los poderes causales de clase muestra estrategias defensivas: el capital económico en forma líquida sólo es tomado como un recurso para sostener el nivel de vida habitual y afrontar contingencias por lo que las propiedades causales que se valorizan son la disponibilidad y la transferibilidad.

B) El 15 % de los ahorristas lo plantea como una estrategia de sostenimiento o reproducción del nivel de vida pero a largo plazo, ya sea como complemento de la jubilación ordinaria, o como fondo destinado a solventar gastos educativos en el exterior de los hijos (un caso). Es decir, son recursos orientados a preservar la posición en el espacio social en plazos más largos generacionales o intergeneracionales. Nuevamente hay un fuerte sesgo clasista en la distribución entre estos dos tipos de intereses. Entre los entrevistados de clases populares con ahorros bancarios tenemos que el 67% tenía como destino gastos urgentes de subsistencia y sólo el 17% menciona la previsión para el futuro. En las clases medias la previsión de sostener el nivel de vida sube a casi el 24% y en la pequeña burguesía al 45% mientras que la urgencia de los gastos corrientes baja al 30 y 20%, respectivamente. Claramente la perspectiva temporal de la “necesidad” (gasto presente o gasto futuro) influye en la forma de estructuración de los intereses en un sentido específico: a mayor necesidad inmediata, menores posibilidades de espera para la recuperación del dinero. Sólo aquéllos que no aplicaban sus activos depositados a satisfacer necesidades podían entablar estrategias (lucha, amparos, juicios) que supusieran plazos más largos para defender sus intereses patrimoniales. La urgencia temporal es un índice del peso de las coerciones estructurales sobre los poderes de clase. Los atributos causales, en los casos en que es posible la espera, ya no son la disponibilidad y la transferibilidad sino la certidumbre y la estabilidad del valor relativo frente a los consumos futuros.

C) El 37% de los ahorristas destinaba sus depósitos para bienes de uso durable, vivienda, refacciones, alguna clase de consumos conspicuos⁵⁸ (viajes, vacaciones, equipamiento del

⁵⁸ En el año 2005 con una situación económica estable y sensiblemente mejor, un informe titulado “La clase media y el ahorro”, realizado por American Express, muestra que el 37% de la clase media argentina tiene capacidad de ahorro, con predominio del sexo femenino (55%) y del sector ABC1/C2 (59%). Además, destina el

hogar, cambio de auto). En estos casos, la conversión de capital económico líquido a capital económico patrimonial o de bienes posicionales supone diversas estrategias de movilidad individual/familiar o preservar fronteras y distancias sociales mediante el consumo. En este punto se superpone la exigencia de todos los atributos de poderes causales: acumulabilidad, disponibilidad, preservación del valor relativo, certezas acerca de la estabilidad, etc. Menores son las exigencias en términos de movilidad, transferibilidad, etc.

D) Menos de un 10% destinaba los fondos retenidos a propósitos económicos en combinación con otros recursos o formas de propiedad. En los pocos casos entrevistados aparecen testimonios de los cálculos que se hacían para tomar las decisiones de este tipo. En algunos casos, es más evidente el propósito económico como inversión en un negocio comercial, o el de un pequeño empresario de la construcción que tenía paralizados proyectos de obras al no disponer de los depósitos bancarios. Entre los testimonios indirectos se multiplican los casos de productores rurales que no cobran porque las cooperativas no pagan, importadores que no pueden cumplir con sus compromisos con grandes pérdidas, e incluso exportadores que, a pesar de los beneficios del tipo de cambio devaluado, padecen el problema de tener que prefinanciar las operaciones comprando en el mercado libre de cambios, aun teniendo depósitos en dólares. En este sentido, las medidas de restricciones bancarias bloquearon muchas actividades económicas, interrumpiendo la cadena de pagos, y reduciendo el poder causal o desactivando otras formas de capital económico en el caso de la pequeña o mediana burguesía comercial. No falta el testimonio de un investigador de la Universidad de Cuyo que acababa de ganar un subsidio internacional de cien mil dólares para un proyecto de investigación y que tuvo que pedir que no le hagan la transferencia de dinero por temor a que automáticamente quedara pesificada.

E) Por último, tenemos tres casos con el predominante propósito de extraer un beneficio de renta (inversión financiera) asociado a los bonos y a las altas tasas de interés. En cierto sentido se alejan de la lógica del “ahorrista” que tiene como destino último algún tipo de valor de uso, y se convierten en “inversionistas” o “rentistas” que buscan valorizar sus activos sin salir del sistema financiero, es decir, en donde se da preeminencia a las cualidades de movilidad, transferibilidad, acumulabilidad, como poder causal económico. El interés por la renta financiera aparece por ejemplo en Roberto, bonista de AARA que explicaba:

El bono lo compré a 90 con una tasa del 10% por lo que uno gana una tasa mayor porque me pagan sobre 100... En el caso mío las tasas eran del 10,9% [...] cuando las tasas de plazo fijo no llegaban al 6%.

11% del ingreso para el ahorro. El destino de los ahorros también presenta variaciones respecto a los que presentamos para el 2001 de nuestros entrevistados. Luego de la experiencia del “corralito”, el 52% aseguró hacerlo para afrontar imprevistos, el 33% para arreglar la casa, el 23% para las vacaciones, el 9% para comprar un auto o cambiarlo, el 5% para adquirir una vivienda, el 4% para asegurar la educación y el futuro de sus hijos, y el 3% como inversión. Ver diario Los Andes del 7/08/05. (<http://www.losandes.com.ar/notas/2005/8/7/economico-311454.asp>)

Lo mismo corre para quienes invierten en instrumentos financieros como los contratos hipotecarios o “mutuos”, en los cuales se toma en consideración la existencia de una garantía real (un inmueble) como factor de seguridad. De todas formas los inversionistas relevados son profesionales (ingenieros, administradores de empresas y contadores) cuyas fuentes de ingresos principales no son estas rentas esperadas sino sus ingresos laborales⁵⁹.

La lógica de uso y la lógica de cambio. Interés e identidad

Tenemos entonces tres grandes lógicas de formación de intereses materiales o reglas de cálculo para la toma de decisiones: a) las basadas en la “necesidad”, la satisfacción de consumos de sustentación que se consideran imperiosos bien sean inmediatos que no pueden ser evitados o postergados, o bien sean mediatos que deben provisionarse para un futuro cuando se desactiven otros capitales económicos o fuentes de ingresos (retiro de la fuerza de trabajo); b) las basadas en las “aspiraciones” o deseos de mejora o realización, progreso, etc. que se diferencia del primero porque no se los considera inevitables o impostergables; y c) las basadas en el cálculo económico de ganancia, utilidad o renta emanada de decisiones de conversión entre tipos de capital económico. Los dos primeros tipos de formación de intereses responden en última instancia a criterios de valor de uso; y los últimos a criterios de valor de cambio y acumulación.

Estas lógicas de formación de expectativas determinan los lugares de enunciación del “interés”, desde donde se realizan los cálculos y se toman decisiones, implicando estructuras mediadoras diferentes que definen el alcance de esos intereses: para aquéllos que intentan responder a necesidades y obtener valores de uso son las estructuras familiares; para aquéllos que tienen que generar ingresos mediante su trabajo en combinación con los fondos esas estructuras son en realidad los mercados de trabajo y de bienes, y las empresas u organizaciones; y para aquéllos que tienen expectativas de renta son los mercados financieros y las instituciones bancarias.

El concepto “lucrativo” de interés, basado en el valor de cambio y la acumulación, supone la motivación de maximizar rendimientos, dadas las condiciones de mercado, alternativas disponibles, costos, etc. La opción por activos con alta movilidad y transferibilidad, tiene el sentido de una expectativa de valorización mediante operaciones de conversión. Los mercados financieros son transparentes en esto: los activos entran en

⁵⁹ No hace falta aclarar que esta clasificación de intereses es producto de una operación analítica del investigador toda vez que los entrevistados buscaban evitar a toda costa ser confundidos con “especuladores” y por tanto esta preferencia por activos financieros, queda presentada como un “seguro de retiro”, como un “fondo” que complementa las magras jubilaciones, “permite una vejez tranquila”, etc. Otras veces se enfatiza la cuestión de la “seguridad” más que la expectativa de renta. Ni hablar de los que justifican la inversión en bonos porque “confían y quieren darle una mano al país” y que financian créditos hipotecarios porque “contribuyen a que la gente pueda tener su vivienda”.

relaciones de equivalencias cambiantes de acuerdo con las decisiones de los mismos participantes. En este punto el dinero/capital líquido/activos financieros, no tiene más sentido que su propia valorización mejorando sus relaciones de equivalencia frente a otros activos, otros precios de bienes, otros consumos o usos alternativos del dinero, etc. La lógica decisoria del inversor es la de la búsqueda de diferencias favorables. Es decir, una evaluación de conveniencia para aprovechar situaciones de mercado utilizando las propiedades causales de sus activos económicos, de manera tal que “interés” es definido íntegramente por la relación resultados de la acción de conversión/ resultados posibles alternativos en las mismas condiciones. El inversor desarrolla sólo expectativas de privación o ganancias siempre relativas.

La lógica del “ahorrista” típico, en cambio, tiende a contemplar cálculos en torno a valores de uso, y por tanto sus expectativas mutan fácilmente en “privación absoluta” al no poder convertir el depósito en el bien o destino alternativo deseado. La lógica del ahorrista tiende a transformar la propiedad en consumo en torno a un “precio de satisfacción” suficiente para ser convertido en el bien o servicio buscado.

La inmovilización de fondos, la cesación de pagos y el abandono de la convertibilidad cambiaria tienen implicancias muy diferentes en ambos tipos de lógicas de formación de intereses. Para el ahorrista la pérdida de fondos tiende a agravar los daños o las amenazas ya sufridas por la desocupación o la recesión, impidiendo la efectivización de una expectativa de consumo privándolo de un modo de vida, de las prácticas asociadas a los hábitos de clase internalizados. En definitiva, amenazando su identidad de clase y no sólo sus intereses. Que esta alterción esté originada en una política de un gobierno, o por la acción de otros agentes económicos en los mercados es indiferente para el ahorrista. La lógica del inversor, en cambio, siempre es la del cálculo de flujos y la pérdida/ganancia en el intercambio: en el caso de una tendencia del mercado adversa no hay una afectación de la identidad, sólo un error de cálculo y pérdida por una mala decisión. Pero en el caso de una decisión gubernamental, sí habría una afectación de la identidad, en la medida en que la intervención de la autoridad pública implique la ruptura de los contratos, derechos de propiedad adquiridos, etc. significando la alteración de los parámetros de orientación básicos de la acción y una amenaza a las condiciones objetivas de eficacia de sus poderes causales y las prácticas internalizadas como *habitus* de clase. Aparece aquí la decisiva diferencia entre la valoración de una medida tomada por el Estado, y una situación de mercado que tenga resultado equivalente: una medida estatal sería una arbitrariedad, pero una maniobra especulativa de capitales internacionales sería una “contingencia adversa”.

En la relación interés/identidad también hay que introducir una cuestión de medida: la pérdida patrimonial o de poder adquisitivo entre los ahorristas es proporcional a la

dependencia de ciertos consumos a la disposición de excedentes, y esto depende a su vez de la cantidad de ingresos y la disposición de otras fuentes de ingresos para satisfacer esos consumos. Un ahorro muy pequeño pero único ingreso se convierte en un interés asociado con el sostenimiento de la propia identidad y cualquier acontecimiento estatal o de mercado que lo amenace puede generar una reacción inmediata. Un ahorro muy grande pero con otras fuentes de ingresos importantes en cambio, puede tener poco impacto identitario. A su vez, una inversión bloqueada por la suspensión del derecho de propiedad y la ruptura de los contratos puede ser amenazante en la medida de la disposición, no sólo de otros fondos o capital acumulado, sino también de otras alternativas de conversión, transacción o intercambio para ellos, es decir, el acceso a otros flujos regidos por el respeto a la libre contratación y las garantías sobre la propiedad y el cumplimiento contractual. Estas posibilidades (alternativas de mercado y alternativas de ingresos suficientes, predecibles o regulares) son las que permiten canalizar vía decisiones individuales los habitus de clase, sosteniendo la identidad de clase media en tanto sigue haciendo posible un ejercicio mínimamente efectivo de sus poderes causales económicos de clase.

La afectación de identidad o la afectación o neutralización de propiedades centrales de sus poderes causales, generan posibles desplazamientos del uso y movilización de dichos poderes desde lo individual hacia lo colectivo, desde la conformidad hasta la desobediencia, con el objeto de recrear las condiciones que hacen eficientes los habitus de clase y las prácticas generadas a partir de ellos.

Los deslizamientos y dinámicas de la definición de intereses en la crisis

Sin embargo, aquí hay una cuestión de mayúscula importancia: ¿por qué aquellos ahorristas de clases medias o incluso populares, que claramente forman interés en torno a la satisfacción de necesidades o aspiraciones -valores de uso- tenían depósitos en dólares e incluso algunos en FCI dolarizados? Esta pregunta abre la cuestión al análisis dinámico de definición de intereses.

En muchos testimonios y en los documentos de las organizaciones, la preferencia por el dólar y la invocación de la ley de intangibilidad significaban una decisión de “protección” contra la devaluación cuyas tendencias se percibían claramente. Las tendencias a la dolarización de depósitos, la preferencia por el ahorro en dólar como forma de conjurar el riesgo de devaluación, a pesar de los estímulos que se daban a la tasa pasiva en pesos, sensiblemente mayor a la del dólar, en realidad encubre una combinación de lógica de “inversor” que busca protección o valorización de lo acumulado. Por un lado existe la expectativa de obtener una posible diferencia en términos de poder adquisitivo en caso de producirse la devaluación. Por otro, las periódicas experiencias de crisis financieras y

cambiarías pasadas, acompañadas de fuertes procesos inflacionarios, hacían que el dólar también se convirtiera en el refugio de valor.

Infinidad de testimonios de ahorristas e incluso de algunos assembleístas, recuerdan las crisis pasadas y admiten que rechazaban la mayor tasa de interés que se pagaba por pesos como una decisión que privilegiaba “la seguridad”. Incluso en algún caso el pasaje a dólares se realizó luego de aprovechar durante cierto tiempo altas tasas de interés en pesos. Todos los entrevistados, absolutamente todos, reconocen haber dudado acerca del destino a darle a esos fondos ya desde mediados del 2001. La discusión sobre si “sacarla o no sacarla” fue algo extendido. Muchos incluso han reconocido discusiones con sus cónyuges y familiares al respecto. Por tanto, fueron decisiones no ingenuas o no tomadas con liviandad signadas por una ampliación de los factores a considerar, mayores requerimientos de información y recursos interpretativos, y la aparición de deslizamientos del cálculo hacia potenciales ventajas o riesgos eventuales como la devaluación y la corrida bancaria.

La opción de varios de los entrevistados por los FCI en los meses previos al corralito, también se basa en esta combinación de “lógicas”: por un lado, y éste es el motivo más enfatizado, la disponibilidad inmediata del dinero “que permite aprovechar alguna oportunidad que aparezca o cerrar algún negocio sin tener que esperar 30 días” decían los entrevistados; por otro lado, la posibilidad de “reacción instantánea” ante un imponderable, y tasas de interés mayores al de una caja de ahorro. Extrañamente, quedaba fuera de la consideración la pérdida de las garantías del BCRA que sí se daban para los depósitos de hasta 30 mil dólares por persona en plazo fijo. En este sentido, los testimonios sobre todo de los empleados bancarios, muestran que la confianza de la gente en que “no iba a pasar nada” era tan increíble como que ellos mismos y los gerentes estaban convencidos de que no iba a haber corrida más allá de algunos bancos pequeños. La prueba de este convencimiento es el universal testimonio de que empleados, jerárquicos y gerentes de los bancos también terminaron atrapados y que ellos no “vieron” ningún indicio de lo que iba a ocurrir el 3 de diciembre del 2001⁶⁰.

Los entrevistados mencionan cuatro factores que pesaron en la instalación de esta confianza y la decisión de mantener los depósitos dolarizados: el convencimiento de que la Ley de Intangibilidad iba a ser respetada, dado que había consenso político unánime al respecto, la presencia de Cavallo en el gobierno como factor de estabilidad financiera, las señales que el periodismo y la clase política transmitían en el sentido de que se contaba con apoyo internacional y decisión política para sostener la convertibilidad, y las actitudes de los

⁶⁰ Si bien se venía arrastrando una tendencia persistente a la pérdida de depósitos, entre el 23 y el 28 de noviembre se registró un leve incremento, pero se derrumbarían en los tres días siguientes (Ver Cafiero y Llorens, 2002: 239).

bancos, sobre todo los grandes bancos internacionales, que en los mostradores daban una imagen de total normalidad y tranquilidad.

Entre setiembre y octubre se había producido un repunte de los depósitos a plazo en dólares (subieron de 39896 en agosto a 41277 en octubre), mientras los de pesos bajaban de 9454 a 9021) a pesar de que las tasas de interés (anuales) pasivas para pesos habían trepado del 18,27%, en agosto, al 20,87%, en octubre. En cambio las correspondientes a fondos en dólares bajaban del 5,98% al 5,86%. Además el derrumbe en ambos agregados monetarios que ya se empieza a producir en noviembre es mucho mayor proporcionalmente en pesos que en dólares, a pesar de que las tasas en pesos estaban en el orden de los 39.29% anual nominal en pesos contra el 6.86% en dólares⁶¹. La opción por la seguridad que brindaban los dólares amparados en la ley de intangibilidad y las “garantías políticas” produjo el fenómeno inverso al que se pretendía desde la autoridad monetaria. En vez de hacer que los depositantes se sintiesen seguros como para aprovechar las ridículamente altas tasas de interés reales en pesos y se evitaran más presiones sobre el mercado cambiario, el público que no se escapaba directamente del sistema bancario, tendía a volcarse al dólar “amparado” por la ley y los políticos, resignando renta pero calculando el aprovechamiento del horizonte de devaluación del peso. La mayor parte de los testimonios permite establecer que existía un claro temor a la devaluación, y la conciencia de la precariedad del tipo de cambio estaba completamente instalada entre los ahorristas de todos los niveles, tanto como la completa confianza en las instituciones bancarias, sobre todo extranjeras. El cálculo económico incluía un riesgo de devaluación que justificaba la opción por la divisa internacional, pero no un riesgo de corrida, insolvencia y cesación de pagos.

El análisis desglosado por segmento de importes muestra indicios de comportamientos clasistas de acuerdo con el tamaño del depósito de las personas físicas. En el siguiente Gráfico 1 puede observarse el volumen de concentración de depósitos en pesos que aprovechaban las altas tasas de interés. Los depósitos más grandes, de más de medio millón de pesos, que rondaban el 30% de los depósitos antes de la crisis, se derrumban por completo en el último trimestre, aún cuando el resto de los segmentos de depositantes se mantiene estable.

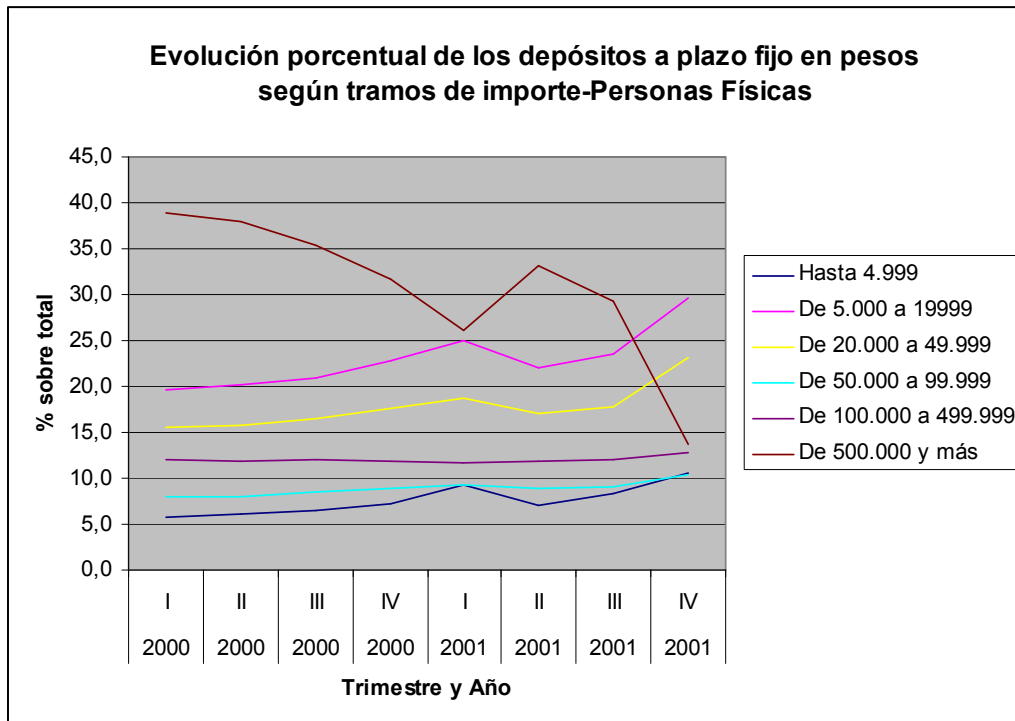
El mismo gráfico pero de los depósitos en dólares muestra, en cambio, una notable estabilidad en cuanto a la distribución por segmentos de importes depositados.

Aquí se observa que el fenómeno de desarmar posiciones en pesos con tasas positivas reales y tipo de cambio fijo, y el paso a dólares bajo la ley de intangibilidad fue una estrategia

⁶¹ Según los datos de depósitos de FIDE (Informe Económico Mensual N° 176/ Julio 2003, pp.38 y 39).

de los segmentos de depositantes de mayores montos y que presumiblemente ese paso colaboró en la relativa estabilización de los depósitos en dólares hasta octubre.

Gráfico 1



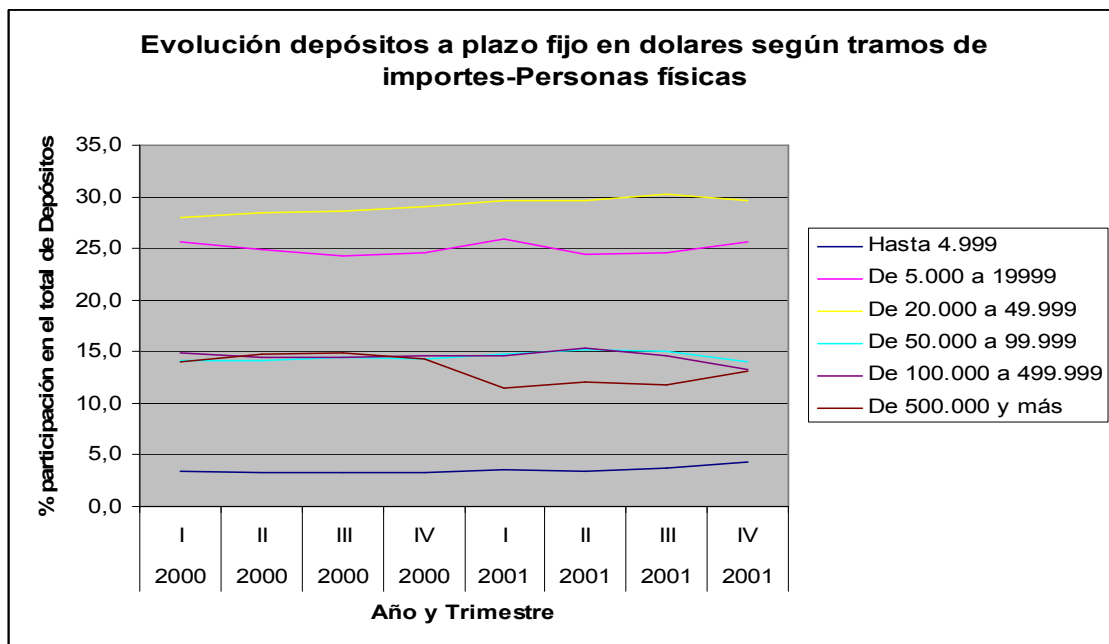
Fuente: INFORMACION SOBRE TRAMOS DE DEPOSITOS (serie trimestral)
 Subgerencia de Estadísticas Monetarias y Financieras-Banco Central de la República Argentina
<http://www.bcra.gov.ar/pdfs/estadistica/traser.xls>

La preferencia por el dólar a bajas tasas es presentada como “resignación” de mayor rentabilidad por parte de los ahorristas y de preferencia por la seguridad, pero en la mayoría de los testimonios el reconocimiento de la insostenibilidad del tipo de cambio, encubría una expectativa de beneficiarse o al menos resguardarse con una eventual devaluación. Hay aquí claras incongruencias entre los enmarcamientos centrados en el “engaño” y las reglas de decisión: en realidad no se temía a la confiscación sino que se esperaba la devaluación como oportunidad de obtener ventaja.

Los depósitos en dólares demuestran que más allá de un pequeño sesgo hacia la reducción de la participación de los depósitos mayores a los 50 mil dólares, no hubo diferencias significativas de conductas preventivas de parte de distintos segmentos de depositantes. Si en vez de los montos tomamos la cantidad de depositantes, vemos que tampoco hay demasiado cambio en la estructura porcentual: los montos de hasta 4999 U\$\$ pasan del 25% de los depositantes a fines del 2000, al 29% a fines del 2001, mientras que la cantidad de certificados o depositantes por los montos mayores a 50 mil dólares, pasan del 44 al 40%. Ello ayuda a explicar la presencia de depositantes de montos altos entre los participantes de los movimientos. En cierta medida puede decirse que el alcance de las

medidas de confiscación financiera no diferenció segmentos o clases sociales de manera significativa y que los poderes de clase, que podrían haber servido para evitar ser alcanzados por ellas, no fueron útiles. Como veremos más adelante, los saberes profesionales, la experiencia en los mercados financieros o en la inversión, y mucho menos un posible trato diferencial del banco con sus clientes “premium”, no parecen haber ejercido influencia alguna, aunque sea un lugar común entre los ahorristas el “mito” de que “los que tenían grandes cifras, los mismos bancos les avisaron y volaron antes...”, “sólo caímos los perejiles”, y otros por el estilo.

Gráfico 2



Fuente: INFORMACION SOBRE TRAMOS DE DEPOSITOS (serie trimestral)
 Subgerencia de Estadísticas Monetarias y Financieras - Banco Central de la República Argentina
<http://www.bcr.gov.ar/pdfs/estadistica/traser.xls>

La conversión de depósitos a dólares, además de generar presiones devaluatorias y hacer caer la tasa de interés en dólares, encubre una creciente desconfianza hacia el mantenimiento de la convertibilidad y también la ambición de realizar una buena inversión si se produce la devaluación o, al menos, protegerse de los posibles efectos inflacionarios sobre el valor de los bienes deseados. En este sentido, algunos casos de ahorristas muestran un deslizamiento en la definición de su interés: del juntar para cambiar el auto, para viajar, al “tener un respaldo por las dudas”, “una seguridad por si se cae todo” que puede estar encubriendo o mixturando un cálculo típico de intentar beneficiarse de un evento que se consideraba de ocurrencia muy probable.

Hay varios indicios que estarían confirmando este carácter mutable de los criterios de decisión aplicados, aun entre pequeños ahorristas. Las cámaras inmobiliarias habían apuntado

que la perspectiva de devaluación había paralizado el mercado y la inestabilidad cambiaria, combinada con las restricciones del corralito, había terminado de desarmar operaciones e incluso, desatado un retiro de ofertas. En este sentido, aun el ahorrista que elabora sus intereses en función de la lógica de la necesidad o el consumo, puede verse oportunamente tentado de modificar decisiones para “hacer diferencia” en determinadas coyunturas. La expectativa de capitalizar para sí la inestabilidad está bastante generalizada. Hay que mencionar también la complicidad con los bancos en este punto: las tasas altas de interés reales, la oferta de productos como los FCI, fondos de retiro dolarizados, etc. donde la movilidad, disponibilidad o acumulatividad, permiten cierta sensación de control y seguridad en el pequeño ahorrista, colaboraron de manera evidente para estimular los comportamientos de “ahorro” especulativo, o de espera calculada del efecto-renta de la devaluación.

La aspiración de progreso en el consumo mediante el ahorro forma parte del imaginario social de “clase media”. Pero el ahorrista real y concreto en tiempos de inestabilidad financiera y cambiaria está coercionado a utilizar la lógica del inversor: debe evaluar la posibilidad de que los precios relativos de los bienes o servicios a los que aspira varíen sorpresivamente de un momento a otro. La tendencia del paso a dólares, a los FCI, a suspender o postergar operaciones inmobiliarias muestra esta característica. El riesgo de que un cambio en los valores relativos pueda significar desvalorización de los excedentes acumulados muestra también una preferencia por la moneda internacional pero la permanencia en plazos fijos y en depósitos no garantizados con la resignación en términos de liquidez y disponibilidad, muestra la confianza en las instituciones bancarias. Las situaciones de incertidumbre transforman las motivaciones iniciales. Comienzan a verse oportunidades de renta adicional (aprovechar la devaluación) o como posibles recursos de respaldo ante la incertidumbre o la caída de otros capitales (empleo e ingresos)⁶².

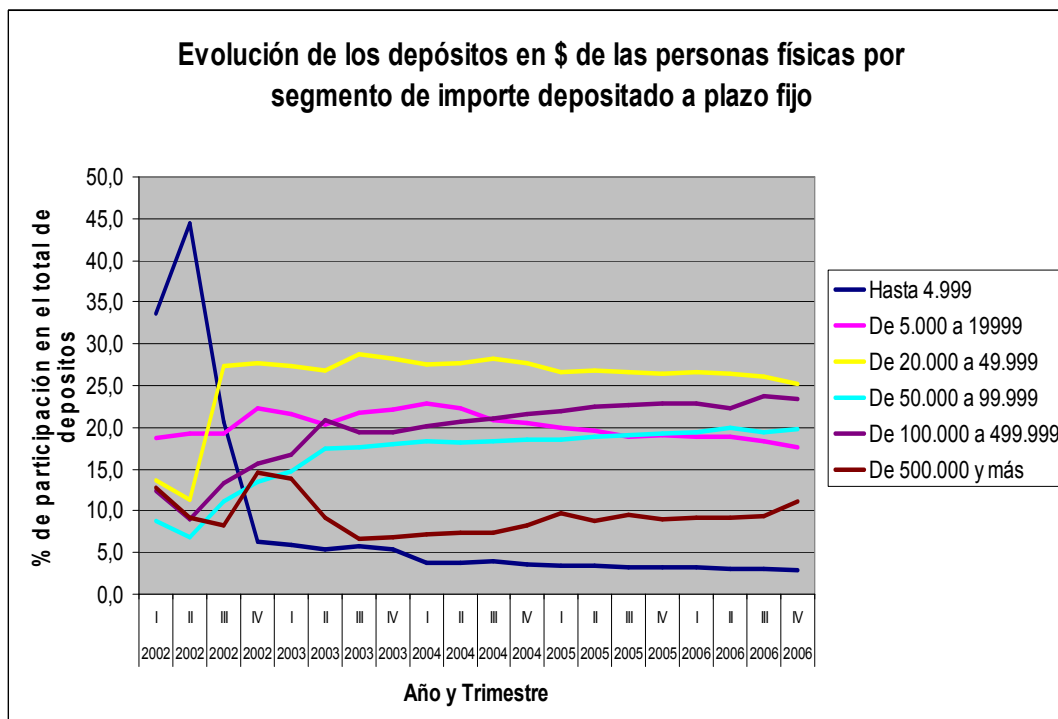
Estos deslizamientos desde una lógica a otra para explicar las decisiones se repitieron a fines del 2002 frente a la reprogramación de los depósitos y las opciones de salida del corralito. Los datos de aceptación de la reprogramación, de pesificación de depósitos, y de retorno “rápido” al sistema bancario muestran justamente esta preferencia por la valorización financiera ante un dólar en descenso y por la disponibilidad de los fondos a la espera que los precios relativos se reacomoden.

Según los datos del Boletín Monetario y Financiero del BCRA para el año 2002, el proceso inflacionario, combinado con un notable incremento de las tasas reales de interés y un descenso del tipo de cambio a partir de agosto del 2002, fue acompañado por un incremento

⁶² La conocida tendencia procíclica a la reducción de la propensión al consumo y de incremento del ahorro, frente a las coyunturas recesivas en nuestro país, es una muestra macroeconómica del deslizamiento de la lógica de las necesidades y las aspiraciones a la lógica de la protección y la acumulación de excedentes.

en las colocaciones a plazo fijo, un incremento en el ritmo de desprogramación de los depósitos, acelerada por los amparos judiciales y también por las diversas ofertas de canje de CEDROs (Certificados de Reprogramación de Obligaciones) por títulos públicos (BODEN). La recuperación de depósitos en pesos para aprovechar las tasas de interés que oscilaron entre el 30 y el 50 % nominal anual hasta octubre del 2002, frente a precios que subían sólo el 15/20%, y con un dólar en descenso, impulsaron la salida del corralón que se redujo de manera notoria hacia fines del 2002. La existencia de depósitos indisponibles cayó del 80% al 32% del total, entre julio y octubre. El Decreto 2167/02 desde comienzos de octubre obligaba a las entidades financieras a hacer frente a las obligaciones que habían sido pesificadas y reprogramadas con los CEDROs para aquellos montos de hasta \$7.000, con la opción de elevar esta suma hasta \$10.000. Si bien representaban una baja proporción del total de CEDRO (5% del saldo registrado a fines de septiembre), esta liberación anticipada permitió observar la conducta de los depositantes de menores depósitos: reinvertieron en las mismas entidades una gran proporción de los fondos liberados, lo que implicó una suba en el saldo de depósitos -incluyendo el efecto monetario de la salida de depósitos por amparos judiciales-, pasando a ser, en contra de los pronósticos, una fuente de fondos para el total del sistema bancario. El Gráfico 3 muestra la recomposición de carteras de depósitos a plazo en pesos que arranca en el III trimestre del 2002 y tiene un claro patrón impulsado por los inversores

Gráfico 3



Fuente: INFORMACION SOBRE TRAMOS DE DEPOSITOS (serie trimestral)
 Subgerencia de Estadísticas Monetarias y Financieras - Banco Central de la República Argentina
<http://www.bcra.gov.ar/pdfs/estadistica/traser.xls>

intermedios (entre los 20 y los 100 mil pesos) que produce una caída en la participación de los depositantes más pequeños de hasta 20 mil.

La información acerca de cómo se desarmó el corralón (Cuadro 1) y los recursos que usaron los ahorristas desde enero de 2002 para saltar las medidas de restricción y de pesificación de los depósitos son por demás interesantes en cuanto muestra información acerca de los destinos de los depósitos y que la matriz de pagos de las medidas bancarias tuvo gradaciones que van desde un beneficio neto nada menor con los amparistas, una compensación importante para los que también eran deudores, compensaciones más módicas para los que aprovecharon el rezago de precios de bienes durables como autos y viviendas, y alternativas financieras de plazos más largos que amenguaban el efecto de la pesificación y permitían recuperar disponibilidad y transferibilidad.

Destinos de depósitos reprogramados por el corralón financiero durante el año 2002

Concepto*	Millones de \$	Porcentaje sobre total
Amparos**	5.348	11,00
Pagos de remuneraciones y cancelación de créditos	14.025	28,40
Compra de inmuebles y vehículos Okm	5.805	11,80
Canje I y II (Boden 2005, 2007, 2012, 2013)	7.878	16,00
Permanecen en CEDROS	16.233	32,90
Total	49.289	100

Fuente: BCRA y Diario Los Andes 11/04/03.

* Todas las cifras según las normas de reprogramación de depósitos y pesificación de los mismos en la equivalencia 1US\$/1.40\$ con actualización según el Coeficiente de Estabilización de Referencia.

** En este caso las erogaciones realizadas contemplaron una cotización de mercado para el dólar por lo que los fondos extraídos del sistema y las necesidades de liquidez a la que tuvo que responder el BCRA son estimadas en 11600 millones de pesos en total.

Contradicciones y divergencias entre formas de poder causal económico

Los amparistas exitosos lograron verdaderas rentas extraordinarias al recuperar sus acreencias al valor dólar de cotización de mercado libre. En términos de poder de compra de bienes durables ningún mercado inmobiliario o de automotores acompañó la subida del dólar. Varios de los ahorristas beneficiados con las medidas cautelares confiesan que luego de cobrar el amparo pudieron comprar el departamento o la casa para mudarse, así como también pudieron cambiar el coche o dejar plata para “un viajecito”, “hacer arreglos en la casa”, “comprar una cochera”, etc. Los amparos provocaron un “efecto riqueza” sobre los ahorristas permitiendo consolidar su capital económico y consumir sus aspiraciones posicionales de clase. La más elocuente fue Martha Abacchián de Mar del Plata: “cobré el amparo y no

solamente pude comprarle a mi ex marido la parte de la casa como esperaba, sino que además me compré un autito cero km”.

Las cancelaciones de deudas y créditos, incluso deudas impositivas, fueron de una magnitud aun mayor que los amparos: mientras la pesificación de deudas se hacía a paridad y con una actualización regida por el Coeficiente de Variación Salarial (CVS), lo que se reconocía a los depositantes con los CEDROs era 1,40 \$ por US\$ más una actualización regida por la inflación diaria, el Coeficiente de Estabilización de Referencia (CER). Algunos mecanismos habilitados de cancelación brindaban oportunidades extraordinarias de triangular con bonos comprados a valor default pero con poder cancelatorio de deudas a valor técnico. Los testimonios de los empleados y jerárquicos bancarios dan cuenta de este tipo de operaciones que permitía desembarazarse de deudas y obligaciones haciendo enormes ahorros⁶³. Obsérvese, en este caso, cómo se opera una transfiguración de las propiedades del poder causal: la pérdida de transferibilidad y conversión (corralón) se convierte en conmutabilidad (saldar deudas) en términos favorables.

Quien buscaba vivienda o cambiar el auto tampoco sufrió mayores daños sino una módica mejora comparado con los precios previos a la instauración de la pesificación, de acuerdo con cálculos de consultoras y agencias inmobiliarias⁶⁴.

Con un dólar en baja y los precios en ascenso la decisión de retener las reprogramaciones para aprovechar el CER o pesificar dependía solo del nivel de las tasas de interés de plazo fijo pesificado. El hecho de que la apertura del “corralón” pesificado no haya desatado una corrida hacia el dólar, muestra nuevamente un comportamiento, no de pánico ni principista sino, estrictamente de aprovechamiento de las nuevas oportunidades de renta que no pasaron nada desapercibidas.

La cotización de los BODEN utilizados en los canjes en torno al 70/80% de su valor significaba una recuperación inmediata de efectivo con una pérdida en dólares del 30/20% pero con la posibilidad de convertirlo también en un plazo fijo en pesos a tasas reales extraordinariamente altas. Los bancos absorbieron rápidamente parte de esta cartera

⁶³ La necesidad de liquidez de los bancos hizo que muchos de ellos incentivaran aún más la cancelación anticipada de préstamos, no cobrando el punitivo habitual en estas operatorias. A través de Internet diversos consultores e intermediarios buscaban la conciliación de intereses entre deudores con intención de cancelar deudas y depositantes atrapados deseosos de efectivo. El gigantesco abaratamiento de la cancelación de deudas produjo un efecto notable de acelerado desendeudamiento barato: el stock de deuda de préstamos de los bancos cayó nada menos que el 26,1% en el primer semestre del 2002 (Ver La Nación, 9/09/02, p.33).

⁶⁴ Según un estudio realizado en el segundo semestre del año 2002 por el Centro de Estudios Inmobiliarios de Córdoba (Cedin) entre diciembre de 2001 y julio de 2002, los departamentos de un dormitorio aumentaron un ciento por ciento en pesos, mientras que el precio de las casas de tres ambientes apenas creció un 35% en promedio. Un depósito pesificado “2 a 1” mantiene el poder de compra para el primer caso, mientras que en el segundo gana alrededor del 65 por ciento de la potencial inversión. El costo de la construcción de viviendas se incrementó 85% en pesos. Los autos cero kilómetro redujeron un 15% su precio de venta en dólares, lo que significaba que el poder de compra de los depósitos pesificados crecía un 7% aproximadamente (Ver La Voz del Interior, 1/02/2003, http://www.lavoz.com.ar/NotaAnterior.asp?nota_id=145151&high=corralito).

sosteniendo la cotización de los bonos, por un lado, y recibiendo liquidez a través de los plazos fijos, por otro.

El retorno del ahorro privado al sistema bancario se aceleró notoriamente en el último trimestre del 2002 y durante todo el 2003. El precio del dólar futuro se deprimió de manera notable y la expectativa inflacionaria y de tasas generaba nuevas oportunidades de renta financiera en términos reales.

La evolución de los tan detestados FCI es también indicativa de los comportamientos y las reglas de cálculo utilizadas por los ahorristas acorralados. En el último trimestre de 2002 registraron un notable crecimiento del 10% con el ingreso de fondos provenientes de la cancelación de CEDROs pesificados. El temor a la volatilidad de los mercados y las tasas de interés altas llevan a una preferencia por la disponibilidad inmediata de los fondos que se vuelve a mostrar como una opción atractiva.

Analizando la última oferta gubernamental de canje por los depósitos atrapados, La *Gazeta del Ahorrista*, N°19, del 24/04/03 intenta rechazarla, pero los argumentos parecen más una confesión.

Esto implica que en dólares contantes y sonantes por cada 10000 dólares que hubiera depositado, le van a devolver 8100 dólares, sin pagarle los intereses correspondientes que justipreciamos en 1600 dólares, el daño moral por lo que le hicieron padecer [...] justipreciamos en un 20%, o sea 2000 dólares, y los honorarios del abogado estimados en un 10%, o sea 1000 dólares. En suma el ahorrista no va a recibir el 80% de su dinero como han dicho sino el 55,58% de lo que le corresponde.... En suma pierde incuestionablemente por el lado de los intereses "de hambre" que le pagan y por la otra parte asume un riesgo muy grande que no se lo compensan de ninguna forma.

Los bonistas que padecieron la cesación de pagos de la deuda soberana, primero y luego, a partir del 2005, un canje con quitas promedio del 65%, tienen razones para no sentirse tan perjudicados con las nuevas condiciones vigentes en los mercados cambiarios y financieros. Veamos un ejemplo de "confesión" de bonistas en los foros de ABAE.

En el Yahoo Groups de ABAE⁶⁵, un bonista titula un mensaje "10 razones por las que acepté la pesificación de los préstamos garantizados" que había comprado en pleno megacanje de De la Rúa. Se trata de un bonista que intentó resistir la pesificación de su acreencia en BONTES (Bonos del Tesoro) por la vía judicial del amparo pero que, ante las nuevas condiciones de los mercados financieros de finales del 2002, decidió plegarse con entusiasmo a la tan odiada pesificación, desistiendo del recurso.

Yo fui uno de los que impulsaron decididamente por este medio la iniciación de amparos. Varias razones me hicieron desistir [...] yo estaba reclamando lo deseado cuando millones no tienen lo necesario [...] algún día el dólar se tiene que estabilizar en un precio y con una inflación del 2 o 3 por ciento, la brecha CER/dólar debe acercarse, disminuir y hasta desaparecer [...] yo asumo que compré bonos a un estado que quebró [...] cometí un error de inversión... me gusta cobrar mis intereses todos los meses aunque sea en pesos [...] el tenedor de bonos es un inversor a mediano y largo plazo, y no me parece mal que el estado me pague lo que pueda mientras dure la recuperación y lo debido cuando con el tiempo se reestablezca [...] Yo calculé mi capital en

⁶⁵ <http://ar.groups.yahoo.com/group/ahorristasestafados/>, 29/10/02

sueldos y en 6 años paso de tener 50 sueldos ahorrados a ¡¡¡156 !!! [...] el préstamo garantizado tiene una fuente propia de recursos, que es el 70% del impuesto al cheque, lo que quiere decir que todos los meses hay pesos disponibles para pagar, mas aun considerando que vienen tiempos de inflación, con lo cual la recaudación sube.

La enorme perspicacia de este bonista se ve en el octavo argumento que resulta premonitorio por la fecha del mensaje:

La octava razón es que el poder político que adquirió deuda externa aprovechará el default para hacer quita de capital en dólares, quita que, de ser significativa, será irrecuperable, mientras que con la ecuación CER/evolución del dólar la brecha puede disminuir.

Por supuesto, la “deserción” de este bonista de la causa del amparo produce una fuerte repulsa entre los participantes del foro. Pero todas las respuestas se basan en la descalificación de “un estilo de pensamiento”, “la falta de valores” y no en la argumentación económica. Es decir, lo descalifican moralmente porque “por culpa de gente como vos nos va como nos va”, “no se puede ser cómplice de un robo por más que nos convenga (sic)”, o “es una aberración dejar de lado los derechos fundamentales para conformarse con lo que te tiran para taparte la boca”. Otras descalificaciones son directamente políticas en respuestas lacónicas como “¿Quién te paga? ¿Duhalde?”.

Sin arredrarse, en franco debate contra sus objetores, el bonista insiste:

Soy consciente que esto que estoy diciendo va en contra del pensamiento de muchos de los del grupo pero si pensamos que mi capital que antes valía 100 hoy pesificado más CER vale 200 [...] y que antes consumía por dar un ejemplo 10 % de mi tenencia por mes o sea 10 [...]. hoy estos 10 se pueden haber incrementado en un 40 o 50 % digamos 50 % serían 15 [...] estos 15 actuales de consumo representan sobre los 200 actuales de tenencia un 7.5 % [...] si el mismo cálculo se hiciera para la cotización actual del dólar a 3.60\$ tendríamos que esos 15 de consumo representan menos de la mitad de lo que representaban en el uno a uno. Pero cabría preguntarme a costa de que soy más rico [...] ¿¿¿ Cómo hice yo para crear riqueza por generación espontánea???

Este tipo de discusiones se repiten cada tanto en el foro. Hay mensajes que niegan que el corralito y la pesificación afecten el derecho de propiedad, otros que hacen cálculos y niegan los perjuicios sufridos por los ahorristas, otros que acusan a bonistas de especuladores.

Respecto a los bonistas, las decisiones tomadas por la mayoría de los bonistas refuerzan la hipótesis de que, desde el punto de vista patrimonial, no fueron tan perjudicados.

La AARA realizó una encuesta electrónica entre sus socios y adherentes respecto a la decisión de aceptar el canje o buscar otras vías de reclamo. Al 3/03/05 obtuvo una respuesta de 2.500 personas. El 41% optó por entrar al canje de bonos, fundamentando su postura en dos argumentos: los bonos que poseían eran de jurisdicción nacional por lo que no estaban dispuestos a acudir a una justicia que no brindaba garantías constitucionales, y la edad avanzada de los tenedores que hace imposible cualquier solución prolongada en el tiempo. Un 13% prefirió vender sus tenencias de bonos porque el canje lo propone un estado que no da ninguna seguridad jurídica. Un 35% optó por continuar la vía jurídica, con la convicción de que los jueces fallarán contra la confiscación y obtendrán un resarcimiento completo. Por

último, un 11% cree que habrá una mejora en el canje, y si ello no ocurre en un plazo no mayor de un año, iniciarían acciones judiciales. En definitiva, un 52% de los bonistas tendrían interés en entrar al canje aunque invocando argumentos de “mal menor”.

Uno de los entrevistados Roberto Kalauz, bonista de AARA, terminó aceptando el canje de deuda a pesar de considerarlo confiscatorio e incluso llegó a recomendar a la gente que entre en el canje a pesar de que la misma organización se pronunció en contra del mismo. El razonamiento de este bonista recupera la expectativa de una revalorización de los bonos nuevos en los mercados, el atractivo de los cupones por el crecimiento del PBI (muy superior a las tasas internacionales), y sobre todo la perspectiva de apreciación del peso que permitía recuperar una parte importante de la quita sobre el capital nominal en dólares. En última instancia, el ganar o perder con el canje dependía mucho del precio al que se habían comprado los bonos. A aquéllos que habían comprado barato, los nuevos bonos podían incluso significarles un beneficio y no una pérdida.

Aun los ahorristas más pequeños, pertenecientes a las clases populares o jubilados de clases media bajas, que destinaban los ahorros para cubrir el sustento diario, no puede decirse que hayan sido perjudicados en cuanto a la capacidad adquisitiva de los depósitos pesificados. Para enero del 2003 el Coeficiente de Estabilización de Referencia (CER) sumaba 40,88 por ciento, si a ello le sumamos el interés correspondiente (dos por ciento anual en promedio, aunque algunas entidades pagaron algo más) tenemos que los dólares depositados ahora, convertidos a pesos a una paridad de 1.40, quedaban pesificados en los hechos como “2 a 1” (al 100% en pesos) con precios internos minoristas (IPC del Indec) con aumentos del 41%. En síntesis, el dinero atrapado en los bancos permitía comprar a su liberación, casi el 42 por ciento más que 14 meses antes.

Sin embargo, visto desde el punto de vista de los poderes causales, vemos que la capacidad de aprovechamiento de los nuevos escenarios de valorización del capital económico dependía también de diversos factores típicamente clasistas.

Aquellos depositantes sumidos en la lógica de la necesidad y las urgencias perdieron muchas de las ventajas o posibles compensaciones descriptas anteriormente. La ausencia o debilidad de otros poderes causales económicos (fuerza de trabajo activa con buenas remuneraciones, jubilaciones insuficientes, desempleo, desocupación, etc.) supone incapacidad de capitalización de muchas de las alternativas ventajosas de salida del corralón.

El recurso al amparo judicial era más difícil de utilizar para los pequeños ahorristas acuciados por necesidades inmediatas, por los costos de los letrados y de los trámites de inicio de demanda judicial, sin contar el desinterés de muchos abogados por los litigios por montos pequeños. El menor tamaño de los depósitos descartaba la salida a través de la adquisición de bienes durables. Pero aun el factor más importante de reducción de la capacidad de resistencia

a las coerciones sobre el propio poder causal económico, que suponían las medidas bancarias y financieras, era justamente el altísimo costo en términos de daños por necesidades insatisfechas, que suponía la prolongación de la indisponibilidad del dinero. Gran parte de las ventajas y compensaciones del nuevo escenario dependían de la “espalda” para resistir. Aquéllos compelidos a aceptar tempranamente la pesificación cuando el dólar estaba mucho más alto, y mucho más compelidos a retirar el dinero pesificado para afrontar gastos inevitables en un contexto inflacionario, perdían gran parte de las ventajas ya que los sucesivos planes de oferta de salida del corralito fueron mejorando las compensaciones y, además, la necesidad de destinarlo a gastos inmediatos impedía aprovechar las altas tasas de interés en pesos. A su vez, el retiro obligado de depósitos para gastos alimentarios o de necesidades urgentes significaba la firma de un documento de renuncia a ejercer el reclamo del amparo por lo ya retirado, debido a que en su mayoría los jueces utilizan la doctrina jurídica de los actos propios, y reducía grandemente las chances de tener éxito con el amparo judicial o los juicios resarcitorios.

Por si fuera poco, los canjes ofrecidos para los segmentos de depósitos menores (hasta 7000 \$), lisa y llanamente ofrecen extorsivamente la mayor disponibilidad en el corto plazo con menores compensaciones. Los que necesitaban más el dinero son los que más rápido comienzan a salir del corralito, pero su imposibilidad de esperar tiene el costo de que las mejoras sucesivas de oferta de bonos compensatorios de los canjes sucesivos no se aplican retroactivamente sobre los fondos ya retirados. La recuperación de movilidad se acompaña de una pérdida de valor de compensación. El perjuicio diferencial del que necesita el dinero como “bien alimentario”, que tiene que ir gastándolo sin poder esperar la mejora de ofertas, supone sin dudas un trato discriminatorio y demuestra también que la respuesta estatal ante las consecuencias de la crisis financiera y cambiaria fueron pensadas casi exclusivamente como estímulos económicos rentísticos para “tentar” a destinatarios que se manejan exclusivamente con la lógica del inversor.

Las coerciones financieras sobre los depositantes causan perjuicio patrimonial en los casos de cualquier bien o servicio que deba ser adquirido en dólares y cuyos precios internacionales se hayan mantenido o aumentado. En efecto, los viajes al exterior se encarecieron enormemente con el nuevo tipo de cambio alto en general y para aquéllos que ahorraban con la esperanza de realizar algún viaje, la pérdida de capacidad de compra resultó significativa, sólo atenuada por la caída en el precio internacional de los pasajes aéreos derivados de la situación pos-ataentado en EEUU. Obviamente también hay lesión patrimonial para aquéllos que necesitaban tratamientos médicos en el exterior, o tenían que pagarse estudios, o desarrollar actividades profesionales allí. Es muy importante el daño provocado en aquéllos que intentaban migrar de la Argentina hacia otros países. Hay múltiples testimonios

de estas situaciones en la que los fondos se pensaban destinar a financiar la emigración laboral o educativa de los hijos.

Otros damnificados directos, en términos de capacidad de compra, son aquéllos que teniendo los fondos como capital de trabajo y siendo compradores de bienes intermedios, maquinaria o insumos importados, terminaron con la imposibilidad de sostener sus actividades normales al no poder cumplir con las obligaciones de pago. En estos casos, los efectos de la pesificación se sumaban a la recesión económica y a las enormes restricciones al crédito, por lo que debe tomarse como perjuicios muy serios.

Asimismo, las restricciones al retiro de efectivo habían ocasionado una notable contracción del fondeo de las cuentas transaccionales (cuentas corrientes y cajas de ahorro), que afectaban enormemente la cadena de pagos. Estas restricciones fueron liberadas paulatinamente y para octubre ya se habían recuperado como para normalizar la cadena de pagos, lo que permitía acompañar el alza en los niveles de actividad económica.

Otros damnificados son aquellos cuyos fondos tenían por origen la venta de otros activos y que quedaron atrapados al momento de comprar uno nuevo. Así hay testimonios de ahorristas que, habiendo vendido inmuebles en pleno diciembre, no pudieron concretar hasta mucho después la compra de un nuevo inmueble, y alguno, incluso, que no pudo concretar operaciones pautadas y cumplir con boletos de compra venta o señas entregadas a valor dólar. La resistencia inicial a desdolarizar los mercados de inmuebles llevó a la imposibilidad de concretar operaciones o a litigios judiciales. En algunos casos, como el de Genaro M., constructor en Mar del Plata, los quebrantos fueron muy significativos, sólo compensados posteriormente por el repunte del mercado inmobiliario y la construcción a partir del 2003.

Así como las medidas cambiarias y financieras pueden tener efectos contradictorios sobre los excedentes acumulados, también plantean contradicciones con distintas formas de propiedad y otras especies de capital económico. Las medidas cambiarias y la política monetaria tienen consecuencias contextuales sobre la activación de otros tipos de capital económico y no solamente sobre los “ahorros”.

En Santa Fé y en Mendoza aparece claramente que la mayor parte de los problemas bancarios son el endeudamiento y la imposibilidad de afrontarlo en un marco de recesión y ruptura de las cadenas de pagos. La pesificación de deudas mayores a los 100 mil dólares fue el eje fundamental de fuertes conflictos en una docena de localidades santafecinas y del interior de la provincia de Buenos Aires y Córdoba. La licuación de deuda y la normalización de la cadena de pagos, junto con el regreso de algunas formas de financiación, significaron mejores condiciones de activación de la propiedad productiva agraria a fines del 2002. Si a ello le agregamos los beneficios del nuevo nivel del tipo de cambio efectivo para exportadores, que incluyen retenciones pero también mejoras importantes de sus precios

relativos a los que se suman incrementos internacionales, tenemos un rápido proceso de elevación de las tasas de beneficio. En otras ciudades las nuevas condiciones económicas significaron una rápida reactivación del turismo nacional e internacional (Bariloche y Mendoza) y de la industria y el comercio (Rosario, Córdoba).

Pero es más llamativo detectar efectos contradictorios en el caso de profesionales en relación de dependencia que cuentan con su fuerza de trabajo y calificaciones, y no con otras formas de capital. Para ellos los ingresos fundamentales son los laborales, las necesidades no son impostergables, y predominan las aspiraciones.

El caso de Lucía (ver recuadro) es la demostración palmaria de la exposición a coerciones cruzadas y a dependencias de todo tipo para activar poderes causales, que suponen incongruencias en la definición de intereses, fomentando un comportamiento de errático ventajismo. Las posiciones contradictorias entre distintas estructuras de formación de intereses hacen caer a la pequeña burguesía, con capacidad de acumulación, en paradojas e inconsistencias notables, incluidos reclamos que son contradictorios entre sí, donde alcanzar uno significa perder el otro.

A mediados de los '90, Lucía abandonó la Facultad de Derecho en cuarto año para dedicarse a los negocios inmobiliarios donde trabajaba activamente con bancos y prestamistas. Su postura de antimnemista acérrima no le impidió aprovechar la paridad cambiaria para pasar las vacaciones en Punta del Este, las de invierno en Miami y los fines de semana largos en un *spa* brasileño. El crédito le permitió pasar de un modesto dos ambientes a un piso de 150 metros en una torre con piscina, sauna, *jacuzzi*, telescopio en la terraza, cancha de tenis y gimnasio. De los 35.000 dólares que le pagaron por su antigua vivienda, separó 20.000 en un plazo fijo cuando las tasas eran tentadoras. Los otros 15.000 los prestó vía una escribanía. Era una de las más comprometidas con la protesta. Durante el fatídico verano de 2002 a la mañana iba a pelear en la sucursal del banco donde le habían acorralado su plazo fijo. Al mediodía, participaba en las protestas de los ahorristas. Pero dos veces por semana, se unía a las filas de los deudores hipotecarios donde levantaba la bandera de la pesificación de las deudas. Cada tanto se plantaba frente al Congreso haciendo causa común con los que habían prestado dinero a través de escribanías y no estaban dispuestos a aceptar que les entregaran pesos devaluados. (La Nación, 22/09/03, p. 8)

El caso de Claudio, matemático de la Comisión Nacional de Energía Atómica de Bariloche, es un caso muy singular por la cantidad de contradicciones a las que está sometido en los diversos entornos estructuradores de interés. Durante los años '90 fue castigado duramente en términos de congelamiento de sueldos, desfinanciamiento y amenazas de despidos. La devaluación catastrófica de poderes causales basados en la calificación y las remuneraciones en el sector público de ciencia y tecnología

intentó ser compensada defensivamente con participación gremial y aprovechando oportunidades de valorización de su capital educativo y de calificaciones, realizando trabajos por contrato con empresas e instituciones en Brasil, Francia y España.

En realidad yo tenía toda la plata en Caja de Ahorro en U\$S, toda plata ganada en países extranjeros que me depositaban en dólares y en una oportunidad en que yo estaba de viaje, la empleada del banco la convenció a mi señora de pasarla a un fondo común con eso de que tienen una tasa mayor que la caja de ahorro y tienen la facilidad de rescatar la plata en el momento que quieran y como nosotros andábamos con la idea de comprar un terreno y qué se yo [...]

Es muy significativo que, ya en enero, en medio de la confiscación, Claudio y familia hayan decidido viajar a Río (Brasil) tanto por motivos de trabajo como para aprovechar las vacaciones con los últimos pesos que les quedaban disponibles, algo que también se ve en otros testimonios: la importancia dada al estilo de vida, la preservación de “las vacaciones” aun en momentos tan complicados. La transnacionalización de intereses laborales y las vacaciones familiares muestra, por un lado, el carácter secundario de los ahorros en la configuración de intereses frente a la preservación de oportunidades de empleo que generan ingresos en divisas, que con la pesificación ¡ve multiplicado su valor relativo! La pesificación de la economía y la devaluación cambiaria significaban para quien tenía acceso a mercados externos de servicios profesionales una ventaja enorme de largo plazo que, sin dudas, operaba en la secundarización del interés por la posible pérdida patrimonial ocasionada por el corralito y el corralón. Este carácter secundario también era percibido muy directamente por Claudio en el resto del movimiento de ahorristas al que se sumó presuroso a su vuelta de Brasil. Buena parte de los damnificados eran comerciantes que vivían del turismo y en este terreno, la pesificación iba también a generar una ventaja en el largo plazo. La percepción de Claudio era que todos privilegiaban sus fuentes de ingresos principales y no lo acumulado, trazando una diferencia notable por ejemplo con Mar del Plata.

Otra figura menos extendida pero prototípica de las coerciones contradictorias de algunas posiciones es la que se detalla en estos fragmentos de las entrevistas al Juez Federal López y a su secretario el Dr. García, sobre el papel de los abogados y sus risueñas contradicciones de intereses.

García: acá hemos tenido abogados que venían como representante del banco para defender sus derechos y como representantes de clientes de los bancos para presentar el amparo...y en los dos casos a muerte, diciendo barbaridades [...]

López: se vivía esa psicosis también. Por una lado venía una abogada que había sido afectada por su depósito y decía ¡es una barbaridad lo que hicieron! bla bla bla, y esa misma abogada era letrada de los bancos y decía está bárbaro lo que hizo el estado, una medida justa y plena de oportuna sabiduría [...] ha pasado que el juez se puede burlar oponiendo los argumentos del mismo abogado en otro expediente [...] Me pasó a mí, una abogada que en un caso pedía mi recusación porque era un atropello mi resolución y en otro caso, me felicitaba y nos citaba por lo que habíamos hecho.

Las posiciones de los distintos tipos de poder causal clasista hace que una abogada tenga que defender su capital económico en forma de activos financieros movilizándolo sus calificaciones profesionales en contra del orden, pero simultáneamente tenga que defender su capital económico en forma de fuerza de trabajo profesional, a favor del orden. Los abogados pueden intentar utilizar la ley en sentido inverso de acuerdo con el carácter clasista de la activación de los poderes causales que se requieran en esas posiciones (bancos o ahorristas) y cobran por ello en ambos casos. Es decir, tienen un interés material nítido en explotar la posibilidad de defensa legal de posiciones e intereses contradictorios. La profesión de

abogado es la demostración más cabal de la normalidad de la incongruencia de las coerciones económicas.

Contradicciones entre capital económico y poderes causales organizacionales, sociales y simbólicos

Veamos ahora una serie de fenómenos detectados que delatan algo sumamente importante: las coerciones impuestas sobre el capital económico en activos financieros y monetarios también entran en colisión con otros tipos de poder causal.

El caso más claro es el de los empleados o directivos bancarios que tenían depósitos atrapados. Sus intereses definidos en las instancias mediadoras de los mercados financieros entraban en contradicción con la preservación de sus poderes burocráticos organizacionales dentro de las instituciones financieras. La situación autocontradictoria era evidente: sus trabajos los llevaban a hacer horas extras (a veces impagas) para resolver cosas en contra de sus propios intereses financieros. Por si fuera poco, en los casos en donde además habían persuadido a familiares o amigos de depositar sus ahorros, también los hacía entrar en conflicto con sus estructuras familiares y erosionar su capital social. En general el privilegio dado a la posición organizacional y laboral (expectativas de ascensos, ventajas corporativas) podía terminar en racionalizaciones péfidas: los familiares, vecinos o amigos pasaban a ser “usureros”, “ambiciosos”, “antes los hice ganar mucho con las tasas en pesos”, “creen que tienen que ganar siempre”, etc.

Aún más contradictorio es un caso en que los intereses formados en torno a posiciones en el mercado financiero son fuertemente inconsistentes con las estructuras a nivel de organizaciones corporativas. Andrés Mac Gaul, uno de los dirigentes de ADAPD, se ve involucrado en una dura polémica sumamente instructiva para analizar las contradicciones de poderes causales. Entre el 6 y el 11/01/04 en el foro de ABAE, varios ahorristas rosarinos le reclaman sobre la “notoria incompatibilidad” existente entre representar a los ahorristas y representar al Banco Mundial, “que ha impulsado todas las políticas que hicieron posible esta estafa”.

De manera algo insólita, Mac Gaul se defiende argumentando la “importancia del cargo” que detenta en la estructura del Banco y aclarando que accedió a él por concurso internacional y no por acomodo. La respuesta de MacGaul del 8/01 es muy llamativa:

Soy la persona que trabaja en el Banco Mundial y Vicepresidente de ADAPD [...] voy a tratar de mostrarte que tanto yo como los de ADAPD somos ahorristas comunes y corrientes y no especuladores. Te cuento que hace 5 años que trabajo en el banco y que gané el puesto por un aviso de Clarín que convocaba al concurso internacional. Soy un simple profesional. Antes trabajé 11 años en Segba, 4 en una privatizada, y 2 en una empresa constructora. Fui el primer miembro de Ahorristas Argentinos, participé en un inicio de todos los foros de ahorristas [...] Mi patrimonio -después del default y el divorcio- es casi nulo y no podría especular ni aunque quisiera.

Otro ahorrista se suma a la polémica y le contesta valorizando su capacidad y preparación profesional pero recordándole

[...] el apego que debe guardar para con las políticas y acciones del Banco Mundial, dada su alta responsabilidad [...] Para ser más claro en lo que interesa a los ahorristas: hay momentos cruciales en los cuales Ud. no sé si va a poder conciliar su adhesión laboral, con su posición como ahorrista individual [...] los objetivos y acciones del Banco Mundial van a contramano de los de la gente común.

Se suman otros al foro rechazando los argumentos de Mac Gaul e introducen más contradicciones. Por ejemplo, un mensaje de uno de sus acusadores cuenta haber participado en reuniones y conocer en detalle a los funcionarios principales del Banco en el país, a quienes menciona por su nombre y se arroga el derecho de discriminar “la paja del trigo”, reivindicando a algunos y acusando a la mayoría por falta de sensibilidad social y de contacto con la sociedad. En este punto, no serían tanto los intereses corporativos los definidos como incompatibles con los ahorristas y con los intereses del país, sino sólo aquellos directivos que comulgan acriticamente con los lineamientos del Banco y que se caracterizan por su “insensibilidad”. De nuevo se introduce una dimensión de capital simbólico que se sustrae al poder organizacional y al poder económico. El problema sería, no tanto que detente responsabilidades directivas en el BM, sino que lo haga de manera “fría y obediente”, es decir, no sería ya una contradicción con el capital burocrático sino con el capital simbólico.

La defensa de Mac Gaul, evita pronunciarse sobre el contenido de las decisiones que él mismo toma en el BM con respecto a los intereses de los ahorristas, y se limita a defenderse en tanto que “profesional honesto y competente”, “no especulador” y “sin patrimonio”, es decir, también a través del capital simbólico que en su retórica aparece convertido en aquéllo que está más allá de intereses y organizaciones.

El caso también es interesante porque aquí la acumulación de contradicciones no es asumida en la conciencia del ejecutivo internacional/ahorrista estafado sino que permanecen negadas detrás del telón de la ética, el mérito y la competencia técnica-organizacional⁶⁶. El poder económico directamente se declara inexistente (el “no me queda nada”).

El “corralito” también permite indagar un fenómeno sumamente elocuente acerca del peso del poder causal simbólico: el ocultamiento de la condición de víctima. Varios testimonios indirectos son convergentes en el sentido de conocer muchos casos de depositantes que negaban serlo o que negaban haber sido damnificados. Muchos ahorristas atrapados disimulaban, ocultaban o mentían con el propósito de “no levantar la perdiz de su

⁶⁶ El poder burocrático y técnico más importante es el de externalizar y distribuir costos. Las propuestas de ADAPD son fieles a esta lógica del poder burocrático corporativo: impulsan como solución a la cesación de pagos una nueva externalización de costos con políticas de ajuste fiscal, endeudamiento para refinanciar plazos y tasas pero con garantías internacionales y volver a los monitoreos de los organismos multilaterales de crédito. Mac Gaul, tanto como funcionario del BM y como directivo de una asociación de damnificados, mantiene una misma dirección en el ejercicio de sus poderes causales.

capacidad económica”, “no quedar como boludo”, “no soportar reproches o mofas de familiares y amigos”. Puede hablarse de un costo clasista de visibilizar los daños sufridos.

En Mar del Plata, Juan Carlos Lere cuenta:

Había gente que al principio de todo medio se te reía en la cara y te decía ¡Cómo no se dio cuenta!. Y resulta que después cuando empezaron a salir los amparos venía y te preguntaba qué tenía que hacer porque “la suegra” ¡ja ja! también estaba atrapada”. Al principio había muchos que se acercaban a las marchas pero desde la vereda de enfrente y no nos decían nada a nosotros. Les habíamos puesto “mascaritos” [...] Cuando te acercabas a hablar con ellos para que se acerquen te decían: “¡¡¡no!!! Yo no quiero que nadie me vea”. En algún caso incluso se trataba de gente que o le ocultaba a la misma esposa, a la familia que tenía plata depositada, o directamente gente que tenía deudas y no pagaba y también ocultaba que estaba ahorrando dinero.

El “disimulo” aparece como manifestación de preservar la imagen de invulnerabilidad ante la crisis, considerada un capital simbólico que tipifica la clase media “exitosa”. El encubrimiento de la vulnerabilidad, de la debilidad ante las coerciones estructurales es esencial al ejercicio de otros poderes causales, tanto en el ámbito familiar como en las organizaciones laborales y en las instituciones. El “fracaso” público significa una señal que es vivida como “devaluación” por parte de los pares de clase de los propios poderes causales individuales. El aparecer como “ganador”, o al menos como “no víctima”, es en principio un *dictatum* del capital simbólico presente en los *habitus* para desempeñarse competitivamente dentro de la clase. La elaboración colectiva del agravio como víctima no obsta para que individualmente se pretenda no quedar en inferioridad de condiciones frente a pares. Muchos testimonios coinciden en que los ahorristas de clase media perdían el temor al comprobar que hay “gente importante”, “profesionales”, “gente pudiente”, entre los que participaban de las reuniones. La carga social de ser considerado un perdedor y ser sometido a los rigores de la competencia menuda entre los pares de clase, es aliviada por la evidencia de que “personajes más empujados que uno también están en la misma”, facilitando la colectivización del interés.

Dentro de las competencias sociales esperadas para alguien que logró acumular algo, está el de ser perspicaz, no dejarse llevar y tener buena información. La “viveza”, el sentido de la oportunidad o al menos el no caer fácilmente en ingenuidades se convierte en una suerte de “capital” simbólico de base para las capas medias.

Pero si la pequeña burguesía asalariada o comercial independiente podía sentirse afectada por estas implicancias simbólicas del corralito, los testimonios sobre los profesionales damnificados con puestos jerárquicos o vinculaciones corporativas, que no podían reconocer públicamente el haber “quedado adentro del corralito”, el no haber “previsto la devaluación”, el no haber sabido “salir a tiempo”, obedecen a criterios de valorización de poderes causales de otro tipo que ya no entran en contradicción con la esfera de la familia y el capital social, sino con la esfera de los mercados de trabajo y los poderes organizacionales.

Baez Silva cuenta el caso de un economista, socio de AARA, que fue a un programa de TV de cable como economista pero no dijo en ningún momento que él era damnificado por el corralito y participante en un grupo de ahorristas, por lo que otros miembros le recriminaron. La excusa del increpado fue:

Yo soy economista, cómo hago para explicarles a mis clientes que me agarró el corralito y la pesificación... ¡no me toman nunca más en serio!

En el caso de algunos contadores atrapados se daba el caso inverso: el contador tenía que dejar de lado el pudor y reconocer que había caído en la trampa del corralito porque peor era el reproche de los clientes de “no haber avisado”.

Los requerimientos de capital simbólico en profesionales del área de servicios a las empresas, el estar bien informados, el estar bien relacionados para estar bien informados, el saber leer y anticipar acontecimientos se convierte en una presión a veces difícil de sobrellevar. El mismo Báez Silva cuenta que un bonista socio fundador de AARA, ejecutivo de Telefónica, al que le pidió que saliera a hablar por los medios, le dijo: “No me hagás salir que me quedo sin laburo”. El privilegio al capital burocrático (jerarquía en empresa corporativa) sobre el colectivo organizativo es evidente tanto como el tipo de coerciones que pesan sobre las burocracias corporativas.

Otro aspecto importante es que las insuficiencias de otros poderes causales (políticos y organizativos) intentaban ser compensadas con la activación de capital social. La “llegada” a las instituciones judiciales fue la vía preferida. La Dra. Casará que trabajaba de auxiliar en la Cámara Federal de Mar del Plata contaba:

[...] toda la gente que te conocía: ”vos que estás ahí adentro, vos qué sabés, qué pasa... vos qué podés hacer” [...] me llamaba gente que hacía años que no veía pero que sabía que trabajaba acá adentro para ver qué podía hacer [...] fue un estrés muy grande, sonaba el teléfono y ya me ponía mal.

La Dra. Ruquejo, Secretaria del Juzgado Federal de 1era. Instancia de Mar del Plata va más allá y habla de una verdadera

[...] avalancha de pedidos de favores personales pero no sólo a mí... ¡también a mis parientes! La miseria humana que ví, a lo que se sometió la gente para cobrar, realmente fue espantoso. Hacían cualquier cosa...hasta truchar certificados médicos, que ahora están en sede penal.

Varios ahorristas en Mar del Plata, La Plata, y Capital buscaron “conectarse” con magistrados para “ver cómo venía la mano y qué les recomendaban hacer o algún abogado”. El intento de uso de capital social para lograr palancas dentro del poder judicial y el intento de fraude judicial para apurar la devolución del dinero constituyen evidentes recursos de última instancia ante la ausencia de otras posibilidades de ejercicio de poderes causales. La obsesión

de los abogados para que sus expedientes llegaran lo antes posible a resolución se convirtió en una verdadera carrera disparatada de “desgracias”⁶⁷.

Otras formas de activación de poderes causales institucionales ya no son formales sino, incluso, directamente “ilícitas”. Tal los casos investigados por el Congreso de la Nación y otros Tribunales de los Juzgados que, en combinación con abogados, habían “industrializado el amparo”⁶⁸. Lo llamativo en estos casos era que insólitamente estas irregulares resoluciones judiciales no eran apeladas por la mayoría de los bancos afectados, dejando la sospecha que en muchos casos hay un acuerdo para devolver el dinero a algunos “clientes VIP” a partir de un amparo amañado. El poder institucionalizado de la justicia opera activando ilícitamente los poderes corporativos de bancos y clientes particulares (algunos políticos, funcionarios, y familias connotadas del interior) o empresas importantes, con cuyos intereses tienen solidaridades más profundas y duraderas que con los pequeños ahorristas.

Un caso escandaloso es el de las sentencias judiciales que ordenaban el pago de títulos de deuda pública en pleno default. Se trataba de bonistas testaferros de abogados, jueces y agentes de bolsa que pedían amparos por cientos de miles de dólares en Bonos comprados con posterioridad al default a precios ínfimos⁶⁹. Acerca de este increíble ardid con complicidad judicial, uno de los asambleístas rosarinos contaba que le había llegado que el “armado” completo de esta operatoria se produjo porque juez, abogado y agentes de bolsa compartían el country y las excursiones de pesca en el norte de Santa Fe. Es decir, el recurso al capital social es materia de explotación conjunta de ventanas de oportunidades que generan el negocio de “inventar damnificados” que es exclusivamente capitalizado por los detentadores del poder causal burocrático en la justicia y en las instituciones financieras. Es decir, el drama de ahorristas y bonistas pesificados que carecían de poderes institucionales, organizacionales, sociales y políticos, se convertía en una gigantesca fuente de enriquecimiento para aquéllos que sí la poseían.

⁶⁷ Es elocuente la anécdota contada por el Juez Alfredo López, quien recibió en una oportunidad al letrado y a su cliente un hombre muy mayor con un cuadro de cáncer de pulmón: “el hombre estaba con un pequeño tubo de oxígeno y mascarilla. Cuando terminó la reunión los acompaño hasta la puerta y afuera, en la sala, estaba esperando el abogado de otro cliente que ve salir al enfermo. Cuando me saluda, este abogado me dice: Dr. ¡La salud va y viene, lo que importa es la platita!. Ja ja ja”. Esto no quita el dramatismo de ciertas situaciones. El Secretario de Lopez, el Dr. García contaba que “una Sra. que en un momento de la audiencia sacó la urna con las cenizas del padre”, en otra “una Sra. vino con un chico en silla de ruedas con problemas neurológicos y el chico defecó en medio de la audiencia”. El dramatismo se combinaba con la banalidad y el oportunismo de abogados y depositantes lo que finalmente llevó al juez Lopez a terminar con las tensiones inmanejables que generaba el goteo de amparos, tomando una resolución de “amparo colectivo” que beneficiaba a todos aquellos que tenían las mismas condiciones jurídicas que lo justificaran.

⁶⁸ Es el caso de un puñado de magistrados chaqueños de Roque Sáenz Peña, Castelli y Charata que hicieron devolver más de 200 millones de pesos en amparos fuera de sus jurisdicciones (Rosario/12, 13/05/04 <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/index-2004-05-14.html>).

⁶⁹ Ver Rosario/12 del 18/06/06 información sobre la auditoría del Consejo de la Magistratura al Juzgado Federal N° 1 de Santa Fe.

Las dependencias del poder financiero y sus estrategias

Un aspecto esencial del análisis clasista de los intereses reside en las características del antagonismo con los poderes causales oponentes. Los pormenores de la relación bancos/ahorristas sus reciprocidades, complementariedades, dependencias, asimetrías iluminan los procesos de definición y formación de intereses. La crisis del corralito es una excelente oportunidad, un acontecimiento develador de la microdinámica clasista de lo que se conoce como la “hegemonía financiera”.

La activación/desactivación del poder causal económico derivado de los excedentes líquidos de las clases medias coloca a los bancos y a la intermediación financiera en una posición estratégica: constituyen la vía de acceso a los flujos de capital y a las instancias de valorización. El contexto de activación del “ahorro” como poder causal clasista depende de las instancias de intermediación financiera. Pero la determinación general de que ningún activo tiene valor si no se combina con otros o entra en un flujo, tiene formas de realización históricamente específicas.

La hegemonía financiera⁷⁰ durante el Plan de Convertibilidad estuvo basada en un poder causal específico: el incremento enorme de la movilidad del capital económico en sus formas financieras por la desregulación y apertura externa de la cuenta capital de la Balanza de Pagos y de la actividad de intermediación. La trasposición simbólica con que se representó este incremento del poder causal de movilidad se presentó bajo dos aspectos: a) la sensación de impunidad “inversora” que brindan las múltiples alternativas de conversión de activos que descansan en una dolarización estatizada y en la cobertura crediticia externa del gran capital internacional y sus organismos patrocinantes, haciendo posible que se diluya toda percepción de riesgo por la posibilidad omnipresente de cambiar los flujos –conversiones– que brindan la ilusión de evadir costos; b) la invisibilización de riesgos facilitada por el dispositivo mismo del tipo de cambio fijo con garantía de caja de conversión que generaban dólares bancarios con tasas de interés reales sin evidenciar las bases endebles de todo el andamiaje.

La articulación hegemónica de los bancos y el poder financiero con la pequeña burguesía excedentaria, sobre la que se basó su dominio disciplinador (Peralta Ramos, 2006: 58) y su eficacia simbólica, se hizo a través de tres vías: por el incremento y acceso al crédito personal y para consumo⁷¹, por brindar alternativas rentables de valorización durante los '90

⁷⁰ Para un análisis macroeconómico e histórico exhaustivo de este punto ver entre otros Peralta Ramos (2006), y Basualdo (2001).

⁷¹ Encontramos en las entrevistas múltiples testimonios –incluso también entre los mismos assembleístas– de que la desconfianza y la indignación no inhibe la fuerte dependencia de la reproducción de los modos de vida de clase media de la provisión de crédito bancario. En una marcha de ahorristas de Capital conmemorativa del 3 de diciembre, María decía algo desconcertante “Tengo cero confianza en los bancos. Si tuviera ahora el dinero lo invertiría en propiedades o dólares pero en plazos fijos de acá hasta que me muera nunca más. Fijate que en estos días fui para ver si me daban créditos, en el BAPRO donde tengo cuenta desde el año 60 y pico, en el Galicia

expansivos, y por dar refugio confortable de seguridad y estabilidad rentable durante los '90 recesivos. La concentración bancaria y el incremento de la participación de mercado de los bancos extranjeros demuestran el acompañamiento del pequeño capital con sus preferencias por las instituciones financieras internacionales que maximizaban simbólicamente este poder de la movilidad al mismo tiempo que fomentaban la invisibilización de riesgos y un sentido de invulnerabilidad. Luego del Plan Bonex de fines de 1989 era lógico que toda intervención estatal fuera vista como un riesgo insoportable para el pequeño ahorrista y que se buscaran seguridades y respaldo en los grandes bancos extranjeros (ibidem, p. 329).

Pero la dependencia recíproca de intereses no es algo simplemente inscripto en la naturaleza de los activos financieros ni se circunscribe a una "actitud" subjetiva del ahorrista, sino que es materia de acciones y estrategias desplegadas por los bancos durante los '90. En el testimonio de empleados bancarios y sindicalistas encontramos mucho más que indicios acerca de cómo las formas de organización del trabajo y las estrategias de marketing, trato de clientes (fidelización), operatorias bancarias, etc. tienden a fomentar determinadas "dependencias" y asimetrías con los poderes causales de clase de los ahorristas.

Carlos Rico, jerárquico del HSBC, cuenta cómo el poder organizacional de las instituciones bancarias fue cambiando en sus modos de ejercicio a los efectos de maximizar estas relaciones de dependencia subordinando o aprovechando otros poderes causales de clase entre los sectores medios.

Los banqueros lo llaman "la isla" [...] el compañero era un prototipo del "joven triunfante", nosotros les decíamos los "Golden boys" [...] La relación con el cliente pasaba esa barrera invisible del amiguismo... que le daba un punto más de tasa, le había conseguido algún crédito [...]. Estos chicos llevaban convencidos a vecinos y familiares, amigos, el padre de la novia [...] Los ascensos que se producían eran resultado de que esas islas competían entre sí en función de cuántos amigos enganchaban y lo que le "vendían" al cliente. Cuantos más amigos, más importantes en el escalafón. Y el compromiso del trabajador de vender espejitos de humo [sic] era más importante que el prestigio y la seriedad de la institución... en realidad se manejan con ese bien intangible que es la confiabilidad.

La explotación del capital social del empleado y de su propia pertenencia de clase y apariencia es convertida por el marketing bancario en "captación de ahorros". La edad, sus círculos familiares y de amistad, y hasta sus estilos de presentación personal y apariencia son movilizados por el poder organizacional. La confiabilidad basada en la apariencia de clase (joven globalizado, tecnócrata, apariencia de estar actualizado, informado, etc.) y la eficacia simbólica sobre los empleados ("los chicos que se la creyeron") completan este panorama.

La banca telefónica, on line, Internet, las renovaciones automáticas de depósitos, permiten una presencia directa y "amigable" en los hogares. La asignación de un "oficial de cuentas" para cada cliente permite muchas veces tener como interlocutores tanto al marido

desde los '70 y en el Ciudad, esa es más nueva. Fui a ver si me daban un préstamo para comprarle un departamento a mi hija y ninguno me ofreció nada...".

como a la mujer. Aparecen entonces nuevos campos de aplicación del poder organizacional de los bancos y nuevos poderes causales movilizados. El *márketing* domiciliario (que incluye premios, viajes, crédito fácil) otorga cierta penetración en el hogar. La “personalización” busca evitar las estructuras anónimas e impersonales y se asocia a una clara estrategia de captación, incluso del capital social del cliente, a lo que hay que agregar la penetración en las estructuras familiares de elaboración de intereses.

El “borramiento” de la institución a través de los dispositivos de atención personalizada y el manejo de la distancia con la no exigencia de presencialidad para operar, colaboran fuertemente en el efecto de invisibilización de intereses. La “magia” de la dolarización, de las altas tasas, o del crédito fácil “automático” para consumo, tarjetas de créditos, etc. hacen perder de vista los costos ocultos, las condiciones de sustentabilidad futuras, y sobre todo el papel de los bancos en la externalización y distribución de esos costos entre los mismos depositantes.

Un efecto típico de invisibilización es el que se ha denunciado hasta el hartazgo a posteriori de la crisis: el escándalo de las operatorias de los FCI que tienen la apariencia de una cuenta a la vista y el “gancho” de acceso a mercados de activos, de otra forma inaccesibles para el ahorrista de pequeña escala, dando lugar a toda clase de especulaciones de redistribución y externalización de costos aprovechando la “confianza” disponible, la ignorancia o la desinformación del cliente⁷². Estos dispositivos “invisibles” propios de la especificidad del poder causal organizacional de los bancos funcionan muchas veces para activar al capital económico más grande redistribuyendo costos mediante la desactivación del capital más chico. El capital chico es el colchón para distribuir las pérdidas de los grandes. En ese sentido iban los consejos de los bancos a los clientes de pasarse a FCI y seguros de retiro en plena crisis.

Cuando estalla la crisis, los jóvenes oficiales de las “islas” mutaron en insalubre “escudo humano”. La venta de la ilusión del ingreso del pequeño ahorrista a las oportunidades que brindaba el “gran mercado financiero”, terminaba en acusaciones de “traición” de los ahorristas hacia las “caras visibles” de los bancos.

El peso de esta articulación hegemónica se transparenta aún en los testimonios de los ahorristas más combativos y militantes. Es notable la referencia al peso simbólico de la trayectoria de la relación con el banco. Para la pequeña burguesía pudiente, la primera reacción ante el corralito y la pesificación era recomponer una “complicidad”, restaurar una

⁷² Los bancos utilizaban los FCI para descargar sus carteras de títulos basura y se “los pasaban a pequeños inversores con moño para regalo”. La mayor parte de los bancos no les informaba a sus clientes que una parte de los fondos iban a la compra de Letes y para muchos ahorristas fue una sorpresa. Cuando los inversores grandes comenzaron a liquidar tenencias en activos que formaban parte de los FCI, muchos bancos no reaccionaron y simplemente les cargaron después al resto de los cuotapartistas una proporción mucho más alta de Letes. Ver http://www.aara.com.ar/cartas_abril2003.

reciprocidad perdida. Pedro Di Ranni, el líder combativo marplatense, presentaba en mesa de entrada del Bank Boston una nota fechada el 30/06/02 que, entre otras cosas, decía:

[...] el 19/12 Uds. me aconsejan pasar todo a fondos comunes de inversión porque el BCRA no tenía injerencia. No dudo que ese asesoramiento fue hecho con criterio y sin mala intención [...] sin embargo ahora el banco no da respuesta y me encuentro desamparado [...] Nunca creí que se desentendería de los clientes de toda la vida [...] muchos estamos esperando un gesto.

Detrás de la ingenuidad de “esperar un gesto” había también una confianza de recuperación de un vínculo de solidaridad de intereses. Pedro reconoce que hacía 20 años que era cliente del Boston, que era considerado cliente “premium” porque trabajaba como despachante de aduana y realizaba operaciones de comercio exterior, que “le ponían alfombra roja” cuando llegaba y que lo invitaban a los desayunos de trabajo en donde disertaban importantes economistas y asesores de inversión. Pedro empezó la lucha buscando el paraíso perdido de una complementación de intereses y selecta consideración.

De forma análoga, Marcelo Wakstein, precursor de las protestas de los ahorristas de Capital, contaba que en la segunda reunión con los gerentes del HSBC les decía:

[...]no quiero la plata hoy, quiero que me prometan que me la van a devolver [...] me firman una garantía que en 3 años me la devuelven e incluso les regalo los intereses [...] En realidad en aquel momento yo no necesitaba la plata pero era mía y quería la seguridad [...] si me hubiesen ofrecido 5 años a la tasa de EEUU yo aceptaba [...]

El desplazamiento hacia una lógica de inversor, que privilegia la seguridad sacrificando movilidad, es evidente y muestra, también, la dificultad para prescindir de los dispositivos de activación y protección del capital en largos plazos a través de los bancos. También demuestra que la no “necesidad” del dinero incrementa la dependencia de los mecanismos de activación y de acumulación de excedentes como poder causal económico en plazos más largos.

Al comienzo de la crisis bancaria y financiera los testimonios indican que los bancos extranjeros hacían jugar esta importante “fuerza simbólica” remanente de los '90, que reforzaba su capacidad de persuasión y que explica la aceptación por los depositantes de sus absurdos consejos con consecuencias lesivas para los ahorristas. En los días previos, la confianza en el gran poder económico era fomentada desde los mostradores: “A nosotros no nos va a pasar. Los que están mal son los bancos estatales y los bancos nacionales”, decían los empleados de los grandes bancos extranjeros y recomendaban cambiar plazos fijos o cajas de ahorro por FCI (“el estado no puede tocar los FCI”).

Entre los ahorristas, hay una confesión de que se optaba por grandes bancos extranjeros justamente para sentirse seguros: “el Provincia y el Nación son un desastre, todo el mundo sabe que están fundidos porque le prestaban plata a los amigos de los políticos”; “los grandes bancos internacionales tienen respaldo”; “el primer banco en tener problemas era el Galicia que es nacional”, recordaban algunos testimonios de lo que se escuchaban en las filas de los bancos en los primeros días del corralito. El sentirse incluido, junto con los grandes jugadores

globales, era vivido como protección en esos días de estupor e incertidumbre. El capital económico sólo puede ser bien protegido por un capital económico mayor, nunca por un estado fundido y unos políticos corruptos. En los primeros días, hay testimonios en Mar del Plata y Capital, de absurdas burlas entre ahorristas porque unos se sentían “privilegiados” por estar atrapados en el Citi o en el Lloyd “que seguro iban a terminar devolviendo”, mientras otros habían quedado en el Provincia o en el Credicoop “que estaban fundidos”.

Con el correr de los días en que todo se agravaba, la ilusión del sostenimiento de una reciprocidad de intereses con los bancos internacionales se fue desvaneciendo pero surgió otra: “el problema es con las sucursales argentinas pero seguro las casas matrices iban a terminar por intervenir y “poner las cosas en su lugar”. El “corralito” no era leído como antagonismo de intereses sino como “una argentinada más” por lo que habría que orientar el reclamo “a los superiores de Manuel Sacerdote” (en ese momento Presidente del Boston). “Los gerentes argentinos se van a quedar sin trabajo cuando se enteren en las casas matrices” pensaban varios de los entrevistados. La desconfianza a los poderes locales sean económicos, políticos o financieros, era seguida de una expectativa de salvación proveniente de las casas matrices de los bancos. Se recomendaba enviar cartas de queja, denuncias, o directamente accionar judicialmente contra las casas matrices. Otros proponían interesar a personalidades influyentes en el exterior: un lobby con fuertes presiones económicas, diplomáticas o financieras “para que las autoridades argentinas entren en razones”. También se deja traslucir definiciones de intereses de clase media “globalizada” que intenta plantear sus poderes causales a una escala extraterritorial⁷³.

El desarrollo de la lucha colectiva y las contingencias del conflicto contra los bancos redefine los intereses de los ahorristas y los parámetros usados para percibir el interés de los bancos y sus articulaciones con los propios. Este proceso abarca dos formas de construir el antagonismo que, en parte, se suceden y en parte, coexisten, en una tensión irresuelta:

- a) Sostienen la ilusión de una complementariedad básica de intereses que fue violentada abusiva y unilateralmente por los bancos y buscan recomponer las reciprocidades desde una posición de fuerza sostenida mediante la lucha colectiva, el lobby internacional, la presión judicial, y la conquista de la opinión pública. Definen que los bancos no pueden funcionar sin captar sus ahorros y que la seguridad jurídica es un valor compartido por ambas partes.
- b) Cae la ilusión de reciprocidad de intereses. Los maltratos, la indiferencia, y la mezquindad de los bancos son leídos por los ahorristas como completo desinterés en recrear la confianza con los depositantes y la evidencia de que los bancos “están en otros curros y no les importa

⁷³ El ahorrista argentino y ciudadano norteamericano, atrapado con depósitos en la Argentina, Miguel Abadie, abrió el site Ahorristas Argentinos en el exterior (http://ar.groups.yahoo.com/group/Ahorristas_Argentinos/) para ver si “podemos hacer ruido”. Es clarísima la estrategia de movilizar recursos externos de capital político, institucional y simbólico.

el pequeño ahorrista”. La fuga de capitales, los negocios con la deuda externa y los préstamos a los gobiernos, las componendas con las AFJP, y la licuación de deudas de grandes empresas “donde ellos son accionistas”, son definidos como intereses incompatibles con el del ahorrista individual de pequeña o mediana escala.

Los testimonios de Wakstein, Di Ranni y la mayor parte de los entrevistados de los grupos “rompebancos” muestran un veloz paso desde la primera a la segunda estructuración del antagonismo de intereses. Pero quien lo plantea del modo más gráfico es Claudio, de Bariloche: “Lo que aprendí de todo esto es que cuando el dinero está en el banco no es tuyo, es del banco”, y reafirma que de ahora en adelante “se gasta todo”.

Pero ABAE y AARA sostenían el planteo de recomposición de la reciprocidad de intereses y concebían la lucha como una presión para “abrir una negociación con cada cliente” y tratar de llegar a un acuerdo de refinanciación ya que “la mayoría de los ahorristas no necesitaba retirar inmediatamente el dinero”. En sus primeros discursos, Artaza exhortaba a los banqueros a “bajarse de su soberbia y sentarse con cada ahorrista. Los ahorristas no queremos de ningún modo que los bancos se fundan”. Aún cuando los bancos resistían aviesamente el cumplimiento de los amparos judiciales, ABAE y AARA proponían una estrategia de diálogo con los bancos para tramitar la ejecución del mandamiento judicial. El amparo de la Justicia se convertía en un piso de negociación con los bancos. Es decir, la idea no era tanto sacar los depósitos y desbancarizar la acumulación, sino el reconocimiento del valor del depósito en moneda de origen. La individualización de la negociación con los bancos supone una clara renuncia a colectivizar el interés y a sostenerlo en legitimaciones extraeconómicas principistas (valores de respeto a contratos y propiedad) para convertirlo en materia de transacciones de conveniencias mutuas.

Otro llamativo elemento que delata la profundidad de la articulación de intereses es que ninguno de los grupos promovió la nacionalización de depósitos u otras formas de regulación del sistema financiero y su régimen legal heredado de la dictadura y profundizado por las reformas de Cavallo⁷⁴.

Los dilemas de la politización destituyente: las mil caras del QSVT

Si los ahorristas son claramente un movimiento de “un solo asunto” que impulsó la lucha por bienes económicos excluibles, en donde el reclamo colectivo era para que a cada uno se le devuelva “lo suyo”, las asambleas realizaron esfuerzos notables para sustraerse a una definición restringidamente económica y particularista de intereses. Su espectacular

⁷⁴ Es llamativo que si en julio del 2001, la Asamblea Nacional de Desocupados, advirtió sobre la crisis financiera y proponía la nacionalización de la banca, los movimientos de ahorristas en plena crisis y siendo damnificados directos, omitieran incursionar siquiera en la modificación de las regulaciones financieras y que mantuvieran como eje restaurar las condiciones de “libre contratación” entre cliente y banco.

posicionamiento inicial “destituyente” frente al poder político institucionalizado, y la pretensión temprana de ejercer un protagonismo de nuevo tipo, con estilos democráticos radicales y discursos alternativos, no dejaba dudas acerca del privilegio dado a la definición de intereses en torno a dos tipos de poder causal clasista: el político y el simbólico. El ancho y en gran medida difuso e invertebrado movimiento asambleario asumió de manera confusa y contradictoria un lugar de enunciación y de acción radicalmente político: la disputa por la legitimidad, la representación de la voluntad colectiva y el bien común. Las asambleas se constituyeron como lugares de elaboración de voluntad colectiva e intereses comunes y no como colectivos al servicio de una reivindicación o un interés predefinido. Las asambleas, en líneas generales, mantenían consigo mismas una relación de interioridad: eran en sí su propio interés y no una herramienta colectiva para fines externos.

Sin embargo, esto no puede hacer circunscribir el horizonte asambleario a la movilización de capital simbólico y cultural o a la canalización del descontento político. El propósito de las asambleas estuvo lejos de limitarse a debates o difusión de nuevas ideas y estilos de acción política. Contrariamente a lo que transmitían los medios, la mayor parte de las asambleas no pueden confundirse con un grupo de discusión, un agitado foro de opiniones o un centro cultural, y la presencia de intereses materiales y estilos de vida con variados tipos de necesidades y reclamos les otorga no sólo el aura de verdadero “experimento” colectivo plagado de incongruencias, sino también una sutil textura clasista de poderes causales movilizados.

Multiformidad e insuficiencia en la definición de intereses económicos

Un rasgo notablemente fuerte de las asambleas es que funcionaban desde el comienzo como sitios fuertemente refractarios a contemplar “necesidades” o “demandas” particulares de bienes apropiables o usufructuables individualmente. El carácter de los bienes materiales perseguidos impone una tajante diferencia con los ahorristas: siempre se circunscribieron a un carácter público, colectivo y no excluible, incluyendo intereses y necesidades materiales, de personas o grupos ni siquiera miembros o participantes de las asambleas. De diversas maneras, asumieron una gama de intereses de carácter material que sorprende por su amplitud, al mismo tiempo que dejaron indefinidas cuestiones fundamentales respecto al orden económico.

Como ya vimos, es muy significativo que, para los integrantes de las asambleas, el tema del corralito no haya calificado como una forma importante de verse afectados por la crisis. La descapitalización por el corralito fue considerada apenas por algo menos del 18% frente al desempleo y la caída de ingresos, que parece haber sido la forma más importante de afectación por la crisis: un 39,3% (ver Tabla 14 del Anexo, p.16). Aún entre los afectados

directos por el corralito, sólo un tercio considera que ésa fue la principal forma en que lo afectó la crisis. El perfil de destinos para esos fondos difiere notablemente del visto para los ahorristas: un 59% era destinado a los gastos corrientes del hogar, y apenas un 18% en previsión para la vejez y otro tanto como capital de trabajo. Un solo caso tenía por destino mejorar la vivienda, y no aparece el resguardo ante imprevistos, ni mucho menos la expectativa de renta financiera. Podemos decir que los integrantes del movimiento asambleario se diferencian claramente de los ahorristas en la medida en que no elaboran intereses en relación con el “excedente”, y no tienen entonces que tomar decisiones sobre su capital económico. La “desdramatización” de la cuestión del corralito y la “sorpresa” ante la “desesperación” que mostraban las protestas de los ahorristas, parecen indicar que los asambleístas no sintieron afectados mayormente el sostenimiento y la reproducción de sus modos de vida por causa del corralito. En general los asambleístas damnificados quitaron relevancia o al menos urgencia a las consecuencias del corralito bancario. En tono risueño lo relacionaban con las dificultades cotidianas: “había que pagarle al sodero con el CBU”, “teníamos que hacer colas y colas en los bancos”, “te complicaban las cosas de todos los días...cosas de clase media...porque no se trataba que no tenías para morfar”, “a veces que no había efectivo en los cajeros, teníamos que andar sin plata un día entero...era toda una experiencia”.

La desocupación constituía en aquellos momentos un tema omnipresente que había pasado al frente de las agendas públicas de la mano de la febril actividad de los movimientos piqueteros. Entre los mismos concurrentes a las primeras reuniones solían identificarse desocupados o personas que estaban atravesando por graves problemas de empleo y por ello no tardó en convertirse en la reivindicación económica que ocupó el tope de las preocupaciones iniciales de los vecinos que se reunían. A tal punto que la gran mayoría de las asambleas armaron “comisiones de desocupados” que se abocaron a la realización de “censos” territoriales de desempleados en el barrio, al armado de bolsas de trabajo, al asesoramiento para la tramitación de planes o ayudas sociales, a la organización de comedores, ollas populares, etc. Menos frecuentemente algunas pocas asambleas participaron en el armado de microemprendimientos productivos y otras iniciativas asociativas generadoras de ingresos (ferias, redes de ventas, etc.).

Sin embargo, a poco de andar, la mayoría de estas iniciativas tuvieron un destino incierto. Los censos no se completaban y era frecuente que los desocupados detectados en él no tenían mayor interés en participar en la asamblea, en virtud de los “costos de exposición” pública de las vulnerabilidades individuales. Las pocas bolsas de trabajo que llegaron a funcionar brevemente no tenían movimiento (pocas ofertas y poca demanda) y aparecían discusiones acerca de si no se estaba legitimando la precarización, ya que la mayoría de los

puestos ofrecidos era para trabajo en negro. Finalmente, en algunas asambleas se confesaba abiertamente que el problema de la desocupación no afectaba mayormente a muchos de estos barrios como Palermo, Almagro o Caballito.

Adrián de la Asamblea de Almagro directamente decía:

[...] acá al principio el PO había impulsado una comisión de desocupados, pero era una truchada total. Acá no había ese problema, no teníamos ningún vecino que viniera con un problema de desempleo, así que después dejó de funcionar... Nosotros más bien teníamos una estrategia para el “vecino indignado” por la desocupación más que para el desocupado.

En efecto, todo indica que aún los que estaban con problemas laborales no concurren a la asamblea en calidad de desocupados, y que esta contingencia no motivaba específicamente su participación. Además, algunos testimonios ponen en evidencia de manera semejante al caso de los ahorristas, el peso “clasista” de la visibilización de las vulnerabilidades individuales: algunos participantes que reconocen que “se estaban cagando de hambre” o “estaban sin laburo” insistían con tono despectivo que “no había que convertir la asamblea en una oficina de ayuda social”. Otros entrevistados notaban que quienes planteaban crudamente dramas personales y pedidos de ayuda eran objeto de rechazo por parte de otros participantes o militantes asamblearios celosos de “no perder el contenido político” de la asamblea. Así, contrariamente a la expectativa de algunos militantes, la desocupación “territorial” no se convirtió en un eje de reclutamiento para la asamblea. No obstante, en las asambleas de Almagro y Gastón Rivas aparecen referencias a iniciativas productivas (en cooperación también con otras asambleas) que sirvieron para ofrecer respuestas sobre todo a jóvenes militantes que se habían quedado sin ingresos durante la crisis. Entre los documentos relevados aparece una buena cantidad de colectivos de trabajo asamblearios que abarcan cooperativas, dictado de Talleres de todo tipo, Ferias de artesanos, etc. Es decir, la misma asamblea se convirtió en una fuente de ingresos o empleo para alguno de sus integrantes o brindó oportunidades de valorización para calificaciones y competencias de algunos vecinos.

La definición de intereses materiales económicos primarios como el empleo y el acceso a bienes de subsistencia no fueron elaborados por las asambleas en formas reivindicativas sino solidarias con destinatarios fuera del universo del “vecino de clase media”: los cartoneros que trabajan en las calles del barrio, las personas desalojadas o en situación de calle, “familias en inquilinatos”, etc. Ya no se elaboran intereses materiales sobre el propio colectivo de referencia (el barrio, los vecinos) sino sobre las clases populares que residen o que simplemente pasan por el barrio.

Durante la segunda mitad del 2002 varias asambleas (entre ellas Palermo Viejo, Bajo Belgrano, Almagro, Paternal) comenzaron a organizar algunas iniciativas de apoyo y solidaridad con cartoneros, intentando combinar cuestiones medioambientales, el reciclado de

desperdicios, transporte en el tren blanco, lugares de acopio, vacunación, guardería para los chicos, ollas y merenderos, etc. Las preocupaciones por la pobreza y el “hambre” de los sin techo y cartoneros derivó, también, en iniciativas para paliar la emergencia alimentaria. Desde comedores, ollas populares y merenderos, hasta reparto de cajas de asistencia alimentaria, “bandejas” con donaciones de bares de la zona, viandas preparadas en un “cocina popular”, notas pidiendo por la mercadería que se tira y hasta escraches extorsivos a supermercados, fueron iniciativas que se discutieron en infinidad de asambleas y en muchas de ellas se llevaron a la práctica con variada eficacia.

Algunos con cierta ironía decían que la estrategia de la asamblea era la de una suerte de “búsqueda de injusticias” a las que patrocinar como un intento de dotar de bases más firmes la convocatoria y el arraigo de la asamblea. Este tipo de desplazamientos en los ejes de definición de intereses eran analizados como resultado de una insuficiencia básica de muchas asambleas: la ausencia de intereses materiales individuales entre los participantes de clases medias. Otros más sarcásticos imputan a los partidos de izquierda impulsar una “ridícula búsqueda de nuevos pobres” a los que movilizar, obedeciendo a una lógica de acumulación política territorial que, emulando a los movimientos piqueteros, intenta alternativizar a las instancias políticas tradicionales. Veremos más adelante, las inflexiones en términos de poderes causales políticos y simbólicos que conllevaban estos desplazamientos en los ejes de interés material.

Sin embargo, las asambleas no se redujeron a una práctica “gestual” de ampulosidad simbólica solidaria y pretenciosidad de ruptura política. La mayoría de ellas llegaron a fijar intereses “clasistas” en torno a necesidades materiales y económicas de los movilizados.

La cuestión de la carestía de la vida, derivada de las consecuencias inflacionarias de la devaluación y la reducción de ingresos, fue un tópico central de discusiones y propuestas articuladas muy claramente desde el lugar de “consumidor”. Así, toda clase de consumos corrientes fueron llevados a temas prioritarios en sus agendas: aumentos de precios de bienes de la canasta básica y tarifas de servicios públicos fueron los principales, pero no faltaron consumos no esenciales asociados a la preservación de estilos de vida como expensas comunes de los edificios, tasas municipales diferenciales por barrios y hasta los gastos de TV por cable.

En varias asambleas intentaron llevar adelante “compras comunitarias” o cooperativas de consumo. En este sentido, al igual que con el tema de la desocupación en los vecindarios de clase media, también se observa que la estimación acerca de las necesidades imperiosas de

los “vecinos” en la crisis fueron sobrevaluadas por los assembleístas⁷⁵. Algunos testimonios son sarcásticos en torno a este fenómeno. Con dureza, un assembleísta de Florida dice “Algunos querían jugar a ser pobre” y cuenta que se había aprobado por unanimidad ir a pedir a la puerta de un Coto mercadería para distribuir entre los vecinos que “la estaban pasando mal” pero que “cuando llegó el momento en la puerta del Súper éramos cuatro”.

El combate al aumento de los precios y el costo de vida fue uno de los más movilizadores de las asambleas en términos de escraches a los supermercados donde encontramos una mediación política del interés: las grandes cadenas eran vistas como corresponsables de las políticas antipopulares.

Aunque los comerciantes del barrio tenían excelente predisposición para donar mercadería para la olla o juguetes para el día del niño, no accedían a negociar precios con las asambleas ni tampoco participar en las iniciativas de cooperativas de consumo o de compras comunitarias. “Los comerciantes contestaban que no les convenía” decía una minuta de reunión en Villa Urquiza. En cambio, en general los supermercados parlamentaban con los assembleístas, colaboraban con mercadería para los comedores o merenderos e incluso hay testimonios de que algunos gerentes se comprometían a no aumentar los precios de bienes de la canasta básica.

El tema de las tarifas de los servicios públicos fue otro tópico muy visitado por casi la totalidad de las asambleas en todo el país, en tanto que uno de los primeros problemas que empezaron a surgir en los barrios era la amenaza de corte de servicios por falta de pago. Todas las asambleas estudiadas se definieron enérgicamente en contra de “las privatizadas”, especialmente en contra de las empresas de electricidad y telefonía⁷⁶. Aunque no se registraron aumentos de tarifas, era generalizada la percepción de que eran empresas abusivas, que no tenían derecho a cortar servicios y que, además, eran muy deficientes. La catarata de reclamos a las empresas de servicios privatizados iba desde pedidos de refinanciaciones de deudas, de aplicación de tarifas sociales, de suspender cortes de servicios impagos, hasta la mismísima revocación de las concesiones y renacionalización de la empresa. Frente a las privatizadas definían tres ejes de interés: bajo una “lógica de la necesidad” se proponían proteger a aquéllos más castigados por la crisis; bajo una “lógica de la justicia” combatían los abusos de las empresas enfatizando las deficiencias de servicio (baja tensión, baja presión de agua y de gas, mal funcionamiento de líneas telefónicas) y el precio internacional de las

⁷⁵ Por ejemplo en un documento del 11 de abril del 2002 en plena crisis socioeconómica, la relatoria de una reunión de la Asamblea de Palermo Viejo apunta: “las compras comunitarias se encuentran por la 3er. prueba piloto porque fracasaron las anteriores”.

⁷⁶ Entre los assembleístas rosarinos había muchos que con orgullo se identificaban como “amparistas telefónicos” porque tenían el antecedente de haber convocado a una presentación masiva de amparos contra TELECOM por cobros indebidos y modificaciones tarifarias que tuvieron un gran éxito de masividad y sentencias judiciales en 1998.

tarifas; y bajo una “lógica política” cuestionaban el papel de las empresas extranjeras como artífices de las políticas neoliberales y como apoyos de los políticos corruptos. Aunque es difícil ponderar la masividad real de los problemas de imposibilidad de pago y de deficiencias o abusos, las asambleas podían unir a estas reivindicaciones una serie de impugnaciones políticas. Las empresas privatizadas eran un verdadero ícono político de los ‘90 y no pueden desligarse de la irrupción de nuevos legitimantes simbólicos. La lucha contra las privatizadas tenía tantos elementos político- ideológicos como de defensa de intereses materiales.

Otra de las necesidades básicas de los sectores de clase media afectadas por la crisis fue la atención de la salud ante la imposibilidad de seguir pagando los servicios de medicina prepaga, el encarecimiento de medicamentos y tratamientos, y la falta de cobertura de servicios de varias obras sociales (Anguita y Minujín, 2004: 199). El retorno obligado al hospital público fue acompañado por una fuerte demanda de mejora de los servicios. Las Comisiones de Salud fueron las que más avanzaron en desarrollo organizativo e iniciativas haciendo que fuera uno de los temas que más perduró en las agendas assemblearias. Muchísimas asambleas realizaron marchas junto al personal de varios hospitales, organizaron donaciones de medicamentos por parte de droguerías y laboratorios, hicieron reclamos a los directivos de hospitales públicos, y a autoridades de salud nacionales y locales para ampliar y mejorar la atención hospitalaria. Algunas asambleas llegaron a tener mesas de atención en algunas salas de espera de hospitales y otras llegaron a involucrarse en conflictos internos de los nosocomios. La Coordinadora de Salud Interasambleas formuló un ambicioso programa reivindicativo de 30 puntos basado en el fortalecimiento y democratización de la salud pública como servicio universal y gratuito. Pero en este programa y en muchos documentos de las comisiones de salud de varias asambleas hay reivindicaciones asociadas típicamente al incremento del poder clasista burocrático-organizacional sobre hospitales públicos y el sistema de salud⁷⁷: participación en designaciones de personal médico y directivo de los trabajadores, concursos públicos, participación en la gestión hospitalaria de las asambleas barriales, autonomía respecto a autoridades gubernamentales, etc.

Finalmente, hay que analizar la definición de los intereses económicos generales sostenidos o elaborados por el movimiento a través de las propuestas o demandas de medidas de política económica general. En este sentido, infinidad de resoluciones de la Interbarrial de

⁷⁷ Un caso extremo es la Comisión de Salud de la Asamblea “Manuel Belgrano” de Rosario, que propone que los cargos en el área de la salud “deberán ser independientes del poder político de turno” y se proclama la libre elección de prestadores “evitándose toda intermediación que da origen a corrupción y clientelismo”. La propuesta parece pensada para desalojar “la política del rosqueo y distribución de prebendas a acomodados en los organismos de gestión de la salud” y reemplazarla por el mérito, la honestidad y la solvencia profesional, haciendo evidente una definición de antagonismo entre el poder causal político y el poder causal de la calificación, y la experticia profesional. (Ver “La salud, un bien común” Asamblea Vecinal Permanente de Belgrano. <http://www.belgrano.web1000.com/frames.html>).

Parque Centenario y de la gran mayoría de las asambleas son categóricas en marcar grandes ejes de interés macroeconómico: las reestatizaciones –bajo control ciudadano– de los servicios públicos, nacionalización de bancos y no pago de deuda externa, la redistribución de horas de trabajo para garantizar el pleno empleo, la protección a los derechos laborales, al salario y a las prestaciones previsionales, etc.

Pero podría decirse que los intereses que fundamentan estas medidas quedan “en el aire” puesto que reina un notable vacío o falta de resolución sobre los temas básicos del modo de acumulación/distribución interna (tipo de cambio y régimen monetario, impuestos, y regulación de las cuentas capital, financiera y comercial de la balanza de pagos), lo que impide que pueda hablarse de un piso de programa económico de las asambleas. La cuestión del tipo de cambio, es decir, la devaluación, aparece muy pocas veces en los documentos dando claro indicio de una voluntad de esquivar el tema al igual que la cuestión de la “protección” a la producción interna y la política impositiva. Las posiciones de los entrevistados también tienden a ser esquivas e incluso algunos recuerdan que en aquellos días había algunos asambleístas que ocultaban sus verdaderos puntos de vista porque rendían “secreto culto al 1 a 1”.

La asamblea de Palermo, en una de las pocas referencias a la economía, muestra esta ambivalencia incómoda: en la minuta de la reunión del 21/03/02 se pronuncian contra la devaluación, pero las críticas al gobierno residen en “haber devaluado sin tener un plan alternativo” y no se pronuncian sobre el fondo de la cuestión. Se hace mención al corralito, la pesificación y las deudas hipotecarias pero no se proponen más que generales defensas de derechos sin asociarlo a políticas económicas o cambiarias⁷⁸. Una de las asambleas más explícitas en temas de agenda macroeconómica ha sido la de Belgrano Núñez que el 14/1/02 presenta un Programa de 24 puntos aprobados por unanimidad. Nuevamente los temas de acumulación/distribución interna son lateralizados: los puntos principales son la rebaja de sueldos y privilegios de los funcionarios; la devolución íntegra de depósitos a los pequeños ahorristas (<\$100.000); la anulación del recorte del 13% en sueldos y jubilaciones; la creación de puestos de trabajo para los desocupados; la “desprivatización” del sistema jubilatorio; la reestatización de las empresas de servicios; el impuesto a los capitales especulativos; y hasta la nacionalización de la banca. El punto 19 de este documento era la definición misma de la irresolución del interés económico: “No a la devaluación, no a la dolarización, no a la convertibilidad” que muestra esta dificultad para inscribir sus intereses generales en la estructura económica. Las clases medias movilizadas con la crisis no llegan a establecer qué

⁷⁸ Algo semejante ocurre en la Asamblea de Banfield donde proponen un intervencionismo estatal moderado y distributivo sin definir los puntos esenciales del tipo de cambio, la apertura externa y la política fiscal. Ver “Medidas económicas de emergencia” votadas por la Asamblea del día 4/05/2002 en www.asambleabanfield.250x.com

tipo de sesgo sistémico en el patrón de acumulación / distribución es el más adecuado a sus intereses.

Sus pronunciamientos se inclinan a contrarrestar la presión económica que los desequilibrios descargan sobre ella: deuda, privatizadas, inflación y control de los sectores financieros. Pero el punto 19 equivale a una definición de la “antipolítica” económica: el QSVT de la economía sería “ni dolarización, ni pesificación, ni ambos”. Risueñamente uno podría parafrasear “Que se vaya todo el sistema monetario y cambiario” o “Que se vaya todo punto de referencia para la acumulación/distribución”.

La hipótesis de lectura de este pronunciamiento por una “no política económica” o, si se quiere, por una no política monetaria y cambiaria, se explica por la naturaleza de efectos contradictorios que ejercen cualquiera de estas políticas sobre gran parte de los sectores medios movilizados. Todas las políticas cambiarias se viven como transfiriendo costos a la clase media. La devaluación erosiona los ahorros y encarece los precios, la convertibilidad hace caer la actividad, aumenta el desempleo y nos pone en manos del capital financiero que garantiza el ingreso de capitales que la sostiene, la dolarización nos pone en manos de los exportadores y empresas con acceso a ingresos en dólares pero generaría una recesión catastrófica con deflación de precios. Simétricamente todas las políticas cambiarias han brindado diversas oportunidades a las clases medias: la devaluación puede estimular el empleo y reactivar el mercado interno y los salarios; la convertibilidad garantiza rentas financieras, baja inflación y aumento de ingresos de los servicios no transables que crecen en dólares; y la dolarización obviamente favorecería a los tenedores de ahorros en dólares no confiscados y a los que tienen ingresos en dólares por estar vinculados a los sectores modernos transnacionalizados. Las coerciones estructurales cruzadas hacen que la clase media no tenga programa económico propio, sino respuestas a los intentos de transferirles costos desde arriba o desde abajo.

Esta ambivalencia también se hace presente en el corte elegido de 100 mil dólares (dando a entender que son los “pequeños ahorristas”) para la devolución de los ahorros en dólares, justificando de manera indirecta la confiscación realizada a los más grandes, y la ausencia de definiciones respecto a la licuación de deudas por pesificación asimétrica. En definitiva, la formación de intereses en torno a las decisiones fundamentales de política económica en las asambleas se convierte en un verdadero nudo difícil de destrabar.

El imperio del capital simbólico y el peso de los estilos de vida

Ya hemos anticipado que en los procesos de formación de intereses materiales se presentan deslizamientos e inversiones siempre en procura de una conversión a capital simbólico. La omnipresencia de la movilización de poderes causales simbólicos significa que

la tendencia en las clases medias es a trascender la definición de intereses basada en la lógica de la necesidad (propia de las clases populares) o en la de acumulación (propia de las clases dominantes) y a inscribirlos en una lógica de las aspiraciones, es decir, en la defensa (o el ataque) a estilos de vida y valores propuestos como comunes. Veamos algunos de estos procesos de resignificación de intereses materiales.

El primero y más evidente es la tendencia asamblearia a resignificar el reclamo por los ahorros de manera muchas veces antinómica: “ellos peleaban por su plata” y “nosotros por un país mejor” aparecía como una frontera universal en la totalidad de testimonios y documentos relevados. Para algunos vecinos, despegarse de la motivación del corralito era esencial para su imagen pública. Ante la prensa, los participantes en las primeras reuniones se desgañitaban aclarando que “No estamos acá por el asunto del corralito”⁷⁹. Un profesional como “Dady” de Florida Este, que había quedado atrapado con dinero de él y de su pareja destinado a la mejora de su vivienda, define su interés económico exclusivamente en el plano del reclamo legal que él considera independiente de su actividad en la asamblea, inspirada en intereses políticos y con elevadas legitimaciones simbólicas.

La cuestión de fondo era otra. Cómo terminar con la patria financiera que no iba solamente por nuestros ahorros, nos estaba sacando el trabajo a todos. Nosotros pensábamos en nuestros hijos... tener que soportar todavía la herencia de Martínez de Hoz, dejarles a ellos el país de la patria financiera [...] había que hacer algo más allá de la plata incautada por el banco.

Los asambleístas más militantes de Florida Este y de Palermo que habían comenzado incorporando los reclamos por los ahorros, comenzaron a ver la focalización en la cuestión del corralito como un peligroso lastre simbólico que amenazaba deslegitimar el proyecto de construcción de “una nueva política”, o una “resistencia anticapitalista”. Bourdieu ya lo había dejado bien claro: el capital simbólico debe ser expurgado de todo interés y la proximidad del capital económico y la motivación lucrativa siempre es deslegitimante.

El testimonio de Gabriela también ahorrista con dólares atrapados, profesora de inglés de Almagro, sin ningún antecedente de participación política anterior, encuentra un giro novedoso en la valoración de la asamblea justamente como reservorio de capital simbólico en relación con el tema del corralito.

Los más militantes, la gente que había participado en política, no parecía sorprendida para nada con lo que había pasado y yo conocí gente, unos chicos militantes más jóvenes que yo, que también tenían algo de guita ahorrada y que habían sacado la plata hacía meses [...] ¿Cómo era que se habían dado cuenta ellos y yo no?. Ahí me di cuenta de qué boluda había sido en creerle a mis amigos y a los economistas de la radio y lo importante que era no limitarse a escuchar sino “estar ahí”, participar, leer, escuchar distintas campanas, preguntar, ¡qué es lo que hacemos acá en la asamblea!

La valorización de la participación asamblearia como fuente alternativa de capital simbólico indica la decadencia de las estructuras mediadoras habituales de intereses (medios

⁷⁹ La Nación del 25/1/02. http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=369258

masivos, entornos sociales y laborales). La valoración del saber militante y de los recursos interpretativos disponibles en la asamblea da muestra de su eficacia incluso a la hora de defender la propiedad. Esta comprensión del “capital simbólico no contaminado” al que se accede, es la que marca las asambleas como instancias de verdadera reestructuración en la definición de intereses.

Los procesos de elaboración de intereses en torno a temas como la desocupación y la exclusión social muestran también el privilegio dado al capital simbólico: la solidaridad con los cartoneros, los sin techo o las fábricas recuperadas ressignifica intereses materiales de las clases populares desde el punto de vista del capital simbólico de las clases medias. Las discusiones endémicas en todas las asambleas de clases medias acerca del riesgo de “asistencialismo”, de recaer en “clientelismo”, “de legitimar la exclusión”, muestran justamente el esmero en pasar las prácticas asociadas a intereses materiales por el tamiz purificador del capital simbólico. La extendida idea de que la solidaridad no puede estar contaminada por “intereses políticos”, que pone en contradicción al capital simbólico con el capital político, diferencia también netamente a las asambleas de clase media de las de clases populares en donde el privilegio se da al capital político colectivo. Asimismo, no pueden obviarse los testimonios que cifran de manera directa en el capital simbólico individual el principal saldo de las acciones de ayuda solidaria: el “contacto” con otros sectores sociales excluidos aparece como una experiencia de necesario enriquecimiento personal que permite “el cambio de cabeza”, “darte cuenta dónde estamos parados”, donde no faltaban lecturas de “redención” del egoísmo de las clases medias, superando las insuficiencias simbólicas que se veían como un impedimento para su proyección política.

Otro segmento importante de elaboración de intereses dentro de las asambleas se realiza en torno a los estilos de vida deseados. El capital simbólico movilizado en torno a valores, formas de convivencia, estéticas y modos de conducta aceptables muchas veces da lugar a fuertes diferencias y discusiones pero impregna buena parte de los tópicos asamblearios. Por ejemplo, algo que a priori podría ser inobjetable desde el punto de vista del capital simbólico y los estilos de vida deseados, la solidaridad con los cartoneros y los excluidos, definidos como “huéspedes que trabajan en el barrio” por los asambleístas de Bajo Belgrano, dio lugar a discusiones menos amables sobre la cuestión de la “higiene” urbana que “desvaloriza” y “afea” al barrio, orientando la discusión sobre los cartoneros hacia “el reciclado urbano organizado” y no al cirujeo “sucio y anárquico”⁸⁰.

⁸⁰ Asambleas como la de Palermo Viejo y la de Wilde realizaron mesas de debate y difusión sobre el tema de los residuos sólidos urbanos, incorporando a cartoneros de la cooperativa El Ceibo e investigadores y especialistas, intentando articular intereses de cartoneros y vecinos en torno a la idea de calidad de vida y cuidado medioambiental, operando un deslizamiento en la definición del interés: no se trataría sólo de luchar contra la

Otro tanto ocurre con el tema “tabú” de las asambleas: la seguridad y el orden público, que nunca ocuparon un lugar importante en las agendas pero no estuvieron ausentes. El valor de “la tranquilidad” en los barrios como componente importante del estilo de vida fue invocado por integrantes de varias asambleas contra las típicas “barras de chicos que se la pasan tomando cerveza y haciendo lío en la esquina del kiosco” y contra “las personas que están viviendo debajo del puente en Juan B Justo y Guatemala... donde habría “delincuentes”⁸¹.

Es interesante también comprobar los intentos de resistir las significaciones usuales referidas al tema de seguridad y la búsqueda de respuestas “no represivas”: invitar a los chicos a un Taller de DDHH, gestionar “una solución” en el Centro de Gestión y Participación: “una salida social que se le pueda ofrecer a esa gente”. Sin demasiados ropajes el estado queda como depositario “no represivo” en última instancia de lo que perturba un estilo de vida.

En definitiva, la solidaridad, la preocupación por valores de convivencia y vida común, quizás el principal activo simbólico que procuraban las asambleas, en diversos puntos entraban en tensión con la preservación de estilos de vida que sentían amenazados.

Otros intereses definidos en torno al estilo de vida se vinculan con la idea de “calidad de vida” especialmente a partir de dos intereses: el “cuidado ambiental” y el “disfrute del espacio público”.

Los temas ambientales y urbanísticos fueron temas que encabezaron desde siempre las agendas de algunas asambleas: la de Wilde tempranamente encaró la lucha contra el CEAMSE (Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado) por la basura, y luego apoyaron a “Las madres de las torres” (víctimas de envenenamiento por PCB de los transformadores eléctricos callejeros); las de Vicente Lopez, Florida Este y Cabildo Abierto de Ciudadela cuestionan el uso de las tierras fiscales, la explotación inmobiliaria de la costanera, el reciclado de unidades militares, y la ocupación de espacios verdes para construir edificios públicos.

En estos casos la amenaza a la “calidad de vida” proviene del desarrollo de megaemprendimientos inmobiliarios, administrativos o comerciales que deterioran el medioambiente, el paisaje, la tranquilidad y el estilo de vida deseado por los vecinos y, de paso, cuestionan la corrupción con que sospechan se realizan estos emprendimientos. En algunas ocasiones disputan entre bienes públicos alternativos dando lugar a interesantes criterios implícitos de prioridad en donde suelen privilegiarse estilos de vida “desmercantilizados”, “desestatizados” o “libres” a los que se considera opuestos no sólo a la

injusticia de las coerciones a la libertad de trabajo de los cartoneros, sino de articularlos con intereses propios de las clases medias urbanas asociados a la vida saludable y el cuidado del ambiente.

⁸¹ Minutas de reunión plenaria de la Asamblea de Palermo Viejo del 31/10/02 y del 23/01/03.

privatización sino también a la estatización del espacio. Las resistencias a la instalación de un polo educativo en Saavedra y una sede universitaria en Ciudadela muestra este privilegio a la libre disposición de lo público contra la estatización del espacio.

Algunos proyectos puntuales delatan que las asambleas no canalizan solamente los estilos de vida establecidos sino también que difunden nuevos estilos de vida. Es elocuente el caso de las huertas comunitarias impulsadas por la Asamblea de Wilde: se presentan como “alimentación sana”, como forma de enfrentar el encarecimiento de los alimentos pero también como “experiencia colectiva en armonía con la naturaleza” y hasta como parte del QSVT:

Al producir nuestro propio alimento, les estamos diciendo a todos estos políticos corruptos y ladrones que con nosotros no van a poder, que con esta hermosa tierra podemos NO MORIR DE HAMBRE - ¡ANIMÉMONOS! (Boletín de la Asamblea de Wilde, Diciembre/02 www.asambleawilde.8m.net)

Algunas demandas tienen la particularidad de hacer combinaciones transclasistas como las vinculadas al transporte ferroviario que realizaron un grupo de Asambleas del Sur del GBA: incluyen desde las necesidades de cartoneros (el tren blanco), tramitar pases libres para desocupados, el cobro de pasajes en patacones y lecops, agregando algo más relacionado con nuevos estilos de vida: el furgón para bicicletas.

Finalmente hay toda una serie de iniciativas que se vinculan a intereses que podríamos llamar de sostenimiento o mejora de las condiciones de vida o de mejoramiento de la vida cotidiana: desde el desagote gratuito de pozos ciegos para los vecinos de Villa Ariza al intento de contratación colectiva del servicio de Cablevisión con una rebaja de tarifa de la asamblea de Palermo Viejo que hasta llegó a organizarse con un responsable por manzana⁸², pasando por intentos de control de ruidos molestos y desperdicios de las zonas comerciales.

El privilegio del capital simbólico y cultural también cuenta como elemento esencial del “modo de vida” de clase media. La definición de sus intereses en estos campos hizo colocar a los medios de comunicación principalmente -pero en varios casos incluso al conjunto de las agencias culturales establecidas (Iglesias, Escuela)- como sus antagonistas directos procurando proveerse de medios autónomos de poder causal simbólico para emitir, calificar, e interpretar mensajes y atribuir sentidos. En cierto punto intentaron a través de una enorme cantidad de producciones y actividades artísticas y culturales alternativizar modos de pensamiento y valores para dar la disputa considerada central sobre “la conciencia”, “la transformación social” y la “formación de ciudadanía”⁸³. Las reseñas informativas de boletines y convocatorias de las asambleas muestran la intensidad de sus actividades

⁸² Relatoria de la reunión del 7/02/02.

⁸³ Documentos como la “Propuesta de debate para la creación del Centro Cultural ”La Trama” de la Asamblea de Palermo Viejo, muestran la riqueza y la amplitud de miras y alcances de estas iniciativas. Ver <http://www.palermoviejo.netfirms.com/propLatrama001.html>

artísticas, culturales, de esclarecimiento de temas, de debate político, etc. La proximidad y a veces hasta la fusión entre la acción cultural y la acción política es un rasgo bien característico del quehacer asambleario en muchos casos⁸⁴. En cierto punto, las asambleas constituyeron plataformas de valorización de capitales educativos y culturales disponibles entre las clases medias. Poderes causales específicos devaluados por la crisis en otras instancias (empresas, mercados, familia) encontraron ámbitos de potenciación colectiva en el marco asambleario. En muchos casos las actividades, cursos y talleres eran pagos, lo que convertía ese ingreso en una posibilidad de conversión a capital económico para quienes los dictaban y también representaba una fuente de recursos para atender gastos operativos de la misma asamblea.

El QSVT y la elaboración de intereses políticos: destitución del poder o poder destituyente

El sello distintivo de la movilización de las asambleas con bases en las clases medias urbanas durante el año 2002 fue sin dudas la consigna coreada una y otra vez en las calles y amplificada por los medios masivos de comunicación: “Que se Vayan Todos, Que no quede ni uno solo” (en adelante QSVT). La filología de la consigna indica su origen futbolero ya que muchas hinchadas la han cantado en contra de sus propios equipos cuando jugadores y técnico los terminan hartando de frustraciones. En el mundo futbolístico este cántico equivale a un pronunciamiento unánime que ejerce una presión dirigida a cambiar masivamente jugadores y equipos técnicos que se juzga no toman en cuenta al simpatizante y sus sufrimientos. La manifestación directa de rechazo, de pérdida total de confianza y la expresión de un anhelo desesperado de cambio, muestra sin dudas el motivo inspirador de las multitudes que a fines del año 2001 tomaron esta consigna como bandera identificatoria. El QSVT tiene el sentido primario de poner en palabras contundentes un “descontento destituyente”. La definición de intereses en torno a lo que significaba el descontento y los cambios anhelados que escondía este mandato imperativo alude de manera primaria a la cuestión específica del poder político. Pero el trasplante de la cancha a la arena política tiene sus particularidades.

En principio, el origen tribunero delata la “exterioridad” de espectadores con que los movilizados que la gritaban en las calles se representaban su vínculo con la política. La viva

⁸⁴ Entre las iniciativas más estables y arraigadas se pueden mencionar “Pizza cultural” de los sábados en el Centro Cultural M. Kostecki y la “Escuela de economía solidaria” en la Asamblea de V. Urquiza; el Colectivo Cultural “La Trama” de la Asamblea de Palermo Viejo; el programa de radio de la Asamblea de Florida Este y las publicaciones y Websites de difusión y discusión de Almagro, Ovidio Lagos, Palermo, y Wilde. Proliferaron también colectivos artísticos e intelectuales independientes de todas clases: murgas, música, plástica, cine, danza, grupos de reflexión teórica y política, colectivos de comunicación y medios informativos alternativos, que llevaron adelante actividades conjuntas con las asambleas. Las asambleas que dispusieron de espacio físico propio rápidamente se convirtieron en sedes de todo tipo de ofertas de cursos, capacitaciones, clases de apoyo escolar, etc. La enumeración sorprende por lo extensa: talleres de gimnasia vital y expresiva, de cine para adultos, de cine para niños y adolescentes, literarios, de iniciación actoral, de arte y pintura, de teatro de sombras, de danzas griegas, de canto, de inglés, guitarra, portugués, flamenco, dibujo, estencil, aerografía, etc.

percepción de pérdida masiva o devaluación del conjunto de sus poderes causales de clase y el ejemplo inspirador de los movimientos de desocupados, recolocan la cuestión de la política, la capacidad de acción y organización colectiva, en el tope de las inquietudes de las clases medias urbanas. Las instituciones del mercado, la política, y de la distribución de significados –los medios– que se suponían depositarias de la protección a estas clases, quedaban al desnudo al dejarlas inermes frente a los detentadores de los poderes brutales del estado y el capital.

Sin embargo, la generalizada aceptación de la consigna –verdadera marca de época– encubre procesos de elaboración de intereses en el campo político que están lejos de la univocidad.

Veremos en lo que sigue cómo las distintas articulaciones de poderes causales clasistas conciben el interés político, qué lugar le asignan a la política y qué tipo de poder causal político pretenden acumular o ejercer.

La oficialización de la consigna para las asambleas señala la aceptación de la herencia del mandato destituyente y la búsqueda de nuevos protagonismos políticos (Svampa, 2008: 117). Sin embargo, una primera particularidad a tener en cuenta es que “desde el vamos” fue una consigna controversial hasta para quienes la cantaban y defendían. La diversidad de interpretaciones, las críticas, el señalamiento de límites o inclusive su completo cuestionamiento, hace de esta consigna una verdadera rareza. Si para todas las asambleas el QSVT fue un emblema identificatorio convertido en bandera durante las movilizaciones y actos, en cambio, no hay correspondencia entre “asambleísta” y “QSVT”. La casi totalidad de los militantes asamblearios dudan, no comparten plenamente, o relativizan el valor de la consigna. De manera insólita la consigna es más aceptada y con menos reservas entre los vecinos no participantes y entre los ahorristas más críticos de las asambleas, que entre los mismos asambleístas. Estas disparidades, disonancias y desacoples obligan a incursionar en un análisis de los sentidos atribuidos a la consigna desde el punto de vista de los poderes causales clasistas involucrados.

El primer *clivage* se establece entre una versión del QSVT extra asamblearia y otra intra asamblearia. Dentro de cada una de ellas aparecen variantes: una versión nihilista y otra conservadora, entre las primeras, y una versión reformista y otra radical, entre las segundas.

La versión nihilista

El primer elemento diferenciador de interpretaciones del QSVT es el que hace hincapié en “el todos” como término marcado. El alcance, la extensión que se da al rechazo es materia de diferenciación. ¿En el QSVT hay un “ellos” implícito?, eventualmente ¿Quiénes serían Todos-Ellos?, ¿Alguien en particular?, o un ¿Todos-Nosotros en general? En este último caso llegamos a la versión “nihilista” que abunda mucho más fuera que dentro de las asambleas.

El fantasma del “pueblo que vota cualquier cosa y se merece los dirigentes que tiene” ronda los discursos que hacen de la consigna un acusatorio a “un país que no da para más”. La consigna equivale a simple desahogo, un manifestar la bronca, un malestar devenido fatalismo irreversible próximo al chiste de “el país tiene salida: Ezeiza” o el ingenioso dicho de un asambleísta: “Si gana alguien me voy del país” (Briones, 2004:85). Más próximo al *exit* que al *voice*, el elemento destituyente apuntado contra un “Todos Nosotros” supone la necesidad de un nuevo comienzo mítico “desde las cenizas”, un renacer en la pureza más que una acción política. Pero aquí aparece una constatación de las bases clasistas de este tipo de lecturas: el grado de focalización del “todos” de la consigna parece asociarse al fenómeno de hundimiento generalizado de poderes causales. La versión nihilista es sostenida mayoritariamente por aquellos que fueron afectados en sus ahorros, empleos e ingresos durante la crisis, tienen altos niveles educativos, carecen de capital político previo y su capital simbólico tiende a despreciar la alternativa de la organización y la acción colectiva. Justamente la dotación de capital político y simbólico parece ser crucial en este punto: el rescate del QSVT desde este tipo de lecturas que imputan directamente “una culpa colectiva” que, por su carácter omniabarcativo no llega a superar “el error inicial de autoinculpación”, se extiende en los testimonios de los vecinos no participantes, y hasta en los antagonistas mismos de las asambleas. También aparece entre algunos participantes sin experiencia ni capital político previo que protagonizaron “el despertar” movilizador de aquellos días y que tienden a colocar a la “gente” como foco de la imputación, universalizando los defectos de la clase media o “el pueblo” (Briones, 2004:88 y ss.). En cambio, los más politizados o con definiciones ideológicas tienden a focalizar “el todos a erradicar” en diversos actores: sea la dirigencia corrupta, el bipartidismo, o simplemente “los de arriba”, “el poder”, “la burguesía”, “las multinacionales”, etc. La participación anterior, la experiencia militante o la formación política, es decir una cierta disponibilidad de capital político y simbólico, introduce una visión “militante” del QSVT, necesariamente politizada en términos de fijar antagonistas, que se diferencia y hasta se opone a la visión moralista difusa o de sentido común de las audiencias no militantes que no llegan a estructurar su descontento como conflicto y lucha.

La versión conservadora

La opinión de los ahorristas sobre el QSVT también depara algunos elementos a priori inesperados. La adhesión entusiasta al QSVT tiene entre los ahorristas más fuerza que entre los asambleístas a los que critican. El éxito de la consigna es tan importante que trasciende notorias barreras ideológicas ya que se la defiende incluso desde posiciones conservadoras.

El caso más extremo es el abogado marplatense de los ahorristas, G. Demarchi, de pasado en la derecha del peronismo y procesado en causas judiciales por violaciones a los

DDHH en la década del '70, es uno de los entrevistados que con mayor énfasis defiende las políticas de los noventa⁸⁵ y, simultáneamente, también de los que más apoya al QSVT.

Era una aspiración interesante. Una revolución popular que ojalá hubiera prosperado. Pero tenía el inconveniente que el QSVT nos incluía a todos. No había un poder legítimo convocante, un Cabildo, un Urquiza, un Perón del 17 de octubre [...] y la paradoja es que se quedaron todos. Y trajeron a la mujer y la hermana, pasaron del nepotismo al conyugalismo.

Di Renato, referente de los ahorristas en La Plata y defensor ideológico de D. Cavallo; el suboficial Baigorria de la policía bonaerense de Mar del Plata votante de Menem y defensor a ultranza de su primer gobierno, Patricia Roca, ahorrista de la capital con fortuna y apellido, con un discurso ideológicamente reaccionario, también apoyaban convencidos el QSVT mostrando su calidad de “consigna espejo” capaz de reflejar los más contradictorios contenidos.

Pero en estos casos el rescate de la consigna se acompaña de una concepción crudamente desvalorizadora de la política y del conflicto. El QSVT es, ante la ausencia de alternativas de orden, una forma de restaurar las leyes naturales que garantizan la armonía social: la moral del mérito y el cumplimiento de la ley. Para una parte importante de los ahorristas es muy fuerte la creencia de una sociedad con estrictas reglas de diferenciación por mérito, donde cada uno es responsable por su destino y donde detrás de cualquier intención “política” se esconde la sospecha de ambiciones de poder siempre perturbadoras del debido reconocimiento al mérito individual. Mientras los assembleístas festejaban y aprovechaban la “politización” salvaje de aquellos días para explorar nuevas formas de prácticas colectivas, muchos ahorristas lo vivían como la incómoda oportunidad de restaurar el orden social “natural” marcado por la Constitución, la propiedad y la libre iniciativa privada. Los discursos de no pocos ahorristas tienden a legitimarse en el derecho y la moral y no en la política, situándose inmediatamente en el seno de lo “unánime”, lo que no puede ser controvertido. La “política” es legitimada como una cuestión de segundo orden, que se le puede dejar a los que quieran “pelear por opiniones” o “por cargos”. Un ahorrista llega a decir: “Si se cumplieran las leyes, los políticos se quedarían sin trabajo o estarían presos”. La ilusión de que si las reglas básicas funcionan, la política es un detalle o una molestia, es solidaria con la idea de una sociedad que existe sólo como leyes que garantizan el disfrute privado que los individuos puedan alcanzar sobre la base de su mérito. Asimismo, mientras la política se asocia a la desintegración, la división y el conflicto, la ley y la moral ofrecen refugios seguros de unidad y confraternidad.

En esta visión profundamente “antipolítica” también encontramos una trama de poderes causales de base. Si los nihilistas expresaban el hundimiento generalizado de sus poderes

⁸⁵ En la entrevista llegó a afirmar que había vuelto a votar a Menem porque Duhalde y Kirchner querían imponer a la Corte “un concepto izquierdoso de propiedad”.

causales que los hacía celebrar la pulverización de un orden con el que ya no podían establecer intereses solidarios, la mayor parte de los ahorristas se encierran en los poderes causales monádicos básicos (la propiedad producto del trabajo meritario, y la educación como medio de ascenso y prestigio) y consideran con desconfianza toda intromisión de los otros tipos de poderes: las grandes corporaciones privadas o estatales y sus poderes burocráticos, las luchas por poder político, y hasta las disputas por “ideologismos” en el campo simbólico. El QSVT es el “¡Déjennos volver a trabajar, acumular y estudiar tranquilos!”. El QSVT es el grito de guerra de los poderes clasistas primarios que naturalizan una sociedad civil bajo el imperio del mérito y el esfuerzo individual sin ninguna clase de interferencias colectivas y de poderes posicionales.

La versión reformista

Está muy claro que la formación de intereses políticos que operan las asambleas rompe con las formas fatalistas o conservadoras de entusiasmo por el QSVT. Las asambleas suponen justamente intentos también dispares e incongruentes de “politizar” la consigna lo que lleva a ponerla en tensión bajo la lupa, es decir, requiriendo una notable movilización de capital simbólico. Es por ello que el primer elemento que sobresale entre la militancia asamblearia es que no se ahorran críticas a la consigna marcando su vacuidad o banalidad desde el punto de vista de la lucha política.

Muchos testimonios interpretan el QSVT como el producto de una “explosión de saturación”, como “una varita mágica propia de niños”, “una boludez”, “un infantilismo”, “un caballito de batalla”, un “fetiche” que hay que sostener igual. Bruno de la Asamblea de Bajo Belgrano es inmisericorde

Yo la discutí, soy crítico de eso. Es una boludez, es un infantilismo, no produce nada...si la asamblea lo sostiene, yo sigo adelante con la asamblea. Pero no nos engañemos: las varitas mágicas son para los cuentos no para los que estamos trabajando en esto [...] ¡¡¡para la con la varita mágica!!!!.

En la visión militante, la función desiderativa o imperativa de la consigna se toma como una “ficción útil”, “eslogan de época”, para encolumnar, pero su pobre contenido hace que no pueda ser tomada en serio por los militantes asamblearios. Néstor de Parque Avellaneda dirá que su “fuerza aglutinante era digna de mejor causa”. Varios mencionaban el QSVT como “posición utópica absurda”, “expresión de deseos” que, “si no se hila más fino lleva a callejones sin salida”. Muchos se niegan a hacer análisis y se quedan solamente en la “fuerza que contagia”:

Es un grito. Cuando te martillás el dedo gritás, no pensás. ¡Y tiene una potencia de la hostia! (Jimena, de la Asamblea de Bajo Belgrano).

No puede considerarse la base de un programa político, ni hay que buscar inspiración política en ella. Finalmente, otros marcan su “tosquedad”, “superficialidad” y

“esquematismo” como escondiendo una falta de ideas comunes acerca de qué hacer con la cuestión del poder.

La variedad de sensaciones que generaba la consigna se ve en este fragmento de entrevista colectiva a miembros de la Asamblea de Almagro.

Lucas- Nunca me interesó, no me parece una consigna piola [...] Por supuesto a éstos que te dicen “¿y después qué?” se la discuto a muerte.

Adrián- A mí me pareció alucinante, una creación colectiva maravillosa [...] me chupa un huevo los que te dicen que “alguien tiene que quedar” ¡nos quedamos nosotros!

Gabriela- Me acuerdo de que desde algunos grupos cuando se empezó a gritar “Renunció Cavallo”, otros respondieron “¡Que me importa... Que se vayan todos!”.

Adrián- Es como decir que podemos contra todos y te cargaba más de energía [...] Desde el punto de vista del resultado hoy volvieron algunos de los que se habían ido, aparecieron otros nuevos y parece que hay algunos que no pueden volver... ¿Se puede entender como un fracaso?. Dejé un piso que Kirchner leyó muy bien como posibilidad de rebelión latente, que no hay tranquilidad absoluta. Y ellos saben que son producto de una revuelta, sabe que no sería presidente si no hubiera existido.

Sin embargo, aún los más cuestionadores reconocían que “todos quedaban rendidos ante el peso político que había adquirido” y su capacidad de marcar límites a la política institucionalizada. Aparecía como una creencia revestida de la “ilusión de unanimidad” con sus efectos realimentadores sobre la disposición a la movilización. Héctor dice que la eficacia de la consigna provenía del hecho de que la gente lo tomaba como “la sociedad lo dijo” y cuenta el siguiente episodio.

Una vez me tocó hablar en reuniones para gente de cinco municipios. Funcionarios intermedios, intendentes... y ¡todos tomaban muy bien el QSVT! [...] Ellos habían internalizado que no era contra cada uno de ellos [...]. Gracias a que había habido un QSVT la gente podía decir que “ése era un tipo distinto”.

El QSVT brindaba el espacio simbólico de oportunidad para la diferenciación, para desprenderse de lo anterior, recreaba las bases de la legitimidad política, no la anulaba.

En definitiva las asambleas toman el QSVT como un punto de partida limitado al que superar, precisar y dar contenido. Con ello aparecen los primeros intentos de politización del descontento destituyente.

Esto se ve primero con el recorte del “todos”, la focalización en antagonistas y en el intento de estructurar un conflicto. En segundo lugar aparece un intento de compensar un “déficit de agenciamiento” (“solos no se van a ir”) mediante el expediente de completar o extender la consigna, posdataarla con variados aditamentos: “Que se vayan todos, nosotros nos hacemos cargo”, “el pueblo se hace cargo”, “entre todos nos hacemos cargo”, y “que se vayan ellos, nos hacemos cargo nosotros”⁸⁶. La irrupción del nosotros asambleario en la consigna busca de manera directa intentar posicionarse como alternativa política.

Jorge militante entrado en años de la asamblea Gastón Rivas dice:

⁸⁶ Los ahorristas marplatenses también cedieron a la tentación de explotar la incompletud de la consigna y en agosto del 2002 mostraron una pancarta que decía “Que se vayan todos pero que dejen algo”.

Sonaba lindo el QSVT pero, a esta altura, yo lo cambio por “No me digan cómo pero hay que echarlos”. Parece cómico. Solos no se van a ir.

La voz pasiva de la consigna estaría escondiendo al sujeto agente y su negativa a hacerse cargo de la acción. La consigna así leída revela una negativa a asumirse como sujeto enunciador, convirtiéndose en un imperativo impersonal, como voz de la conciencia ciudadana. Además este imperativo sin sujeto delata cierto desinterés en la lucha y en el trabajo de gestación de un propio capital político, es casi una invocación al destino, “más parecido a un pedido para el Gauchito Gil que a un grito de lucha” decía con sorna Lucas que no dudaba en calificarla de “pedorra” como consigna y al mismo tiempo levantarla con energía. Aparecen en estas francas descalificaciones la sospecha recurrente de que la consigna obedece a que las “clases medias” son reacias a perseverar en la lucha colectiva, y que obedece a un enojo momentáneo.

Veamos qué tipo de intereses políticos se elaboraban sobre la pantalla común del QSVT y cuáles eran sus implicaciones clasistas.

a) Un primer intento moderado de dotar de contenido al descontento destituyente se hacía bajo la conocida figura del “control ciudadano” directo sobre las instituciones políticas. La organización y la acción colectiva no debían incursionar en la política insitucional sino vigilarla y presionarla desde el fortalecimiento de la sociedad civil. El QSVT focalizaba en primer término a los “corruptos e incapaces”, a los que había que desterrar inmediatamente.

Milton, de la Asamblea de Godoy Cruz decía que, en general, la gente de las asambleas sostenía el QSVT como un equivalente del “No más corrupción”.

En segundo término colocaba bajo la lupa, y la posibilidad del escarnio público, al conjunto de la dirigencia, asumiendo la forma de una amenaza latente que presionaba para una renovación y mejora dirigencial. Este tipo de emplazamientos del interés político es el que predominó en Mendoza y en Córdoba donde las movilizaciones se orientaron a promover denuncias de corrupción, remoción de concejales, destitución de autoridades comunales, ganar incidencia sobre decisiones presupuestarias, reducción de “gasto político” (designaciones de asesores y dietas), etc.

Una idea muy presente en este tipo de planteos reformistas alude no tanto a debilidades morales de los políticos sino directamente a la cuestión del poder: no pueden debilitarse los poderes políticos sino fortalecerlos y depurarlos a partir de la movilización social “porque si no las instituciones quedarían en manos del poder económico”. Las asambleas, como forma de organización política de la clase media urbana, aparecen como un “contrapeso” social necesario que compensa las presiones del gran capital económico sobre la política. El poder político institucionalizado se ve como cautivo del poder económico, y el poder político colectivo no institucionalizado, representado por las asambleas de clases medias, se erige en

una fuerza equilibradora decisiva para salvar las instituciones democráticas. En este sentido, este tipo de asambleas se planteaba una escala de poder colectivo predominantemente situacional (ut. infra, Cap. 2). Se trata de un poder obstructivo y de veto, de la organización de la desconfianza (Rosanvallon, 2009), que ponga una contención a los abusos del poder económico y burocrático.

b) Otras asambleas especialmente en Buenos Aires y Rosario plantearon diversas propuestas o programas de verdadera “reestructuración” del campo político no contentándose con colisionar con los poderes institucionales. Las asambleas se arrojan pretensiones de poder de veto, de decisión o de ejercicio de funciones “sustitutivas” de la autoridad política dentro de un nuevo régimen de democracia directa. En la mayoría de las asambleas más nutridas y dinámicas a escala de acción local, además de las acciones de “control ciudadano”, también alentaban una ampliación de los mecanismos democráticos impulsando la “electividad” y/o “rotatividad” de cargos superiores en comisarias, hospitales, justicia, empresas públicas, y también la habilitación de instancias democráticas de remoción de funcionarios, policías o jueces, dentro de posturas que podrían llamarse de “socialización” de los medios de mando o autoridad territoriales.

Uno de los ejemplos de este ánimo de reformulación de la democracia y de las reglas de distribución del poder político es una resolución de la Interbarrial de Parque Centenario del 12/05/02 que en su punto 16, hablando de los cambios del régimen político que se debatían, decía:

Que se reconozcan a las Asambleas Vecinales como expresión organizada, libre, autónoma, independiente y soberana de las necesidades y luchas del pueblo y que [los partidos políticos] se comprometan en sus plataformas y programas con la reforma constitucional que las legitime como poder [...] capaz de ejercer la potestad de revocatoria de mandatos en las instancias que correspondan [...] Que sometan sus listas y designaciones para cargos de representación y /o electorales, sea cual sea, al referéndum previo de las Asambleas Vecinales donde se domicilia el candidato. (Ver en <http://www.palermoviejo.netfirms.com/Resoluciones/cente12-05-02.htm>).

El flamante poder colectivo, que emerge en las asambleas, se erige en tamiz del poder de los partidos operando como filtro o como agencias de “validación” civil de candidaturas. Es interesante interpretar este tipo de cuestionamientos tan extendidos a la democracia electoral, desde el punto de vista de los poderes causales clasistas: el poder causal estrictamente político del que provienen las candidaturas debe ser neutralizado o subordinado al poder causal simbólico, detentado por los “vecinos” de la asamblea que puedan establecer prestigio, méritos y cualidades personales de los candidatos.

En otros casos, el interés de reestructuración del campo político no ataca tanto las reglas institucionales distorsivas de la voluntad popular (la partidocracia) sino directamente el agotamiento del bipartidismo y la necesidad de reemplazarlo por

[...] un nuevo modelo de organización del estado para afianzar la participación popular activa.
[...] Esta interacción íntima entre los elementos de la democracia directa y representativa,

constituye una nueva concepción de la Democracia, que se aleja claramente de la actual, delegativa y discrecional [...] pero se aleja también de la lógica neoliberal que, bajo el artillado de los elevados costos del Estado, pretende someter la representatividad a una reducción de cargos electivos. En realidad, su objetivo es la concentración del poder económico, y esto exige concentrar el poder político para sujetarlo y manejarlo sistemáticamente [...] Menos legisladores, menos representación, menos partidos, es también menos plata a repartir y más agilidad en el arreglo. El bipartidismo, por ejemplo, por la misma razón, es esencialmente funcional a los grupos económicos.

Este tipo de planteos incursiona en una reformulación de la estructura representativa de la autoridad pública buscando un tipo de poder de escala predominante institucional en términos de lo desarrollado en el Cap. 2.

La versión radicalizada

Basta ver las consignas que por aquellos días coreaban las asambleas en actos y marchas para percatarse de la fuerte carga antipolítica institucional que imperaba. Pero la elaboración de intereses políticos como antagónicos de los detentadores de los poderes institucionales asumió también formas diversas.

"Renuncien todos la puta que los parió" Se repite unas 6 veces con diferentes tonos y vuelve a empezar

*"A ver a ver,
Quien dirige la batuta,
El pueblo unido
o la Corte (o Gobierno) hija de puta. Yuta Puta"*

*"Baila la hinchada baila,
baila de corazón.
Sin peronistas, ni radicales
vamo (sic) a vivir mejor"*

*"Ole Ole, ole ole ola
Si no renuncian no nos vamos nunca mas"*

*"No nos vamos nada,
que se vayan los que afanan"*

*Ole ole, ole ole ola
Ahora es el pueblo el que debe gobernar
ole ole, ole ole ola
En todos lados asamblea popular*

*Oh, que se vaya Duhalde
Ooooh
Oh, que se vaya Duhalde
Asambleas, populares*

*Asamblea popular
¡Ya no pueden gobernar!*

*Se creyeron,
que nos habían cagado,
porque estábamos desorganizados,
con sudor, con lucha y con paciencia,
Va naciendo la nueva resistencia*

Documentos de asambleas y colectivos de reflexión descreen de la ampliación de la democracia representativa y tienen posturas que reformulan las bases mismas del principio democrático en la política. La legitimidad que confiere la participación directa, la movilización y la organización autónoma se concibe como incompatible con los procedimientos de representación y delegación institucional, atacando directamente el instituto del "voto" y consagrando la indiferencia hacia la política institucionalizada. La idea de buena parte del movimiento de asambleas autónomas aspira a llegar a constituirse en alternativa radical a las instituciones vigentes.

En muchas de las producciones asamblearias se realizaba una suerte de inversión de sentido de las críticas al QSVT y la vacuidad o indeterminación del contenido, que aparecía como debilidad o defecto, se resignificaba como signo de potencia

transformadora: "es un motor de movilización del pensamiento"; "lo nuevo es pensar y lo viejo reproducir". Lo que para otros es un defecto, aquí se lo levanta como ruptura novedosa:

el no saber qué significa el QSVT obligaba al “pensar no reproductivo” y, además, permitía vetar, asustar, remover, presionar a los decisores políticos, sin darle contenido más preciso⁸⁷. La propia indeterminación de enunciador y de destinatarios le daba una paradójica potencia intimidatoria.

Las lecturas celebratorias del QSVT, sobre todo de muchos militantes de la “izquierda sin partido” que profesan ideales autonomistas, la toman como una radicalización deconstructiva de toda práctica política delegativa. No se trata de confrontar con determinada conducción del estado, ni siquiera con determinada forma del estado, sino que se rechaza al estado mismo como instancia de cohesión social y principio organizador social central. En estos casos se ponen en juego nuevos enmarcados emancipatorios que derivan en cierto experimentalismo político.

Una de las formulaciones más precisas es un documento del colectivo editorial de la Revista “Gradocero” de Rosario que describe las “máquinas de pensamiento asambleario”:

Es posible pensar los sucesos del 19 y 20 como experiencias de deserción masiva del campo de la representación. Como el “punto de catástrofe” a partir del cual una gran cantidad de individuos decidieron declarar inhabitable el espacio organizado por la lógica representativa. En este sentido, la consigna “que se vayan todos” revela muchas más cosas si nos concentramos, no tanto en su significado intrínseco sino, en las relaciones entre lo que podríamos llamar “el enunciado” y su “lugar de enunciación”. ¿Desde dónde es posible sostener un enunciado como éste? “Que se vayan todos” es la marca de que muchos de nosotros, a partir del 19 y 20, comenzamos a vivir fuera de la sociedad del espectáculo, que es también el mundo de la representación (la separación público/espectáculo es correlativa a la escisión representantes/representados) [...] Este afuera es un desierto [...] es también inhabitable [...] Por lo tanto, dos son las preguntas que pueden organizar la experiencia de las asambleas. ¿Cómo volver a hacer habitable la representación? ¿Cómo inventar una forma de habitar el afuera de la representación? La primer pregunta organiza vías de retorno y reforma. La segunda, caminos de invención y fidelidad a la consigna originaria de la experiencia [...] asumir una relación de fidelidad con este éxodo implica cierto “desenganche” de los tiempos y los espacios de la representación [...] La posibilidad de generar ritmos propios y de autonomizar los recorridos subjetivos de los momentos y las instancias organizados por el poder estatal/mercantil.⁸⁸

En este tipo de planteos que toman el QSVT como idea-fuerza decisiva, la política como tal queda cancelada y superada por una práctica “creadora” antisistémica de un nuevo tipo: hacer habitable un espacio “exterior” al estado y la política anterior. Mucha militancia asamblearia asumió por principio la reluctancia a cualquier tipo de incursión política y de contacto con las agencias estatales. El acontecimiento que muestra estas posiciones en su punto culminante es la llamada “contracampaña” de boicot a las elecciones nacionales del 27 de abril del 2003. Este tipo de elaboración de interés político privilegia claramente el campo simbólico y se interesa por las formas de subjetividad y por el escrutinio de sentido de las prácticas más que por el poder institucional. Se podría decir que en estos emplazamientos de interés político hay un repliegue hacia el poder causal simbólico y cultural. No podía obviarse

⁸⁷ Ver especialmente el artículo de E. Calvo del 17/01/03 en “El Puente”, Boletín de la Asamblea de Almagro, (www.asamblea-almagro.org.ar).

⁸⁸ <http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003/02/136043.php>

el hecho de que la militancia asamblearia que sostiene estos planteos se caracteriza por su juventud, altos niveles educativos y culturales, mayoría de estudiantes y de ocupaciones desmercantilizadas en los servicios sociales y la existencia de frustrantes experiencias de militancia anteriores.

Dentro del espectro de elaboración de intereses políticos antisistémicos, no puede dejar de señalarse el contraste entre las asambleas de clases medias con las asambleas de bases populares. Tanto la A. de San Telmo (que probaron suerte en elecciones legislativas en varias oportunidades con el Partido de las Asambleas del Pueblo) como la de Parque Avellaneda muestran una rotunda diferencia en la articulación de intereses políticos: no se trata ni de controlar ni de alternativizar sino de construir poder popular para hacer posible un cambio social generalizado a favor de las clases populares. Gustavo Vera es bien categórico en sus definiciones:

Las organizaciones barriales tienen la misión de reincorporar a los pobres a una perspectiva de lucha política.

Néstor dice sobre el discurso de la antipolítica y el QSVT:

Para nosotros es un horror, nosotros hacemos política, no partidaria, pero la Asamblea es una herramienta política [...] Nos parecía que en el 2002 teníamos una oportunidad histórica y no teníamos organización [...] eso es lo que tratamos de hacer: construir una organización a largo plazo.

La gestación de organizaciones aguerridas, la conquista de reconocimientos institucionales, la lucha por recursos económicos, y la dinámica de conflicto y negociación con las agencias estatales son absolutamente necesarias en esa construcción. Es decir, hay un planteo de generar acumulativamente poderes causales colectivos de carácter político también por fuera del estado pero no por fuera del campo político. La construcción de la organización social territorial se concibe con una linealidad acumulativa hasta llegar al punto de poder desafiar el poder institucional del estado. La acumulación política es considerada como un “proceso natural” de desarrollo que fue “saboteado por aquellos que por ideologismo terminaban defendiendo el enanismo organizativo y político del movimiento popular”⁸⁹.

Posicionamientos clasistas y definiciones de antagonismos

Los modos de deslindar intereses, de atribuir y caracterizar los intereses de otros grupos o sectores respecto a los propios, son formas fundamentales del proceso de constitución clasista. Tanto en ahorristas como en asambleístas debe subrayarse la presencia de extendidos discursos dirigidos a establecer ejes de lucha hacia afuera y ejes de diferenciación hacia dentro de los espacios sociales en los cuales transitan los movimientos.

⁸⁹ Tanto el intento de forjar un “poder popular” como un “contrapoder” simbólico-colectivo introducen la escala de lucha por los sesgos sistémicos y no sólo los institucionales o situacionales.

El piso común compartido por ambos movimientos en la identificación de antagonistas es, sin dudas, el de “la clase política”, “la dirigencia corrupta”, “mafias políticas”, o simplemente “los políticos”. La unificación de la terminología responde a una suerte de ilusión de “unanimidad” en torno al rechazo a los políticos, especialmente si son primeras figuras de los partidos tradicionales o si tienen o han tenido poder. Se configura una especie de “lugar común” simbólico, un punto de condensación “equivalencial” en la que todos se declaran adversarios y víctimas de “la clase política” y los “malos gobiernos” como mínimo común denominador del QSVT.

Por supuesto, detrás de esta bandera de lucha se esconden enormes contrastes.

1) Los que no cuestionan la actividad política como tal y recortan el campo del antagonismo con las excepciones del caso: “no todos, pero la mayoría”, “sólo unos pocos honestos merecen salvarse”, “no se trata de suprimir los políticos, sino estos políticos que tenemos y no sirven para nada, salvo para robar”, etc. 2) Los que consideran que la actividad política, en tanto lucha por el poder, está viciada intrínsecamente y siempre significa una perturbación para la armonía social. Los políticos son partes de un dispositivo esencialmente engañoso y perverso por más bien intencionados que sean. 3) Los que condenan directamente el principio de la representación y la delegación política como causa de todos los males.

Entre los vecinos no participantes y los ahorristas tienden a predominar la primera y la segunda postura más predispuesta a una depuración de la clase política o a una despolitización de la vida social, y entre los assembleístas predominan los cuestionamientos más radicales a las “reglas del juego”, que hacen posible “una clase política como esta” y abogan por una hiperpolitización no institucionalizada y desestatizada de la vida social.

La universalización del antagonismo hacia los políticos tiende a reducir el espacio o suplantar directamente los posibles antagonismos en enmarcamientos clasistas. La clase política, en este sentido, operaría como chivo expiatorio absorbiendo las culpas principales. En algunos este efecto discursivo se logra extendiendo al extremo la representación de clase política hasta incluir a las clases dominantes en su conjunto, diluyendo su especificidad de clase. Este recurso retórico ha sido muy utilizado por los militantes de izquierda que colocan sus concepciones anticapitalistas dentro del registro discursivo antipolítico. En otros, se logra lisa y llanamente oponiendo la política a otras formas de producción de vida social, como el contrato en el caso de los ahorristas, o la solidaridad social y las fuerzas instituyentes del pueblo o la sociedad civil, en el caso de los militantes con ideologías más autonomistas o neoanarquistas. Así como la propiedad y el contrato son investidos de un carácter normativo de superior “naturalidad” que la política o el poder, de la misma manera el pueblo, “la gente”, “el vecino”, “el hombre de la calle”, etc. son investidos de una naturaleza más genuina “voluntad” con una pretensión normativa superior. El hombre común sería el depositario

natural del orden social “verdadero” al que la política institucionalizada y el estado con sus reglas representativas y delegativas, con sus burocracias insensibles, vendrían a desnaturalizar y corromper. La participación y la lucha son concebidas como formas de “depuración” de las conciencias, que permiten la emergencia de un orden auténticamente emancipatorio sustraído a los influjos del estado y la representación.

Por un lado, el imaginario de un hombre común que construye su propio destino por su libre iniciativa mediante el contrato y la propiedad, protegidos por la ley, sin intromisión de políticos, estados o gobiernos. Por otro lado, el imaginario de un “hombre común” desestatizado, despolitizado en el sentido de desintoxicado de la política tradicional, desenchufado del televisor, que se convierte en el “verdadero” sujeto político liberador, reencontrándose con su verdadera voluntad.

En estos dos módulos discursivos sobre el antagonismo tenemos un sesgo hacia el primer tipo, entre los ahorristas y un sesgo hacia el segundo tipo, entre los asambleístas.

Las fronteras y los conflictos interclasistas

Veamos cómo los movimientos deslindan intereses y toman posición frente a otros grupos-intereses-clases, y cómo afrontan los emplazamientos de intereses diversos en su propio seno.

Los antagonismos hacia arriba

En casi la totalidad de los entrevistados de cualquier grupo -e incluso entre el segmento de los no participantes- hay una clara conciencia de la “concentración” del poder económico, de que son minorías empresariales y políticas las que manejan todo, copan el poder estatal, pervierten la democracia y “compran voluntades”. Estas caracterizaciones de desigualdad o asimetrías “extremas” frente a “los poderosos” son compartidas por miembros de ambos movimientos incluso por aquellos participantes que por sus inserciones laborales y niveles de ingresos podrían estar en contacto o tener accesos a las clases más altas.

El discurso “antipolítico” en muchos testimonios y documentos hace desbordar la idea de “clase política” dándole más connotaciones “clasistas” extendiéndola a sindicalistas, representantes empresariales, cabezas corporativas, altas burocracias estatales “enquistadas” sometidas a los organismos internacionales y todos aquéllos que toman decisiones desde un poder no genuino sea porque proviene directamente del poder económico, o porque resultan del engaño y la manipulación. Para la gran mayoría de los ahorristas no cabe duda de que quienes los han perjudicado y tienen intereses opuestos a ellos son, además de los “banqueros ladrones”, “los grandes empresarios pesilicadores”. Wakstein, con aguda percepción de que la confrontación de intereses se extiende mucho más allá del capital financiero, no vacila en

definir enemigos con nombre y apellido: “el grupo Clarín”, “José Ignacio de Mendicurren” (sic).

El primer reflejo de antagonismo de base clasista a que da lugar la demanda por los ahorros es una contradicción –clásicamente estudiada por W. Mills (1961) en EEUU– entre pequeña propiedad independiente y gran propiedad corporativa. Esta definición del antagonismo generalizado con “grupos concentrados” o “empresarios poderosos” la acerca también a las definiciones que aparecen entre los assembleístas, en las cuales las formas nominativas son más variadas, con alguna mayor impregnación ideológica pero apuntan a una caracterización semejante de los enemigos. Los documentos de las asambleas y el discurso asambleario en general ofrece una enorme variedad nominativa de identificación de antagonistas: “grupos monopólicos”, “gran burguesía”, “clase capitalista”, “empresariado explotador”, “burguesía trasnacional”, “burguesía nacional parasitaria”, “capitalistas de pacotilla”, “burguesía trucha”, “oligarquía”, “especuladores”, se combinan con adjetivos menos amables como “chupasangres”, “hijos de puta”, o más elegantes y con menos pretensiones de precisión: “los vivos de siempre”, “los que nunca pierden”, “los que siempre están prendidos”, “los que se la llevan toda”, “los dueños de la pelota”, etc. También abundan las referencias personales directas o los nombres propios: “los Macri”, “Mendiguren y compañía”, “el grupo Techint que pone al Ministro de Economía”, etc.

No deja de ser llamativo que hasta las organizaciones más moderadas de los ahorristas terminen enfrentadas con el conjunto de la clase capitalista como demuestra el iracundo Comunicado de AARA del 31/10/2003 “Dime quién te apoya y te dire a quién beneficia o perjudica”⁹⁰ frente a la declaración de respaldo unánime de diversos representantes del empresariado local a la propuesta gubernamental de reestructuración de la deuda pública. Esta declaración coloca de manera explícita a los ahorristas fuera del campo de la burguesía en su conjunto, ya que condenan una declaración firmada por la totalidad de las organizaciones patronales representativas, incluyendo la Federación Agraria o APYMES.

A la soledad política de los ahorristas se le agrega una soledad económica. El propietario de activos financieros devaluados termina completamente fuera de los esquemas de recomposición de la acumulación en que se sumerge el conjunto de la burguesía interna y externa, transparentando algo muy importante desde el punto de vista analítico y teórico: sólo las formas dinámicas y no estáticas de propiedad tienen poder causal económico para rearticular sus intereses en torno al nuevo esquema de acumulación. Muchos de los que participaron en el montaje de la arquitectura de la acumulación en los '90, también participan de su reconversión. Aquellos sectores de la pequeña burguesía y clases medias que no

⁹⁰ Ver www.aara.org.ar/declaraciones/octubre03.php

participaron de aquel proceso, pero que por derrame rentista se beneficiaban de él, ahora no logran articular sus intereses al nuevo proceso abierto a partir del 2002.

La retórica de los movimientos, en general, se basa en una impugnación al conjunto de las clases dominantes económicas y no sólo a los “políticos profesionales”.

La mención despectiva, por el nombre propio de importantes empresarios (“Mendicurren” era tomado de punto) muestra la débil articulación entre los intereses de los ahorristas y los del empresariado en general, y con el capital industrial⁹¹ mercadointernista, en particular, a quien se ve de lleno como cómplice del capital financiero y no como oponente al mismo, lo cual era el planteo legitimador del gobierno de Duhalde en aquel momento (“el nuevo modelo productivo” vs. “el modelo especulativo”). Artaza es también muy claro señalando la confabulación con “premeditación y alevosía de los industriales que licuaron sus deudas y los banqueros que fugaron el dinero”.

Los ataques al empresariado industrial ponen en cuestión la legitimidad misma del ahorro interno y debilitan enormemente los argumentos legitimadores de sus ahorros: prestar para la inversión productiva y la generación de empleo. ¿El fin útil es ahorrar para prestarle a Macri que después no paga y pretende licuarla primero y estatizarla después? El discurso del ahorro que se legitima por la inversión productiva queda sin base real de apoyo y delata las dependencias económicas encubiertas de la pequeño burguesía excedentaria respecto los poderes financieros.

En las asambleas, los empresarios son considerados “depredadores” y es bastante extendido el razonamiento de que “los capitalistas aquí solo pueden acumular apropiándose de los recursos públicos y los de otras clases”. Justamente este carácter “improductivo”, expropiador, oportunista y parasitario es el que permite también que sea percibida como parte indisoluble de la “clase política”⁹².

Dentro de los “banqueros chorros” se exagera el antagonismo a los grandes bancos extranjeros –lo que también tendrá un correlato en la selección para los escraches–, a quienes se juzga mucho más responsables por no “cumplir con las garantías de respaldo de sus casas matrices” y por haber sido los autores materiales de la “fuga de capitales” que precipitó la crisis. Ellos fueron los más “tramposos” en los consejos de inversión que les daban a los

⁹¹ Se reafirma la característica histórica de nuestra estructura social en cuanto al débil vínculo entre las clases medias del comercio y los servicios y las empresas industriales (ut. infra, Cap.3).

⁹² Es interesante observar que en AARA y en ADAPD se hace presente una retórica que intenta rescatar la fracción “menos contaminada de política y corrupción”, es decir, la de la “inversión seria extranjera” como posible interlocutor aliado en el tema de la reestructuración de la deuda. En el sitio web de ADAPD aparece una declaración ante el canje de deuda donde se habla de “empresas licuadoras y estatizadoras” (sic) para referirse a las empresas que hacen lobby por la pesificación y eventual estatización de sus deudas. La atribución del “estatismo” como un virus que afecta a las ¡propias empresas privadas! es la versión ultraliberal de las críticas a las burguesías domésticas. El “estatismo” aparece endémicamente en muchos mensajes como una suerte de tara cultural que todo lo altera.

depositantes y los más despiadados a la hora de resistir los amparos judiciales. También se atribuía a los bancos extranjeros más grandes (Boston, Citi, HSBC, Río, BBVA) una influencia o poder político mayor que a otros sectores económicos o segmentos del sistema bancario.

Entre los ahorristas más radicalizados, como los marplatenses domina un discurso furiosamente antiespeculativo y antifinanciero que coloca como “enemigo principal” del ahorrista a los grandes bancos internacionales, amparados en el accionar cómplice del FMI “que puso la plata para hacer posible la fuga de capitales”, diferenciándose de ADAPD que tiende a apuntar sus cañones al “estado irresponsable”, como fuente perpetua de abusos y corrupción⁹³.

El lugar de “enemigos económicos principales”, que para los ahorristas era ocupado por los bancos extranjeros, para los assembleístas era ocupado por las empresas privatizadas de servicios públicos que condensaban los males del neoliberalismo y se las representaba como emblemas de las políticas de los '90. También se les atribuía una decisiva influencia sobre el poder político, una absoluta falta de escrúpulos, y una infinita capacidad de engañar y abusar de los usuarios, además de colaborar en la fuga de capitales y en el endeudamiento del país.

El punto importante es que los assembleístas convergen con los ahorristas en el eje “pequeña propiedad económica vs. grandes poderes corporativos privados” y que este antagonismo registra antecedentes de organización y movilización anteriores al 2001⁹⁴.

Una controversia dentro de los grupos de ahorristas “rompebancos” ha sido si la definición de “los bancos” como enemigos incluye a los empleados, los gerentes y directivos, o sólo a los dueños, a los “banqueros”. La gran mayoría de los ahorristas de Buenos Aires, Rosario y La Plata, consideraban a los bancarios como cómplices y responsables de haberlos estado engañando o los acusan de falta de solidaridad con los ahorristas.

Los empleados de bancos no eran solidarios: que sufrían estrés, que nosotros los poníamos mal, seguramente no tenían la culpa pero no eran solidarios [...] Algunos nos insultaban y aplaudían cuando llegaba la policía [...] (Fanny).

En Rosario los ahorristas manifestaban su inquina contra los bancarios burlándose porque después de los escraches los obligaban a limpiar los frentes de las sucursales

⁹³ Es casi cómico comprobar que en el año 2008 en el Website de ADAPD hay una reactivación de la participación en el sitio para...[defender a los bancos! de la terrible amenaza estatista sobre las AFJP bajo el lema "Vienen por todo, también por vos". Alertan a la población y llaman a sumarse para “rechazar el proyecto kirchnerista que significa el saqueo de los ahorros previsionales de casi 10 millones de argentinos”.

⁹⁴ Es muy interesante el caso del Cabildo Abierto del Pueblo de Ciudadela que tiene sus orígenes en plena década menemista, está integrado mayoritariamente por comerciantes y profesionales, tiene fuertes vínculos con la Iglesia Católica y muestra un perfil de demandas y de conflictos típico de clase media, además de un discurso crítico a la politiquería y la “democracia liberal”. En su sitio web (<http://orbita.starmedia.com/~cabildociudadela/index.html>) pueden leerse las resistencias desplegadas contra empresas concesionarias de autopistas, transportes, empresas contaminantes, y otros poderes corporativos, tanto como contra la inseguridad, la delincuencia, las villas y casas tomadas.

“haciéndoles poner el uniforme del personal de limpieza”⁹⁵. En cambio, en Mar del Plata o Bariloche, hay una nítida desresponsabilización y hasta una aceptación de que los bancarios también eran “víctimas” y “no podían hacer nada”.

Entre los asambleístas, la discusión de los alcances del antagonismo hacia las privatizadas en ningún momento llegó a poner en discusión la posibilidad de un antagonismo con los trabajadores de las mismas, pero tampoco se plantearon acercamientos con los trabajadores de estas empresas. Simplemente el tema de los trabajadores de las privatizadas era ignorado.

Otros sectores generalizadamente percibidos como confabulados contra los intereses del ciudadano común, han sido el periodismo, en general, y los grandes multimedios, en particular. El diagnóstico de “complicidad” es compartido por ambos movimientos. Muchas asambleas han tomado como eje importante el combate a la influencia de los medios y la gestación de canales de información alternativos⁹⁶.

Los ahorristas atacan al periodismo especializado y a los economistas en particular por sus compromisos con los intereses económicos y la mala fe de sus comentarios y análisis. Hay un planteo llamativo que opone de manera muy directa a los medios con las clases medias: los medios engañan a la clase media “que todavía tiene algo”, para sacárselo.

Es importante ver también que esta inquina contra los grandes medios nacionales, no alcanzaba a los medios locales en Mar del Plata, Bariloche o Mendoza, donde los movilizados contaban con fuertes coberturas mediáticas de parte de los medios de prensa y televisivos. En Mar del Plata había periodistas participando de los grupos, e incluso recibían ayudas materiales de periodistas o productoras de programas radiales.

Los antagonismos hacia abajo

Un cierto lugar común en ambos movimientos es un claro intento de desdibujar o acortar distancias sociales hacia las clases populares, dentro de estrategias que hemos descripto como de “mimetización”. Esta tendencia central en los discursos quita toda posibilidad de antagonismo frente a las clases populares pero esconde recovecos en donde vuelve a aparecer solapado el antagonismo de diversas maneras.

Entre los asambleístas se oscila entre los grados más extremos de una concepción “popular” transclasista de la asamblea tomados como una suerte de vehículos de una “alianza de clases”, hasta una completa reducción a la clase obrera de todos sus miembros. Sin embargo, estas posturas “fusionistas” que podríamos llamar de “indiferenciación directa”, no eran las únicas. En la mayor parte de los testimonios, el intento de “acercamiento” simbólico a

⁹⁵ Ver www.ahorristasestafados.com.ar y <http://ar.groups.yahoo.com/group/ahorristasestafados/> del 7/11/02.

⁹⁶ En algunas asambleas se definen a sí mismas como una competencia simbólica con los medios: un volante de la Asamblea de Villa Urquiza exhortaba: “Apagá el TV y vení” “No te quedes en tu casa!!! Apagá la TV y vení a divertirse al Festival...”.

las clases populares se acompaña de claros intentos por establecer o asumir los límites que separan a las clases medias de las clases populares, con la particularidad de que en general esas fronteras percibidas son planteadas como una culpa o una debilidad de la propia clase media. Incluso hay asambleas como la de Bajo Belgrano, en que la “superación” de esa frontera es casi el *leit motive* de la acción y la reflexión asamblearia a través de la olla popular y la relación con los cartoneros.

Rubén, militante de esta asamblea lo plantea con claridad: no recluirse en el universo de intereses y creencias de las clases medias sino justamente abrirse a las clases populares más castigadas.

A mí me parecía que había que socorrer a los sectores que están en la última escala y no al que debe alquileres o lo están por desalojar. Siempre sostuve que si había una función que tenía que cumplir la asamblea -era cuestionable pero era mi postura- era que ayudemos a aquéllos que no tienen ayuda de nada [...]

Lo llamativo de esta postura (“clase media caída del mapa” vs. “los que no tienen nada”) es que justamente se lo plantea de manera disyuntiva y se termina privilegiando no ya al “vecino” de Belgrano y sus problemas, sino al excluido, al segregado y rechazado. El eje simbólico de la exclusión social opera como motor enmarcador de esta asamblea y fundamenta la importancia de la iniciativa de la olla popular y el comedor para cartoneros y gente en situación de calle.

Estas opciones son muy interesantes porque se hacen a sabiendas de que generan resistencia dentro mismo del entorno social de un barrio de clase media acomodada y comienzan a aparecer en los debates internos, la consideración de intereses cruzados inmobiliarios, comerciales, higiene y seguridad urbana, etc. en torno al tema de los cartoneros y la olla. La solidaridad social entorpece las relaciones con el vecindario. El “capital económico” y los intereses materiales del vecino propietario al que se aspiraba a convocar entran en contradicción con el capital simbólico y organizativo de los asambleístas solidarios. Sobre estos cruces interclasistas hay varios elementos que también han formado parte de las discusiones internas:

- posibles relaciones asimétricas con los excluidos detrás de la pantalla de la asistencia y la solidaridad;

- el planteo de que se trata de una relación transitoria con las clases populares que “pasan” por el barrio y que no se afianza como una articulación política;

- la mayoría de los asambleístas no tenían experiencias de situaciones de contacto o encuentro con clases populares, lo que habla también de la dependencia de los medios de comunicación para establecer distancias sociales, y el interés específicamente simbólico de cultivar estas experiencias;

-el hecho de que los medios de comunicación comenzaron a motorizar la imagen de los cartoneros en la ciudad y los chicos desnutridos en las provincias más pobres, como ícono de la crisis, intentando opacar el protagonismo que habían asumido los movimientos de desocupados (ver Gomez, 2009b);

- la constatación de la débil o nula respuesta política estatal que deja la oportunidad de demostrar a la clase media “conciente” como capaz de patrocinar intereses populares, “hacerse cargo de la deuda social de los ‘90”, etc.

En algún momento, en sintonía con los medios, las iniciativas solidarias se acoplaron bien a los imperativos mediáticos que parecían responder a “una demanda de gestos de sensibilidad social” y varias asambleas multiplicaron las iniciativas “solidarias” con los más sumergidos recibiendo buena cobertura de prensa y televisión⁹⁷.

Este tipo de enmarcamientos conserva nítida la frontera de separación clasista, y rehabilita un protagonismo de las clases medias en donde llevan la iniciativa como organizadores relegando a las clases populares a un papel pasivo como “destinatarios de solidaridad” y “sujetos de asistencia” (Bellucci, 2003a).

En Córdoba y Mendoza las principales asambleas tomaron el eje de la preocupación solidaria, a veces con un indisimulado interés en prevenir violencia social y saqueos. En Córdoba el discurso antipolítico de los assembleístas reiteraba una y otra vez “...la incapacidad de la dirigencia para asistir a los más necesitados”, enarblando la demanda de “una nueva política de contención a las clases populares”, en la cual los “punteros” son desplazados por una clase media capaz y honesta movilizadora detrás de organizaciones sociales eficientes y sin ambiciones políticas. La idea de colonizar las políticas sociales y detentar el monopolio de la solidaridad sobre las clases populares no era ajeno al imaginario de muchos assembleístas⁹⁸. La valorización del capital cultural y simbólico disponible en las clases medias podría ser canalizado a través de estas iniciativas solidarias de contención de las clases populares.

Los discursos “militantes” de los assembleístas no utilizan criterios clasificadores “sociales” (cultura, educación, origen étnico) para establecer distancias con las clases populares, pero con sus prevenciones, cuestionamientos o desconfianzas hacia las organizaciones populares y sus dirigentes, trazan una distancia “política”. La relación con los movimientos de desocupados es ejemplar en esto: se elogian aquellos movimientos con menor

⁹⁷ Bajo el lema “Todos somos cartoneros”, varias asambleas barriales realizaron el sábado 17/08/02 un festival solidario en una campaña de vacunación contra el tétanos para los cartoneros. El 8/09 una nota de Clarín dice “Las ollas se multiplican en Barrio Norte, Belgrano, Once, San Telmo, Congreso. Todas las noches hay voluntarios que salen a la calle a compartir la cena con los que tienen hambre” (<http://www.clarin.com/diario/2002/09/08/s-03615.htm>). La asamblea de Wilde impulsó el “Espacio Gesto Solidario” con el explícito objetivo de “eliminar la asociación existente entre solidaridad y asistencialismo” y la manipulación política de la pobreza (www.asambleawilde.8m.net/gacetilla1s02.html).

⁹⁸ Las líneas editoriales de muchos medios iban en la misma dirección. Ver también La Voz del Interior, 14/04/02 en http://archivo.lavoz.com.ar/NotaAnterior.asp?nota_id=103528&high=asambleas%2520barriales.

nivel de incidencia en el escenario político, aquellos más aislados e independientes de las grandes organizaciones, y se tiende a criticar fuertemente a los grupos más gravitantes y a los líderes más visibles⁹⁹. Este componente “anti-organizaciones populares poderosas” (incluidas la CTA y la CCC) se ve de manera risueña en la Asamblea Nacional del 17/03/02, es decir con un mes y medio de antelación, que en su punto 67 aprobó una moción de escrache a la CGT para el 1º de Mayo. La mezcla de las tradicionales posturas de la izquierda militante con las desconfianzas de los vecinos generaba esta especie de consenso generalizado de rechazo a los exponentes más importantes del poder político y organizativo de las clases populares, bajo el remanido argumento de las clases populares “cautivas de malos dirigentes” o bajo los influjos ideológicos negativos del peronismo, el populismo, el personalismo, etc. En definitiva, hay un desplazamiento del antagonismo: no se antagoniza con las clases populares que son colocadas permanentemente en el centro de sus dispositivos simbólicos legitimadores, sino con la mayor parte de las organizaciones sociales y políticas que se vinculan con ellas sobre las que pesa todo tipo de aprehensiones hacia la “manipulación” o el usufructo de la pobreza¹⁰⁰. La devaluación simbólica del capital político de las clases populares facilita el posicionamiento de las clases medias como las “verdaderas” fuerzas de cambio.

Algunos discursos dejan entrever indirectamente un larvado antagonismo con las clases populares por carácter transitivo: si no cabe duda que los grandes enemigos son los políticos y los pobres son instrumentos de los políticos, los pobres son o pueden ser de manera involuntaria nuestros enemigos, parecen insinuar algunos de los entrevistados.

La combinación de planes de empleo, es decir acceso a recursos, con organizaciones populares grandes y líderes visibles, determina casi fatalmente un juicio negativo tanto entre los más ideologizados miembros de una asamblea como entre el menos politizado de los vecinos no participantes. Las críticas a las organizaciones de clases populares... ¡incluyen a las mismas asambleas!. Es notable la dureza de algunos testimonios en Almagro y Palermo referidos a la asamblea de San Telmo: “clientelismo”, “los tienen agarrados por el tema de la vivienda o por los trámites para los documentos”, “son formas de construcción parecidas a las de los punteros del barrio”, “practican el punterismo con un discurso de ultraizquierda”, etc. El crecimiento cuantitativo de las organizaciones en cantidad de miembros y recursos, la

⁹⁹ Curiosamente, el idilio de la clase media y los piqueteros, los gestos solidarios y la confraternización política, comienzan por una marcha el 24/03/02 de los grupos más grandes de desocupados (la FTV y la CCC de La Matanza) que al atravesar Liniers, Flores, Caballito, recibían el aliento y gestos de apoyo por parte de los vecinos. Esa marcha le dio origen a la consigna “Piquete y cacerola, la lucha es una sola” pero esas mismas organizaciones serían las más cuestionadas por el movimiento asambleario.

¹⁰⁰ Las alusiones al Plan Jefas y Jefes de Hogar como “programas hechos para conseguir los votos” y “la fábrica de pobreza para mantener el poder” reaparecen en varios entrevistados sean asambleístas o ahorristas. Sobresale una notable inversión de sentido: la pobreza misma aparece como un producto intencional y deliberado que dista de ser una amenaza para el poder sino que es su apoyo más directo.

mayor presencia y gravitación en la arena política, son convertidos en un déficit simbólico, donde los pobres son prisioneros de organizaciones y dirigencias “viciadas” que desvirtúan las luchas y las vacían del verdadero contenido que se esperaba de ellas: la “conciencia”, “la autonomía”, “la dignidad”, etc.

La fuerte diferenciación de niveles de legitimidad entre piqueteros y fábricas recuperadas que aparecen entre asambleístas, pero sobre todo entre ahorristas, delata un límite clasista: por un lado, las fábricas recuperadas no se representan como “manipuladas” y por otro lado, son representadas sin pretensiones de intervención en la lucha política y en el reparto de recursos económicos. La inscripción del movimiento de empresas recuperadas en un registro alejado del campo político lo acerca simbólicamente a asambleas y ahorristas. Su capital organizativo colectivo se concentra en el campo social, laboral y económico, al tiempo que la autogestión es investida de una elevada carga simbólica de valor “ejemplar”. Entre algunos entrevistados se presentan algunos criterios de clasificación más definidamente clasista que se centran no tanto en las dirigencias u organizaciones como en las debilidades “congénitas” de las clases populares. Con ello explican las condiciones de posibilidad del clientelismo y la manipulación política que van en desmedro de los atributos de ciudadanía de las clases populares. De esta forma, ciertos rasgos percibidos en las clases populares se erigen como obstáculos o impedimentos culturales para desarrollar un “proyecto de país” o “el proceso de cambio”, reforzando la “necesidad” del predominio simbólico y la centralidad cultural de las clases medias. La “cosa de negro” descrita por Tevik (2009: 181) en su estudio sobre jóvenes profesionales de clase media con alto poder adquisitivo y capital cultural reaparece transfigurada en algunos discursos. La “maldición del pedir y mendigar que empezó con Perón”, “el facilismo”, “la dejadez”, “la despreocupación por el futuro y el progreso”, “la autodestructiva falta de aspiraciones”, “el esperar a fin de mes que paguen el plan”, como una contracara de la moral del esfuerzo, la aspiración y el mérito, imperativos de moralidad típicamente pequeñoburguesa. Respetabilidad y criterio frente al impulso y la espontaneidad; esfuerzo y educación frente a la vagancia y la ignorancia, son categorías arraigadas en el capital simbólico de clases medias.

El movimiento de ahorristas tiene un rango de posiciones frente a las clases populares de una amplitud mucho mayor que los ahorristas. Por una parte, los que rescatan explícitamente a los movimientos de desocupados lo hacen a diferencia de los asambleístas, pensando en los grupos o los dirigentes más importantes desde el punto de vista de la repercusión pública y sobre todo pensando explícitamente en el valor que tiene organizarse y ser capaz de desarrollar acciones con repercusión. R. Castells y el MIJP es quizás el más considerado por los ahorristas por ser quien más se vinculó con ellos, concurrió a alguna de sus marchas, y hasta Nito Artaza en algún momento se solidarizó con él. Además era el

dirigente más enconadamente opositor a Duhalde y a Kirchner. Pero también hay algunos testimonios favorables a los movimientos de desocupados, incluso de izquierda como el Polo Obrero o el MTR (Mov. Teresa Rodríguez), que compartieron marchas en Capital o Mar del Plata. Casi se podría decir que en algunos testimonios de los ahorristas hay más predilección por los movimientos piqueteros que por el movimiento asambleario.

Otros testimonios menos frecuentes de los ahorristas los rescatan desde el punto de vista de que “ellos fueron las primeras víctimas de lo que después nos tocó a nosotros...primero les sacaron el trabajo a ellos y después los ahorros a nosotros. Ellos fueron los primeros en salir a pelear, en algún sentido nosotros también pudimos aprender de ellos”, decía una joven ahorrista. La opinión favorable a los desocupados organizados es menos selectiva e incondicionada que la que se observaba entre los asambleístas.

A pesar de que estos puntos de vista individuales no eran infrecuentes entre los entrevistados, ninguna de las organizaciones de ahorristas se pronunció por los crímenes de la represión en el Puente Pueyrredón, ni participaron de la multitudinaria marcha que se realizó después. Algunos entrevistados participaron a título individual de esta marcha de repudio, sin embargo defienden la postura del movimiento de abstenerse de un pronunciamiento para “no meterse en política”.

Pero, por otra parte, entre los ahorristas también aparecen las posturas más antagonizadoras y, a veces, casi discriminadoras que no están presentes entre los asambleístas. En una observación realizada a una marcha el 11/08/05 a Tribunales de Capital, un Cartel manuscrito frente a Tribunales con fotos de Duhalde, Kirchner, D’Elía, decía “Peronistas, piqueteros, destruyeron al país, ladrones”. En algunos testimonios se destila un clasismo explícito: las clases populares son incultas y carentes de valores, predisuestas al comportamiento ilícito, son siempre un obstáculo para los estilos de vida que se asocian al progreso social, “no saben votar”, “quieren las cosas sin hacer ningún esfuerzo”, “siguen al primero que les promete cualquier cosa”, etc. Para estos ahorristas, el resultado histórico de todo esto es “la decadencia” del país, y el cercenamiento de sus posibilidades de progreso individual a las que asocian naturalmente el progreso social. En algunos de estos testimonios surge con fuerza el discurso racial: el origen inmigratorio europeo revestido de un cierto “heroísmo civilizatorio” de padres y abuelos (a la sazón expropiados por el maldito corralito) es el que trae los valores del progreso material y “la cultura” ausentes en los pueblos autóctonos. Los cartoneros son leídos en esta clave cultural más que en una clave económica: son “desaprensivos y mugrientos”, “no les importa dejar las calles llena de basura”. En estos testimonios que son, vale repetirlo, minoritarios, sobresale el hecho de considerar a las clases populares como una amenaza a su modo de vida y a sus intereses, o en ver a las clases

populares como aliadas o masa de maniobra de las clases poderosas y la clase política en contra de la clase media, del honesto y trabajador ciudadano de a pie.

En el recuadro, que transcribe el extracto de un mensaje a un foro de ahorristas, puede verse un caso extremo de clasismo pequeñoburgués, definido a partir del antagonismo con las clases populares.

En general, este tipo de discursos de denuncia de una “campana de ataque o exterminio de la clase media” intenta recuperar la centralidad simbólica bajo la forma de autoalabanzas a un modo de vida como portadora de los valores básicos de una sociedad que progresa. El panegírico suele apelar a fuentes adicionales de legitimación como el origen europeo e inmigratorio¹⁰¹ que asume la forma de “clase civilizadora del país”. En este caso, la legitimación “inmigratoria” no alude tanto a una condición de superioridad racial sino alude a la “odisea” del ancestro inmigrante, que se vincula al esfuerzo y la vida austera para progresar, pegándose fácilmente a la figura del ahorrista. Estos intentos de defender una “centralidad” social son claramente una reacción discursiva frente a lo que perciben en los medios de prensa, intelectuales y políticos: no defienden los puntos de vista e intereses de esas clases tan importantes desde el punto de vista simbólico y cultural y en cambio, corren detrás de los dramas de la pobreza y la desocupación. La Argentina se salva, si se salva la clase media; “para salvar a los pobres, antes hay que salvar a la clase media que es la que mueve la economía”, no trepidaba en afirmar un ahorrista no participante.

EL NUEVO RACISMO [...] ese rechazo inexplicable, injustificado, desquiciado y con notables tintes racistas que tienen muchos autodenominados progresistas (que en realidad no tienen NADA que ver con el verdadero progresismo) contra LA CLASE MEDIA...Se gobierna mirando solo la pobreza, cuando el capital también tiene que ser bien recibido, con los brazos abiertos, puesto que es una forma de acabar con la pobreza y crear fuentes de trabajo. Se gobierna regalando "planes trabajar" en lugar de hacer trabajar a la gente. Estamos generando una clase de holgazanes, que le han tomado el gusto a la desocupación, y el trabajo que se ha generado es el "ser desocupado", "ser piquetero", cortar las calles para impedir que los que trabajan lleguen a su destino.

<http://ar.groups.yahoo.com/group/ahorristasestafados/>
Mensaje del 25/05/04

Otro rango de definición reaccionaria de oponentes aparece con los esquemas estereotipados: pobre - clientelismo - peronismo- desorden en un etiquetamiento simplificador en donde todo lo relativo a las clases populares se mezcla y se hace indiferenciado. “Ese tipo de personas votaba a Menem”, decía otra ahorrista refiriéndose a los piqueteros. En otros no aparece ningún tipo de comprensión de “crisis social” y el fenómeno piquetero

queda reducido a los manejos siempre conspirativos del peronismo: “Qué van a ser desocupados esos...esos son unos vivos, trabajan para Duhalde, para el peronista de turno”.

¹⁰¹ Sobre los orígenes de la racialización de las relaciones de clases y el papel jugado por las clases medias ver la notable contribución de Adamovsky (2009: 366 y ss.).

En algunos casos, el antagonismo se define no tanto por valoraciones en el plano cultural, simbólico y político sino en el de la definición de intereses económicos: los piqueteros son oponentes de la clase media porque no la dejan ir a trabajar tranquila y porque dilapidan los fondos públicos, es decir, los impuestos que la clase media paga. En los foros, con estos argumentos se generalizaba el rechazo al “aguinaldo piquetero” que el gobierno otorgaba a fines del 2004. El juego de oposiciones que se ensaya es el “ahorrista honesto” entre el estafador banquero, el político corrupto, y el pobre organizado y violento que consume gasto público aportado por las clases medias. La devaluación del poder causal de clase basado en la pequeña propiedad, en la educación y el capital simbólico la convierte en vulnerable frente a otras formas de propiedad (la gran empresa) y frente al capital político de las clases populares que lo ejercen como presión sobre el estado.

Dentro de las definiciones pragmáticas de rechazo a las clases populares aparece la simple constatación de muchos comerciantes y vecinos: los cartoneros ensucian, los piqueteros cortan, los comedores para indigentes ahuyentan clientes de los comercios y bajan el valor de las propiedades, etc. No hay drama con las clases populares, en tanto no se interpongan en el camino. Los comerciantes solicitaron y festejaron en el 2003 cuando la Intendencia rosarina trasladó su Secretaría de Desarrollo Social del centro de la ciudad “porque era un despelote todos los días gente protestando”.

Esto muestra también otro carácter bastante extendido de las valoraciones de los entrevistados sobre todo de ahorristas y no participantes, acerca de la movilización de las clases populares: su condicionalidad y mutabilidad, su ajuste a su propia situación. “Antes estaba muy bien, pero ahora que hay trabajo, que las cosas mejoraron, que tienen los planes...”. Lo que antes era muestra de coraje digno de respeto, ahora se vuelve un estorbo sin sentido y se lo valora exacta y excluyentemente en términos de los intereses más inmediatos. Una lectura de los poderes causales de clase nos indica que, ante la devaluación y pérdida de eficacia masiva de los poderes causales individuales típicos (propiedad y educación), y la constatación de ausencia de poderes sociales y políticos, las clases medias vieron la movilización popular no como amenaza sino como pantalla detrás de la cual canalizar sus propias demandas y sus propias acciones. Las protestas populares generaban un contexto de oportunidad para sus propios intentos de reactivación o de gestación de poderes causales organizativos y políticos. Sin embargo, cuando la situación vuelve a valorizar al capital económico y educativo, a través de la estabilidad financiera y el incremento de las oportunidades de empleo y remuneraciones, las protestas y la movilización de las clases populares se convierte en una perturbación que necesita ser “administrada” por los poderes públicos. Desde este punto de vista, el nivel de antagonismo con las clases populares también depende mucho del nivel de valorización de sus propios poderes causales de clase y de la

eficacia de su composición en cada coyuntura económica y política. La reactivación de los poderes de la propiedad y la educación en general conspira contra la valoración de los poderes posicionales sociales y políticos y aumenta la propensión a colisionar con los poderes sociales y políticos surgidos desde abajo.

La dinámica de las diferencias intraclasistas

El análisis de la consistencia interna en el proceso de formación de clase toma en consideración los ejes de diferenciación, oposición o disputa hacia dentro. Veamos cómo la heterogeneidad de las bases de reclutamiento de ambos movimientos se convierten en algunos ejes de diferenciación y conflicto interno.

Entre los ahorristas, hay entrevistados que lisa y llanamente toman criterios monetarios cuantitativos para establecer cortes internos. Wakstein intentaba diferenciar ahorrista de inversionista.

Yo calculo que inversionista son 200 mil dólares para arriba. Los que quedaron en el corralito eran gente de mil a 150 mil dólares, los que tenían mucho de una u otra forma salieron [...]

La diferencia cuantitativa se convierte en cualitativa: depósitos mayores indicaban la posesión de otros capitales o la eficacia de otros poderes causales: contactos, buena información, trato privilegiado del banco, etc. Argelia, una referente de los ahorristas de extracción popular, es aún más restrictiva y categórica.

Los señores de 30 o 40 mil no se hacen problema porque de algún lado los sacan [...] Si no les preocupa por lo que le roban es porque no ha sido bien habido ese dinero [...] en cambio a mí me costó y yo trabajo desde los 5, 6 años para poder vivir.

Estos criterios clasistas de carácter popular son crudamente materialistas y basados en el principio de la condena del exceso, que es quizás propio de la “economía moral” de las clases bajas: lo que le sobra a pocos, le falta a muchos; lo que sobra no se ganó con esfuerzo. Sin embargo, estas clasificaciones, que seguramente eran efectuadas por todos los participantes, no tenían mayores consecuencias internas, ya que todos reconocían que eran contraproducentes para la movilización. La presencia de “grandes” depositantes en el movimiento era un aliciente para los pequeños depositantes. En este punto, el movimiento de ahorristas adoptó el principio de no divulgar los montos individuales afectados como una forma de evitar el posible estallido de este antagonismo interno. Esta regla interna también es funcional a la estrategia de mimetización con los más débiles: los atrapados por el corralito, por el hecho de serlo, no son especuladores, porque si lo fueran hubieran zafado antes. La percepción de una sorda contradicción entre los “perejiles”, “laburantes que quedamos atrapados en el corralito” y “los que tenían plata grande” y “la llevaron afuera” “avisados por

los mismos bancos”, es muy fuerte y establece una diferencia entre ahorrista/víctima dentro del corralito y ahorrista/privilegiado fuera del corralito y beneficiado por la devaluación.

Sin embargo, algunos intereses económicos establecieron diferencias que de entrada se plasmaron en conflicto interno: los ahorristas/depositantes intentan todo el tiempo de separarse de los “bonistas” a quienes consideran “inversores acaudalados” que quisieron aprovechar las altas tasas forzadas por el riesgo país y que son “cómplices” del endeudamiento público irresponsable. Las disputas en las reuniones llevaron rápidamente al surgimiento de grupos diferenciados como AARA y ADAPD.

Hay otros puntos que remarcan diferencias intraclasistas no basadas en el capital económico, sino simbólico. Uno de los más mencionados es el que contrapone dos “mentalidades”: el “goce banal de la fiesta del dólar barato” vs. “el esfuerzo para progresar y tener un futuro”; “pensar en los hijos y en la familia” vs. “pensar en autos y viajes”. El eje simbólico consagra una división en la clase media que se puede convertir en antagonismo cuando se piensa que “esta mentalidad es la que lleva al país al fracaso del país” y se ubica a otros miembros de las clases medias (deudores hipotecarios beneficiados por la pesificación, ahorristas que “fugaron” el dinero, los consumistas que dilapidaron los dólares, los “vivos” que hicieron “negocio” cambiario), como cómplices de los banqueros ladrones y los políticos corruptos.

Hay una especial belicosidad contra los deudores hipotecarios acusándolos de haber especulado comprando “sus casas con pileta” y “dándose la gran vida” con dólares baratos sin medir el riesgo de la devaluación “que ahora tienen que asumir los sacrificados depositantes”¹⁰². Por supuesto estos razonamientos burdos para justificar chivos expiatorios dentro mismo del universo de la clase media, obvian el hecho básico de que si los bancos recibían dólares en depósito era imposible que los vendieran por pesos para prestar pesos. Los ahorristas marplatenses atinadamente rechazaban estas posiciones con el argumento que desde el poder estimulaban una lucha de pobres contra pobres pero que todos eran víctimas de la voracidad financiera.

Dentro de los grupos, la inmanejable proliferación de discusiones y desconfianzas internas es marcada insistentemente por Baez Silva:

Cada uno de los segmentos de ahorristas cree que la culpa la tuvo o el deudor o el otro ahorrista [...] El que es bonista dice: “el depositante bancario no se puede quejar, por lo menos le dieron 1,40+CER y hasta a algunos un bono y a mí me sacaron el 70%, a mí me jodieron no a vos [...] y a mí me jodieron porque te devolvieron a vos” [...] dentro de la misma asociación se escuchaban cosas como las que le decían a un acreedor privado, “vos con la plata que prestaste y la usura que hiciste, te tenés que joder”

¹⁰² Hay aquí una obscena formulación del doble estándar: el deudor es culpable por no pensar que podía haber devaluación y el ahorrista en cambio es inocente por ahorrar en dólares y ¡confiar en la ley de intangibilidad y en los bancos!

Las definiciones de intereses se presentan como excluyentes, trasuntando una gran incapacidad de formularlos como bienes colectivos no excluibles. La lógica del mérito se convierte en una lógica de quién es más damnificado o quién es más responsable de lo ocurrido, lo que hace imposible una articulación política de demandas o una condensación por la lógica de la equivalencia (Laclau, 2007). Al pretender establecer un orden de prioridades se desata una competencia para estar primero en la fila de la consideración de las demandas, carcomiendo todo proceso de colectivización de intereses. Las clases populares que también estaban presentes en los distintos grupos quedaban en cierto punto “invisibilizadas” por este tipo de elaboración de intereses.

Muchas veces las discusiones o disputas internas, generaban competencias intraclasistas que se manifestaban en descalificaciones basadas en la profesión de los ocasionales adversarios: los abogados son “acomodaticios e inescrupulosos”, “los ingenieros son cuadrados”, “los contadores son especuladores”, “los economistas son verseros”, “los arquitectos son vendedores de humo”, etc.

Entre los asambleístas los antagonismos internos proliferan pero asumiendo un carácter bastante diferente: no hay rastros de diferenciaciones de carácter económico o material dentro del universo de clase media. Las diferencias de capital económico entre los integrantes de las asambleas no aparecen como un dato significativo en casi ningún testimonio. Empleo, ahorros, estándar de vida, títulos profesionales, no parecen tener ninguna implicancia hacia dentro de los movimientos. Los asambleístas no clasifican a sus miembros desde el punto de vista económico para explicar sus acciones. La negación de lo económico como “clasificante” interno, el desvanecimiento de la demarcación por interés económico, muestra también esta tensión entre capital económico y cultural o simbólico.

Los antagonismos en torno a las luchas por “la palabra y la significación” han dado lugar a diversas polarizaciones “simbólicas”, que pueden tener algunas implicancias clasistas.

La primer gran diferencia generadora de diversos grados de antagonismo es la de “vecinos comunes” / ”militantes”. El vacío simbólico originado en la desconfianza hacia los medios masivos y los políticos tradicionales dio buenas oportunidades a la militancia de izquierda tradicional de conquistar la atención de las audiencias de clase media. La “avidez” inicial por discursos políticos alternativos, frente a tanta incertidumbre y confusión, fue un fenómeno notable que motorizaba enormemente la participación y el entusiasmo, repotenciando el poder causal político alicaído de los partidos de izquierda militante. Pero pronto se desataría una contradicción muy fuerte: por un lado, los vecinos comunes valoraban la existencia de convicciones e ideas y también el saber organizativo proveniente de la experiencia militante, pero, por otro desconfiaban de los intereses políticos, de ser “instrumentados”, “aparateados” por los partidos de izquierda, y de los discursos

radicalizados (capital simbólico) considerados “utópicos” o pura palabrería, “puro chamuyo” para la gilada que “siempre hay alguno que cae”, decía un participante de la asamblea de Bajo Belgrano que se mofaba de no tomarlos muy en serio. Claramente los “vecinos comunes” tendían a valorizar lo que temían no poder controlar: aquellos aspectos del capital simbólico y el capital político y organizativo del que ellos carecían y que los militantes eran portadores.

Bajo el reclamo de que participen en las asambleas como asambleístas y no como militantes partidarios “que vienen a bajar línea”, se comienza a desarrollar un conflicto interno por la apropiación del capital político y simbólico de sus principales impulsores e iniciadores: los militantes. De una forma dúctil se le pedía que privilegien el volcado de sus capitales individuales en la asamblea y no en el partido. El grado de antagonismo y enervamiento en algún momento se hizo tan alto que algunos lo testimonian directamente como una “sustitución” del enemigo externo por el enemigo interno.

Creo que en un momento la asamblea se quedó sin “enemigos” desde la política, no encontró objetivos para saber contra quiénes pelear, llegando sólo a encontrarlos en los grupos de izquierda [...] La clase media, que en las elecciones pasadas terminó de definirse, de sacarse la careta del “cacerolero”, no encontró reivindicaciones concretas, explotando entonces sus peores prejuicios hacia la izquierda. En un momento dado parecía que el único enemigo contra el que había que pelear era la izquierda. Aunque parezca mentira, fue así¹⁰³.

Las lealtades compartidas de los dos primeros meses dejaron paso a un conflicto de sobre el que volveremos largamente en el próximo capítulo.

Insólitamente, podríamos decir que encontramos muchas menos críticas a la izquierda política entre los ahorristas que entre los asambleístas. Fanny, por ejemplo, reconoce el apoyo del PO en una represión que sufrieron durante un escrache y que el mismo PO les facilitó una letrada para que la defiendan tras su detención. El mismo Báez Silva también rescata la presencia del PO en la comisaría cuando detuvieron ahorristas, y considera que estuvieron mucho más cerca de sus reclamos que el resto del espectro político. En varios testimonios también se rescata la figura del diputado L. Zamora quien se solidarizó expresamente con la devolución de los ahorros y se acercó a alguna de las marchas. En Mar del Plata las relaciones con la izquierda política eran también muy buenas: los ahorristas llegaron a participar en marchas contra la invasión norteamericana a Irak.

El secreto de tanta mesura y bonomía para tratar a la izquierda pasa por el hecho de que la militancia de los partidos no intentó en ningún momento tomar participación activa dentro de los grupos movilizados. Todo el apoyo que dieron fue desde afuera aventando todo fantasma de “utilización política” del reclamo.

El antagonismo interno por el control del capital político colectivo de las asambleas precipitó el protagonismo de un nuevo tipo de militante de izquierda no partidaria: los

¹⁰³ Ver <http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003/10/138909>

“militantes sin partido”, “autonomistas”, simpatizantes neoanarquistas o neomarxistas¹⁰⁴, quienes en la mayoría de los casos fueron haciendo posible el desplazamiento de los militantes de “los aparatos de la izquierda partidaria” a través de secesiones, expulsiones o rupturas, dando lugar a un nuevo antagonismo: militante de aparato/militante suelto. Los “vecinos comunes” no parecían capaces de encarar por sí la confrontación con los militantes políticos partidarios. La decepción con los militantes de izquierda se respondía con apatía y con una “vuelta a la casa”. Por ello, esta nueva militancia no encuadrada en la izquierda tradicional fue un poco la cara visible, el capital político, que hizo posible este reacomodamiento interno logrando retener un cierto volumen de participación de los vecinos. Esta militancia mayoritariamente estudiantil, muy influida por teóricos europeos y por las luchas del EZLN, sintonizaba mucho más con el discurso antipolítico espontáneo y la desconfianza generalizada de los “vecinos comunes” y no se la veía tampoco como sospechada de estar animada por intereses espurios externos a las asambleas, además de demostrar también capacidades militantes y dedicación. Sin embargo, allí mismo donde los militantes encuadrados son desplazados, comienza un nuevo tipo de conflicto más sordo y solapado. La militancia de izquierda “suelta” entra en una relación tensa y con discretos reproches a una buena parte de los “vecinos comunes” que comienzan a ser clasificados por un lado como indolentes, indiferentes, “los que retroceden a la primera dificultad”, “siempre listos para volver a la comodidad de ver todo por la tele”, y por otro, como los “participativos”, que son los que mantienen la motivación y el compromiso y “se la bancan”, etc. La retirada acelerada de la participación vecinal en las asambleas a partir del 2003 es diagnosticada por los militantes desde una operatoria clasificatoria de fuerte contenido clasista. El “vecino común de clase media” se va de la asamblea por tres grandes motivos: -“por comodidad, ahora que las cosas están mejor me quedo tranquilo” (déficit simbólico que genera déficit de generación de capital político y organizativo); -“por necesidad, tengo que parar la olla y ahora que hay laburo hay que aprovechar” (déficit capital económico); o -“por ignorancia o comodidad, confía que la dirigencia y las instituciones vuelvan a proteger sus intereses y aspiraciones” (déficit capital cultural y simbólico).

Otras clasificaciones usuales de los vecinos comunes aluden directamente al capital simbólico: “vecinos con cabeza” o “algunas luces” y “vecinos sin cabeza”, “colgados que no entendían nada”, “despistados”, etc. Los entrevistados con experiencia política o social anterior o alguna clase de formación ideológica, resaltan este “desnivel”. Los testimonios anecdóticos se multiplican: “la señora que salía a pasear al perro y de paso se metía en la asamblea”, “la chica que de repente mocionaba cantar un mantra para recuperar el equilibrio

¹⁰⁴ Algunos testimonios en documentos y entrevistas los llaman “cani sciolti” retomando la expresión utilizada por Negri y otros para referirse al surgimiento del autonomismo en Italia.

energético”, “el buen vecino que quería arreglar la plaza y cambiar la bombita del farol de la esquina”, “el que vio luz y subió”, “el que venía a ver si le destrababan un trámite previsional”, “los que venían a quejarse de otros vecinos por ruidos molestos”, etc. Es interesante observar que en algunos dichos de los entrevistados no solo aparece como señal del “no tener luces” un desinterés o desinformación sobre las cuestiones sociales, económicas o políticas generales, una falta de “manejo” del contexto nacional o internacional, sino que hay una especie de atribución de incapacidad congénita para la opinión o la participación política, una ausencia de “criterio” y no sólo de motivación o información. Por tanto, se puede esperar de ellos una colaboración concreta con iniciativas, buena voluntad, pero no aportes o tomas de posición. En este sentido opera de manera típica el requerimiento de los “habitus” que atribuyen la naturalidad, la condición de posibilidad, a una serie de disposiciones necesarias que habilitan y legitiman el accionar en el terreno político. En este caso aparece una especie de “veto” implícito o silencioso a las contribuciones de los “vecinos” menos politizados.

Pero aquéllos vecinos con elementos para el desempeño político, los vecinos “con alguna idea”, también eran sometidos al tamiz del capital simbólico en su especie más presente entre las clases medias: la moral. Así, algunos vecinos participativos, con iniciativa y con ideas son caracterizados como “oportunistas” o ventajeros que buscan a través de la asamblea convertir el uso de los poderes causales políticos generados en ventajas personales: figuración, acceder a contactos con funcionarios, o acceder a cargos, etc. A él se le opone la figura del “vecino comprometido” que presta su tiempo y su esfuerzo sin pedir ni tomar nada a cambio. La figura del “oportunista” y su expulsión o separación aparece en todas las asambleas estudiadas.

Capítulo VI

La lógica clasista de las prácticas de organización y lucha

Estructuras de movilización y detonantes iniciales

Uno de los rasgos más sobresalientes de ambos movimientos ha sido el carácter súbito de su formación y la rapidez con que se inclinaron a la acción colectiva desafiante. El “milagro” de la formación y desarrollo rápido de grupos activos formó parte del clima de aquella coyuntura turbulenta. El magma del cual surgen ambos movimientos se puede sintetizar sin dudas en la palabra “cacerolazo” como sinónimo de la movilización espontánea de las clases medias urbanas por fuera de las estructuras políticas y sindicales. Sin embargo, un análisis detenido de las crónicas de prensa de diversos lugares del país en aquellos comienzos nos muestra un panorama mucho más complejo, en donde se encuentra una fuerte activación de poderes colectivos que operaron como plataformas iniciales de un proceso de movilización. Veamos la textura clasista de estas formas de movilización precursoras.

La movilización de las organizaciones de la pequeña burguesía propietaria: las puebladas del interior

El primer punto a tener en cuenta es que las instancias convocantes de las acciones previas al “argentino”, además de las centrales sindicales con sus paros generales, fueron una amplia diversidad de organizaciones de defensa de los intereses económicos de la pequeña burguesía y la pequeña y mediana empresa. Entidades de ruralistas, de inmobiliarias, de comerciantes, de abogados laboristas, de consumidores, de la pequeña industria, se movilizaron bajo la presión que la parálisis económica venía sometiendo a sus asociados agudizada hasta lo insoportable por las medidas de restricción financiera.

En la zona metropolitana de Buenos Aires el corralito tuvo un efecto inmediato de movilización del sector comercial¹. Oscurecimientos de vidrieras, cacerolazos, “marchas de la bronca”, cortes de importantes avenidas, y hasta de la General Paz, se multiplican en barrios como Liniers, San Justo, Boedo y Caballito, durante diciembre (Telechea, 2006).

En la Capital, fue muy significativo el papel jugado por la Asociación de Abogados Laboristas con sus convocatorias por la remoción de la Corte Suprema de Justicia que concitó la inmediata adhesión de las asambleas vecinales y de los primeros ahorristas movilizados.

En algunos barrios el activismo de las asociaciones de comerciantes constituyó la fuerza principal de la movilización. Liniers puede verse como ejemplo paradigmático de este proceso inicial. Los comerciantes del barrio fueron los primeros en convocar a cacerolazos en bancos,

¹ La Coordinadora de Actividades Mercantiles (CAME) fue una de las primeras en reaccionar duramente frente a las medidas del corralito alentando abiertamente los cacerolazos y convergiendo con otras organizaciones e incluso con la CTA y la CGT en los paros generales. También hubo convocatorias a protestas de parte de la Federación Económica de la Provincia de Buenos Aires.

cortes de la Avda. Rivadavia, descuelgues y oscurecimientos contra las empresas de servicios. Para comienzos de enero ya funcionaban en forma asamblearia abierta para todos los vecinos y el 16/01/02 protagonizaron un espectacular “contracorrallito” bancario con alrededor de dos mil vecinos que clausuraron los bancos extranjeros del barrio con simbólicas fajas y los cercaron con un "corrallito" de 25 metros de tela con la leyenda "Acorralados por la patria financiera"².

Pero la acelerada activación del conjunto de los poderes colectivos institucionalizados de la pequeña burguesía como antesala del argentinazo se hizo aún más contundente y visible en el interior del país. Para buena parte de los sectores medios del comercio y el agro, el problema fundamental no era en ese momento la pesificación de ahorros, sino el endeudamiento y el parate de la demanda agudizado por las trabas a la circulación monetaria y la interrupción de las cadenas de pagos. Las movilizaciones eran maduras por una progresiva parálisis económica regional que venía desde hacía tiempo y que el corrallito con su secuela de calamidades venía a terminar de precipitar. La imposibilidad práctica de operar con cheques, la no aceptación de bonos, la imposibilidad de afrontar los pagos de cuotas, la ausencia de crédito, las pesificaciones abusivas de pagos en dólares realizados antes de la pesificación, las tasas y punitivos abusivos, pero sobre todo el rechazo a los topes para la pesificación de deudas bancarias, eran la fuente de la desesperación en estas movilizaciones. El seguimiento de la información de prensa de los diarios provinciales de Córdoba y Santa Fe permite avisar que la movilización de la burguesía rural y comercial³ impulsó reuniones abiertas asimilables al asambleísmo de las grandes urbes, y desató protestas que las terminarían desbordando en más de una ocasión. El carácter antibancario se muestra simplemente en el hecho de que en varias de esas localidades los comunicados hacen una insólita declaración de “instituciones no gratas” de las entidades bancarias y los exhortan a irse de la localidad si no cumplen con los pedidos de las organizaciones convocantes. En algunas de estas pequeñas ciudades, las marchas arrancaban a las 5 AM y tenía por blancos principales las entidades bancarias y algunos organismos oficiales, especialmente la AFIP. La presencia de los intendentes y de los cuadros políticos locales al frente de los actos y movilizaciones muestra también que la metodología asamblearia no tenía nada que ver aquí con la “antipolítica” o el cuestionamiento generalizado a los estamentos dirigenciales o gubernamentales.

² Ver Clarín del 17/01/02. <http://edant.clarin.com/diario/2002/01/17/e-01602.htm>

³ Estas organizaciones van desde ASUSERFI que nuclea usuarios de servicios financieros, hasta la Sociedad Rural de Esperanza, Chabás y muchos otros pueblos, pasando por la mayoría de las organizaciones más conocidas como FAA, APYME, etc. Todas ellas conformaron, incluso con apoyo de los ejecutivos y legislativos comunales, Comités de Emergencia Económica en 30 localidades que comenzaron a impulsar acciones.

La emblemática pueblada de Casilda del 15/01/02 había comenzado como una protesta masiva encabezada por el intendente Rosconi (PJ) contra las restricciones financieras pero terminó con varios edificios (entre ellos el de la AFIP) y bancos incendiados, 15 heridos y 18 detenidos. Fue precedida por una sucesión de convocatorias a protestas y medidas de bloqueo a las sucursales de los principales bancos en otras 40 localidades de Santa Fe y Córdoba⁴. En estas puebladas de Casilda, y luego en Arequito⁵, la resistencia a la represión policial y los desbordes reedita lo ocurrido el 19 y 20 de diciembre en la Capital. Sin embargo, en estos casos las convocatorias a la protesta están perfectamente encuadradas en las organizaciones económicas y sociales muy lejos del carácter espontáneo e inorgánico de las acaecidas en la ciudad capital.

El 17/1/02 la mayor parte de las organizaciones económicas de la pequeña y mediana burguesía rural y comercial del sur santafecino, a las que se sumó la CTA, realizó una marcha a la ciudad de Rosario⁶. No obstante haber sido menguada por el miedo producido por los incidentes de Casilda y por los anuncios de ampliación de la pesificación de deudas, mostró su poder de convocatoria: una caravana de 150 vehículos de todo tipo, incluidos camiones volcadores, palas mecánicas, retroexcavadoras, volquetes, tractores, colectivos y hasta el lujoso automóvil importado de un conocido empresario, se desplazaron hasta la Bolsa de Comercio, en el corazón del microcentro. Las consignas de esta marcha fueron "Queremos trabajo, pan y educación para nuestros hijos y que la pesificación uno a uno sea inamovible", "Salvar a las PYMES y sus empleados", "Basta de corralito, queremos trabajar".

En ese mismo día y hora, clientes autoconvocados del Banco de Boston se concentraron frente a su principal sucursal en la peatonal Córdoba casi cruzándose con la marcha de productores, dando lugar a una insólita superposición de reclamos incompatibles en casi el mismo lugar: los productores por la pesificación de sus deudas, los ahorristas por la dolarización de sus depósitos, poniendo en evidencia las contradicciones de los poderes causales económicos derivados de las formas de propiedad estáticas frente a las dinámicas.

El surgimiento de las asambleas y los ahorristas estafados

Las asambleas surgen mayoritariamente como autoconvocatorias espontáneas luego de los cacerolazos callejeros y cuenta con mayor presencia de estructuras de movilización previas y de militantes o ex militantes. En este sentido, tienen un componente inercial respecto a las grandes protestas colectivas. La movilización de los ahorristas está más

⁴ Ver diario La Capital de Rosario entre el 11 y el 18 de enero.

⁵ También hay grandes movilizaciones no violentas en las multisectoriales de San Nicolás, y en varias ciudades del sur y este de Entre Ríos.

⁶ http://archivo.lacapital.com.ar/2002/01/17/articulo_44.html

desligada del proceso de movilización general y con mayores signos de orfandad de capital político y poderes causales colectivos previos.

El primer corte que podemos hacer en el caso del movimiento asambleario es entre asambleas con estructuras de movilización previas o sin estructuras previas. Ninguna asamblea puede considerarse como desarrollo lineal de formas anteriores, porque todas fueron atravesadas por una situación de “desborde participativo”, pero el análisis de las estructuras de movilización precursoras o precedentes permite observar la activación de algunos poderes causales clasistas.

En los casos mayoritarios que no registran actividad de estructuras previas, surgen exclusivamente como formas cristalizadas del impulso movilizador de los cacerolazos en la crisis. De esta manera, las personas concurrentes afrontan una situación bastante atípica: no se conocen entre sí, no hay contactos previos ni relaciones de confianza, y tampoco poderes causales colectivos previos. Este compartir la desesperación con “desconocidos” intentando colectivizar intereses y acciones desde la nada, es lo que llama la atención y lo que más atrajo a varios de los miembros fundadores de estas asambleas.

Las asambleas de Palermo o Bajo Belgrano muestran este tipo de procesos generadores. Los vecinos se encuentran en la calle, la cacerola los unifica y después de sacarse la bronca golpeándolas quieren mantenerse juntos, intercambiar puntos de vista y proponer respuestas colectivas. En los testimonios se celebraba el hecho de que “nadie convocaba”, “nadie manijaba”, “era todo espontáneo”⁷. En Rosario y Mendoza muchas asambleas se forman como desgloses de las primeras convocatorias de grandes asambleas como las del Monumento a la Bandera y la Plaza del “Km. 0”. Almagro y otras muchas asambleas son impulsadas por concurrentes a las grandes convocatorias del Parque Centenario, o se forman luego de los primeros cacerolazos con marchas a Plaza de Mayo. Los asambleístas de A. Gallardo y Corrientes aluden a esto diciendo que la asamblea “tuvo orígenes puramente catárticos”.

Otras experiencias incluyeron estructuras de movilización previas sobre las que se constituyeron las asambleas. En Florida Este las primeras convocatorias fueron realizadas por gente que venía trabajando muy fuerte con el FRENAPO. Néstor decía todavía sorprendido:

Pasamos de un domingo a la mañana de una convocatoria del FRENAPO que fue un fracaso, al sábado siguiente que fue importantísimo. Pero dejamos que la cosa fluyera sin nuestro sello. Incluso para el día 20/12 estaba prevista una marcha del FRENAPO, pero la cosa explotó antes.

Aún en asambleas de “origen catártico” se reconoce la importancia de la presencia de los partidos de izquierda. Los de Almagro y Palermo aclaran que el PO “era muy evidente” en

⁷ Un caso extremo de desbordamiento de estructuras de movilización preexistentes fue el caso de las convocatorias de la Asociación de Abogados Laboralistas a protestar frente a Tribunales pidiendo la renuncia de la Corte “menemista”: los dos mil asambleístas concurrentes no dejaban usar el micrófono ni siquiera a los organizadores de la convocatoria.

esos primeros días y que sus militantes tuvieron una gravitación importante en el “armado inicial”.

La A. Gastón Rivas se formó tres meses después del 19 y 20D sin presencia de los partidos de izquierda de la zona que estaban “poniendo todas las fichas” en la asamblea mucho más grande de Parque Rivadavia. Pero en el caso de esta asamblea las relaciones de amistad o de afinidad provenientes del ámbito universitario operaban como catalizador de la movilización inicial.

En las asambleas de bases populares los puntos de partida son estructuras de movilización previas gravitantes y bien definidas.

En la A. de San Telmo la forma precursora inicial es un nodo del Club del Trueque dominado por la pequeña burguesía en crisis. Incluso la sede de la asamblea hasta hoy sigue siendo el lugar en donde se hacían las reuniones “para trocar miseria”. Así lo contaba Rubén Saboulard:

Encontramos una movida que todo el resto de la izquierda desperdió y que es una de las claves de por qué nosotros duramos tanto, que fue el tema de los Clubes del Trueque. Y ahí nosotros hicimos pie montando lo que se llamó la Red Solidaria –que también estaba Juan Carr– y fue la red de “los clubes del trueque de la izquierda” [...] en esta esquina teníamos mil personas que se juntaban todas las semanas. ¿Y qué nos permitió los clubes del trueque? Conocer, conocer, conocer los barrios, la gente, las casas ocupadas, los vendedores ambulantes, los ladronzuelos que cambiaban la rueda de una bici por porciones de pizza... todos con los que después armamos la asamblea.

Grupos militantes fuera de las estructuras políticas, combinados con formas de respuesta solidaria ante la crisis, constituyeron la estructura mínima de movilización inicial.

En el caso del Parque Avellaneda los grupos militantes movilizados por los acontecimientos del 19 y 20D se mezclan con los vecinos. Néstor los graficaba

Nadie se paró en una esquina para reclutar gente [...] Había hambre en serio y se juntaron por sí solos los vecinos [...] confluyeron militantes, ex militantes, gente que nunca había participado en nada [...] un número que superaba las 100 personas, reunidos en el parque a la intemperie.

Los grupos militantes no tardan en ponerse al frente de iniciativas solidarias ante la emergencia. Con liderazgos definidos como el de Vera, incluso comienzan a convocar a ex militantes y ex compañeros de militancia de otras épocas para que se sumen al armado de la asamblea. La olla popular permitió reforzar la convocatoria y estabilizar una estructura mínima.

El caso de las asambleas de bases populares muestra que el principal poder causal activado en las estructuras de movilización iniciales es justamente la capacidad organizativa de respuesta solidaria por parte de aquellos detentadores de capitales políticos previos.

Los ahorristas reconocen como principal estructura de movilización inicial... ¡a las asambleas! Al comienzo varias de ellas tomaron los reclamos contra el corralito, convocaron

abogados para asesorar e incluso realizaron cacerolazos ante sucursales bancarias⁸. Los asambleístas de Florida Este y de Godoy Cruz aseguran que “en las primeras convocatorias habían caído muchos ahorristas”. Ante la ausencia de estructuras de movilización preexistentes y el llamativo desinterés de los partidos políticos, el intento de algunos de ahorristas de canalizar sus demandas a través de las flamantes asambleas aparece en un marco de confusión general que los hacía ir a todos lados en busca de respuestas o de un ámbito en donde “empezar a moverse”. Wakstein, precursor de la lucha de los ahorristas, aunque no participó de las protestas del 19/12/01, comenzó concurriendo a la asamblea de Parque Centenario. Argelia, una de las fundadoras del grupo que escrachaba bancos en Diagonal y Florida, también concurrió un par de veces a la asamblea de Medrano y Corrientes después del 19/12. En el interior del país es aún más nítido que los movimientos de ahorristas constituyen verdaderos “desgloses” de los primeros cacerolazos y grandes asambleas. En Córdoba este fenómeno es más común ya que los ahorristas como tales recién aparecen en junio del 2002 cuando comienzan a reunirse en la sede de Luz y Fuerza, y mantienen un fuerte contacto con la CAME. Hasta ese momento los escraches en bancos y las principales reivindicaciones de los ahorristas habían estado sostenidas por la asamblea del Cerro Las Rosas, uno de los barrios más pudientes de la capital mediterránea. En Rosario ocurrió algo similar pero en tiempos más breves. Al comienzo, los escraches a los bancos, muchos de los cuales terminaban en roturas y daños, cuando no en fricciones con la policía, eran decididos en la asamblea que se realizaba todos los lunes en el Monumento a la Bandera y que contaba con la presencia mayoritaria de vecinos asambleístas y militantes de izquierda, la CTA y algunos gremios combativos. Recién a fines de enero comenzaron a autoconvocarse los ahorristas y encarar sus propias acciones de manera separada.

Las asambleas constituyeron una estructura inicial de activación de algunos ahorristas pero rápidamente las descartarían como canales adecuados a sus expectativas e intereses. Los testimonios son convergentes. Por un lado, los ahorristas sentían que la asamblea “estaba para otra cosa” y que tomaban “temas más políticos”. “Trataban de abarcar demasiadas cosas y a nosotros eso no nos servía”, “se iban mucho por las ramas”, comentaban varios de los entrevistados que pasaron por ellas. Por otro lado, en las asambleas no tardó en percibirse ese desacople con las demandas “obsesivas” de recuperación de los depósitos: “estaban muy locos”, “no pasaban de eso, la cuestión de la plata era su único tema y preocupación”, “venían algunos al principio y planteaban sus cosas... pero cuando veían que quedaba como “una cosa

⁸ La asamblea de Santa Fe y Scalabrini Ortiz hizo una marcha por Avda Santa Fe hasta Coronel Díaz escrachando todas las sucursales bancarias a su paso, colocando fajas de “Clausurado por ladrones” (Clarín del 24/01/02).

más”, se iban”; “tenían un actitud muy egoísta de pensar en lo de ellos nada más”. Un asambleísta de Almagro relataba:

Era cómico, una vez vino una señora y pretendía que el tema del corralito y el corralón fuera el único tema de discusión, decía que si no se resolvía eso todo lo demás era cháchara, cuando vio la catarata de temas que se propusieron para discutir en el orden del día, se fue puteando, diciendo que le habíamos hecho perder el tiempo, que ¡a quién carajo le importa que los piqueteros van a hacer una marcha el viernes!

El rápido fracaso en intentar canalizar sus demandas a través de las asambleas en la Capital dejó a los ahorristas munidos exclusivamente de su propio capital social individual sin poderes causales colectivos de ningún tipo a las que recurrir, y con escasísimas experiencias o capital político previo entre sus miembros.

Los principales grupos organizados (ABAE y AARA) reconocen dos estructuras de movilización ajenas a las asambleas y a los cacerolazos de la época. Por un lado, los foros de Internet que en un momento propiciaron la necesidad de reunirse y “hacer algo más que llorar sobre el teclado”. Por otro lado, la presencia mediática de personajes públicos o profesionales de prestigio. El recurso a contactar artistas y deportistas damnificados como Nito Artaza, Perico Pérez, Cristina Alberó, aporta repercusión, llegada a los medios y legitimidad con su imagen, capacidad de convocatoria, pero no estructuras organizativas.

Quienes se abocaron a impulsar las estructuras de movilización iniciales y que armaron las primeras reuniones de mediados de enero fueron profesionales de cierto “nombre” o con un “capital social” mínimo propio a movilizar, intentado algunas gestiones o contactos aprovechando cierto nivel de acceso a legisladores, jueces o funcionarios del área económica. Es el caso del economista J. J. Guareschi, profesor universitario, quien tuvo activa participación suministrando todo tipo de análisis sobre lo ocurrido y que prontamente sumó un grupo de profesionales contadores, arquitectos, e ingenieros quienes mayoritariamente venían participando en los foros web.

AARA reconoce sus orígenes en el foro del diario La Nación, donde realizaron los primeros intercambios de opiniones y comenzaron a vincularse con otros grupos ya formados pero la tónica dominante era la catarsis virtual y una fuerte resistencia a aglutinarse. Luego de mucho insistir Báez Silva, Fanny y otros lograron armar convocatorias numerosas para discutir la formación de una asociación y sumar a los bonistas, pero no había interés en plegarse a las protestas que ya se venían desarrollando en la City.

Las dificultades iniciales son reflejadas en el testimonio de Báez Silva.

Veíamos que había diez grupos [foros web], en muchos se repetían los correos [...] entre digamos cuatro mil, había cuatrocientos que se repetían en distintos foros [...], pero la unión no caminó [...]. Después la vía alternativa era unir a la gente que estaba en la marcha con la gente de los foros y formar una Asociación Civil que no tuviera que ver con ninguno de los dos lados [...] pero todo se demoró y en realidad la asociación comienza a funcionar orgánicamente el 4 o 7 de julio 2002 si mal no recuerdo [...] La personería y la habilitación recién es de enero de 2003.

En otros lugares, el movimiento se forma en un proceso completamente al margen de las asambleas y de los cacerolazos. En Bariloche un comerciante y un director de escuela con dinero de la Cooperadora escolar atrapado en el corralito, comenzaron convocando en los salones de actos de diversos colegios. Claudio recuerda:

[...] yo conocía diez o quince personas nomás. Con muchos de ellos nos encontrábamos en distintos lugares, la Iglesia, otro era el que vendía la papelería del Centro Atómico, otros que eran compañeros de trabajo [...]

Aquí las instituciones locales como escuelas o Iglesia, los lugares de trabajo, e incluso los encuentros cotidianos en los comercios, brindaban conocimiento personal como contexto favorable para forjar redes de micromovilización. Sin embargo, el movimiento aquí fue sumamente débil y de corta vida.

El caso de Mar del Plata es notable porque el origen del movimiento, no solamente es exterior al proceso de movilización general durante la crisis sino que, es exterior respecto la ciudad misma. La primer convocatoria es de un “extranjero”, un no residente en la ciudad. Buceta, uno de los fundadores del grupo, lo cuenta así:

[...] aparece en el diario que en B. Blanca había comenzado un movimiento de protesta que lo había organizado un médico psiquiatra de Coronel Juárez. Ese médico empezó a dar conferencias de cómo hacer para reclamar, cómo formarse [...] En B. Blanca mucha bolilla no le dieron y entonces viene acá y hace una convocatoria por diario...y yo soy de Puán, mi familia es de Juárez [...] Hace una convocatoria en el Centro Gallego y van mil personas, rebalsaba de gente [...]

La figura de esta persona –supuestamente llamada Azpitarte– es algo fantasmagórica, todos la citan pero algunos ni siquiera recuerdan bien el nombre, ya que lo vieron solamente ese día. Eduardo Colombo lo cuenta así:

Me acuerdo que Azpitarte avisó lo que iba a pasar...que esto no era joda, no era como con el plan Bonex, que con los juicios no iba a alcanzar, que si no salíamos todos no iba a pasar nada [...] pero dos o tres saltaron y lo acusaron de que lo mandaban los bancos [...] algunos nos quedamos al final organizándonos y al otro día compramos unos aerosoles y fuimos a los bancos.

El recuerdo parece transmitir la certeza de que la importancia de esa reunión fue nada más ni nada menos que la transformación del marco con el que se percibía la situación. Lejos de tranquilizar o brindar alguna clase de certeza sobre lo que iba a ocurrir, Azpitarte profetizó “si no salen a pelear pierden todo”. El discurso del supuesto psiquiatra chocaba con las percepciones previas del marco diagnóstico. Lejos de satisfacer las expectativas iniciales de los concurrentes a la convocatoria, de escuchar a alguien “que te cante la justa”, brindando esperanzas en quiméricas soluciones legales o fórmulas de política económica salvadoras, colocó a los ahorristas mismos como la única esperanza de solución⁹.

⁹ El pedido de abandonar una forma de pensar, es decir, de trastornar el capital simbólico, se puede hacer con más eficacia desde una distancia que sustrae al enunciador del campo de intereses visibles. El poder simbólico adquiere una fisonomía impersonal –un carácter no contaminado y casi profético- cuya eficacia es directamente proporcional al rechazo inicial y las divisiones que produce.

El análisis de los detonantes de la movilización o de acontecimientos precipitantes (Smelser, 1989: 223 y ss.) brinda también oportunidades de análisis de los poderes clasistas movilizados. Nuevamente aparece aquí la cuestión de la continuidad o no respecto del proceso de movilización colectiva general. En el movimiento asambleario los factores detonantes inmediatos de la participación colectiva provienen del mismo contexto de movilización. El movimiento asambleario surge en gran medida del “acontecimiento” heroico de la movilización y la resistencia al estado de sitio y la represión del 19 y 20 de diciembre del 2001, de la indignación ante el asesinato de los jóvenes con el que se bautizaron varias asambleas, luego reavivados por la matanza de los jóvenes en una estación de servicio en Floresta, con los asesinatos en el Puente Pueyrredón y más tardíamente por la represión en la fábrica textil Brukman. En Rosario los asesinatos originados en la represión policial, especialmente el de Pocho Lepratti, en Mendoza la divulgación de desgrabaciones de escuchas con entretelones de un escándalo de coimas a concejales, y en Córdoba los continuos desatinos del intendente Kammerath, operaron de la misma forma. En gran medida el movimiento asambleario es un auténtico emergente del contexto de movilizaciones colectivas desatadas con la crisis.

Pero entre los ahorristas el proceso encuentra detonantes de un tipo muy distinto. Ya vimos que una gran parte de los ahorristas no participaron ni en los cacerolazos ni en las jornadas del 19 y 20, que tampoco se involucraron respecto a la represión y que en muchos casos, ni siquiera tenían registro de los asesinatos de Floresta o los incidentes en Brukman. El contexto de movilización generalizada y el marco político no operó en ningún momento como un detonante o como un inductor a la movilización entre los ahorristas.

En cambio, los testimonios llaman la atención acerca de una suerte de saga de audacias individuales y valientes resistencias que circulan entre los ahorristas a partir del “boca en boca”. En varios testimonios aparecen como precipitantes de la decisión individual de pasar a la acción una serie de hechos que eran leídos como “actos heroicos” frente a los flagrantes abusos de los bancos. Algunos de ellos trascendían por la prensa nacional o provincial y otros eran presenciados en las colas de los bancos o dentro de ellos.

El “veraneo en el HSBC” de Marcelo Wakstein, que inmediatamente gatilló el surgimiento del movimiento de marchas y escraches en la Capital, puede considerarse un caso ejemplar de este tipo de actos, pero fue precedido y sucedido por una serie de hechos de resistencias individuales con efectos motivadores para la lucha.

Uno de los primeros registros de prensa de una acción deliberada de protesta individual se ve en el siguiente recuadro. El hecho de que en estos casos los clientes no eran reprimidos con violencia, que suscitaban simpatía o apoyo del público, y hasta obtenían mejor trato y

alguna respuesta de los bancos mostraba la vulnerabilidad de los mismos ante la amenaza de generalización de las protestas y la imposibilidad de recurrir a la fuerza pública.

Este incidente llegó en forma de rumor a las entidades del microcentro porteño y fue reproducido en los corrillos bancarios de distinta manera. Algunos decían: “Entró con una ¡¡¡ametralladora recortada!!! y gritó me dan los 70.000 dólares o no queda nadie vivo”, y otras exageraciones por el estilo que llenaban de temor a los bancarios y de entusiasmo a los ahorristas. La sensación de inseguridad, que tempranamente empezó a cundir entre el personal bancario, es anterior a la generalización de los escraches organizados y fue producida por estos hechos individuales o reacciones espontáneas, luego amplificadas por el rumor. El 16 de enero el Banco Río disponía que todo su personal, en todas las sucursales del país, no use más uniforme y vista ropa informal por “miedo a sufrir agresiones, tanto adentro como afuera del banco” contaban los gremialistas bancarios marplatenses.

Los Andes 17/01

Ayer Leonardo, de 47 años, no pudo más. Su desasosiego había comenzado el miércoles cuando se encontró con que los 10.000 dólares que había transferido el 17 de diciembre desde el Sudameris figuraban en pesos en el Francés [...] Ayer, y frente a la falta de respuestas, Leonardo cumplió su palabra. Primero les pidió ayuda a los custodios del banco, y como se negaron, él mismo marcó el 101 y denunció su situación a la Policía [...] comenzó a vociferar “El Banco Francés se ha quedado con mis dólares. Sepan todos que me han engañado”, era lo más suave que gritaba Grassi en el medio del hall central. Cuando sintió que dos policías lo tomaban de los brazos y lo conducían sin más hacia un móvil, el resto de los clientes no cabía en sí de la indignación. Antes de que el móvil arrancara, el hombre abrió la puerta y prácticamente se lanzó del auto. Casi sin aliento entró corriendo al banco, donde la gente hizo un verdadero corralito humano para protegerlo. Incluso algunos clientes no escatimaron en intercambiar manotazos con los guardias de seguridad [...] A los pocos minutos el gerente del banco bajó e invitó a Grassi a conversar a su despacho [...] Dos horas más tarde, Grassi salía por la puerta lateral del banco con quinientos dólares en un bolsillo y el comprobante de saldo de su caja de ahorro que decía US\$ 9.500, en el otro.

Pero el mito del que entró con un arma al banco fue superado a los pocos días por la realidad. Un jubilado ferroviario de Tandil había entrado a la oficina del Gerente de la sucursal del Bansud y obtuvo la devolución de sus 20.000 dólares con un argumento convincente en la mano: una granada¹⁰. Aunque esa misma tarde el ahorrista fue detenido en su casa, aparentemente no pudieron encontrar el dinero lo

que también lo transformó en un héroe para los miles de ahorristas que participaban en los foros y comenzaban a organizarse. No faltaron los que aseguraban que ellos “hubiesen detonado la granada igual”.

Un empresario de la construcción rosarino ensayó una audaz estrategia de presión: se presentó en el banco Suquía pidiendo retirar fondos de su cuenta. Escuchó la explicación de que sus ahorros estaban congelados y sin mediar discusión se fue. A los minutos volvió con una veintena de trabajadores que “ocuparon el banco” explicando que si no le dejaban mover

¹⁰ El Clarín del 24/01 titula una nota “Tandil: retiró su plata, pero con una granada”. <http://edant.clarin.com/diario/2002/01/24/e-01602.htm>

el dinero no les podría pagar. Nuevamente el banco terminó negociando y destrabando la situación¹¹.

Este caso es muy interesante por la movilización del tipo de poder causal. El capital económico entendido como disposición de fuerza de trabajo, el poder de “poder dar trabajo”, propio de las formas dinámicas de propiedad, deviene inmediatamente en capital organizativo con capacidad de acción de presión, convirtiéndose *ipso facto* en un poder situacional. La propiedad económica no asume la forma de ahorro sino la forma de capital de trabajo, de salario, lo que inmediatamente se convierte en un fuerte legitimador de acción colectiva.

El conjunto de estas resistencias dispersas e individuales mostraban también su eficacia para forzar a la negociación y la vulnerabilidad de los bancos ante la imposibilidad política de reprimir.

En Mar del Plata, a poco de implementarse el corralito, en algunas sucursales sobre todo de la zona portuaria, los clientes terminaron rompiendo las vidrieras

[...] salían a la calle a buscar piedras y volvían a romper las vidrieras. En un caso destrozaron a fierrazos un cajero automático y salían corriendo. La policía no sé que hacía, pero parece que dejaba hacer. Fue el primero signo de alerta. (F. Cuestas, Secretario General de la Asociación Bancaria)

Di Ranni y otros entrevistados cuentan que antes de que salieran los ahorristas a escrachar, algunos bancos amanecían con vidrieras rotas o enchastrados con pintura. Decían que había gente que recorría de noche en auto y les tiraba con gomeras o incluso también con armas de fuego. Los ahorristas tomaban estos hechos como alentadoras demostraciones de que la gente se iba a resistir y que había muchos dispuestos a pelear.

Otro fenómeno que producía confianza y aliciente entre los movilizados era lo que se podría denominar “manifestaciones de solidaridad por impulso” en el medio del trajín mismo de la actividad bancaria. Cuando alguien en los mostradores se quebraba en llanto, suplicaba o se enojaba se originaban expresiones espontáneas de repulsa al banco entre el público y gestos de acompañamiento al damnificado.

El papel de las acciones heroicas y la solidaridad por impulso motivaba diversas medidas en los bancos: los empleados recibían instrucciones estrictas de no responder a las agresiones y comenzaron a dejar personal de seguridad cerca de la línea de cajas y atención al público. Cada vez que alguien levantaba la voz el personal de seguridad se acercaba y por lo bajo lo exhortaba a la calma y, eventualmente, lo sacaban del lugar tratando de pasar desapercibido para evitar detonar estas expresiones de solidaridad colectiva.

La ausencia de capitales económicos, sociales, burocráticos y políticos preexistentes, la falta de estructuras de micromovilización disponibles, maximiza la importancia de los detonantes y las acciones heroicas. El origen del movimiento autoconvocado de ahorristas de

¹¹ Ver La Capital de Rosario del 28/01/02.

Capital, conocido como “los rompebanco” de Diagonal y Florida, comienzan a partir de la protesta individual realizada por M. Wakstein. Veamos como la cuenta el mismo protagonista.

Mandé un mail a los medios ese 24 de enero [...] A las 13 hs. fuimos caminando en short, remera y ojotas y mi mujer también [...] dos sillitas una lona, mochila, termo, baldecito y nos metimos en el banco [...] en el hall central HSBC de Santa Fe y Larrea, y en un momento dado quiero abrir una de las sillitas y se me acerca una de las personas de seguridad y me pregunta qué es lo que pensaba hacer. Le digo que soy cliente del banco y que iba a sentarme en la sillita, me dice que no se puede hacer, que va a hablar con el gerente y cuando el tipo se da vuelta abrimos las sillas extendimos la lona y pusimos un baldecito [...] a los 5' que estábamos ya habían llegado dos fotógrafos de los medios, después la primer cámara de TV a los 10' ya no había un solo lugar en la vidriera del banco para que entre una cámara más [...] Yo le había dicho a un amigo que vaya con una cámara de fotos cuando llegó no pudo sacar ni una sola foto hacia adentro [...] Ahí nos sentamos, a la gente clientes y empleados les causó mucha gracia, y el banco lo que hizo fue cerrar las puertas, y a los clientes los hizo salir por la puerta de servicio [...] la gente se enojó porque no salía por la puerta principal [...] sacamos el mate, una bebida, bueno[...]gente que estaba en las colas se acercó nos felicitó, gente que se puso a tomar mate [...] las dos horas más largas y famosas[...]porque después todo el mundo me preguntaba cuántos días me había quedado en el banco[...]pero en realidad a las 3 de la tarde que es el horario que cierra, le hice levantar a mi hijo un papelito que había tirado al piso, y nos fuimos.. eso fue todo. ...Me di cuenta que la gente del banco no podía hacer nada, estaban paralizados...el gerente no tenía directivas, porque si yo hubiera entrado a romper algo llamaban a la policía pero yo era cliente y no estaba infringiendo ninguna ley ni nada por el estilo [...] lo único fue que me senté en el hall en mi propia silla, ja, ja [...] Me acuerdo que pasó una cajera que todavía está y me dijo ¡Bárbaro lo que hicieron!

Las acciones ejemplares individuales permiten estimular la acción de los descontentos que carecen de otros poderes causales colectivos. El testimonio de Fanny, una de las que concurrió inmediatamente a solidarizarse con Wakstein, es esclarecedor acerca de este elemento heroico como marco movilizador.

Yo estaba muy alerta con la radio viendo si había algún grupo que se junta [...]y cuando escuché que había un matrimonio que se había instalado en un banco como si fuera la playa, yo salgo derecho a ese banco. Me encuentro con él y me solidarizo con él. Convocamos para el día siguiente la primera marcha al Congreso, nos juntamos y organizamos una marcha al BCRA, fuimos primero al Congreso y después al BCRA.

Esa marcha al microcentro fue el bautismo de fuego de los ahorristas y también fue detonante de nuevos hechos “heroicos”.

[...] me crucé a dos camiones de caudales, vi que venía uno por una calle, otro por otra y fui y me planté ahí para que no pasaran, fue una reacción totalmente espontánea, estaba con otra ahorrista que nos hicimos muy amigas, que somos como hermanas. No nos despegamos nunca [...] le dije primero a ella lo que iba a hacer y ella me dijo “yo también”, y otro ahorrista también dijo “y yo voy” [...] y estábamos ahí, y al rato viene el móvil de la policía ¡pero no nos pudieron sacar!

Algunos medios amplificaron la protesta de Wakstein. Es claro que Wakstein no se proponía realizar la protesta como señal para que otros se movilicen, él fue el primer sorprendido por la reacción inmediata de otros ahorristas.

Yo quería recuperar mi guita, no tenía otra cosa en la cabeza...Mi idea original no era armar un movimiento, fui el iniciador a través de una idea y fue lindo la recepción en la gente, fui uno de los arrancadores digamos.

Su propósito era presionar al banco para obtener una solución individual especulando con el deterioro de la imagen del banco ante los medios. En nuestro esquema conceptual, la eficacia catalizadora de este caso de acción de protesta individual debe asociarse a la cuestión de los costos de exposición y al efecto demostración de uso eficiente de acción disruptiva en

tanto recurso de poder situacional, cuando el resto de los poderes causales había perdido total eficacia. Fanny ya había tomado contacto vía foros con otros ahorristas pero justamente ahí era que se detectaba este rehuir a los costos de exposición. Entre los descontentos no parecía encontrarse disposición para invertir tiempo, esfuerzo y “reputación” en la protesta abierta. En cambio se confiaba más en las estrategias judiciales o en un quimérico cambio político derivado de la presión de la movilización generalizada. Argelia, que aún no había tomado contacto con los foros, también percibía que “sólo animándoseles se podía pensar en que algo iba cambiar para que nos devuelvan lo que nos habían robado”. “Faltaba gente que estuviera dispuesta a jugársela”, afirmaba, recalcando que “el compañero Marcelo fue el primero que no les tuvo miedo y lo demostró”.

La actitud de entrega, junto con la resolución no represiva, la resonancia mediática y el carácter desafiante y al mismo tiempo pacífico, fueron los factores que detonaron la decisión de pasar a la acción colectiva y a un intento de generación de poder causal colectivo basado en la protesta sobre los bancos. Estos ahorristas no pensaban tanto en una solución a nivel político o institucional para su demanda –como ABAE y AARA que aparecerían en las semanas siguientes– sino en una presión directa sobre los bancos.

Llama la atención el claro tinte clasista de las distintas instancias de activación y reclutamiento o contextos de micromovilización iniciales. Los ahorristas que se entusiasaban con los rumores de “corajeadas” ejemplares y se acercaron a Wakstein eran de clases populares o clases medias bajas. Los que participaban en los foros de la Web eran en general profesionales y clase media alta, menos predispuestos a “poner el cuerpo”, invertir tiempo y esfuerzo en reuniones, y más predispuestos a buscar el mejor asesoramiento legal o la información posibles.

Las configuraciones de poderes causales en los iniciadores e impulsores

Una de las formas de observar el peso y la gravitación de los determinantes clasistas es detenerse en las fases iniciales y en aquellos participantes precursores que impulsaron el surgimiento de los grupos y sus acciones. En la literatura especializada suelen llamar “iniciadores”, “impulsores”, “madrugadores” (Craig Jenkins, 1994; Munck, 1995) a quienes afrontan los mayores costos, el mayor esfuerzo y la mayor inversión de capitales individuales.

El primer elemento a tener en cuenta son los factores condicionantes y las motivaciones individuales del involucramiento inicial. Lo primero que resalta es la vasta amplitud de estos factores y motivaciones entre los asambleístas y lo limitada y ceñida que es entre los ahorristas.

La “fauna” que se volcó inicialmente en las asambleas con una voluntad de protagonismo sorprende por la cantidad de motivaciones diversas.

En principio los “militantes”, que desde el punto de vista de los poderes causales poseen ciertas capacidades de intervención en el plano de la lucha política, actúan de manera calculada, regular y conciente para acrecentarla y acumularla.

Dentro de la militancia tenemos una primera gran e importante división: la militancia previamente encuadrada en estructuras de movilización políticas o de otro tipo y aquéllos que, teniendo estas aspiraciones y la disposición de actuar, no están encuadrados en ninguna estructura previa. En el primer tipo tenemos fundamentalmente a cuadros y militantes de los partidos de izquierda entre los que se destaca el Partido Obrero (PO) pero también otros partidos de izquierda o centroizquierda (PTS, IU, ARI, AyL) y organizaciones sindicales (CTA-Central de Trabajadores Argentinos) que incorporaron de diversas maneras las instancias asamblearias en sus estrategias políticas.

Las clases medias urbanas debían enfrentar la crisis desprovistas de poderes causales colectivos, dando pie a la tentación de los partidos de izquierda de presentarse como oferta de capital organizacional y recursos interpretativos para satisfacer una demanda súbita impulsada por el descontento de sectores descolectivizados y despolitizados. Sin embargo, a poco de empezar, este proceso produjo también la reactivación de poderes causales “dormidos” de ex militantes desalentados de los '90, o militantes históricos que vienen de los '70, en fuerte contradicción y competencia con los aparatos de izquierda. Como los partidos de izquierda, la mayor parte de las veces, lejos de aumentar su predicamento y el apoyo de estos sectores los espantaba con sus disputas facciosas, la aparición de ofertas alternativas de “construcción política” se puso rápidamente al tope de las agendas de la mayor parte de las asambleas que dieron la espalda a los partidos de izquierda.

Un segundo tipo de militante impulsor de las asambleas lo tenemos en esta variedad de viejos ex militantes, o nuevos militantes sueltos escapados o desengañados de los partidos de izquierda o centroizquierda, estudiantes, e incluso intelectuales, todos interesados en trasvasar experiencias anteriores, generar nuevas formas de práctica política, o simplemente “luchar contra el neoliberalismo” o “contra el capitalismo”. Gente “con muchas pilas pero huérfanos de estructura política”, “jóvenes con expectativas radicales sin experiencia política” (Svampa, 2005: 267) eran las semblanzas de estos miembros fundadores. La revolución socialista o anticapitalista traicionada o desnaturalizada por los partidos de izquierda, el derrocamiento del neoliberalismo o los políticos y la refundación de la democracia, o la formación de comunas autónomas libertarias, desfilan en los múltiples testimonios de los asambleístas militantes de Almagro, Gastón Riva, Palermo, o Florida Este.

Es necesario remarcar que los “militantes no encuadrados”, en general, distan de estar despojados de otras articulaciones colectivas. Suelen trasvasar experiencias anteriores

políticas o sindicales, o modalidades de intervención en la política universitaria y el mundo académico. En este sentido, quizás sea algo confuso la categorización como “no encuadrados” puesto que hay otros patrones de referencia para la acción que inspiran y alientan a los participantes. Quizás sea mejor utilizar el término “encuadramientos blandos” menos visibles o no tan explícitos como los encuadramientos duros de partidos o sindicatos en donde las lealtades son mucho más explícitas y visibles.

En muchos de estos casos, la atracción por la novedad fue un factor importante para algunos militantes en crisis o ex militantes desengañados. Varios entrevistados en las asambleas con más presencia juvenil marcan la ausencia de espacios alternativos de militancia, el “salir de la burbuja” y discutir, intercambiar opiniones, como motivaciones que incidieron en la opción personal para participar.

Jorge, con 40 años de afiliado al PC, de la Asamblea Gastón Riva de Caballito, se muestra entusiasmado:

El 24 de marzo marché con el partido. Fue la última presencia mía con el PC. Esto me generó muchísima expectativa [...] estaba compuesta por viejos y jóvenes, jovatos y novatos, y eso llamaba la atención... Que hablemos entre todos [...] fue una experiencia totalmente impresionante. Me involucré mucho.

Es interesante el caso de Bruno, de Bajo Belgrano, con experiencia empresarial y militancia por los DDHH, que también se vio subyugado por la dinámica de la participación abierta.

[...]vi ahí una posibilidad de escuchar a la gente común hablar de los problemas comunes fuera del círculo donde me manejaba, más sesgado, donde siempre hay alguien que tiene la voz dominante [...] ahí era mucho más pluralista y se veía mucho más al desnudo las opiniones.

La motivación de tomar distancias de los acartonamientos de los ámbitos institucionalizados también se reitera en otros participantes que venían del ARI o de la CTA. Desde el momento en que estos ámbitos no ofrecían respuestas satisfactorias a lo que estaba ocurriendo, las asambleas se convierten en una “bocanada de aire fresco” que permitía oxigenar la motivación militante, decían en la asamblea de Palermo. Las críticas al verticalismo y al dogmatismo de los partidos de izquierda y la motivación de superarlas eran importantes alicientes en muchos de los impulsores de las asambleas.

No puede obviarse el hecho de que en todas las asambleas hubo una importante participación inicial de personas que podemos categorizar como pertenecientes al mundo “no militante”, impulsados por otro tipo de motivaciones que conviene desbrozar.

Muchos de los participantes iniciales estaban afectados por una “pura desorientación” y la necesidad de otras fuentes de información y esquemas de percepción sobre lo que estaba pasando. “Aturdimiento”; “nos estábamos cayendo del mapa como país y no sabíamos para dónde agarrar”; “había una necesidad instintiva de juntarse para ver qué pensaban los demás y

para dónde había que empezar a caminar”; son expresiones que se repiten entre algunos de los que se involucraron inmediatamente con las asambleas. Aquí no se trata tanto de llevar a cabo una voluntad preexistente como entre los militantes, sino de buscar nuevos enmarcamientos cognitivos para entender lo que pasaba y la disposición a “empezar un nuevo camino” para el país. Este tipo de motivación a veces era independiente de la afectación individual inmediata por la crisis económica. La percepción de que se podía operar una pérdida de perspectivas generalizada, sintetizada en la expresión innumerables veces repetida: “pensaba qué iba a ser de mis hijos y mis nietos”, también fue una motivación importante para abocarse a la movilización.

El hartazgo se combinaba con una fuerte necesidad de dar respuesta y construir y no sólo de rechazar y criticar. Esta motivación asume un papel importante en la gran mayoría de los testimonios de los asambleístas. Jimena, de Bajo Belgrano, puntualiza la importancia de haber encontrado “un lugar de pensamientos utópicos muy grandes y acciones modestas en la realidad [...] que es un logro de gente que no se conoce ni nada, que tiene diferentes intereses”. Jimena recordaba el impacto que le produjo estar en un lugar en donde

[...] animarse a poder escuchar y poder hablar pero no desde lo que piensa uno sino desde el haber escuchado al otro. ¿Me entendés? Que es muy diferente que agarrar y decir directamente lo que yo pienso [...] hablar escuchando.

Las referencias a la “polenta”, la “energía”, el entusiasmo contagioso, se repiten en muchos testimonios aludiendo a este componente celebratorio de una suerte de renovación del lazo social, de una reinscripción colectiva.

Todos los testimonios, incluyendo a los entrevistados más críticos hacia los militantes de los partidos de izquierda, resaltan el aporte temprano de estos militantes encuadrados en el impulso inicial de las asambleas: eran los que traían mínimas reglas de coordinación, se hacían cargo de poner orden en el debate, en las votaciones, tenían ideas para las declaraciones, redactar las resoluciones, consignas, convocatorias, etc. Sin contar con que aportaron también recursos materiales para hacer o abaratar los volantes o afiches, publicaciones, banderas, etc. Por tanto en las primeras semanas esta complementariedad entre el capital político (incorporado, institucionalizado u objetivado) disponible en los diversos tipos de militantes y el capital simbólico en crisis que se encarnaba en la figura que los asambleístas militantes llamaban “el vecino indignado”, daba un resultado más que promisorio. La combinación entre militantes encuadrados o no encuadrados y estos protomilitantes forzados por la indignación y la desorientación fueron en cierta forma el núcleo impulsor de varias de las asambleas.

Según los testimonios, las asambleas podrían clasificarse según el predominio inicial de algunas de estas figuras: en algunas asambleas de zona Sur eran los militantes de partidos de

izquierda (Di Marco, 2003), en otras había predominio de militantes de la CTA, organismos de DDHH o el FRENAPPO (Florida Este), los militantes no encuadrados o ex militantes gravitaban en muchas (Palermo, Villa Crespo, Almagro, Gastón Rivas, Parque Avellaneda y San Telmo), y también eran muchas las que tenían predominio de vecinos indignados (Bajo Belgrano, Banfield, Villa Ariza, Godoy Cruz, Ovidio Lagos, Cerro Las Rosas).

Entre los impulsores iniciales no militantes de las asambleas junto a los desorientados e indignados aparecen los “desesperados”. Atenazados por los costos individuales de la crisis o por el espanto causado por el derrumbe generalizado de sus condiciones de vida. La pérdida de cobertura de servicios de salud, los ingresos insuficientes para pagar la luz o el teléfono, el riesgo de perder el trabajo, operaban como vectores de desesperación. Esta situación generaba mucha angustia y una alta predisposición a buscar respuestas y soluciones. En Claudia, de la Asamblea de Palermo, aparece la carga de angustia individual y el impulso a colectivizarla:

Creo que fue como si hubiera caído una bomba y era como que la gente se decía “ya no da para quedarse en la casa”. Estaba la necesidad de no estar solo frente a lo que sucedía que era desesperante...que nos llevó a decir ¡Basta! El 19 y 20 uno miraba la tele y decía “pero tengo que estar”...Para mí fue algo como cortar la soledad ante el infortunio.

La motivación de practicar la solidaridad fue también un elemento importante. Bruno de Bajo Belgrano se sumó a la asamblea para colaborar con la olla popular ante la visión del avance del deterioro social y la pobreza “que avanzaba por las calles del barrio y de toda la ciudad”.

Ahí encontré la forma en que se puede ayudar, que yo no sabía del ponerle el cuerpo a las cosas, cómo se organiza un comedor, o una colecta para juntar ropa, cosas que yo ignoraba. Otra cosa que aprendí que también me enriqueció es cómo tratar a familias o gente que vive en la calle, gente muy marginal. Yo nunca había tratado... qué sé yo... a tipos recién salidos de la cárcel, por ejemplo.

La asamblea aparece como un campo de experiencias enriquecedoras desde lo actitudinal: “el baño de realidad” y aprender nuevas habilidades sociales interclasistas que no escapan a la búsqueda de “gestos redentores”, de buenas intenciones, de una política descontaminada.

Para muchas personas que nunca habían pensado en términos políticos o de búsqueda de respuestas colectivas, el contacto con estas realidades motorizó un acelerado proceso de politización¹².

Las figuras del “vecino desesperado” y del “vecino solidario” le aportaban a la asamblea una masa crítica necesaria de miembros activos con una gran predisposición a actuar y con iniciativas concretas. Este tipo de participantes iniciales era el que traía en general el componente más reivindicativo inmediato de las asambleas: los que impulsaban las

¹² El paso del vecino – consumista al vecino asambleísta- solidario (Lewcowicz, 2004: 135) es también el objeto principal de la acción de la asamblea. “Queríamos cambiar la forma de pensar de todo Belgrano” exclamaba Luciana.

comisiones de salud, sostenían las ollas, hacían gestiones ante las empresas de servicios públicos, etc. Mientras el núcleo militante se concentraba más en las protestas, el debate político, la cuestión de prensa y difusión, las consignas, boletines, organización de actos, etc., este grupo tendía a preocuparse más por las cuestiones que le daban un anclaje territorial y reivindicativo.

La contradicción entre los “militantes” y los “desesperados” se hace patente en diversos testimonios. Stella Maris, de Florida Este tenía miedo que la ola de vecinos desesperados termine convirtiendo la asamblea en “una oficina de reclamos”. El vecino “desesperado” se desespera aún más cuando la asamblea se sumerge en debates políticos o pseudo filosóficos sobre el sentido de su hacer, o cuando la asamblea es presa de las disputas internas entre militantes. Así lo planteaba crudamente “Pablo” de la misma asamblea.

Era todo muy lindo, había muchas ganas de cambiar cosas pero a veces ellos discutían y yo no solamente no entendía nada sino que no quería entender [...] Mi preocupación era de dónde íbamos a sacar las cosas para la olla que se hacía enfrente de la Quinta o qué íbamos a hacer con fulanito que había perdido el laburo o con menganito que le iban a cortar la luz y el teléfono.

Las figuras de motivaciones altruistas, como la indignación y la solidaridad, desaparecen en gran medida en las asambleas de bases populares. Los impulsores, ex militantes avezados y los primeros participantes de clases populares sin militancia o experiencia previa de participación, son impulsados por la desesperación de graves situaciones económicas y familiares a los que intentan dar respuesta desde la asamblea. Pamela, una participante temprana de Parque Avellaneda, es el caso típico: “cuando llegué acá no tenía nada, no tenía trabajo...vine a la olla y antes de eso trabajaba en un taller 11 hs. por día...”. Testimonios semejantes se recogen en San Telmo de mujeres solas con chicos, sin trabajo, etc. En algún testimonio también aparece la concurrencia “para acompañar a un amigo o vecino que la estaba pasando mal” y, después, “gustarle y engancharse”.

Finalmente, se ha detectado en las entrevistas otro segmento más pequeño de iniciadores con un tipo de motivación más personal que se expresa en “la necesidad de salir del placard”, “ventilarse”, “sacar la cabeza afuera”, “terminar con el encierro”, “era un pasar de sentirse muy sola, muy sola con tu mochila de problemas... y era bueno pasar a sentirse parte de un grupo piola”. En este registro de impulsos a participar y engancharse con la asamblea aparecen mujeres solas, divorciadas, amas de casa, hombres solos o con hijos ya grandes, y algunos profesionales ya en el “techo” de sus carreras o desalentados por la falta de perspectivas. Todos ellos “hastiados”, tanto de los efectos más directos de la crisis como también del “modo de vida” opresivo, rutinario, incluso “aburrido”. Para ellos la asamblea representaba una ventana de salida o de ruptura con modos de vida que sentían frustrantes. Son particularmente fuertes los testimonios de algunas amas de casa en este sentido.

Vivía encerrada en una maceta pendiente de mis hijos, de mi marido, haciéndome problema por cualquier boludez, y acá es medio como que se me dio vuelta todo y me di cuenta de que podía hacer muchas más cosas de las que creía que podía hacer (Gabriela de Almagro).

Otros casos de este tipo son los profesionales “decepcionados” de sus ámbitos naturales de vida social, “peleados con la profesión” o “críticos con sus colegas”, y cansados o saturados de las exigencias de la vida laboral, que dan testimonios bastantes significativos.

Todo plata, plata y plata... todo el tiempo...con los clientes, en la familia, en el trabajo...no se puede vivir así (“Pablo” de Florida Este).

Algunos testimonios muestran el peso de la conversión del capital social que supuso la participación en la asamblea: muchos cambiaron sus círculos de amistades y tipo de actividades en el tiempo libre.

Después de empezar en la asamblea me di cuenta de que ya no encajaba bien en algunos ámbitos como el del Colegio de Ingenieros, y me costaba encontrarme con algunos amigos o conocidos (Milton de Godoy Cruz).

“Estaba en otra”, dicen algunos miembros fundadores de Almagro para referirse a una cierta ruptura con la vida social anterior.

Prefería este despelote que me tenía atrapado totalmente [...] las reuniones con amigos o compañeros de trabajo me empezaron a parecer...mmmhhh...las sentía como anestésicas (“Jorge” de Palermo).

Otros iniciadores comenzaron a cursar estudios en carreras universitarias o a leer un tipo de literatura a la que nunca habían frecuentado. En estos casos, se actualiza el tema del apoyo o las contradicciones con el entorno cercano, y el grado de desacople con el capital social y estilos de vida anterior. En cierta forma, extrañamente se produce como una suerte de contrapunto entre la asamblea en tanto experiencia personal y el resto de las estructuras mediadoras de los poderes clasistas¹³. Hay en algunos testimonios atisbos de una cierta divergencia “enriquecedora” que se traduce muy gráficamente en el testimonio de Bruno de Bajo Belgrano:

[...] llegan las 18 hs. vuelvo a casa me saco el traje, me pongo el jogging y me voy a la asamblea, después si me toca me quedo en la olla, cocino...comparto un momento con gente que para mí es importante.

Esta suerte de desdoblamiento vital, de poder “abandonar” un mundo para introducirse en otro opera como una motivación ciertamente movilizadora y profunda.

La experiencia de la solidaridad, del nexo de confianza y empatía con el desconocido, del compartir desinteresado, del cultivar afectos sobre otras bases, se convierte entonces en un elemento transformador de las vidas particulares, donde se puede constatar la eficacia

¹³ En Florida Este, Almagro, y Ovidio Lagos, se testimoniaron casos de divorcios, parejas formadas a partir de la asamblea, y en la A. Gastón Rivas un bebé de una pareja militante era cuidado por la asamblea cuando la madre y el padre no podían atenderlo.

específica de los nuevos poderes colectivos generados sobre las vidas personales, y la merma en la mediación por las estructuras clasistas.

En definitiva la relación entre las motivaciones al involucramiento de los iniciadores y la configuración de poderes causales puede tipificarse esquemáticamente de diversas formas: intentos de acrecentar capital político preexistente entre los militantes encuadrados; generar nuevas formas de capital político entre los no encuadrados o con formas “blandas” de encuadramiento; generar o amplificar la resonancia del capital simbólico entre los vecinos indignados; generar nuevas formas de capital social y/o cultural entre los vecinos solidarios, frustrados o desesperados.

Al revés que en las asambleas, entre los ahorristas la motivación política está completamente ausente y es vista como una fuente de divisiones, un obstáculo para la lucha.

Marta Abacchián de Mar del Plata recuerda lo drástico de esta definición fundacional:

En las reuniones jamás se hablaba de política [...] nada de porqué pasó lo que pasó... lo único que se hablaba era qué se podía hacer para recuperar los dólares.

En líneas generales el perfil de clase de los núcleos impulsores iniciales, los fogoneros iniciales de los movimientos, fueron pequeños o medianos comerciantes y empresarios en Mar del Plata, clases populares y jubilados entre los ahorristas de Diagonal y Florida, profesionales y ejecutivos en AARA y ADPAD, y mucha mezcla en ABAE y La Plata. Esto supone una diversidad de configuraciones de poderes causales movilizados inicialmente.

En cierta medida los abogados asumen un papel inicial impulsor semejante a los militantes de los partidos de izquierda en las asambleas: organizan reuniones, brindan las primeras respuestas a la desorientación, proporcionan información, alientan esperanzas de solución, aunque por supuesto la mayoría privilegia las acciones legales sobre la protesta. En AARA algunos profesionales se acercaron sobre todo para colaborar en la elaboración de propuestas utilizando sus conocimientos técnicos especializados. Estos sectores rehuían completamente de la protesta, el “reunionismo” y el deliberativismo.

En Mar del Plata el referente durante los dos primeros meses de la protesta fue Marcos, un empresario de una cadena de estaciones de servicios y GNC con un depósito millonario. Pero apenas cobró el amparo judicial, resolvió irse no solamente del movimiento sino del país y emigró a España.

Los participantes provenientes de clases populares entre los ahorristas muestran un fuerte componente de necesidad y desesperación: falta de dinero para comer, necesidad que sus hijos salgan a trabajar para “parar la olla”, “enfermedades sin atención”, “no poder pagar las expensas y los impuestos”, “no poder comprar las cosas para el colegio de los chicos”, etc. desfilan por los testimonios de Fanny, Argelia o Gina, en los cuales aparece también la urgencia por “colectivizar” la desesperación a través de la solidaridad.

Lo primero fue desesperación [...] cada vez que venía a las marchas, cada vez que me ponía frente a la policía pensaba en mi esposo que había trabajado toda su vida y el daño que le habían hecho porque de golpe parece como un aparato que desenchufás totalmente... ahí duro sin moverse, sin hablar, sin salir, totalmente shockeado. Entonces al no poder hacerlo reaccionar, al no poder hacerlo atender, tanto que una vez lo llevé a la fuerza al Álvarez, de psiquiatría. No hablaba, no comía, no dormía, [...] Eso a mí fue lo que me hizo reaccionar. Al mismo tiempo a mi hijo en un prelaboral le sale que tiene un problema cardíaco. Y yo me estaba por operar de tiroides y dejé lo mío [...] la diabetes se me disparó y tuve un pico de glucemia, y no podía comprar ni una aspirina ni un paquete de arroz, era como un barco hundido de golpe... Pero yo después no lo hice solamente por mí... al conocer distintas historias más terribles que la mía... que a mí no me dejaban dormir [...] (Fanny)

Otra insuficiencia detectada en el movimiento de ahorristas es la nula participación de intelectuales o académicos, y por tanto, la débil movilización simbólica que se apoyó casi exclusivamente en las figuras mediáticas convocadas. Sólo J. J. Guareschi (economista académico de la UBA) tuvo algún protagonismo intelectual al brindar elementos para el enmarcamiento diagnóstico y de pronóstico de la situación. Lejos de la simpatía y las intervenciones que generaron las asambleas, los ahorristas fueron en cierta forma “satanizados” por los detentadores del capital simbólico: académicos e intelectuales señalaban el egoísmo de clase media y sus ataduras con los '90 y el uno a uno. Esta situación obliga a prestar atención a la posible magnitud de la brecha entre las clases medias basadas en la propiedad y las clases medias basadas en la educación.

Una lectura clasista de la organización y el funcionamiento

Los grupos estudiados son íntegramente autoconvocados y autoorganizados, por lo que las estructuras de movilización generadas tienen una notable impronta clasista en gran medida condicionada por la dotación de capitales individuales. En nuestro planteo, la gestación y desarrollo de poderes organizativos-políticos específicos puede ser analizada como procesos contradictorios de conversión y colectivización de especies y subespecies de capital disponibles. En ellos intentaremos encontrar las explicaciones de las características que asumen los movimientos en términos de los modos específicos de resolver los problemas de cooperación y cohesión interna, regularidad y permanencia, acceso a recursos, masividad, visibilidad, apoyos externos, y demás soportes y condiciones necesarias para actuar y enfrentar colectivamente a antagonistas más poderosos.

Señas de identidad: nombres y criterios de admisión

Los dos problemas que se presentaron inmediatamente una vez que se aglutina un grupo son cómo identificarse y a quiénes interpelar, a quiénes intentar sumar o reclutar. La pequeña historia de las nominaciones es significativa desde el punto de vista del análisis clasista.

Los dos significantes seleccionados universalmente en todos los grupos de ambos movimientos (“asambleas”, “ahorristas”) marcan estrategias de producción de sentido e interpelaciones bastante distintas.

En el caso de “asamblea” la elección léxica se refiere a la actividad en la que los mismos participantes se involucraban. A pesar de que la reunión asamblearia callejera fuera un derivado directo de cacerolazos y protestas, la carga nominativa se colocó en las connotaciones de participación-deliberación que tiene “asamblea” desplazando “cacerolazo” o “escrache” como seña de nominación autoidentificatoria. Es interesante comprobar con cierta sorpresa, que en muchos testimonios de los participantes hay una fuerte desvalorización o atenuación del valor del cacerolazo¹⁴.

Nunca me lo tomé en serio lo del tilín tilín... por ahí no vamos a ningún lado... son cosas de la clase media medio ingenua [...] es inocuo, es dar espectáculo para los medios y nada más [...] la burguesía se caga de risa con las cacerolitas (Adrián de Almagro).

Sean militantes o “vecinos comunes” no faltan los que recuerdan las cacerolas abolladas de 200\$ “cuando mucha gente no tenía para comer” y la “campanita de llamar a la servidumbre” que se vieron en zona norte como sustituto de las ollas. El único mérito del cacerolazo sería que es algo inesperado de un sector del que no se esperaba nada.

Mucho más evidente es el peso nominativo e identitario de las jornadas de lucha, la resistencia a la represión policial y sus víctimas, que plantea elípticamente un contrapunto denegador del cacerolazo: los muertos no eran caceroleros, “vecinos comunes”, eran en su gran mayoría jóvenes, estudiantes, militantes de izquierda no encuadrados, motoqueros, etc. Algunas asambleas se bautizaron con nombres que rescatan el acontecimiento fundacional del 19 o el 20 de diciembre, o con nombres (“Gastón Rivas”, “Gustavo Benedetto”, “Diego Lamagna”) de los jóvenes muertos por la represión (Svampa, 2008: 124). En Rosario también aparecen asambleas con nombres como “20 de diciembre”, “Mártires del 20 de diciembre”, “Pocho Lepratti”, etc. La nominación en estos casos lógicamente busca alinear la asamblea con el relato emergente de la trascendencia histórica de aquellas jornadas buscando diferenciarse con otras narrativas históricas anteriores. El nombre busca exaltar la “novedad” histórica, la ruptura con lo anterior, el tener una historia exclusivamente propia incontaminada y sacralizada por la sangre.

En el discurso recogido por las entrevistas, el nombre “asamblea” tiende a colocar un cierto hiato, una distancia sémica respecto al fenómeno germinal de los cacerolazos. El nombre se instala en el intento de “superar” los límites estrechos del cacerolazo e insinúa la

¹⁴ Los más comprensivos lo rescatan como “una manera de expresarse válida”, “un punto de partida”, etc. Con agudeza e ironía H. González ya había observado que el tañir de las cacerolas podía leerse también como un llamado a volver rápido al confortable universo del hogar pequeñoburgués y sus preocupaciones mundanales (“terminar de pagar el Duna rojo”).

ambiciosa fundación de un espacio para la política contrapuesto al de las instituciones y las dirigencias “responsables de la debacle”. El nombre de alguna forma se propone ambiciosamente señalar, no tanto la introducción de nuevos actores o contenidos en la arena política, sino un desplazamiento del terreno mismo donde debería disputarse.

“Asamblea” indica el traslado de la política desde el campo del estado, los funcionarios y las instituciones, hacia la calle, los barrios y el vecino. La asamblea es la relocalización radical de la política que pretende corporizar el gesto de revocación, veto y desconocimiento de la política institucionalizada que tenía ínsito el cacerolazo. Con el surgimiento de las asambleas el cacerolazo pasa de primer plano a telón de fondo.

En este módulo discursivo, la atenuación de relevancia del cacerolazo tiende a contrastar con cierta “solemnidad” del término “asamblea” que intenta condensar una metodología -el libre debate y la decisión colectiva- con un valor, la democracia directa, y con un propósito inmediato para ese momento: el protagonismo político desplazando a la clase política. Constituirse como “asamblea” permite competir semióticamente por la legitimidad de la posesión de la voluntad colectiva frente a las otras formas de institucionalizar la misma: los poderes políticos estatales y públicos, llegando a cuestionar en muchos casos incluso el expediente electoral.

Aunque es difícil rastrear el origen del uso del nombre, en general, los participantes lo atribuyen al ejemplo temprano de la Asamblea del Parque Centenario y su amplificación por los medios, que generó la inmediata intención de sumarse a la movida, empezando por el nombre. Este resonar del nombre asamblea se extendió también a los pocos días por las grandes ciudades del interior. Todos los grupos comienzan por considerarse a sí mismos y nominarse “asamblea” sin mayor debate.

Por tanto el proceso nominativo no recayó en la aceptación universal de “asamblea” sino en los términos que adjetivaban o calificaban la expresión “asamblea”. En ellos se reintroducía la particularidad y con ello la contradicción.

En algunos la nominación se refuerza con términos como “permanente” o “autoconvocada” que enfatizan la predisposición a la participación y la lucha, o remarcan su origen independiente de cualquier otra organización o sector.

Pero en la gran mayoría de las asambleas se discutió mucho más esta especificación del nombre. En el lenguaje asambleario aparecen cinco significantes que cifran el sentido particular de “asamblea”: ciudadana, vecinal, barrial, popular y autónoma.

Estos términos son intercambiados y muchas veces subsumidos en la expresión de uso coloquial que engloba al movimiento: asambleas barriales. Aunque estos términos pueden o no aparecer en el nombre oficial de la asamblea, inexorablemente tiñen las formas de

autorreferencia al movimiento entre los entrevistados. Es por ello que vale la pena considerarlos como nombres en tanto son portadores de problemáticas presentes, discusiones o debates, a veces, ni siquiera saldados, que impregnaron de una u otra forma el imaginario y el quehacer asambleario.

- En algunos pocos casos se propuso el término “ciudadana” para caracterizar la asamblea como nucleando individuos más allá de las identidades políticas e ideológicas, en donde habita el “ciudadano común” despojado de ansias de poder que se preocupa noblemente del bien general. La asamblea es presentada como ágora deliberativa donde van los ciudadanos en su carácter de querer lo mejor para todos haciendo abstracción de cualquier interés particular. La asamblea sería el espacio de las rectas conciencias que se mantienen en el universalismo del bien común. Espacio no viciado por la intromisión espuria del estado y los poderes interesados que lo atraviesan. La interpelación al ciudadano coloca la asamblea como espacio no distorsivo de producción de la recta voluntad colectiva. El discurso de rehabilitación política del “ciudadano común” hartado de la corrupción y la incompetencia que decide abandonar la ingenua confianza en las instituciones y los poderes de turno, es un módulo discursivo muy extendido en la etapa fundacional de las asambleas. En otras argumentaciones aparece “ciudadana” como refuerzo del carácter activo de la participación, como una identidad resistente a la manipulación, como una plena confianza en la propia voluntad, en la propia conciencia y en el propio criterio de decisión. “El tomar el destino en las propias manos” aparece en los manifiestos inaugurales de varias asambleas como pretensión de refundar la democracia en contrapunto con los “partidos” tradicionales, la “vieja” política delegativa y rosquera.

- Si la asamblea es un método para establecer voluntad común, hace falta alguna determinación de quiénes pueden ser los colectivos dueños de esa voluntad, introduciendo el delicado tema de quiénes pueden ser reconocidos o no como portadores legítimos de enunciación sobre la voluntad común. Así, aparece con la atracción que da la simplicidad, el calificativo de “vecinal” como una forma de concebir el recorte del sujeto por la distancia espacial que pretende hacer obvia abstracción de otras distancias. La territorialización permite un recorte aparentemente apromblemático del sujeto legítimo. Encontrar en el espacio urbano que alberga el hogar, el entorno cotidiano, una fuente suficiente de identificación. La proximidad, la cercanía, el compartir un hábitat, daría entidad suficiente a este “sujeto” que encarna la asamblea como forma de producción de sentido y voluntad colectiva. Las argumentaciones de los asambleístas que la proponían mostraban una enfatización del carácter de “pares”, de “igualdad” de problemas y preocupaciones que unen junto con el suelo común que se pisa. En muchos testimonios el nombre pasaría a ser el “homenaje” a ese

“descubrimiento de que el que vive cerca mío comparte muchas más cosas conmigo que lo que imaginaba”, decía una asambleísta de Almagro. En varios se nota la cuestión de revalorizar la solidaridad entre los cercanos, la importancia del intercambio y la interacción, la necesidad de lazos de confianza y afecto, etc. Es decir, el nombre apunta a la generación de vínculo, de lazo social y la palabra “vecino” tiene esa dosis de amabilidad, empatía, que invita a la confianza y la lealtad justamente por ser ideológica y políticamente neutra o descargada. El vecino debería preocuparse por el bien común empezando por los otros vecinos. Stella Maris de Florida afirmaba que “conocer es querer”, aludiendo al espacio asambleario como espacio “vincular” no mediado por intereses, en donde es posible “descubrir al otro”.

Mucha gente con la que uno tenía confianza y que se llevaba el mundo por delante o se llenaba la boca de revolución, al final se borraba, y otros por los que no dabas tres pitos, que cuando los vi en la asamblea decía “que tarados”... “nariz parada”, y terminaron siendo “tipos de fierro” que se bancaban las más pesadas y terminaron siendo amigos.

En muchos testimonios aparece esta cuestión de la asamblea como espacio “develador” de valores humanos, de descubrimiento de “gente querible”, “tipitos geniales”, etc. En estos planteos, el capital social, el reforzamiento de lazos sociales de proximidad, se hace equivalente a capital organizativo y político. Colectivización se reduce a un capital social “horizontalizado”, entre pares, que rehúye toda burocratización y toda escala de lucha política.

- El vocablo “barrial” remite a una pretensión identitaria de orden distinto a vecindario. Las argumentaciones mencionan una identidad previa asociada al lugar y no tanto, a las personas. El hábitat, el terruño que tiene una impronta dada, una forma de expresión, una historia anterior a la que serle fiel. El lugar aquí pasa a estar simbolizado social y políticamente, atravesado por la historia, tomado como sitio en donde han transcurrido luchas anteriores que dejaron su huella, a la que la asamblea debe tributar fidelidad. Desde los centros de detención clandestinos, hasta las plazas y lugares públicos que aluden a personajes y luchas del pasado, donde han ocurrido tragedias o gestas heroicas, el *habitat* aparece inmediatamente politizado, o investido de fuerza identitaria. Por otro lado, la presencia de tribus urbanas, tradiciones, estilos arquitectónicos o los lugares de esparcimiento y recreación, también aparecen como portadores de ciertos elementos identitarios que la asamblea debe retomar. Lo “barrial” incluye una preocupación muy fuerte por sentirse parte de un lugar, sentirse conectado con generaciones pasadas y con las gestas políticas sedimentadas por la historia¹⁵. También es una nominación que tiende a suspender otras determinaciones sociales y económicas. El anclaje barrial lejos de remitir a una ilusoria uniformidad tranquilizadora, muchas veces se asocia a

¹⁵ La asamblea de Almagro conmemoró la matanza de la Semana Trágica, con un acto en la vereda del edificio desde donde se tiroteó el cortejo fúnebre que marchaba a la Chacarita. “Para los vecinos era todo una novedad”, decía Adrián.

una nítida conciencia de barreras sociales y económicas. En Palermo o Belgrano es muy fuerte la cuestión del cartonero, las personas en situación de calle, los sin techo. En Rosario o Córdoba es muy fuerte la conciencia de las diferencias sociales entre asambleas de distintos barrios. En Almagro o Caballito, a su vez los asambleístas más jóvenes llegan incluso a cuestionar la no participación de los vecinos “comunes” como un no hacerse cargo, justamente, de estas herencias o este patrimonio legado del barrio. Es decir, en un punto lo barrial termina siendo contrapuesto a lo vecinal, ya que son los vecinos que no participan o los rechazan, los que se autoexcluyen de esta fidelidad al lugar. Lo “barrial” alude a la intencionalidad de rescatar capital social y político, poderes colectivos sedimentados preexistentes, lo que convoca a una movilización simbólica selectiva acerca de cuáles son estos poderes colectivos “rescatables” sobre los que debe pivotar la asamblea.

Dentro de esta tesitura hay que remarcar que en muchos casos se omite directamente el nombre del barrio y se va al nombre del punto de reunión, como en el caso fundacional y paradigmático de Parque Centenario o El Cid Campeador. En estos casos, el énfasis está puesto en la autorreferencia asamblearia: el punto de reunión es dador de identidad ya que la única identidad para compartir es el hecho de la reunión. Es colosal comprobar como este sencillo hecho da lugar a las más risueñas contradicciones en donde naufraga la autoidentificación y el intento fundacional autosuficiente y estrictamente autorreferencial de la nominación. Entre los casos extremos que demuestran la contradicción en que se debate el proceso de darse una identidad tenemos el incidente ocurrido en una de las asambleas del Parque Centenario en que los delegados de la “Asamblea Plaza Ramón Falcón” del barrio de Flores –con el agravante de su cercanía al centro clandestino “Automotores Orletti” – fueron abucheados por el resto de la concurrencia al escuchar el nombre. Esto forzaría a dicha asamblea a cambiar el nombre por “Asamblea de Flores” y al mismo tiempo hacer un plebiscito para cambiarle el nombre a la Plaza. De manera semejante la asamblea de Florida Este al principio bautizada por sus iniciadores como “Asamblea Estación Bartolomé Mitre” por reunirse en la plaza frente a la estación ferroviaria, llevó a que rápidamente muchos participantes que se fueron sumando cuestionaran al denostado prócer y plantearan modificarlo. Algo semejante ocurrió con otra asamblea que se reunía en la Plaza P. E. Aramburu.

- Varias asambleas han adoptado el nombre “popular” y varias lo han rechazado. En general ha sido el término nominativo más controvertido, más discutido. Sus defensores han argumentado reintegrar la asamblea a la narrativa de las épicas de lucha de los oprimidos y explotados, intentando implícitamente despojar de centralidad toda identidad de pequeña burguesía o clase media. Las estrategias de mimetización que ya hemos mencionado no son

ajenas a veces a estas operatorias donde el dominio del capital cultural y simbólico intenta camuflar sus bases económicas y sociales mediante estos expedientes nominativos. En otras ocasiones son los militantes de partidos de izquierda los que lo impulsan como parte de sus estrategias de alianzas, y no faltan los vecinos politizados que marcan la necesidad de compartir la lucha o acercarse a otros sectores de las clases subalternas.

En el caso de la asamblea de Florida Este el carácter de “popular” debe afrontar una seria discusión inicial que va desde las objeciones de algunos por no caer en el populismo, el peronismo, etc., y de otros de inspiración autonomista que niegan el valor simbólico-político del concepto pueblo. En aquéllos que rechazan el término aparecen argumentos más típicamente clasistas como no caer en la tentación de “nivelar para abajo” o “hacer demagogia”, en las que no falta la pretensión típica de convertir a las asambleas en guía de las clases bajas, sustrayéndoselas a las manipulaciones de los políticos inescrupulosos.

En los casos de las asambleas de San Telmo y Parque Avellaneda, que se autodefinen como “populares”, el uso es completamente distinto ya que no se trata de un término que permita hacer un puente entre las clases medias y las clases subalternas sino que “popular” se concibe al revés: se opta por hacer base en las clases subalternas, incluso las más postergadas y marginadas entre ellas, y la denominación permitiría eventualmente hacer puente o englobar a las clases medias que se quieran sumar. El término “popular” se concibe como designando de manera fuerte los intereses y demandas de grupos sociales oprimidos y explotados muy bien recortados, asumiendo un contenido clasista y no una indicación de “abierto”, en el sentido de pluriclasista, como en otras asambleas de clase media. Es decir, aquí “popular” designa, primero, a colectivos con identidades preexistentes a la asamblea misma, y tiene también una alusión implícita al carácter prioritariamente “reivindicativo” de la acción de la asamblea en contraste con la acción “ciudadana” o “emancipatoria”, que se connota en otras asambleas donde lo colectivo mismo no se constituye antes sino en la asamblea. La asamblea “popular” no sería un lugar desde donde prioritariamente se piensa el bien común, el destino del país, la voluntad colectiva, etc., sino un lugar desde donde se van a defender reivindicaciones y a intentar dar respuestas a problemas y demandas de las clases más castigadas. Esta nominación alude a una clara estrategia clasista en donde colectivización es sinónimo de incremento del capital político y organizativo de aquellas clases que carecen de capitales individuales de todo tipo.

- Por último, un conjunto muy importante de asambleas con una fuerte militancia juvenil no encuadrada impulsa la nominación de “asambleas autónomas”. El criterio normativo de autonomía sería la forma de deslindar campos con la visión instrumental que sostienen los militantes de los partidos de izquierda y que tienden a convertirlas en “frentes” de masas,

lugares de reclutamiento o de proselitismo. En otros casos, las asambleas son vistas como expresiones complementarias o subsidiarias de otros actores políticos o sociales como los partidos de centroizquierda, nuevo sindicalismo, movimientos sociales, piqueteros, etc. Este carácter instrumental necesariamente coloca a las asambleas como secundarias, respecto a otros actores políticos y sociales movilizados. La insistencia en la autonomía presupone que los objetivos o resultados deseados son también producto de sí misma, no pueden establecerse desde afuera de la asamblea y por tanto la asamblea no es instrumento de nada externo, sino íntegramente autocreación.

Pero debajo de la calificación de autónoma, hay una redundancia reveladora: la institución asamblearia es por definición autónoma y la adjetivación del nombre sólo introduce la sospecha de que habría quienes “traicionan” el principio asambleario y por tanto no serían “verdaderos” asambleístas. Con ello se pone en cuestión la asamblea como instituto metódico de la voluntad colectiva. Que algo se autodenomine e incluso funcione como asamblea no quiere decir que cumpla con este instituto. La asamblea puede engañarse a sí misma y no estar a la altura de su propio nombre. La voluntad colectiva que instituye la asamblea puede no ser congruente con el principio asambleario o el producto de las asambleas puede no ser fiel a este principio. En definitiva, “autónoma” indica que la asamblea ya no es un instituto de la voluntad colectiva sino un intento de regular simbólicamente la voluntad colectiva, someterla al examen perpetuo de la fidelidad y control de sentido. Es decir, todo lo contrario de lo que comenzó afirmándose: la asamblea sería la perpetua relativización del carácter colectivo verdadero de la voluntad, y del carácter verdaderamente volitivo de lo que hace el colectivo. La deliberación perpetua sobre el sentido de las prácticas por un lado, y la libre proliferación de iniciativas individuales disgregadas, por otro, son las formas en que tiende a plasmarse este tipo de pensamiento asambleario, que procura legitimar prácticas emancipatorias, creadoras de nuevas formas de socialidad, politicidad y subjetividad.

La identidad que pretende proporcionar “asamblea autónoma” no refleja una ideología previa o un “grupo” o “colectivo” señalado, sino sólo esta práctica de producción de discurso y decisiones que tiende a preservar y reproducir esta misma práctica¹⁶. La asamblea se convierte en “asambleísmo” como un tipo de práctica que se hipostatiza sobre los mismos participantes aniquilando todos los particularismos. La convicción de que posición social, edad, sexo, identidades políticas y saberes previos son disueltos por la serie de prácticas

¹⁶ En el mismo sentido va el análisis de Colombo (2006): la asamblea suele conjugar democracia directa, acción directa y desobediencia civil. Implica una “ruptura del orden existente” en la medida en que adopta un “carácter disruptivo, se propone como autónoma (no se inscribe en un espacio público preexistente), y es recursiva (esto es, tiene que vincularse con el mismo tipo de reglas que se le exige al sistema).

autónomas llamada “asamblea”, produce un fuerte compromiso personal en la experiencia¹⁷. Con el sufijo “autónoma”, “asamblea” no expresa ningún colectivo definido, sino al contrario es la forma misma de la libre producción colectiva de sujetos libres que no deben responder a ningún colectivo. La asamblea no tiene que serle fiel a nada más que a sí misma en su múltiple fluir sin cauces. En este punto, “asamblea” se propone como una superación radical de las determinaciones clasistas y de la necesidad de colectivización entendida como unificación de voluntad colectiva. Desde nuestra óptica analítica, la autonomía se concibe como un efecto de conciencia en tanto movilización disruptiva del capital simbólico.

Entre los ahorristas la cuestión de la nominación mostraba una serie completamente distinta de aspectos. De la misma manera que para los asambleístas, el primer término de la denominación fue en gran medida espontáneamente asumido sin mayores reservas. Los grupos que se movilizaron por primera vez en Capital, Mar del Plata, o Rosario todavía no tenían bandera ni habían realizado ningún comunicado en el que tuvieran que identificarse, pero en los foros de Internet el término autorreferencial más común incluido en los nombres de las listas de distribución era “ahorristas”. Luego de las primeras movilizaciones, las crónicas periodísticas terminaron de naturalizar el término “ahorristas” y la prensa los desglosó de otras protestas otorgándoles una especificidad a la que responde el nombre.

Contrariamente a lo que ocurría con las asambleas, que en ningún momento se plantearon la formalización de una organización y el reconocimiento legal, la mayor parte de los grupos de ahorristas en Capital tuvieron la intención de establecer asociaciones legalmente reconocidas, por lo que los nombres que se barajaban eludían los términos menos “instituíbles” como “asambleas”, “autoconvocados”, “movimiento”, y se orientaron de manera directa hacia “Asociación”. Así la denominación para estos grupos carecía de la “carga identitaria” o la densidad interrelativa que asumía entre los asambleístas.

El tenor de las discusiones o debates a que dio lugar la selección de los nombres muestra la escasa carga identitaria que se le asignaba al nombre. Báez Silva en el caso de AARA lo cuenta así:

Sobre el nombre y emblemas...se discutió mucho...Lo primero era AAA pero no se podía por la triple A...después AA, pero ya éramos Alcohólicos Anónimos, ja, ja...Aerolíneas Argentina, Armada Argentina [...] que tampoco podía ser la “RA” porque teníamos que demostrar que estábamos en toda la República [...] Alguien propuso ADDPA que es asamblea de damnificados por el default y la pesificación asimétrica una cosa extraña...se debatió demasiado [...]

Roberto de AARA contaba espantado acerca del “clasismo” peligroso de algunas propuestas.

¹⁷ Svampa ha señalado que las experiencias asamblearias en Cutral Co, Gualaguaychú y las asambleas contra la megaminería, en general, comparten estos rasgos: hay un formato común de las asambleas “autónomas”.

Cuando se trató el logo hubo uno que trajo un diseño que incluía la imagen de un billete de cien dólares. Hay gente que no entendía nada, ni donde estaba parada... Yo no lo podía creer. Para alguna gente el dólar representaba ¡podía ser el emblema de la clase media argentina! Increíble.

Se buscaba un nombre “neutro” de típica pretensión institucionalista que no generase dificultades en el reconocimiento legal. Entre las variantes propuestas no se encontraba “estafados” por las posibles “implicancias legales” que podía tener dicha nominación. La propuesta de “damnificados por la pesificación y el default” busca contener a los bonistas pero también esconde una caracterización muy nítida: el problema no fue el corralito, sino la quiebra fiscal y la pesificación asimétrica, asunto sobre el que no había consenso interno y por eso se desechó.

[Como en el caso de las asambleas, la naturalidad de la denominación “ahorrista” ya estaba instalada cuando los grupos empezaron a organizarse. Por lo tanto, sólo quedaba a cargo de los participantes activos la decisión sobre el resto del nombre que especificaba o calificaba a “ahorrista”.

Pero la “naturalidad” de la aceptación y circulación de “ahorrista” no era en absoluto clara ni precisa, carecía de univocidad empírica. En realidad como categoría “bancaria”, como término del mundo de las finanzas, “ahorrista” no existe. La “caja de ahorro” denomina una operatoria particular de cuentas a la vista y que actualmente tiene poco que ver con el “ahorro” entendido como acumulación de excedentes temporalmente inmóviles. La operatoria de caja de ahorro es lo contrario de lo que busca remarcar con “ahorro” ya que se utiliza básicamente para débitos y acreditaciones corrientes o extraer dinero para uso inmediato. Es decir, cumple funciones de circulación y no de acumulación.

La figura de los “depositantes”, es decir de imposición de depósitos a plazo, es la que más se acerca a la semblanza de ahorrista, pero es claro también que la neutralidad de esta palabra acerca del origen meritorio de lo depositado no tiene peso legitimante. El nombre de ABAE es claro en esto: se quiere significar “depositante” para excluir a los bonistas, y se expresa como “ahorrista bancario”. Los bonistas, en cambio, son materia de un enconado debate y nunca se los terminó de asimilar, quedando en el epicentro de las barreras de incorporación. En la jerga de los movimientos, “ahorrista” se contraponía a “bonista”, al que se le endilgaban “montos mayores”, “otro acreedor” e “intención especulativa”.

Estas cuestiones explican también porqué los ejecutivos, profesionales y abogados que formaron ADAPD renunciaron a “ahorrista” como nominación: en tanto definieron como destinatario de sus demandas al Estado (responsable de los daños por la pesificación y el default) y no a los bancos, la figura de “ahorrista” como necesaria contraparte de “banco”, ya no encaja. Es interesante lo que el nombre encubre: escudándose como “damnificados por el default” evitan retóricamente la figura de “bonistas” o “acreedores” del estado.

Pero si consideramos la carga simbólica que los movilizados le daban a la palabra vemos la disputa clasista por detrás de las nominaciones. En efecto, “ahorrista” con su inmediata lectura de “ahorrador”, “ahorrativo”, esfuerzo austero, etc. adosa a la posesión del dinero una legitimidad moral que deja en inferioridad de condiciones simbólicas a su contraparte “el banco”. El contrapunto “honesto que juntó algo con esfuerzo” vs. “astuto especulador que se queda con el fruto de ese esfuerzo” permite dotar a “ahorrista” de una legitimidad que excede el poder causal económico de la propiedad. El dinero tiene que estar revestido de algún valor moral o mérito, no puede ser sólo el producto del que mejor sabe aprovechar una situación en provecho propio sin contar los costos para los demás.

En muchas entrevistas y en los videos de protestas se ve que los movilizados se refieren a ellos mismos como “simples ahorristas”, en donde “simple” maximiza la asimetría de poderes causales frente a los bancos.

Por el contrario, la idea de “damnificado” sostenida por ADAPD muestra la renuncia a ese elemento “moral”. El dinero no puede ser defendido sobre la base del “mérito”, el único mérito es el de saber utilizar la libre disposición de la propiedad para sacar provecho de las reglas del juego. La figura del “damnificado” indica el perjuicio de decisiones sobre las reglas de juego del libre mercado. Sólo la amenaza atroz de que el juego sea reformulado, de que haya una instancia superior a las reglas mismas, es lo que debe ser condenado y combatido. Las sagradas reglas del dinero custodiadas por las difusas instituciones del mercado financiero y no las reglas de una moral del mérito son el *quid* de la cuestión. El nombre de ADAPD con su desfachatada omisión de “ahorristas” y de “bonistas” resulta mucho más nítido y burdamente sincero: no son ahorristas, son inversores de buena fe y no se consideran que hayan sido “estafados”, sino perjudicados por medidas de política económica que consideran ilegítimas y absurdas. Su fidelidad a la narrativa tecnocrática bancaria impedía un intento de autoidentificación con connotaciones “morales” que dejaran a las contrapartes como “especuladores”. El nombre hace desaparecer a los bancos como contrapartes y responsables de lo ocurrido y enfila al cuestionamiento al estado y el gobierno como causante exclusivo de la aberrante alteración de las reglas del juego. Dentro de la tradición liberal que considera la moral como una interferencia dañina en temas económicos, para ADAPD el problema son los daños que se producen al alterar las reglas del juego y no el sentido o una valoración de qué tipo de daños y a quiénes se hacen como producto de las reglas del juego.

El discurso de ADAPD es bien traslúcido en su sentido clasista más contrastante. Los poseedores del capital organizacional, las clases auxiliares del gran capital económico, erigidos en custodios naturales de las reglas del juego, cuyo sesgo o poder sistémico las sustraen naturalmente de la lucha o las intervenciones de otros poderes causales de clase, ven

amenazadas sus posiciones si perdura la costumbre de alterar las reglas. El contrapunto damnificados/ahorristas tiene una enorme cantidad de matices clasistas y sobre todo muestra el viejo debate acerca del carácter “subversivo” o “inconformista” de la moralidad invocada por los débiles frente a la “naturalidad” del orden y la racionalidad instrumental invocada por los fuertes (Abercrombie y ot., 1990). El crudo ejercicio libre de las capacidades de coerción económica bajo reglas comunes para todos es el presupuesto ideológico de las clases poseedoras. El poder causal de los que detentan la mayor parte del capital se hace máximo si la libertad para disponer de él es igualmente irrestricta para todos. Por tanto, todas las clases propietarias tienden a situar la defensa última de la propiedad en un *ethos* formalista del orden económico frente al *ethos* sustancialista que enarbolan las clases subalternas.

La nominación “ahorro” busca eludir el significado “financiero e interesado” del dinero con el indisimulable intento de inscribirlo en el imaginario clásico de la pequeña burguesía: esfuerzo-austeridad-ascenso social sobre la base del mérito personal. “Ahorrista” entonces tiene un claro sentido legitimador del dinero mediante su inscripción en un fondo cultural compartido y no en una racionalidad técnica fundada en conceptos formales como los de propiedad y contrato.

Pero es interesante remarcar una, no por minoritaria menos fuerte, objeción a esa denominación por parte de algunos pocos activistas del grupo de Diagonal y Florida y de Mar del Plata. Un farmacéutico de Capital decía:

En realidad no somos ahorristas como cree la gente que nos ve en la TV, que tenemos plata que nos sobró y que nos quejamos de llenos como a veces escucho por ahí. No es así. El dinero en la gran mayoría de los casos de montos más grandes era “en tránsito”. Para unos era para comprar mercadería, para otros era cambiar de negocio porque le había ido mal...no era para cambiar el coche o para irse de joda (“Luis”).

Aquí se ve claramente que para los que tienen otras formas de propiedad económica, el dinero atrapado no debe ser considerado ahorro, e incluso la palabra misma no es conveniente por la connotación que tiene de “sobra” y de destino de disfrute personal. La connotación de “inmovilidad” en tanto depósito acumulado en el banco, cuando las restricciones al circulante y la falta de crédito y medios de pago se agudizaban, también podían ser percibidas con efectos negativos sobre el conjunto social. Ni hablar si esa inmovilidad se asocia a una expectativa de renta, beneficio financiero especulativo, ventaja cambiaria, etc. Según esto era esencial despojar al grupo movilizado de todo nexo con formas “estáticas” de propiedad económica, que al no entrar en relaciones de conversión con otras formas de propiedad pierden legitimidad. En el mismo sentido se juzgaban desafortunadas las exaltadas pancartas “Quiero mis dólares” o las declaraciones de Artaza que “va a sacar el dinero fuera del país mientras no gobierne gente seria”. En este tipo de planteos, la defensa de los ahorros corre el riesgo de aparecer o representarse como un “esconder” a la sociedad, un sacar del flujo social

estos recursos, que en una situación crítica resultan tan necesarios, pudiendo causar un fuerte rechazo en la opinión pública. Es por ello que para algunos de los movilizados la palabra “ahorristas” no era nada adecuada y contribuía a aislar la lucha y las reivindicaciones de otros sectores sociales y sobre todo de otras formas de propiedad productiva. Según estos planteos, “ahorrista” conllevaba el peligro de facilitar la estigmatización a que los medios y el gobierno pretendían someterlos para desprestigiarlos ante la opinión pública.

En Mar del Plata esta posición resultaba mayoritaria a tal punto que la bandera de este movimiento decía claramente: “Ciudadanos Estafados de Mar del Plata”¹⁸. Di Ranni cuenta que, cuando discutieron el nombre, la mayoría compartía la idea de que no se trataba de “ahorros” sino de medios de vida y de trabajo, por lo que “ahorrista” era algo que los medios de comunicación introdujeron para confundir al resto de la gente y aislarlos”. La mayoría pensaba que “morfabá”, “pagaba los remedios” o podía “comprar mercadería para su negocio” con esa plata y por eso, lo de “ahorros” no cuajaba.

No obstante esto, los medios insistían en llamarlos ahorristas y ellos mismos se referenciaban a sí mismos espontáneamente ante los medios como “Nosotros los ahorristas”, de manera tal que el nombre oficial y meditado tan meticulosamente quedó solamente para la bandera ya que no querían arriesgar la pérdida de resonancia en los medios.

Por último, el término “estafados”, que se terminó naturalizando, era sostenido por aquellos grupos más combativos con menores costos de exposición y resistido por aquellos con mayores dotaciones de capital burocrático y económico. En la reunión que decidió el lanzamiento de ABAE, al principio parecía que iba a quedar de nombre ABA, emulando el mismo espíritu de neutralidad institucionalista de AARA. Pero a último momento de la reunión y contra la indisimulada resistencia del que hacía las veces de coordinador, un participante pide la palabra y defiende enfáticamente la necesidad de incluir “estafados” en el nombre lo que desata un pedido a voz en cuello desordenado pero bastante generalizado hacia el coordinador de la reunión que da por aprobada la propuesta, por lo que queda finalmente ABAE. De este relato quizás pueda concluirse que la carga expresiva de “estafados” es la portadora de mayor peso identitario. La gente que participaba de estas primeras movidas se sentía sobre todas las cosas “estafada” por los bancos y los políticos. En la misma tónica incorporaron al nombre “estafados” los grupos de Rosario, Bahía Blanca y Córdoba.

Definición de membresías y pertenencias

El asunto del nombre no puede separarse del problema de la “composición legítima”, de las fronteras geográficas, sociales, ideológicas o políticas que se trazan los movimientos, su

¹⁸ Ver fotos y video adjunto.

definición de quiénes pueden o no integrarlos: ¿Quiénes pueden ser assembleístas?, ¿Quiénes pueden ser ahorristas?

Muchas asambleas definieron que su ámbito de acción tenía precisas fronteras sobre el espacio urbano, especialmente para no entrar en conflicto con otras asambleas de barrios adyacentes. En Córdoba y Rosario fue la tónica mayoritaria tomar estas fronteras como criterio estricto, que en parte servía también para evitar que militantes de partidos de izquierda rotaran su participación o la superpusieran en varias asambleas. En las de Capital, en cambio, esto fue muy tenido en cuenta. En algunas asambleas como la Gastón Riva o la de Almagro muchas veces los que organizaban y gestionaban actividades no eran vecinos.

Los criterios de pertenencia territorial para ser admitidos en una asamblea no fueron para nada generalizados ni estrictos. De hecho, dentro del risueño anecdotario de los assembleístas aparecen reiterados relatos que cuentan cómo “pescaban” a veces a militantes de partidos de izquierda de sus asambleas hablando como integrantes de otras asambleas, incluso a veces “votando de una manera contraria a la que había votado en la nuestra” sobre un mismo tema.

El fenómeno asambleario no surge nítidamente en sus primeros pasos como una expresión “progresista”, “de izquierda”, “contestataria”, ni homogénea. Los testimonios son prácticamente unánimes: dentro de los presentes en las primeras reuniones podían encontrarse militantes de la izquierda más anarquista o más partidista junto con militantes... ¡seineldinistas! como ocurrió sobre todo en la zona norte, en Florida Este y Vicente López. Todo el espectro de voces posibles podía estar presente: ex funcionarios menemistas, ex cavallistas desilusionados, y por supuesto algunos jerárquicos, profesionales de escalafón intermedios de grandes empresas, esposas de medianos comerciantes o empresarios, junto con desocupados o jubilados. Los testimonios llegan a incluir entre los participantes hasta un comisario que se identificó como tal y quería opinar sobre la cuestión de la seguridad en Florida Este. Desde ya que el fantasma de la “infiltración” estaba a la orden del día y ocasionaba más de una acusación velada o insidiosos comentarios de pasillo¹⁹. En varias asambleas muestran que el primer combate interno era definido como “sacar a la derecha”, planteando la contradicción entre el carácter asambleario-ciudadano-vecinal necesariamente abierto y plural, y la presencia molesta e irritante de “los nefastos” con sus horribles voces conservadoras y reaccionarias, “menemistas residuales”, apenas disfrazadas por la

¹⁹ Un párrafo aparte merece el fantasma inicial común de ahorristas y assembleístas: “los servicios infiltrados”. Las desconfianzas hacia la gente que se acercaba y no era conocida por nadie o decía algo que no caía bien, se convertía en el apostrofamiento del “debe ser un infiltrado”. “En las marchas o los escraches era medio terrible. Cualquier cara nueva motivaba la desconfianza, ¿vos lo conocés?, ¿con quién vino éste? y cosas así”, contaban varios entrevistados de todos los movimientos. Los militantes más avezados trataban de tranquilizarlos y ensayaban estrategias más amables con los que se acercaban a los actos, o las movilizaciones.

indignación y la desorientación²⁰, que amenazaban con desnaturalizar el destino de estas “delicadas criaturas recién paridas”. Claudia de Palermo lo decía con elocuencia.

Una cosa de bueno “no tengamos miedo y convoquemos”, “vengan” y al mismo tiempo que no te guste con lo que te encontrabas.

Una de las discontinuidades o “ruidos” primeros, en el paso de la movilización callejera y el cacerolazo a la reunión asamblearia abierta, fue la comprobación directa y palpable que no solamente los que habían sido víctimas del orden menemista y las políticas neoliberales eran los descontentos, sino que muchos de los más exaltados eran los que habían sido sus beneficiarios e incluso, los que profesaban su ideología. En la mayoría de los casos apenas representaban “notas de color” o “patrullas perdidas” en la noche del neoliberalismo. Pero en otras como en la zona norte, (V. López, Martínez, Florida) hay elementos que testimonian incluso un cierto temor inicial de que fueran estas voces numerosas las que terminarían dominando la asamblea. Así, muchos subgrupos se reunían en paralelo a la asamblea para concertar estrategias expulsivas de “la derecha”, definiendo un límite no dicho de pertenencia. Las tácticas expulsivas eran suaves e informales: mecanismos de presión en las deliberaciones, réplicas descalificadoras agresivas, abucheos, “ninguneos”, no registrar los temas propuestos, murmullo y retiro de gente cuando alguno de los oradores “nefastos” se extendía. Aunque el desembarco de los seineldinistas en los cacerolazos de la Quinta de Olivos y en las asambleas de zona norte fueron bastante manifiestos y por tanto no tardaron en irse de la misma manera, en otros casos las voces conservadoras y reaccionarias formaban parte del mismo “vecino cacerolero e indignado”, que se supone había sido protagonista del argentinazo. El caso que se repite en los testimonios es el de “vecinos de las primeras convocatorias que en el 2003 te los encontrabas en la calle y ¡los tipos estaban con López Murphy a full!”.

Las asambleas hicieron una “fingida” profesión de fe en el pluralismo y la apertura. Los grupos más activos y experimentados no tardaron en fijar límites discursivos y simbólicos no explícitos de acceso y permanencia. Veamos un poco estos criterios encubiertos.

- No pueden insinuarse ninguna clase de reivindicación de la dictadura o la descalificación de los organismos de derechos humanos y sus figuras más emblemáticas²¹. La sensibilidad hacia el tema DDHH, revestido de universal aceptación, permitía una manera legítima de exclusión. Ni represores, ni cómplices o partidarios de los represores, es un criterio bien establecido, en algunos casos formalmente a través de resoluciones asamblearias, y en otros informalmente.

²⁰ Bruno de Bajo Belgrano recordaba los vecinos que vinieron a la asamblea a pedir el desalojo de una casa ocupada “pero que el estado les de un plan de vivienda” y “que no sabían bien qué decirles”. La emergencia social encubría también el discurso reaccionario “de sacarse de encima a los pobres” revestido de “sensibilidad social”.

²¹ Esto fue también materia de doble estándar ya que algunas asambleas fueron durísimas con Madres y Abuelas y hasta con parte de la agrupación HIJOS cuando deciden alinearse con el gobierno de Kirchner.

Algunos testimonian como “le caían con todo” a los que “agarraban el micrófono y trataban de tirar abajo el eje de los DDHH con el argumento de que es cosa del pasado, de la unidad de los argentinos”.

- No pueden elogiarse abiertamente las políticas neoliberales de ajuste del pasado, o las que impulsan los organismos multilaterales de crédito. La proclamación explícita del criterio originaba más que la retirada silenciosa de algunos, una cierta aprensión de muchos que dudaban o estaban confundidos y preferían ocultar sus creencias:

Me parece que había muchos que no juzgaban a las políticas de privatización o desregulación como las responsables de la catástrofe pero parecían confundidos y no se animaban a plantear sus puntos de vista abiertamente con el micrófono sino tímidamente y más en confianza (“Pablo” de Florida Este).

Muchos te decían por lo bajo que las privatizaciones no habían estado mal sino que la corrupción las había echado a perder (Milton de Godoy Cruz).

- No pueden insinuarse apoyo o elogios a Menem, a Cavallo y, en general, a ningún político o figura de la dirigencia “tradicional”. En el caso de Menem, es curioso el comunicado que al mismo tiempo que proclamaba la completa pluralidad ideológica lo excluía expresamente bajo el argumento de que “no aceptaban delincuentes”²². El criterio significaba que podían rechazar a Menem y a funcionarios menemistas sospechados de corrupción, pero no a los partidarios de Menem como tales, o que expresaran ideas afines al ex presidente. Tampoco resultaba aceptable insinuar alguna clase de valoración de Duhalde y su gobierno o dirigentes aliados. Aquí hay un punto de convergencia importante con los ahorristas ya que ambos movimientos se caracterizaron por un profundo antiduhaldismo. En cambio, Ibarra, Carrió, Zamora, De Gennaro y los referentes de los partidos de izquierda podían causar discusiones, pero no mecanismos expulsivos directos o indirectos.

- Con el tiempo varias asambleas determinaron más explícitamente sus criterios de admisión: ni banqueros, ni dirigentes políticos²³, ni funcionarios de los CGP, ni sindicalistas, ni otras categorías más difusas como “especuladores”, “infiltrados al servicio del intendente”, “punteros o gente de los punteros”, “explotadores” o “servicios de inteligencia” podían participar de la asamblea.

- Algunas asambleas también promovieron el criterio de “condicionalidad” para los militantes de partidos de izquierda: que los militantes de partidos pueden participar “siempre y cuando

²² En mayo/02 la Asamblea de Palermo Viejo responde dichos periodísticos de Menem: “...los vecinos, que nos autoconvocamos en las asambleas, no discriminamos por el origen ideológico de quienes se acercan a participar. Siempre optamos por el pluralismo y la construcción en el disenso. Pero eso sí, en algo somos terminantes: no admitimos delincuentes”. <http://www.palermoviejo.netfirms.com/delincuentesno.htm>

²³ En muchos lugares del interior las barreras antipolíticas no fueron tan tajantes. En Rosario varias asambleas solicitaban a los ediles del barrio que participaran de las reuniones aunque pueda terminar en incidentes (Ver La Capital de Rosario del 4/02/02, http://archivo.lacapital.com.ar/2002/02/04/articulo_0.html). El mismo intendente Binner participó en reuniones vecinales abiertas e incluso publicó los salarios de ediles y funcionarios a través de Internet a pedido de los asambleístas rosarinos.

estén dispuestos a acatar los mandatos de la asamblea” y que su participación “sea en calidad de ciudadano o vecino como los demás y no como representante político ante la asamblea”. Cuando estallaron los conflictos con la izquierda militante de los partidos comenzaron a implementarse medidas expulsivas por hechos de violencia (peleas a golpes, insultos personales) o inconductas (participar en otras asambleas, votar cosas no autorizadas en instancias interbarriales, etc.). Los militantes “que venían a sabotear o reventar la asamblea” pasaron a ser catalogados a veces como “infiltrados”, lo que en algunos casos dio lugar a un debate sobre “posible maccartismo” dentro de las asambleas. Las sanciones en todos los casos se discutían y decidían en la asamblea y por votación²⁴.

La problemática de la admisión en las asambleas de clases medias vuelve a mostrar un gran componente clasista cuando la comparamos con su tratamiento en las asambleas de bases populares. Tanto en Parque Avellaneda como en San Telmo, sobresalen dos cosas. Por una parte, desaparecen los temas ideológicos o políticos como barrera de entrada. La prescindencia de criterios ideológicos se puede comprobar en el hecho de que Pamela, una de las entrevistadas de Parque Avellaneda con fuerte y continuada participación en la misma, reconoce que aún en el 2003 era menemista y votó a Menem en las elecciones de ese año, lo que no le causó ningún problema en la asamblea.

Por otra parte, es un criterio excluyente de ingreso y permanencia el respeto a las normas básicas que permiten el funcionamiento de la organización. Rubén de San Telmo aclara convencido: “hay gente que no sirve para esto, están en otra... acá el que no aporta para todos no tiene derecho a nada”. Sasha de Parque Avellaneda aclara:

Puede venir cualquiera que entienda cómo funciona. No todos entienden cómo funciona esto, que acá no venís a que te regalen algo, que acá no somos los buenos samaritanos ni hacemos obras de caridad, que acá tu necesidad, tu drama personal no está entre nuestras prioridades salvo que la asamblea diga lo contrario.

Esta última regla impone una tácita e indirecta forma de selección. La organización es formalmente abierta y sin barreras de entrada pero sus exigencias de funcionamiento la convierten en fuertemente selectiva. Sólo se quedan aquéllos que “demuestran” una suficiente predisposición a la cooperación, la solidaridad interna y la lucha. En este sentido, tienden a ser organizaciones de militantes o al menos de personas que destinan a la organización partes significativas de su lealtad y esfuerzo.

Entre ambos tipos de asambleas hay una diferencia notable acerca del sentido de la movilización del capital simbólico que determina la selección de miembros legítimos:

²⁴ Vale mencionar el caso de “una compañera, que trajo “matones” del partido para pelear a golpes contra un integrante de la asamblea” (Almagro), y también la mención de peleas entre militantes de distintos partidos en plenas sesiones asamblearias, pero no se votaban expulsiones. El alejamiento de los militantes, alguno de ellos miembros fundadores de alguna de las asambleas, se dio más por lo insostenible del rechazo que despertaban en el resto de los integrantes que por medidas directas de separación.

mientras las asambleas de clases medias imponen criterios de filtrado referidos predominantemente al capital simbólico (las creencias y formas de conciencia), las de bases populares imponen criterios referidos al capital social y organizativo.

Otra cuestión importante era la “membresía”, ya que pasadas las primeras semanas de movilizaciones, se registraba una situación difusa en cuanto la concurrencia de gente era muy irregular, y en cada reunión de asamblea podía haber gente muy distinta. Claudia de Palermo lo describía así:

Detrás de la asamblea pública había como una red, con gente que entraba y salía todo el tiempo, pero detrás había un grupito que permanecía a lo largo del tiempo. Una reunión semanal en la calle que era como “la asamblea” donde la gente iba y hablaba. Después estaban las comisiones de trabajo y las marchas. Pero había gente que venía siempre a la asamblea y no estaba en ninguna comisión, otros que no le daban bola a la asamblea pero estaban a full en algunas comisiones, otros que se metían en varias comisiones, otros que venían a las marchas pero nunca a las asambleas y a las comisiones. Lo que llevaba más tiempo de discusión era justamente todo lo que tenía que ver con saber qué o quiénes eran de la asamblea y podían opinar y decidir sobre la misma.

La cuestión de los “verdaderos miembros” fue objeto de debates en casi todas las asambleas: cómo determinar la pertenencia era muy importante porque el reconocimiento de pertenencia otorgaba los derechos básicos dentro de la asamblea: votar, opinar, tener un lugar. Si en los primeros tiempos vertiginosos de masividad asamblearia eran simplemente “todos los que estaban en la asamblea”, el mismo desarrollo y el decantado de la concurrencia, obligó a nuevos criterios.

Los compromisos y participaciones “flotantes” y “variables” hacían que estallaran conflictos a la hora de las votaciones: “no era igual un tipo que venía cada tanto y otro que estaba siempre”. El argumento del “verdadero asambleísta” a veces se utilizaba para descalificar otras opiniones, aclara Claudia de Palermo. La mera concurrencia no basta, se comienza a exigir un mínimo de compromiso y dedicación, además de lealtad a las resoluciones del colectivo.

Entre los ahorristas los criterios de admisión y las reglas de incorporación resultaron en todo diferentes a los de los asambleístas. Los grupos eran bastante abiertos. Podía participar todo aquél que quisiera sumarse: abogados, periodistas, curiosos en los bares.

En AARA, la más formal en su funcionamiento, surgía la cuestión de la cuota para solventar gastos como habilitante para participar como miembro pleno (votar, representar, etc.). El resto de los grupos prácticamente no tenía criterios de entrada ni de salida, ni de ejercicio de derechos. Ni hablar los marchistas de Diagonal y Florida, quienes comúnmente intentaban reclutar gente en la misma calle, entre los que se acercaban a ver los escraches. Sólo más adelante, cuando surgieron serias desavenencias en torno a decisiones importantes, aparecieron debates internos con intentos de limitar o poner criterios de inclusión y exclusión de los grupos.

Entre los ahorristas era mayoritaria la posición de que los integrantes del movimiento tenían que ser efectivamente “ahorristas” o “acorrallados”. Este criterio era enarbolado como barrera ante lo que se veía como el “peligro” de la infiltración política por los partidos que pudieran intentar manipularlos, de la infiltración “ideológica” con sus secuelas de divisiones y controversias inútiles, o de infiltración lisa y llana de los servicios de inteligencia o policiales que podrían perjudicarlos legalmente. Además, se manifestaba la necesidad de frenar a los que se acercaban para intentar sacar ventajas económicas, especialmente abogados, estudios jurídicos o agentes inmobiliarios o de negocios que se acercaban a “averiguar cosas y tentar suerte para especular con el dinero atrapado y gente desesperada”²⁵. Es decir, las aprensiones iniciales a la irrupción de las formas de capital que los ahorristas consideraban amenazantes (poder burocrático, poder político) quedaban empañadas por la irrupción de formas específicas del capital económico y social que podían aprovechar la situación en su beneficio, incentivando salidas o soluciones individuales.

El testimonio de Patricia es elocuente:

Los miembros tenían que ser ahorristas pero después dudamos que algunos hayan sido [...] sino que eran vivos que se querían aprovechar...típico de argentinos...abogados, traficantes de influencias que querían hacer su agosto [...] en algunos casos pensamos pedirles que muestren el certificado [...] estoy segura de que debe haber habido casos de infiltrados, “servicios”, gente que fue a algunas marchas a buscar información de lo que pasaba y después desapareció de la asociación.

Báez Silva aludía al mismo tema de cómo intentaron con el estatuto enfrentar estas “intromisiones” irritantes de abogados e inversores de río revuelto, que repartían tarjetas a la pesca de algún incauto.

El temor a la manipulación, tergiversación, del propio interés económico, por parte de agentes sociales que dominan otros campos de poder, es muy nítido en muchas entrevistas. Esta misma lógica preventiva se ve también respecto a los detentadores del capital educativo o cultural: la resistencia de parte de muchos ahorristas a los argumentos más técnico-económicos en los foros daba pie a muchas agresiones a los referentes del propio movimiento, como el caso del economista J. J. Guareschi, de quien algunos dudaban si era “verdadero ahorrista” y consideraban “puro verso” sus análisis bajo el argumento omnipresente que aspiraba a cerrar toda discusión: “nos robaron”, “nos estafaron”, “nos engañaron”, “no hay que darle más vueltas”. La profunda suspicacia hacia los razonamientos, cuyos códigos no se controlan o manejan, genera un fuerte temor a ser manipulados. El capital simbólico bajo el imperio “de la moral y el sentido común” era el terreno conocido en el que debía darse la batalla de resguardo del capital económico. Cuanto menos burocracia, menos política, menos

²⁵ “Dicen que había quienes ofrecían “comprar cash” los certificados de depósitos que permanecían transferibles, o te ofrecían rescatar una parte mediante maniobras fraudulentas con simulación de compra de autos o viviendas. A veces, eran los mismos abogados que te proponían entrar en alguna transa en vez del juicio.” decía Carlos de Ahorristas Platenses.

complejidades intelectuales hubiere en el medio, tanto mejor. Para muchos de los ahorristas, la aparición de otras formas de poder causal eran vividos como “intrusos” en el proceso de movilización.

Báez Silva, presidente de AARA, manifestaba su sorpresa de la escasa información y comprensión económica y financiera de varios inversores bonistas que dejaban las discusiones a merced de “argumentos puramente emocionales”. El desacople, la falta de correspondencia entre el tipo de capital económico (bonos de deuda, fondos de inversión, instrumentos financieros más complejos) y el capital cultural esperado en sintonía con dicho capital económico, originaba desconfianzas y conflictos.

En el estatuto aprobado de AARA se establece la acreditación de la condición de ahorrista (atrapado o no atrapado) buscando en la especificidad del grupo y su reclamo, una forma de impedir el acceso a activistas políticos y otros tipos de intereses. En el estatuto propuesto de los platenses, que nunca entró en vigencia, se establece una membresía sin que sea necesario ser ahorrista, pero el aspirante tiene que ser presentado por un socio antiguo y tener “buenos antecedentes”. En este sentido, los criterios de acceso por patrocinio interno y con barreras “morales” difusas buscaban mecanismos de cierre en torno al grupo fundador.

Posteriormente, los estímulos que aparecían con las ofertas del gobierno para aceptar diversos canjes y reprogramaciones, impulsó discusiones internas para definir aún más restrictivamente el criterio de pertenencia: ya no alcanzaba ser ahorrista, además había que dar cuenta de la resistencia a la pesificación mostrando que se era “amparista” o “ahorrista que no acepta la pesificación”, es decir, de los ahorristas que acatan fielmente la línea del movimiento de rechazo de todos los planes de devolución ofrecidos por el gobierno. Se trataba de convertir en “obligatoria” para los miembros, cumplir con la línea resuelta por la organización. Los denuestos con aquéllos que aceptan los canjes del gobierno para retirar dinero son muy duros y hasta, el mismo Guareschi llegó a decir en el Website que aquéllos que acepten alguno de los canjes propuestos por el gobierno “merecen lo que les pasa”. Por supuesto, este criterio nunca logró imponerse en los hechos, pero el intento de colectivización forzada de intereses esconde un claro sesgo clasista: solamente podrían ser miembros con voz y voto aquellos que tienen posibilidad de iniciar acciones legales y, lo que es más discriminante aún, aquéllos que tienen recursos para esperar “los resultados de la lucha”. Intentaban cerrar el movimiento en torno a los poseedores de suficiente capital económico, como para “resistir” o al menos “persistir” en la lucha dando lugar a una enorme distorsión: dos de las más combativas militantes del movimiento (Argelia y Fanny) tenían depósitos minúsculos y además, habían tenido la necesidad de retirar dinero para vivir, mientras que

fuertes depositantes “combatían” cómodamente desde Internet y confiaban ciegamente en el dictamen judicial.

Estas discusiones internas permiten mostrar cómo se utilizan diversos poderes causales individuales en esta pulseada: los que disponen de capital económico pueden resistir sobre la base de esperar la justicia o un cambio político (sin los costos de colectivización de intereses ni del trabajo de generar poder causal político propio). Los que también disponen de capital social o burocrático previo pueden intentar generar capital político organizativo, de mediano y largo plazo, que patrocine sus intereses (asociaciones, lobby, aliados poderosos, poder institucional y eventualmente sistémico). Los que no disponen de capital económico ni de capital social y burocrático previo deben generar poderes colectivos de pequeña escala (situacional) y capacidad de presión con la protesta callejera y la resonancia mediática de los escraches a bancos y jueces.

Otro rasgo que separa a los ahorristas de las asambleas es que no había mayores barreras selectivas respecto a los “responsables intelectuales o materiales” de las políticas de los '90: al principio una parte significativa de los miembros fundadores de algunos grupos habían sido funcionarios del Banco Mundial, de diversos gobiernos provinciales, o ejecutivos de grandes empresas. Sólo con el transcurso de la lucha y la proliferación de discusiones y posiciones encontradas, divisiones y peleas, surgirán diversas impugnaciones a las trayectorias anteriores o las posiciones económicas, sociales o políticas de algunos referentes de los movimientos.

También establece una diferencia con las asambleas la notable extraterritorialidad de reclutamiento: AARA y ADAPD incluyen residentes en el extranjero que adherían a través de la Web, sin contar los intentos de coordinación con grupos de bonistas extranjeros de Alemania, Italia, España y EEUU, y la presencia de residentes argentinos que por sus actividades tenían significativos intereses económicos en el exterior²⁶.

A tal punto que se puede sospechar, no sin algo de malicia, que en el caso de AARA la inclusión de “Argentina” en el nombre y de los colores de la bandera en el logo, también responden a un intento de disfrazar el peso de esta globalización de los protagonistas.

Subestructuras de movilización

La morfología interna de ambos movimientos difiere en forma extrema. Mientras el movimiento de ahorristas estafados ofrece un escaso desarrollo de la división del trabajo y de estructuras internas, el asambleario es casi caótico por la proliferación de toda clase de iniciativas, subgrupos, comisiones, intergrupos, etc. Asimismo, mientras entre los ahorristas,

²⁶ La internacionalización del capital social y económico de varios miembros se observa también en las propuestas e indicaciones para radicar demandas en tribunales extranjeros y fomentar presiones o lobby diplomático y económico sobre las autoridades argentinas, que pululan tanto en AARA como en ADPAD.

la articulación con otros actores sociales, estructuras de movilización, redes o instituciones es escasa y bastante pobre, entre los asambleístas la riqueza de vínculos y nexos asociativos con el exterior es inmensa.

Las asambleas son “indeterminadas” en cuanto a contenido de actividades y relativamente rígidas en su metodología o forma. En gran medida, la generación de poderes causales colectivos se realiza a través de subestructuras internas o periestructuras y no por la asamblea misma, que termina afirmándose en un “hacer” deliberativo, reflexivo y en una instancia de toma de decisiones que tiene la pretensión de centralizar la voluntad colectiva sino que, al colocarse por encima y en muchos casos ajena a las subestructuras movilizadas, puede desatar conflictos y tendencias disgregativas. En algunos documentos y también en algunos testimonios, se observa una celebración del carácter disperso, proliferante y agregativo de la actividad asamblearia como un rasgo de superior riqueza, que no puede ser cercenado por la lógica de la unificación de la voluntad colectiva a través del “órgano asambleario”. La asamblea es vista, no como órgano sino, como modo que debe replicarse y propagarse libremente en todo tipo de iniciativas y colectivos. En algunas asambleas el plenario asambleario terminó sin tener ningún privilegio ni soberanía sobre el resto de las instancias asamblearias. Inspirados en Deleuze y en otros intelectuales, muchos militantes razonan la asamblea como una “máquina”, un dispositivo molecular rizomático, y no un cuerpo político sólido obligado a tomar decisiones que unifiquen al colectivo.

Desde el punto de vista del patrón organizativo, las estructuras asamblearias pueden clasificarse de la siguiente manera, según el grado de dependencia o autonomía respecto al plenario de la asamblea.

a) Comisiones de trabajo, realizadoras o ejecutivas a cargo de actividades o tareas fijadas por el plenario. Es decir, subestructuras cuyo objeto, plazos y condiciones, son fijados por la asamblea. En la mayoría de las asambleas se trataba de comisiones de enlace con otros movimientos o asambleas, comisiones redactoras de reglamentos, comisiones de gestión de alguna iniciativa (censo de desocupados, propaganda y difusión, boletín, tarifas, privatizadas, etc.), o delegación y representación ante interbarriales, Parque Centenario, negociación con agencias gubernamentales, también de organización de actos, movilizaciones, escraches o protestas, etc. Es evidente la intencionalidad prioritaria de generación de capital político no institucionalizado. En este tipo de estructuras yace la intención primigenia de convertirse en actor político con capacidad reivindicativa y de intervención política.

Entre los ahorristas, en cambio, la distribución de tareas tenía un carácter individual: la prensa y la difusión, las gestiones ante los poderes públicos, la preparación de estudios técnicos, la organización de las protestas, conseguir implementos, etc. eran responsabilidades

ad-hoc con escasa permanencia y estabilidad personal. Las comisiones no tenían vida interna propia como ocurría en el caso asambleario.

b) Comisiones, talleres, proyectos, colectivos, que son estructuras internas reconocidas por la asamblea pero a iniciativa de interesados o subgrupos de la asamblea. Los propósitos y tareas son trazados por los miembros del subgrupo pero bajo la autorización y la “supervisión” de la asamblea plenaria. Hay una enorme variedad: colectivos culturales, comisiones de salud, de vivienda, de capacitación o formación, ferias, microemprendimientos, eventos, festivales, charlas, etc. La asamblea ofrece albergar iniciativas, intenta captar y generar capital social y capital económico colectivo a partir de los capitales individuales de sus miembros. No hubo subestructuras de este tipo entre los ahorristas.

c) Estructuras colaterales o periasamblearias, que funcionan en el mismo espacio asambleario, se referencian en la asamblea pero no se someten a ella más allá de la información de las actividades y de decidir sobre la regulación de recursos comunes o compartidos. Tenemos desde colectivos culturales, murgas o emprendimientos productivos hasta bibliotecas populares, grupos de yoga, de artesanos, etc., donde participan asambleístas y no asambleístas, que deciden manejarse independientemente y no someter sus iniciativas a la instancia asamblearia. Estos colectivos pueden tener orígenes previos y externos a la asamblea o formarse en el seno de la asamblea y ponen de manifiesto la diferencia entre asamblea y “espacio asambleario”. Es claro que, en general, se trata de asociarse a otros capitales sociales o económicos colectivos preexistentes. El colectivo La Trama es uno de los casos emblemáticos por el desarrollo alcanzado dentro del espacio de la asamblea Palermo Viejo.

No se encontraron entre los grupos de ahorristas formas parecidas.

Hubo casos de iniciativas o subgrupos, que se asocian a otros de otras asambleas o instituciones, y terminan escindiéndose de la asamblea. Espacios interasamblearios como “Intersalud” o “Privatizadas” significaron, en cierto punto, una tendencia a fijar la actividad asamblearia en algunos ejes que faciliten homogeneidad, apoyo de otros sectores e integración de la militancia. De hecho, hubo asambleístas que dejaron de interesarse en participar en su asamblea de origen para dedicarse a las iniciativas desarrolladas en estos espacios interasamblearios temáticos. Por otra parte, hay casos de comedores y ollas populares que se van de una asamblea a otras instituciones, de emprendimientos productivos que cambian de radicación a otra asamblea, de colectivos culturales que trabajan simultáneamente con varias asambleas, de ollas populares impulsadas por grupos de varias asambleas, etc.

Es decir, existe en el movimiento asambleario un fluir de los poderes causales que multiplican las contradicciones. A veces se observa el problema del traspaso o usurpación de poderes generados: iniciativas sobre salud o medicamentos, estudios sobre el barrio, y hasta

comisiones de muralistas pueden abandonar la asamblea y pasarse a sindicatos, municipios y otras agencias gubernamentales. El movimiento en su conjunto funciona algo espasmódicamente, atrayendo y repeliendo poderes causales. Comienza con un fuerte efecto de atracción inicial, que es capaz de convocar y articular un rango enorme de tipos de capital y en poco tiempo, pasa a padecer un efecto centrífugo por el cual lo expele hacia otras esferas²⁷. Estos fenómenos no son demasiado conflictivos: simplemente “la gente se va a lugares o espacios donde se siente más cómoda o le dan más apoyo”, decía S. Maris en Florida Este.

d) Estructuras asociadas o de apoyo externas. Muchas asambleas han recostado el desarrollo de algunas de sus principales líneas de actividad en instituciones externas: especialmente hospitales, escuelas, ONGs, sindicatos, con las que comparten sus iniciativas dando lugar a una serie de estructuras para-asamblearias. Las comisiones de salud de muchas asambleas se han vinculado con profesionales y trabajadores de la salud de diversos hospitales públicos, e incluso han desarrollado parte importante de sus actividades en las mismas instituciones de salud colocando mesas, realizando eventos conjuntos, llevando a cabo iniciativas de dispensarios, pedidos a los laboratorios, apoyando reclamos, etc. En un punto, se intenta compartir el capital político, burocrático o institucional preexistente. Ni las ollas populares estuvieron exentas de estas estructuras de apoyo. Por ejemplo Gabriela de Almagro cuenta cómo estas estructuras pueden diferir bastante de la misma asamblea:

Del COA, un Club, vino un grupo de voluntarios que se interesó por la olla [...] Estas cosas lo que tiene de interesante es que nos hace discutir a nosotros un montón de cosas... está bueno. Vinieron un montón de chicas “con las carteritas” rechetas [con sorna] [...] lo rescatable es cómo funciona en nosotros eso, cómo nos da aire... que se interesen otros y tomar contacto.

En el mismo sentido, Jimena de Bajo Belgrano, recordaba que hasta colegios privados, “que eran renazis”, los invitaban a dar charlas y ellos pasaban “películas recríticas”.

La Asamblea de Palermo Viejo cedió espacios en el predio de la vieja Feria municipal, de la calle Bonpland al 1600, al Movimiento Teresa Rodríguez para un comedor popular y también a grupos piqueteros que organizaron un Taller Popular de Serigrafía. En Godoy Cruz fue importante el aporte de organizaciones de defensa del consumidor que, según Milton, “traían una cantidad de datos que nos servían para las denuncias al municipio por las

²⁷ Uno de los ejemplos más acabados de este fenómeno es la conversión de cierto caudal organizativo de las asambleas a la Cooperativa de Vivienda, Crédito y Consumo “La Asamblearia Limitada” fundada por 30 vecinos pertenecientes a la Asamblea Barrial Núñez y a la Asamblea Popular de Núñez-Saavedra, con el objetivo de formar una vasta red de Economía Solidaria (ver <http://www.asamblearia.com.ar>). Es notable la combinación de capital económico con capital social y capital simbólico, a través de la producción de nuevos sentidos del producir y el consumir. La figura de este tipo de formatos de estructura de movilización resuelve varios temas: de intereses de clase, de función económico productiva del capital educativo, de producción de sentido a través de componentes prefigurativos contraculturales y anticapitalistas, de conexión con las clases populares y con otros movimientos, etc. No obstante, esta potente iniciativa hiperespecializada también renuncia completamente a la generación de poder de intervención política.

licitaciones”. En la de Florida Este se han realizado muchas actividades con la Correpi, el Colectivo Lleno de Arte, cooperadoras de algunas escuelas, y el Foro Salud y Medioambiente de Vicente López.

Es particularmente fuerte el vínculo y la cantidad de actividades solidarias y de respaldo a las empresas recuperadas y a las redes de economía solidaria en que muchas asambleas participaban. La panificadora Grissinópolis, la imprenta Chilavert, la textil Brukman fueron las preferidas por gran cantidad de asambleas. También hubo acciones solidarias con Gualeguaychú y participaciones en foros con pueblos originarios.

En algunos casos de movimientos de ahorristas hubo presencia de periestructuras de apoyo. El más sobresaliente es el caso de Mar del Plata donde como cuenta Di Ranni,

A poco de que salimos empezaron a aparecer sponsors, radios, LU6, LU9, que se solidarizaban, nos ponían micros para viajar a Bs.As., pasaban las convocatorias, usábamos salones de la Facultad de Derecho, el Colegio de Escribanos, asociaciones vecinales, clubes, incluso hasta la gente de acá del Interzonal [se refiere al Hospital] colaboraba con nosotros. Podíamos ir a cualquier lugar y pedíamos algo y al final siempre lo conseguíamos.

En las asambleas de bases populares donde los intentos de controlar y retener el capital generado son muy estrictos y las escisiones no se generan sino a través de fuertes conflictos, la asamblea aparece claramente como la instancia suprema y final insoslayable de los procesos decisorios y funcionan mecanismos coercitivos de “retención” del capital generado en términos organizativos. Los subgrupos o responsables de actividades que no acaten la voluntad de la asamblea corren el riesgo de ser expulsados. No hay margen para situaciones ambiguas o de compromisos frágiles: las estructuras periasamblearias o para-asamblearias no tienen espacio. En Parque Avellaneda, la cooperativa de trabajo “La Alameda”, aún cuando su figura legal le permite ser formalmente independiente de la asamblea, supedita sus decisiones a la voluntad de la misma. Es decir, sobre los temas de la cooperativa pueden opinar y votar muchos asambleístas que no forman parte legal de la cooperativa. Es potente, en estas asambleas, la intencionalidad de mantener una instancia de unificación política de toda la actividad²⁸.

Finalmente, hay una serie de estructuras de apoyo que pretenden sintonizar desde afuera con las asambleas. Entre las más desarrolladas podemos mencionar ONGs como “Poder Ciudadano” que pugna por cambios políticos y mejoras en la calidad de las instituciones, la Fundación “1810” o el “Foro Alberdi” de Rosario, expresiones de un tecnoliberalismo con tonalidades antipolíticas. La Red Ciudadana “Principio del Principio” en Córdoba, aboga por

²⁸ En el caso de la A. de San Telmo, la formación y participación electoral del Partido de las Asambleas de Pueblo no sustituye la instancia Asamblearia original. La constitución partidaria es únicamente “en los papeles” pero no funcional ya que todo lo que atañe al partido pasa por la instancia asamblearia. Para Rubén, “el partido” constituye sólo una herramienta secundaria que les permite obtener ciertos beneficios en materia de reconocimientos legales, menos exposición de sus militantes más comprometidos por la toma de edificios, más posibilidades de repercusión y promoción de sus banderas, etc.

la modernización de las instituciones mediante la participación activa. Por supuesto también se registran todo tipo de vínculos con ONGs de carácter solidario de la Boca, Balvanera, Cooperativas de Recicladores y hasta la “hinchada” del Club Huracán que colaboró con la asamblea de Parque Patricios en varias actividades. Algunas de las estructuras de apoyo son “virtuales”, a través de sites en la Web que vehiculizan las movidas o reclamos de las distintas asambleas, sin subordinarse a ellas. La tradicional [www. cacerolazo.com](http://www.cacerolazo.com) tuvo varios seguidores. El portal “Córdoba Nexo” (<http://www.cordobanexo.com.ar>) publicaba información sensible para el quehacer asambleario: listados de jubilaciones de privilegio y páginas de reclamos y denuncias contra funcionarios, privatizadas, etc.

Lugar, horarios, recursos

Las locaciones de asambleas o grupos de ahorristas, los lugares en donde sesionan, funcionan o realizan sus actividades regulares los grupos movilizados, ofrecen una insólita diversidad. Hay públicos y privados, legales y usurpados, institucionales o informales, prestados o alquilados. Van desde bares y esquinas, hasta casas de los miembros y auditorios de sindicatos o Ministerios, etc.

Una asamblea importante de Rosario como la de Ovidio Lagos funcionaba en

[...] un local propio prestado por un vecino que ni siquiera participaba y, después, cuándo él alquiló ese local, otro vecino que tampoco participó nos prestó también (Fabián).

Este desinteresado aporte material mostraba cómo la movilización de capital económico ocioso individual podía ser ofrecida para reconvertirse en capital organizativo-colectivo²⁹. Hay otros casos donde, al menos inicialmente, los lugares de reunión más frecuentes eran los mismos domicilios particulares (Bajo Belgrano) o los estudios u oficinas (AARA, ADAPD, APA) de algún miembro, aunque luego hayan resuelto de manera colectiva el problema de la radicación o la referencia de lugar.

En una buena parte de los grupos, el lugar de reunión y referencia era “público”. En algunos casos abiertos y a la intemperie como plazas y esquinas, y en otros cerrados como bares. Asambleas como Florida Este³⁰, Bajo Belgrano, Palermo y muchas más funcionaron así por largo tiempo, lo mismo que buena parte de los grupos de ahorristas como los de Rosario en el Monumento a la Bandera, los de Bahía Blanca en la zona bancaria, o ABAE con sus reuniones en Callao al 100 y los del grupo de Diagonal y Florida. Otros como los de Mar del

²⁹ Aunque es cierto que la asamblea se hacía cargo de los gastos de tasas e impuestos, lo que podría indicar cierto interés económico en el vecino que seguramente carecía en ese momento de otras alternativas que dejarlo vacío y afrontar esos gastos.

³⁰ Es emotivo el recuerdo de Stella Marías de Florida Este: “Nos reuníamos en la plaza de la estación. Cuando hacia demasiado frío íbamos a un café y hacíamos una vaquita porque no todos tenían para el café... Ninguna sociedad de fomento nos quiso prestar el local porque están todas controladas por el Japonés García”.

Plata alternaban bares, plazas e instituciones de diverso tipo (Facultad de Derecho, Colegio de Escribanos, Club Temperley).

En el caso de los ahorristas, la problematización del lugar era mucho menos importante o nada importante, en comparación con los asambleístas que discutían mucho acerca de resolver el tema del lugar.

Los ahorristas le daban un papel puramente instrumental, pero para los asambleístas era un pilar básico del cual en gran medida se hacía depender la pertenencia al barrio y la posibilidad de estabilizarse y perdurar. Las asambleas se identificaban por el lugar y necesitaban de un sitio de referencia para funcionar. Es claro entonces que la territorialidad de la escala de referencia de la acción es un elemento importante que separa ahorristas de asambleístas.

Entre los ahorristas hay también una clara separación clasista en torno a la locación. Mientras AARA llegó a alquilar desde mediados del 2002 una excelente oficina en el piso 12 del Palacio Barone (“es hermoso, con vista al Congreso, como una manera de seguir creyendo en las instituciones”, decía Kalauz), otros grupos como el de Diagonal y Florida, ni siquiera se reunían en bares, sino directo frente a los bancos o en puntos próximos a la zona bancaria, donde directamente deliberaban.

El caso marplatense es bastante ilustrativo de este carácter absolutamente instrumental del lugar:

Nos reuníamos en la Plazoleta “Carlos Gardel”, y en el café Nicoleta que está enfrente, porque era céntrico, cerca de los bancos [...] Ahí mismo se hacían también las conferencias de prensa...después que terminó todo se puso una placa recordatoria [...] ¡Es que todo esto es histórico, hubo muchas cosas! (Di Ranni)

Para los asambleístas, en cambio, el lugar era un centro de actividades diversas, indicio de la propia vitalidad: peñas, reuniones, cursos, charlas. El lugar sin dudas es una fuente de pertenencia y de expectativa de proyección futura, que salvo en AARA no estaba presente entre los ahorristas.

Los ahorristas se reunieron en sociedades de fomento, en clubes, pero también en el auditorio de la Facultad de Derecho de la Universidad de Mar del Plata, y los platenses realizaron eventos importantes en el auditorio del Ministerio de Obras Públicas provincial. En Bariloche se reunían en el gimnasio de una escuela pública. Los de ABAE realizaron reuniones importantes o eventos en el Teatro Metropolitan, en el Auditorio de ATE, en la Asociación Bancaria, e incluso en algún salón del Congreso. Por supuesto todo ello a través del capital social, los contactos institucionales que poseían varios de sus miembro más connotados.

Por su parte los asambleístas fueron mucho más restringidos en el acceso al uso de lugares oficiales y tuvieron una marcada preferencia por los actos públicos en lugares

abiertos. Los pocos ejemplos de aceptación de ocupación de lugares oficiales fueron los provenientes de los CGP zonales. Asimismo, muchas asambleas en Córdoba funcionaron en los centros zonales de la capital y su periferia.

El “lugar propio” de uso exclusivo, además de aumentar la motivación y facilitar la participación, permitía un encadenamiento virtuoso muy importante que se verificaba muy rápidamente: la lluvia de iniciativas y propuestas del más variado tipo para desarrollar en el ámbito físico (Di Marco y ot, 2003: 88). Desde talleres, hasta clases de las más variadas cosas, desde muestras artísticas hasta bailes, desde ferias de artesanías hasta cursos o seminarios de temáticas ideológico-político. Es decir, el local propio y la autonomía de gestión atraen gravitatoriamente una parte de capital cultural, educativo y social del entorno barrial.

Otras locaciones fueron también préstamos de instituciones no gubernamentales como clubes sociales y deportivos, sociedades de fomento, Iglesia, o de instituciones estatales como los CGP, escuelas, e incluso otras agencias gubernamentales.

La asamblea de Palermo Viejo fue una de las más exitosas en términos de espacios: logró rehabilitar el espacio de una vieja feria municipal y además la declaración de sitio de interés cultural por la Legislatura.

Por último, debemos mencionar el fenómeno de la toma de lugares como bancos, locales abandonados, predios fiscales vacíos, por parte de varias asambleas: Paternal, Parque Avellaneda, Plaza Manuel Belgrano de Rosario, Gastón Rivas, Parque Rivadavia, Parque Lezama y otras. Ni hablar de la asamblea de San Telmo, que ocupa edificios abandonados o incluso, hoteles convertidos en inquilinatos, con la particularidad que no lo hace para el funcionamiento asambleario sino para resolver los problemas de vivienda de sus bases de apoyo.

Es más significativo aún que, casi todas las asambleas que no tenían lugar propio se plantearon la posibilidad de hacer tomas, y muchas de ellas llegaron a hacer un relevamiento de predios desocupados potencialmente ocupables, como las asambleas de Bajo Belgrano, Almagro, y Palermo. El “fenómeno de las tomas” fue un jalón importante en la historia del movimiento asambleario y algunas de ellas perduraron varios años. También fue motivo de discusiones internas y de pérdidas de apoyo por parte de vecinos. La toma además de poner en entredicho un valor importante del universo pequeño burgués como es la propiedad privada, también tiene una implicancia enorme en términos de exposición, riesgos, y de demanda de esfuerzo militante para sostener la ocupación, impedir los desalojos, dar batalla judicial, etc. Sin una capitalización alta en términos organizativo-políticos, las tomas no fueron sostenibles

en el tiempo³¹, dando lugar a discordias y expulsiones, tanto como diversas articulaciones de intereses con “sin techo”, “cartoneros”, “jóvenes sin vivienda”, etc. En varios casos el vaciamiento o la reducción de la participación asamblearia o las peleas entre militantes dejaba sin sustento la usurpación. En otros, se apeló a los cartoneros y sin techo como una forma de sustituir la insuficiencia organizativa y de predisposición militante, pero los resultados fueron desastrosos terminando en agrias discusiones con los cartoneros (el caso de La Paternal).

Así, las experiencias de las asambleas populares de Parque Avellaneda con la ocupación del viejo bar “La Alameda” donde resistieron un desalojo violento de la Guardia de Infantería, y la de San Telmo con la usurpación de varios hoteles entre ellos el viejo Hotel Carlos V, son las que muestran esta relación entre capital organizativo-político y capacidad de sostener un lugar propio. La particularidad de esta asamblea, que ha defendido los edificios ocupados incluso utilizando la resistencia violenta (con algún herido grave y causas penales) frente a los desalojos, es que el local de su propia sede es un predio de la Iglesia Claretiana de Constitución, que le alquilan por una cifra muy accesible.

La ocupación es, sin dudas, un hecho político delicado que requiere la movilización de capitales políticos importantes. La exposición a conflictos con el vecindario de clase media es un costo que trata de evitarse a toda costa. Analía de San Telmo lo plantea de esta forma:

[...] en la casa no tiene que haber quilombo, que tiene que ser una casa más del barrio, y no ser el quilombo del barrio, que los vecinos digan, acá pasa esto, pasa lo otro, sino que tiene que pasar desapercibida, al punto que el vecino no diga “¡uh! esta casa tomada está llena de no sé qué”.

La exposición temida asume un sentido completamente distinto al que tiene para los asambleístas de clase media: mientras para los asambleístas de Almagro o Bajo Belgrano, las ollas para cartoneros, amén de constituir un gesto solidario “ejemplar” para los públicos estimados “egoístas” de vecinos de clases medias pudientes, era una forma de “visibilizar” la cercanía y el contacto con la pobreza como forma de “generar conciencia”; en la Asamblea de San Telmo ocurre todo lo contrario: hay que tratar de pasar desapercibido, mimetizarse con el resto del barrio y no correr el riesgo de enemistarse con los vecinos, ni la opinión pública.

En Almagro, los pobres deben ser “expuestos” y en San Telmo, “pasar desapercibidos”.

Obsérvese también que las tomas de las asambleas de bases populares son tomas litigiosas de inmuebles particulares, mientras que en el resto de las asambleas en general han sido tomas de predios municipales, locales que quedan a cargo de diversos organismos estatales. En estos casos la litigiosidad y los riesgos de desalojo eran menores.

³¹ En Svampa (2008: 130) hay referencias a algunas de la quincena de tomas de lugares entre las que se cuentan sucursales vacías del Banco Mayo y del Banco Provincia de Buenos Aires. También es muy interesante el aporte de Manzano y Tribugoff (2010: 180 y ss.) que describe el funcionamiento de la comisión intertomas que incluía tanto “subcomisiones secretas” para posibilitar efecto sorpresa en las tomas, como demanda de concesión de lugares a los poderes públicos. A diferencia de los pocos casos de predios privados en los casos de predios estatales no hubo casos de judicialización de las tomas o las sentencias fueron suspensivas.

Algunas de las iniciativas territoriales más destacadas de las asambleas dieron lugar a conflictos de índole clasista. La colisión de comerciantes, vecinos propietarios y policías con los comedores y merenderos en la vía pública para cartoneros fueron un clásico que en varios episodios llevó a detenciones, discusiones y denuncias de los vecinos. Los efectos sobre las clientelas o sobre una posible devaluación de los inmuebles, o la pérdida de estatus de estos barrios residenciales, etc., fuerzan en parte a la lucha por la obtención de un local que, además de ser necesarios para la organización por su valor de uso, también tienen un rendimiento en términos de menor exposición a la contienda por la ocupación de espacios públicos y por la visibilidad de las actividades. El efecto del “techo propio” asambleario es una suerte de “discreción”, volviéndose menos visibles y menos irritantes para algunos vecinos.

El manejo del tiempo también tiene algunos elementos relevantes desde el punto de vista del análisis de clases.

Mientras los horarios de reuniones y convocatorias de las asambleas eran en general nocturnas, después del horario laboral o los fines de semana, siendo muy común el uso del domingo sobre todo en el interior del país, entre los ahorristas el patrón de dedicación temporal era el inverso: ocupaban días laborables en horarios laborables, sin actividades los fines de semana.

También la frecuencia de reuniones -aunque fue cambiando ostensiblemente a lo largo de la lucha- era bastante distinta: los ahorristas de Diagonal y Florida tenían hasta tres convocatorias semanales a escraches que incluían reunión plenaria. Los de Mar del Plata tenían dos días de marcha y escrache y a veces un día más de evento o información. Casos semejantes se veían en Bahía Blanca, La Plata y Rosario.

Es clarísimo que el patrón temporal responde a disponibilidades sesgadas por posiciones de clase: asalariados y comerciantes con empleos de horarios fijos no podían concurrir en horario bancario a las protestas. En este sentido, las exigencias de la estrategia que imponían los horarios de los antagonistas (bancos, poder judicial, poder legislativo) eran incompatibles con la preservación de capitales económicos fundamentales (preservación del empleo y los ingresos principales) y simultáneamente era altamente compatible con autónomos, desocupados, jubilados, empresarios, amas de casa, o profesionales sin exigencias horarias fijas. En cierta medida había, en los grupos ahorristas, una división de los participantes de acuerdo con la disponibilidad horaria: aquéllos que podían afrontar compromisos de participación presencial compatibles con las obligaciones laborales, y aquéllos que no podían hacerlo presencialmente y que tenían una fuerte participación a través de la Web.

En cambio, los asambleístas con una presencia mayor de personas activas, comerciantes y profesionales con obligaciones laborales, los circunscribía a los tiempos no laborales. Las

movilizaciones nocturnas y las asambleas hasta medianoche fueron un clásico del verano del 2002, lo que estaba emparentado con esta condición.

La cuestión del financiamiento de las actividades de los grupos ofrece también cierta disparidad de situaciones, pero no están ausentes los condicionamientos clasistas.

En general, las asambleas que no tenían un lugar propio adoptaron métodos de financiamiento voluntario y puntual para afrontar gastos específicos. Se hacían “vaquitas” para la compra de megáfono, banderas, impresión de volantes, eventualmente boletines. Cuando había gastos corrientes comunes por el sostenimiento del lugar se apelaba a una contribución fija mensual y a actividades recaudatorias, como festivales con bonos contribución, venta de publicidad en los boletines, los programas de radio, o incluso la Web (ver sobre todo el caso de Florida Este). Finalmente, aquellas asambleas con mayor desarrollo organizativo que desarrollaron proyectos productivos, comerciales o servicios (talleres o cursos), tenían fuentes de financiamiento más regulares aunque también más tensiones y tironeos sobre la cuestión del dinero. En algunos otros casos se obtuvieron subsidios de organismos oficiales para emprendimientos productivos, e incluso subsidios del gobierno de la ciudad de Buenos Aires para acondicionar locales o comprar equipamientos.

El financiamiento predominantemente voluntario y puntual indica una dependencia de los poderes causales económicos individuales, en cambio el financiamiento orgánico, es decir, producto de las mismas actividades colectivas asamblearias, indican inequívocamente la gestación de cierto poder organizativo.

La “colonización del espacio asambleario” por actividades lucrativas aparece mencionada en más de una entrevista. Los celos y conflictos, incluso económicos entre algunos colectivos asociados a proyectos específicos, estuvieron a la orden del día: desde el tironeo por el pago de la luz y el gas hasta la limpieza y los aranceles de los cursos. Las asambleas fueron, en buena medida, un canal de expresión y de valorización de diversos capitales educativos y culturales “excedentes”, que no podían ser asimilados por las instancias institucionalizadas preexistentes ni encontraban valor en los mercados deprimidos.

La contradicción entre los tipos de poderes causales movilizados por los sectores medios resultaba muy evidente en algunos casos. En Almagro y en Parque Rivadavia, las ollas populares al aire libre en las mismas plazas donde organizaban ferias artesanales, llevaron a la discusión con los artesanos que decían que la olla les “espantaba a los clientes” (entrevista colectiva a asamblea de Almagro).

El carácter clasista de las formas de financiamiento también se observa en la comparación con las asambleas de base popular. En Parque Avellaneda y San Telmo, las fuentes de financiamiento distan de ser voluntarias y están concentradas en la capacidad de

desarrollar actividades económicas o conseguir subsidios o asistencia material, a tal punto que en todos los casos la mayor parte de los cuadros principales de la asamblea participan en las actividades económicas y tienen en ellas sus ingresos principales. Desde comedores a bajo costo, hasta las contribuciones o cuotas por las piezas de las casas tomadas, pasando por emprendimientos comerciales como ferias artesanales, parrillas, librería, fotocopidora e imprenta, panadería, hasta talleres textiles, cursos de capacitación, cubren una larga lista de actividades que dan respuesta a demandas de las bases al mismo tiempo que son fuente de ingresos para la organización. En estas dos asambleas el nivel de actividad y trajín diario es notable. Los asambleístas de La Alameda se jactan de tener el local abierto las 24 hs. todos los días. La exigencia de participación en las instancias organizativo-políticas generales tiende a combatir las tendencias a la dispersión y al relegamiento de las cuestiones políticas. En estas asambleas no aparece la diferencia entre espacio asambleario y asamblea: la no participación en la asamblea supone la imposibilidad de trabajar en un proyecto particular.

Ambas asambleas reconocen también que el manejo del dinero es lo que genera mayores problemas. De hecho la disconformidad con los criterios de distribución de las utilidades es causa de deserciones. Se reconoce también que los casos de robo de mercadería, el favoritismo para distribuirla, o los desmanejos con la plata son muy frecuentes por lo que en general, se toman medidas drásticas. En la A. de San Telmo, “la caja” y las decisiones sobre los gastos son independientes de la conducción. Todos los pedidos de gasto están sujetos al criterio de los responsables del presupuesto, independientemente de la directiva de la asamblea. La decisión de tener “rentados”, que están a cargo de llevar adelante muchas actividades organizativas, obligaba de alguna manera a transparentar el manejo presupuestario.

En Parque Avellaneda, las finanzas de cada emprendimiento son independientes y todas contribuyen en los gastos comunes de acuerdo con sus posibilidades, lo que da origen también a diversas discusiones. El combate a los robos o desmanejos se hace a partir del estricto control asambleario de las decisiones y sobre todo de la prescripción obligatoria de la rotación de funciones para “evitar que nadie se sienta el dueño”.

El financiamiento de los grupos de ahorristas tuvo un carácter muchísimo más informal y voluntario. En este sentido los grupos pueden dividirse en dos clases: aquéllos que establecieron una fuente regular de financiamiento con “cuotas societarias” más o menos forzosas y aquellos que nunca tuvieron regularidad y dependían de colectas *ad hoc*. En el primer grupo están aquéllos más formalizados, como AARA, que lograron establecer bastante exitosamente una cuota de 5 \$ mensuales para socios, íntegramente destinados a mantener la

sede y el portal web. Fue el único caso que tenía algún personal al que se le pagaba free lance: una persona que se encargaba de la parte administrativa y de prensa.

En el caso de Mar del Plata había colectas de recaudación entre los participantes que en general alcanzaban para sufragar los gastos emergentes de la actividad de los escraches, aunque no revestía el carácter de obligatoria.

En el caso de ABAE, la mayor parte de los gastos derivados de los grandes actos fueron afrontados por los miembros connotados. Especialmente por Nito Artaza, Perico Pérez y algunos otros. Los ahorristas de Diagonal Norte y Florida, en cambio, dependían de colectas voluntarias con la que compraron megáfonos, aerosoles, y no mucho más, ya que el material era preparado individualmente o en familia por los concurrentes a los escraches.

En Mar del Plata hubo problemas con el que hacía las veces de “tesorero”, originándose su expulsión. Según lo cuenta Di Ranni “se mandó la avivada de descontar gastos que, en realidad, habían sido colaboraciones gratuitas”. Este supuesto caso de corrupción interna es muy interesante desde el punto de vista del análisis de los procesos de conversión entre formas de capital. El capital social, que el mismo tesorero movilizaba para conseguir las colaboraciones gratuitas, y el capital político y simbólico de apoyo y simpatía que tenía la lucha de los ahorristas en la ciudad, era convertido en capital económico individual a espaldas de la organización. Esta actitud ventajera personal en realidad es la inversa de la lógica del financiamiento voluntario: el capital social y económico individual es convertido en capital organizativo y político.

Prácticas organizativas y problemas de colectivización

Las formas de cooperación y cohesión interna

Toda forma organizativa intenta resolver el problema fundamental de alcanzar comportamientos cooperativos y coordinados entre sus miembros. El clásico tópico de la superación del llamado “dilema del free rider” y el fomento de la cooperación puede ser analizado desde el tratamiento organizacional interno de los poderes causales clasistas.

El problema general de la acción colectiva en movimientos sociales emergentes, que desarrollan acción y organización fuera de las instituciones, es que no disponen de andamiaje organizacional previo, carecen de marcos normativos y de posibles incentivos o sanciones para provocar y asegurar la cooperación.

Parte del trabajo de ambos movimientos fue justamente recrear esos medios de superación de las orientaciones individualistas del comportamiento y su integración en un marco colectivo común. Las bases clasistas de esa recreación abren un canal importante de análisis del material relevado.

Los incentivos selectivos materiales o “soluciones de mercado” que cambian las ecuaciones individuales de costo/beneficio a favor de la cooperación (Lichbach, 1997) juegan un papel muy menor en la gran mayoría de los grupos, tanto de ahorristas como de asambleístas de clases medias.

La mayor parte de las asambleas integradas por clases medias excluye la posibilidad de hacer estables incentivos materiales que propicien la cooperación³². Por supuesto que varias acciones de las asambleas significaron la obtención de beneficios o bienes materiales (bloqueo de cortes de suministros, baja de tarifas, bolsa de trabajo, compras comunitarias, etc.). Pero los beneficiarios fueron muy pocos de sus integrantes, varias de estas iniciativas fracasaron o fueron abandonadas rápidamente. Las pocas asambleas que desarrollaron emprendimientos productivos lograron mantener cierta estabilidad de incentivos materiales pero con la consecuencia de una tendencia a la reducción de la importancia de la asamblea en sí como núcleo de participación.

Entre los ahorristas de clases medias altas y altas había fuertes desincentivos materiales y no materiales a la participación y a la cooperación: los temidos costos de la exposición pública y lo oneroso de la inversión de tiempo y esfuerzo personal.

En estos segmentos al comienzo operaron algunos débiles incentivos no materiales.

Para las clases medias bajas, jubilados y comerciantes, el incentivo psicológico del desahogo de la bronca, y del protagonismo público a través de la repercusión de las protestas, motorizaba en algo la participación, pero no tanto, la inversión militante en organización. El estímulo más importante entre los ahorristas era un bien no excluible: la información -muy valorizada en un contexto tan turbulento- y también la posibilidad de obtener asesoramiento legal gratuito. La función de “esclarecer” y “orientar” garantizaba concurrencia pero no la cooperación y la participación en la lucha.

La militancia de partidos de izquierda encontraba estímulos no materiales de todo tipo: auditorios para propagandizar sus líneas políticas, personas sensibilizadas disponibles para ser reclutadas, y hasta ámbitos para viabilizar el apoyo material a otras luchas con campañas para fondos de huelgas, ayuda a desocupados, etc. La militancia no encuadrada, los intelectuales, estudiantes y segmentos de una pequeño burguesía politizada, encontraban el incentivo de desarrollar un protagonismo o una centralidad simbólica independiente de otras estructuras

³² Es distinto el caso de las asambleas de bases populares donde la acción cooperativa de lucha hace posible o facilita la obtención de bienes, incluso apropiables individualmente. (alimentos, alojamiento, empleo, protección gremial o legal, etc.), operando como un incentivo material nítido. Sin embargo, no pueden considerarse incentivos selectivos ya que el mismo colectivo asambleario tiene rígidas normas distributivas que resguardan compromiso de reciprocidad entre los miembros: los que más aportan a la consecución de bienes para todos, son los más beneficiados por la distribución. El incentivo material a la cooperación no consiste entonces en un premio (una “compra” de la predisposición a la cooperación y la lucha) sino en la garantía de que la distribución de lo obtenido privilegia la cooperación y la disposición a la lucha. En este sentido configura una solución normativa y contractual y no un incentivo de mercado en términos de Lichbach (1997).

sociales, sindicales y políticas. Simultáneamente, el *ethos* antiburocrático de la nueva militancia impedía que se impusieran reglas más rígidas para evitar los comportamientos no cooperativos (normas, sanciones, autoridad). Como forma compensadora, los vínculos afectivos, las relaciones de confianza y la libertad para desarrollar iniciativas personales también proporcionaba típicos incentivos militantes con “efecto hipergenerador” (Neveau, 2000: 124), pero no alcanzaban para ampliar la participación sino que parecía restringirla y convertir las asambleas en una suerte de comunidades militantes con un fuerte integración simbólica.

El espacio asambleario era concebido como opuesto a las prácticas jerárquicas y disciplinarias. Las cadenas de mando y la delegación eran “malas palabras”. Las asambleas eran instancias que estaban inhibidas de reclamar obediencia y lealtad. Las medidas de control o sanciones que pudiesen convertir el dilema del *free rider* en un dilema de seguridad eran percibidas como atentatorias contra la identidad asamblearia.

Entre los asambleístas las reglas fundamentales de reciprocidad y simetría son las que rigen la distribución de la palabra. Las metodologías de regulación del “acceso y uso del megáfono” buscaban establecer el derecho de todos a hablar y a ser escuchados. Las medidas de restricciones en el uso del tiempo de los turnos de habla, el ponerse horarios de terminación, tendían a asegurarse de que todos tuviesen las mismas oportunidades, tanto de hablar como de ser escuchados. En algunos testimonios, también hay noticias de prácticas de algunas asambleas que limitaban el uso de la palabra de los partidos y organizaciones: tenían uno o dos oradores habilitados para dar a conocer las posiciones de sus respectivas fuerzas.

El “contrato implícito” en las reuniones asamblearias incluía también la ausencia de imperativos normativos para la participación, ya que no había ninguna clase de legitimidad para reclamar lealtad u obediencia y esto era presentado como su principal mérito: “el que estaba, estaba por voluntad propia y representándose a sí mismo”. También incluía ciertos controles de que la participación individual no iba a ser aprovechada o capitalizada ni interna ni externamente. Como vemos se trata de un contrato que se funda en que no va a haber ninguna clase de sujeción de la propia voluntad. Incluso el carácter vinculante de las decisiones de asamblea para sus miembros no está claramente estipulado. Ello hace también redundante el imperio de “reglas de decencia”, que parecen agotarse en la transparencia en el acceso y uso de la palabra. La ausencia de instrumentos organizativos de carácter normativo que hicieran cumplir las resoluciones dejaba esta tarea a mecanismos informales de presión sobre los miembros. Pero la misma ausencia de formas coercitivas de hacer cumplir los mandatos de asamblea hacía correr el riesgo de volver completamente inocua la instancia asamblearia.

Muchas asambleas comenzaron a trabajar con la lógica del acuerdo unánime como forma de garantizar el cumplimiento universal de las resoluciones, bajo el criterio de que si uno participa en la decisión también se va a hacer cargo de la ejecución. Pero con el tiempo, muchas de estas asambleas se convertían en comunidades militantes, colectivos culturales unidos por fuertes afinidades e inquietudes comunes, en donde se reducen enormemente los espacios para el disenso y al no haberlo, comienza a ser redundante la metodología asamblearia abierta. Asimismo esta lógica de dejar atrás la asamblea como instancia de decisión para convertirla en espacio de homogeneización simbólica hace converger la jerarquización del capital simbólico y cultural con el formato organizativo. El imperativo de tomar decisiones deja de ser prioritario para dejar paso a los procesos de subjetivación, efectos de conciencia, etc.

En cierto punto, podría decirse que el activismo de los ahorristas poseía menos incentivos a la participación cooperativa que el de los asambleístas. Mientras los asambleístas veían diversos valores intrínsecos o extrínsecos (acceso a otras formas de capital social, cultural, político) en la cooperación y la lucha, para los ahorristas eran todos costos asumidos solamente por la ausencia de alternativas y la esperanza en el éxito de la movilización para recuperar su capital económico. Para los ahorristas, la organización y la solidaridad interna resultaban puramente instrumentales respecto al objeto final exclusivamente individual. Por ello, los grupos más activos debieron apelar a reglas adicionales internas para garantizar un mínimo de cooperación y previsibilidad.

La más generalizada fue la promesa o el compromiso personal de seguir movilizados, aún después de cobrar el amparo, o “luchar hasta que cobre el último”. No hace falta decir que el entusiasmo inicial de este “juramento” generalizado daba paso a la decepción y el desánimo, a veces acompañado con rencor hacia aquéllos que “apenas cobraron, desaparecieron, no los vimos más”; “te los cruzabas en la calle y hacían que no te conocían...”, decía Pedro de Mar del Plata.

En Mar del Plata aparecieron otras reglas que, de manera innovadora, robustecían la confianza recíproca y la cooperación en la lucha: el criterio de pelear primero por los más débiles (ancianos, enfermos) y de no revelar los montos individuales incautados, compensaba estas debilidades y fortalecía las reglas de confianza y reciprocidad que son básicas para generar cohesión interna.

El movimiento muchas veces decidía escrachar los bancos con amparos concedidos a personas con estas urgencias de salud, indigencia o avanzada edad. También era común que los referentes del movimiento hablaran con el juzgado o acompañaran a estas personas a sus

respectivos abogados para acelerar el trámite de los amparos³³. El éxito que obtenían al forzar el pago de los amparos de las personas más gravemente damnificadas por la situación, significaba una fuerte motivación para el resto y generaba una enorme confianza y reputación de los líderes del movimiento.

Las contradicciones del horizontalismo

Uno de los rasgos compartidos por todos los movimientos sociales surgidos de la crisis social precipitada por las políticas neoliberales es el “horizontalismo” que era entendido por los participantes como dos cosas: un rechazo a la verticalización, las jerarquías de poder interna, liderazgos o disciplina, poniendo en cuestión el lazo representativo y delegativo, que se plasma en el principio “todos pueden decidir”; y una celebración de la libre participación abierta, donde la información y la opinión están disponibles para todos.

El punto de partida de nuestro análisis del horizontalismo es su significado en términos de poderes causales clasistas: igualar, nivelar diferencias individuales de capitales. El horizontalismo como principio organizativo supone una relativización simbólica de todos los otros tipos de capital, principalmente el capital político en estado incorporado (*habitus*, experiencia) o institucionalizado (pertenencia a organizaciones políticas o sindicales), pero también el capital social y burocrático (cargos de autoridad, influencias, contactos), e incluso, aunque en menor medida, el capital educativo y cultural (también generan algunas resistencias estudiantes e intelectuales). El criterio horizontal tiende a suspender la legitimidad y quitar eficacia a todos los poderes causales preexistentes entre sus miembros y, a través de la abierta e irrestricta libertad de opinión y expresión interna, consagra el terreno de disputa en términos de poder causal simbólico: se trata de discutir justamente para establecer nuevas valoraciones de los diferentes tipos de capital y con qué criterios gestar poderes causales colectivos.

El imaginario igualitario que subyace al horizontalismo es que el libre juego simbólico, garantizado por la obturación del ejercicio del resto de los poderes causales, colectiviza de manera óptima “la conciencia” y por medio de ésta también “las decisiones”.

Observadores y analistas, y hasta la gran mayoría de los entrevistados, tienden a considerar al horizontalismo como el gran mérito, el gran logro al mismo tiempo que el gran problema y la gran limitación de las asambleas. Esto introduce una notoria diferencia con el movimiento de ahorristas cuyos integrantes también lo proclaman horizontal, abierto, y

³³ Di Ranni contaba esta situación en donde también aparece el desacople con las estructuras familiares. “A mí, a veces, me daba lástima la gente grande que los hijos no les daban bola, venían y necesitaban orientación, apoyo y los acompañaba al banco, a ver al juez, a veces hasta el abogado porque muchas veces por poca cantidad, el abogado no se movía [...]. Una vez nos pasó con uno que fuimos al juzgado y el abogado no había presentado el amparo [...]. era de 10 mil dólares y entonces fuimos con él, con Susana y cuando el tipo nos vio quedó aterrorizado [...] se puso ahí mismo a hacer el amparo”.

participativo³⁴, pero que no consideran este rasgo como algo especialmente destacable ni mucho menos como algo problematizable³⁵. En cambio, para muchos de los asambleístas puede decirse que el horizontalismo también es sinónimo de fracaso en la gestación de capital organizativo y político. Veamos un intento de sistematización de la serie de problemas detectados por los mismos militantes asamblearios.

a) La contradicción entre deliberación y decisión

La forma deliberativa, la democratización de la palabra, la eclosión casi a los gritos de una ciudadanía no mediatizada, ha sido el elemento más subrayado por los analistas y observadores del fenómeno asambleario.

La centralidad de la deliberación y la discusión interna tiende a sacralizar el derecho a la palabra en su doble sentido: “decir” y “ser escuchado”, consagrando una suerte de “sociedad deliberativa” (Di Marco, 2003: 102) que le otorga valor central al disenso y al respeto por las diferencias como fuente de enriquecimiento de la vida común. Para Lewcowicz (2004) las asambleas serían “reductos de la horizontalidad del pensar” opuestos a la “verticalidad del saber” que anida en las estructuras políticas o culturales. En línea con estos análisis, en nuestra hipótesis, las asambleas son sitios de elaboración de poderes causales simbólicos. El privilegio a la deliberación y al intercambio puede leerse como la forma que asume el intento de reestructuración de los recursos interpretativos de clase, un intento de recodificar miradas, valoraciones y formas de sentir y actuar. Pero además, el “horizontalismo” deliberativo supone un efecto suspensivo sobre el predominio de cualquier capital simbólico anterior: por eso, la esencia del a veces caótico aluvión de palabras es la escucha atenta del otro, al mismo tiempo que la desconfianza corrosiva. Las sesiones asamblearias, en muchos casos, son descritas como verdaderas “tritadoras” de preconceptos, creencias e incluso valores y convicciones cuyas primeras víctimas fueron “los nefastos”, “los resabios noventistas y la derecha”, pero luego le siguieron los “dogmatismos y autoritarismos de la izquierda” y más adelante las “cavilaciones infinitas de militantes sin partido”, hasta llegar a “la superficial indignación del vecino común y su propensión a la comodidad”. En cierto sentido, la práctica asamblearia centrada en el libre flujo simbólico significaba el derrumbe iconoclasta de la mayor parte de los fetiches con que habían intentado enfrentar la crisis hasta ese momento. Una suerte de trabajo de desmalezamiento de la conciencia, que se consideraba previo a

³⁴ Expresiones como “acá no había jefes de ningún tipo, ni siquiera Nito”, “todo se resolvía en las reuniones donde todos opinaban”, “había coordinadores pero eran rotativos...aunque siempre me elegían a mí”, aparecen en casi todos los testimonios.

³⁵ Solamente el caso de los ahorristas platenses llegó a ser un tema la cuestión de la participación en la medida en que el grupo inicial convocante era cuestionado por “cerrado” y al liderazgo de Di Renato como “personalismo”. No ocurría lo mismo con Artaza que era reconocido por todos los grupos pero no establecía vínculos orgánicos con ninguno. El liderazgo de Artaza tenía un valor exclusivamente referencial o emblemático y no de lealtad: de hecho los ahorristas se cansaron de cuestionarlo por muchas de sus posiciones (entrevista con Menem, apoyo a jueces de la Corte, y sobre todo por su candidatura por la UCR de Capital).

cualquier decisión o acción en general, pero fundamentalmente de aquéllas que podían marcar o definir el carácter de la asamblea³⁶. El objeto del debate no era arribar a una decisión sino generar efectos de conciencia que hicieran posible algún objeto de debate compartido.

En todos los testimonios aparece este privilegio a la captura del sentido a través del debate y la discusión colectiva que desplaza la dimensión instrumental de eficacia de tiempo y forma en la toma de decisión³⁷. “Beatriz” de la Asamblea Gastón Rivas lo refleja con una expresión metafórica que puede aplicarse al resto de las asambleas con bases de clases medias: “todos los temas los masticamos mucho...y a veces no llegamos a ninguna decisión o llegábamos cuando ya era tarde”.

Este rasgo del funcionamiento asambleario es tanto celebrado como “democratización de la palabra” como denostado por las limitaciones a que da lugar.

Entre los entrevistados, es universal la presencia de objeciones o señalamientos de aspectos negativos o “efectos no deseados”: 1) Inocuidad: “hablar, hablar y hablar, era muy desgastante y muchas veces no se llegaba a ningún lado”, “a veces los temas se abandonaban sin llegar a resolverse”; 2) Fines subalternos del más diverso tipo: “mucho divismo”, “se prestaba al vedetismo”, “los partidos aprovechaban para bajar línea”, “manijeaban”, “discutían entre ellos solamente, no dejaban espacio”, “hablar para lucimiento personal”, “mucha catarsis sobre todo el principio, pero desde lo personal... “yo”, “a mí me pasa”, “yo, yo y yo, ¡te hinchaba las pelotas!”; “depositaban en la asamblea todas sus frustraciones y no había forma de que fuera un debate real”; “el desahogo muchas veces se convertía en agresión y maltrato, insultos, burlas”; “se convertía en peleas personales, hubo momentos muy desagradables”; 3) Lentificación, parsimonia, o dispersión: “podías estar 4 o 5 reuniones discutiendo el mismo tema”; “muchas veces sentías que estabas perdiendo el tiempo”; “yo te quería contestar a vos, pero en el medio pasaban 18 oradores y ya no tenía sentido”; “a veces te perdías, terminabas por no entender bien lo que se estaba discutiendo”.

Un intento de solución, ante el listado de consecuencias contraproducentes del deliberativismo enumerado arriba, fue el también generalizado procedimiento de reglamentar estrictamente los debates mediante diversos expedientes: acotar los tiempos de intervención para evitar el vedetismo y la parsimonia, discutir y votar un orden del día temático con

³⁶ Di Marco (2003) plantea que todos los debates asamblearios giraban en torno a tres alternativas de direccionamiento: asociación vecinal que opera con los intereses inmediatos del entorno; partido o movimiento político que busca instalarse en el escenario de las luchas por el poder; y movimiento social y cultural que busca intervenir en las luchas de poder pero a nivel de los valores y la concientización sin pretensión de ejercer autoridad. Este debate dejaba irresuelto qué tipo de poder causal finalmente debía predominar: poderes económicos y sociales locales, poderes políticos, o poderes simbólicos y culturales.

³⁷ Pérez (2010:440) señala con acierto que se trata de tecnologías de la reflexividad social en las que el rechazo a la delegación y el ethos participativo desborda el paradigma de la soberanía tomado como modelo constitutivo del movimiento.

antelación para evitar mezclar todo y priorizar las cosas más importantes y, sobre todo, presionar a los oradores para que se atengan a los temas y evitar dispersiones y confusión.

En el marco del conflicto con los “aparatos de la izquierda”, la mayoría de las asambleas ponen estrictos horarios de finalización y límites de tiempo de tres minutos a las intervenciones “para que los debates no se alarguen y queden sólo los militantes de las organizaciones”. Las sesiones asamblearias se ordenan en secuencia de tres temas: problemas del barrio, del país y propuestas que son votadas al final, lo que también obstaculiza la prioridad natural por fijar posiciones en temas nacionales de los militantes de los partidos. Es interesante cómo lo cuenta Adrián de Almagro.

La dinámica de primero proponer temas, votar un orden de temas nos permitió sacarnos de encima a los partidos porque se mandaban los temas de los partidos al final y nunca había tiempo de tratarlos y cuando se mandaban el discurso que lo metían por la ventana, saltábamos y le decíamos no es el tema [...] Con el PO lo que pasó es que se fueron a Villa Crespo porque nuestro funcionamiento los neutralizaba y porque había una interna enorme ahí para quedarse con un local que tomaron.

Muchas asambleas abrieron comisiones de reglamento. En algunos casos, la sofisticación con la que se intenta regular hasta los más nimios detalles de las sesiones y el funcionamiento general no deja de sorprender³⁸. Entre los aspectos destacados en la regulación sobresalen: a) el tiempo es implícitamente considerado como recurso escaso (en tanto entra en disputa con la necesidad de valorizar privadamente poderes causales económicos, educativos, etc.) y así evitar la posible especulación para forzar decisiones de minorías, que privilegian el poder causal político colectivo sobre otros tipos de poderes individuales. Las cláusulas, que fijan duraciones máximas a cada intervención y turnos únicos para cada orador, intentan impedir que la mayor disponibilidad de tiempo de aquéllos que se dedican al capital político vaya en desmedro de aquéllos que tienen otras distribuciones temporales de inversión en otras formas de capital. El intento de retener las personas con dotaciones de otros tipos de capital muestra a la asamblea como una instancia de colectivización y conversión hacia formas de capital político-organizativo. Pero, para ello, debe sancionar o limitar a quienes ya han realizado esa conversión y que pueden tomar ventaja en el control del proceso asambleario (extendiendo sus intervenciones, no dejando espacio, valorizando más elementos retóricos en intervenciones individuales prolongadas, etc.). La caída en el deliberativismo corre el riesgo de terminar en una “contabilidad de opiniones libres” y no, como gestación de voluntad colectiva con capacidad de acción. Los reglamentos apuntan a resolver un problema sustantivo: qué criterio se toma para convertir el

³⁸ Ver sobre todo la Propuesta de funcionamiento en asamblea de la Comisión de prensa y organización de la Asamblea Popular de Constitución, que condensa la mayor parte de las ideas asamblearias.
<http://www.autoconvocadosmdp.gq.nu/archivos/constit/const.htm>

ejercicio de capital simbólico (la palabra) en derechos de decisión sobre la conversión a capital político y organizativo, y sobre la colectivización de preferencias individuales.

Hubo un claro intento reglamentario de “equilibrar” el capital simbólico de entrada bajo el criterio que las decisiones válidas son las que toman o reflejan la mayoría de las conciencias y no las que reflejan el mayor empeño o capacidad militante para imponerlas. Las restricciones al ejercicio interno de poderes causales de tipo político apuntan a reducirlos a poderes simbólicos. La asamblea funciona como espacios de desactivación de poderes políticos preexistentes y de “emparejamiento” o “nivelación” en el plano simbólico.

La problematización del voto que ocurrió en varias asambleas es también delatora de la contradicción subyacente entre capital simbólico y capital político. El voto es la mediación misma que permite iniciar la conversión entre la movilización del poder causal simbólico y el poder causal político; es también el comienzo de la colectivización de la voluntad individual.

Como rememoraba un militante de zona norte.

Todos nos emocionamos cuando, en la primera Interbarrial Nacional, levantaban la mano al mismo tiempo más de 700 personas, aunque más no fuera para aprobar una larga lista de expresiones de deseos; nos reímos cuando se pidió un aplauso al vecino que votaba desde el balcón de su casa, pero también nos enojamos mucho cuando empezamos a ver que, al fin y al cabo, no sabías cuáles eran las asambleas independientes y cuáles tenían un grado de militantes de partido tan grande que terminaban siendo una unidad básica del partido, pero en una plaza³⁹

El cuidado de las condiciones de votación se convirtió en crucial para la disputa con los militantes de partidos de izquierda. Un ejemplo algo patético de esto se producía a la hora de votar de la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario.

[...] empezaron los quilombos de todo tipo [...] No solamente los delegados que debían votar –yo no tenía ese mandato, sino otro compañero– eran mayoritariamente de partidos de izquierda, sino que parte de los que les tocó en suerte la coordinación de la Asamblea, también. Entonces, por ejemplo, si había 30 positivos, 20 negativos y 15 abstenciones, “ganaba la abstención” (una triste realidad de ese momento, que luego quedó como chiste en nuestra Asamblea) [...] Los gritos invadían el espacio, gritaban adelante, atrás, en la coordinación, en todos lados⁴⁰.

En otra oportunidad se registró un testimonio en donde el procedimiento de voto en la interbarrial, incluyó un insólito “corralito humano” por la desconfianza que existía de que se fuera leal en el cumplimiento de un voto por asamblea y no por representante⁴¹.

El desgaste del uso del procedimiento del voto y el descontento que causaba, motiva testimonios muy “críticos” donde el voto se presenta como regla de orden importada de la universidad, el partido o el sindicato, cuestionables como práctica “no integradora” que separa mayoría y minoría (Di Marco y ot, 2003: 81). “Si todos están convencidos es mucho más probable que haya más compromiso y que las cosas se hagan mejor”, se escuchaba como

³⁹ “Filosofía barata sobre el movimiento asambleario” por Nicolás Furlanis – Asamblea de Martínez (2003). <http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003/10/138144.php>

⁴⁰ ib. ídem.

⁴¹ El encargado del Acta del domingo 17/02/02 de la Interbarrial Parque Centenario insólitamente escribió lo siguiente: “...mi paciencia fue colmada en medio de la votación por el tenor irrisorio de la misma. Por lo tanto, enumeró a continuación las propuestas que fui capaz de anotar mientras estaban mis nervios bajo control...”. <http://www.palermoviejo.netfirms.com/resoluciones/resoluciones17-2.htm>

nuevo criterio de unanimidad para las decisiones⁴². Pero ello coloca a la extensión del debate como la vía más apta para alcanzarla, con lo que surge una paradoja: la extensión del debate reactiva el poder causal político, los menos duchos y con menos tiempo y esfuerzo que invertir se van yendo, y volvemos al punto de partida. La unanimidad y la persuasión universal son criterios que priorizan la disposición de capitales políticos por sobre otro tipo de capitales.

La amenaza de rutinización y de pérdida de la riqueza de los plenarios, donde “la presión de la votación ahogaba el diálogo”, coadyuvó también para que el dinamismo y el entusiasmo se trasladara a las comisiones y a las reuniones preparatorias, donde no se tenía que votar y se trabajaba por consenso.

Finalmente, hay que mencionar la pérdida de sustancialidad de las votaciones en la medida en que no tenían en cuenta las condiciones reales de la acción. Es decir, aparece entre varios participantes la idea de que votar lo que no se conoce, donde no se participa, juzgar el trabajo de otros desde afuera, comienza a ser complicado.

El achicamiento de las asambleas y la retirada de los militantes de izquierda lleva al desdibujamiento del recurso a la votación. Grupos más chicos, más homogéneos y más cohesionados terminan prescindiendo de la votación como del resto de la parafernalia de reglamentaciones de las sesiones asamblearias. Adrián de Almagro, decía:

La rutina del informe, temario, oradores, votaciones se fue relajando porque entre 12, 15, 18 simplemente vamos levantando la mano y hablando. Hay una cosa de confianza[...] Nos fue pasando de hecho porque hay organizaciones que medio buscan concientemente el tema del consenso más que el voto[...]a nosotros nos pasó más de hecho[...] además somos tan pocos que cuando decimos “bueno votemos” en realidad si todos no estamos realmente convencidos no lo podemos llevar a cabo.

Se desarrolla una tendencia a centrarse en lo que fomenta la cohesión y a escaparle a lo que puede diferenciar internamente. Aparecen cuestiones de garantías extrapolíticas de confianza y afectividad como fundamento organizativo.

Una forma bien contrastante de entender la cuestión de la deliberación y el voto en las asambleas de clase media es compararla con las asambleas de clases populares.

En estas asambleas desaparece la atracción que pueda ejercer la participación deliberativa y el voto. Abiertamente asumidas como organizaciones que construyen poder social y político, no les interesa tanto la “movilización” del pensamiento o la opinión, sino la predisposición a la cooperación y al esfuerzo personal en la acción práctica.

Vera, líder de la asamblea de Parque Avellaneda, lo afirma directamente:

⁴² Una forma de fomentar la unanimidad y evitar las votaciones “divisivas” era la sobrecarga de propuestas que desataban una proliferación de iniciativas por “votación indiscriminada” que excedían largamente la disponibilidad militante. Así en muchas entrevistas se menciona la “lógica robótica de levantar el brazo”: la votación como “acto reflejo [...] 40 cosas que se aprueban para hacer, no das abasto y vivís con culpa porque después te reprochan”, recordaba “Mariela”.

Para nosotros es democracia directa y no horizontalidad: la asamblea es soberana, si hay diferencias se vota y se acata. No la horizontalidad trucha de que las cosas siempre se tienen que resolver por consenso que era lo que buscaba L. Miguel en la UOM, nosotros no buscamos consenso [...]

El lugar político privilegiado sigue siendo la asamblea plenaria pero no como ejercicio deliberativo a la búsqueda de una expresión genuina de voluntad colectiva. Las decisiones tienen que ser tomadas aunque no haya posiciones unificadas, porque lo que se intenta preservar no es el respeto a la verdadera voluntad colectiva (operación simbólica) sino el proceso de construcción de poder organizativo y de capacidad de intervención. El voto es un procedimiento para que la organización siga adelante sin paralizarse, zanjando una diferencia bajo el convencimiento de que será acatada hasta por los que pierden.

La experiencia entre los ahorristas no parece haber sido atravesada por este tipo de contradicciones. El “deliberativismo” no existió o fue canalizado a través de los foros. El rechazo a las cuestiones “abstractas” o “ideológicas” era muy extendido y las decisiones se tomaban por plenario y votación. Los intercambios presenciales tendían a ser más de información y menos de puntos de vista. Las discusiones en general se originaban por decisiones eminentemente prácticas: dónde y cuándo protestar, a quién escrachar, qué consignas poner, cómo dividir las tareas, etc.

En aquellos grupos combativos que se concebían como grupos de acción (Mar del Plata y “Diagonal y Florida”), las decisiones eran tumultuosas manifestaciones de aprobación sin demasiadas reglas procedimentales, el peso de los líderes que encabezaban y difundían información era considerable y las participaciones individuales de oradores eran mucho menores. En definitiva, eran grupos horizontales, pero más en la acción y las actividades que en la deliberación.

En los grupos más institucionalizados y organizados, como AARA, luego de unos primeros tiempos turbulentos se fue rutinizando la práctica de la deliberación y el voto, pero con ella también la pérdida de motivación y de participación. Báez Silva cuenta

Se vota todo. A veces es cansador y a veces es difícil que vengan a votar... es lo mismo que un consorcio, la mayoría no participa y después se queja de las decisiones.

b) Contradicción entre decisión y acción

El desbalance entre capacidades deliberativas/expresivas y capacidades militantes/ejecutivas se traduce en un problema muy inquietante para las asambleas: se deciden muchas más cosas que las que se pueden llevar a cabo. Aunque en testimonios y documentos aparecen las críticas a la “comodidad” y el “facilismo” de instalarse en la posición de decidir, opinar y controlar lo que hacen los otros, para algunos entrevistados se trataba sencillamente de déficit de capital político incorporado, es decir, no tener idea de cómo realizar su aporte más que opinando y votando. La ausencia de experiencia, de criterios,

de habitus de acción política, hacía que la inserción activa de muchos miembros no superara la posición de ir a la asamblea a controlar lo que se hace, hablar y votar.

El tácito modelo fractal hace que el principio de autonomía se multiplique hacia el interior de la asamblea. El principio de la voluntariedad y de libertad para desarrollar el compromiso personal, la falta de presiones colectivas, se reproduce de manera ampliada en las instancias internas de la asamblea: los distintos colectivos intraasamblearios tienden a autonomizarse de la asamblea como instancia central, produciendo tensiones y conflictos sobre quiénes son los que deben decidir. ¿Los que “tiran para delante” y se hacen cargo de las actividades o el “plenario”, “la asamblea” “llena de gente que lo único que hace es hablar boludeces y criticar”?

Las relaciones entre la asamblea y las comisiones en muchos casos terminaban asumiendo el conflicto entre los que hablan, discuten, votan, ordenan y supervisan o critican y los que “trabajan”. En la asamblea se votaban muchas iniciativas que no podían ser abordadas con la participación efectiva con que contaban las comisiones, o simplemente se votaban propuestas para las que no se ofrecía una cantidad suficiente de responsables, generando sobrecargas y pases de facturas como el más típico de todos: “aquéllos que votan hacer una movilización y después no van”.

Las tensiones entre comisiones y asamblea aparecen también bajo la forma del “cortarse solos”, “no compartir información”, “el aislamiento”, “el no saber en qué andan”, etc. Así la desconfianza de que bajo el nombre de la asamblea se “oculten” intereses personales o de círculo da lugar a la multiplicación de exigencias de que “todos tienen que saber todo” o a “la trampa del horizontalismo” (Di Marco y ot., 2003: 78/9) que para sostenerse da lugar a un burocratismo paralizante que multiplica los controles y las desconfianzas⁴³.

La desconfianza tiende a hacerse extrema en el caso de las funciones representativas hacia fuera: sean funcionarios estatales o sean instancias interasamblearias o de otros movimientos. Así, algunas asambleas llegaron a extremos como enviar dos delegados a la Interbarrial de Parque Centenario: un delegado que vota –que en varios casos recae en los tan vituperados militantes de izquierda que “se saben mover en este tipo de cosas”– y otro que no vota, pero controla al primero para que se atenga al mandato. En otras se impone la rotación de las funciones representativas pero esto genera también cierto caos en las mismas instancias interasamblearias de las que todos terminan quejándose como irresolutas.

En este sometimiento de las comisiones y el trabajo militante, en general, al escrutinio de la asamblea plenaria subyace el intento de subordinar el capital político a un poder causal simbólico.

⁴³ El imperativo que todos tengan que saber todo habla indirectamente del riesgo de falta de pertenencia o, al revés, del peligro de que la inserción en un colectivo específico diluya la lealtad a la asamblea como tal.

Estos cuestionamientos muy críticos hacia la dinámica interna “llevan a analizar la diferencia entre el decir y el hacer”, donde el decir es el imperio del capital simbólico que esteriliza o tiene efectos suspensivos sobre el resto de las formas de capital –especialmente el político, y donde el hacer se concibe como “fuerza de trabajo militante”, leal al capital simbólico expresado en los pronunciamientos asamblearios. Lo importante de la asamblea sería la formación de una voluntad colectiva y el llevarla a cabo se convierte en un problema instrumental. El supuesto es que “el militante” tiene que hacer lo que la recta conciencia colectiva expresada democráticamente en la asamblea le dicta. Entre muchos asambleístas predomina una aguda concepción instrumentalista de la militancia, la organización y la acción⁴⁴. A la desvalorización implícita del “hacer” que rige en la subordinación tajante de la “acción” a la “deliberación”, se le opone la legitimidad del esfuerzo, del mérito y la responsabilidad.

El conflicto entre comisiones ejecutivas y plenarios deliberativos puede leerse como un temor a la aparición de desequilibrios de capital político al interior. En algún punto, estas tensiones se producen por la necesidad de contar con un mínimo de capacidad organizativa y de acción para existir y, al mismo tiempo, temerle a la militancia que hace posible la acumulación de ese capital organizativo.

En las asambleas de clases populares la relación entre deliberación, decisión y acción asume características completamente distintas. Las decisiones no buscan tanto colectivizar voluntades individuales predeterminadas sino lo inverso: hacer carne en las voluntades individuales la gravitación de la organización colectiva. Para ello, sólo se consideran con derecho de opinión y decisión aquéllos que contribuyen a la organización, los que no “hacen” no “son escuchados”, “no tienen lugar”.

Los derechos de decisión sobre los asuntos colectivos no están dados de antemano, se ganan con el compromiso y la dedicación. La palabra debe tener el respaldo de la acción para ser creíble. Lejos del instrumentalismo de la militancia, las decisiones y los debates son en realidad los instrumentos de mejora de la militancia y la organización. Nada refleja más el contrapunto, entre ambos tipos de asambleas, que el contraste entre el “acá todos saben todo” de la Asamblea de Almagro con el “acá todos hacen todo”, que afirma Sasha de la Asamblea de Parque Avellaneda. La legitimidad de la opinión individual y el voto se respalda, no en el saber común, sino en el hacer común.

Entre los ahorristas, el problema de la relación entre decisión y acción se simplificaba mucho en el caso de los grupos orientados a la protesta. La predisposición a la lucha como

⁴⁴ Contra esto se levanta lo que Svampa ha denominado un “nuevo ethos militante” (2008:148) en donde la autonomía, la contracultura y un fuerte rechazo antiburocrático van mutando el formato asambleario hacia colectivos culturales fragmentarios atravesados por multipertenencias y cruces sociales (2007:275).

desahogo, más que organización, significaba la resistencia a invertir en recursos organizativos, a asumir responsabilidades y funciones. Wakstein lo expresa con contundencia:

Tratamos que no sea la carga pesada para algunos y distribuir la cosa pero la gente no entendía [...] quería encontrarse lunes, miércoles y viernes y golpear la puerta del banco y ahí descargaban, golpeaban con odio [...] no sé si era bueno o malo pero fue [...]

La inmediatez entre decisión y acción, generalmente sin mayores debates, se constataba en el hecho de que el lugar y el momento de la decisión coincidía con el de la acción: los bancos que iban a ser escrachados. Los que llegaban allí eran exclusivamente los que iban a participar de las protestas cancelando toda diferencia entre los que votan y deciden y los que actúan. Con algunos matices esta lógica se repite en Mar del Plata y La Plata. Estos grupos ofrecen una gran cohesión interna y pocos ejes de discrepancia.

En cambio, en AARA ocurre exactamente lo contrario. La estructura operativa de la asociación está supeditada en gran medida al resultado de las votaciones en asambleas donde la mayoría de los participantes no asume responsabilidades, tareas, ni mucho menos la exposición de la protesta pública. Según los testimonios en este grupo, las intrigas y disputas de poder interno dieron lugar a toda clase de peripecias, renunciadas y expulsiones de la asociación, tal como describe su ex presidente, Báez Silva:

Tuvimos desde la creación menos estabilidad que el estado argentino. De los 12 primeros quedaron sólo 2, de la segunda Comisión Directiva quedaron 5. En la CD somos 12 todos son “animémonos y andá”.

La participación reside, en buena medida, en opinar y decidir sobre conflictos internos muchas veces puramente personales.

c) Desincentivos a la militancia

El horizontalismo como supeditación del voto al debate y de la acción al voto, de la ejecución a la deliberación, de los que ponen el cuerpo, el tiempo y el esfuerzo a los que “critican” y proponen, ha sido extensamente problematizado internamente entre los asambleístas.

Algunos asambleístas críticos lo ponen en términos de “trampa del horizontalismo”: empezó estimulando la participación abierta pero terminó desincentivando la militancia, el compromiso y la toma de responsabilidades. Esta contradicción se presentó en distintas medidas en todas las asambleas estudiadas. Fabián de la A. Ovidio Lagos de Rosario lo plantea con claridad meridiana.

Las dificultades enfrentadas fueron la representatividad y la responsabilidad. Porque vos podés cuestionar la representatividad de un compañero pero sólo desde la responsabilidad de participar podés cuestionar. No podés delegar en otro compañero y después cuestionarlo. Muchos que cuestionaban pero no hacían nada. ¿Por qué van a fusilar al compañero que hizo algo? [...] Si vos no tomás ninguna actitud para representar tampoco podés cuestionar al tipo que te está representando. Todos eran partidarios de que no haya ningún responsable...pero para eso todos tenemos que ser responsables.

El debate acerca de la legitimidad de las opiniones y las decisiones sobre la acción tiene efectos divisores dentro de las asambleas. Por un lado, los militantes o “comprometidos” que se empeñan en criticar a los que “no hacen pero critican”, “los que votan pero no mueven un dedo para llevar adelante lo que votaron”, “los que discuten días y días, reunión tras reunión, un mismo tema y después pretenden que vos lo hagas para ayer”, “los que hablan y hablan pero no están cuando tienen que estar”, etc. Del otro lado, los “participantes desinteresados”, “las buenas conciencias” con sus acusaciones de “cortarse solos” o “personalismo” de los que llevan adelante gestiones o proyectos, “sed de protagonismo”, “actuar a espaldas de la asamblea”, “tener intereses personales”, “pretender capitalizar”, “armar su propio aparatito”, etc. Esta caracterización es tan fuerte que por momentos aparece bajo la forma de un “nosotros” y un “ellos” del mismo tipo que cuando se caracterizaba a los militantes partidarios.

En un punto crucial, ambas posiciones oponen dos principios de legitimidad: el “democrático”, basado en la conciencia libremente expresada y el voto mayoritario, y el “militante” que privilegia el compromiso y la dedicación: “para decidir hay que hacerse responsable”. El derecho a ser escuchados se gana con compromiso.

Los que vienen a explicarte lo que tenés que hacer y te vienen a bajar línea terminan hinchándote las pelotas [...] Al principio te hacés mala sangre, pero después no le das más bola y listo... y cuando ven que nadie les da bola, se terminan yendo (Entrevista colectiva A. de Almagro).

En el documento de una militante asamblearia, citado en el recuadro, hay una fuerte crítica a la horizontalidad vista como “comodidad”, “oportunismo”, una mera coartada para controlar sin trabajar. En otros testimonios aparece caracterizada la crítica al horizontalismo como réplica de lo que ocurre con la política en general: “la gente cree en eso de votar a uno y ver que se haga lo que ellos quieren... y si no lo hacen, lo destrozan y esperan que venga algún otro”, decía una participante de Palermo. Este tipo de posicionamiento de opinar, votar y controlar como forma de poder causal político se ampara en la horizontalidad y hasta en la autonomía, pero es claramente delegativa en un sentido bien específico: el capital político es adquirido sin costos de militancia y exposición en la forma de lealtad y control de los que asumen dichos costos. El poder causal político es concebido como un poder simbólico y organizador sobre la militancia que termina siendo entendida como “fuerza de trabajo política”.

Para unos, la militancia activa siempre es interesada o instrumentalizada por alguien, siempre está cautiva de la contrafinalidad y, en cambio, la libre opinión incondicionada garantiza la recta voluntad. En las antípodas están quienes piensan que los que “critican desde sus casas”, lo único que hacen es debilitar al movimiento y sembrar dudas y confusión. Para ellos, las palabras que no son respaldadas por actos solidarios no deben ser tomadas en cuenta.

La “Horizontalidad” fue otro ensayo malogrado. Muchos han dicho en reiteradas asambleas: “Aquí hay absoluta horizontalidad, nadie está por encima del otro” ¿Con esto querían decir que las decisiones, las responsabilidades y el trabajo eran en conjunto, compartidos? No. En la práctica y más allá de la frase anterior, la realidad fue bien diferente. En las decisiones se hacía pesar el significado de esta “horizontalidad”, pero no así a la hora de las responsabilidades y sobre todo del trabajo. En los dos últimos campos comenzaba la delegación y aparecían los inocentes “malentendidos”. Así, las personas que más trabajaban fueron acusadas de “creerse dueñas del espacio” en varias oportunidades. La gente, no muy activa, que señalaba de esta forma a algunos asambleístas, bien sabía que en la delegación de un trabajo y una responsabilidad también delegaban algo de autoridad en la otra persona sin quererlo. No soportaron esto, pero tampoco se activaron de alguna manera para que esta delegación acomodaticia y natural siguiera progresando.

En vez de postular pensar entre todos métodos de control y de participación conjunta prefirieron acusar desde la asamblea a los que durante la semana trabajaban en las acciones concretas y hasta se llegó a amonestar a la persona que tenía una actitud “militante”, más allá, de que trabajase o no para sus fines, aludiendo que las prácticas militantes “ya se habían ensayado en los 70” (¿?)...algunos han decidido ser pasivos en el esfuerzo y tajantes en el discurso. Entonces, lo que se hace es delegar a la hora del trabajo y la responsabilidad, y se levanta la bandera de la horizontalidad a la hora de hablar o tomar decisiones. Así, cuando algo salió mal, los compañeros “horizontales” siempre pidieron explicaciones a las mismas personas incluso en cuestiones cuya responsabilidad atañía a todo el conjunto...los errores se le endosaban de parte de los más inactivos a los más activos, quienes pretendían de alguna manera tener la mesa servida a punto cada sábado en la asamblea. La asamblea se convertía entonces en una charla sabatina en la que cada tanto aparecían vecinos a cuestionar las acciones de los que trabajaban todas la semana.

“Contribución a la autocrítica luego de un año”

Por M. FERNANDA - 2003

<http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003/10/138909>

La militancia es vista como un cierto “acceso a la figuración”, “al protagonismo”, que cae sobre la potente lente del capital simbólico dando lugar a toda clase de objeciones. La hipersensibilidad a los reconocimientos indebidos, a los intentos de “usurpación” de honores, protagonismos excesivos, vedetismo, “figuretis”, “vidriera” personal, etc. da lugar a frecuentes conflictos. La lucha y el esfuerzo tienen que pasar por el tamiz universal del desinterés para ser merecedores del reconocimiento: los que luchan y se prodigan por la asamblea deben hacerlo “anónimamente”, es decir, sin sacar ninguna clase de ventaja ni de pretender usufructuar el reconocimiento colectivo. Cualquier sospecha de que hubiese otro tipo de motivaciones da lugar a los pesados juicios de

desvalorización. A veces, el mérito también se intensifica si se acompaña de menor dotación de capital cultural y simbólico. Decía Caro, de la A. Ovidio Lagos:

Este chico Fabián y la contadora... Elsa, han trabajado muchísimo por la asamblea. Quizás no son los más claros, no son los que más hablan ni se preocupan por lo que hacen o dejan de hacer, o lo que dicen los otros [...] Sin ellos muchas cosas que se hicieron no se hubieran hecho y ellos tampoco están pendientes de estar ahí en primer plano ni nada.

En el mismo sentido hay testimonios de diversos asambleístas que señalan la cuestión del “tipo que se concentra en lo que hay que hacer y no se pierde en discusiones, peleas internas o ambiciones de cartel”. Aun en asambleas con impronta juvenil y autonomista como la de Almagro, también aparece esa figura de la gente que “está cuando tiene que estar y no se mete en puteríos ni en discutir a morir una boludez para demostrar que tiene razón y que los demás son unos forros”. La idílica imagen de un militante sin ambiciones ni debilidades

personales, trabajador, cumplidor, fiel al grupo, tolerante, y ni siquiera, dueño de brillantez intelectual o dotes retóricos, muestra el dominio de este criterio propio del poder causal simbólico: la no conversión, ni la contaminación con otros tipos de capital. En este sentido la militancia meritoria queda completamente desprovista de sentido de poder.

Por un lado, el riesgo de que una mayoría pasiva controle a una minoría activa se convierte en un escenario insoportable para los más comprometidos. Por otro lado, los menos comprometidos ven una “amenaza” de los grupos militantes de “apropiarse de un espacio democrático que es de todos”. La distinta disponibilidad y dedicación a las iniciativas de la asamblea es percibida potencialmente como una pérdida de control del rumbo de la asamblea por parte de personalismos, caciquismos, “grupetes” que “se entienden entre ellos pero que se cagan en lo que piensa la mayoría”, etc. El intento de conciliar la pretensión de masividad con la militancia da lugar a “intrigas”, “reuniones fantasmas”, “jugadas” para neutralizar críticas y conseguir decisiones favorables en los plenarios, por parte de los militantes que desarrollan proyectos o actividades en las comisiones, puesto que ello requería “conquistar” la voluntad de aquellos “pasivos en el esfuerzo y tajantes en el discurso”, aun corriendo el riesgo de afianzarlos en esa posición y reproduciendo ampliada esta contradicción.

En definitiva, se produce un desincentivo a la militancia y un círculo vicioso que tiende a achatar la participación: la defensa de la transparencia de las decisiones y las acciones de la asamblea, su permanente autoescrutinio termina privilegiando el poder causal simbólico “incontaminado” que se expresa en la libre discusión asamblearia, convirtiendo los poderes causales organizativos y políticos en posibles “amenazas” internas en cuanto se sustraen a ese control simbólico.

La resultante es una curiosa reposición invertida del conocido fenómeno del “deleting labour” propio de la “explotación” por el ejercicio del poder burocrático (Crompton, 1994 y Savage y ot., 1995). En este caso, los asambleístas con menor capital político que se limitan simplemente a participar de las sesiones plenarias pueden “borrar” los méritos de los militantes ejecutores, donde comúnmente se encuentran los miembros de la asamblea con mayores dotaciones de capital político, social, cultural, etc. Los testimonios de los entrevistados sobre la falta de reconocimiento e incomprensión de la asamblea al esfuerzo y los sacrificios realizados aparecen como uno de los principales aspectos negativos de la experiencia personal y un fuerte desincentivo a la militancia.

El horizontalismo y sus consecuencias de *deleting labour* da paso a una suerte de subrepticio intento de reintroducción de criterios meritocráticos: quién hace honor al horizontalismo y quién no, quién es verdaderamente asambleísta y quién no, quién tiene méritos militantes y quién no. Las internas demuestran el peso de estas construcciones

simbólicas sobre el mérito que intentan supeditar a él una legitimidad, consideración o reconocimiento individual dentro del movimiento. Aparece un deslizamiento insensible hacia jerarquías invisibles o disimuladas basadas en el “compromiso” o la dedicación, es decir de una forma primaria de capital político. La legitimidad de la opinión tiene que tener como respaldo una actitud de compromiso y entrega, ya que decidir y delegar en otros para controlar después, generaba conflictos y parálisis en la asamblea. El malestar que provoca esta constante exposición a la valoración de lo que uno hace u opina es explícito en los dichos de Claudia:

[...] se discutía con los ánimos muy escaldados [...] me resultó medio violento en términos de lo que se discutía, había juicios de valor sobre lo que era ser un buen militante y lo que no [...] una arrogancia que además generó el alejamiento de gente interesante, me resultó chocante.

En las asambleas integradas por clases populares, la lógica del incentivo militante es constitutiva de la organización. En Parque Avellaneda y San Telmo no quedan dudas que el capital organizativo y político es el valor principal a defender. Néstor de Parque Avellaneda lo dice así:

Nosotros tratamos de que no haya gente que tenga derechos sin tener obligaciones. Lo fundamental a respetar es el funcionamiento asambleario. Todo el que tiene voz, todo el que puede levantar la mano tiene que tener en cuenta que a cambio tiene que tomar las obligaciones. [...] si no, no hay forma que este tipo de organizaciones pueda funcionar. Obviamente se recarga en los compañeros más concientes, se tiene en cuenta la disponibilidad, los tiempos... la gente que no quiere hacer nada no va a encontrar cabida, no porque se lo expulse sino porque no tiene forma de relacionarse con los demás, no tiene forma de que sea escuchado. Tenemos ciertos anticuerpos en ese sentido [...] a veces la Asamblea intercede si alguien tiene alguna necesidad pero siempre con los criterios de que acá nada recibimos gratuitamente, todo es producto de pelea.

En la asamblea de San Telmo ocurre algo muy semejante. Se organizan de manera tal que se estipula una escala de obligaciones que se deben cumplir por ser miembros de la asamblea y haber obtenido algún beneficio merced a la lucha de la misma:

[...] Los que están en las casas tienen obligaciones relativas, en primera instancia hay actividades políticas de la asamblea que son de forma voluntaria [...] En segunda instancia hay un problema que tiene que ver con un desalojo en otra casa, ahí tenés que ir, cada casa tiene que comprometer una cantidad, si no son todos tienen que comprometer una cantidad importante [...] Y si el tema tiene que ver estrictamente con tu vivienda, tiene la obligación de venir uno por habitación [...] manejamos este tipo de escalas que son distintas, es decir, es coercitivo cuando tiene que ver con vos, es coercitivo a tal punto que podemos llegar a cerrar la casa y cortar la luz y el agua, o sea, ¿es la marcha para defender la casa? ¡Mamita!... ¡puerta por puerta a las patadas y que vengan o vengan eh!... cortamos la luz y el agua y le ponemos candado... ¿Por qué? Y bueno ésta es la guerra y la guerra hay que pelearla. (Rubén)

De esta forma, el movimiento resuelve el problema del *free rider* convirtiéndolo en un dilema de seguridad. Una organización reivindicativa tiene necesariamente que valorar hacia dentro criterios de eficacia en relación a sus fines. El capital organizativo y político ya no puede sucumbir ante la conciencia y el capital simbólico.

Siempre se repartió entre los que pelearon [...] acá se viene a pelear, y la pelea es la mejor forma de concientización porque las cosas primero que no viene de arriba... te lleva a tomar conciencia,

de que tenés que cambiar las cosas organizándote, o de lo contrario vas a ser toda tu vida un oprimido, un esclavo. (Analia)

Entre los ahorristas, la cuestión de la legitimidad de la opinión de los participantes pasivos que los aproxima a algunos de los problemas organizativos de las asambleas, es el conflicto que estalla entre los que se movilizan presencialmente y los que opinan en los foros de la Web. Muchos ahorristas se podían considerar participantes del movimiento “sin moverse de su casa” es decir sin correr con los costos de exposición militante. La tendencia a la participación puramente virtual descansaba en la “nula exposición personal”, que era acompañada por un sentido de “impunidad” para opinar, criticar o atacar lo que derivaba en una incontenible agresividad muchas veces con ribetes personales.

Por un lado están aquéllos que además de participar en los foros, participan en reuniones, actos y escraches o protestas, asumen funciones o responsabilidades, y por otro están los que opinan en contra de las posiciones públicas de los movimientos, en contra de sus declaraciones y de sus liderazgos, proponen otras medidas o posiciones, reclaman renunciaciones, disculpas o rectificaciones, pero sólo lo hacen a través de la Web.

Los primeros enarbolan el argumento bien directo de que “si no se da la cara no se puede opinar”, “no te puedo tener en cuenta porque no te vi nunca, no sé quién sos”. Es decir, la ciudadanía virtual no existe más allá del intercambio de opiniones o información para lo que es muy útil, pero no puede servir para tomar decisiones y mucho menos para “actuar”. Otro tipo de argumentos es el “quién sos vos para criticar si nunca viniste a una marcha” en donde el criterio de legitimidad es justamente la capacidad de exposición y riesgo. “De los Galtieris del animémonos y vayan estamos cansados”, “Desde la pantalla todos somos guapos y la tenemos clara...apretando una tecla resolvemos todo”, “sentadita en tu casa perdiendo el tiempo en criticar a los que se rompen el c... no sirve para nada”, otros son mucho menos suaves hacia aquéllos que pretenden “sembrar discordia” o “dar instrucciones” sin salir de sus casas: “inútil”, “cerrá el o...”, “andá a lavarte las t...”, y otras lindezas manifiestan una indignación acentuada entre los “militantes”.

Lo sorprendente es que, lejos de amilanarse o sentirse expulsados, varios de los ahorristas “virtuales” ensayan depuradas piezas argumentales de defensa de la legitimidad de la ciudadanía virtual, según la cual, justamente por ser virtual, no expuesta, no contrae compromisos con intereses espurios, y por tanto, expresa límpida y transparente la recta conciencia y la verdadera razón. Los que están en la acción concreta tienden a hacerlo por intereses, sacar ventajas, o simplemente se dejan manipular. Los compromisos que se contraen con la organización colectiva obnubilan y coartan el razonamiento. Los condicionamientos de la acción “ensucian” la recta intención y la razón. Una selección de extractos de los mensajes a distintos foros da una idea:

“Que se junten para hacer cagadas no les agrega un ápice de razón”; “A mí nadie me va decir si puedo opinar o no”; “...no me van a cobrar el peaje de la participación y tomar lista como si fueran piqueteros”; “participar es una cosa y trabajar para ellos a cambio del derecho a opinar es otra”; “descalificarme porque no voy a las marchas lo único que demuestra es que no hay argumentos serios”; “en realidad están usando a la gente y les molesta que muchos de nosotros con nuestros correos los pongamos en evidencia”; “no voy a ser el manso corderito que va a ir al matadero llevado por gente como L...y N... que trabajan para el gobierno, mi misión es desenmascararlos...”

La idea de una “militancia virtual” debe tomarse seriamente en la medida en que, al menos por los *nicks*, se nota que extienden por años una participación intensa en los foros y se atribuyen una “misión” esclarecedora fundamental para el movimiento. No deja de sorprender el obstinado y, al mismo tiempo, esmerado empeño en legitimarse y sobre todo, en deslegitimar a los que se organizan y actúan. El pararse en el lugar de la “razón incontaminada” y en el “desinterés”, en la “pureza” de la demanda, en la vigilancia de la coherencia y la solidez argumental, muestra este atrincherarse en el capital simbólico y su reluctancia a convertirlo en nada más que práctica significativa “anónima” sin sujeto y reclamar para la razón el lugar decisivo, el lugar de la emisión legítima de mandatos. Esta defensa suena absurda desde el momento que, de manera no muy disimulada, reclama para sí un poder rector con un metamensaje que puede leerse como “hagan lo que les digo aunque yo mismo no lo haga”, o “como tengo razón tienen que hacerme caso a mí, pero yo para tener razón no me tengo que hacer caso, me tengo que quedar reflexionando en mi casa”. En este tipo de posicionamientos y disputas de legitimidad se pone en juego una de las características más fulminantes del capital simbólico: tiene muy serias restricciones en términos de reconversión. El capital simbólico cifra su valor en el campo de las relaciones de poder simbólicas y reduce su valor, en cuanto se reconvierte en otro tipo de capital o poder. Cuánto más sus preferencias suenan a “la voz de la conciencia”, más es su eficacia simbólica. Cuánto más se la asocia a intereses, contextos o situaciones particulares, menos es su poder simbólico. Pero también parece ser cierto que el poder simbólico no puede simplemente autoafirmarse renegando del resto de los poderes causales sin también mermar su fuerza simbólica.

Prácticas de lucha y acción colectiva

La amplitud y la enorme difusión de repertorios no convencionales de protesta y acción colectiva desafiante constituyeron un rasgo de la época que amerita preguntar por la especificidad clasista de los poderes causales involucrados. En este sentido, vamos a desarrollar primero las diferencias entre los repertorios de las clases populares y los repertorios de las clases medias, para luego detenernos en tres aspectos de estos últimos: los

elementos instrumentales y expresivos presentes en los repertorios utilizados que se asocian a las metas de la acción colectiva; la innovación, la creatividad y los elementos disruptivos que se asocian a los modos, las formas, y los medios tácticos, puestos en juego; y, por último, la dinámica del conflicto, la lucha y los enfrentamientos que inciden fuertemente en la determinación de fronteras, diferencias, oposiciones y antagonismos con otros grupos, toda vez que, como ya se desarrolló en el Cap. II, la acción colectiva en un proceso de lucha es un demarcador de clase fáctico.

Los repertorios modulares de acción colectiva en las clases populares y en las clases medias

La movilización de las clases medias urbanas con la crisis del 2001 expandió los repertorios de lucha, sobre todo, a partir del papel central dado al “escrache”. Una diferencia de fondo entre las clases medias y las clases populares a la hora de explicar las modalidades de acción colectiva y metodologías de lucha deriva de la distinta configuración de poderes causales implicados en huelgas, cortes de ruta y escraches.

Para la clase obrera, la fuerza de trabajo asalariada manual, la movilización de poderes causales individuales para mejorar posiciones relativas (aumento de calificaciones o niveles educativos, movilidad geográfica u ocupacional) o para evitar empeorar en etapas adversas (bajar pretensiones salariales y de condiciones de trabajo), constituyen alternativas onerosas que compiten con las estrategias colectivas: bloquear los poderes causales económicos que explotan su fuerza de trabajo como forma de inducción a la negociación de mejores condiciones. El atributo de dependencia recíproca de los poderes causales económicos en las relaciones de explotación de la fuerza de trabajo, permite el paso de una estrategia individual a una colectiva, así como el cese de la estrategia colectiva y la vuelta a la individual, apenas se satisfagan las aspiraciones y demandas, o cuando la lucha sea derrotada y la colectivización no pueda ser sostenible hasta nuevas circunstancias. Las altas tasas de desempleo y la flexibilización de la relación contractual suponen pérdidas de reciprocidad y acentuación de asimetrías que se reflejan en una menor propensión a la estrategia de lucha colectiva⁴⁵.

Para las clases populares excluidas del mercado de trabajo aparecen dos serios trastornos en la configuración de poderes causales clasistas: una parálisis completa de los poderes causales individuales (educación, movilidad laboral) que se vuelven inactivables, no sólo económica sino social e institucionalmente; y la ausencia de condiciones de reciprocidad

⁴⁵ La reducción de los conflictos gremiales, huelgas y medidas de fuerza sindicales (Ver Gomez, 1997 y 2009c) es, en cierta forma, compensada por una acción sindical que se politiza aceleradamente a través del recurso a la huelga general. La desocupación constituye un disciplinador sindical por abajo pero un radicalizador de posiciones por arriba. Ver también la relación entre huelgas generales y conflictividad laboral en Piva (2007).

mínima que hacen imposible una estrategia colectiva de bloqueo del poder económico, que goza de una total independencia.

Los movimientos de desocupados dan cuenta de la necesidad de ejercer la obstrucción de los poderes causales económicos a través del bloqueo de la circulación de mercancías y fuerza de trabajo, de manera combinada con la obstrucción de los poderes causales políticos e institucionales a través de la amenaza de alteración del orden y del desafío a las autoridades con los cortes de vías públicas (Pasquini y Remis, 2003; Massetti, 2004). Los antagonismos con los poderes públicos conservan elementos de reciprocidad que no se observan en el mercado de trabajo: la preservación del orden público depende de las respuestas a las necesidades de los descontentos (Planes sociales), brindando oportunidades para una estrategia colectiva de inducción a la negociación. Sólo el retorno al mercado de trabajo y consumo permite el reflatamiento de opciones de movilización de poderes causales individuales y el amparo de poderes causales institucionalizados (sindicatos).

En períodos de estabilidad, las clases medias disponen de poderes causales individuales a través de diversas formas de capital económico, educativo, social, simbólico y cultural que pueden ser activados en instituciones y mercados. Pero cuando la crisis desactiva masivamente estos poderes, la pequeña burguesía comercial, los profesionales independientes del sector servicios, e incluso los segmentos directivos y jerárquicos de asalariados, carecen de opciones colectivas de obstrucción o desactivación de los poderes de sus eventuales antagonistas (no hay reciprocidad ni interdependencia estable de intereses con la gran propiedad, los bancos o las instituciones gubernamentales) y, además, ofrecen dificultades en las condiciones de colectivización por ausencia de instituciones que convencionalicen y colectivicen sus intereses de manera estable (débil participación en organizaciones corporativas, también débiles). La parálisis masiva de sus poderes causales individuales, desatada por la recesión y el corralito financiero, dejó a las clases medias inermes evidenciando la ausencia de poderes causales colectivos e institucionales de respaldo a los que acudir. Esta situación asume un paralelo con la de las clases populares excluidas: solo la acción y la organización colectiva autogenerada podía brindar esperanzas. La buena sintonía inicial del movimiento asambleario y cacerolero con las movilizaciones piqueteras puede asociarse a esta especie de homología estratégica en los puntos de partida: estrangulamiento de opciones individuales y escaso o nulo capital organizativo y político previo.

Sin embargo, la forma que adopta el repertorio de acción colectiva desafiante en las clases medias tiende a alejarse de la táctica típicamente obstructiva del corte de ruta, como estrategia que paraliza la circulación del poder causal monádico básico (el económico, la fuerza de trabajo). La generalización del escrache y su lugar dominante en el repertorio de

aquellos días merece entonces un análisis de sus componentes clasistas, ya que abandona el campo de las contracoerciones económicas o institucionales, que aparecen en el piquete y se adentra en el terreno de lo simbólico.

La visión de las clases medias movilizadas, acerca de la acción colectiva de las clases populares, brinda numerosos elementos de diferenciación clasista y ayuda a entender la propia constitución del pequeño burgués como sujeto de acción colectiva.

El primer señalamiento que aparece en los testimonios como diferenciador respecto a acción de las clases populares se relaciona con el capital educativo. En el piquete no hay claridad acerca de los que deben ser los blancos de la acción. En el escrache no hay confusión alguna: la acción colectiva la padecen exclusivamente los responsables, los culpables de los agravios. El escrache se auto valida como exacta identificación del responsable, como precisa determinación del blanco que evita los odiosos costos de “molestar” a terceros inocentes, o directamente no incurrir en lo que se imputa a los movimientos populares y al sindicalismo: tomar de rehenes a “ciudadanos inocentes”, “hacer pagar a justos por pecadores”, en vez de afectar a los verdaderos culpables. Este defecto del piquete está señalado en infinidad de testimonios y es atribuido a la “falta de conciencia”, de “formación” ciudadana, de “cultura cívica”, “de ignorancia” de las clases populares. El “déficit” educativo, cultural y simbólico hace que las clases populares, aun cuando actúen con motivos reconocidos como válidos, lo hacen de maneras “incorrectas”, “contraproducentes”. La combinación de “falta de educación”, “necesidad extrema” y “desesperación” permite justificar los piquetes al mismo tiempo que mantener la objeción de “perjudicar al laburante”. Incluso hasta en algunos testimonios de militantes juveniles que defienden al movimiento piquetero se formula una versión “política” del mismo argumento, pero para explicar por qué no se hacen más piquetes o los que se hacen son “sólo para conseguir planes”: “no se dan cuenta de que caen en la trampa del Estado con los planes”; “el asistencialismo está muy fuerte ahora y los pone a dormir”; “una vez que empiezan a negociar por los planes ya está... de ésa no salís, ya no tenés margen para desarrollar una política propia”, etc. El piquete no está mal, pero le estaría faltando “conciencia”. El contrapunto entre lucidez e ignorancia, tan extendido para marcar fronteras clasistas en términos de estilos de vida, también tiene un peso considerable en materia de lucha colectiva.

Lo que en Tevik (2007) aparece como un testimonio descarnado donde jóvenes profesionales de clase media alta ven en un noticiero un corte de ruta y lo catalogan de “cosa de negros”, entre nuestros entrevistados aparece con un lenguaje cuidadoso y pretensión argumental: las clases populares no se dan cuenta cómo son las cosas y por ello lo que hacen para luchar es legítimo, pero puede ser destructivo para sí y para los demás. La “falta de

educación” se convierte en “déficit de conciencia” y la “necesidad” en fuente de debilidad política y pérdida de autonomía frente a oportunistas y manipuladores. En varios testimonios se plantea algo así como que las clases populares movilizadas, los piqueteros, “ya fueron”, “se pervirtieron”. Se les reconoce un enorme mérito retroactivamente por haber sido los primeros en rebelarse, pero se les cuestiona sus posicionamientos en el presente⁴⁶. Hay una persistente negativa a reconocer voluntad, conciencia (“agenciamiento”) e incluso “racionalidad”, en las clases populares.

La justificación de las clases medias hacia las acciones desafiantes de las clases populares dan lugar a una notable paradoja: las protestas se legitiman en la necesidad y los padecimientos de quienes las realizan. Pero esa misma necesidad y padecimiento los coloca inmediatamente como sujetos no libres, no volitivos, manipulables y por tanto, sus acciones están carcomidas por quienes las parasitan con fines espurios⁴⁷.

En este punto, tanto ahorristas como asambleístas asumen un posicionamiento diferencial como “conciencia” capaz de establecer la claridad de daños y responsables, y poder actuar de acuerdo con esta “lucidez” de la que las clases populares no serían capaces:

El escrache perjudica al banco que nos robó [...] las huelgas de transporte o los piquetes nos perjudican a todos. A nosotros nunca se nos ocurrió cortar una ruta [...] nosotros queremos un país civilizado donde la gente honesta que trabaja no sea rehén de los bancos, los piqueteros o la clase política [...] Para mí, los piqueteros son unos vivos que se abusan de las necesidades de la gente pobre (“Federico”, ahorrista platense).

En definitiva en testimonios de muchos asambleístas y ahorristas, el escrache expresa la claridad de la identificación de los culpables y la racionalidad de no perjudicar a nadie o minimizar los perjuicios a terceros. Algunos asambleístas veían en las marchas nocturnas a la Plaza de Mayo un signo de no seguir enloqueciendo la ciudad durante el día y no perjudicar a los laburantes. Las marchas de las clases populares de día y las de la clase media de noche asumen distintas valoraciones: la nocturnidad hace de la clase política y las instituciones los únicos perjudicados.

⁴⁶ Es interesante cómo las Fábricas Recuperadas asumen un lugar privilegiado en el universo simbólico de la clase media movilizada: una inobjetabilidad llamativamente generalizada que abarca participantes y no participantes, ahorristas y asambleístas, en donde se señala un carácter productivo que no genera alteración de los intereses del resto de los trabajadores, ni tampoco entran en componendas con el estado o los políticos. Ni siquiera, el eje de la propiedad privada que sensibiliza tanto a los ahorristas motiva cuestionamientos a las fábricas recuperadas. No debe extrañar que en la percepción de los sectores medios, las empresas recuperadas no aparecen representadas como poder causal organizativo político sino como poder causal económico. No son obreros que quieren intervenir sobre el orden social y político sino “obrerros que quieren trabajar sin molestar a nadie”.

⁴⁷ Las acciones de las clases populares se representan fácilmente como producto de “sujetos de necesidad” que deben ser asistidos o “sujetos de derecho” que tienen legítimas demandas que pueden atenderse, pero nunca son percibidas como emanadas de “sujetos políticos” que pueden regirse por objetivos propios, enunciar sus preferencias respecto al orden social, y adoptar estrategias aptas para luchar por ellas. Estos mismos marcos interpretativos acerca de las luchas populares son los que rigen en los medios masivos de comunicación (Gomez, 2009b).

La manipulación de las clases populares como contrapunto de las clases medias movilizadas se reitera, una y otra vez, de manera explícita o implícita. El papel de la conciencia en la decisión de participar en la acción colectiva es la base de su legitimidad: sólo las protestas que obedecen a rectas conciencias individuales libres ofrecen valor político.

La presunción de que el clientelismo, los punteros, las prebendas y la manipulación ideológica estaban tan ausentes de sus movimientos como presentes en la política de las clases populares se convierte en convicción. Un asambleísta de Palermo decía que había ido a repudiar a Duhalde al Tedéum del 25 de mayo con una pancarta: “A mí no me pagaron” para diferenciarse de los seguidores del ex presidente. La legitimación de la protesta reside en la decisión personal de participar: no hay obediencia, disciplina, fines espurios, dinero, “lavado de cerebro ideológico” o dejarse instrumentar. La impronta de “obligación moral” y genuina libre voluntad de sumarse a la protesta, la motivación conciente y no interesada surge, una y otra vez, como base de validación clasista de la acción colectiva.

Incluso para algunos se trata de una suerte de “hacerse cargo de lo que otros no se hacen cargo”, de una verdadera ofrenda ciudadana no exenta de sacrificios. Así surge una suerte de mandato moral de participar en las protestas: sólo la clase media, en tanto “gente preparada”, “verdadero ciudadano honesto que no está sometido a las manipulaciones políticas”, animada por ese mandato moral, debe ser el verdadero artífice del bien común. La moralidad con que se inviste la salida a la calle, a la pelea, lleva también a cierta diferenciación dentro de la clase media con aquéllos que “se quedan en sus casitas criticando”. El capital simbólico introduce una diferenciación dentro mismo de las clases medias.

La caducidad de las vías normales de ejercicio de los poderes causales clasistas, tanto para las clases populares excluidas como para las clases medias deterioradas, impregnan los repertorios de la época: el piquete y el escrache.

Las medidas de incautación de depósitos, la declaración del estado de sitio y la represión, operaron como detonantes “cognitivos” de la percepción de la exterioridad de los procesos de acumulación económica y política que se sustraen al campo de incidencia de los poderes causales clasistas, tanto de las clases populares como de las clases medias. En el despliegue del escrache se juega la intención de enfrentar la invulnerabilidad del mercado y la política, tal como fueron socialmente construidos en los años '90 bajo la hegemonía del neoliberalismo.

El “cacerolazo” contra la “sordera” o el “autismo” de la clase política, el escrache contra el ocultamiento de las responsabilidades, la invisibilización de los poderosos y la impunidad de los gobernantes, eran los dispositivos puestos en juego.

El escrache tiende a cancelar momentáneamente las intocables asimetrías de poderes que habían terminado de mancillar los dos institutos fundamentales de un piso de reciprocidad en la política y en el mercado: el respeto a la libre expresión de la voluntad, y el respeto al contrato y a la propiedad. El escrache aparece como un intento de terminar con el sentido de invulnerabilidad que se escudaba en la frugal legitimidad del voto y las formalidades republicanas. De manera análoga, los escraches pueden ser tomados como un intento de perforar esta exterioridad, que en las calles del microcentro se literalizaba con los golpes de martillo contra los chapones de protección de las fachadas de los bancos. El blindaje físico de los bancos con los chapones en sus frentes era una metáfora del nivel de inexpugnabilidad de los dispositivos de la acumulación. La exterioridad de la política y la impunidad de la dirigencia, sus acuerdos *contra natura*, el permanente abandono de las promesas electorales, su cobarde atrincheramiento en las instituciones y su nula capacidad de respuesta a los reclamos, también fue vivido como una metáfora de la exterioridad y la inexpugnabilidad de la política y el estado. En ambos casos tanto para asambleístas como para ahorristas, el recurso a la acción colectiva beligerante aparece como estrategia frente a una situación de “desamparo”, de “desprotección” o indefensión ante las fuerzas operantes en los campos de la política-Estado, y del dinero-Bancos. El escrache con el choque físico entre los colectivos y las instituciones del poder y el dinero se representa como un intento de quebrar esos límites, hasta ese momento infranqueables, y mostrar la vulnerabilidad de los puros poderes causales del dinero o la representación instituida.

Los bancos, los supermercados y las empresas privatizadas, verdaderos íconos intocables durante los '90 son golpeados, pintados, martillados, cubiertos de huevos. Dirigentes y funcionarios, otrora encumbrados e inaccesibles, de postura soberbia y contumaz, son insultados, humillados, mojados, escupidos y en algunos pocos casos, golpeados.

El combate a la inexpugnabilidad de los poderes antagonistas que vehiculiza el escrache ofrece dos caras: una simbólica y expresiva, y otra económica y política.

El formato canónico: el escrache como condena simbólica

El escrache es un modo de acción colectiva desafiante que se legitima en la imputación indubitable de una culpa, y su eficacia reside en que el acto de señalar al culpable es al mismo tiempo un castigo⁴⁸. Es una protesta fuertemente performativa: su sentido se agota en la acción misma. Señalar esa culpa, hacerla visible, develar una verdad al evidenciar la responsabilidad, al mismo tiempo es condena y castigo. La espectacularidad del escrache

⁴⁸ Siguiendo a la histórica consigna “Si no hay Justicia hay Escrache”, sostenida por la agrupación HIJOS (Hijos contra la impunidad, por la justicia, contra el olvido y el silencio). (Ver “Escraches: 9 hipótesis de discusión” en Revista HIJOS N°10/2001, p. 36).

aspira a lograr un desplazamiento óptico de la mirada pública, en un intento de sortear los conos de sombras y visibilizar identificando culpables.

El objetivo más básico del escrache es la visibilización de responsables, evitando el efecto de dilución de responsabilidades y olvido. En este sentido, son repertorios que pretenden invadir fuertemente el campo de la visibilidad y de la memoria social, entrando en competencia con las agencias especializadas en el recorte de lo visible, especialmente los medios de comunicación. Para los ahorristas y asambleístas, el escrache era una forma de poner en evidencia lo que todos los medios intentaban tapar. En este sentido, ambos movimientos colisionan y cuestionan seriamente el régimen de distribución “óptica” de las miradas públicas, estableciendo una diferencia con otros repertorios: mientras en piquetes o huelgas, lo que se quiere visibilizar está puesto en los movilizados y sus reivindicaciones, en los escraches el acento está puesto en los destinatarios y sus ofensas, sus culpas. En piquetes y huelgas los destinatarios de las demandas son reconocidos como con aptitud legítima de brindar respuestas a los reclamos. En el escrache, en cambio, esa posibilidad es derogada por un acto de condena. En un punto, el escrache es una impugnación absoluta, una deslegitimación como contraparte, un puro acto de rechazo. En este sentido, el escrache también entra en correspondencia natural con el “Que se vayan todos”, que define más que una demanda: los destinatarios son impugnados incluso como destinatarios legítimos de demandas.

El requerimiento fundamental del escrache es la buena individualización del blanco, el resto son aditamentos que pueden quedar a cargo de la espontaneidad y la creatividad de los descontentos. En muchas asambleas funcionaba como cacerolazo “focalizado” y visible. Una forma de “hacer caminar la cacerola hacia algún lado” definía, con precisión, Stella Maris de Florida Este. La abundancia de blancos disponibles, sobre los que pesaba unanimidad de “condena” social, lo convirtió en la extensión natural del cacerolazo. El escrache se tiende a concebir como un intento de transparentación brutal de los responsables “que manejan los piolines detrás de la escena y se mueren de risa del cacerolazo”, decía “Federico” de Rosario.

El escrache así planteado se aleja completamente de acciones orientadas por intereses o lucha por objetivos políticos. Un piquete o un paro sin demanda -puramente retaliativos o punitivos- quedarían automáticamente deslegitimados. A la inversa, un escrache en donde se solicitara alguna clase de reparación, también correría serios riesgos de deslegitimación. El escrache supone un “desinterés” particular, un “ánimo genuinamente colectivo de justicia condenatoria”, y no podría subalternizarse a la persecución de fines particulares de ningún tipo. En el recuadro se puede observar un ejemplo de formulación de este carácter fuertemente moralista y sentimental con que muchos ahorristas enmarcaron el escrache.

13/11/04 CARTA ABIERTA A NITO

Querido Nito:

El escrache a Maqueda no se puede juzgar; se debe sentir [...] Sustento los escraches a estos individuos, en tanto no haya heridos, ni muertos. El ya famoso escrache a Maqueda hoy es un orgullo de la causa ahorrista, un emblema nacional de la valerosa proeza cívica nacida en el seno de la auténtica República, con mayúscula... Si este tipo de juzgamiento expresado se multiplicara, los que debieron irse con el “que se vayan todos” no seguirían atornillados... Ellos son la esperanza de este país; ellos son la insignia de civismo translúcido, diáfano, que busca reencontrarse con una nueva Nación y yo estoy con mis hermanos de lucha.

<http://ar.groups.yahoo.com/group/ahorristasestafados/>

El escrache es reivindicado como deleite moral y acto republicano, como sentimiento sin ninguna evaluación política, como un solazarse con la conciencia cívica y el “heroísmo” implícito en cancelar por un instante las asimetrías que marca el poder. El escrache es forma expresiva de la “indignación” como sentimiento que se corresponde a las clases “morales”, que se

diferencian necesariamente de la “desesperación” vindicativa que corresponde a las clases “necesitadas”.

La tensión entre el escrache con sus componentes simbólicos, su carga ética y su utilización por los ahorristas en su lucha por crudos intereses monetarios, estalla en los múltiples testimonios de los assembleístas que menoscaban el accionar de los ahorristas. El escrache, en manos de ahorristas “interesados”, es visto como “locura”, “histeria”, “desesperación por la plata”, etc. En el testimonio de Luciana de Almagro se condensa esta deslegitimación “moral” del escrache por motivos egoístas.

Los ahorristas estafados estaban relocos, yo creo que esos podían romper todo, eran más peligrosos que todos nosotros juntos. Tenían unos ataques de histeria que no les importaba nada [...] a mí me parecía increíble [...] me decía “lo que es la plata ¿no?”. Una vez que llevaban mierda en bolsita [...] era increíble pero ¡me movilizaba lo que significaba para ellos sus ahorros!, era refuerzo. Será porque soy estudiante de antropología, pero había algo de su comportamiento que me generaba [...] que me parecía muy divertido. Al principio me causaba simpatía, ya que estuvieran forcejeando con la cana, que rompieran un banco a patadas me parecía divertido. Pero me pareció que quedó en eso digamos. Una lucha que tenía que ver con sus intereses [...] teníamos dólares, queremos dólares, que era un culto era eso y nada más que eso.

Se desliza aquí un argumento muy explícito: las acciones de lucha “aparentemente meritorias” son deslegitimadas por la motivación egoísta que las alienta. El papel central del capital simbólico en la construcción social de este repertorio modular de protesta, se manifiesta en una concepción del escrache como “expresión de una conciencia” y como “productor de conciencia”. El escrache procura una respuesta, no tanto, de los antagonistas sino del público (que acompañe y “tome conciencia”), los medios (que multipliquen el efecto condenatorio) y de los militantes (que experimenten y liberen su creatividad).

Claudia de Palermo aclara explícitamente que con las asambleas la política es “poner en circulación nuevos sentidos” y el escrache es una “poderosa herramienta”.

Para buena cantidad de intelectuales que participaron en aquellos momentos, la inclinación por la acción colectiva disruptiva de las clases medias suponía directamente cambios de conciencia y nuevos significados. Guerrero (2002) alude al “cambio mental” que acarrea la acción colectiva disruptiva en la clase media.

[...] esa servilidad, esa rutina, esa fuente inagotable de trivialidad [...] Instituciones y creencias sedimentadas generación tras generación en sus cabezas, se desgranaron de la noche a la mañana [...] Sus actos fueron transformándose en conciencia [...] la necesidad de romper 10 años de crudo neoliberalismo, el equivalente de destrozarse con una piedra la vidriera de un shopping [...]

No por inesperada, la salida a la calle significaba menos una ruptura en la valoración del modo de vida de la clase media. La protesta y el compromiso fueron investidos de un significado de “autotransformación” crítica de la conciencia pequeño burguesa. La acción colectiva no puede reflejar otra cosa que un cambio en la conciencia y se convierte fundamentalmente en un medio de cambio de conciencia.

Más que una política de masificación orientada al reclutamiento, propaganda, conquista de apoyos y concentración de recursos, organización y lealtad a la misma, la militancia asamblearia parece inclinada a acciones con “efectos difusos” sobre la conciencia del “vecino” y la resonancia en la opinión pública. El poder fundamental es un poder simbólico y mediático y el blanco político coincide, entonces, con el blanco simbólico: atacar las creencias que promueve el poder y la confianza en el poder.

Una de las formas en donde se patentiza este esquema de producción de sentido lo tenemos, por ejemplo, en varios testimonios de diversos asambleístas donde se subraya la importancia de “los gestos” de la gente común como devolución y recepción a las acciones de la asamblea. En esos gestos se cifra la confirmación de que se operan estos difusos cambios de conciencia. “La chica que recibió el volante en el escrache y al rato vino y nos convidó con unos chocolatitos que había comprado en el kiosco”; “la quiosquera que nunca vino a la asamblea pero puso un cartel en el kiosco No a la guerra”; “la vecina que venía del mercado y estábamos montando la olla y volvió al mercado y trajo un cacho de carne para el guiso”; “el tipo que anónimamente nos dejaba un chiste todas las semanas por debajo de la puerta para que lo publiquemos en el boletín”, y muchos otros por el estilo.

La acción colectiva en la calle está al servicio del poder causal simbólico: los asambleístas de Almagro, por ejemplo, colocaban la olla popular a la salida del subte en plena Avda. Corrientes “para shockear a los empleados que vuelven del laburo y los chabones no entendían nada...pero todas esas cosas quedan...uno aspira a que lo que uno hace, lo que uno genera, la gente lo lleve a otro lado”, decía Adrián.

En todos estos gestos devolutivos se tiende a ver el eco de un mensaje, que es lo que se jerarquiza como finalidad principal de la asamblea. Como resumía un militante de Almagro: “No lo sé pero quizás nuestras acciones no se pierden, no es puro voluntarismo, sino que son apropiadas por gente con la que ni siquiera tenés trato y quizás mañana te dé una sorpresa”.

La densidad simbólica con que se invierte el escrache ofrece una dimensión individual de concientización, no sólo hacia afuera para el público sino hacia adentro: la participación directa tiene fuertes efectos sobre la subjetividad personal. Aquellos militantes que han

pasado por situaciones de tensión y exposición en protestas callejeras son unánimes en reconocer la sorpresa de verse actuando de una manera que “nunca lo hubieran creído”. Se trata de un “efecto de autodesconocimiento”. Con gracia Gabriela de Almagro dice que

Si no fuera porque era yo y estaba ahí nunca hubiera creído que estuve insultando a la policía y escrachando el supermercado al que siempre iba a comprar.

Familiares, amigos, compañeros de trabajo, a veces, tampoco aceptan de buen grado la participación en este tipo de hechos. Un ama de casa de Mendoza menciona los roces con familiares al adoptar conductas públicas que “sorprenden” a padres, maridos, hermanos y hasta los propios hijos. Buceta de Mar del Plata decía que

Cuando me vi en la tele, que era verdad que estaba hablando ante las cámaras en medio de ese despelote... recién ahí caí que era yo [...] Nunca pensé que podría hacer todas estas cosas, disfrazarme, ponerme en bolas, ja, ja. En una de esas tendría que haber sido actor.

El escrache es difícil de asimilar para las estructuras mediadoras clasistas y se muestra incompatible con el capital social de muchos participantes de clases medias.

Entre los ahorristas marplatenses, el peso de “lo personal”, los miedos, las frustraciones son puestos en los escraches por medio de las parodias que representaban los ahorristas frente a los bancos: el casamiento, el nacimiento, la enfermedad y la muerte han sido tematizados con enorme creatividad⁴⁹. Las explicaciones de esta selección temática la encuentran los mismos participantes en “el cambio de vida” a los que lo sometió el corralito y la lucha por recuperar el dinero. Los modos de vida de la clase media agredidos por las medidas financieras hace que sus claves ingresen simbolizadas una y otra vez como partes del escrache.

En la militancia juvenil de izquierda no encuadrada, la importancia del escrache se vincula a formas novedosas de vivenciar la política, donde rigen marcos simbólicos de valoración de prácticas y compromisos personales con la “autoexigencia” de superar las prácticas de la izquierda tradicional y recrear la lucha política como experiencia de emancipación individual y colectiva.

El escrache como contracoerción y poder situacional

Pero entre las variantes que se generalizaron en aquellos días, vemos escraches que no se plantean como generadores de “efectos de conciencia” en terceros, sino como acciones que tienen por fin generar reacciones de los antagonistas. La dimensión estratégica no está relegada a la batalla por las mentalidades, por los contenidos de la conciencia. En estas

⁴⁹ En la parodia llamada “Los recién estafados” se realiza un casamiento en plena avenida Independencia que incluye el vals de los novios, el arribo en mateo, y la luna de miel frente al banco con un guiño desopilante en donde se refleja la frustración de los proyectos de pareja. En la parodia “Me llamo curralito” el neonato no es nada más ni nada menos que Domingo Cavallo que balbucea el nombre de “Curralito” y que “va a dejar sin comer a todos los niños”. Ni hablar la representación de una intervención quirúrgica y de marchas fúnebres (ver Video adjunto) que aluden a las angustias de jubilados y ancianos damnificados.

modalidades más instrumentales se incluye la búsqueda específica de resultados, y supone cálculos sobre las reacciones o respuestas de los destinatarios, movilizándolo poderes causales de otro orden que el simbólico. El escrache también formó parte de estrategias que pretendieron imponer situaciones, torcer decisiones, alcanzar metas diversas.

Los escraches personalizados, en domicilios particulares o en situaciones cotidianas, en escenarios públicos, muestran un inquietante elemento de poder colectivo: la inversión de la relación de indefensión y vulnerabilidad. En efecto, el escrache personal por sorpresa muestra la posibilidad de despojar, al menos transitoriamente, de los poderes burocráticos, económicos o políticos a los antagonistas tomados individualmente. La “calle”, como escenario socialmente politizado repentinamente por la irrupción colectiva, desactiva temporalmente los capitales sociales, políticos y económicos. En la calle sólo rige la ley del número. Los poderosos que no pueden ampararse en la represión o en la fuerza quedan completamente inermes, y sus poderes causales no pueden ser jugados en esa situación. Incluso el intento de utilizar la fuerza disuasiva privada (amenazar, intimidar con armas o ejercer violencia por parte de guardaespaldas) o pública (represión policial) se revela como totalmente contraproducente.

El escrache individualizado, “inmediato” y sorpresivo, expone la específica potencia situacional de poder causal colectivo: deja en evidencia la inversión de una relación de

¡Pasó en nuestro barrio! ESCRACHE GASTRONÓMICO al ex ministro de Gobierno provincial y uno de los principales allegados al gobernador Carlos Reutemann... “La primera que empezó a golpear el vaso con un cubierto fue una mujer, y después la siguieron los demás”, “Algunos empezaron a amenazar al dueño con no asistir más al restaurante si lo atendíamos”, rememoró el mozo, todavía perplejo por la anécdota. Como Baltuzzi se negó a retirarse del lugar y permaneció en la mesa que había elegido, la temperatura empezó a elevarse al compás de algunos epítetos como “chorro” y “corrupto”. En esas instancias, el diputado se acercó a la mesa de donde provenían las “injurias” para intentar “explicar quién era y qué trayectoria tenía”, y como respuesta sólo recibió el chorro de soda de un sifón. Se empeñó en no abandonar la escena por un tiempo que según el cálculo de un mozo fue “cercano a las dos horas... Una vez que pagaban la cuenta y salían seguían gritándole desde la vereda”. En Rosario, otros representantes corrieron una suerte similar a la del diputado justicialista como fue el caso del secretario general del gremio Luz y Fuerza, Oscar Lezcano, quien también fue víctima de una arremetida de comensales en el restaurante La Marina. El Ciudadano - Rosario - Jueves 18 de julio de 2002 <http://www.belgrano.web1000.com/frames.html>

fuerzas y la completa esterilización de los poderes causales clasistas económicos o burocráticos. Pero este tipo de escrache “express”, como lo definen los assembleístas, ofrece un elemento incipiente coercitivo y no sólo de expresión, denuncia, repudio. Ya no se trata de señalar y condenar, sino de lograr alguna clase de reacción o respuesta del destinatario: que abandone el lugar, que se mude de barrio, que se asuste, que vaya a la comisaría a hacer la denuncia, etc. Este tipo de escrache tiene un objetivo módico en términos de forzar alguna clase de respuesta. El escrache incidental, al paso, en lugares públicos, sorpresivo, es una especie de ejercicio de un poder de ostracismo político,

es decir, de un poder de suspensión de la actuación pública del sujeto que lo padece⁵⁰.

Los escraches “al paso” en el aeropuerto local al gobernador De la Sota y a su ministro de transporte, a Ruckauf en el de Barajas en España y dentro mismo de un avión, al diputado Baylac en una cancha de golf, a H. Liendo y a R. Aleman en plena vía pública del microcentro porteño, a Moliné O’Connor en pleno estadio de tenis, y a otros tantos en bares, restaurantes o shoppings, pueden mostrar una especie de tácita aceptación o complicidad colectiva en el despojar de todo poder a ciertos personajes en escenarios públicos. El hecho de que en casi todos los casos los escrachados tienen que retirarse, salir de la vista del público o simplemente callarse y aguantarse, demuestra su debilidad y vulnerabilidad ante un poder colectivo que se torna situacional. El poder de expulsar de los lugares públicos por el peso del número y la unanimidad, la ausencia de personas que los defiendan y la imposibilidad de apelar a la acción represiva, exhiben descarnadamente una esterilización momentánea de los poderes casuales que detentan. En el recuadro puede verse el ejemplo de un escrache en un restaurante céntrico rosarino. La crónica del mismo demuestra un desprecio explícito de los comensales y también una especie de destitución civil: se lo puede insultar, tirarle soda, pedirle al dueño del restaurante que no lo atienda, dejarlo sin comer, etc. El escrache incidental, cara a cara, muestra esta “tiranía” de la sociedad civil en rebeldía que ejerce un poder situacional amenazante en escenarios públicos cotidianos.

Si bien muchos de estos escraches incidentales son reacciones espontáneas del público, en tanto otros fueron las asambleas las que los motorizaron de forma planificada. Muchos escraches del 2002 tenían por objetivo poner en evidencia a dirigentes con menor nivel de visibilidad pública, pero que eran juzgados como corresponsables de la situación imperante. Así muchos de los escrachados no eran tan conocidos entre la opinión pública. Especialmente en el caso de dirigentes empresariales, como el industrial I. de Mendiguren o los banqueros M. Sacerdote o Mario Vicens, que fueron escrachados en selectos hoteles de Rosario de donde se tuvieron que retirar por puertas de servicio, en medio de auténticos tumultos. Lo mismo ocurría con legisladores, funcionarios y hasta ediles. Se trataba de una estrategia de “ampliación” de la visibilización de responsabilidades.

La Asamblea Popular de Bahía Blanca decretó “el exilio civil” de diversos representantes legislativos de la ciudad “por corruptos” y que se declarasen personas no gratas a dos diputados de la ciudad por haber votado la Ley “de Recorte a la Educación”, además de colocar en todas las escuelas las fotos de estos diputados⁵¹. Otros escraches fueron pensados como estrategias de repercusión de mayor escala y por tanto, intentaron fijar como

⁵⁰ Milton, de la asamblea de Godoy Cruz, concurría a los escraches con una pancarta que decía: “Soy desocupado, no tengo qué comer. Soy político, no tengo dónde comer”.

⁵¹ Ver <http://www.asambleabahiense.8k.com/Propuestas.htm>.

destinatarios a protagonistas importantes de la arena política bajo el modo de la repetición, o si se quiere, bajo un modo “persecutorio”. Carlos Menem fue uno de los blancos más buscados, ya que garantizaba inmediata cobertura periodística⁵².

Los escraches repetidos en Rosario a los domicilios de los jefes de los bloques de diputados nacionales radicales y peronistas, al domicilio del intendente de Córdoba y al de su madre, durante varios días consecutivos, o las declaraciones de “personas no gratas” para concejales vecinos de algunas de las asambleas rosarinas y mendocinas muestra el intento de sistematizar esta acción de despojamiento de poderes causales políticos. El escrache amenaza con volverse interminable, busca la “rendición” del blanco. En varios casos, incluso, lograron la renuncia de concejales y ediles. El escrache en su modalidad “persecutoria” era la estrategia sostenida por algunos militantes asamblearios para lograr el “Que se vayan todos”.

Los escraches planificados a que fueron sometidos varios de los Ministros de la Corte Suprema de Justicia, por parte de los ahorristas, muestran también la precariedad de las investiduras institucionales. Vázquez, en pleno barrio norte de la Capital, terminó en la comisaría haciendo una denuncia por amenazas y declarando ante la prensa su preocupación por “la sospechosa pasividad policial” ante los “agresores”.

Argelia cuenta su participación en varios de estos escraches deliberados.

Fui con mi hijo, Maqueda estaba en un bar con un diputado [...] Caviglia. Nos pusimos detrás de él y pusimos los carteles que decían “la soberbia” y “las ambiciones de poder”. Llovía torrencialmente y huyó como una rata a la cocina, y los camarógrafos de afuera se desesperaban. A Bacqué fuimos a la casa y justo lo encontramos mirando una vidriera, la gente le gritaba, lo insultaba, lloraba [...] El mismo Néstor Kirchner, en la casa de Santa Cruz antes de que asuma le fuimos a pedir una entrevista y nos dijeron que la hagamos por escrito y mientras la hacíamos él salió por una puerta lateral pero nos avisaron y le hicimos el primer escrache en la calle.

Los ahorristas “rompebancos” de Capital declararon una suerte de cacería generalizada de los “responsables intelectuales y políticos del corralito”. El ministro Lavagna también fue blanco de escraches en su casa particular, a la salida de programas de TV, y en importantes eventos institucionales⁵³.

Los escraches a gerentes de Telecom en Rosario o a los gerentes de bancos en Mar del Plata, en cierto punto, muestran esta inermidad de los poderes puramente económicos y

⁵² Los más notorios fueron los escraches que sufría a la salida de los programas de TV en los que se presentaba. Pero otros fueron más creativos: en Mendoza, por ejemplo una avioneta sobrevolaba el lugar donde se desarrollaba un evento con el ex presidente propalando al aire la canción bailantera “Mal bicho”. En otra oportunidad intentaron entrar a la fiesta de cumpleaños de la ex senadora Marta Alarcía luego de que arribara el riojano.

⁵³ A fines del 2004 los Ahorristas complicaron la disertación de Lavagna en el Council of Americas ya que tuvo que intervenir la Policía para abortar un intento de ingreso al hotel Alvear situado en plena Recoleta. En este caso el escrache buscaba generar costos ante audiencias internacionales y especialmente ante algunos poderes económicos norteamericanos. La presencia de Artaza, usualmente esquivo a la hora de participar en los escraches, muestra la importancia de las “vidrieras internacionales” para el actor cómico que aspiraba a organizar una operación de presión internacional sobre Lavagna.

burocráticos corporativos. No pueden lograr siquiera una adecuada protección policial, y sus propios bancos no atinan más que a “sacarlos de circulación” mandándolos a otras sucursales. Las crueles burlas públicas de que son objeto pueden marcar, no sólo la pérdida de capital simbólico, sino una fuerte erosión de sus capitales sociales individuales.

El poder situacional, derivado de la intrusión espacial, actos de bloqueo, y acciones obstructivas, suponen el ejercicio de un veto fáctico sobre el funcionamiento de las instituciones o una presión directa para obtener decisiones favorables. Irrumpir, cercar o asediar bancos, camiones de caudales, supermercados, oficinas de privatizadas y de Aerolíneas Argentinas, McDonalds, Congreso, Consejos Deliberantes, Ministerios, domicilios particulares, hasta comisarías y cuadrillas de EDESUR, muestra un poder situacional colectivo que se plasma como efecto de parálisis, de traba o detención, que obliga a una reacción de los oponentes. Estos tipos de escraches son definitivamente estratégicos: se busca que bajen tarifas, suspendan cortes de suministros, refinancien deudas, devuelvan depósitos, renuncien funcionarios, recorten presupuestos y dietas de legisladores o ediles, esclarezcan crímenes, donen alimentos, etc.

Entre algunos grupos de ahorristas, la introducción de elementos estratégicos dentro del escrache hace que pase de la “indignación”, como desahogo de la bronca, al “sabotaje”. Las tácticas del “cercamiento” del banco procuraban paralizarlo. El temor de los bancarios a que las agresiones se consumaran dentro de las sucursales hacía que, en muchos casos, optaran por cerrar la puerta de la entidad dejando encerrados a sus propios clientes, lo que generaba mayor malestar.

El escrache se convertía, a veces, en asedio. En Rosario y en Bahía Blanca, en al menos cuatro oportunidades, se realizaron lo que llamaban “Operativos Bandera”: tapan las entradas y salidas del banco con grandes banderas argentinas, de manera que nadie pudiese entrar o salir.

En una oportunidad, los ahorristas bahienses estuvieron reclamando durante cuatro horas al Bank Boston la entrega de la bandera argentina, bloqueando las entradas. El banco no pudo abrir sus puertas hasta la hora de cierre y el sentido patriótico atemperó la irritación de los clientes⁵⁴.

Otras veces se practicaban tácticas de “ensuciar”, utilizando desde basura callejera hasta lo que los ahorristas llamaban “armas bacteriológicas”, especialmente preparadas, que convertían en irrespirable el aire dentro de los locales bancarios. Las sentadas en las salidas de

⁵⁴ La apelación a simbología nacionalista fue bastante repetida entre los ahorristas. Tomó un tono más “antiimperialista” en los escraches en Mar del Plata y más de autoafirmación identitaria en otros grupos. ABAE y los actos organizados por Nito Artaza recurrían a grandes banderas, solemnes entonaciones del Himno Nacional e incluso utilizaban fechas patrias: el día previo del 9 julio y el 17 de agosto para realizar algunos de sus más grandes actos.

los camiones de caudales o desinflarles los neumáticos también han sido tácticas obstructivas que, en más de una oportunidad, generaban roces y discusiones con los policías o la seguridad privada.

Nótese que las tácticas de inmovilización bancaria, en términos de poderes causales clasistas, tienen como blanco uno de los atributos más importantes del poder causal de la corporación financiera globalizada y desregulada: la “movilidad” evasiva y misteriosa del dinero (Lewcowicz, 2002) ejercida por los bancos como “fuga” y amenaza de fuga. El escrache, entendido como asedio o bloqueo “inmovilizador” del banco materializaba aunque sea de manera irrisoria, un poder situacional capaz de desactivar este atributo de “movilidad” irrestricta del capital financiero.

La acción colectiva, que intenta “inmovilizar” el capital financiero desnuda que el ejercicio irrestricto de este poder causal de movilidad de la propiedad financiera, necesita del concurso de otros poderes causales políticos, institucionales y legales (complicidad política, judicial, represiva), en ausencia de los cuales ese poder es frágil y vulnerable a la movilización colectiva. La capacidad de bloqueo demuestra en los hechos casi una situación de indefensión de los bancos frente a la protesta colectiva.

Las dos acciones de mayor escala en las que participaron de manera conjunta ahorristas y assembleístas fueron acciones de este mismo tenor obstructivo con blancos institucionales importantes. En estos casos, los escraches buscaron generar efectos o resultados sobre el escenario político intentando posicionar a los movimientos convocantes como actores políticos que deben ser tenidos en cuenta.

El 23/04/02 Clarín titula: “Diputados y senadores, atrapados en el Congreso” y Página/12, “El congreso acorralado”, aludiendo al abrazo al Congreso Nacional que realizaron movimientos sociales y grupos de todo tipo. Por seguridad, los legisladores, que ya habían postergado la sesión, debieron permanecer adentro hasta pasada la medianoche. Casi todos los entrevistados ahorristas participaron de aquella jornada al igual que algunos assembleístas. Entre los ahorristas es generalizada la idea de que fue uno de los mejores momentos de la lucha, ya que con ella echaron a Remes Lenicov e impidieron la ley “bonus”, por la que iban a sancionar el canje compulsivo de depósitos como pedían los bancos. Para algunos concurrentes si seguían rodeando al Congreso unas horas más

[...] hubiera renunciado Duhalde... pero la gente estaba cansada, no daba más. Yo tenía las manos arruinadas de tanto golpear la cacerola y eso que usaba guantes (Patricia Roca).

Un assembleísta recuerda un cartel “Soy pacifista, que los tiren al Pacífico”.

El otro gran megaescrache fue “El piquete urbano” del 19/12/02, también muy impactante por la cantidad de grupos participantes, el área del microcentro porteño y el blanco a inmovilizar: nada más ni nada menos que la Bolsa de Comercio y la City porteña desde las 9

hs. La iniciativa había sido trabajada en la Asamblea del Cid Campeador, que nucleaba a los grupos más militantes, aunque también participaron, los ahorristas rompebancos y algunos sueltos de ABAE, además de varios movimientos sociales y grupos artísticos no convencionales como el GAC (Grupo de Arte Callejero), que había trabajado con HIJOS en los escraches, o el grupo Cine Insurgente. El microcentro porteño prácticamente no pudo funcionar y la misma Bolsa de Comercio sufrió demoras e interrupciones. En muchos testimonios de asambleístas que participaron también lo consideran uno de los puntos más altos de la lucha por la cantidad de participantes, la organización y el blanco elegido. El propósito deliberado asumía un sentido instrumental buscando rebasar la pura denuncia pública y entorpecer, detener, impedir, el curso normal de los procesos de acumulación y el funcionamiento de algunas instituciones.

A poco de asumido Kirchner, los ahorristas de Capital intentaron realizar un escrache planificado aprovechando su visita a una exposición en la Sociedad Rural. Se hizo por sorpresa, ya que ese mismo día habían presentado en mesa de entradas de Casa Rosada un pedido de entrevista con el Presidente. Se evaluó la necesidad de lograr “repercusión” para sortear a “la prensa cómplice con el poder” y por tanto, la idea era “armar un escándalo” que no pudiera no ser cubierto por algún canal de TV, es decir, el propósito del escrache era “superar el bloqueo informativo”. Así cuenta “Fernando” ese momento:

Luego de entregar el petitorio y la entrevista con un funcionario de la presidencia, fuimos hasta la Rural lo más reservadamente posible [...] una larga espera en el portón de entrada mimetizados con la concurrencia y ocultando carteles y banderas. En el momento que baja Kirchner del auto se abalanzaron sobre la comitiva y no nos pararon los empujones ni golpes ni caídas en el piso resbaladizo [porque llovía] ni el puñetazo que le dieron uno de los lacayos a nuestra compañera que tuve que rescatar del suelo con una sola mano [...] seguimos así a los gritos durante todo el trayecto, quedé afónico pero suplantamos muy bien a la prensa traidora. Las miles de personas que siguieron el itinerario, se enteraron de nuestro reclamo.

Aunque la cobertura televisiva fue casi nula y el rebote de la noticia fue muy bajo, debido al evidente intento mediático de invisibilizar el problema irresuelto de los ahorristas y de proteger la figura del Presidente, éstos lo consideraron como uno de sus mayores éxitos en términos de acción colectiva.

Otros megaescraches impactantes impulsados por algunas asambleas barriales tomaron por blanco eventos públicos de importancia política y no tanto, personajes o instituciones. El intento de escrache al Tedéum del 25 de mayo del 2002, que por la noche se trasladó a la función de gala del teatro Colón, y el del 120° aniversario de la fundación de la ciudad de La Plata el 19/11/02, son los casos más relevantes.

Luis, un asambleísta de Almagro recuerda el primero.

Reloco fue que hacíamos un “cabildo abierto” el 25 de mayo y nos avisan que estaba Duhalde en función de gala del Colón, fuimos todos y un compañero encontró una puerta sin vigilancia y entramos. Nos cruzamos con Ibarra y fue un quilombo de aquéllos, se suspendió la función por un

buen rato. Gente del palco que se trompearon y uno con el que casi me agarro después afuera quería brindar conmigo [...] Fue reloco. Fue la primera vez que entré al Colón.

La ausencia de “seguridad” y la exposición repentina a la furia de la sociedad civil muestran la enorme precariedad de los poderes políticos institucionales. Este elemento es aún más visible en el acontecimiento de La Plata. Funcionarios, legisladores y otros asistentes al Tedéum en la catedral local fueron insultados y abucheados por grupos que se apostaron en las proximidades del templo. La noche anterior, miembros de asambleas barriales y de partidos de izquierda hostigaron a quienes ingresaban a la comida de honor del aniversario que cada año organiza la Fundación Florencio Pérez. En la entrada principal a la cena, la policía, que desplegó un fuerte operativo de seguridad y formó un cordón, no pudo contener a los más iracundos, que reprocharon a funcionarios y legisladores -tanto de la provincia como del municipio- "por asistir a esta fastuosa reunión cuando en el país los chicos se están muriendo de hambre". Los actos de celebración culminaron con un recital de Soledad que congregó a decenas de miles de personas en la plaza Moreno y el gobernador Felipe Solá, que se había visto obligado a esquivar a los manifestantes al ingresar a la comida de la Fundación, terminó desistiendo de participar de la ceremonia religiosa y del recital del día siguiente. Los poderes políticos institucionalizados son marginados hasta de las ceremonias y fiestas que ellos mismos convocan.

Otros repertorios de acción colectiva contracooercitiva

Las asambleas barriales dirigieron parte de su repertorio de acción colectiva a otras formas de carácter obstructivo para los poderes económicos, más allá de las modalidades del escrache. Veamos una muestra de algunas acciones que realizaron diversas asambleas.

Los boicots a empresas privatizadas fueron casi universales entre las asambleas. Varias asambleas de la zona sur, a propuesta de la asamblea de Banfield, llegaron a coordinar descuelgues telefónicos diarios entre las 12 y las 13 hs. En algunas asambleas el boicot a las telefónicas fue más sofisticado: de 20 hs a 20:15 hs. Llamados de larga distancia sin marcar el último número, lo que presumiblemente les genera un costo que no pueden facturar. En zona Norte y en algunas del Sur, como Wilde, se hicieron “piquetes” para impedir que las cuadrillas de EDESUR o de Metrogas cortaran servicios por falta de pago. En algunos casos hubo forcejeos, denuncias policiales, etc. Como bien cuenta Lucas de la Asamblea de Almagro:

El escrache contra Edesur acá a la vuelta porque le habían cortado a la vieja esta del edificio y a un vecino que venía... Se armó un desbole: cortamos la calle, era día laborable [...] y bueno después dale que va... escrachamos en la esquina al Banco Francés, y después al McDonald de Belgrano y de paso al Citi Bank, ja, ja.

Otras asambleas votaban propuestas de auto reducción de consumos: un día por semana rotativamente limitar a lo imprescindible el agua, gas, luz. Un día por semana no cargar nafta

y no utilizar el auto, sólo por caso de fuerza mayor. Aunque estas iniciativas eran votadas en asambleas y circulaban a través de volantes o cadenas de mails, ningún asambleísta se atrevía a mensurar el grado de cumplimiento⁵⁵.

Algunas asambleas proponían “no comprar en hipermercados y hacerlo en comercios del barrio”. En Lomas se intentó coordinar acciones con la Cámara de Comercio local pero, una vez más, con poco resultado ante la resistencia a bajar o “negociar” precios con los vecinos.

Quizás el más novedoso y contundente boicot económico lo llevaron adelante algunas asambleas de Córdoba: el "Changazo", que consiste en llenar los changuitos hasta que rebalsen, llevarlos a la caja y dejarlos ahí como forma de protesta ante los aumentos de precios.

La iniciativa espontánea del comerciante que aparece en el recuadro también ofrece una imagen bien gráfica de las formas espontáneas de indignación de parte de la pequeña burguesía contra los abusos del poder económico concentrado. Este tipo de boicot instala un eje de solidaridad entre comerciante y consumidor para oponerse al poder económico de los formadores de precios.

El boicot “económico” asume también formas impensadas entre los ahorristas. En los foros pululan mensajes, donde ahorristas enojados con las coberturas periodísticas del tema corralito, prometen no comprar más algún diario, no escuchar más una radio. Un caso algo inédito es una señora que ofendida con el

"Ayúdenos. No compre mercadería con aumento, consuma otra marca" o "Asunción aumentó un 20 por ciento. Atención"... En el Super "Urquiza" los carteles alertando a los clientes sobre el incremento de los precios ya son parte del paisaje [...] para su propietario tener este gesto con los clientes es una manera de "hacer patriotismo"... "alertar a los consumidores hizo que no se la agarraran conmigo"... detalla que el mayorista "no acepta Lecop, patacones, tickets". Mientras tanto, con la idea de que los comerciantes alerten a sus clientes se repartió ayer en la Cámara de Supermercadistas de Rosario un comunicado que propone imitar la actitud del dueño del local "Urquiza".
La Capital de Rosario 11/01/02.
http://archivo.lacapital.com.ar/2002/01/11/articulo_45.html

periodista Marcelo Longobardi le envía una carta a la empresa embotelladora PEPSI con el siguiente mensaje:

Señores de Pepsi [...]: Procedo a informarles que tomé la decisión, junto con mi familia, de dejar de comprar los productos de PEPSI en tanto esta empresa mantenga su auspicio al programa del señor Marcelo Longobardi [...]

En diciembre del 2004, Artaza rompió, en público y ante los medios, las tarjetas que posee del banco Francés.

En todos estos casos se trata de iniciativas en donde el poder causal movilizado es un poder de mercado en tanto consumidores. La pequeña burguesía acude a su poder causal

⁵⁵ El 24/09/02 consumidores, gremios (CTA) y empresarios impulsaron un "apagón nacional" de cinco minutos a las 20 hs. contra el aumento de tarifas. También realizaron un cacerolazo frente al Obelisco y llamaron a bloquear las Audiencias públicas en las que se tratarían los ajustes. Sin embargo, la mayoría de las asambleas barriales no participó de esta iniciativa, seguramente por diferencias con los convocantes.

económico como recurso de presión o de lucha contra los intereses de las fracciones superiores del capital productivo, comercial o financiero. La “rebelión de los consumidores-clientes” subyace como marco maestro de la movilización en muchos de los participantes: “la conciencia” de los consumidores permite ejercer poderes de mercado capaces de contrapesar los de los bancos y empresas monopólicas. Este razonamiento, muchas veces, se acompañaba de una creencia arraigada en la “centralidad económica” de la clase media, que se resume en un razonamiento tomado como autoevidente: “nosotros, la clase media que todavía tenemos capacidad de compra y de ahorro, somos los que movemos la economía”. Según esto, la clase media sólo tendría que aplicar eficientemente su poder causal económico para contrarrestar a los poderes económicos de los monopolios. Para ello, no hace tanta falta generar poder colectivo organizativo, institucional y político, sino conciencia de este poder de mercado e inteligencia para usarlo colectivamente. El principal obstáculo que se ve para lograrlo es, entonces, que “la gente se deja llevar por los medios”. Se trata de una lucha de concientizar consumidores capaces de desafiar mediante el mismo mercado, los poderes causales económicos de la gran burguesía abusadora, las empresas extranjeras, etc.

Este tipo de luchas tiene fuertes componentes de adecuación a la configuración de poderes clasistas en los sectores medios: bajo o ningún costo de exposición individual, alta compatibilidad y no interferencia con la activación y acumulación de poderes causales monádicos, costos de organización bajos que se limitan a la coordinación aprovechando cadenas de mails, un tipo de trabajo de enmarcamiento simple y despolitizado (“abuso”, “estafa”, “incumplimiento”). La acción colectiva tiende a convertirse en una agregación coordinada de decisiones económicas individuales. Los poderes individuales económicos se trasponen como poderes colectivos.

En un sentido más brutal de equivalencia entre el ejercicio de poderes económicos individuales y “lucha política”, encontramos los llamados a “comprar dólares y mandar la plata afuera” como estrategia de demolición de la clase política corrupta, que proliferaron en los foros y websites de ahorristas. El pretendido poder económico, ya no se opone al poder económico de otros sectores más poderosos sino, se convierte en un recurso político frente a medidas de gobierno. Dentro mismo de las clases medias más pudientes se instalaba la creencia de estar en condiciones de ejercer un “golpe de mercado”, o un “golpe cambiario”, remedo de “huelga de inversión” a través de la fuga de capital. Los mismos recursos extorsivos sobre la política, utilizados históricamente por las clases dominantes económicas, pueden ser eficientes y legítimos si los utiliza la clase media. El propio Nito Artaza en declaraciones públicas, y algunos ahorristas militantes en las entrevistas han exhortado a complementar el “A los bancos nunca más” con “sacar la plata de un país que legaliza el

robo”. La movilidad del capital económico de la pequeña burguesía se reviste de una dignidad de rebeldía y deja de ser una expresión más del “sálvese quién pueda”. Al calor de las protestas y el descontento generalizado hasta los comportamientos especulativos podían contar como “actos políticos”. En algún caso, como el de un abogado marplatense entrevistado, la compra de dólares y la fuga de ahorros se convierte,

[...] en la forma más efectiva de lograr el QSVT [...] de la cacerolita se rien y los cortes de rutas a los únicos que joden son a los que laburamos.

El imaginario de una sociedad de clase media “conciente”, con un mercado controlado por una clase media con capacidad de contrac coerción económica, le otorgaría una especie de poder de “veto económico” potencial. La preferencia por este tipo de estrategias en algunos testimonios se asocia a una fuerte desconfianza hacia la política y a considerar la participación y la organización colectiva como manipulación y/o pérdidas de tiempo.

La preocupación de clase media por lo “genuino” de la protesta: el ser producto verdadero de una conciencia, una voluntad que la convierte en práctica significativa portadora de un mensaje para otras conciencias, no aparece entre las clases populares. En las asambleas de bases populares, la protesta es vista como estrategia cuyo resultado en términos de poderes causales colectivos define su calidad.

La lucha de la Asamblea Popular de San Telmo incluye el uso de la fuerza o de métodos que incluyen la coerción física, el amedrentamiento o la amenaza de desmanes. La amenaza de poder colectivo bajo formas disruptivas genera fuertes efectos de incertidumbre: “no saben hasta dónde podemos llegar”, qué pueden romper, cuánta gente se puede sumar, qué costos tendrán que pagar, induciendo a la negociación y a la conquista de concesiones. “Nosotros queremos que la gente piense que la asamblea es gente jodida”, sintetiza Rubén de manera lapidaria. La violencia en la toma y la defensa de las casas ocupadas, sus efectos intimidantes, predominan estratégicamente sobre consideraciones de legitimidad o reputación: “Los hoteleros saben que somos de temer”, “la policía prefiere no ir al choque con nosotros”, etc. En este punto se observa hasta qué grado estas asambleas tienden a subordinar el capital simbólico a la estrategia de lucha y organización.

En esta asamblea impera la regla de “no comerse una”: una vez que mandaron menos cajas de mercadería tomaron el camión y al chofer como rehén. Otra vez que fracasó una negociación con la Ciudad,

[...] les tomamos la oficina y se la rompimos toda, toda. Se la rompimos mal, mal, mal, les destrozamos todo. Había treinta computadoras, no les quedó ni una sana, llevamos una bomba de “Gamexane”, una bomba que larga un humo negro que parece que se estuviera incendiando el edificio, y llevamos un balde con veinte kilos de mierda y les pegamos en las paredes mierda por todos lados, un desastre.... Pero bueno, es lo que te digo, nosotros podemos perder, pero no podemos perder sin pelear, porque si vos perdés sin pelear no te educás, no aprendés (Rubén).

Pero la explicación del derroche “irracional” de violencia –que, seguramente sería rechazado por muchos asambleístas como “gratuita” y tratado como “cosa de negros ignorantes”, por algunos vecinos– no se limita a lo simbólico, sino que busca un saldo estratégico incluso en la derrota.

Sabíamos que no íbamos a conseguir nada en ese momento y que no nos iban a llamar a negociar. Pero sabíamos también que la próxima vez que pensarán en cortarnos algo, lo iban a pensar dos veces. (Ana)

La violencia como “costo pírrico” para los oponentes opera como amenaza que induce a la negociación o la concesión futura⁵⁶. Es decir, aun siendo inefectiva o contraproducente en lo inmediato, opera como un fuerte elemento estratégico favorable en el plano de las expectativas de los antagonistas y contrapartes. El poder del movimiento reside en la demostración fehaciente de la capacidad de ejercicio de violencia colectiva disruptiva.

Las formas de la disrupción: creatividad e innovación

La ruptura de lo convencional, la forma de lograr efectos de incertidumbre merced a la capacidad de variación sobre los formatos conocidos y la adaptación a diversas situaciones, fueron virtudes tácticas de las que hicieron gala ambos movimientos.

La innovación dentro de los repertorios puede analizarse a la luz de la trama de poderes causales clasistas operantes: qué tipo de blancos se fijan en los poderes causales oponentes y qué tipo de obstrucción o desactivación de poderes persiguen. Veamos la movilización de poderes clasistas en la gestación de este proceso de recuperación y creación sobre los repertorios modulares de acción.

Ahorristas: entre el humor y la agresividad

La virulencia amenazante, la utilización de diversas formas de violencia contra cosas y de intimidación contra personas, tanto como la utilización del humor y la parodia han recorrido las tácticas de lucha de los movimientos de ahorristas. Los casos relevados oscilan entre cataratas de pequeñas “maldades” individuales contra bancos y jueces, hasta formas planificadas de parodias preguionadas, con escenificaciones que incluyen un derroche de recursos, pasando por escraches de contrapropaganda “inteligente”, e intentos de sabotajes burdos.

Entre los ahorristas bahienses y del grupo de Diagonal y Florida, predominaba una forma de escrache como sumatoria de “maldades” individuales. Los ancianos juntando orín, excrementos de animales, la preparación de basura o desperdicios, las bombitas de olor, eran

⁵⁶ Algo semejante intentaron hacer los ahorristas al conocerse el fallo Bustos. El 27/10/03, luego de la “batalla dentro de Tribunales” donde queman papeles dentro del 4to piso de la Corte, son expulsados a empujones por la Guardia de Infantería, y deciden ir a apedrear el edificio de la Procuración General, aunque no llegan a hacer ningún destrozo significativo.

las “municiones” más comunes, junto con proyectiles con pintura o aceite quemado. La denigración estética de las fachadas y carteles suponía un ataque al capital simbólico. El golpeteo enardecido y los cánticos agresivos atemorizaban al personal del banco, erosionando su poder burocrático y alterando las relaciones de mando. El intento de paralizar su funcionamiento por asedio y cercamiento intentaba afectar su capital económico. Cuando este tipo de tropelías se podían realizar adentro del banco, obtenía su máximo impacto.

Los grupos renuentes a los escraches agresivos a los bancos que se concentraban en la presión sobre los poderes públicos (ABAE y AARA) eran afectos a una variante particular de escrache: la denigración personalizada.

Los escraches a la Corte en el Palacio de Tribunales, por parte de estos ahorristas, incluían cacerolas y a veces, arrojaban basura; pero lo más innovador y siguiendo el canon del escrache original, era que colgaban vistosos carteles con fotos de prensa de las personas seleccionadas como blancos y leyendas manuscritas o impresas por computadora de fuerte contenido ofensivo y pretendidamente humorístico. Estos carteles eran elaborados y llevados individualmente por los manifestantes y se colgaban de las vallas de contención, intentando que sean vistos por la prensa y los transeúntes. Algunos de las leyendas que aparecían en ellos son más que elocuentes: “Busco Dpto. con balcón a la calle...Dr. K K Beluscio”, aludiendo al suicidio de la secretaria y supuesta amante del Ministro de la corte; “Nolasco te faltan los bigotes para ser Fernández”, aludiendo a la fealdad de la Ministra recientemente nombrada; “Nolasko korrupta komparte kama con el PEN”. Hay varios alusivos a la sexualidad del juez Zaffaroni, explicando su fallo en el caso Bustos porque “K te consiguió novio”. En el mismo sentido, atacan el supuesto lesbianismo de Carmen Argibay. Otros carteles son extrañamente escatológicos: “22% de votos + 22 del loco=44 + 22 pactos con la Corte+ 600 palos de Sta. Cruz= 666, el demonio”. También aparecían fotos de Kirchner con Menem, con la leyenda “ahorristas suizos”, y de Cristina Kirchner, con la leyenda “subversiva frustrada”. El juez supremo Boggiano, reconocido por su vinculación con la Iglesia Católica, es retratado como un diablo con cuernitos con dos letras K en la frente.

En definitiva, la personalización del escrache termina en que cada ahorrista se empeña en “insultar” públicamente a sus blancos predilectos de la manera más soez y ofensiva posible. La “creatividad” pasa aquí por una suerte de competencia para ver quién llega más lejos en la ofensa personal. En esa sintonía, los discursos de Nito Artaza en los actos tenían fuertes componentes de ataque personal sobre Néstor Kirchner, a quien calificaba de “pobre hombre”, “mediocre”, “desequilibrado mental”, y también llamaba “cobardes”, “genuflexos”, “chupamedias” a los jueces de la Corte que fallaban en contra de los ahorristas.

Algo similar ocurrió en un escrache a Kirchner en Olivos, donde algunas pancartas y consignas lo aludían como “cornudo”, aludiendo a un supuesto romance de su esposa con el actor y diputado Luis Brandoni, y otros lo satirizaban por su ojo estrábico.

Es claro que, este tipo de escrache apela exclusivamente al campo del capital simbólico: se trata de afectar el prestigio y la credibilidad de los antagonistas. La idea “estratégica” era que la prensa amplificara las diatribas enfocando los carteles y propalando los discursos de Artaza, cosa que no ocurría de manera significativa.

Entre los ahorristas marplantenses, la personalización de los escraches recaía directamente en los gerentes de los bancos, pero no consistía en ataques verbales, sino directamente en representaciones paródicas.

En venganza por las amenazas que había sufrido uno de sus líderes, por parte de una gerenta de la sucursal central del BAPRO, los ahorristas llevaron un muñeco de cerdito de plástico inflable al que le colgaban un cartel con el nombre de la gerenta y paseaban de un cordel sobre una patineta por la puerta del banco. A los cronistas presentes les explicaban que “La gerenta está un poquita excedida de peso”, rozando la discriminación ofensiva.

El máximo ejemplo de escrache “humillante” individualizado fue “la marcha de las siliconas”, que relata Basilio.

Un día estábamos cenando y se acerca un compañero que era un representante que vendía prótesis. “¿A que no sabés quién vino a verme que se va a hacer las tetas?”... No, ¿quién? “La gerenta del Galicia, la Kelita. Eso sí la nro.1 no, la 0.5, porque no quiero que los chicos se enteren”.... ¡Y se enteró el país! Fuimos a la casa e hicimos un desfile con algunas de nuestras chicas con pechos de utilería, rellenos de telgopor, mientras con el altavoz gritábamos: “Se hizo las tetas con nuestros dólares”. Clarín primera plana. Ja, ja [...] Pero ahí no termina la cosa, la mina por vergüenza pidió el cambio de sucursal... pidió la de Colón y Santa Fe y ¿qué hicimos? Le fuimos a dar la bienvenida, ja, ja, ja. Y además de hacer el desfile de prótesis pusimos unas chapas y prendimos fuego y quemábamos las ubres.

En otros casos, aunque los escraches personales no hacían eje en rasgos íntimos, directamente atacaban la “vida privada”. Típicos fueron un par de escraches a las celebración de cumpleaños de gerentes a los que “trataban de arruinarles la fiesta”, o a “darles la bienvenida” luego que algún gerente se había mudado a su nueva casa ostentosa⁵⁷. Los testimonios son unánimes en destacar la eficacia de estos escraches, que alteraban al extremo el capital social individual de los destinatarios y sobre todo, producían serias perturbaciones al capital burocrático que ostentaban los ejecutivos bancarios.

Es claro también que, la acción colectiva busca atacar las bases del capital social de los antagonistas: el “qué dirán” de sus vecinos, el tener que dar explicaciones a familiares y amigos, el salir en televisión escondiéndose de las cámaras, son costos muy grandes por parte de estos sectores medios con capital económico y burocrático. Las actitudes de los bancos de

⁵⁷ Este tipo de escraches pueden inscribirse en el rechazo a la banalidad de los consumos que contrasta con las necesidades y los modos de vida supuestamente austeros de los ahorristas.

removerlos, trasladarlos, rotarlos, permite también acceder a la comprensión de la radical insuficiencia del capital burocrático (autoridad en organizaciones públicas o empresas, mando sobre recursos corporativos) que también está expuesto a la erosión si no se complementa con capital social y político.

Un elemento muy importante, presente en el caso marplatense, es que el ataque al capital simbólico no se detenía en las personas. Los escraches incluían una clara identificación diferencial de los blancos y asumían la forma de una contrapropaganda agresiva: cada banco era atacado en aspectos que permitían individualizarlo en los escraches. El Boston era el banco “inventor” del corralito (por el papel de su gerente general, Manuel Sacerdote, en ese momento); el Credicoop era el banco “hipócrita”; el Citi, el banco “imperialista”; el Lloyd y el HSBC, los bancos “piratas y usureros”; el Galicia era el banco “mentiroso” que se hacía pasar por “fundido”; el Río y el Francés eran bancos “caretas”, “puro disfraz”; el BAPRO era el banco de la mafia duhaldista, etc. etc.

La “particularización” del escrache introducía un elemento agravante adicional para cada banco: no se trataba ya de una medida general, cuyos costos debían ser soportados por todos los bancos por igual, sino de una diferenciación que introducía costos específicos para cada entidad. Cada escrache estaba justificado por conductas específicas atribuidas a cada banco, a cada sucursal y cada gerente: no recibían los petitorios, no pagaban los amparos, dejaban morir enfermos, tomaban represalias contra los clientes que protestaban, gastaban plata en propaganda o en edificios nuevos, maltrataban a los ancianos, los gerentes decían una cosa y hacían la contraria, etc. Este rasgo particular de “pormenorizar” el escrache y evidenciar con toda crudeza los latrocinios de cada banco, individualizando los ataques, hacía que los bancos escrachados compitieran en desventaja ante los bancos “indultados” que habían negociado con los ahorristas⁵⁸.

El caso de Mar del Plata muestra una verdadera modulación del escrache como lucha estratégica, evolucionando desde el escrache puramente expresivo, de bronca, llamado de atención y desahogo, hacia una forma compleja de boicot, presión y negociación, con penetración en las agendas de los medios de comunicación, mucho más allá de la realización de actos hostiles.

Es en este proceso de modulación que el escrache agresivo con formas mitigadas o amagues de violencia se va convirtiendo en “parodia”. La forma de escrache-parodia alcanza un desarrollo sorprendente en la ciudad balnearia. La serie de parodias se prolongó durante

⁵⁸ Algunos gerentes comienzan a tener en cuenta esta situación y deciden aceptar entablar “negociaciones” con los líderes del movimiento (pagar los amparos a enfermos, viudas, pagar a cambio de renovar depósitos en el mismo banco, etc. a cambio de cesar los escraches). Estas habilidades “cuasi extorsivas” de los líderes del movimiento también deben analizarse en relación a sus habitus de clase en tanto pequeños y medianos comerciantes y empresarios.

casi un año y medio con una creatividad y variedad de formas de realización que sorprende por la tenacidad y la frecuencia semanal⁵⁹.

Algunas de las parodias más destacadas fueron: “La chorriceada”, donde hicieron chorizos a la parrilla en la vereda del Citi y convidaban a los transeúntes y hasta a los empleados del banco y los periodistas; “Me llamo curralito”, donde marchaban en paños menores encerrados en una cerca plástica; “El bono fecal”, espectacular teatralización -con ambulancia, camilla con suero, vestimenta médica- de una operación quirúrgica en la puerta del Galicia en la cual le extraen a un ahorrista los intestinos (en realidad eran “chinchulines”) para sacarles los “bonos fecales”, que eran los Letes, que en ese momento Lavagna proponía como forma de cancelar las obligaciones con los depositantes; “Bin Laden no te olvidés del Citi”, en la que un ahorrista con disfraz de Bin Laden desde la plataforma de una grúa portuaria le apunta al Citi con una “bazooka” y le lanza una bomba de pintura; “Operación Salam Hussein Tormenta de los Bancos”, donde disfrazados de militares iraquíes juzgan y condenan a fusilamiento a políticos y banqueros argentinos; “Los cavernícolas”, donde disfrazados de “Los picapiedras” con máscaras de Menem y De la Rúa, intentan entrar a un banco con un ariete que en la punta tiene la “cabeza de Duhalde”; “La gran cagada”, donde en un inodoro gigante tiraban “excrementos” con las caras de Duhalde, De la Rúa, Cavallo y Menem, y con papel higiénico desenrollado envolvían las fachadas de los bancos; “La verdulería”, donde disfrazados de verduleros colocaron cajones de fruta en la puerta del Banco Credicoop y empezaron a despachar frutas y verduras pero bautizadas con nombres de bonos, bocones, etc.; “El remate del Banco”, donde subastan al mejor postor al Banco Credicoop; “El funeral”, donde marchan en silencio vestidos de luto sosteniendo un féretro con la leyenda “Sistema Bancario QEPD”; “Los recién estafados”, donde se disfrazan de novios, llegan a la puerta del banco en mateo y luego bailan el vals de los novios en plena avenida Independencia; “El circo de los banqueros”, donde el dueño del circo (también víctima del corralito) concurre con las jaulas de animales, malabaristas y zanquistas; “La crucifixión” durante Semana Santa, donde un ahorrista en la cruz comienza a descomponerse en serio y terminan llamando al médico; “Los chupasangres”, donde se disfrazan de banqueros-vampiros a los que los ahorristas persiguen mostrándoles una Constitución (en vez de un crucifijo). Para manejar también tonos dramáticos, en algunas ocasiones conmemoraban el fallecimiento de dos ahorristas donde se colocaban fotos de los fallecidos en las vidrieras de los bancos y las viudas y familiares vestidas de negro hablaban sollozando con los periodistas.

Valen puntualizar algunos aspectos distintivos de este repertorio del escrache paródico.

⁵⁹ Imágenes de varios de los escraches mencionados pueden verse en el Video adjunto. También se pueden encontrar más detalles y referencias en Gomez (2009a).

a) Sorprende la habilidad para combinar los motivos reivindicativos del movimiento con situaciones políticas, otros sectores sociales y hasta el contexto internacional (elecciones nacionales, guerra de Irak, etc.). La permanente inclusión en las parodias de otros tópicos sociales y reivindicaciones (extensión de marco a desocupados, hambre, crisis hospitalaria, ilegitimidad política, etc.) coloca la propia demanda como próxima a muchas otras. Evitan el riesgo en el que incurrieron muchos ahorristas de AARA y ABAE, que enarbolaban un discurso imperativo sobre la prioridad de resolver el tema de los ahorros que terminaba siendo presentado como interés excluyente. La teatralización y la parodia lograron el desplazamiento desde lo reclamado -sólo dinero personal- hacia muchos tipos de demandas y grupos sociales, haciendo que la recepción de los no participantes fuera de gran identificación y adhesión: “se convirtieron en una expresión de la ciudad”, “era como el Puerto o el Faro”, simbolizaba algo vivido como propio por los marplatenses en su conjunto.

La lucha misma se convierte en algo más importante que la demanda para los observadores: a través de estas luchas se proyectaban muchas aspiraciones y posiciones sociales y políticas. Esto lleva a una reflexión sobre el papel del humor en la lucha: siempre supone un gesto de distancia del propio interés y una invitación a la complicidad de otros intereses.

b) Un elemento esencial de las propuestas marplatenses era la apertura a los transeúntes. No había un límite simbólico con otros clientes, peatones u ocasionales observadores⁶⁰. En la “chorriceada” se los convidaba con choripán; en los “recién estafados” se los invitaba a bailar el vals o sacarle la liga a la novia; en “la gran cagada” a apretar el botón del inodoro; en “pegue y gane” se le podía pegar patadas en el trasero a un muñeco con la cara de Duhalde; daban pan dulce antes de Navidad y juguetes en Reyes o en el día del niño, etc.

c) El humor y la intensidad de la lucha eran parte de una mezcla que podía ser explosiva. En la marcha N° 33, un centenar de ahorristas en las puertas del Citi condenan a la horca al Presidente Duhalde, representado por un muñeco inflable con una máscara de goma con su rostro. Ya colgado fue objeto de la descarga de bronca de cada uno con palazos, escupidas, etc. Un ahorrista caracterizado como verdugo lo remataba con un hachazo. Di Ranni recuerda que en esa marcha sentía miedo por

...la furia que veía en la gente, que estaban todos con martillos...y se veían muchos nervios...No sabés como quedó ese muñeco, lo hicieron pelota. Algunos parecía que si hubiera estado ahí de verdad, yo creo que lo mataban en serio ¿eh? Con la gente así en ese momento yo rogaba para que termine todo, tenía miedo que hubiera problemas más graves.

⁶⁰ Esta particularidad también diferencia de las propuestas de intervenciones estéticas adoptadas por las asambleas en donde la estetización también supone la presencia de un observador, en la forma de una conciencia que debe ser despertada.

d) La recuperación simbólica del agenciamiento colectivo personificando figuras de verdugos, jueces, militares iraquíes, rematadores, etc. muestra un elemento que los diferencia del resto de los movimientos de ahorristas en los que era muy fuerte la tendencia a representarse y presentarse exclusivamente como víctimas⁶¹. El manejo de la inversión de víctimas a victimarios ofrece vetas expresivas potentes para audiencias, medios y observadores, además de enorme atractivo para el público en la calle.

En este punto es muy significativa la marcha “Nos dejaron en bolas” (ver Video adjunto) en el que marchan en taparrabos, aludiendo al despojamiento del capital económico, pero donde sorprenden ofreciendo un elemento que invierte el mensaje previsiblemente centrado en la victimización: los gigantes “huevos de avestruz” que cuelgan asomando por debajo de los taparrabos y que representan la presencia de un tipo de poder causal colectivo, y de una voluntad de lucha, con el que confían en doblegar a los bancos.

e) El desenfado y la audaz “incorrección política” se traduce en una notable capacidad de meterse con temas que incomodan: Bin Laden, la Iglesia Católica, Menem apenas ganó las elecciones, los piqueteros, la muerte, la brujería, etc. Pedro Di Ranni se disfrazó varias veces de Obispo; incluso en Buenos Aires, en un acto en Tribunales al lado de Nito Artaza, apareció en los flashes noticiosos repartiendo bendiciones desde el escenario⁶². El humor negro y las referencias lúgubres se juegan como parte de una suerte de guerra psicológica donde se especula con que la culpa y las supersticiones hagan mella en la resistencia de los directivos de los bancos y en los bancarios. La viuda de Ruiz cuenta lo siguiente al cumplirse un año de la muerte de su esposo.

Al Banco Provincia fui con una foto de mi esposo y la participación del velatorio y se las pegué y les dije más vale que no la toquen de acá... porque fue uno a querer sacarlo... “¡No lo toqués porque se te van a caer los dedos!” le grité, y se hizo para atrás. Yo se los hubiera cortado...

En otra oportunidad, los mismos periodistas de la prensa y la TV local, cuestionaron abiertamente cuando marcharon en cortejo fúnebre hasta el domicilio del gerente del Credicoop y le dejaron un féretro a su nombre en la puerta⁶³.

⁶¹ En Córdoba los ahorristas también incursionaron en diversas ocasiones en teatralizaciones en la Citi mediterránea: se disfrazaron de indios comechingones que hacían “pinturas rupestres” en las “cuevas de los bancos ladrones”; se disfrazaron de cartoneros recorriendo la zona bancaria revolviendo los tachos de residuos; en otras marchaban “en harapos” haciendo reverencia a la “Korte Korrupta”. Fue particularmente llamativa la marcha que llamaban “La Korte Prostituta” para el “día nacional de la estafa”, el 3 de diciembre del 2004: ahorristas disfrazados de banqueros bacanes colocan dólares en las ligas de las medias caladas de algunas ahorristas disfrazadas de percantas regenteadas por el gigoló Néstor Kirchner, convenientemente caricaturizado.

⁶² La potencia de la protesta, además del grado de hilaridad que alcanzaban algunas situaciones, se observa en la siguiente anécdota durante un escrache: “El día de los “recién estafados” que yo hacía de cura que los casaba delante del banco... y así disfrazado de cura, le estaba pegando terribles patadas de tae-kuondo a las chapas, y de repente, por atrás mío se acercan dos viejitas que pasaban y me dicen “¿Cómo padre, a Ud. también lo agarró el corralito?” Y otros h... de p... que estaban ahí le decían “Sí, toda la plata de la basilica”, y las viejitas “¡Ave María Purísima!”, ja, ja.”

⁶³ La “amenaza de violencia” fingida era una constante que asumía un cariz distinto con la presencia en el contexto internacional de la lucha contra el terrorismo. Colocaban en la puerta de los bancos lo que parecían granadas o bombas con petardos adentro. A poco del atentado de Atocha, en marzo del 2004, los ahorristas

f) Las parodias y la violencia “fingida” generaban fuertes efectos de incertidumbre sobre todo entre los bancarios, que en algunos testimonios exclamaban “¡no sabíamos hasta dónde podían llegar estos locos!”. La prueba del “efecto de incertidumbre” la daba el gerente aterrorizado que decidió pagar un amparo a la viuda cuando le advirtieron que iban a “velar al fallecido en la puerta del banco”.

La habilidad para introducir el humor en las protestas de que hicieron gala los ahorristas llevaba a que otros grupos los convocaran. Según cuenta Lere, una vez el gremio de trabajadores de la salud los invitó al Abrazo Solidario del Hospital Materno Infantil en reclamo por la dramática situación de falta de insumos, y les pidieron que escenificaran su parodia allí en el Hospital. Ellos organizaron un concurso para pegarle patadas al Presidente Duhalde y los “concurstantes” sacaban número para pegarle a un muñeco con su cara. Este elemento de banalización del poder de los antagonistas no puede ser omitido del análisis de estos repertorios de protesta. El tópico del desahogo, conjugado con la representación pueril e inofensiva de los poderosos, producía un fuerte efecto convocante.

g) Las particularidades del proceso de elaboración colectiva de la protesta también los diferenciaron del resto de los grupos. Lejos de atenerse a una suerte de libreto fijo de carácter emulativo, pusieron en práctica una suerte de dinámica de “asociación libre” en la que todos llevaban ideas y propuestas, y luego todos trataban de aportar para llevarlas a la práctica. El testimonio de Lere cuenta en detalle el proceso creativo de diversos tipos de parodias.

[...]decíamos qué es lo que hicieron los bancos con la constitución, con el derecho de propiedad, qué hicieron los bancos...y ...la enterraron...y entonces Basilio tenía una amigo de una cochería y vino con un cajón de muerto, teníamos una camioneta azul que parecía coche fúnebre, íbamos al cementerio y le tirábamos unos pesitos a los muchachos íbamos a la pila de coronas que ellos sacaban y cargábamos la camioneta...Le habíamos dicho a “las chicas” que vinieran disfrazadas de viudas ...que vinieron todas de negro, con el velo, una vela, un manto negro, el rosario...Y salimos con el cajón y parábamos en cada banco y le dejábamos una corona. Los medios enloquecidos, la gente nos gritaba de adentro, algunos muertos de risa [...] En otra marcha, uno se vistió de Brujo porque habíamos dicho ¿qué hacemos? Los tenemos que asustar a éstos: entonces fuimos con el disfraz de brujo y con bolsas de sal gruesa y les gritábamos ¡A Uds. les va a pasar lo mismo que a nosotros!, ¡se van a morir!...y les hacíamos cruces de sal en las puertas de los bancos [...] Los empleados se ponían locos... Los medios, que en las primeras marchas eran dos o tres, ahora eran muchos y ya Crónica mandaba una placa antes.

Esta idea de “asociación libre”, que conecta el significado de la demanda o una situación con una acción obstructiva u expresiva, es lo que se repetía una y otra vez.

Las ideas podían venir de cualquiera: de hecho hubo marchas con temas de gente que lo proponía y después ni siquiera participaba...Cualquier idea que había, viniera de donde viniera, la gente se prendía y la quería hacer, todos colaboraban en algo.

h) El grupo marplatense, a pesar de ser el único en conseguir un éxito reivindicativo envidiable, fue extrañamente el más cuestionado por los otros grupos. En AARA y ABAE cuestionaban la “liviandad” de tomar todo a la “chacota”, criticaban la “imagen” de falta de

hicieron una maqueta de cartón representando un Banco y la “volaron” espectacularmente con elementos pirotécnicos.

seriedad⁶⁴ y no compartían la grosera incorrección política de disfrazarse de Bin Laden o Sadam Husein. En Rosario o Bahía Blanca aparecen mensajes de crítica por “convertir la lucha en un circo” y sarcásticamente se preguntan si Artaza no los quiere contratar para el teatro de revistas.

Dentro del repertorio de otros grupos predominaron formas menos agresivas en las manifestaciones y protestas que apelaron a formas llamativas, tratando de concitar la atención pública pero sin los componentes de violencia solapada y enfrentamiento que tuvieron en Mar del Plata, Bahía Blanca, Rosario o Córdoba. El uso de animales como un pato en un marcha convocada por ABAE, buscando la identificación de los ahorristas con “el pato de la boda” de la política económica de Lavagna, suscitó una situación risueña cuando el pato fue detenido por la policía en pleno obelisco “según órdenes del Ministro del Interior”, lo que motivó una movilización posterior a la comisaría pidiendo la libertad del pato allí “detenido”.

Asimismo, los ahorristas de La Plata, utilizaron muñecos inflables de gran tamaño que intentaban simbolizar el sentido de las protestas. Un gigantesco pene inflable de color anaranjado, acompañaba el cartel que decía: "Pesificación las pelotas". Un chanchito personificaba el ahorro perdido, un pato gigante el “pato de la boda”. Lombardi, referente de estos ahorristas aclaraba que servía para

...quedar en las fotos en diarios y revistas [...] A pesar de la tragedia, tratamos de tener buen humor, divertirnos, era la medicina para no enfermarnos.

A diferencia del caso Mar del Plata, en donde las teatralizaciones, en general, tendían a banalizar, minimizar y menoscabar simbólicamente los poderes causales de los bancos (convertidos en verdulerías, sometidos a remate, etc.), en Córdoba se adopta una postura inversa, en donde las parodias acentúan la disparidad de poderes causales, profundizando las figuras victimizadoras: los ahorristas despojados de sus ahorros son representados como indígenas o cartoneros, mostrados de rodillas, mientras los banqueros están amparados por la Justicia.

Asambleístas: entre la conciencia y los riesgos

A pesar de compartir en términos amplios el mismo repertorio modular del escrache, las formas de disrupción, la creatividad y las innovaciones son elaboradas por los asambleístas de manera bastante divergente a las vistas para los ahorristas.

La mayor parte de las innovaciones de los repertorios se orientan a la movilización del capital simbólico y cultural. En este punto, se detecta un fuerte rechazo de los asambleístas a

⁶⁴ Los ahorristas de Capital, de Rosario y de Bahía Blanca buscaban inclinar el enmarcado de la protesta hacia lo “trágico”. Los bahienses encabezaron la marcha del 3 de diciembre del 2003 con un cartel “EN CONMEMORACIÓN AL ABUELO AHORRISTA DESAPARECIDO” y marcharon vestidos de luto con globos negros por el caso de un anciano deprimido que terminó quitándose la vida. También fue una práctica común, incluso en Capital hacer un minuto de silencio por los ahorristas fallecidos por culpa del corralito.

las tácticas “sucias” o “agresivas” y se teme al riesgo de la violencia. En varias asambleas se han relevado minutas de reuniones en donde se rechazan propuestas de acciones para los escraches como “mierdazos” o “huevozas”, con el argumento de que en realidad “no son los gerentes o los diputados los que limpian”. También rechazan los apedreamientos porque “los vidrios están asegurados” y pueden lastimar a algún empleado. En Córdoba, varias asambleas distribuyeron un volante con “criterios de conducta” para las movilizaciones en las que se recomendaba no cortar calles durante los escraches “para no molestar a los automovilistas”. En algunas asambleas, los abogados presentes se encargaban de advertir los riesgos legales de determinados actos y declaraciones públicas.

En cierto punto, tantos cuidados apuntaban a una suerte de “cero fricción” o “cero riesgo” en el que el escrache no podía innovar más allá de lo que pondría en juego la seguridad de los manifestantes. La preocupación por ser detenidos y “sufrir juicios por daños o agresión” estaba presente en muchos asambleístas. Estos temores a los riesgos de exposición introducían un cepo a la innovación táctica y centraba las reuniones preparatorias en el cálculo de costos de la acción, mucho más que en la creatividad o la innovación.

Los asambleístas tenían la ventaja respecto a los ahorristas de contar con la presencia de militantes y ex militantes de izquierda que los dotaba de un manejo inicial de repertorios como el escrache, sin embargo, el desafío de adecuarlo a las inclinaciones y disponibilidades de los “vecinos comunes”, que nutrían las reuniones, terminó inclinándolos hacia una cierta rutinización y moderación. La mayoría de las asambleas sostenían una expresa instrucción de no romper vidrios ni autos, ni pertenencias del escrachado, ni agredir físicamente. Algunas asambleas tenían el criterio reglamentado explícito de “cero violencia”, es decir, no hacer nada que pueda ocasionar lesión física o daños a la propiedad privada. Los argumentos de no justificar la respuesta represiva, no caer en la provocación y el temor a la posible acción de “provocadores infiltrados” se encuentran presente en los relatos de los entrevistados.

Así, de acuerdo con los testimonios de los asambleístas, la cuestión de la movilización aparecía como un desafío mucho más organizativo que “creativo”, ya que la innovación o la audacia podían “ahuyentar” la concurrencia y comprometer la participación en la asamblea. Más que el desarrollo de tácticas innovadoras, las energías se canalizaban en la organización bajo los formatos conocidos: elegir el lugar, el domicilio o lugares públicos frecuentados por el blanco, decidir si anunciarlo o hacerlo por sorpresa; quiénes llevaban qué cosas; qué decir ante los micrófonos, qué hacer ante una posible represión o ante una provocación; cómo hablar con la policía y el periodismo, etc.

En general, el aspecto “creativo” se improvisaba en el momento y quedaba a cargo de la inventiva individual. Tirar basura callejera, huevos, pintarrapear frentes o veredas, cacerolear,

pasar alguna música con letra alusiva, corear consignas ingeniosas contra el escrachado, eran las más frecuentes. Era muy común que, sin necesidad de aprobación por la asamblea, cada vecino participante llevara pancartas con leyendas propias. La “creatividad pasaba por la inventiva de la gente que venía y traía sus pancartas, o gritaba sus insultos o consignas”. Otros asambleístas de Belgrano y Palermo recuerdan los carteles burlándose de las infidelidades de la esposa de Menem, o la dudosa paternidad de su hijo Máximo, lo que las aproxima a las tendencias denigratorias y personalistas de algunos grupos de ahorristas.

Las asambleas con perfil más juvenil y militante, como Almagro y Gastón Rivas, acostumbraban a hacer *raids* de escraches en serie a privatizadas, bancos, McDonalds, represores, en donde no había demasiados elementos especialmente pensados ya que el escrache en cada lugar era relativamente corto y constaba de pintadas, tirar volantes o fijar carteles y golpear persianas. Otras asambleas de zona sur hacían escraches nocturnos a EDESUR, sobre todo con antorchas como simbolizando una tácita amenaza de quemar la empresa, además de simbolizar el deficiente servicio que ofrecía.

Así, las dosis de creatividad o innovación admitidas estaban a cargo de los individuos, dando lugar a un “enriquecimiento” individual de los escraches que, a veces, daba lugar a una estetización llamativa de las marchas. Pancartas o carteles con personajes como Mafalda, o Inodoro Pereyra acompañando consignas políticas, pero que ponían de manifiesto determinados lugares de enunciación o de disposición de capital simbólico y cultural. Otras simbolizaciones también marcaban ciertos lenguajes clasemedieros: en las concentraciones de asambleas de Córdoba y de Salta fue frecuente la aparición de una gran banana inflable en alusión al cuestionamiento al “País bananero”. Los graffitis en aerosol, sobre el pavimento o las paredes, buscaban un registro de cuestionamiento desde posiciones de enunciación de mayor contenido político visitando tópicos como la “mentira”, la “corrupción”, “el servilismo” ante poderes económicos, y en menor medida la incompetencia, la irresponsabilidad o la ignorancia (“burros”, “vagos” e “inútiles” también eran caricaturizados con frecuencia). Más propositivamente aparecían graffitis autocelebratorios que estaban totalmente ausentes entre los ahorristas: “el pueblo al poder”, “las asambleas del pueblo al poder”, “por otro argentinazo”, etc. aparecen también como pintadas y grandes murales⁶⁵, donde no faltaba el solazamiento estético. En este caso particular, es claro que las asambleas buscaban convertirse en referencia política alternativa.

El recurso a la parodia fue, en cambio, mucho más escaso que entre los ahorristas. Dentro de las asambleas relevadas sólo se tuvieron noticias de los asambleístas de Florida

⁶⁵ El gigantesco mural “El Pueblo al Poder” pintado frente a la Quinta de Olivos y firmado por varias de las asambleas de zona norte es especialmente importante en este sentido “político”. Además, en el lugar del mural se organizó durante varios meses una olla popular.

Este que decidieron escrachar al Concejo Deliberante, cuando se negaron a bajar a la calle a parlamentar con ellos y lo hicieron parodiando una sesión legislativa, en donde los que representaban a los concejales con nombre y apellido sancionaban todo tipo de corruptelas. La asamblea de Florida Este adoptó formas vistosas de movilización contra la instalación de los equipos transformadores que refrigeran con PCB por parte de EDENOR. Además de las campañas de firmas, se hicieron dramatizaciones donde se utilizaban disfraces de parcas, carteles con calaveras, etc. También por la cuestión de la contaminación del río realizaron marchas con barbijos. En Godoy Cruz, también se recuerdan parodias con tortas de cumpleaños gigantes por causas de corrupción “dormidas” en los juzgados, y representaciones de concejales vestidos con trajes a rayas dentro de “celdas”. Una de las que concitó mayor simpatía, fue la marcha nocturna de calabazas caladas con velas encendidas y máscaras de dirigentes políticos, que simbolizaban “la Argentina de terror”. También, allí, tuvo cierta repercusión la proeza de cuatro andinistas vinculados a las asambleas, que clavaron en la cumbre del cerro El Plata —a 5.600 metros de altura— un cartel que decía "Fuera la Corte Suprema".

El Cabildo Abierto de Ciudadela, harto de las inundaciones debajo de la General Paz, realizó una espectacular protesta: colocó botes inflables para que los peatones puedan cruzar uno de los túneles inundados generando una gran repercusión e hilaridad entre los vecinos de la zona. El “pesebre piquetero y cacerolero” en la plaza del aguante el 20/12/02 también fue una expresión llamativa que convocaba elementos religiosos delatores de la amplitud ideológica que atravesaba el fenómeno asambleario.

Otra muestra de espectacularidad y simplicidad fueron las protestas, frente a la embajada de Finlandia y en apoyo a la Asamblea Ambiental de Gualeguachú, en la que colocaron dos piletas plásticas que armaron en el lugar. Una con agua sucia identificada con la pastera Botnia y otra, con agua limpia donde había peces vivos y dos nenas pequeñas, una con una remera de la Argentina y otra, con la del Uruguay, que jugaban en su interior.

No faltaban tampoco los tonos dramáticos, sobre todo, en las conmemoraciones de los muertos del 19 y 20D: algunas asambleas realizaron un homenaje frente al Banco HSBC, donde fuera asesinado Almirón y colocaron una corona mortuoria a la que prendieron fuego⁶⁶.

El giro cultural de la acción asamblearia (Bellucci, 2003b) también apeló a muestras artísticas en lugares abiertos, talleres de pensamiento y mesas redondas en lugares públicos,

⁶⁶ Ver Clarín del 20/12/03. El testimonio de Damián, delegado sindical del HSBC de Mar del Plata, dice que al ver por TV estos homenajes, entre los bancarios daba lugar a una fuerte discusión respecto a este hecho. “Gente que antes vos la escuchabas hablar en contra de la dictadura y la represión, cuando fue lo del HSBC de Avda. de Mayo empezó con que había que proteger la seguridad de los empleados...que si no te quemaban el Banco, bla, bla.” mostrando una duplicidad de discursos dentro de estos segmentos asalariados de clase media.

en una acción desafiante por los temas tocados: DDHH, la deuda externa, gatillo fácil, desocupación y precarización laboral, actividades con empresas recuperadas.

La estetización de algunas acciones tuvo un valor literal en varios casos. Algunos participantes o vecinos cercanos a las asambleas eran artistas plásticos que recogieron fotos o aprovecharon algunas actividades o acciones de las asambleas para realizar performances. Por ejemplo, el fotógrafo Carlos Filomía, con la colaboración de algunos militantes de asambleas barriales, realizó una performance con la instalación de paraguas en lugares que, a través del registro fotográfico, adquieren una significación especial. En cada lugar de protesta, varias personas o transeúntes participaban de la acción sosteniendo paraguas, luego de haber sido pintados con leyendas como “No al ajuste”, “No al FMI”, “Prohibida la pobreza”. En una de las fotos se pueden ver que los paraguas tapan la entrada del Citibank y se titula: “Escrache antes del corralito”. En otra, están todos los paraguas dispuestos en una calle cortada formando una especie de “cerco” frente al cerco de la policía, o agrupándose y formando un escudo⁶⁷.

El arte y la estética, la comunicación no convencional, se convierten en “estrategia” para alcanzar el único objetivo político válido: la conciencia. Las manifestaciones artísticas, muestras, recitales, las acciones culturales no son parte de una estrategia que busca resultados políticos en términos de posiciones, decisiones, conquista, relaciones de fuerzas, es decir, en términos de “poder”, sino que son formas de acceder al santuario anhelado de la conciencia.

A pesar de lo ya desarrollado acerca del uso de la violencia y las formas estratégicas e instrumentales de los repertorios de las asambleas de bases populares, no han estado ausentes las innovaciones y la versatilidad de los mismos. La asamblea de San Telmo ha sido bastante flexible en este aspecto. Siendo lejos la más diestra en el uso de tácticas con elevadas dosis de violencia, también ha recurrido en varias oportunidades a formas estetizadas o resonantes. En el 2008 hubo un conflicto con el gobierno de la ciudad por las colonias de vacaciones:

[...] decidimos ir a cortar frente a la Secretaria del Deporte e íbamos a poner piletas de natación en la calle, empezamos a hacer la colonia acá en la calle México [...] a poner pelopinchos todos los días, y que venga la policía a sacar a los nenes de la pelopincho... no te lo imaginas, y bueno, ahí aparecieron los micros (Ana).

De esta manera se evita la polarización generada por la violencia, descarta la alternativa represiva, y se permite la participación de otro tipo de actores, como pueden ser los niños del barrio y sus familias, lo que puede ser de gran ayuda a la hora de aumentar la solidaridad con el movimiento.

⁶⁷ La muestra “Abramos el paraguas” fue expuesta en el Centro Cultural Recoleta (Ver Página/12 del 21/01/04). Inspirado en el refrán “abrir el paraguas antes que llueva”, Filomía asegura que “es arte de acción, yo lo considero activismo político-cultural”.

La dinámica de la lucha y la definición de oponentes

El principio de que las clases se constituyen en la lucha no debe restringirse solamente a la idea de que la confrontación impulsa la colectivización de intereses predeterminados, marcos interpretativos y prácticas preexistentes. En gran medida la lucha altera todas estas dimensiones. Las respuestas de los antagonistas, la intervención de terceros, la posibilidad de contar con aliados, modifican las condiciones iniciales del conflicto y desatan dinámicas de radicalización-moderación, polarización-dispersión, redefiniciones de ejes e incluso de los mismos intereses iniciales.

La definición de intereses y demandas, la imputación causal de los culpables del descontento, no agota la identificación de las contrapartes. El conflicto no se estructura únicamente por la elaboración de intereses contrapuestos, en respuesta a una situación o acción agravante o perjudicial. El transcurso de la acción colectiva misma puede modificar en gran medida, o especificar selectivamente, los grupos o sectores que se oponen o que apoyan la lucha. El mismo enfrentamiento, las estrategias, y hasta circunstancias contingentes en las que se desenvuelven las acciones concretas, suelen ampliar, restringir o modificar los ejes y las contrapartes del conflicto. El tipo de respuestas de los antagonistas iniciales al descontento y la acción colectiva es el punto de partida de un proceso de reacomodamientos e identificaciones de oponentes, circunstantes, observadores, terceros, aliados, junto con otros elementos contextuales, que determinan decisiones y cambios de tácticas o estrategias.

A su vez, esta dinámica del enfrentamiento se internaliza dando origen a tensiones internas y reposicionamientos en la pugna por redefinir la lucha o incorporar nuevos ejes. El conflicto analizado a través de la secuencia de acción colectiva muestra, entonces, una dinámica clasista bastante notable tanto hacia fuera (interclases) como hacia dentro (intraclase).

El enfrentamiento es un notable modulador clasista. La falta de respuesta del oponente desanima porque revela el triunfo de la invulnerabilidad. La capacidad de forzar una respuesta es signo inequívoco de poder efectivo y, además, permite abrir nuevas oportunidades para actuar, toda vez que las respuestas de los antagonistas pueden ser errores aprovechables ulteriormente por los movilizados. La acción contenciosa que se queda en desahogo y no ocasiona respuestas del oponente tiende a depender en mayor medida de la voluntad de resistencia individual⁶⁸.

Desde el punto de vista del curso de la acción colectiva y el conflicto, las “oposiciones” que encuentran los movilizados pueden categorizarse con diversos criterios:

⁶⁸ Hay que recordar también la importancia que tiene la situación del “golpe por golpe”, señalada por Axelrod (1986) para cohesionar internamente los grupos y propiciar la acción cooperativa.

-temporal: oponentes iniciales (agraviadores originales) y adventicios (sobrevienen por la evolución de la lucha).

-estratégico: principales o secundarios (de los que dependen o no el éxito final).

-táctico: directos o indirectos (de acuerdo a cómo los afectan las acciones concretas).

La fluidez y plasticidad en la definición de los antagonismos depende, en gran medida, de las respuestas obtenidas con la lucha, dando lugar al efecto de modulación.

La definición de los antagonistas, desde el punto de vista de la lucha, nunca es simple y esquemática como en una representación abstracta de intereses incompatibles. La identificación de un responsable o la imputación de culpas siempre es genérica (la “clase política”, “los bancos”). Sólo a través de las acciones se especifican, mediante operaciones de selección, los oponentes concretos convertidos en blancos de las acciones. La lucha obliga a contextualizar la definición de antagonismos, y con las respuestas que sobrevienen de los antagonistas se da comienzo a un proceso de redefinición de las oposiciones.

Desde el punto de vista de la acción, “los bancos” deben convertirse en un blanco que debe especificarse: ¿los edificios?, ¿los banqueros?, ¿los bancarios?, ¿los gerentes?, etc. Una vez decidida una estrategia sobrevienen otros actores frente a los cuales hay que definir posiciones: los periodistas, los clientes bancarios, el público observador, la policía, el gremio, etc.

En el mismo sentido, “los políticos” deben traducirse a blancos: ¿sus domicilios particulares?, ¿sus cuerpos en la calle o lugares públicos?, ¿las instituciones donde se desempeñan, el parlamento, los partidos políticos?, y con ello, también, sobrevienen diversos actores ante los que hay que tomar posiciones. Veamos algunos aspectos de este proceso dinámico en ambos movimientos.

Una primera diferencia importante entre ambos movimientos se debe encontrar justamente en el carácter de las respuestas de los antagonistas a las acciones de los movimientos. Mientras en el caso de los ahorristas, bancos y gobierno adoptaban todo el tiempo respuestas específicas para enfrentar el conflicto y lograr sus objetivos (decretos, planes, canjes, fallos judiciales, acciones policiales, etc.) obligándolos al “golpe por golpe”, en el caso de los asambleístas (luego que la movilización consiguiera su notable “efecto destituyente” inicial ante De la Rúa y Rodríguez Saá) encontraron una estrategia puramente evitativa entre la dirigencia política que rehuía el conflicto. La renuncia a enfrentar al movimiento asambleario, ni siquiera a plantear una confrontación simbólica o argumental al QSVT⁶⁹, es un elemento clave por sus implicancias para el proceso de formación clasista.

⁶⁹ Exceptuando las tibias quejas de Duhalde sobre “el caos”, y la airada reacción de Alfonsín ante los escraches denunciando intolerancia y fascismo, ninguna de ambas tesis pareció tener eco en el conjunto de la sociedad

Stella Maris, de Florida Este, recordaba haber visto “sesiones del Concejo Deliberante en donde había concejales que se desgañaban gritando Que se vayan todos”. Desde diversos segmentos de la clase política, muy lejos de plantear una confrontación con las asambleas, retomaban el QSVT como oportunidad para recodificarlo como demanda de remoción de las dirigencias anacrónicas que venían de los '90, como aspiración a una renovación dirigencial, o como advenimiento de una “nueva política”. Buena parte de la clase política, lejos de combatir o sentirse intimidada por el QSVT, se orientó a resignificarlo y “conducirlo”.

Un segundo elemento importante, es que la definición de antagonismos en la lucha ofrece todo tipo de orientaciones dispares en los distintos grupos. Mientras grupos como el de los ahorristas marplatenses rápidamente estructuraron un conflicto con las entidades bancarias, otros como AARA o ABAE ni siquiera podían comenzar identificando claramente los antagonistas principales (el debate entre bancos o estado) y se mostraban erráticos para organizar sus blancos principales y secundarios.

En las asambleas había un consenso generalizado acerca de un rango muy amplio de antagonistas (desde la clase política corrupta hasta las privatizadas y el FMI o el imperialismo guerrerista) pero muchas diferencias y dudas acerca de cómo enfrentarlos especificándolos como “blancos”. Mientras las asambleas porteñas, envalentonadas por los espectaculares éxitos iniciales, tendieron a definir blancos a escalas nacionales (legisladores, jefes partidarios, funcionarios, jefes sindicales, ex presidentes o ministros, organismos e instituciones nacionales, Corte Suprema, etc.), las del interior se focalizaron sobre los poderes comunales o provinciales (gobernadores, intendentes, ediles, funcionarios locales), logrando en muchos casos disparar una dialéctica del golpe por golpe y conflictos más estructurados. No deja de llamar la atención el escasísimo interés de las asambleas porteñas en definir blancos a nivel de los poderes comunales. El movimiento asambleario metropolitano tuvo una muy fuerte vocación de protagonismo político intentando tomar posición contenciosa en la palestra política central y en la búsqueda de alcances nacionales para sus acciones.

El tipo de respuesta de los oponentes, definidos como blancos, también ayuda a entender la dinámica de los poderes causales clasistas en la estructuración del conflicto.

Entre la dirigencia de escala nacional hay dos tipos de reacciones bien diferenciadas: mientras los ministros de la Corte, el diputado Baylac o el ya citado Baltuzzi, ex Ministro de Gobierno santafecino, intentan ofrecer alguna resistencia a los escraches -persisten en no irse del lugar, intentan responder con agresión física, discuten, dan explicaciones, hacen denuncias, acuden a la policía-, los políticos de oficio como Menem, Lavagna, Remes Lenicov, Ruckauf, Reutemann o De la Sota, se limitan a una rápida evasión o a una estoica

política. Las acciones asamblearias no lograban detonar respuestas en los oponentes que alimenten el proceso de colectivización.

pasividad. Mientras los primeros intentan recurrir inútilmente a sus poderes causales individuales, los segundos se limitan a minimizar su “exposición civil” y vulnerabilidad al poder colectivo, evitando toda confrontación.

Sin embargo, ha habido por aquellos días respuestas de otro orden: el recurso a poderes colectivos. Sectores de la juventud radical custodiaron durante varios días el departamento del ex Presidente Alfonsín, luego de un primer temprano escrache, lo que bastó para que no se reiteraran. Más categórico fue el Secretario General de la CGT, Hugo Moyano, que no dudó en movilizar más de una vez a sus militantes ante la sola versión de que las asambleas barriales intentarían un escrache en su domicilio. La sola presencia de los camioneros en la calle hacía que las asambleas de Constitución y algunas otras, desistan de intentarlo⁷⁰.

Pero el caso más interesante de reacción del poder político hacia la movilización organizada de la clase media cacerolera es el del entonces gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner. Ante los cacerolazos nocturnos y la aparición de grupos autoconvocados que caceroleaban en la residencia del gobernador, en un acto partidario a fines de enero, Kirchner llamó a que “por cada 100 manifestantes del cacerolazo, 200 o 300 defiendan al gobierno provincial”. El 2 de febrero funcionarios y militantes se abocaron a la realización de un “anticacerolazo” rodeando masivamente la Casa de Gobierno provincial con consignas de apoyo al gobernador, lo que desbarató los planes de las asambleas lugareñas que se limitaron a denunciar penalmente a Kirchner por “incitación a la violencia”⁷¹. El intento de contrarrestar la movilización contestataria con la movilización de poderes políticos colectivos en apoyo de las autoridades significa un duro golpe para las asambleas, porque rompe con la creencia generalizada en la unanimidad del rechazo y en el monopolio de la representación del pueblo y del poder colectivo no institucionalizado en la calle. En el caso de Río Gallegos, la sociedad civil ya no puede ser representada como uniformemente contrapuesta a las autoridades instituidas, y la capacidad de activar poderes colectivos termina reforzando el resto de los poderes causales institucionales y políticos. Este tipo de respuestas colectivas y políticas planteaba un desafío a las asambleas en términos de “golpe a golpe”, que podría haber potenciado el proceso de colectivización y formación clasista. Pero en todos los casos que

⁷⁰ Según un asambleísta, “Moyano era vivo, como la casa de él es cerca del sindicato, enseguida era capaz de mandar a la gente”. Por supuesto esto es completamente diferente a las estrategias de intimidación y amedrentamiento contra los asambleístas que utilizaron los poderes políticos locales en Merlo o Berazategui. Debemos diferenciar claramente la “contramovilización” de la “represión encubierta”.

⁷¹ Parece ser que los Kirchner tienen en claro la ley del número: la disputa por la calle no puede hacerse utilizando poderes causales institucionalizados de efectos meramente pasivos (represión o asistencialismo) sino poderes colectivos y organizativos por fuera de las instituciones (demostrando capacidad de convocatoria y movilización). Ya como presidente, Kirchner y luego, Cristina Fernández, apelarían reiteradamente a la movilización colectiva de manera inédita. La convocatoria a bloquear empresas petroleras en el 2004, y las contramovilizaciones convocadas en el transcurso del conflicto con las patronales agropecuarias en 2008 fueron las más resonantes.

aparecieron este tipo de respuestas de los blancos seleccionados, las asambleas evitaron la confrontación, favoreciendo la desestructuración del conflicto.

La selección de blancos para el movimiento asambleario en Córdoba asumió rápidamente un carácter estrictamente local, convergiendo con fuerzas sociales, sindicales y de izquierda que se empeñaron en la destitución del intendente Kammerath. Los escraches personales y las movilizaciones con incidentes y represión en la sede del palacio comunal y el Concejo Deliberante se repitieron muchas veces y la pulseada con el Intendente asumió claramente la fisonomía de un conflicto agudo. La mayor parte del movimiento impulsó entusiasta el referendo revocatorio, que finalmente logró su cometido. Pero el conflicto llevaba a una rápida politización en la que el mismo movimiento asambleario perdía la centralidad del protagonismo a merced de grandes sindicatos (Municipales, Luz y Fuerza), partidos de izquierda y otros aliados. Esta politización tendría continuidad con el lanzamiento de la candidatura de Luis Juez, quien atrajo la participación de muchos de los militantes asamblearios de aquel entonces.

En cambio, en Rosario la respuesta del municipio fue mucho más cuidadosa. El mismo Intendente Binner visitó numerosas comunas en donde participaban asambleístas e incluso, se expuso a cataratas de pedidos y cuestionamientos, pero que permitieron a los poderes municipales sobrellevar la crisis con pocas movilizaciones vecinales que los tuvieran como blanco. Entre las asambleas rosarinas había mucho más nivel de belicosidad hacia el ejecutivo provincial con movilizaciones de repudio al gobierno de Reutemann e incluso intentos de escrache al mismo gobernador, y a otros diputados y funcionarios.

El caso de varias ciudades mendocinas tiene componentes mucho más exacerbadamente localistas. La mayor parte de las acciones y movilizaciones fueron destinadas a los cuerpos legislativos comunales, y a escrachar concejales e intendentes en mucha menor medida que a los poderes provinciales y sus representantes.

Según la cobertura del diario Los Andes, hasta mediados del 2002 hubo cacerolazos y asambleas callejeras contra las autoridades municipales y los ediles de casi todos los departamentos de la provincia. Es clarísimo, en este punto, el testimonio de los asambleístas participantes en Godoy Cruz: la beligerancia de los vecinos estaba casi íntegramente dedicada a los concejales y funcionarios de la intendencia omitiendo cuestiones como privatizadas, supermercados, u ollas populares. Las cámaras empresariales incluso se solidarizaron, apoyaron y hasta, en algunos casos, participaron de los cacerolazos y marchas. Los ediles soportaban escraches en sus domicilios y cacerolazos en muchas de las sesiones del cuerpo⁷²,

⁷² En el Departamento de Santa Rosa se llegó al extremo de someter a los concejales a un verdadero sitio, en el cual les impidieron salir del edificio, lo que terminó generando denuncias penales de los mismos ediles por

buscando directamente la remoción, la renuncia e incluso el enjuiciamiento penal de miembros de esos cuerpos legislativos. La definición de este tipo de blancos generaba poderosos oponentes adventicios: el movimiento de asambleas mendocino conseguía el respaldo de las cámaras empresariales pero no de la mayoría de los gremios y los trabajadores municipales.

Nos mandaban los matones a provocarnos, a veces nos tiraban un par de golpes o pretendían echarnos a empujones de adentro del edificio [...] De los gremios los únicos que se acercaron alguna vez fueron los docentes, especialmente los docentes universitarios. Con los empleados municipales era una guerra (Milton).

Por si fuera poco, las movilizaciones de beneficiarios de planes de empleo al mismo Concejo Deliberante generaban roces con las movilizaciones de los vecinos asambleístas que sospechaban que los beneficiarios “eran alquilados por los concejales” para amedrentarlos como fuerza disuasiva, o también para “taparlos” o quitarles visibilidad a sus reclamos. En algunos municipios se produjeron choques violentos entre sectores⁷³. La presión de la movilización, sobre los poderes institucionalizados a nivel local, intentaba ser compensada o neutralizada por la instrumentalización de la movilización de poderes colectivos de las clases populares (desocupados y sindicatos municipales), generando un posible deslizamiento de los ejes del conflicto: “los pobres manipulados por los políticos vs. el vecino de clase media”.

En conclusión, las asambleas que encontraron respuestas pasivas o concesivas no pudieron galvanizar ejes estables de movilización y organización, cayendo en una dispersión de blancos y oponentes, que las hace proclives al aislamiento. Las que sí encontraron mayores resistencias fueron arrastradas por el conflicto hacia una politización acelerada en la que perdieron protagonismo y liderazgo frente a aliados con mayor capital político y organizativo (Córdoba), o se expusieron a estrategias de contramovilización de poderes colectivos superiores (Mendoza, Santa Cruz). Asimismo, en aquellos lugares donde sufrieron estrategias predominantemente represivas, como en Merlo, Berazategui o más tardíamente algunas asambleas porteñas como las de Paternal o Palermo, la debilidad para articular respuestas es evidente hasta para los mismos protagonistas⁷⁴. En definitiva, se observa en muchos de estos

secuestro y amenazas. “Estuvimos 6 horas encerrados y hasta nos decían que iban a incendiar el Concejo si no respondíamos de inmediato al petitorio”, dijo el aliancista José Luis Salomón. (Ver Los Andes del 22/01/02).

⁷³ En la sede comunal de Guaymallén hubo una batalla campal de vecinos que se manifestaban, beneficiarios de planes de empleo de un barrio pobre, y empleados municipales (Los Andes, 25/1/02). En San Rafael y Alvear las movilizaciones llevaron a tanta tensión que se convocaron a instancias de diálogo y mediación en donde intervenían incluso representantes de la propia Iglesia Católica.

⁷⁴ Llama la atención que ante las agresiones sufridas en Merlo, las respuestas no hayan excedido lo declarativo: el 31/03/02 decidieron cambiar de lugar la próxima sesión de la “Asamblea Nacional” y realizarla en Plaza de Mayo y no en Merlo, como respuesta a las persecuciones registradas allí. La moción fue presentada por la misma Asamblea de Merlo que manifestó no poder garantizar la seguridad y además para hacer más masiva la convocatoria uniendo asambleístas, piqueteros y trabajadores. Otros documentos se quejan de la debilidad de respuesta al secuestro que sufrió un compañero el 24/06/03 en pleno Palermo. De la misma forma las asambleas

patrones de conflicto una seria renuencia a entrar en la situación de “golpe por golpe”, perdiendo uno de los motores del proceso de colectivización.

Entre los ahorristas la situación fue planteada de manera casi diametralmente opuesta. La respuesta primera de los bancos motorizaría rápidamente una dinámica de radicalización en una lógica del golpe por golpe. Los bancos comienzan a instalar chapones sobre las vidrieras y la policía comienza a instalar vallas y desplegar intimidantes operativos de seguridad, generando gran indignación. Además, dentro del banco, el maltrato a los clientes, la rotación de personal para desorientarlos, los abusos de toda índole, suponían una primera respuesta que pretendía instalar las medidas confiscatorias como “hechos consumados”, buscando un efecto de “situación cerrada”. Sin instancias de negociación (a veces ni siquiera de información), no quedaban más alternativas que la acción individual o colectiva contenciosa, sea legal o de protesta. El lugar de “cliente individual” reducía a cero toda posibilidad de reciprocidad o simetría con el banco: simplemente estaba “condenado a comérsela”, a “aguantársela”, en medio de una ausencia de respuestas, y hasta de cierta rudeza en el trato a través de expresiones descomedidas, respuestas cortantes, negativas a hablar con superiores, esperas infinitas e intimidación por parte del personal de seguridad. Ante esta situación de verdadera “hostilidad” hacia el cliente y de represión de las protestas en la vía pública, el primer eje de la lucha que precipitó la acción colectiva beligerante fue contra “los bancos” como tales. En este planteo inicial había una indiferenciación manifiesta entre empleados bancarios, clientes comunes, gerentes y directivos. El escrache agresivo era dirigido a todos ellos indiferenciadamente, pero los oponentes directos terminaban siendo los empleados bancarios, ya que los daños que provocaban los escraches (ruido, suciedad, olores, etc.) eran sufridos, primero por ellos y luego, por otros clientes bancarios circunstanciales.

Yo sentía que escrachaban al banco pero al que molestaban era a mí [...] el daño me lo hacían a mí [...] eso sentía (Damián, empleado del HSBC de Mar del Plata).

Veamos cómo en el transcurso del conflicto los términos iniciales de la definición de oponentes son moduladas.

El primer desafío era resolver la amenaza de represión, persecución judicial, etc. Aunque los bancos inicialmente pretendieron el uso punitivo de la fuerza pública para disuadir a los movilizados, y para ello realizaron las denuncias correspondientes, rápidamente se percataron de que no estaban dadas ni las condiciones políticas ni la calificación de los ahorristas como blancos de represión legal⁷⁵. La temprana detención de los líderes (Di Ranni,

de zona sur no encontraron respuestas a diversas intimidaciones y pequeños sabotajes a sus reuniones y actividades.

⁷⁵ Según Gigoy, dirigente bancario, el fiscal les dijo que los “ahorristas” no entraban en la “cuadrícula” donde entran piqueteros y partidos de izquierda, tampoco sindicalistas, sino en la cuadrícula de las madres de plaza de mayo.

Argelia, Fanny) no daba los resultados esperados. Las instrucciones de los fiscales eran evitar la toma de las sucursales y que se liberen las entradas y salidas, para lo que se ponían vallas de contención a cierta distancia de los accesos. Ello no impedía los escraches de ensuciar o golpear pero, además, los ahorristas marplatenses comenzaron a realizar maniobras tácticas para evitar los operativos de seguridad y los intentos de controlar y neutralizar sus acciones: maniobras de camuflaje entrando a los bancos “disfrazados de clientes” con boletas en la mano; de distracción, anunciando un banco pero escrachando otro, amagar ir en una dirección y cambiar sobre la marcha para desorientar al operativo policial que llegaba tarde; de sorpresa, marchando fuera de la zona bancaria; de autoprotección, coordinando acciones con los horarios que favorecían la difusión de los medios en vivo, lo que aumentaba los costos políticos de la represión. La imposibilidad de contener o moderar la protesta mediante medios disuasivos⁷⁶ empezaría a dar lugar a diferentes estratagemas de algunos gerentes. Dentro de las maniobras para conseguir la intervención policial y hacer viable la persecución judicial es notable la que cuenta “Jerónimo” de Mar del Plata.

Estábamos tirando porquerías a la puerta del Galicia y de repente, una anciana que venía caminando por la vereda en vez de bajar a la calle sigue por la vereda y pisa algo y se cae en la vereda. ¡Para qué!, se encastró toda. Nos empezamos a desesperar para ayudarla, pedía que llamen a la ambulancia, gritaba que la habíamos lastimado. Nosotros nos queríamos matar, ¡esta vieja boluda! Se la llevó un patrullero al Hospital. Después, nos enteramos por la misma cana que en vez de ir al Hospital fue a hacer la denuncia a la comisaría y el mismo cana nos dice que la vieja había sido mandada por el gerente del banco, que le había tirado unos pesos para hacer toda la pantomima y poder iniciarnos una causa penal...que después quedó en la nada.

Las maniobras de los bancos para no cumplir con el pago de los amparos eran de todo tipo y color: en Rosario, una vez, el Citi simuló un corte de luz que paralizó el banco, los ahorristas entonces siguieron con su recorrida y fueron a escrachar otras entidades. Apenas se fueron encendieron las luces. En Mar del Plata y en Capital activaban las alarmas de incendio durante los escraches. Ya hemos mencionado las maniobras de ocultamiento del dinero entre las prendas de los empleados, o su retiro ilegal del banco, el “pernocte” en los camiones de caudales o en los domicilios particulares de gerentes y tesoreros. Ante estas maniobras, los ahorristas marplatenses encontraron respuestas: impedir la salida de los camiones de caudales con sentadas, desinflándoles los neumáticos, tapándole el vidrio delantero, o amenazando “ir a buscar el dinero” a la casa del gerente. Finalmente, los ahorristas tomaron contacto con un empleado despedido de la transportadora de caudales Prosegur y realizaron una conferencia de prensa, en donde denunciaron las maniobras de evasión con los camiones de caudales, obligando a la intervención penal de la justicia contra los gerentes.

⁷⁶ Insólitamente también se registraron intimidaciones encabezadas por gerentes y empleados a algunos líderes de las protestas: se los invitaban a pasar al banco para “dialogar” pero apenas pasaban a la oficina del gerente, se le abalanzaban de manera intimidante con insultos y empujones.

Otra de las estratagemas de muchos bancos asediados por los escraches fue aprovechar la situación de “roce obligado” y fogonear el enfrentamiento entre empleados bancarios y ahorristas movilizadas. La táctica de deslizar el conflicto entre “bancos y ahorristas” a “bancarios y ahorristas” fue un lineamiento interno deliberado.

Quando aparecieron los ahorristas, nos decían al principio a nosotros y a los clientes que quedaban adentro del banco que eran “piqueteros pagados”, que no eran ahorristas. Algunos compañeros al principio eran crédulos, creían que todo era política, que a los que venían a escrachar los estaban usando los políticos, la izquierda, el PO (Fernando Cuestas, Asociación Bancaria de Mar del Plata).

Según estos testimonios, los gerentes y jefes de cada lugar agregaban su propia cosecha de maledicencia y odio contra los ahorristas:

[...] cuando uno llevaba algún caso o aparecían pedidos escritos de los clientes que alegaban enfermedades o situaciones graves, desalojos, se escuchaban comentarios que te helaban la sangre... “A este viejo no, porque así como lo ves, en realidad, es usurero”, “A esta no porque es prostituta”, el otro tampoco porque “era plata del lavado”. Se trataba de justificar lo injustificable con chismes... La verdad que era indignante (José Gigoy, Asociación Bancaria de Mar del Plata)

La táctica utilizada por la directiva de la mayoría de los bancos era desviar el eje del conflicto, desde el motivo original del corralón y la pesificación, al tema de la defensa de las fuentes de trabajo amenazadas por el cierre del banco si se pagaban los amparos.

La inquina entre los movimientos y los empleados bancarios tuvo diversas evoluciones en distintos casos. Para los “rompebancos” de Capital, los empleados eran “cómplices”, “serviles”, “pedían a la policía que nos reprimieran”. Esta posición, en algunos casos, se hacía extrema con las burlas o insultos que, a veces, intercambiaban ahorristas y empleados a través de ventanas o vidrieras. Lo mismo parecía ocurrir en Bahía Blanca, donde los ahorristas no trepidaban en anunciar el cierre del banco y “conseguirle un plan trabajar a los empleados que quedasen en la calle”. Incluso en un comunicado de los ahorristas de Bahía Blanca se congratulaban de ver cómo los “serviles empleados de saco y corbata tienen que ponerse a limpiar” las porquerías que los ahorristas tiraron durante el escrache.

La tensión de la relación dio lugar a toda clase de episodios. El que cuenta Damián, de Mar del Plata, es uno de los más tragicómicos.

Lo de la caldera fue, lejos, lo más insólito [...] Habían llegado para hacer el escrache y estaban afuera con toda la furia, pero al rato, toda la planta baja se empezó a llenar de humo y sonaba la alarma de incendio. Era increíble pero nos empezaron a trabar las puertas desde afuera para no dejarnos salir porque decían que estaba todo preparado [...] porque encima estábamos en obra [...] decían “esta obra es con la plata que nos robaron a nosotros” [...] y decían además “se quieren ir porque mañana es 31 y el primero no va a haber bancos y van a aprovechar para quedarse con todo” [...] y uno decía: “y puede ser cierto” [...]. a nosotros lo único que nos constaba era que la caldera funcionaba mal. Tuvieron que venir los bomberos y entre el policía y el jefe de bomberos después de un rato, los convencieron que la alarma era cierta y que nos tenían que dejar salir.

El episodio más grave de enfrentamiento entre ahorristas y bancarios ocurrió cuando empezaron a salir los amparos judiciales. En el BAPRO, el 19/11/02 llegaron 120

mandamientos de pago y ante el temor de que el banco no pudiera operar, los empleados decidieron resistir la entrada de los oficiales de justicia y los abogados de los amparistas que estaban acompañados por el movimiento de ahorristas. En ese momento, hubo empujones y manotazos y un bancario de apellido Lazarte cayó al piso desvanecido. En repudio, la Bancaria decretó un paro con el objeto de trabar la efectivización de los pagos.

José Gigoy cuenta que ese recurso de “armar” un paro lo habían intentado antes más de una vez.

Hubo gerencias que llamaban acá a ver si nosotros en determinado momento no podíamos parar...armar un conflicto porque decían que no tenían guita. Venían a buscar la alianza con el gremio en función de ver cómo le podíamos parar el banco...para no cumplir la orden de un juez, ¡Una locura!

El gremio entonces se encontraba entre dos fuegos. Por un lado, eran muy concientes de los intentos de los banqueros de instrumentarlos como “escudos” frente a los ahorristas. Por otro, los escraches generaban gran descontento y tensión entre sus mismas bases.

Luego del episodio Lazarte, los ahorristas también comenzaron a aflojar la presión sobre los empleados. Iniciaron febriles negociaciones con el gremio y decidieron comenzar a diferenciar a los trabajadores bancarios, “que no tenían ninguna responsabilidad”, de los “banqueros”, quienes eran los verdaderos culpables del latrocinio cometido. Los ahorristas comenzaban los escraches pidiendo disculpas a los empleados bancarios y a los clientes que, eventualmente, estaban en las sucursales escrachadas, por las molestias ocasionadas. El cierre del Scotia Bank encontró la movilización de los ahorristas en apoyo a los trabajadores bancarios. La bancaria imprimió y colocó afiches en mostradores y ventanas de las entidades con la consigna “Somos trabajadores, no los dueños del banco”. Asimismo, la decisión de comenzar a escrachar las casas de los gerentes de los bancos, que se negaban a cumplir los mandamientos de amparo, también ayudaba a descomprimir la tensión con los empleados. Los escraches domiciliarios demostraron una efectividad que sorprendió a los mismos ahorristas, en el sentido de “ablandar” las actitudes de algunos bancos, y de demostrar a los empleados, de manera directa y cabal, que la hostilidad no estaba dirigida contra ellos.

La vulnerabilidad de los poderes causales individuales de tipo corporativo y económico se demuestra en que casi no hubo reacciones contrarias en Mar del Plata ante los escraches domiciliarios. Ni siquiera las cámaras empresarias ni las propias entidades bancarias movilizaron a sus jefes de prensa y abogados para intentar contrarrestar la acción de los ahorristas. Los bancos optaron por reemplazar a los gerentes escrachados y por el más sepulcral silencio, tratando de no irritar tanto a los ahorristas. En este caso se hizo patente la fuerza efectiva del poder causal colectivo social y político ante un poder corporativo huérfano

de apoyos políticos e institucionales. El intento de buscar apoyo en el sindicato, por parte de gerentes y jerárquicos, ya había mostrado esta debilidad del poder causal corporativo.

En el mismo sentido, los ahorristas de ABAE realizaron intensas gestiones que lograron evitar la escalada de un enfrentamiento e incluso, contar con declaraciones de apoyo de Zanola, a pesar de haber rechazado el pedido de que el gremio declarara un paro de dos horas en solidaridad con los ahorristas. La Asociación Bancaria llegó a facilitar sedes sindicales para reuniones de ahorristas.

Otra de las estrategias de “desviación” de ejes utilizadas por bancos y, en parte, por el poder político en Mar del Plata, ha sido la de intentar involucrar a las clases populares a través del argumento de que “si se pagan los amparos con el dinero que se encuentra en los tesoros de las entidades, no se pueden pagar las jubilaciones ni los planes de empleo”. Hacia fines del 2002, la amenaza de dejar de pagar jubilaciones y planes se hace pública a través de una presentación de la Intendencia de Mar del Plata a la Cámara Federal que estaba dejando firmes los amparos. El espectro de una movilización de piqueteros y de malestar de los jubilados de la ciudad contra los ahorristas empezó a tomar cuerpo, lo que obligó al movimiento a tomar posición. En este caso, los ahorristas optaron por evitar la confrontación y plantearon la negociación del “goteo” de amparos en el seno mismo de la Cámara Federal. Así lo cuenta el Dr. Tazza, Juez del Cámara Federal, en esos momentos presidente del Tribunal.

Tuvimos que adaptarnos también a la gente y los grupos de ahorristas con los que mantuvimos varias conversaciones. También tuvimos que hablar con los bancos, porque tanto los privados como los públicos planteaban la no disponibilidad de los fondos...que a veces estaban, pero afectados a cuestiones sociales [...] Fondos que llegaban a los bancos pero estaban asignados para ser repartidos en los Planes Jefas y Jefes de Hogar y otros que motivaron también la preocupación del Intendente. En general, se arregló destinar en porcentajes de la caja del día del banco cuánto iba para jubilaciones, planes, cuánto a pagar amparos. Los ahorristas fueron muy razonables en este punto.

Aunque esta situación no se produjo en ningún otro lugar del país –ya que fue el único en donde quedaron firmes los amparos masivos– muestra las diversas estrategias de desestructuración de los ejes de conflicto mediante el recurso de intentar instrumentalizar los poderes colectivos de otros sectores.

Los clientes particulares, que muchas veces quedaban “entre dos fuegos” y no podían a veces ni siquiera salir de los locales bancarios⁷⁷, también motivaban posicionamientos de los movimientos. La importancia de la acción colectiva para definir oponentes lo da el caso extremo de los ahorristas estafados de Bahía Blanca: sus comunicados y volantes eran

⁷⁷ Muchos entrevistados mencionan la incompreensión y el “egoísmo”, las “imbecilidades de algunos que intentaban entrar al banco en medio de los huevazos”, “las rubias taradas que se ponían histéricas”, “los que te decían: “No es problema mío”, otros que llamaban a la policía desde adentro del banco.

agresivos hasta con los clientes que seguían operando con los bancos y “se molestaban por nuestra justa lucha”. Se referían a ellos como “clientes ovejas” o “clientes locos que todavía confían en los bancos”.

En Mar del Plata, al comienzo de los escraches más violentos, se registraron roces con clientes circunstanciales pero rápidamente se los intentó seducir o integrar a las protestas, lo cual se logró con un importante éxito a partir de las parodias con formatos “participativos”. En el resto de los grupos, en cambio, no se tomaron decisiones sobre este punto.

Finalmente, es más que interesante el juego de oposiciones y complicidades que traba el movimiento con un poder corporativo: el poder judicial. Grupos como ABAE y AARA lo colocaban en el centro del conflicto e incluso como destinatario principal de las protestas.

En Capital, los movimientos optaron por prescindir de la presión sobre los jueces de primera instancia y de cámara, para concentrarse en los jueces de la Corte sobre los que ejercieron una presión muy fuerte en el Palacio de Tribunales, y escrachando por sorpresa los domicilios de Bacqué, Maqueda y Vázquez⁷⁸. La urdiembre clasista de la lucha se pone de manifiesto en evidentes episodios de complicidad de empleados del Palacio con los ahorristas. En efecto, en varias ocasiones los ahorristas tuvieron acceso a lugares protegidos, e ingresaron al Palacio por puertas laterales fuera de uso, que sospechosamente se hallaban abiertas⁷⁹. La presencia de “empleados infieles” saboteadores vuelve a mostrar las enormes limitaciones del poder organizacional corporativo en situaciones de crisis.

El poder organizacional dentro de estructuras privadas y estatales es frágil ante la acción colectiva. Más que galvanizar su unidad, el conflicto tiende a profundizar las grietas y contradicciones internas. En el caso de los Tribunales Federales de Mar del Plata, los agrietamientos intrainstitucionales se convirtieron en verdaderas “rebeldías intracorporativas”: los empleados del Juzgado, a cargo de los pedidos de amparo, cansados de la absoluta precariedad edilicia y de la falta de equipamiento decidieron, a modo de protesta, trasladar “de prepo” las oficinas al hall de la Cámara Federal. Esta insólita rebelión, tácitamente

⁷⁸ En el caso de Maqueda sufrió una indisposición cardíaca y terminó en un centro de atención médica y en el caso de Vázquez terminó haciendo la denuncia en la comisaría por amenazas y declarando a la prensa acerca de la “sospechosa pasividad de la policía”, mostrando una vez más la vulnerabilidad de los poderes corporativos individuales frente a los poderes colectivos no institucionalizados.

⁷⁹ Remes Lenicov fue escrachado sorpresivamente en la audiencia citada por la Corte para el caso San Luis; el juramento de los nuevos miembros del Consejo de la Magistratura también fue “copado” por casi 30 enardecidos ahorristas con carteles, y lo mismo ocurrió con el juramento de Carmen Argibay. Uno de los incidentes más graves se produjo cuando, luego de conocerse el fallo Bustos en contra de los ahorristas, “alguien” les abrió el acceso al 4to. piso donde funciona la Corte Suprema causando destrozos. Llegaron a hacer una fogata con diarios, debiendo ser desalojados por la Guardia de Infantería, con un saldo de contusos y una ahorrista lesionada.

avalada por el mismo juez, logró que finalmente les facilitaran un lugar mejor y que les instalaran un par de computadoras⁸⁰.

Por último, no podría desconocerse como actor gravitante en la dinámica de lucha, a los medios de comunicación. En ambos movimientos se da una muy fuerte y generalizada percepción del papel manipulador de los medios y una clara conciencia de que son elementos esenciales para la estrategia de protesta. Las asambleas tienen un actitud que tiende a ser más hostil y los ahorristas intentan mantener una relación más amigable. Los asambleístas en los más diversos lugares escracharon diarios y canales de TV (Canal 13, Canal 9, Clarín, La Nueva Provincia, entre otros), mientras los ahorristas se limitaron a cuestionamientos personalizados a determinados formadores de opinión y no realizaron ninguna acción colectiva callejera en su contra. Algunas asambleas eran sumamente aprensivas con la exposición mediática y dedicaban reuniones enteras acerca de cómo comportarse ante los periodistas, “qué clima tiene que haber en nuestras marchas”; “Ante una cámara de TV o micrófono no hacer declaraciones que puedan ser utilizadas legalmente en contra de quien las hace, tener cuidado con las acusaciones que se hacen”.

Por el contrario, el caso marplatense muestra una relación de casi complicidad con los medios de comunicación locales⁸¹ y con algunos nacionales (especialmente Crónica TV). La coordinación de las acciones con los noteros y móviles fue una constante: los movilizados sienten la presión de “cumplir” con los medios ofreciendo algo atractivo que induzca la ansiada transmisión en vivo. La búsqueda de la espectacularidad planteaba una clara complementariedad de intereses con la TV.

El testimonio del cronista de TN en Mar del Plata, Alfieri (ver Video) es por demás elocuente.

Teníamos un ida y vuelta con los organizadores de las marchas. Díganos por dónde van a ir, qué piensan hacer [...]. A veces nos decían a nosotros la posta de lo que iba a hacer y a la policía le decían otra.

En cambio, para los ahorristas de Capital los medios muchas veces eran vistos como jugando “en contra”, ya que se centraban en los hechos violentos de los escraches. Báez Silva cuenta lo siguiente:

Una vez, dentro de Tribunales, la gente quemó un Clarín con el suplemento deportivo y todo... De repente, me llaman al celular y me dicen que los medios empezaron a transmitir... Los ahorristas están quemando tribunales”...ja, ja. Todos desesperados llamando a los medios de que no era

⁸⁰ La proliferación de lo que podríamos llamar actos de microdesobediencia civil aparecen en muchos testimonios. Uno de los más insólitos lo cuenta el Dr. García, Secretario del Juzgado en Mar del Plata a cargo de los pedidos de amparo. “Una vez cerramos las puertas del juzgado a las 13.30 hs., media hora después del horario normal y los abogados se pusieron de acuerdo y empezaron a empujar hasta que tiraron la puerta abajo, obligándonos a atenderlos”.

⁸¹ En Mar del Plata se dio la particularidad de que algunos de los participantes eran periodistas, fotógrafos o tenían cercanía con directivos de los medios locales. Un periodista de FM Brisas incluso llegó a poner combies de la producción de su programa a disposición del movimiento.

cierto [...] El tipo que me atendió de América TV me decía, “pero si lo estoy viendo por televisión”.

Para los grupos de ahorristas con mayores capitales sociales, burocráticos y económicos inclinados más al lobby y la negociación (AARA y ABAE), el recurso a la visibilidad mediática mediante la radicalización de los repertorios era un arma de doble filo. En cambio, para aquellos grupos de “rompebancos”, carentes de la posibilidad de activar otros poderes causales, la visibilidad mediática era una cuestión vital. En este sentido, los medios cumplen una función de “compensación” a través de la amplificación de las repercusiones, aunque muchas veces lo hagan con sesgos contrarios a los movilizados.

La dinámica clasista interna generada por la lucha

De similar forma a lo que ocurría en términos de organización colectiva, los costos de exposición y de inversión diferenciales, que acarrea la acción colectiva en los cálculos de los participantes con distintas composiciones de capital, plantean el elemento central de su dinámica intraclasista. Entre los ahorristas movilizados aparece una primera gran división que es la de quienes apelan a estrategias disruptivas (escraches), los que apelan al lobby institucional y la opinión pública por los canales convencionales, y los que apelan a la acción colectiva no disruptiva como los actos públicos y las manifestaciones de protesta.

Las contradicciones de base clasista, que conlleva la orfandad de capital colectivo y político previo, dan lugar a fuertes tensiones internas entre los partidarios de estos distintos tipos de estrategias. Estaban quienes rechazaban la movilización como estrategia principal e incluso, la criticaban. Un depositante de clase alta intentaba justificar su posición de una manera bastante poco política y extremadamente clasista: “Hay muchos que no teníamos tiempo para andar con la ollita haciendo ruido”. Otra entrevistada explicaba que “no podía dejar de hacer cosas importantes para entretenerse haciendo tachín tachín en los bancos”, con un claro tono desvalorizador. Otros opinaban más moderadamente que “eso no servía para nada o podía ser contraproducente para la imagen de la causa”.

Báez Silva cuenta que la desesperación de los bonistas era en cierta medida “quedar fuera del escenario”, que sus demandas quedaran invisibilizadas en el *maremágnum* que se vivía en esos momentos. Pero tampoco se animaban a hacer algo por sí mismos, tener alguna iniciativa propia, ni siquiera las acciones de menores niveles de exposición y compromiso. La estrategia de limitarse a intentar usufructuar los poderes organizativos y de acción colectiva de otros sectores era descarnada.

Otra que te puedo contar. Yo propuse, como van los de Greenpeace, que fuéramos a reclamar con globos negros...una corbata negra...algo simbólico llamativo para los medios...todos estuvieron de acuerdo pero después nadie quería ni llevar los globos ni ponerse la corbata...¿no sé si es claro? [...] En un momento hubo bonistas que empezaron: “¿por qué no le dicen a los depositantes

bancarios que de paso salgan a reclamar por ellos? ... ¡Te juro por Dios!...Uno era un jerárquico, funcionario del Congreso (Báez Silva).

El siguiente testimonio del ex presidente de AARA, Báez Silva, muestra un risueño pero elocuente intento de evitar este tipo de discusiones.

Un bonista “muy acaudalado” [con entonación] que participó en las primeras asambleas de la agrupación propuso ¡¡poner 100 dólares cada uno para contratar a los piqueteros para que fueran a protestar al Ministerio de Economía!!! No te rías... Yo salí a decirle que eso era hacer lo que hacen ellos, y otro también salió hablando de la Constitución. Pero ¿cuál fue la reacción de cada uno de los presentes? Algunos dijeron ¡¡¡pero es una barbaridad!!!, ¿cómo vas a hacer una cosa así?, si vos no te querés molestar cómo vas a mandar a otro...sos peor que Barrionuevo... Otros dijeron: “si dan mil dólares yo me anoto”...ja, ja...que se ponen el pasamontaña y todo... Pero yo escuchaba los comentarios por lo bajo y la mayoría estaba como a la expectativa, no descartaban la idea, no la defendían pero no la descartaban... hasta había algunos que decían: “Bueno les hacemos un favor también a ellos que lo necesitan ¿no?”. Hasta que uno dijo “Me parece que un piquetero no da el perfil de un bonista”. Ahí sí, la mayoría dijo: “No, no cierra”, con lo cual no es que estaban en contra de esa medida por principio... eso es Argentina, representa una parte de la Argentina.

El intento de “alquilar” o tercerizar el poder colectivo de movilización, que equipara la protesta callejera a la “fuerza de trabajo”, supone la posibilidad de sustituir capital político y organizativo por capital económico. Típica forma de recurrir a la propiedad conmutativa del capital económico –supuestamente puede comprar todos los otros tipos de capitales– que siempre encuentra límites rígidos en el capital simbólico. También pone de manifiesto la renuncia a la generación de capital político, ya que a nadie se le ocurrió intentar contactar y conversar con los piqueteros, acordar apoyos recíprocos, etc. lo cual supondría un enfoque no económico y sí político del poder colectivo de las clases populares. Esto es lo que ocurrió en Mar del Plata, a pesar de que algunos ahorristas “no querían saber nada de los piqueteros”.

Pero otros pensaban que los piqueteros sirven para hacer número y, además, su sola presencia los pone de la nuca a los banqueros...la foto del Citi rodeado de encapuchados, ja, ja. (“Guillermo” de Mar del Plata).

En este sentido, la presencia piquetera en algunas marchas fue evaluada como parte de una estrategia.

Al revés que en los ahorristas, el temor más común de los assembleístas era justamente el inverso: el ser incapaces de desarrollar capacidades colectivas propias y ser instrumentados por poderes políticos y organizativos superiores.

Sin embargo, algunos testimonios permiten atisbar otro tipo de fenómeno: en varios casos son los jóvenes universitarios y los militantes políticos los que sufren algunas presiones a la hora de salir a la calle, discutir con la policía, o encabezar los escraches.

Varios assembleístas de Almagro por ejemplo relatan cómo otras asambleas “de vecinos comunes” les pedían a ellos que fueran adelante de las columnas “porque eran los más acostumbrados” a las movilizaciones. Algunas entrevistadas se reconocen temerosas e

inseguras en las movilizaciones cuando hay riesgo de represión, y confían en la experiencia de los “militantes”. Lo mismo ocurre en otros testimonios cuando hay roces con la policía: “la gente se aparta y deja a los compañeros con más cancha solos con la cana”. En la observación de una reunión aparece una intervención significativa:

[...] ya lo hablamos mil veces, que hay que estar al lado de los compañeros, nunca dejarlos que estén separados, la cana se da cuenta enseguida de esas cosas, hay que estar con los compañeros bancando.

El amparo en el saber militante y la delegación de las responsabilidades más “pesadas” en los que disponen de mayor capital en términos de *habitus* militante, es un problema también en algunas acciones colectivas emprendidas:

Muchos votan actos o escraches pero, después, confían en que vayan nada más que los militantes o los que lo preparan (Fabián).

La participación en las movilizaciones es completamente despareja: cuando son actos públicos, marchas a Plaza de Mayo por temas importantes, celebraciones de fechas patrias, el 24 de marzo, se sumaba mucha más gente que la que viene a la asamblea. Incluso mucha gente suelta, que no quería ir sola ni encuadrada en ningún partido, se sumaba en el trayecto.

La asamblea ofrecía una alternativa de expresión política “tranqui”, “no contaminada” y venían muchos que no conocías y preguntaban: “¿podemos ir con Uds?”. Por eso las movilizaciones a veces inflaban la imagen de las asambleas (“Paula”, de Florida Este).

Pero a las ollas populares o las movidas contra supermercados o privatizadas se hacía cuesta arriba juntar a la gente.

[...] a veces era difícil juntar una cantidad mínima: muchas veces, ni los mismos participantes regulares en las reuniones cumplían con las medidas que votaban, lo que resentía las relaciones internas y había muchos pases de facturas. Tampoco faltaban los que no venían y después te criticaban (Adrián de Almagro).

A veces, el protagonismo de los más militantes en las protestas los llevaba a exponerse a críticas internas bajo imputaciones de “vedetismo” o a “tomar decisiones inconsultas”. Entre los asambleístas de Almagro se recuerdan discusiones muy agrias después de algunas marchas o escraches, mostrando que la desigual distribución de experiencia militante combinada con los formatos horizontales de decisión, desatan tensiones cuando se realizan acciones colectivas beligerantes.

La presencia de capital político, su disponibilidad, en la mayoría de las asambleas en vez de estimular la cooperación y la participación activa, parece estimular el comportamiento contrario: delegar en los militantes las responsabilidades más serias y los trabajos más pesados. Entre los ahorristas, en cambio, sobre todo en el caso marplatense, la paridad en la carencia de capitales políticos y experiencia militante, parecía incentivar comportamientos fuertemente cooperativos y una mayor predisposición personal a asumir riesgos.

Nuestro esfuerzo a lo largo de estas páginas, a esta altura tan fatigadas como el mismísimo concepto de clase, ha intentado llevar adelante un análisis clasista dinámico en un proceso de movilización colectiva de sectores sociales posicionalmente difusos o estructuralmente esquivos como las clases medias. Hemos descartado un enfoque estático y propuesto un dispositivo analítico que no ve las clases en posiciones sobre espacios estructurales deducidos desde categorías trascendentales (“trabajo”, “capital”, “tecnología”) sino, exclusivamente, en el antagonismo y la lucha. En consecuencia, rechazamos la postura de aquéllos que, frustrados por el fracaso en establecer correlaciones o correspondencias entre posiciones, acciones y conciencias, prescinden del concepto de clase o lo consideran incompatible con el fenómeno de la acción colectiva y los movimientos sociales.

Veamos algunas reflexiones finales más que sobre los frutos de esta empresa, sobre sus posibles semillas.

Movilizar el concepto de clase y enclasar el de movimiento

Vamos a abrir este cierre señalando la necesidad de separar dos cuestiones que se mezclan confusamente muchas veces: los movimientos/acción colectiva clasistas o “de base clasista” y el análisis clasista de los movimientos/acción colectiva. Se suele suponer distraídamente que uno lleva al otro y que el análisis clasista debe justificar los soportes de clase de los movimientos, demostrando que los emplazamientos políticos y culturales entran en correspondencia con posiciones estructurales o al revés. Este planteo lógicamente concluye que un análisis clasista no debería poder usarse para analizar movimientos que son heterogéneos e inconsistentes desde el punto de vista posicional.

El desplazamiento de grandes colectivos consistentemente homogéneos y relativamente centralizados (partidos obreros y sindicatos) como protagonistas principales de la movilización social, ha arrastrado al desinterés por el peso explicativo de la lucha de clases, buscando en categorías de otro tipo (“género”, “identidad”, “etnia”, “cultura”) las explicaciones del conflicto y los desafíos al orden social. La aparición de demandas o aspiraciones que no se corresponden con posiciones fijas en la estructura económica reclaman algún otro espacio trascendental donde inscribirlas y darles sentido. El desclasamiento evidente en los resultados históricos lleva apresuradamente a un desclasamiento del análisis de los procesos.

Pero en nuestro dispositivo conceptual, las condiciones clasistas de la movilización colectiva no tienen efectos necesariamente unificadores ni uniformadores a nivel colectivo, político o cultural. Las luchas no necesariamente son llevadas a cabo por colectivos que se

autoidentifican por sus posiciones económicas y pueden no organizarse en torno a identidades asociadas culturalmente a ellas.

El concepto de clase es, en esto, completamente paradójico y auto elusivo: no siempre, sino excepcionalmente, forma parte del interés de clase aparecer como clase. El clasismo suele ser una pésima estrategia para las clases en las democracias electorales. Tampoco es terreno fértil para brindar identidades colectivas y preferencias de segundo orden¹, salvo para las clases altas. Nadie puede celebrar su identidad como explotado u oprimido. Como han dicho algunos entrevistados: “clase media me suena a mediocridad, a medianía, intrascendencia, un ni fu ni fa”. Por tanto, ser medio oprimido o medio explotado tampoco aparece como una identidad atractiva para compartir.

Otra manera de desclarar el análisis es cavar una fosa teórica y considerar excluyentes clase y movimiento. Tomando características morfológicas de superficie de los fenómenos de lucha (ecologistas, feministas, contracultura, etc.), reciben un trato como universos paralelos que no deben chocarse nunca con el de las clases sociales. La lucha de clases canónica sigue existiendo en fábricas y lugares de trabajo, lo que brinda un cómodo refugio empírico a estos argumentos, a costa del peligro de reducción de la clase a un concepto de la sociología del trabajo y la empresa.

En nuestro planteo, la clase es la forma en que los agentes pueden aspirar a enfrentar individual (estrategias de acumulación y conversión de capitales, de competencia) o colectivamente (estrategias de lucha, organización, política) las coerciones que sufren en un marco de relaciones de antagonismo. Clase designa al horizonte de prácticas en el que los sujetos, mediante sus acciones, movilizan poderes causales buscando aprovechar condiciones, circunstancias, incluso acciones de otros agentes o los propios antagonistas, para fijar diferencias, reducirlas o ampliarlas. Es un campo de prácticas de lucha e intervención por el control de las condiciones de existencia material y simbólica frente a otros.

Para el análisis clasista, no reduccionista, únicamente son las luchas y antagonismos los que fijan provisoria e inestablemente el carácter “estratégico” de determinados bienes o recursos, sus valores relativos, en tanto que poderes causales clasistas. Los antagonismos de clase se articulan en torno a las propiedades relacionales estratégicas de determinados recursos, bienes o “activos” de clase². Esto implica necesariamente una objetividad social y

¹ Las preferencias que a uno le gustaría tener y no, las que efectivamente tiene. También se puede incorporar el problema de la “falsificación de las preferencias”: las que se profesan en público no son las que se tienen en privado (ver Kuran, 1997; y Colombo, 2003: 173).

² El ocultamiento o disimulo de los poderes y capitales con que cuentan individuos y grupos es una estrategia bastante generalizada, que suele mejorar las chances en el marco de un antagonismo. Revelar las posiciones desde las cuales se toman decisiones es equivalente a “jugar mostrando las cartas”.

no material sobre la que se apoya el análisis clasista³. No hay bienes o recursos de ningún tipo que tengan privilegio ontológico en el marco de una lucha antagónica. Las coerciones “estructurales” son siempre acciones o productos de acciones de los oponentes. Las clases no luchan exclusivamente por las distribuciones de activos o bienes determinados, visualizados como valorables, sino también, y fundamentalmente, por el control de los contextos de activación y de valorización de dichos bienes. Por tanto, debe abandonarse la idea de que determinadas luchas sociales al estar lejos de ser económicas, dejan de tener bases clasistas. Poderes políticos y simbólicos generan reglas favorables a otros poderes de clase (llamamos aquí poder a la consideración conjunta de un distribución relativa de capitales y sus relaciones de activación con un contexto) generando para ellos capacidades causales, ocultando o naturalizando la fuente de dicho poder, y desactivando otros poderes causales oponentes.

Vale hacer aquí una digresión. La noción de “clase” participa de la dimensión simbólica que define el papel de la construcción social de la “objetividad”. Cuando un poder puede ejercerse haciéndolo pasar como “objetivo”, es decir, como respondiendo a una necesidad independiente de la voluntad de los sujetos, más poderoso es. La apariencia de independencia de las acciones respecto los demás es lo que convierte a un poder causal clasista en más poderoso e inapelable. En este sentido, la “objetividad” del poder, su aparición como inevitable, el hacerlo aparecer como abstraído de las condiciones de la lucha, es materia de una pugna simbólica. La realidad objetiva tiene que aparecer “legitimando” *per se* determinado poder. En torno a la objetivación de los poderes causales –sustrayéndolos a la lucha misma– se desata una pugna de sentidos y prácticas significantes para “usurpar” el lugar de la objetividad. El marxismo, con su búsqueda de “nuevos sujetos” que respondan a “procesos estructurales” (modo de producción, régimen de acumulación, etc.) que los justifiquen, los teóricos neoconservadores con la sociedad del conocimiento y la tecnoestructura, “la revolución managerial”, etc. muestran estos intentos de “objetivar” capacidades de clase, en tanto dadas por instancias o procesos que las preceden y, así, las legitiman como imposición “natural”, “inscripta en los hechos”, “leyes económicas”, etc. Este dispositivo no se altera en los enfoques deconstruccionistas o “posmodernos”, “el pensamiento débil”, en el cual la “objetividad” se desmaterializa y es remitida al plano de la cultura, el consumo o los *mass media*, en los que, no sólo no son soporte de sujeto alguno, sino que lo hacen imposible. No cambia mucho que en vez de “nuevos sujetos” haya “individuos” disgregados o “tribus urbanas”.

³ La clase es la construcción de “objetividad” profunda desde donde individuos y grupos plantean sus emplazamientos frente a otros, lo cual no supone asumirlos como preferencia identitaria ni darlos a conocer públicamente. Tampoco supone la preferencia por formar colectivos con otros iguales.

Los mecanismos de cierre social suelen apoyarse en manejos de esta objetivación, de estos intentos de naturalización de “fuerzas” más allá de las contingencias del antagonismo. La idea de “coerción estructural” (o “posestructural”) también forma parte de la disputa “simbólica” entre clases. Es necesario hacer jugar a favor de la propia causa misteriosas fuerzas impersonales que exceden a individuos y grupos.

En la discusión teórica sobre las clases medias en el capitalismo contemporáneo, los enfoques posclásicos tienden a instalar a las “nuevas clases medias” en los cambios estructurales (en sus variadas figuras: nuevos paradigmas productivos, cambio del régimen social de acumulación, etc.) y de allí deducir sus orientaciones ideológicas y políticas. Los lugares en los conflictos dependen de lugares en las estructuras, aunque las estructuras mismas ahora han sido convenientemente historizadas y no deducidas de leyes que imperan en algún orden trascendental. Desde Dahrendorf en adelante, los managers y expertos, los burócratas y técnicos, los nuevos servicios recreativos, los intermediarios culturales, etc. son concebidos como “nuevos actores” con sus particularidades en términos de intereses y prácticas. Sobresalen en este tipo de estudios las caracterizaciones de los cambios en las estructuras ocupacionales, en la organización empresarial, en el surgimiento de nuevas actividades económicas, la importancia de los procesos simbólicos y el conocimiento en los capitalismos avanzados, etc. Y sobresalen, por su ausencia, el estudio de conflictos o luchas en torno a las cuales todos esos procesos serían presumiblemente relevantes. Comparten estas tesis desde las improntas más conservadoras o moderadas hasta las más críticas y radicales, desde Bell, Gouldner, Touraine, o Giddens hasta Bourdieu, o Lasch y Urry. Se supone la existencia de macroprocesos (posindustrialismo, posmodernismo, capitalismo desorganizado, tecnoestructura, sociedad “desinformada de la información”, sociedad del conocimiento y los servicios) que explican los conflictos y el gastado término mediador de este dispositivo, casi por descarte, sigue siendo “clase”⁴. En la “economía” o la “cultura” se aprovisionan de las claves de decodificación de prácticas y creencias, perpetuando la tiranía de las “distribuciones” de los agentes sociales sobre superficies definidas fuera de las prácticas y las creencias⁵. Los conflictos reciben su sentido de un orden de inteligibilidad que los excede.

⁴ Es sorprendente la forma en que Touraine (1997) se “apiada” del concepto de clase y “a pesar de sus limitaciones”, lo sigue invocando.

⁵ Las clases medias tienen que ser primero justificadas estructuralmente. La sociología académica tiende a abdicar del enfoque relacional en el tratamiento de las clases medias. Atraída irresistiblemente por las transformaciones en el mundo del trabajo y la cultura olvida el conflicto como constitutivo de los agentes sociales.

No hace falta aclarar que todos estos enfoques, sobre la posible movilización o el papel de las clases medias y sus “fundamentos objetivos”, también forman parte de una lucha simbólica de clases a la que la producción teórica académica contribuye de una u otra manera.

En la otra vereda de la misma calle están aquéllos que se focalizan en las acciones y los conflictos, los movimientos y las protestas, y parecen descubrir un mundo ajeno a las condiciones materiales y simbólicas de existencia. Los grupos movilizados son o “transclasistas” (amas de casa, estudiantes, grupos desmercantilizados, desocupados, minorías étnicas) o “nuevas clases medias”; y sus demandas aparecen asociadas a disputas simbólicas por estilos de vida, valores posmateriales, propósitos altruistas, *ethos* antiautoritario, ajenos a necesidades materiales y a la disputa por el poder político⁶. Los colectivos movilizados, en sí mismos, aparecen como “contrasociedades” portadoras de nuevas orientaciones culturales y formas de “acción histórica”. Por supuesto, estos enfoques también participan de la lucha de clases simbólica y las pugnas por legitimar determinadas formas de intervención, naturalmente tendiendo a deslegitimar otras “anacrónicas” (sindicales, políticas, etc.), escotomizando los poderes causales clasistas que se movilizan en torno a todas ellas.

El argentinazo de las clases medias: estrategias de conversión, colectivización e intervención

Los análisis de la movilización social en la crisis del 2001/2002 significaron, en general, un notable avance al desestructuralizar y deseconomizar las explicaciones, seguramente alentados por el carácter endémico y generalizado de los daños, a escala transclasista, del descalabro económico.

⁶ El intento de convertir las luchas de derechos civiles como pugnas por reconocimientos a la “dignidad” de la raza negra, cancelando barreras discriminatorias, fue desde siempre combatido por Martin Luther King quien en su última etapa de lucha se mudó al gueto negro de Chicago, gesto que intentaba “materializar” la lucha. De la misma forma, el cuidado del medioambiente no es una demanda de altruismo sobrehumano o expresión de cariño a los animales y plantas, sino de resistencia a la transferencia de la externalización de costos materiales intergeneracionales de la gran sociedad de consumo. Las rebeliones antiautoritarias estudiantiles, no son expresiones de molestia por los rigores de las instituciones y estilos de mando, sino que producen renuncias en las Universidades, cambios en los estatutos, nuevos derechos para los estudiantes, ampliaciones en la distribución de capital educativo y cultural, etc. Las luchas contraculturales han abierto nuevos mercados inmensos de consumo de bienes simbólicos (rock, cultura juvenil, arte moderno, etc.) y no tan simbólicos (anticonceptivos, psicofármacos, drogas ilegales, comida naturista, negocios inmobiliarios congruentes con nuevos estilos de vida, etc.). Todo ello reorganiza el campo de poderes materiales y no materiales. Hoy sabemos que las luchas pacifistas y por los DDHH han impactado, modificado decisiones políticas, tácticas militares y, sobre todo, las formas mediáticas de mostrar la guerra o de buscar consenso para la represión. Ambos movimientos constituyen intentos de intervención y veto sobre el núcleo del poder de las clases dominantes: la violencia física. Con ello han producido un cambio generalizado del contexto para el conjunto de las luchas sociales y también han logrado algunos efectos en el campo geopolítico. Sobre la supuesta abdicación típicamente gandhiana del poder por parte de los nuevos movimientos sociales, animados por “clases medias” morales, recordar a Sun Tzú (“el supremo arte de la guerra es vencer sin combatir”) y parafrasearlo: “el supremo arte de los movimientos es mandar sin tener el poder”.

Los análisis “politicistas” que se focalizan en las insuficiencias o déficits de representatividad y de respuesta de los sistemas políticos, o los “societalistas” con su énfasis en las productividades culturales y colectivas, centrados en los discursos y la producción simbólica, las innovaciones organizativas, etc., tienden a prescindir de la dimensión clasista de las luchas y los antagonismos que las articulan. La errónea separación entre sociedad política y sociedad civil, tan criticada por Gramsci, tiende a desclasificar a la política y a la sociedad civil, convalidando figuras legitimadoras “trascendentales” que se cargan de sentido político como el “ciudadano comprometido”, el “militante antisistema”, etc. A partir de la celebración de la “reacción” moral, la resistencia, la conciencia, etc., por definición, tienden a desclasificar el análisis, olvidando las configuraciones de poderes clasistas involucradas y sus incongruencias y contradicciones.

Lejos de hacer innecesario o redundante el análisis clasista, la crisis con la eclosión de conflictos y antagonismos permite una mayor visibilidad a la activación, desactivación y conversión de poderes causales, colectivización y formas de intervención. El “argentino” y sus tiempos extraordinarios, pueden ser tomados como un “hecho social total” (o “efecto analizador” en la clásica terminología del análisis institucional francés) en la medida que vidas personales, instituciones y colectivos son atravesados por la transparentación generalizada de la trama de poderes en los que ya no pueden sostenerse, desatando en las clases medias, tanto como en la gran burguesía y en las clases populares, la radical necesidad de recrearlos. El develamiento sobre las precariedades y el carácter ineficaz de sus poderes causales primarios (educación, ocupación calificada y propiedad) y sobre todo, los costos enormes de la ausencia de poderes causales colectivos y políticos en estas circunstancias, desata una verdadera revulsión simbólica. La ausencia de poderes colectivos y la debilidad de los posicionales hace que no haya formas de acción disponibles sobre los contextos de activación de capitales monádicos, ni tampoco sobre los sesgos sistémicos del derrumbe para las clases medias, dejándolas vulnerables para transferirles masivamente los costos del colapso de la acumulación. Estos estrangulamientos en las configuraciones de poderes causales clasistas desatan un impulso irrefrenable a la participación y el protagonismo entre las clases medias.

Nuestro trabajo ha intentado practicar una suerte de vivisección de poderes causales clasistas en un proceso de movilización como el desatado con la crisis del neoliberalismo y la sociedad excluyente. Los atravesamientos clasistas en los movimientos, la incidencia de los poderes causales de los agentes movilizados y los de sus antagonistas y oponentes, los juegos de coerciones en los que se produce la movilización, son la materia prima fundamental del análisis clasista de los procesos de formación de clase. Las posibilidades de que se generen

poderes mediante procesos de conversión, colectivización y activación de nuevas capacidades de intervención, nos hace preguntar cómo son los procesos de formación de clase en los sectores medios, es decir, por la especificidad clasista de sus procesos de movilización.

La alteración de los poderes causales de las clases medias no pueden analizarse sin una dimensión histórica: hay sesgos propios de los procesos de conformación de la estructura social que no pueden obviarse del análisis y que hace específica a la clase media argentina. En términos relativos, comparada con las estructuras sociales de los países centrales, tienen menor peso los poderes causales posicionales (burocráticos, corporativos) y mayor los poderes monádicos (educación y propiedad); tienen mayor inserción en los tipos de propiedad estática (inmueble, activos financieros) que en las dinámicas (empresas), y mayor presencia en los servicios que en la producción.

Desde mediados de los años '70, con la crisis del modelo de acumulación del "capitalismo asistido", son sometidas a procesos de diferenciación interna, segmentaciones y, sobre todo, a la esterilización de algunos de sus poderes causales primarios a través del fenómeno de la movilidad espuria o inconsistente. La educación y la ocupación siguen ostentando altos niveles de movilidad ascendente, pero los ingresos y las condiciones de vida ya no dependen solamente de ellas sino de la concurrencia con capitales posicionales, que tienden a concentrarse en torno a posiciones resguardadas por cierres sociales (urbanizaciones privadas, círculos estrechos de contacto con los poderes corporativos, etc.).

El conjunto de políticas de apertura, desregulación, precarización y flexibilización, permitió una desactivación creciente de los poderes causales típicos de las clases medias y su sometimiento a poderes económicos, corporativos y políticos⁷. Por ello, los déficits en materia de capital social y otros poderes posicionales y colectivos, impiden la intervención sobre las estructuras de mediación y las instancias de valorización y activación de poderes causales, a las que se someten sus propios capitales primarios. Finalmente, el desapoderamiento del "ahorro" financiero amenazó con darle el golpe final a sus poderes de clase.

La pregunta sobre la posibilidad de un movimiento de clases medias se cifra en tres tipos de procesos: la conversión entre poderes causales, la colectivización y los alcances de sus intervenciones. Los relevamientos realizados han sido pródigos en hallazgos empíricos que conviene recapitular:

a) Una de las evidencias empíricas más plenas de las encuestas y entrevistas realizadas es la que establece una sumatoria de desacoples registrados entre las bases o apoyos de los movimientos (los que comparten el interés, los agravios o las demandas) y las de los grupos

⁷ Entre los que no se debe olvidar el endeudamiento de los hogares, que provoca dependencia política (recordar el "voto cuota" en 1995) y reduce la autonomía negociadora de la fuerza de trabajo.

efectivamente movilizados. Estas diferencias nos dan una primera aproximación al carácter específico de los procesos de conversión de poderes individuales a poderes colectivos.

Los que participaron efectivamente en los movimientos y las acciones colectivas tienen perfiles de clase distintos a los que compartían las demandas y los agravios. El generalizado descontento con la clase política y las simpatías con el QSVT eran mucho más policlasistas y populares que los que efectivamente se movilizaron en los cacerolazos y se plegaron a las asambleas. Las clases populares compartían tanto como las clases medias movilizadas sus demandas, pero no se organizaron a través de ellas sino excepcionalmente, como en los casos de Parque Avellaneda y San Telmo. En este sentido puede decirse que la movilización de las asambleas fue protagonizada por sectores medios urbanos. Pero además, dentro mismo de la militancia asamblearia, hay más presencia de los segmentos de mayor capital educativo y ocupacional y de clases medias altas que entre los que participaron en los cacerolazos. Entre los grupos de ahorristas, en cambio, se da el caso inverso: hay mucha menos proporción de clases populares entre los afectados por el corralito que entre los movilizados. La presencia activa de clases populares entre los ahorristas más combativos se verifica, incluso, en posiciones de liderazgo. De manera semejante a las asambleas, aparece una mayor presencia de segmentos de las clases medias con mayores capitales económicos y burocráticos que entre las bases del movimiento. Finalmente, es significativa la diferencia entre las predisposiciones a movilizarse de las bases de ambos movimientos: los descontentos políticos fueron mucho más proclives a participar que los damnificados por el corralito. En definitiva, las asambleas fueron mucho más homogéneas socialmente que sus bases de apoyo, y los ahorristas fueron mucho más heterogéneos. Las conversiones de capitales individuales privilegiaron el capital educativo, cultural y simbólico en las asambleas, y de capital burocrático y económico entre los ahorristas.

b) La generalización de la acción colectiva desafiante y del formato asambleario⁸ no deben llevarnos a concluir que las determinaciones clasistas pierden peso o quedan subordinadas a fenómenos que las desbordan. El contrapunto entre asambleas de clases medias y de clases populares marginadas sirve para desestimar esta lectura. Sus prácticas organizativas y de lucha difieren de manera notoria hasta llevarlas, en el caso de San Telmo, a escisiones y fuertes cuestionamientos cruzados. La forma asamblearia se plasma claramente con especificidades clasistas patentizando que la clase sobredetermina la asamblea y no, a la

⁸ Este proceso fue tan generalizado que la misma Asociación Bancaria de Mar del Plata, durante el 2002 convocó a asambleas abiertas en su propio local donde participaban trabajadores e incluso delegados de otros gremios, vecinos, amigos y familiares de los bancarios. Fernando Cuestas, su Secretario General decía “Teníamos plena conciencia de que lo que había ocurrido era un hundimiento generalizado de la representación en todos los órdenes y además que los problemas gremiales en esos momentos no podían ser separados de la crisis que se estaba llevando todo puesto. La experiencia en esas convocatorias fue muy buena, vinieron muchos pibes jóvenes y algunos se quedaron participando en el sindicato”.

inversa. La imposibilidad de asambleas heterogéneas o socialmente mixtas, que también se mostró en Rosario y Mendoza, muestra que el formato asambleario de base territorial es refractario a la articulación de clases. Con los ahorristas ocurrió otro tanto, su forma asamblearia asumió características diferentes en los diferentes grupos. El contrapunto entre los ahorristas de Mar del Plata o de Diagonal y Florida y los de AARA muestra que, incluso dentro mismo del universo de clases medias movilizadas por lo mismo, la forma asamblearia se configura de acuerdo con la composición de poderes causales disponibles. Podría decirse que la asamblea resultó un expediente general de colectivización de poderes causales clasistas específicos y no, una forma general de colectivización desclasante.

c) La diferente composición de capitales en los grupos se asocia a lógicas clasistas de la acción y la organización colectiva. El corte o segmentación del universo movilizado, según tipo de poderes causales dominantes involucrados, permite acceder a la especificidad de los procesos de activación de poderes causales, que acaecen en la movilización colectiva.

Supuestos factores extraclasistas como la edad carecen de eficacia explicativa sin relacionarlo con los poderes causales de clase que definen los horizontes para las estrategias de movilidad y lucha. Es claro que la edad se correlaciona con la importancia creciente del capital económico acumulado en formas de propiedad y activos, más que con otras formas de poder causal económico, como la ocupación y la educación, que reducen sus contextos de activación en las edades avanzadas. En muchos casos la inactividad laboral se relaciona también con incrementos del capital social que favorece la predisposición a la participación. La edad modifica las estrategias, y las expectativas de movilidad son menores, siendo entonces mayor la predisposición a la lucha. Los viejos ven un horizonte reducido para posibles conversiones entre tipos de capital y tienden a recostarse sobre la acumulación económica pasada. Es por ello que, el corralito y la pesificación de depósitos, atacan un poder de clase en gran medida estratégico en esta franja de edad. Por otra parte, la edad también se relaciona con mayores capitales sociales y burocráticos -pero inactivos desde el punto de vista laboral- y, también, con mayor acumulación de experiencia política y de participación.

Entre los asambleístas, la reducción de la edad promedio, la participación de jóvenes y adultos en plena vida activa, muestra como rasgo central la superabundancia de capital educativo, cultural y simbólico. Las generaciones más jóvenes tienden a ser más educadas pero también menos móviles intergeneracionalmente. Es por esto que los ahorristas tienen porcentajes de movilidad ocupacional con respecto a los padres mucho más altos que los participantes de las asambleas (ver Tabla 8, del Anexo) en donde la herencia ocupacional es significativamente mayor. Las generaciones activas ocupacionalmente (adultos) y educativamente (jóvenes y estudiantes) tienen horizontes mucho más vastos para estrategias

de movilidad y conversión. Basta ilustrar este punto con el caso de Jimena, joven militante de la Asamblea de Belgrano, que realizaba su Tesis de maestría en comunicación con el tema de las estrategias comunicacionales de dicha asamblea, operando una forma indirecta de conversión de capital social y político a capital educativo.

También es importante resaltar que la presencia de biografías divergentes y personas multisocializadas, entre los referentes de los grupos de ahorristas más combativos sobre todo, tampoco pueden analizarse por fuera de sus articulaciones con los poderes causales: los testimonios indican que la movilización de *habitus* dormidos, las experiencias traumáticas anteriores, son movilizadas como formas de compensación al déficit de capitales simbólicos, posicionales y políticos.

d) El punto de vista relacional también supone una lectura no sustancialista de la incidencia de los tipos de propiedad económica en el proceso de movilización, es decir, un punto de vista que establezca el nexo entre el capital económico y el conjunto de los poderes causales que garantizan la maximización del efecto de sus propiedades estratégicas (movilidad, transferibilidad, conmutabilidad, acumulabilidad, transcontextualidad, dependencia, reciprocidad, etc.). La diferenciación entre formas dinámicas y estáticas proporciona un buen punto de partida para este tipo de análisis. Las formas estáticas de propiedad económica dependen de otras formas de propiedad para entrar a procesos de valorización. Las formas dinámicas cuentan con alternativas de autovalorización a través de su conversión por fuerza de trabajo, tecnología, y recursos naturales. El estallido de la crisis muestra una clara secuenciación y un comportamiento divergente entre ambos tipos de propiedad.

El papel inicial y detonante de la pequeña burguesía propietaria (tanto comercial como agraria e industrial) es bien nítido. Sus estructuras de movilización, que en etapas de estabilidad y crecimiento pasan desapercibidas, fueron las primeras en entrar en rebeldía, apenas constataron que los comandos políticos se inclinaban por transferirles el costo de la crisis de la mano del poder financiero. Pero estas movilizaciones que se convirtieron en puebladas en Casilda, Arequito, Junín, zona sur de Santa Fe y varias localidades cordobesas, poco tenían que ver con las de ahorristas y descontentos con la clase política que se producían en los grandes centros urbanos. Las formas dinámicas de propiedad cuentan con estructuras de movilización previas y con un marco de relaciones políticas mucho más amplio: las movilizaciones de productores, deudores hipotecarios, industriales y comerciantes contaron tanto con el apoyo de las dirigencias políticas locales, aun las más abiertamente tradicionales, como con el de buena parte de las organizaciones populares (CTA, CGT y, en algunos casos, hasta la CCC, participaron de varias convocatorias), dándole un marco de movilización masiva de capital político local a la demanda de licuación de deudas, pesificación, mejora del

tipo de cambio y de desbloqueo de operatorias bancarias para normalizar las cadenas de pagos. Es claro que, el conjunto de estos sectores tenía capacidades de intervención sobre las instancias y agendas políticas que le daban un alcance sistémico e institucional a sus intervenciones. La magnitud de este rango de articulaciones políticas se acompañaba de posicionamientos alejados de la identidad de “clase media”, mimetizándose con las clases populares.

Las asambleas estaban por completo ajenas a esta agenda de temas. Ni siquiera los reclamos de los deudores hipotecarios fueron tomados como ejes significativos por ellas. Los ahorristas directamente entraban en colisión con estas demandas por su rechazo a la pesificación asimétrica y a la licuación de las deudas⁹, lo que les produjo casi de entrada un notorio aislamiento dentro del conjunto de la burguesía. Contrariamente a lo que han expresado incautamente muchos analistas: los ahorristas estafados, fácticamente, terminaron enfrentados o distanciados de los emplazamientos de todo el espectro de fracciones de la burguesía, sobre todo de la burguesía industrial y los grupos monopólicos de servicios públicos, a quienes culpaban de la “estafa” de la licuación de deudas. El encono por la responsabilidad del conjunto de las fracciones del capital económico en la crisis era largamente compartido por ambos movimientos y no solamente por los asambleístas.

Ante el tema del corralito, los distintos tipos de propiedad económica muestran formas distintas de estructurar el antagonismo puesto que operan sobre propiedades relacionales distintas del dinero. Para la pequeña propiedad dinámica, el objeto estratégico de la lucha era la restitución de las propiedades conmutativas y de transferencia que favorecían la conversión del dinero en otros recursos y activos no monetarios (fuerza de trabajo, materias primas, etc.), verdadera fuente de sus principales ingresos. Para los ahorristas y la propiedad estática, el antagonismo se armaba en torno a la cuestión de la movilidad, la disponibilidad y la seguridad sobre las equivalencias entre activos depositados y otros activos, o respecto a bienes de consumo.

Pero además, la distinta composición individual de tipos de capital económico incide dentro mismo de los grupos movilizados: el privilegio a las formas de poder económico basados en el trabajo, más que en la defensa del stock de ahorro acumulado, se nota en la deserción y desafección temprana de algunos de sus primeros militantes. Aquellos ahorristas beneficiados por las nuevas condiciones de la acumulación económica (profesionales que venden servicios dolarizados, empresarios de sectores como la construcción que se reactiva, comerciantes de los mercados turísticos, entre otros) no tardaron en subalternizar o

⁹ Cabe el contraste entre Nito Artaza exhortando al gobierno a que permita a los ahorristas negociar con cada banco, y las movilizaciones violentas contra los bancos, encabezadas por los productores rurales en varias localidades de Santa Fe pidiéndoles que cierren las sucursales y se vayan de las ciudades.

secundarizar el interés por la devolución de los dólares. En cambio, para aquellos jubilados, rentistas, asalariados, desocupados que no podían aprovechar las condiciones de revalorización de sus poderes causales económicos activos, los ahorros se convirtieron poco menos que en motivo de una guerra, que explica su presencia en las calles hasta el año 2007.

El privilegio dado a otras formas de propiedad económica también se ve en la cuestión de la retracción en la participación por los “costos de exposición”, que afecta sobre todo a los detentadores de poderes burocráticos activos. Los funcionarios, gerentes y jerárquicos activos que participaban lo hacían con extremo recelo y cuidando de no hacerla pública, asumiendo responsabilidades menores o permaneciendo sólo como apoyo. Algo semejante ocurría con algunos profesionales (economistas, consultores) que temían afectar su prestigio profesional dando a conocer su participación.

e) La trama clasista de la colectivización también se muestra en un fenómeno asociado al mencionado de los costos y la secundarización del interés: la instrumentalización de poderes causales ajenos. La lógica clasista de la movilización supone bastante generalizadamente que los que tienen mayores poderes causales suelen aprovechar o recostarse en la dedicación y el esfuerzo de los que tienen menos poderes causales. Los ahorristas profesionales, con mayores capitales económicos y simbólicos (prestigio profesional) que defender, tendían a aprovechar burdamente las mayores disposiciones militantes y predisposición a asumir los costos y riesgos de la lucha de aquellos movilizados con menos dotación de poderes causales. La presidencia de Fanny en AARA es el caso más impactante, junto con las propuestas de pagar piqueteros que protesten por ellos.

Entre los asambleístas el fenómeno de intento de instrumentalización de los capitales políticos de los militantes encuadrados y no encuadrados también fue un fenómeno visible y bien documentado que dio lugar a debates y conflictos internos profundos. La subordinación del capital político al capital simbólico y al capital cultural es un tópico central de la dinámica clasista interna asamblearia. La usurpación de poderes colectivos muestra algo que debería ser una obviedad: el poder clasista es un poder que se maximiza cuando no se expone como tal, cuanto más capitales se disponen, mayor las oportunidades de intentar aprovechar o usufructuar los poderes de otros, y menores los costos o riesgos de las conversiones de capital. Aparecer como clase va en desmedro del poder de clase. La posibilidad de utilizar “escudos simbólicos”, y de descargar en capitales ajenos los costos de exposición, de desgaste y de esfuerzo militante, es una acción de clase típica. Nada hay más interesado en la acción clasista que esconder su propio poder detrás de otros y reservarlo para instancias decisivas. Desde este punto de vista, que una clase no se represente a sí misma no puede ser tomado como una limitación sino todo lo contrario.

f) Otra de las desventajas del capital económico estático reside en la forzosa dependencia de las instancias de valorización financieras. Los comportamientos antes, durante y después de la crisis muestran que el campo de la valorización del capital económico, producto de excedentes líquidos de pequeña escala, se encuentra cautivo del poder financiero.

El fenómeno del rápido regreso a los bancos, incluso de algunos de los ahorristas más combativos, muestra una constricción que parece permanente: la imposibilidad para las formas estáticas de capital del autotutelage del propio interés. Sin pasar por los sistemas expertos que organizan los flujos, no hay bases firmes para la toma de decisiones fuera de ellos. Las tácticas del marketing bancario operan una colonización del campo de formación de intereses y demandas que significa la delegación del patrocinio y del control económico. Los bancos, con sus ejecutivos de cuentas y sus menús de opciones, convierten a cada ahorrista en un “propietario” descerebrado¹⁰, que resigna el control real de su acumulación. El sentido de pérdida de control se compensa con la fuerza simbólica de la modernización globalizada, la confianza inspirada en la exhibición del poder financiero que genera la ilusión del automatismo del mercado y su total independencia de condiciones políticas y económicas generales.

g) La carencia de poderes posicionales también influye en la falta de acceso a la información relevante, que hace que los pequeños ahorristas actúen en manada de la mano de las tendencias que imponen los grandes, amplificadas por los medios. El comportamiento imitativo y el seguidismo también es una forma de compensar este déficit de información y de claves de interpretación. La falta de capital social y político calificado que pueda proveer de recursos interpretativos confiables se compensa con una dependencia de capital simbólico suministrado por los medios de comunicación. La denuncia al periodismo económico, a los medios masivos, a los economistas “truchos” y supuestos “expertos que, en realidad, trabajan para los bancos o para el gobierno de turno”, surge del descubrimiento de las complicidades encubiertas de los suministradores de capital simbólico para la pequeña burguesía excedentaria. La soledad del poder causal económico monádico, la ausencia de otros elementos de defensa, entre ellos la información apropiada y las claves de su análisis en términos de intereses propios, son motivos importantes del vuelco hacia la organización y la acción colectiva en los momentos críticos. Esto pone en evidencia, también, que la orfandad de poderes colectivos genera déficits en términos de capital simbólico precipitando el fracaso en advertir sobre las amenazas y riesgos originados en el gran capital político y económico.

¹⁰ Es difícil encontrar otra explicación que esta absoluta posición de dependencia o “confianza forzada” para las aberrantes decisiones tomadas por comerciantes o profesionales de pasarse a FCI en pleno corralón. El Bank Boston logró traspasos masivos de fondos en plazo fijo a su Fondo 1789 “empapelado con Letes”.

h) Un rasgo común compartido por assembleístas y ahorristas, derivado del predominio de formas estáticas de poder causal económico, es una llamativa indefinición de intereses fundamentales respecto a las grandes orientaciones macroeconómicas. Hay una prescindencia a la hora de tomar posiciones respecto a los parámetros del régimen de acumulación y de sus sesgos sistémicos. En el caso de los assembleístas esta discusión tendía a sustituirse por una suerte de programa social distributivo, sostenido en el aire de las buenas intenciones y las aspiraciones de una sociedad más justa e igualitaria, pero indefinida desde el punto de vista de los sesgos sistémicos de la acumulación. Como en el caso de los ahorristas, esta circunstancia, ocasionaba un completo aislamiento respecto al conjunto de las fracciones del capital. En el caso de los ahorristas estafados, simplemente reclamaban las ventajas perdidas y rechazaban las desventajas aunque esto diera lugar a severas inconsistencias económicas. Los documentos de ABAE podían con ahínco cuestionar la convertibilidad y reconocer que la devaluación era inevitable, no reclamar el regreso del 1 a 1, criticar la dolarización y, al mismo tiempo con no menos ardor, reclamar íntegros sus dólares depositados. La indefinición de correspondencias entre intereses fundamentales y orientaciones macroeconómicas obedece a un rasgo propio de la composición de poderes causales económicos de la mayor parte de las capas medias: las definiciones de intereses tienden a ser defensivas, tratando de aprovechar las ventajas y evitar las desventajas, cualquiera sea el sesgo sistémico de la acumulación. Desde este punto de vista, las clases medias tienden a elaborar intereses “flotantes” y no fijos. Esto sumado al carácter cíclico y turbulento de la economía, les imprime una especie de tendencia al deslizamiento entre intereses (alta permutabilidad entre orientación a la acumulación y al estilo de vida, alternancia entre la orientación al valor de uso y al valor de cambio) que es fácilmente representable como comportamiento “especulativo”. La misma toma de posición en dólares, previa a la crisis, muestra que la conversión de ingresos laborales o rentas en pesos a dólares bancarios con tasas de interés reales positivas, constituía una toma de posición como poder causal económico bajo el cálculo de que podían aspirar a convertirse en “free riders” de la devaluación, aprovechadores de la misma crisis, de la mano de los bancos en quienes confiaban. El reclamo de los ahorros dolarizados es una aspiración de beneficiarse de la devaluación tanto como otros sectores dominantes. Si bien los segmentos más débiles sufrieron perjuicios al quedar sometidos al imperio de la coerción del “pesificar para vivir”, por ausencia de otros capitales económicos y fuentes de ingresos para enfrentar los gastos corrientes, una buena parte del resto de los depositantes terminaron logrando fuertes ventajas netas vía amparos judiciales, o moderadas compensaciones mediante la compra de bienes y cancelación de deudas. Las altas tasas en pesos y la caída del dólar, también permitieron recomponer rentabilidades en activos financieros (incluyendo nuevamente los bonos de deuda

soberana ahora indexados por el PBI). Lejos de ser “el pato de la boda” como les gustaba invocar, el corralón y la pesificación no significaron una masiva afectación patrimonial lesiva para las clases medias excedentarias.

Esto delata la eficacia relativa de los poderes causales canalizados por los movimientos. Caben pocas dudas que frenaron la intención de los bancos y el gobierno de imponer un canje forzoso con bonos públicos para los cuales había proyectos legislativos, también que obligaron a las autoridades a mejorar varias veces las ofertas de compensación y hasta lograron que casi 270 mil amparos equivalentes a casi 20 mil millones de pesos, salieran de los bancos entre 2002 y 2004. El fallo de la Corte Suprema de Justicia a favor de una compensación equivalente a casi al 100% del capital original en dólares muestra también la permeabilidad del poder judicial.

A pesar de la señalada soledad y carencia de articulaciones políticas, caben pocas dudas de que, en parte por presión de la protesta y en parte por solidaridad de clase, el poder burocrático judicial jugó, en general, a favor de los ahorristas aun introduciendo tensiones con el poder político. El poder judicial fue casi el único actor social no indiferente a las luchas de los ahorristas. En el caso de los ahorristas de Mar del Plata se observa la espectacular eficiencia de la suma de factores mencionados.

i) Las formas de elaborar las reivindicaciones y demandas transparentan el estado del conjunto de los poderes causales para enfrentar determinado conflicto. La definición de los agravios, el marco diagnóstico en el que se inscribe, depende del conjunto de la dotación de poderes causales movilizables y la situación en los respectivos contextos e instancias de activación, y no sólo del tipo de capital o poder directamente afectado. La demanda asume formas de presentación pública, e incluso se percibe de manera muy distinta, en cada configuración de poderes causales.

Las formas de victimización se corresponden con percepciones de la disposición del conjunto de poderes causales. El enmarcamiento como “robo y estafa”, supone ser objeto de acciones ilegales y no implica una percepción de debilidad o insuficiencia de poderes causales propios, sino su doblegamiento mediante recursos no lícitos de parte de antagonistas. El reclamo entonces es, lisa y llanamente, de “justicia” restitutiva y castigo para los responsables de un delito. Este tipo de percepciones no elabora sus intereses en relación con el debilitamiento de poderes causales propios que ameriten una organización o acción perdurable en el tiempo. No se visualiza la necesidad de poderes colectivos, ni tampoco la necesidad de movilizar capital simbólico: un delito no requiere demasiadas explicaciones. Así, la movilización y la lucha aparecen como una presión auxiliar sobre la Justicia.

El “engaño”, en cambio, supone una vulnerabilidad simbólica que permite el aprovechamiento por los poderosos de la buena fe o la ignorancia propia. Amerita una acción esclarecedora y nuevas maneras de comprender la propia realidad, etc. Aquí no se implican los poderes causales básicos, el reclamo se construye como cuestionamiento a los antagonistas, pero también como autocrítica a las propias creencias. Aquéllos que disponen de capitales educativos y simbólicos tienden a sostener este tipo de construcciones discursivas que legitiman una acción cultural o de “concientización”, y no tanto una acción política y organizativa.

Pero el marco movilizador más importante que facilita la colectivización de intereses y la organización colectiva es el que plantea la “indefensión” o el “desamparo”. El reclamo se inscribe en una ausencia de protecciones y poderes adicionales a los poderes causales primarios. El reconocimiento de superiores poderes causales posicionales de los oponentes instala demandas típicamente políticas. Se entiende aquí que los poderes monádicos de que disponen las clases medias no son suficientes, no se protegen a sí mismos, y que las diversas formas de la propiedad económica y la educación requieren del concurso de poderes posicionales capaces de preservar los contextos de activación y valorización de los mismos. La necesidad de “la política”, la colectivización de intereses particulares y de las capacidades de acción y organización pueden ser una alternativa posible. Por otro lado, la demanda puede orientarse al usufructo de poderes colectivos de otras clases en donde resguardarse con ventaja. Ponerse bajo el ala de fracciones de las clases dominantes o buscar cobijo en organizaciones populares (la FAA y Apyme en la CTA pueden ser ejemplos, la adhesión de la CAME a las movilizaciones piqueteras pueden ser otro) son alternativas para aquellos sectores cuyas reservas de poderes causales sociales y burocráticos les dan chances de aprovechar para sí otros poderes causales colectivos. Según esto, sólo aquellos segmentos de las clases medias cuya dotación de poderes causales los haga dudar de la posibilidad de capitalizar para sí los poderes colectivos de otros sectores, pueden intentar desarrollar procesos de conversión y colectivización propios, independientes de otros poderes colectivos ya establecidos. La mayor parte de las asambleas estudiadas y de los grupos de ahorristas sin dudas constituyen intentos de este tipo de construcción.

La incidencia de los poderes causales clasistas también ha acarreado tensiones en los marcos de validación pública que proponen ambos movimientos para sus demandas.

Los ahorristas enfrentan una opción: la validación moral basada en la “virtud” de los dineros expropiados o la legal basada en la propiedad y el contrato.

Este punto nos retrotrae a un debate de hace años entre las formas racionales-modernas y las tradicionales-morales de legitimación. En nuestro caso, el contrapunto

“damnificados”/”ahorristas” en los mismos nombres de los grupos tiene una enorme cantidad de matices clasistas. Los poseedores del capital organizacional, las clases auxiliares del gran capital económico, erigidos en custodios naturales de las “reglas del juego”, cuyo sesgo o poder sistémico las sustraen de la necesidad de la lucha y del concurso a las intervenciones de otros poderes causales de clase, ven amenazadas sus posiciones si perdura la costumbre de alterar las reglas. Se asumen como “damnificados”, no por las pérdidas económicas en sí mismas, sino por la pérdida de las seguridades –a manos del estado y “los políticos” – sobre las reglas de distribución de pérdidas en los mercados que ellos mismos son los encargados de vigilar y operar. Rechazan la construcción moralista del reclamo basado en el “ahorro” con sus connotaciones de esfuerzo y sacrificio frente a los bancos abusadores.

Estas posiciones se inscriben en el viejo debate acerca del carácter “subversivo” o “inconformista” de la moralidad invocada por los débiles frente a la “naturalidad” del orden y la racionalidad formal invocada por los fuertes (Abercrombie y ot., 1990). Las medidas bancarias y cambiarias, la intervención estatal sobre la cuenta capital de la balanza de pagos, incluida la intervención del BCRA sobre el mercado cambiario, afectan poderes causales de clase que van mucho más allá de los bonos de la deuda o FCI devaluados. El crecimiento de los poderes burocráticos institucionales de las clases medias profesionales, combinadas con una relegitimación de la intervención estatal sobre los mercados, es un directo desafío a los poderes corporativos de los profesionales de las grandes empresas privadas y plantea una fuerte escisión dentro de las capas superiores de las clases medias. No hace falta aclarar, porque ya fue largamente indagado, que estos segmentos de las clases medias gerenciales en los ’90 fueron los principales impulsores de una concepción tecnocrática de la política, que ante la crisis derivó en una entusiasta celebración de las banderas de la reducción de cargos electivos, del gasto político, la derogación de la obligatoriedad del voto y la reforma electoral para eliminar las listas sábanas, dando su módica versión del QSVT como despolitización del estado.

Por su parte, la disyuntiva de validación pública de los reclamos en las asambleas también encuentra contradicciones. La reivindicación de la participación popular y el protagonismo político, se da de patadas con la creencia en las carencias o insuficiencias de conciencia que se le imputan al pueblo todo o a alguna de sus partes principales. Los poseedores del capital simbólico y cultural aspiran a gestionar y vigilar el campo de la conciencia, los modos de vida y los valores, subordinando a ellos el campo de la política. Si para las clases medias gerenciales, la política es evaluada en el plano de su congruencia con las reglas de los mercados, para las clases medias ilustradas, la política es evaluada por su

congruencia con los dictados de la conciencia. Los medios de comunicación, el estatismo y el populismo son interferencias en las pretensiones de esta expectativa de control simbólico.

j) Los procesos de colectivización posibles en un proceso de formación de clase no se sostienen, tanto en los capitales económicos y las formas de propiedad (en general no colectivizables y que introducen divisiones), sino en los poderes posicionales, simbólicos y culturales disponibles. La dominancia de poderes monádicos tiende a la opción por la movilidad individual y no, por la lucha colectiva; mientras que los capitales político, burocrático y simbólico son los que se activan y gravitan en los procesos de colectivización y lucha.

En nuestra investigación, la reactivación de capitales políticos dormidos, experiencias militantes, reservas de *habitus* de lucha incorporados, influencias familiares, capitales burocráticos inactivos (jubilados, ex jerárquicos retirados, ex dirigentes o dueños de pequeñas empresas o negocios), juegan un papel central en los procesos de colectivización y de gestación de nuevas formas de poderes causales. El reservorio de experiencias históricas de participación o militancia y la existencia de disposiciones y capacidad organizativa, de mando, de discurso público, que conforman el capital burocrático, pueden ser trasladadas a los incipientes intentos de organización y lucha. El acervo de *habitus* intelectuales y cognitivos, acceso a información y variados recursos interpretativos, disposiciones artísticas (capital cultural y simbólico) también se convierten en un factor importante de provisión de motivaciones, orientaciones y justificaciones para el proceso de colectivización. Las colectivizaciones de capitales individuales también asumieron perfiles diferentes en ambos movimientos: el capital simbólico y el político predominaron largamente entre los asambleístas, y el capital burocrático inactivo entre los ahorristas.

k) Pero la reactivación de estas diversas especies de poder causal entran en relaciones de contradicción. En las asambleas, la política es colonizada por el poder causal simbólico que tiende a resignificarla como lucha cultural, lucha por las conciencias, con el riesgo de que los resultados de estas luchas pudieran ser fácilmente capitalizados por otros actores con incidencia política¹¹. En parte de las asambleas, la acción política tiende a equivaler a la acción comunicativa-deliberativa, o a la pura movilización anclada en acciones ejemplares y gestos colectivos, discursos fuertemente performativos, que operen como “efecto demostración” de modos novedosas de vínculo social y práctica política. La reluctancia al

¹¹ Es la tesis de Adamovsky (2003) que proclama la consigna “Fuimos nosotros” para aludir la paternidad de los asambleístas sobre los módicos avances alcanzados en algunas de las demandas del movimiento a partir del 2003.

campo de la lucha política lleva incluso a cuestionar el expediente electoral y al rechazo de la gestión pública y los lugares de poder de decisión estatales o institucionales¹².

La denegación de la política fue un eje que atravesó casi todas las formas emergentes de la movilización condensada en el QSVT. Cada configuración de poder causal lo hizo a su manera: los detentadores de capital económico o capital educativo de alta calificación con valor de mercado, lo expresaron como un rechazo a la intervención de la política y el estado en el mundo privado, regido por los contratos; los que contaban con capitales educativos desvalorizados y empleos tambaleantes daban una versión nihilista y desesperanzada enmarcada en las naturalizaciones morales contrarias al mercado y al individualismo: la solidaridad, la moral, el reconocimiento debido al mérito, etc., pero se mantenían reacias a los procesos de colectivización y lucha. Bajo estas formas de movilización del capital simbólico se encontraban las fuentes más cercanas a una revalorización de identidades colectivas de “clase media”. Pero los movimientos de asambleístas nacieron como oposición a estas formas descolectivizadoras de denegación de la política. Aquéllos que movilizaron y reactivaron capitales políticos, culturales y simbólicos aspiraron a alternativizar o reformar el campo mismo de lo político o sustituirlo radicalmente por nuevas formas de vida y organización social. Estas formas de enmarcar la contestación o el desafío a la política fueron nada propensas a invocar identidades o posicionamientos de “clase media”¹³.

La aprensión al poder causal político se trasladó hacia adentro de las asambleas en los conflictos con la militancia de la izquierda partidaria y en la opción por el horizontalismo, como forma de funcionamiento que tiende a neutralizar las diferencias de capitales políticos y garantiza reglas que dan predominio al capital simbólico apuntalado por estrictas reglas de deliberación (un “burocratismo del decir, más que del hacer”, decía “Paula” de Palermo). La obturación de la conversión a capital político y organización mostró los límites de estos procesos de colectivización, no tardando en generarse un enorme desacople entre las elevadas exigencias simbólicas y la disponibilidad y predisposición militante, produciendo desavenencias, desincentivo a la participación y frustración.

l) Sin embargo, en muchos casos las asambleas también definieron rápidamente intereses de carácter político y estuvieron lejos de la imagen de “foros abiertos de eternas confrontaciones discursivas”. En muchos lugares, las asambleas trataron de incrementar sus capacidades de

¹² Prefieren las aporías del capital simbólico a las aporías de la política, diría un politólogo.

¹³ Habría una antipolítica de los poderes monádicos que rechazan la colectivización y la conversión a otros tipos de poder, y una antipolítica de los poderes posicionales que impulsan la colectivización del poder causal cultural y simbólico, pero rechazan la conversión a capital político. Por último habría una antipolítica de los poderes políticos marginales o desactivados, remanentes de luchas del pasado, que impulsan la necesidad de conversión a capital político y la colectivización, pero que terminaron desconfiando del formato asambleario. Esto produjo “fugas” de capital político hacia nuevas expresiones de la política electoral como el juecismo, ya en el 2002 en Córdoba, que terminó llevando en sus listas a referentes asamblearios, o hacia el kirchnerismo a partir de fines del 2003 de algunos miembros de la Asamblea Ovidio Lagos de Rosario, o de Florida Este y Palermo.

imponer decisiones sobre aspectos importantes de la administración de bienes públicos no excluibles a escala comunal. Las asambleas significaron una fuerte reactivación de poderes causales clasistas que habían perdido toda eficacia real en los campos de la política y las instituciones de donde habían sido desplazados, vaciados o esterilizados. En este sentido las asambleas pueden entenderse como una construcción colectiva centrada en la movilización situacional de poderes causales de clases medias y que explican su gran capacidad de desarrollo, crecimiento y multiplicación inicial. La elección de una amplia gama de temas movilizadores, esquivando el particularismo de los bienes privados excluibles, buscaban además de la posibilidad de valorizar capital simbólico, incrementar el alcance de la convocatoria y la masividad en la movilización. El tipo de selección y elaboración reivindicativa parece orientado a territorializar los intereses convocantes como recurso político, como insumo de la participación y soporte o combustible asambleario. Tarifas, precios, salud, ecología, espacios públicos, basura, corrupción en la gestión comunal, podían no constituir demandas prioritarias en términos individuales pero sí tenían un rasgo muy importante: facilitaban enormemente la colectivización de intereses y, sobre todo, daban lugar a tipos de conflictos donde el poder de la protesta y la acción colectiva desafiante aumentaba considerablemente al encontrarse antagonistas locales, al alcance de la mano y fácilmente accesibles: gerentes de sucursales de privatizadas y supermercados, funcionarios municipales y concejales, eventualmente jefes comunales, legisladores o políticos. La emergencia generalizada de este poder situacional debe permitir relativizar o ajustar las caracterizaciones de las asambleas como testimoniales “antipolíticas”.

m) A pesar del cúmulo de limitaciones y dificultades, contradicciones e incongruencias, el proceso de colectivización tuvo alcances impensados. Superó largamente las formas de coordinación simple y agregación de acciones individuales esporádicas. Debe rechazarse la idea que fueron reacciones episódicas por sumatoria de frustraciones individuales que se agotaron en sí mismas. Ambos movimientos dieron oportunidades de enmarcamiento y palancas cognitivas para entender de nuevas maneras la situación y desarrollaron procesos de elaboración colectiva de intereses. Fueron capaces de llevar a cabo innumerables acciones colectivas, enfrentar ciertos grados de persecución y represión, y lograron acaparar la atención mundial con sus intervenciones, sin contar el nivel de los impactos sobre el escenario político y la opinión pública. La ausencia de institucionalización y perduración a través de organizaciones estables, su dependencia en algunos casos de liderazgos, o de compromisos puramente personales, la débil disciplina interna y la ausencia de división del trabajo y reglas internas, no obsta para considerarlos movimientos sociales protagonistas de una rica experiencia colectiva.

Clase media, media clase o clase y media

Cuando se dice que la clase media no es clase, lo que se quiere decir, en realidad, es que no existe un proceso de formación de clase nítido, o que dicho proceso es trunco o imposible. Es decir, que no se encuentran grupos concretos, organizaciones, movimientos que la invoquen, pretendan representarla, propugnar y patrocinar intereses definidos como compartidos, movilizar recursos interpretativos identitarios, frente a otras clases o grupos. En el Capítulo II expusimos la serie de dificultades y limitaciones que, en general, el análisis sociológico atribuye a las clases medias, a saber: a) Un déficit constitutivo estructural o de condiciones “objetivas”: la dispersión y fragmentación que obedece a posiciones contradictorias o inconsistencias en sus poderes causales; b) Un déficit estratégico: su perspectiva de clase hace inconveniente estratégicamente su irrupción como clase “formada” frente a las otras clases; y c) Un déficit de conciencia o de condiciones “subjetivas”: padece de ceguera o conciencia distorsionada acerca de su propia situación.

A la luz de los hallazgos empíricos que arroja la investigación desarrollada sobre los movimientos de ahorristas y asambleístas, podemos examinar los alcances y características de cada uno de esos limitantes o posibles insuficiencias en los procesos de formación de clase. La experiencia de las asambleas barriales y de los ahorristas estafados ofrece una rica variedad de elementos de juicios sobre la estructuración clasista en los sectores medios.

a) Las condiciones de fragmentación y la heterogeneidad de inserciones en la estructura económica no sólo no implican un déficit constitutivo o incapacidad congénita para la acción y la organización colectiva, sino que, muy por el contrario, son justamente sus inconsistentes formas de articulación económica, que las someten a coerciones contradictorias y situaciones paradójicas, las que multiplican la propensión a la acción colectiva y a la protesta. Las contradicciones entre sus propios poderes causales y la exposición a coerciones cruzadas las colocan en permanente estado de “emplazamiento” en ejes de conflictos inestables. Por tanto, esta vieja advertencia de Marx sobre el déficit constitutivo de la pequeña burguesía como clase debe ser dejada de lado. Ya no se trata de explicar su pasividad o irrelevancia política sino todo lo contrario. Hay que explicar más la proliferación de luchas e intervenciones colectivas que su ausencia.

El “milagro” de la movilización instantánea, las reacciones “espontáneas”, la aparición súbita de instancias de reunión y organización colectiva, y hasta la innovación en términos de prácticas de lucha, no se circunscribe a nuestro período histórico sino que tiene un rico acervo en nuestro país que da para todos los gustos: desde la marcha de la Constitución y la Libertad

en 1945 hasta la participación masiva en organizaciones revolucionarias y puebladas veinticinco años después. No hay prácticamente período alguno de la historia reciente que no haya ofrecido fenómenos de movilización impactantes de estos sectores: desde las luchas por la educación laica a la politización estudiantil en los '60 y '70; desde las grandes movilizaciones por los DDHH y el retorno a la democracia a la Marcha Blanca docente en los años '80; las grandes luchas de empleados públicos incluyendo participaciones en puebladas en la segunda mitad de los '90; hasta las movilizaciones contra la inseguridad y los cortes de ruta de productores rurales posteriores al 2001, por mencionar sólo algunos.

Sin embargo, este propio carácter proliferativo hace que sea difícil atribuirle intereses unificados, una voluntad común, es decir, una forma de intervención unívoca sobre el orden social. Es claro que los sectores medios no logran unificar posiciones acerca de los sesgos sistémicos y las agendas institucionales. En general, no elaboran intereses en este punto y las grandes orientaciones de macropolítica económica siempre las dividen o precipitan cambios abruptos de preferencias o, directamente, reclamos inconsistentes entre sí (a favor o en contra de la apertura o el proteccionismo, de la desregulación o la intervención del estado, de más gasto público o de ajuste del gasto; de tipo de cambio alto o bajo). La constatación de que ni ahorristas ni asambleístas incluían estos temas en sus agendas exime de mayores comentarios. La ausencia de intereses unívocos y principios de organización social propios, opuestos a los de las otras clases, también relativiza la importancia del “representarse a sí misma”, ya que, justamente, no habría algún interés común a representar porque el “interés” de la clase media no se contrapone al interés de las otras clases.

La tendencia es aprovechar los sesgos sistémicos favorables de manera individual mediante estrategias de movilidad y conversión de sus capitales, y resistir los desfavorables apelando a la acción colectiva. Distan mucho de impulsar un propio sesgo de la acumulación en desmedro de las otras clases y tienden a caer constantemente en situaciones de incongruencia¹⁴. La capacidad de colectivización rápida y, al mismo tiempo, la inconsistencia de intereses y la ausencia de orientación definida en la intervención a nivel sistémico, se asocia muchas veces a la inconstancia y la irregularidad de sus luchas.

La combinación de capacidades de intervención colectiva y dispersión e incoherencia de intereses y demandas, hace que la proliferación de los conflictos que protagonizan estos sectores tenga un efecto globalmente “desorganizador” del capitalismo (utilizando libremente el concepto de Lash y Urry) o perturbador de los sesgos sistémicos. Las multiplicadas capacidades antagónicas de las clases medias, al no tener una orientación definida, introducen,

¹⁴ Una de las más curiosas, entre las tantas ya relatadas, es la de la encuesta a los asociados de AARA en el 2004 sobre la deuda pública. El 68 % estaba de acuerdo en no pagar a los acreedores externos, pero pagar hasta el último dólar a los acreedores domésticos.

por sobrecarga, tendencias dispersivas que reproducen la fragmentación y la inestabilidad, alimentando recursivamente la acción colectiva.

Las teorías de la nueva clase, que se apoyan en el ascenso de nuevos tipos de poderes causales asociados al conocimiento experto y la gestión corporativa moderna, como centro en torno al cual las capas medias podrían unificar intereses o estructurar una serie de antagonismos más regulares o estables, no puede ser aplicado cómodamente en el caso argentino. Como ya vimos, la llamada “clase de servicios”, si bien se expande, tiene una presencia menor a la de los países centrales, y también menos gravitación que la pequeña burguesía tradicional propietaria o los profesionales independientes. Por otra parte, el poder burocrático corporativo tiene en la Argentina características muy distintas. El marco de precarización y flexibilización laboral, las estructuras jerárquicas y el poder centralizado de directivos de casas matrices y dueños de las empresas, es muy amplio quitando autonomía y posibilidad de desarrollar intereses propios. Una muestra del control férreo de las cúpulas empresariales y del bastardeo de los poderes burocráticos se hizo notar en el conflicto con los ahorristas, donde aparecen grados de subordinación absurdos de gerentes y jerárquicos de los bancos. En el mismo conflicto, en cambio, aparecen tendencias a la autonomía en los lugares menos pensados: las burocracias públicas del Poder Judicial y los magistrados.

En realidad, la característica más propia de los procesos de movilización analizados ha sido la activación de capitales educativos, simbólicos y culturales “excedentes”, así como capitales sociales y políticos “dormidos” o reactivados por el curso de la crisis. Los altos niveles educativos, la tradición de cosmopolitismo y apertura cultural, la notable circulación de ideas e información, la capacidad e iniciativa para realizar una reproducción ampliada de este poder causal, la acumulación de experiencia de lucha por transmisión intergeneracional, las ricas reservas de militancia, son características que distinguen nuestra configuración particular de clases medias. Como vimos, estos tipos de poderes son los que intervienen propulsando los procesos de colectivización, lo que ayuda también a explicar la rápida capacidad de respuesta movilizadora.

En definitiva, y retomando el viejo aforismo de la “media clase”, que tan bien sintetiza la objeción del déficit constitutivo, habría que preguntarse cuál es el resultado de sumar muchas medias clases. Porque si siendo media clase es así, qué pasaría si llegase a ser una clase completa.

b) El tema de la inconveniencia estratégica de aparecer como tercer clase, o actor con intereses definidos como contradictorios con los demás actores, parece tener plena confirmación en los casos estudiados. Un posicionamiento de “clase media” obligaría a un

doble combate abierto, en función de asimetrías, reciprocidades y dependencias hacia arriba y hacia abajo¹⁵. Desde ya que este doble combate existe: ampliar las brechas con los de abajo y penetrar las fronteras de los de arriba supone ingentes esfuerzos individuales y colectivos. Es más, la mencionada indiferencia al sesgo sistémico también favorece la adopción de una estrategia definida desde una posición lateral: conseguir una posición central dentro de las estrategias de quienes sí pugnan por la formación de reglas e intervienen estratégicamente para controlar dicho sesgo. La posición pivotante permite extraer ventajas de las luchas por el sesgo sistémico, y mejores posiciones para evitar desventajas.

Pero este combate en dos frentes, esta estrategia de “tercero”, no se hace asumiendo colectivamente una posición fija, sino desdibujándola. Las estrategias de mimetización y victimización son las mayoritarias, y predominan largamente sobre aquellas –que también aparecen– que buscan afirmar la clase media contra confabulaciones de empresarios y políticos, con pobres y sindicalistas manipulados a su servicio. Las trabas para que el lugar de enunciación pueda ser construido como “clase media”, residen justamente en que el capital simbólico y el capital político reducen su eficacia previsible al “enclasar” de esta manera.

Las estrategias de posicionamiento público de ahorristas y asambleístas, en general, evitaban celosamente la figura de una “tercer clase” antagonizando al resto, mediante diversas formas de enunciación que planteaban antagonismos solamente hacia arriba. Las asambleas fueron renuentes a autoidentificarse de manera clasista e intentaron diluir sus contornos de imagen pública e incluirse como clases populares frente a las clases dominantes políticas y económicas. Pero lo llamativo es que, habiendo adoptado este tipo de posicionamiento genéricamente “popular”, estos movimientos tuvieron una notoria incapacidad de articular o buscar aliados o apoyos entre las organizaciones y movimientos de las clases populares (limitados a los grupos de desocupados más pequeños y a las fábricas recuperadas). En el terreno de apoyos o cercanías con las organizaciones populares tuvieron muchas más restricciones que las organizaciones de la pequeña burguesía industrial o comercial.

En cierta forma, las clases medias movilizadas, sobre todo a través de las asambleas, al mismo tiempo que se emplazaban en ese lugar de enunciación, pretendieron dar una disputa sobre el sentido político legítimo de “lo popular” (o a su falta de sentido, y la necesidad de

¹⁵ Es un lugar común que aparece varias veces en las entrevistas de ahorristas (aunque también presente entre algunos asambleístas) que “a la clase media hay que tratarla bien porque cuando consume es la que le da de comer a los de arriba y a los de abajo”. Este razonamiento le pretende dar un fundamento “objetivo” a la demanda de “reconocimiento” de centralidad de su papel económico para las otras clases. Pero esta terceridad está despojada de toda pretensión de antagonismo y, por tanto, no reviste carácter clasista. La definición del lugar “clase media” es completamente interesado: mientras existe riesgo de que pueda entrar en conflicto con los otros dos, se rechaza resueltamente esta identidad y se mimetiza con unos o con otros, pero si es para legitimar un beatífico trato privilegiado de las otras dos clases se asume sin ningún problema. La repetida metáfora del “pato de la boda” que se convirtió en ícono para los ahorristas de Capital, supone también una terceridad “excluida”: la crisis fue descargada exclusivamente sobre la clase media, el resto sacó solamente ventajas (la licuación de deudas, el tipo de cambio competitivo, los planes sociales, etc.).

sustituirlo por otros significantes), planteando una lucha por la “apropiación” simbólica del lugar de enunciación, incluso frente a dirigencias y estructuras políticas y sociales asociadas a la representación de las clases populares. En una medida muy importante, las asambleas no sólo no se enuncian como “clase media” sino que pretenden posicionarse directamente como las encarnaciones más legítimas del pueblo. Así, la operación simbólica clasista de su inscripción en lo popular descansa en la deslegitimación de las organizaciones populares y sus dirigentes –a los que tendían a incluir junto a la clase política– por lo que las operaciones de enclasmientos y desclasmientos dan lugar a variadas alternativas de dirimir oposiciones interclasistas hacia arriba y hacia abajo. La enunciación desde el lugar del pueblo se hace intentando reformularlo bajo sus propias reglas y planteando una disputa con los que ya detentan ese lugar de enunciación. Por consiguiente, en este punto, podría hablarse de un posicionamiento clasista que se niega a sí mismo como tal, o de un posicionamiento clasista para posicionarse no como sí, sino como otro. La estrategia del “tercero” existe pero debe quedar oculta, no puede ser proclamada para que sea eficiente.

Pero, si las clases se constituyen en el antagonismo, los posicionamientos no pueden ser producto de operaciones discursivas y decisiones estratégicas autosuficientes sino tomando las acciones y respuestas de los oponentes. El antagonismo no puede deducirse de la materialidad de la explotación o la opresión sino mediado por un exterior constitutivo, que no es sólo discursivo, una pura inscripción en un marco de injusticia u operaciones puramente representacionales. La constitución como sujeto dentro de un antagonismo no requiere sólo el concurso del capital simbólico que resignifique una determinada situación, sino también las acciones de otros agentes involucrados y contendientes.

Como la moral, la ley o el mérito, categorías centrales de la cosmovisión de “clase media” no suelen ser bases propicias para la elaboración de antagonismos, son las acciones de los oponentes las más acuciantes en la necesidad de tomar posiciones. En nuestros casos de estudio, los ajustes generalizados, el estado de sitio y la represión, las expropiaciones de depósitos, fueron actos que desbordaron el alcance de los poderes causales individuales, abriendo la necesidad de enfrentarlos con fuerzas colectivas. Las macro agresiones a los poderes causales primarios de las clases medias fueron un elemento mucho más importante que la existencia o la disponibilidad de discursos antineoliberales. La constatación de “un noventismo residual” dentro de los cacerolazos, las asambleas y, sobre todo, dentro de los ahorristas estafados, muestra la importancia de las acciones de los oponentes para estructurar antagonismos y tomar posiciones, más allá de los registros discursivos. Muchas veces los reenmarcamientos, las resignificaciones fundantes del antagonismo, son precipitados por acciones de los mismos oponentes.

Para establecer los posicionamientos es inevitable analizar la respuesta de los oponentes a la movilización desafiante de las clases medias.

Por un lado, la “clase política” luego del colapso detonado por el estado de sitio y la represión, empezó respondiendo con la renuncia de un gobierno, y luego siguió con la derogación del estado de sitio, la moratoria de la deuda externa, el cambio en el tratamiento de la protesta, la aparición de nuevos liderazgos políticos y ofertas electorales, la renovación de cúpulas en algunas instituciones (FFAA, Corte Suprema), activismo en políticas sociales y políticas económicas expansivas.

Por otro lado, el poder financiero luego de varios meses de inusual dureza, fue ofreciendo también diversas opciones mucho más concesivas. Primero forzados por los amparos judiciales, y luego por las sentencias de la Corte. Más tarde incentivados por las compensaciones oficiales por la pesificación asimétrica y por las nuevas condiciones económicas, terminaron ofreciendo a los ahorristas compensaciones por las pérdidas y nuevas oportunidades de renta financiera.

En definitiva, en ninguno de los dos casos se terminó estructurando un conflicto con tendencia al “ascenso a los extremos” y la polarización. Aun en el peor momento, las respuestas evitativas, tipo *laissez faire* a los escraches personales, o con cuidadosas represiones selectivas incruentas, delataba que los oponentes no querían entrar en un conflicto de “golpe por golpe” prolongado en el tiempo. La mejora de la situación económica y la falta de ejes que alimenten el conflicto político, luego de las elecciones del 2003 y la asunción de Kirchner, terminaron de fragilizar el proceso de movilización y colectivización de poderes causales.

La reactivación de los poderes monádicos, en general, conspira contra la valoración de los poderes posicionales sociales y políticos, e incluso puede invertir el sentido del antagonismo y aumentar la propensión a colisionar con los poderes sociales y políticos surgidos desde abajo.

La mejora económica, por un lado, y la recomposición de ofertas electorales con relegitimación de la autoridad política y activismo estatal, por el otro, mostraron que la descapitalización política y económica no resultaron rasgos permanentes sino transitorios para la mayor parte de las clases medias, alterando las condiciones de constitución de grupos organizados y estables que apelan a la acción colectiva en torno a ambos problemas. La falta de inscripción de los intereses elaborados en torno a estos reclamos en el plano de los sesgos sistémicos, coadyuva también en la inestabilidad de los movimientos y sus trayectorias de rápido ascenso y caída.

En definitiva, los posicionamientos de clases media son en buena medida dependientes de los posicionamientos de los posibles oponentes y los posicionamientos de éstos suelen no ser confrontativos, restando margen para la estructuración de antagonismos permanentes. En cierto modo, las clases medias tienen una “patente” de oposición ya que es difícil que las clases dominantes apelen a respuestas confrontativas directas contra ellas, lo que supone un incentivo adicional para incursionar en la acción colectiva, pero no para organizarse en forma permanente.

c) El supuesto déficit de conciencia, tradicional en el enfoque “miserabilista” sobre las clases medias, también debe ser revisado a partir de un punto que no puede pasar por alto: la alta reflexividad y capacidad crítica a sí misma. Una buena parte de la movilización de su capital simbólico se destinó a ajusticiarse ella misma. Los principales verdugos de la clase media los encontramos en ella misma. La autoinculpación, bastante generalizada por lo ocurrido bajo el menemismo, habla de una fuerte conciencia del “déficit de conciencia”. Los acontecimientos del 2001/2002 detonaron una crítica endémica a la falta de conciencia de la clase media que, paradójicamente, es típica de la clase media (que le sobra la conciencia). Es que la conciencia sólo puede adquirir valor en el campo simbólico con la imputación de su privación. La dureza de algunas expresiones de los assembleístas entrevistados muestran una conciencia nada autocelebratoria, ni cautiva de un egocentrismo social. Clase acomplejada, conciencia “desgraciada” si la hay, las exigencias simbólicas la ponen siempre por debajo de lo que aspira a ser.

En tanto detentadoras principales del capital simbólico, las clases medias suelen autoerigirse en “clases morales” capaces de juzgar hasta su propia moralidad. Pero los excesos de conciencia, el ensimismamiento en el poder causal simbólico, la negativa a convertirlo en otros tipos de poderes causales, lleva a una estrategia de deslegitimación sistemática de todos los otros poderes, y a la búsqueda de su propio lugar de poder mediante el mero expediente de desvalorizar simbólicamente a los demás tipos de poderes. Es en el campo simbólico donde las clases medias se enuncian como conciencia que debe dar la batalla a dos bandas.

Su espacio simbólico de legitimación de la “conciencia” se encuentra celosamente resguardado entre dos grandes rechazos: el rechazo a la lógica de la acumulación de los de arriba, pero también el rechazo a la lógica de la “necesidad” de los de abajo. En ambos casos, la conciencia se ve cediendo a la fuerza tiránica de las coerciones económicas. El capital simbólico es el que pretende regular las aspiraciones, las reglas y valores comunes, es decir, la manera de vivir en tanto libre de coerciones materiales y, desde ese lugar, pretende perpetuar

su poder de juzgar. El lugar de la conciencia es, por definición, un lugar transclasista que se coloca más allá de coerciones y antagonismos.

Este carácter de impugnación, de restar legitimidad a todas las otras formas de capital como forma de alimentar el propio poder simbólico, se ve entre los ahorristas en cómo invocan su derecho de propiedad, atacando todas las demás formas de propiedad: los empresarios industriales son ineficientes, acomodaticios, deudores morosos, los bancos cómplices y estafadores, las grandes empresas extranjeras, saqueadoras, etc., etc. Los asambleístas repiten el esquema en otro registro: los partidos tradicionales son corruptos, los de izquierda, dogmáticos y autoritarios; los movimientos sociales, en su mayoría, son clientelistas; los sindicatos, corporativos; y hasta otras asambleas son deslegitimadas por manipulación, verticalismo, oportunismo, etc. Ni siquiera la fuente electoral de capital político se salva del juicio sumario: el voto se ve como delegación pasiva, manipulada, opuesta a la participación y el compromiso, etc.

Los *clivages* simbólicos, que ordenan los discursos, parten de esta posición de conciencia con derecho a interpretar válidamente la asignación de legitimidad y valor relativo de los otros poderes causales (político, económico, social): esfuerzo y mérito acumulado (ahorro) versus especulación financiera; corrupción / incompetencia / irrepresentatividad versus honestidad / compromiso / participación; autonomía / democracia / ciudadanía versus clientelismo / populismo / autoritarismo. Mediante esta serie de dicotomías establecen simbólicamente las fronteras hacia abajo y hacia arriba. Lo que no se enuncia a nivel de los intereses materiales y políticos, se establecen con inusitada fuerza a nivel simbólico.

Pero los modos en que se realiza esta demarcación simbólica, el lugar de la conciencia, está atravesada por una notoria diferencia no exenta de una fuerte disputa entre segmentos de la clase media.

En efecto, por un lado, aquéllos que resguardados en los pilares de sus poderes monádicos, identifican la conciencia con el mérito individual, la honestidad, la responsabilidad, y otros valores individuales tradicionales. Para esta forma de enunciación típica de clase media, la identidad viene asociada a la autosuficiencia para defenderse sin apelar a poderes colectivos. La identidad de clase media, atada al mérito individual, aparece reñida con la lucha colectiva. En esta posición, la justificación clasista de la apelación a la lucha es el objetivo de restaurar los poderes causales individuales neutralizados, devaluados o desactivados ilegítimamente, dentro de los cuales no aparece, e incluso puede ser mal visto, el poder político y organizativo.

Por otro lado, aquéllos que resguardados en los pilares de capitales culturales y simbólicos, extienden la crítica deslegitimadora a los mismos poderes monárquicos, y abogan por estilos de vida colectivos, valores solidarios, inclusión, equidad, participación, etc.

Si hay algo bien claro entre la mayoría de los asambleístas es el intento de dar una disputa simbólica de base contra la visión del mundo pequeñoburguesa, privatista, egoísta, orientada exclusivamente al ascenso social e indiferente al destino colectivo y la política. Las asambleas deben entenderse, en este sentido, como una suerte de intento de “socialización simbólica”, de colocar una “cuña” cultural en el sentido común del “vecino” y operar una ruptura o una desestabilización del “fondo cultural” pequeño burgués. Oponiéndose al nihilismo y al conservatismo, los asambleístas resignificaban la sociedad civil como espacio solidario que se libra del lastre de la experiencia de los ’90¹⁶ y es capaz de convertirse en agente de cambio político.

La porfiada pugna simbólica no tardó en estructurar un antagonismo con las agencias de emisión y distribución de significados (los medios de comunicación). Las clases medias urbanas movilizadas dieron una formidable batalla por el enmarcamiento diagnóstico de la crisis que se vivía, enfrentando los marcos interpretativos que se propalaban desde los medios (“el riesgo país”, “la necesidad del ajuste”, “el caos” de las protestas populares). La reacción frente a los saqueos, el estado de sitio y la represión marcaron un hito simbólico decisivo contra la clase política tradicional y los medios de comunicación hegemónicos que trabajaban con la idea del temor al caos.

La media clase tuerta, creyéndose ciega, supo ver más que lo suficiente.

Pero la politización de las clases medias instruidas, de manera semejante a lo que ocurría con el posicionamiento “popular”, también aspira a resignificar el campo mismo de lo político, para ponerlo bajo el dominio de su capital simbólico. La política ya no puede ser una odiosa lucha por el poder que amenaza interferir con las aspiraciones de los individuos en meritocrática competencia regulada por la ley, sino que es producción colectiva de solidaridad, lazo social, compartir e integrar y, sobre todo, “concientizar”, completamente ajena a competencias electorales, manipulaciones mediáticas e instituciones jerárquicas. Así como se intentaba instaurar simbólicamente al verdadero pueblo, también se intenta instaurar una verdadera política.

La media clase tuerta, creyéndose lúcida, decreta la penumbra universal.

¹⁶ Recuerda la observación algo absurda de Luhmann (1999:181) que pensaba a los movimientos contestatarios europeos como ilegalidades desinteresadas.

BIBLIOGRAFIA Y OTRAS FUENTES DOCUMENTALES UTILIZADAS

Abercrombie, N., Hill, S. y Turner, B (ed.) (1990): *Dominant ideologies*, London, Allen & Unwin.

Adamovsky, Ezequiel (2003): “¿Qué quedó del Que Se Vayan Todos? Las elecciones en Argentina y el futuro del movimiento social”
<http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003/05/134565.php>

(2007): “Historia y lucha de clases. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado” en *Nuevo Topo Revista de historia y pensamiento crítico*, N°4, Buenos Aires.

(2009): *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Ed. Planeta.

Alberoni, Francesco (1991): *Gênese*, Rio de Janeiro, Ed. Rocco.

Alford, Robert y Friedland, Roger (1991): *Los Poderes de la Teoría. Capitalismo Estado y Democracia*, Argentina, Editorial Manantial.

Altamirano, Carlos (1997): “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, en *Prismas Revista de Historia Intelectual*, N° 3, Buenos Aires, UNQ.

Anguita, Eduardo y Minujín, Alberto (2004): *La clase media. Seducida y abandonada*. Buenos Aires, EDHASA.

Aronowitz, Stanley (2003): “Time and space in class theory” en *Power and Social Movements*, New Haven, Yale University Press.

Axelrod, Robert (1986): *La evolución de la cooperación*, Madrid, Alianza Universidad.

Bagú, Sergio (1950): “La clase media en la Argentina”, en Theo Crevenna (comp.) *La clase media en la Argentina y Uruguay*, Ed. Oficina de Ciencias Sociales, Unión Panamericana, Washington.

Barber, Benjamin (1996): *Jihad vs Mc World*, Ballantine Books, New York

Basualdo, Eduardo (2001): *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires, UNQ-FLACSO, IDEP.

Battistini, Osvaldo (coord.) (2002): *La atmosfera incandescente. Escritos políticos sobre la argentina movilizada*, Buenos Aires, Ed. Trabajo y Sociedad.

Beccaria, Luis y ot. (2002): *Sociedad y sociabilidad en la argentina de los '90*, Buenos Aires, Ed. UNGS y Biblos.

Belmartino, Alejandra (2006): *Corralito bancario judicial y humano. 5 años y algunas sinrazones de la justicia*, Argentina, Ed. Sarlep.

Bellucci, Mabel (2003a): “Cartografía de las asambleas barriales con asistencia social” en Boletín *El Puente*, 10/01/03. www.asamblea-almagro.org.ar/elpuente021.html

(2003b): “La protesta política como acontecimiento cultural” www.asamblea-almagro.org.ar/elpuente%0%29.html

Bellucci, Mabel y Mitidieri, Gabriela (2003): “Una aproximación sobre el estado actual de las asambleas barriales” <http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003>

Bensman, Joseph y Vidich, Artuhur (1995): “Noneconomic meanings of business cycles” en A. J. Vidich (ed.) *The new middle classes. Life, styles, status claims and political orientations*, Ed. Mac Millan, NY, 1995. pp. 162-166.

- Berman, Marshall (2003): *Aventuras marxistas*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.
- Bernstein, Basil (1998): *Pedagogía, control simbólico e identidad*, Madrid, Ed. Morata.
- Bielsa, R., Bonasso, M. y ot. (2002): *¿Qué son las asamableas populares?*, Buenos Aires, Ed. Continente.
- Birnbaum, Pierre (1979): *Le peuple et le gros. Histoire d' un mythe*, París, Ed. Pluriel.
- Boltanski, L. y Chiapelo, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, AKAL Ed.
- Bonnet, Alberto (2002): "Crisis, insurrección y caída de la convertibilidad. Que se vayan todos" en *Revista Cuadernos del Sur* N°33/2002, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1986): "The forms of Capital", en John Richardson (ed.) *Handbook of theory and research for the sociology of Education*, Greenwood, NY.
- (1991a): "Political representation" en Bourdieu, P. (ed.) *Language and symbolic power* pp.171-202. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1991b): "Social space and the genesis of classes" en op. cit. Pp.229-251 (1991c) *El sentido práctico*, Madrid, Ed. Taurus.
- (1998): *La Distinción. Las bases sociales del gusto*, Madrid, Ed.Taurus.
- (2001): *Las estructuras sociales de la economía*, Buenos Aires, Ed. Manantial.
- (2003): "Espacio social y espacio simbólico. Introducción a una lectura japonesa de *La distinción*" en *Capital Cultural, Escuela y Espacio social*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. (1977): *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Libro 1., Madrid, Ed. Akal.
- Brandone, Sofía y otros (2009): "Historia de lucha y resistencia. Un estudio sobre la Asamblea de San Telmo" (mimeo) presentado en Taller de investigación "Teoría e Historia de los movimientos sociales y la acción colectiva", Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.
- Briones, Claudia y ot.(2004): "Ni todos, ni alguien ni uno. La politización de los indefinidos como clave para pensar la crisis argentina" en Alejandro Grimson (comp.) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.
- Brunet Icart, Ignasi y Schilman, Fernanda Laura (2005): *Convivir con el capital financiero: corralito y movimiento de ahorristas (Argentina 2001-2004)*, Buenos Aires, Editorial Fundamentos.
- Burris, Val (1986): "The Discovery of the New Middle Class" en *Theory and Society* N°15
- (1995): "La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases" en Caravaña, J. y de Francisco, A. (comp.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias,
- Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2004): *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Ed. FCE.
- Cabral, Ximena (2006): "Control ciudadano y participación política en las Asambleas Barriales. Demandas, trayectorias y redes", en *Movimientos Sociales, experiencias históricas. Tendencias y conflictos*, Anuario N°21 de la Escuela de Historia de la UNR, Santa Fé, Ed. Homo Sapiens.
- Cafassi, Emilio (2002): *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asamableas sobre el fuego argentino*, Buenos Aires, Libros del Rojas, UBA.
- Cafiero, Mario y Llorens, Javier (2002): *La argentina robada. El corralito, los bancos y el vaciamiento del sistema financiero argentino*, Buenos Aires, Ed. Macchi.

Carabaña, Julio (ed.) (1995a): *Desigualdad y Clases Sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*, Madrid, Ed. Visor.

(1995b): “Esquemas y estructuras” en Julio Carabaña (ed.) op.cit. pp. 109-130

Carabaña, J. y de Francisco, A. (comp.) (1995): *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias.

Casullo, Nicolás (2007): “Frío en febrero: la media clase media” en Diario Perfil.
http://www.perfil.com/contenidos/2007/01/26/noticia_0057.html

Caínzos, Miguel (1995): “El concepto de estructura de clases: inventario de estrategias constructivas y esbozo de una propuesta” en Julio Carabaña (ed.) op. cit., pp. 55-94

Chihu Amparán, Aquiles (Coord) (2006): *El “análisis de marcos” en la sociología de los movimientos sociales*, México DF, Ed. Miguel Angel Porrúa.

Clark, Terry y Lipset, Seymour (1996): “Are social classes dying?” en Lee y Turner op.cit. pp. 42-48.

Cohen, Jean (1985): “Strategy of identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements” en *Social Research*, Vol. 52, N° 4.

Colectivo Situaciones (2002): *19 y 20 Apuntes para el Nuevo protagonismo social*, Buenos Aires, Ed. Mano en Mano.

Colombo, Ariel (2003): *Pragmática del tiempo, transición socialista y fases de la acción colectiva*, Buenos Aires, Prometeo.

(2006): *El futuro actual*, Buenos Aires, Prometeo.

Cominiello, S., Telechea, R., y ot. (2007): La pequeña burguesía argentina entre Malvinas y el Argentinazo, ponencia presentada en *7mo. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, ASET, Buenos Aires.

Contartese, D. y Gomez, M. (2002): “Trayectorias Laborales tempranas de Graduados Universitarios de Carreras Modernas. La búsqueda errante de una inserción profesional genuina”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, N° 14/2002, ALAST, Buenos Aires.

Coriat, Benjamin (1992): *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era electrónica*, México, Siglo XXI.

Coser, Lewis (1978): *Las funciones del conflicto social*, Buenos Aires, Amorrortu.

Craig Jenkins, J. (1994): “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”, en *Revista Zona Abierta*, N°69, Madrid, p. 5-41.

Crompton, Rosemary (1994): *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Madrid, Ed. Tecnos.

Daniel, María (2005): “Crisis socioeconómica: sintomatología mental y estrategias de afrontamiento”. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional de Córdoba.
www.mdp.edu.ar/psicologia/aacc/bole15/Tesisytesis15.htm

De Francisco, Andrés (1995): “Problemas del análisis de clase: a modo de introducción” en Carabaña y De Francisco, op. cit. pp.1-16

Di Marco, Graciela y ot. (2003): *Movimientos Sociales en la Argentina. Asambleas: la politización de la sociedad civil*, Buenos Aires, Ed. JB y UNSAM.

- Di Marco, G. y Palomino, H. (comp.) (2004): *Reflexiones sobre los Movimientos Sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. JB y UNSAM.
- Dri, Rubén (2006): *La revolución de las asambleas*, Buenos Aires, Ed. Diásporas.
- Elias, Norbert (1993): *El proceso de la civilización*, México, Ed. FCE.
- Elster, Jon (1992a): *El cemento de la sociedad. Paradojas del orden social*, Barcelona, Gedisa.
(1992b): *Una introducción a Karl Marx*, México, Siglo XXI.
(1993) *Tuercas y Tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa.
- Escolar, M., Calvo, E., y ot. (2002): “Últimas imágenes antes del naufragio: las elecciones de 2001 en Argentina” en *Desarrollo Económico* N° 165 V. 42, Buenos Aires.
- Esping-Andersen, Gosta (1993): “Pos industrial class structures: an analytical framework” en *Changing Classes stratification mobility in post industrial societies*, Canadá, Ed. GEA, Sage. pp. 7-31.
- Fernández, Ana (2002): “La lógica situacional de las asambleas: los juguetes rabiosos de los barrios”, en *Revista Campo Grupal* N° 40, Buenos Aires.
- (2003) “Las asambleas y sus relaciones. Espacios colectivos de acción directa”, en *Revista Campo Grupal* N° 44, Buenos Aires.
- Fernández, Ana M. y colob. (2006): *Política y Subjetividad. Asambleas barriales y Fábricas Recuperadas*, Buenos Aires, Ed. Tinta Limón.
- Fernández Buey, F. y Riechmann, J. (1995): *Redes que dan Libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
- Feijoo, María (2002): *Nuevo país. Nueva pobreza*, Buenos Aires, FCE.
- Feinmann, José Pablo (2002): “Filosofía de la asamblea popular” en *Página/12*, 9/02/02. <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-1697-2002-02-09.html>
- Filgueira, Cecilia (2007): “La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina” en Franco y ot., op. cit.
- Foucault, Michel (1994): *Dits et écrits*. Tomos 1-4. París, Gallimard.
- Franco, R., León A. y Atria, R. (2007): *Estratificación y movilidad en América Latina*, Santiago de Chile, Lom Ed.- CEPAL-GTZ.
- Furbank, Philip Nicholas (2005). *Un placer inconfesable o la idea de clase social*. Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Galafassi, Guido (2007): “Los movimientos sociales y su estudio en la Argentina”, en *Revista Extramuros. Movimientos sociales y pensamiento crítico*, N°2, Buenos Aires.
- García, Marina (2002): “Clases medias y nuevas formas de movilización social. Las asambleas barriales, esas delicadas criaturas”, Tesis de Grado, Buenos Aires, UNGS.
- Gargin, Enrique (2007): “El tardío descubrimiento de la clase media en la Argentina” en *Nuevo Topo. Revista de Historia y pensamiento crítico*, N° 4, Buenos Aires.
- Germani, Gino (1955): *Estructura Social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal.

(1950): "La clase media en la Argentina con especial referencia a los sectores urbanos" en Theo Crevenna (comp.) *La clase media en la Argentina y Uruguay*, Ed.Oficina de Ciencias Sociales, Unión Panamericana, Washington.

(1963): "La movilidad social en la Argentina" en Lipset, S. y ot. *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, EUDEBA.

(1981). "La clase media en la ciudad de Buenos Aires: Estudio preliminar", en *Desarrollo Económico*, Vol. 21, N° 81.

Gerteis, Joseph (1998): "Political Alignment and the American Middle Class, 1974-1994" en *Sociological Forum* N°13, pp. 639-666

Giddens, Antony (1981): *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza.

(1994): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

(1995): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.

Giddens, A. y Held, D. (1982): *Classes, Power and Conflict. Classical and Contemporary Debates*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press.

Gomez, Marcelo (1997): "La conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad en la Argentina", *Revista de Estudios Sociológicos* del Centro de Estudios Sociales - El Colegio de México, Vol XVI, No.45 (septiembre-diciembre 1997), págs. 639-689.

(2000a): "La exclusión generosa. Ingresos y empleo en los estratos medios durante el Plan de Convertibilidad" en *Democracia, Estado y Desigualdad*, Claudio Lozano (comp.), Eudeba, 2000.

(2000b): *El mercado de trabajo para los egresados universitarios recientes*, Buenos Aires, Colección: Problemática Universitaria, Editorial Universidad Nacional de Tres de Febrero.

(2003): "Social movements and collective action in Latin America: some questions on the potential political transformer of the masses' interventions" en *Revista Theomai*, N° 7, first semester of 2003.

(2008a): "Foucault y el pensamiento revolucionario. Observaciones acerca de los significados de la guerra" *Revista Bajo el Volcán*, Año 7, N° 13, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp 81-102.

(2008b): "Algunas reflexiones sobre las estrategias de reconversión del capital educativo en la Argentina de los '90: el boom de la educación superior" en *Revista Alternativas*, Centro de Estudios Universitarios, Año XII, N°53, Osorno, Chile.

(2008c): "Una caracterización de la predisposición a la acción colectiva y la participación pos 2001 en la Argentina. Resultados de una encuesta" en *Los movimientos sociales en América Latina. Pasado, presente y perspectivas*. Memorias arbitradas de las Jornadas internacionales de problemas latinoamericanos. Universidad Nacional de Mar del Plata, 26 al 28 de septiembre de 2008. Vol. 1, pp.640-655.

(2009a): "Variaciones sobre dos inventos argentinos: escrache y corralito. El caso de estrategia de guerra de los Ahorristas Estafados de Mar del Plata" en *Revista de Ciencias Sociales*, Año 1 N°16, p.125-146, Bernal, Ed. Universidad Nacional de Quilmes.

(2009b): "Los medios de comunicación y los enmarcamientos clasistas de la protesta social. El caso argentino" en *Revista Comunicación y Ciudadanía*, N°2/Julio 2009, Facultad de Comunicación Social de la Universidad Externado de Colombia, pp. 18-41.

(2009c): "Las transformaciones de la acción sindical durante los años 90 en la Argentina", en *Revista Conflicto Social*, Año 2, N°2, Buenos Aires.

Goldthorpe, J. (1995): "Sobre la clase de servicio. Sobre su función y su futuro" en Carabaña y de Francisco, *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias.

González, Horacio (2002a): "Cacerolas, Multitud, Pueblo" en *Página/12*, Buenos Aires. <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-1759-2002-02-11.html>

(2002b) "Oratoria bajo las araucarias" en *Página/12*, 24/02/02. <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/2221-1183-2002-02-24.html>

- González Bombal, Inés y ot.(2002): *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los '90*, Buenos Aires, Ed. Biblos.
- Gordillo, Mónica B. (2010): “¿Reacción o acción colectiva? La trama del “voto bronca” de 2001 en Córdoba” ponencia presentada en II Encuentro internacional de teoría y práctica política en América latina, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Mar del Plata, 3 al 5 de marzo de 2010.
- Gouldner, Alvin (1979): *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*, Madrid, Alianza.
- Guerrero, Modesto (2002): “Emergencia y desafíos de las asambleas barriales”, en *Revista Herramienta* N°19, Buenos Aires.
- Gruner, Eduardo (2004): “Subjetividad y política” en Di Marco y Palomino, op. cit. pp.129-140.
- Gurr, Ted (1970): *Who men rebel*, Princeton, University Press.
- Gusfield, Joseph (1994): “La reflexividad de los MS: una revisión sobre las teorías de la sociedad de masas y el comportamiento colectivo” (p.93-117) en Laraña y Gusfield, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Grupo de Estudios Subalternos de A. Latina (1998): “Manifiesto Inaugural” (Ed. Digital).
- Hall, John (1997): “The reworking of class analysis” en Hall, John. (comp.), *Reworking Class*, Cornell University, pp. 1-39.
- Harvey, David (2004): “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión” en Pantich y Leys (eds.), *El nuevo desafío imperial*, Buenos Aires, Merlin Press-CLACSO.
- (2008): “El neoliberalismo como destrucción creativa” en *Revista Realidad Económica*, Buenos Aires, Instituto Argentino para el Desarrollo (IADE).
<http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=2378>
- Herrero, Liliana y Mandiola, Nora (2002): *Maldito corralito. ¿Qué nos pasa a los argentinos?*. Buenos Aires, Ed. Dunken.
- Holloway, J. y ot. (2004): *Clase ≈ Lucha*, Buenos Aires, Ed. Herramientas.
- Jelin, E. (1985): *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2 vols.
- (1986): “Otros silencios, otras voces: el tiempo de la democratización en la Argentina” en Fernando Calderón (comp.) *Los movimientos sociales ante la crisis*, México DF, Ed. CLACSO e Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- (comp.) (2003): *Más allá de la Nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- (2004): “Reflexiones (localizadas) sobre el tiempo y el espacio” en Alejandro Grimson (comp.) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.
- Jorrot, Raúl (1997): *Estratificación social y movilidad. Un estudio del Área Metropolitana de Buenos Aires*, Tucumán, Ed. Universidad Nacional de Tucumán.
- (2005): “Aspectos descriptivos de la movilidad intergeneracional de clase en Argentina 2002-2005” en *Revista Laboratorio* N°17-18, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Kessler, Gabriel y Espinoza, Vicente (2007): “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires. Rupturas y paradojas” en Franco, R. y ot. op. cit.

(2003): “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina: rupturas y algunas paradojas del caso Buenos Aires” en Serie *Políticas Sociales* N° 66, Santiago de Chile, Ed. CEPAL/ECLAC.

Kohan, Néstor (ed.) (2006): *Rosa Luxemburg*, Cuba, Ed. Ocean Press.

Kocka, Jürgen (1995): “The Middle Classes in Europe” en *The Journal of Modern History* N°67, pp. 783-806.

Kuran, T. (1997): “Ahora o nunca. El elemento sorpresa en las revoluciones de Europa Oriental de 1989”, en *Revista Zona Abierta* N° 80/81, Madrid.

Laclau, Ernesto (1993): “Poder y representación” en Mark Poster (ed.) *Politics, Theory and Contemporary Culture*, Nueva York, Columbia University Press. (traducido por gentileza de Leandro Wolfson).

(2007) *La razón populista*, Buenos Aires, Ed. Fondo de Cultura Económica.

Lahire, Bernard (2006): *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.

Lamont, Michèle (1992): *Money, morals and manners: The culture of the French and the American upper middle class*, Chicago, University of Chicago Press.

Lasch, S. y Urry, J. (1998): *Economía del signo y el espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Amorrortu, Buenos Aires.

Lee, D. y Turner, B. (comp.) (1996): *Conflicts about Class*, New York, Longman.

Lewkowicz, Ignacio (2002): *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal*, Paidós, Buenos Aires.

Lichbach, Mark (1997): “Nuevas reflexiones sobre racionalidad y rebelión” en *Revista Zona Abierta*, N° 80/81, Madrid, 1997.

Liechty, Mark (2002): *Suitably Modern: Making Middle-Class Culture in a New Consumer Society*. Princeton, Princeton University Press.

Lozano, Claudio (2001): “Contexto económico y político de la protesta social en la Argentina contemporánea”, Documento de la Central de Trabajadores Argentinos, www.cta.org.ar/documentos.

Luhman, Niklas (1992): *Sociología del riesgo*, Guadalajara, Universidad Iberoamericana/Universidad de Guadalajara.

Lukes, Steven (1985): *El poder: un enfoque radical*, México, Ed. Siglo XXI.

Manzano, V. y Triguboff, M. (2010): “Las ocupaciones de espacios públicos y privados lideradas por organizaciones de desocupados y asambleas: procesos, tramas, y significaciones”, en Massetti, Villanueva y Gomez (comp.), *Movilizaciones, protestas, e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*, Buenos Aires, Ed. Nueva Trilce.

Massetti, Astor (2004): *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*, Buenos Aires, Ed. De las Ciencias/FLACSO.

Melucci, A. (1994): “Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales” en *Zona Abierta*, N°69/1994, Madrid, p. 153-177.

McAdam, D., McCarthy, J. y Zald, M. (eds) (1999): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, ISTMO.

Mc Adam, Dough (1998): “Cultura y Movimientos Sociales” en Laraña y Gusfield, op. cit. pp.43-67.

Marx, Carlos y Engels, Federico (1971): *La Ideología Alemana*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.
(1973): *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Ed. Anteo.

Marx, Karl (1975): *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Ed. Polémica.

(1980): *La guerra civil en Francia*, Ed. Progreso, Moscú.

Marx, Gary y Mc Adam, D.(1994): *Collective behavior and Social Movements. Process and structure*, New Jersey, Prentice Hall.

Meiskins Wood, Ellen (1996): *Democracy against Capitalism. Renewing historical materialism*, Cambridge, Cambridge University Press.

Millán, Mariano (2010): “Las teorizaciones actuales sobre movimientos sociales y la teoría de la lucha de clases” en Massetti y ot. op. cit., p.499-520.

Mora y Araujo, Manuel (2007): “Evidencia y conjeturas acerca de la estratificación actual en Argentina” en Franco, R., León A. y ot.

Munck, Gerardo (1995): “Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales” en *Revista Mexicana de Sociología* N°3/1995, México, p.17-39.

Murmis, M. y Feldman, S. (1992): “Posibilidades y fracasos de las clases medias según Germani”, en *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.

Naishtat, Francisco (2005): *Problemas filosóficos en la acción individual y colectiva: Una perspectiva pragmática*, Buenos Aires, Prometeo.

Neffa, Julio (1998): *Modos de regulación, regimenes de acumulación y su crisis en la Argentina (1880-1996)*, Buenos Aires, Eudeba.

Neveau, Erik (2000): *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Ed. Hacer.

Negri, A. (2003): “El trabajo de la multitud y el éxodo constituyente o el ‘quilombo’ argentino” en *Diálogos sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*, Paidós, Buenos Aires.

Negri, A. y Cocco, G. (2006): *GlobAL. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada*, Paidós, Buenos Aires.

Nun, José (1995): *La rebelión del coro*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Offe, Claus (1988): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Ed. Sistema, Madrid.

Ortega, Javier (2007): *Deuda Externa y Restauración del Estado de Derecho*, Buenos Aires, Dunken.

Ouviña, H. (2002): “Las asambleas barriales: apuntes a modo de hipótesis de trabajo”, en Rev. *Theomai*, Número Especial Invierno /2002.

(2006) “Las asambleas barriales y la construcción de lo público no estatal: la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires” – mimeo, Buenos Aires, CLACSO.

Parkin, Frank (1984): “El cierre social como exclusión” en *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*, Madrid, Espasa Calpe.

Pakulski, Jan (1996): “The dying of class or of Marxist class theory” en Lee y Turner op. cit, pp.60-70

Pasquini, L. y Remis, C. (2003): "La lógica política del corte de ruta", en *Estudios del Trabajo* N°22, Buenos Aires, ASET.

Peralta Ramos, Mónica (2006): *La política económica argentina: poderes y clases sociales 1930-2006*, Buenos Aires, Ed. FCE.

Pérez, Germán (2008): "Genealogía del quilombo. Una exploración profana sobre algunos significados de 2001" en Pereyra y ot., *La Huella piquetera*, Buenos Aires, Ed. Al Margen.

Pérez, G., Armelino, M., y Rossi, F. (2005): "Entre el autogobierno y la representación. La experiencia de las asambleas en la Argentina" en Schuster y ot. *Tomar la Palabra*, Ed. Prometeo, Buenos Aires.

Piva, Adrián (2006): "El desacople entre los ciclos del conflicto obrero y la acción de las cúpulas sindicales en Argentina (1989-2001)" en *Revista Estudios del Trabajo*, N° 31/2006, Buenos Aires, pp.23-51.

Piven, Frances y Cloward, Richard (1977): *Poor people's movements: Why they succeed, How they fail*, New York, Vintage.

Pizzorno, Alessandro (1989): "Algunas otras clases de otredad: una crítica a las teorías de la elección racional" en Foxley y ot. (comps.) *Democracia, desarrollo y el arte de traspasar fronteras*, México, FCE.

(1994): "Identidad e interés", en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid.

Portes, Alejandro (2003): "La persistente importancia de las clases: una interpretación nominalista", en *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. XXI N°61, México.

Portes, A. y Hoffman, K. (2003): "La estructura de clases en A. Latina: composición y cambios durante la era neoliberal" en *Rev. Desarrollo Económico*, vol. 43, N°171, Buenos Aires.

Poulantzas, N. (1985): *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI.

(1987): *Las clases sociales en el capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI.

Prebisch, Raúl (1984): *Capitalismo periférico, crisis y transformación*, México, Ed. FCE.

Przeworski, Adam (1988): *Capitalismo y Socialdemocracia*, Madrid, Ed. Alianza Universidad.

Rey, Maximiliano (2003): "Auge y decaimiento de la acción colectiva: un análisis desde la experiencia de las asambleas barriales de la Ciudad de Buenos Aires", en *Rev. Reflexión Política*, N°9, Colombia.

Rivas, Antonio (1998): "El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales" en *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Ed. Trotta.

Roemer, John (1989): *Teoría general de la explotación y de las clases*, Madrid, Siglo XXI.

Rosanvallon, Pierre (2009): *Contrademocracia*, Buenos Aires, Edit. Manantial.

Rude, George (1981): *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica/Grijalbo.

Sarlo, Beatriz (2006): "Furia, ilusión y melancolía" en *La Nación*, 17/12/06, http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=868042

Santos, Blas (2002): "Sujeto y Cacerolazo", *Página/12*, 18/02/2002. <http://www.pagina12.com.ar/diario/-1991-.html>

Savage y ot. (1995): *Property, Bureaucracy and Culture. Middle class formation in contemporary Britain*, Ed. Routledge, London and New York.

Scase, Richard (1982): "The petty bourgeoisie and modern capitalism: a consideration of recent theories". En Giddens y Mackenzie, *Social Class and the division of labour*, Cambridge UP London, 1982.

Schilman, Fernanda (2004): "Convivir con el Capital financiero: corralito y Movimiento de ahorristas (Argentina 2001-2004)", Tesis de Doctorado, Universidad Rovira I Virgili.

Schumpeter, Joseph (1965): *Imperialismo. Clases sociales*, Madrid, Tecnos.

Scott, James (1985): *Weapons of the weak: Everyday forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.

(1990): *Domination and the arts of resistance: hidden transcripts*, N. Haven, Yale University.

Secretaría de la CEPAL (1966): "Los nuevos grupos urbanos: las clases medias" en *El desarrollo social de América Latina en la Posguerra*, Buenos Aires, Solar-Hachette.

Smelser, Neil (1989): *Teoría del Comportamiento Colectivo*, México, Ed. FCE.

Smulovitz, Carolina (2003): "Protest by other means. Legal mobilization in the Argentinian crisis" ponencia en *Conferencia Estrategias de social accountability en A. Latina. Acciones legales, medios de comunicación y movilización*. Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires.

Snow, David y ot.(2006): "Procesos de alineamiento de marcos, micromovilización y participación en movimientos" en Chihu Amparán (Coord), op.cit.

Snow, D. y Benford, R. (2006a): "Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes" en Chihu Amparán (Coord), op.cit. pp. 83-117.

(2006b) "Marcos Maestros y Ciclos de Protesta", op. cit. p.119-153

Spivak, Gayatri (1985): *Estudios subalternos. Deconstruyendo la historiografía*, La Paz, Ed. Historias.

Stiglitz, Joseph (2002): "Lecciones de la Argentina para el desarrollo en A. Latina" en Cohen, M. y Gutman, M. (ed.) *¿Argentina en colapso? América debate*, Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo/The New School, Buenos Aires.

Svampa, M. (2001): *Los que ganaron*, Buenos Aires, Ed. Biblos.

(2005): *La sociedad excluyente*, Buenos Aires, Ed. Tecnos.

(2008): *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI/CLACSO.

Svampa, M. y Gonzalez Bombal, I. (2000): *Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo*, UNGS, Instituto de Ciencias.

Tarrow, Sidney (1997): *Poder en movimiento*, Madrid, Alianza.

Tedesco, J. C.(2008): "Son posibles las políticas de subjetividad" (p.53-64) en E. Tenti Fanfani (comp.): *Nuevos temas en la agenda de política educativa*, Buenos Aires, Siglo XXI / Unesco.

Telechea, Roxana (2006): "Historia de los cacerolazos 1982-2001" en Revista *Razón y Revolución*, N°16/06, Buenos Aires, pp.141-184.

(2007): "Las movilizaciones sociales de los ahorristas argentinos ante las confiscaciones de depósitos" ponencia en las *XI° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán.

(2008): "Ahorristas estafados sin cacerola. Movilizaciones de ahorristas, confiscaciones de ahorros y cierres de bancos entre 1980 y el 2001" presentado en Seminario: Movimientos Sociales y

- acción colectiva en América Latina, Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Terssac, Guy (1995): *Autonomía en el trabajo*, Madrid, Ed. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España.
- Tevik, Jon (2007). *Porteñologics. Sobre gusto y diferenciación social entre los porteños*, Buenos Aires, Antropofagia.
- Thompson, E. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, T. I., Barcelona, Ed. Crítica.
(1992): *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica.
(1995): *Costumbres en común*, Barcelona, Ed. Crítica.
- Tilly, Charles (1978): *From mobilisation to revolution*, NY, McGraw-Hill.
- Tilly, Charles (2000): *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.
- Tischler, Sergio (2004): “La forma clase y los movimientos sociales en América latina” en *Observatorio Social de América Latina* N°13, Buenos Aires, CLACSO.
- Torrado, S. (1992): *Estructura Social Argentina*, Buenos Aires, Ed. De la Flor.
- (2007): “Estrategias de desarrollo, estructura social y movilidad” en S. Torrado (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del Siglo XX*, T.1, Buenos Aires, Ed. EDEHASA.
- Touraine, A (1987): *El regreso del actor*, Buenos Aires, Ed. EUDEBA.
- (1997): *Podemos vivir juntos. Iguales y diferentes*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Thwaites, Mabel (2003): “La autonomía como mito y como posibilidad. Autogestión social y nuevas formas de lucha”
<http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003/02/136630.php>
- Van Parijs, Philippe (1995): “Una revolución en la teoría de las clases” en Julio Caravaña y Andrés de Francisco (comp.) op. cit. pp. 187-227.
- Van der Linden, Marcel (2003): *Globalising the Working Class Concept* en <http://www.iisg.nl/labouragain/dabate.php>
- Villanueva, E. y Gómez, M. (2003): “La demanda laboral durante el plan de convertibilidad en la argentina: comparación de fases expansivas y contractivas” presentada en IV Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, La Habana, 9 al 12 de setiembre de 2003.
- Villanova, Nicolás (2005): “Inundaciones en Capital Federal 2001. La expropiación a la pequeño burguesía y su lucha” en Revista *Razón y Revolución*, N°14/05, Buenos Aires, pp.75-86.
- Virno, Paolo (2003): *Gramática de la multitud, Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Editorial Colihue, Buenos Aires.
- Visacovsky, Sergio E. (2009). “Imágenes de la ‘clase media’ en la prensa escrita argentina durante la llamada 'crisis del 2001-2002'” en Visacovsky y Garguin (comp.), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, Antropofagia, pp. 247-278.
- Weber, Max (1972): “Clase, status, partido” en *Ensayos de sociología* I. Barcelona, Ed. Planeta.
- Wilkis, Ariel (2004): “Apuntes sobre la noción de estrategia en Pierre Bourdieu” en *Revista Argentina de Sociología*, N°3/04, Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 118-130.

Williams, Raymond (2000): *Marxismo y Literatura*. Barcelona, Ed. Península.

Wortman, Ana (2007): *La construcción imaginaria de la desigualdad social*, CLACSO, Buenos Aires.

Wright, Eric O. (1983): *Clase, crisis y estado*, España, Siglo XXI.

(1995a): “Reflexionando una vez más sobre el concepto de estructura de clases” en Julio Caravaña y Andrés de Francisco (comp.), op. cit.

(1995b): “Análisis de clase” en Julio Caravaña (ed.) op. cit.

(1995c): “Clase y política” op. cit.

(1997): *Class Counts: comparative studies in class analysis*, Cambridge University Press.

Wright Mills, Charles (1961): *Las clases medias en Norteamérica (white collar)* Ed. Aguilar, Madrid.

Zenobi, Diego (2004): “Protesta social, violencia y performances: narraciones de orden y prácticas de desorden en las marchas de los `ahorristas estafados`” Tesis de licenciatura, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Zenobi, Diego (2006): “Ahorristas de vacaciones: de Villa Gesell al HSBC. Moralidades, familia y Nación” ponencia en *Seminario Desarrollos de la investigación histórica y etnográfica sobre las clases medias en la Argentina*, Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social, IDES.

Zibechi, Raúl (2003): *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Montevideo, Nordan-Letra Libre.

OTRAS FUENTES DOCUMENTALES

ASAMBLEAS BARRIALES

“¿Cómo deben ser nuestras asambleas de vecinos?” Material para el debate.

www.asambleabanfield.250x.com

“¿Para qué sirve una asamblea?” por Adolfo M. Calvo, Asamblea de Almagro-Autónomas. 12/02/03.

www.asamblea-almagro.org.ar

Manifiesto contraelectoral, Marzo/2003. Asamblea del Cid Campeador.

<http://argentina.indymedia.org/features/asambleas/news/2003/09/133109.php>

Conclusiones Segundo Encuentro Regional de Asambleas Barriales y Organizaciones Populares, Rosario.

<http://www.plaza-belgica.com.ar/Novedades/Conc2Enc.htm>

Delincuencia y seguridad ¿Qué proponemos en la Asamblea de Banfield?

www.asambleabanfield.250x.com

Medidas para enfrentar la crisis política. Asamblea de Banfield

Votadas en la asamblea del día 11-05-2002. www.asambleabanfield.250x.com

Medidas económicas de emergencia. Asamblea de Banfield

Votadas por la Asamblea del día 4/05/2002. www.asambleabanfield.250x.com

Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Godoy Cruz (Mendoza) www.vecinosdegodoycruz.cjb.net

Objetivos de la Asamblea de San Telmo. Documento Impreso. 2003.

Modelo organizativo de las Asambleas de Vecinos de las esquinas de Palermo Sensible
www.palermoviejo.netfirms.com

Programa votado por la Primera Asamblea Popular Nacional. 17/03/02.
<http://www.autoconvocadosmdp.gq.nu/archivos/inacion.htm>
<http://www.asambleabahiense.8k.com/Asambleas.htm>

“Cabildo Abierto del pueblo de Ciudadela: ¿Porqué lo creamos?. ¿Quiénes somos?. Principios”.
<http://orbita.starmedia.com/~cabildociudadela/index.html>

Asamblea Vecinal Santa Fé y Pueyrredón. “¿Después del cacerolazo, que hacemos? No nos quedemos solamente con las palabras”. www.mycgiserver.com/~santafeypue

Asamblea vecinal de Villa Urquiza. Propuestas.
http://www.asambleabanfield.250x.com/_framed/250x/asambleabanfield/ActasdeOtrasAsambleas.html

Documento de difusión “Olla Popular: ¿Quiénes y por qué la hacemos?”. Asamblea de Angel Gallardo y Corrientes. Impreso. 2002.

Boletín Vecinal N° 1 Octubre 2002, N° 2 Diciembre 2002, N° 3 Marzo 2003, N° 4 Marzo/Abril 2004.
www.asambleawilde.8m.net

Comunicado Asamblea de Wilde sobre el CEAMSE
<http://www28.brinkster.com/asambleawilde/documentos/docuceamse001.asp>

Gacetilla “DIA DE LA BOFETADA NACIONAL A LAS PETROLERAS” www.asambleawilde.8m.net

Gacetilla “Espacio Gesto Solidario”, Asamblea de Wilde
www.asambleawilde.8m.net

Gacetilla "Las madres de las torres"
<http://www28.brinkster.com/asambleawilde/documentos/docuceamse001.asp>

Informe sobre la reunión de asambleas de la zona sur del Gran Buenos Aires.
<http://www28.brinkster.com/asambleawilde/documentos/docuceamse001.asp>

Boletín Asamblea Banfield Oeste (Agosto 2002)
http://www.asambleabanfield.250x.com/_framed/250x/asambleabanfield/ActasdeAsambleas.html

Resoluciones adoptadas en la reunión de Coordinadora Sur
http://www.asambleabanfield.250x.com/_framed/250x/asambleabanfield/ActasdeOtrasAsambleas.html

Volante Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Villa Urquiza. "Pizza Cultural"
Una porción de cultura en la Ideal Centro Cultural "Maximiliano Kosteki"

Boletín Informativo de la Asamblea de Itzaingó
<http://asambleavillaariza.tripod.com.ar/asambleavillaariza/boletin.html>

Resoluciones y pronunciamientos Asamblea Interbarrial de Parque Centenario.
27/01, 10/02, 17/02, 24/02, 31/03/,7/04, 14/04, 5/05/, 12/05, 19/05, 16/06, 23/06
http://www.palermoviejo.netfirms.com/resoluciones/pron-interbarrial-3_2.htm
<http://asambleapopulardeflores.iespana.es/asambleapopulardeflores/document/resinter.doc>

Informe basado en los mandatos escritos y presentados por las asambleas y votaciones realizadas en Parque Centenario
<http://www.palermoviejo.netfirms.com/Resoluciones/cente%2023-06-02>.

Convocatoria Segundo Encuentro Regional de Asambleas Barriales y Organizaciones Populares, Diciembre de 2002 – Rosario. <http://www.plaza-belgica.com.ar/Novedades/Conc2Enc.htm>

Colectivos de trabajo “Burbuja Latina” de Asamblea Gastón Rivas, “Ronda Hierbas y especias” del Grupo de trabajo colectivo de Mataderos, Juguetes de madera "BIEN ARGENTINO" de la Asamblea Popular de Villa Martelli, “Kale” de la Asamblea Popular Núñez Saavedra, “Fideos Artesanales” de la Asamblea Colegiales, “Pañales Nicolita” de la Asamblea Chacarita, Colegiales, V. Ortuzar y J. B. Justo y Corrientes, “APISOL” de la A. Núñez-Saavedra.
<http://www.asamblearia.com.ar/sitio/colectivos.htm>

“Escuela de economía solidaria” <http://www.asamblearia.com.ar/sitio/escuela.htm>

Talleres varios del Centro Cultural “La asamblearia”.
<http://www.asamblearia.com.ar/sitio/ccultural.htm>

Volante "Todos somos cartoneros" Zapiola y Lacroze. 17/08/2002

Gacetilla "Campaña de vacunación para cartoneros y vecinos".
<http://www.palermoviejo.netfirms.com/actividadesR.htm>

Indice de resoluciones Asamblea de Palermo Viejo. Enero/02 a Junio/03
<http://www.palermoviejo.netfirms.com/resoluciones.htm>

Volante. “Vecino ¿se nace o se hace? Una caminata crítica por el Palermo productivo de ayer y de hoy”.
<http://www.palermoviejo.netfirms.com/caminatapro.htm>

Informe Comision Salud. <http://www.plaza-belgica.com.ar/>

Resoluciones de la Asamblea Popular Bahiense
<http://www.asambleabahiense.8k.com/Propuestas.htm>

Asamblea Popular de Olivos "El que ignora la verdad es un ignorante. El que la conoce y la oculta es un criminal" <http://members.lycos.co.uk/asambleaolivos/>

Mural pintado en las paredes de Wal Mart. Ventana a la memoria. “Centro Cultural Nunca Más” de la Asamblea Popular Villa Pueyrredón. www.geocities.com/aplazadelnuncamas

Algunas consideraciones generales sobre la gestión en el Centro Cultural. El trabajo y la cultura: aproximación a las formas de gestión capitalista. www.geocities.com/aplazadelnuncamas

Convocatoria. Asamblea Villa Ariza “¿Que hacer con las elecciones tramposas?”
<http://asambleavillaariza.tripod.com.ar/convoc12.htm>

Informe. Acuífero Puelche: Una Gran Reserva de Agua en Peligro.
<http://asambleavillaariza.tripod.com.ar/asambleavillaariza/id11.htm>

Convocatoria a formar una gran cooperativa de consumo.
<http://www.autoconvocadosmdp.gq.nu/mensajes/26.htm>

Gacetilla. A tres años del 19&20 ¿Quién dijo que nos quedamos en el cacerolazo? Colectivo Lleno de Arte
http://www.asambleabanfield.250x.com/_framed/250x/asambleabanfield/ActasdeOtrasAsambleas.html

Propuesta de Salud de las Asambleas Barriales. 30 puntos. ¿Qué es la Intersalud?
<http://usuarios.lycos.es/asambleaintersalud>

Ronda de Pensamiento Autonomo en la Ciudad, un espacio de reflexion y circulacion de pensamiento libre, horizontal y democratico.
http://www.asambleabanfield.250x.com/_framed/250x/asambleabanfield/ActasdeOtrasAsambleas.html

Comunicado. Acción de desobediencia civil - Convocatoria contraelectoral. <http://www.asamblea-almagro.org.ar>

Periódico Asamblea de Villa Urquiza 2002 N° 1.
http://www.asambleabanfield.250x.com/_framed/250x/asambleabanfield/ActasdeOtrasAsambleas.html

Periódico QSVT N° 3/2004. Buenos Aires: Comisión de Prensa y Comunicación del Plenario de Asambleas Autónomas.
http://www.asambleabanfield.250x.com/_framed/250x/asambleabanfield/ActasdeOtrasAsambleas.html

Negocios sucios en Vicente López. La Asamblea de Florida Este se pronuncia en contra de las excepciones al Código de Ordenamiento Urbano
<http://www.sindominio.net/afe/554.htm>

“El ideario asambleario”. Documento del Movimiento de Acción Unificadora (ex integrantes de Asamblea Ovidio Lagos). Impreso. Abr/04.

AHORRISTAS ESTAFADOS

Bases de Proyecto Para una Solución a los Depositantes Afectados por la Pesificación. ABAE. Ahorristas Bancarios Argentinos Estafados www.ahorristasestafados.com.ar

De cómo la justicia deviene en medicina social.
<http://www.ahorristasplatenses.8m.net/nuestrosdocumentos.htm>

El ahorro o el robo. Esta es la cuestión. <http://www.ahorristasplatenses.8m.net/nuestrosdocumentos.htm>

Algunas de las 500.000 historias de la vida de los Tenedores de bonos argentinos, sin JUSTICIA.
<http://www.aara.org.ar>

¿Sabe porqué los ahorristas aún reclamamos en las calles? Ahorristas Rosarinos Autoconvocados. 28/11/2004 www.ahorristasestafados.com.ar

La gazeta del ahorrista N°1 a N°20 Abril/02 a Mayo/03 www.ahorristasestafados.com.ar

Criterios básicos para la elaboración de un proyecto de ley consensuado. J. J. Guareschi (n). Buenos Aires, 31 de julio de 2002. www.ahorristasestafados.com.ar

Responsabilidad del Fondo Monetario Internacional por sus acciones u omisiones en el asesoramiento y auditoría de la República Argentina y su influencia negativa desde 1991/2001. Comisión integrada por los doctores Juan José Guareschi (nieto) y Rodolfo Rossi y por el Arquitecto Fernando López www.ahorristasestafados.com.ar

Ahorristas Platenses. Resumen histórico. http://www.ahorristasplatenses.8m.net/AhPI_historia.htm

Declaración de posición, fundamentos, propuestas y acciones a seguir de los Ahorristas Platenses.
<http://www.ahorristasplatenses.8m.net/nuestrosdocumentos.htm>

“El ahorro o el robo. Esta es la cuestión” Sección Documentos de los Ahorristas Platenses
<http://www.ahorristasplatenses.8m.net/nuestrosdocumentos.htm>

CASOS SELECCIONADOS Y RESUMEN DE TRABAJO DE CAMPO REALIZADO

GRUPO ESTUDIADO	Cantidad de entrevistas a participantes	Cantidad de entrevistas a No participantes y Antagonistas	Cantidad de Documentos, comunicados, boletines, volantes, producciones del grupo	Observaciones realizadas de actividades, movilizaciones o reuniones.
Asamblea de Almagro (Angel Gallardo y Corrientes)	5	1	10	1
Asamblea de Bajo Belgrano	4	1	2	0
Asamblea de Florida Este (Vicente Lopez)	2	1	9	1
Asamblea "Gastón Riva" (Caballito)	2	0	2	1
Asamblea de Godoy Cruz-Mendoza	3	2	1	0
Asamblea Ovidio Lagos-Rosario	4	4	24	0
Asamblea de Palermo (Scalabrini Ortiz y Córdoba)	2	1	1	0
Asamblea de Parque Avellaneda-La Alameda	4	0	4	1
Asamblea Popular de San Telmo	2	2	2	2
Asociación de Ahorristas de la República Argentina (AARA)	3	0	5	0
Ahorristas Bancarios Argentinos Estafados (ABAE)	2	1	5	2
Ahorristas Estafados – Grupo Diagonal y Florida	2	1	0	2
Ahorristas Estafados de Bariloche	1	0	0	0
Ciudadanos Estafados de Mar del Plata	14	13	3	34*
Ahorristas Platenses Autoconvocados	10	1	7	0

*Incluye videos de protestas, actos y escraches bancarios con fuente en coberturas noticiosas de canales 8 y 10 de Mar del Plata y canales Crónica TV, TN y América TV.

BREVE REFERENCIA A CADA UNO DE LOS CASOS SELECCIONADOS**Asamblea de Bajo Belgrano**

Empezó con algunos vecinos en la esquina de Echeverría y Libertador días antes del 19 de diciembre. También se hacían reuniones en casas particulares. La noche del 19 de diciembre se reúnen más de 500 personas y un grupo decide seguir juntándose para llevar adelante diversas iniciativas. Entre las más importantes se cuentan una campaña de esclarecimiento sobre la deuda externa. En junio/02 instalan un comedor popular en la misma plaza donde concurren cartoneros y sin techo, para lo cual contaron con apoyos de vecinos y también realizaron tratativas con el CGP de la zona. Es una asamblea que fue renovando sus participantes con muchas deserciones y otros que se sumaron tardíamente. La mayoría de sus

participantes más activos son profesionales adultos mayores varones algunos con inserciones laborales en empresas grandes, que se combinan con una presencia minoritaria de algunos jóvenes estudiantes, recién graduados y vecinas amas de casa. Hubo escasa presencia de militancia de izquierda partidaria. Dejaron de funcionar en el 2005.

Asamblea de Florida Este

Surge la noche del 19 de diciembre luego del cacerolazo hacia la Residencia de Olivos, impulsada originalmente por miembros del FRENAPO que se reunían en la plazoleta de la Estación del FFCC Mitre. Al comienzo nucleó una gran cantidad de vecinos, muchos de los cuales habían sido afectados por el corralito bancario. Al comienzo realizaron escraches a bancos y asesoramiento a ahorristas. Luego de un proceso de decantación se abocaron prioritariamente a temas de política local sobre todo en cuestiones de corrupción, DDHH (gatillo fácil), medio ambiente y oposición a la urbanización de la costa ribereña. Intentaron tomar un local abandonado de canchas de paddle. Hasta el 2006 tenían un programa de radio en una FM local. El perfil de los participantes más activos es de profesionales independientes adultos mayores de ambos sexos, algunos con inserción en empresas grandes, comerciantes y algunos estudiantes. Hubo presencia de militancia política de izquierda partidaria sólo al comienzo. Permanecen en actividad hasta hoy.

Asamblea de Almagro (Ángel Gallardo y Corrientes)

Se reúne por primera vez la noche del 20 de diciembre del 2001 en el Parque Centenario luego de un cacerolazo. Al otro día se vuelve a reunir y se hace la bandera Asamblea de Almagro. Posteriormente comienzan a reunirse en la esquina de Corrientes y el Pasaje Aníbal Troilo. En las primeras semanas las reuniones alcanzan las cien personas y luego van decreciendo. Impulsan escraches, participan en marchas y articulan con diversos colectivos culturales, entre ellas, la murga “Cachengue y sudor”. En junio del 2002 comienzan a realizar una olla popular casi a la salida de la estación del Subte B. Hacia fines del año 2002, el perfil de los militantes más activos era de jóvenes con niveles educativos superiores, unidos por relaciones personales de afecto y amistad, con formación predominantemente de izquierda no encuadrada y de ex militantes partidarios. Hubo fuertes disputas con la militancia de izquierda partidaria y también con otros sectores políticos del CTA, FRENAPO y el ARI. Permanecen en actividad.

Asamblea “Gastón Rivas” de Caballito

Surge a partir de un Centro Cultural que funcionaba en una Biblioteca Popular que alberga a grupos juveniles escindidos de las grandes asambleas que se realizaban en Parque Rivadavia y José María Moreno y Rivadavia. Previamente habían tomado en marzo del 2002 unos galpones municipales en desuso frente al Parque Rivadavia. La característica fundamental de la asamblea es la disparidad de edades ya que la mayoría de jóvenes universitarios (especialmente de sociales y humanidades) se combina con algunos miembros de edad avanzada que habían estado vinculados al Partido Comunista y eran los que sostenían el Centro Cultural y la Biblioteca. Desarrollaron actividades culturales y artísticas, festivales, participan en escraches pero tienen un menor interés en la coyuntura política que otras asambleas. Hacia el año 2007 permanecían en actividad.

Asamblea de Godoy Cruz, Mendoza.

Surge luego de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre como resultado de los cacerolazos, bocinazos y marchas que se suceden en el llamado “Km. 0” céntrico de la Ciudad de Mendoza. El perfil fundamental eran comerciantes, profesionales, docentes, empleados, amas de casa, pero en general no había ni jóvenes ni viejos. Al comienzo se reunían en una plaza y en casas particulares. Adoptaron el escrache a políticos locales como su principal forma de lucha, y a la presión de la denuncia sobre el Consejo Deliberante como su estrategia fundamental. Tuvieron éxito en la remoción de dos ediles y la cancelación de contratos con

proveedores, a partir de las repercusiones de sus denuncias. El desgranamiento se produce tempranamente y ya en el año 2003 unos pocos de sus miembros deciden seguir pero no ya como asamblea sino como Centro Comunitario en una barriada popular cercana con muchas problemáticas sociales. Se mantienen muy activos (cocina popular, festivales, microcréditos, integración con escuelas, murga, deportes).

Asamblea Ovidio Lagos de Rosario

Surge luego del cacerolazo de la noche del 19 de diciembre y la concentración en el Monumento a la Bandera. Su primera bandera fue el repudio a las muertes por la represión en Santa Fe y en la Capital Federal. Comenzaron reuniéndose en una escuela pero recién en febrero/02 y por iniciativa de un par de vecinos se hizo una convocatoria a través de un volante que ponía como punto de encuentro Ovidio Lagos al 1200, a la que fueron cerca de 500 personas con una destacada participación estudiantil y de jóvenes. Terminó siendo una de las asambleas más activas de la ciudad. Sus iniciativas hicieron foco en las privatizadas, realizaron escraches y plebiscitos por el agua, las telefónicas, y también cuestionamientos a la intendencia y los poderes comunales por cuestiones de gasto, presupuesto y obras. Se disolvieron a fines del año 2005, aunque algunos de sus ex participantes formaron otros colectivos políticos que se sumaron al kirchnerismo.

Asamblea de Palermo (Scalabrini Ortiz y Corrientes)

También surge de las movilizaciones y cacerolazos del 19 y 20 de diciembre en el epicentro de la movilización de las clases medias ya que para ese entonces se reunían en las esquinas de Mario Bravo y Córdoba, en Scalabrini Ortiz y Santa Fe, en Malabia y en Plaza Serrano. Algunos miembros venían o iban a otras asambleas. Fue una asamblea conflictiva por las disputas internas sobre todo con la militancia de los partidos de izquierda y por la importancia que daban al debate político y las cuestiones de coyuntura. Impulsaron escraches, actividades solidarias, boletines, charlas. El perfil era de clase media de profesionales universitarios adultos de ambos sexos, con presencia de jóvenes. Los impulsores eran ex militantes de épocas anteriores no encuadrados y algunos militantes del ARI, el FRENAPO, y AyL. Se disolvió a mediados del 2004.

Asamblea de Parque Avellaneda

Surge de las movilizaciones del 19 y 20 de diciembre pero también en respuesta a la situación de urgencia social en el barrio de clases populares. La primera iniciativa es una olla popular. Aunque la conformación inicial convocaba a militantes encuadrados y no encuadrados de izquierda, concurrentes a los comedores y vecinos del barrio, rápidamente se hizo una decantación, hubo escisiones y la Asamblea focalizó su trabajo en las demandas y problemas de los sectores de clases populares, sobre todo lo referido a la explotación en los talleres textiles y la situación de minorías inmigrantes (especialmente bolivianos) con problemas de vivienda, documentación, trabajo, etc. Hacia el 2003 ya habían ocupado un importante local y se constituyeron en Cooperativa “La Alameda” en donde impulsan varios emprendimientos productivos. También impulsaron la formación de una representación gremial de talleristas textiles y realizaron acciones de protesta contra la explotación en esos talleres con gran repercusión mediática. La conformación del grupo con mayor nivel de participación es de ex militantes de partidos de izquierda y miembros activos de la comunidad boliviana, talleristas, entre las que se destaca una buena cantidad de mujeres.

Asamblea de San Telmo

Surge de las movilizaciones del 19 y 20 de diciembre pero sobre la base de un nodo del Club del Trueque que había sido organizado por un grupo no encuadrado ex militante de los años '70. Rápidamente en la asamblea convergen sectores de clases medias y sectores de clases populares de los hoteles, inquilinatos y casas tomadas de la zona. Luego de algunas disputas internas, se produce una separación y la asamblea hace eje en las problemáticas de las clases

populares, en general minorías inmigrantes indocumentados con serios problemas de vivienda y trabajo. La asamblea realiza infinidad de actividades pero su eje central es la toma de viviendas abandonadas, su acondicionamiento para vivienda, y la defensa de los inquilinos frente a hoteleros y locadores. Ha participado electoralmente y también ha organizado algunos emprendimientos productivos, comedores, ayuda escolar, etc. La conformación de sus miembros activos es de ex militantes de izquierda, mujeres y jóvenes de los inquilinatos o casas tomadas. Utiliza tácticas de acción colectiva agresivas y negociación dura con sus antagonistas.

Asociación de Ahorristas de la República Argentina (AARA)

Se forma a mediados del 2002 aunque se formaliza como Asociación Civil recién un año después. Es un intento de darle soporte organizativo e institucional a una buena cantidad de grupos y personas que participaban en grupos o foros de la Web. Abogaban por la acción institucionalizada y al principio no difundían los escraches aunque sí participaban en convocatorios a actos o marchas. Reunían a ahorristas bancarios y bonistas locales (acreedores de la deuda pública soberana). La mayor parte de sus participantes más activos eran adultos mayores profesionales, muchos de los cuales detentaban niveles jerárquicos en el sector privado y en menor medida en el sector público. También había algunos comerciantes y no faltaba la presencia activa de algunos miembros de clases populares. Era destacada la actividad desarrollada por varias mujeres. Luego del canje de la deuda en el año 2005 y los fallos de la Corte Suprema de Justicia sobre los reclamos de los depositantes bancarios, siguieron la actividad solamente a través de un Website como difusión, análisis y comentarios que dejó de funcionar recién en el 2010.

Ahorristas Bancarios Argentinos Estafados (ABAE)

Es un grupo informal que proviene de las reuniones espontáneas que comenzaron a hacer los ahorristas en Callao al 100 ya en diciembre. No participaban de los escraches a los bancos aunque sí al Palacio de Tribunales y realizaban actos públicos y marchas al Congreso y a la Casa de Gobierno y al Ministerio de Economía. Excluían explícitamente a otras categorías de damnificados por las medidas cambiarias y financieras. Reciben un fuerte impulso cuando se acercan a Nito Artaza. Sin mayores niveles de organicidad, se manejaron en gran medida a través de foros de Internet. La constitución del grupo más activo estaba dominada por profesionales, especialmente economistas, abogados y contadores, aunque también había arquitectos e ingenieros. En una segunda línea había buena cantidad de jubilados en donde también se destacaba la cantidad de mujeres. Igual que al resto de los grupos de ahorristas se fueron eclipsando a partir de las sentencias de la Corte Suprema de Justicia en el año 2005. Con el apoyo de Nito Artaza, un pequeño grupo continuó realizando protestas y actos frente a Tribunales hasta fines del 2007.

Ahorristas Estafados - Grupo de Diagonal y Florida

A partir de enero del 2002 varios ahorristas que participaban de las reuniones de Callao y gente convocada a través de los foros de la Web, motivada por el ejemplo del ahorrista Marcelo Wakstein que a modo de protesta se instaló dentro del banco como si estuviera en la playa, comenzaron a reunirse en esa esquina del microcentro y a marchar por la zona bancaria escrachando a las entidades hasta tres veces por semana. En este grupo era muy visible la participación de ancianos, indemnizados, mujeres y mucho menor la participación de profesionales o comerciantes. Salvo las principales impulsoras con algunos antecedentes de participación, el resto carecía de experiencia anterior. Fueron objeto de represión y persecución judicial. Entre los participantes más activos e impulsores descollan mujeres pertenecientes a clases populares. Algunos de estos ahorristas siguieron realizando protestas callejeras, con el apoyo de Nito Artaza, frente a Tribunales, o el BCRA.

Ciudadanos Estafados de Mar del Plata

Realizan sus primeras convocatorias a reuniones a mediados de enero del 2002 y rápidamente logran una gran masividad. A partir de febrero comienzan a manifestarse frente a los bancos de la ciudad y a partir de marzo desarrollan una estrategia de escraches agresivos sobre las instituciones bancarias con una frecuencia dos veces por semana. Estaba compuesto mayoritariamente por jubilados y ancianos, algunos enfermos, y liderado por comerciantes y pequeños y medianos empresarios, sin mayores antecedentes o experiencias de movilización anterior. Sin ninguna duda constituyen el grupo de ahorristas con mayores capacidades organizativas y de acción colectiva. Con el apoyo de la Justicia Federal de Mar del Plata, que concede los amparos y la devolución de los depósitos en dólares a los ahorristas, y las resistencias de los bancos a cumplir dichos mandamientos judiciales, intensifican los escraches que se convierten en parodias y avanzan en escraches domiciliarios a gerentes y directivos de los bancos. Hacia el año 2004 habían logrado el cumplimiento casi total de la devolución de los depósitos y se disuelven en marzo del 2005 con un gran acto de cierre donde concurrió el propio intendente de la ciudad de Mar del Plata.

Ahorristas Platenses Autoconvocados

Surgen a partir de la convocatoria realizada a través de un documento y una solicitada en un diario de la ciudad de un grupo de ahorristas, algunos de los cuales eran profesionales de reconocido prestigio en la ciudad. Luego de las primeras reuniones, el grupo se divide cuando la mayoría de los numerosos concurrentes deciden marchar a la zona bancaria para escrachar a las entidades, en contra del criterio del grupo convocante. El núcleo de participantes más activos también tenía mayoría de profesionales e incluso algunos funcionarios estatales y personal jerárquico de empresas, pero no faltaban empleados y trabajadores indemnizados, mucamas y docentes. Los principales impulsores pasan a ser en su mayoría profesores universitarios (sobre todo arquitectos) y algunos miembros de clases populares. También era destacada la presencia de jubilados y ancianos. Durante el año 2002 realizaron protestas, actos, y escraches incluyendo no solo bancos sino a domicilios de algunos políticos y funcionarios. Hacia el 2003 los escraches ya pierden concurrencia aunque las reuniones y algunos actos se realizan hasta el 2005 cuando dejan de reunirse.

Ahorristas Estafados de Bariloche

Surgen a partir de una convocatoria realizada en febrero del 2002 por un director de escuela que tenía atrapada en el corralito el dinero de la Asociación Cooperadora. Su suman sobre todo comerciantes y algunos docentes. Las presencias de profesionales y abogados son más reducidas. Realizan escraches, volanteadas, comunicados de prensa, reciben orientación legal y se reúnen también con representantes políticos locales. El movimiento se diluye a fines del 2002 ante los rechazos de los amparos presentados en los tribunales de la zona.

Perfil personal de los entrevistados

Asamblea Ovidio Lagos

Ramón, empleado municipal, 58 años, educación secundaria, de Rosario. Pasó por la experiencia de la militancia revolucionaria radicalizada de los '70 en el ERP. Estuvo en la cárcel entre 1971 y 1973. Se exilió en Barcelona durante la dictadura y se reinstaló definitivamente el país en el '93.

Carlos Duzán, productor de seguros, 70 años, 40 años afiliado al PC y fuerte participación social en el Centro Yugoslavo y militancia antiperonista.

Fabián, 40 años, comerciante de librería, educación secundaria, escasa participación política previa aunque con cierta sensibilidad por el tema de DDHH.

Agustín, 52 años, arquitecto, se reconoce sin participación en organizaciones, salvo en centro de estudiantes secundarios y en marchas por DDHH, contra la dictadura, y contra Menem. Influencias familiares y tuvo problemas de empleo durante los '90.

Asamblea de Godoy Cruz

Milton Altschuler, 68 años, ingeniero electricista, jubilado, trabajó en la empresa provincial de electricidad de la cual fue desvinculado con la privatización en los '90. De familia de origen centroeuropeo, vivió de chico en Uruguay. Tuvo participación política en los años '70 en la Universidad y también en el Colegio de Ingenieros. Cuando se disuelve la asamblea en el 2003 sigue participando en un Centro Comunitario en un asentamiento.

Asamblea Gastón Rivas

Luciana, 21 años, estudiante de antropología, sin antecedentes de participación pero sí algunas influencias familiares.

Jorge, 60 años, ex encargado de fábrica, subocupado, con 40 años afiliado al PC, participaba en el Centro Cultural y la Biblioteca Popular.

Asamblea de Almagro

Adrián, 43 años, maestro, delegado en gremio docente UTE secundaria, tuvo militancia en partidos de izquierda y antecedentes familiares. Sufrió fuertemente en lo personal y en la militancia el período menemista.

Gabriela, 42 años, profesora de inglés, dice que "...hasta el 19/12 era la Sra. Gorda del barrio", ama de casa. Familia tradicional, con experiencia de vivir en el exterior.

Lucas, 25 años, profesor de música, sin experiencia política anterior y escasa influencias familiares, pero con gran compromiso militante y preocupaciones ideológicas y políticas.

Asamblea de Bajo Belgrano

Bruno, 58 años, ingeniero electrónico, dirigente empresarial, fuerte participación en asociaciones de la pequeña y mediana empresa, en clubes deportivos y también en el Instituto Programático de la Alianza. Experiencia en protestas desde "laica o libre" y la Noche de los bastones largos hasta marchas por los DDHH.

Rubén, 60 años, ingeniero en comunicaciones, más de 40 años de militancia, sobreviviente del proceso. Dirigente estudiantil en el '71. En el '83 participó dos o tres años en el radicalismo de Chascomús. Quedó desocupado durante los '90 aunque pudo recomponer su actividad profesional como autónomo.

Jimena, 28 años, diseñadora gráfica y estudiante de posgrado, sin experiencia de participación pero con antecedentes familiares. Padre gremialista docente que fue perseguido durante la dictadura.

Caro, 51 años, fotógrafo, sin mayores antecedentes de participación política o social pero con inquietudes y alguna influencia familiar.

Asamblea de Palermo

Claudia, 46 años, docente universitaria de antropología, con participación estudiantil y en la Gremial docente. También tiene alguna experiencia de trabajo social. Participó en la primera protesta contra la dictadura en la que fue detenida. Abuelos, padres y tío con militancia partidaria de izquierda. Sufrió problemas económicos y de empleo durante los '90.

Asamblea de Parque Avellaneda

Gustavo Vera, maestro, 41 años, ex militante de izquierda avezado, dirigente del gremio docente en los '80 que en los '90 se va del PO.

Néstor, 32 años, oficial panadero, educación secundaria, con antecedentes de militancia gremial y en partidos de izquierda.

Sasha, 27 años, encargado fotocopia de la cooperativa la Alameda, con educación secundaria, ex militante con experiencia sindical.

Pamela Martínez, 28 años, educación primaria, costurera textil de origen boliviano, sin participación política aunque con antecedentes familiares del abuelo y el padre en la izquierda de Bolivia. Dice que antes de entrar a la Asamblea "Era ajena a todo, tenía trabajo fijo, veía que los piqueteros cortaban y los puteaba...no me daba cuenta lo que estaba pasando". Votante de Menem en el 2003.

Asamblea de San Telmo

Ana, 56 años, ex comerciante, militante de izquierda en los años '70. Larga historia de participación social y política.

Rubén Saboulard, 54 años, ex comerciante, militante de izquierda en los años '70 con larga historia de participación social y política en la izquierda revolucionaria.

AARA

Báez Silva, 54 años, contador, dirigente de AARA, sin participación política excepto algunas marchas como contra el derrocamiento de Salvador Allende en 1973. "Yo era de esos que vivía en mi mundo y me parecía mal cuando las Madres hablaban de la dictadura durante el mundial '78". Fue funcionario jerárquico en la Auditoría General de la Nación durante los '90 a la cual terminó renunciando.

Roberto Kalauz, 52 años, economista, bonista. Militante estudiantil del PST a mediados de los '70. Participó en la huelga del '75 en Villa Constitución donde estuvo detenido. Vivió en el exterior. A partir de los '80 se dedicó a su profesión.

Diagonal y Florida

Marcelo Wakstein, 50 años, Plomero y gasista, iniciador del movimiento de los ahorristas de Capital. Comenzó el movimiento cuando por motu proprio se presentó en su banco con su mujer y sus dos hijos con sombrillas y lonas para pasar sus vacaciones allí, logrando gran repercusión mediática. De joven estudió teatro en el IFT. No tiene antecedentes de participación salvo contra el derrocamiento de Allende en 1973.

Argelia Cruz, 50 años, ex quiosquera, desocupada, líder de los Ahorristas del grupo, tucumana, descendiente de pueblos originarios, educación primaria, con diversas experiencias de participación. Se identifica como peronista y participó en diversas marchas y protestas contra las políticas de los '90. También colaboró con la candidatura de Ibarra. Casada con un abogado. Durante los años '90 tenía trabajo e ingresos.

Fanny Sanabria, 55 años, trabajó en diversas actividades, especialmente en servicio doméstico y como cocinera, de nacionalidad paraguaya, educación secundaria incompleta. No tiene antecedentes de participación o interés en la política pero sí experiencia en reclamos barriales. También fue miembro y presidenta de AARA.

Mar del Plata

Martha Abacchián, 41 años, periodista de prensa, tiene un hermano desaparecido, antecedentes de militancia en HIJOS y en muchas protestas en los '90. Ahorraba para comprarle la parte de la casa al ex marido.

Pedro Di Ranni, 54, ex despachante de aduana y comerciante gastronómico, desocupado, educación universitaria incompleta. Sin influencias familiares y con escasos antecedentes de protestas estudiantiles. Operaba con los bancos y tenía varias cuentas. El corralito y la pesificación afectaron lo que había cobrado por la venta de un fondo de comercio.

Juan Carlos Lere, 46 años, comerciante (salón de fiestas infantil), educación secundaria. Sin influencias familiares y con nulos antecedentes de participación en protestas.

Susana Mayorga, 43, vendedora, ex obrera del calzado, viuda de un caído en el Gral. Belgrano en Malvinas, con una hija grande. Mucho desinterés por la política y sin participación anterior en protestas.

ABAE

Patricia Rocca, 59 años, ama de casa y rentista inmobiliaria, divorciada con hijos mayores, proveniente de una familia de alcurnia con padres jueces y propietarios de tierras. Sin antecedentes de participación política pero el padre fue apoderado del PJ.

Nito Artaza, 49 años, actor cómico y empresario teatral, de gran éxito durante los años '90, con fuerte influencia familiar del padre que había tenido participación en el radicalismo.

Fernando, 54 años, arquitecto, con participación estudiantil anterior, estaba con problemas de empleo a partir del 2000 pero había realizado obras importantes durante los años '90.

Ahorristas de Bariloche

Claudio Padra, 41 años, matemático investigador CONEA, antecedentes de militancia gremial en los municipales de Capital después del '83. Influencias familiares de padres y hermanos de militancia peronista en los '70.

Ahorristas Platenses Autoconvocados

Constantinis Di Renato, 59 años, economista y abogado, larga carrera de director de empresas. Becado 5 años por el gobierno de Italia en los '60 participó en las ocupaciones de la Universidad en Milán.

Osvaldo Filardi, arquitecto, 67 años, ahorrista platense, profesor en la UNLP, con algunos antecedentes de participación política en los '70.

Gina Martínez, 34 años, trabajadora del servicio doméstico, con familia a cargo, sin experiencia política anterior.

TABLAS DESCRIPTIVAS DE ASPECTOS RELEVANTES DE LA MUESTRA DE ENTREVISTADOS

TABLA 1

Tramos de edad * Movimiento al que pertenece * Tipo de vinculo con el movimiento Crosstabulation

Tipo de vinculo con el movimiento	Tramos de edad	Hasta 25 años	Count	Movimiento al que pertenece		Total
				Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Participante calificado (líder, vocero, iniciador, etc.)	Hasta 25 años	Count	2			2
		% within Tramos de edad	100,0%			100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	14,3%			8,5%
		% of Total	8,3%			8,5%
	26 a 45 años	Count	5	1		6
		% within Tramos de edad	83,3%	16,7%		100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	35,7%	10,0%		25,0%
		% of Total	20,8%	4,2%		25,0%
	46 a 60	Count	5	8		13
		% within Tramos de edad	38,5%	61,5%		100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	35,7%	80,0%		54,2%
		% of Total	20,8%	33,3%		54,2%
Más de 60 años	Count	2	1		3	
	% within Tramos de edad	66,7%	33,3%		100,0%	
	% within Movimiento al que pertenece	14,3%	10,0%		12,5%	
	% of Total	8,3%	4,2%		12,5%	
Total	Count	14	10		24	
	% within Tramos de edad	58,3%	41,7%		100,0%	
	% within Movimiento al que pertenece	100,0%	100,0%		100,0%	
	% of Total	58,3%	41,7%		100,0%	
Participante activo (militante)	Hasta 25 años	Count	3			3
		% within Tramos de edad	100,0%			100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	30,0%			13,0%
		% of Total	13,0%			13,0%
	26 a 45 años	Count	5	2		7
		% within Tramos de edad	71,4%	28,6%		100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	50,0%	15,4%		30,4%
		% of Total	21,7%	8,7%		30,4%
	46 a 60	Count	2	8		10
		% within Tramos de edad	20,0%	80,0%		100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	20,0%	61,5%		43,5%
		% of Total	8,7%	34,8%		43,5%
Más de 60 años	Count		3		3	
	% within Tramos de edad		100,0%		100,0%	
	% within Movimiento al que pertenece		23,1%		13,0%	
	% of Total		13,0%		13,0%	
Total	Count	10	13		23	
	% within Tramos de edad	43,5%	56,5%		100,0%	
	% within Movimiento al que pertenece	100,0%	100,0%		100,0%	
	% of Total	43,5%	56,5%		100,0%	
Participante pasivo, intermitente	26 a 45 años	Count	1	2		3
		% within Tramos de edad	33,3%	66,7%		100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	25,0%	22,2%		23,1%
		% of Total	7,7%	15,4%		23,1%
	46 a 60	Count	3	2		5
		% within Tramos de edad	60,0%	40,0%		100,0%
		% within Movimiento al que pertenece	75,0%	22,2%		38,5%
		% of Total	23,1%	15,4%		38,5%
	Más de 60 años	Count		5		5
		% within Tramos de edad		100,0%		100,0%
		% within Movimiento al que pertenece		55,6%		38,5%
		% of Total		38,5%		38,5%
Total	Count	4	9		13	
	% within Tramos de edad	30,8%	69,2%		100,0%	
	% within Movimiento al que pertenece	100,0%	100,0%		100,0%	
	% of Total	30,8%	69,2%		100,0%	

Nota: Edades en el año 2002.

TABLA 2

Clase ocupacional persona o jefe de hogar 1993-1998 * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Clase ocupacional persona o jefe de hogar 1993-1998	Clases populares	Count % within Movimiento al que pertenece	6 21,4%	4 12,5%	10 16,7%
	Clase media baja	Count % within Movimiento al que pertenece	8 28,6%	7 21,9%	15 25,0%
	Pequeño burguesía	Count % within Movimiento al que pertenece	4 14,3%	11 34,4%	15 25,0%
	Clase media alta y alta	Count % within Movimiento al que pertenece	10 35,7%	10 31,3%	20 33,3%
Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%	

TABLA 3

Condición de actividad en 2002 * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Condición de actividad en 2002	Activo ocupado pleno	Count % within Movimiento al que pertenece	19 67,9%	18 56,3%	37 61,7%
	Activo subocupado	Count % within Movimiento al que pertenece	4 14,3%	4 12,5%	8 13,3%
	Desocupado	Count % within Movimiento al que pertenece	3 10,7%	2 6,3%	5 8,3%
	Inactivo jubilado	Count % within Movimiento al que pertenece		5 15,6%	5 8,3%
	Inactivo ama de casa, estudiante, etc.	Count % within Movimiento al que pertenece	2 7,1%	3 9,4%	5 8,3%
Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%	

TABLA 4

Nivel de educación formal alcanzado * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Nivel de educación formal alcanzado	Hasta primaria incompleta	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,6%	2 6,3%	3 5,0%
	Primaria completa	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,6%	2 6,3%	3 5,0%
	Secundaria incompleta	Count % within Movimiento al que pertenece	3 10,7%	1 3,1%	4 6,7%
	Secundaria completa o terciaria incompleta	Count % within Movimiento al que pertenece	4 14,3%	16 50,0%	20 33,3%
	Terciaria completa o universitaria incompleta	Count % within Movimiento al que pertenece	9 32,1%	3 9,4%	12 20,0%
	Universitaria completa	Count % within Movimiento al que pertenece	9 32,1%	4 12,5%	13 21,7%
	Posgrado en curso o completo	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,6%	4 12,5%	5 8,3%
	Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%

TABLA 5

Autopercepción de pertenencia de clase * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Autopercepción de pertenencia de clase	Clase media	Count % within Movimiento al que pertenece	12 42,9%	6 18,8%	13 30,0%
	Clase trabajadora	Count % within Movimiento al que pertenece	11 39,3%	21 65,6%	32 53,3%
	Clases populares, pobres	Count % within Movimiento al que pertenece	3 10,7%	2 6,3%	5 8,3%
	Clases altas o media alta o profesional	Count % within Movimiento al que pertenece	2 7,1%	2 6,3%	4 6,7%
	Empresaria, negocios, comerciantes	Count % within Movimiento al que pertenece		1 3,1%	1 1,7%
Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%	

TABLA 6

Antecedentes de interés o participación política o social * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Antecedentes de interés o participación política o social	Ningún interés	Count % within Movimiento al que pertenece	4 14,3%	6 18,8%	10 16,7%
	Interés sin participación anterior	Count % within Movimiento al que pertenece	2 7,1%	9 28,1%	11 18,3%
	Participación anterior estudiantil	Count % within Movimiento al que pertenece	8 28,6%	7 21,9%	15 25,0%
	Participación anterior sindical	Count % within Movimiento al que pertenece	5 17,9%	3 9,4%	8 13,3%
	Participación anterior social	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,6%	4 12,5%	5 8,3%
	Participación anterior política	Count % within Movimiento al que pertenece	8 28,6%	3 9,4%	11 18,3%
Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%	

TABLA 7

Factores no clasistas relevantes * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Factores no clasistas relevantes	Sin datos o ninguno	Count	19	13	32
		% within Movimiento al que pertenece	67,9%	40,6%	53,3%
	Etnicos o migratorios	Count	6	9	15
		% within Movimiento al que pertenece	21,4%	28,1%	25,0%
	Residencia en barrios privados o muy pobres	Count	1	1	2
		% within Movimiento al que pertenece	3,6%	3,1%	3,3%
	Apellidos o familiares tradicionales	Count		1	1
		% within Movimiento al que pertenece		3,1%	1,7%
	Contingencias dramáticas familiares	Count		2	2
		% within Movimiento al que pertenece		6,3%	3,3%
Estadias en el exterior	Count	1	4	5	
	% within Movimiento al que pertenece	3,6%	12,5%	8,3%	
Consumos conspicuos eventuales	Count		1	1	
	% within Movimiento al que pertenece		3,1%	1,7%	
Notoriedad pública, fama	Count		1	1	
	% within Movimiento al que pertenece		3,1%	1,7%	
Biografías traumáticas	Count	1		1	
	% within Movimiento al que pertenece	3,6%		1,7%	
Total	Count	28	32	60	
	% within Movimiento al que pertenece	100,0%	100,0%	100,0%	

TABLA 8

Movilidad ocupacional intergeneracional * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Movilidad ocupacional intergeneracional	Ascendente de largo alcance	Count	3	7	10
		% within Movimiento al que pertenece	10,7%	21,9%	16,7%
	Ascendente de corto alcance	Count	8	10	18
		% within Movimiento al que pertenece	28,6%	31,3%	30,0%
Herencia ocupacional	Count	15	10	25	
	% within Movimiento al que pertenece	53,6%	31,3%	41,7%	
Descendente	Count	2	5	7	
	% within Movimiento al que pertenece	7,1%	15,6%	11,7%	
Total	Count	28	32	60	
	% within Movimiento al que pertenece	100,0%	100,0%	100,0%	

TABLA 9

Evaluación de la situación personal y familiar durante los años '90 * Movimiento al que pertenece * Participantes y No participantes Crosstabulation

Participantes y No participantes				Movimiento al que pertenece		Total
				Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Participantes	Evaluación de la situación personal y familiar durante los años '90	Muy favorable	Count % within Movimiento al que pertenece	2 7,1%	2 6,3%	4 6,7%
		Favorable o buena	Count % within Movimiento al que pertenece	5 17,9%	13 40,6%	18 30,0%
		Regular o ambigua	Count % within Movimiento al que pertenece	3 10,7%	7 21,9%	10 16,7%
		Desfavorable o mala	Count % within Movimiento al que pertenece	5 17,9%	8 25,0%	13 21,7%
		Muy mala	Count % within Movimiento al que pertenece	12 42,9%	2 6,3%	14 23,3%
		Otras	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,6%		1 1,7%
		Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%
No participantes	Evaluación de la situación personal y familiar durante los años '90	Muy favorable	Count % within Movimiento al que pertenece	1 8,3%		1 3,6%
		Favorable o buena	Count % within Movimiento al que pertenece	4 33,3%	3 18,8%	7 25,0%
		Regular o ambigua	Count % within Movimiento al que pertenece	2 16,7%	6 37,5%	8 28,6%
		Desfavorable o mala	Count % within Movimiento al que pertenece	3 25,0%	2 12,5%	5 17,9%
		Muy mala	Count % within Movimiento al que pertenece	2 16,7%	5 31,3%	7 25,0%
		Total	Count % within Movimiento al que pertenece	12 100,0%	16 100,0%	28 100,0%

TABLA 10

Evaluación de la situación personal y familiar durante los años '90 * Clase social ocupacional del principal sostén del hogar * Participantes y No participantes Crosstabulation

Participantes y No participantes				Clase social ocupacional del principal sostén del hogar				Total
				Clases populares	Clase media baja	Pequeño burguesía	Clase Media Alta y Alta	
Participantes	Evaluación de la situación personal y familiar durante los años '90	Muy favorable	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	2 18,2%	1 5,0%	1 4,3%		4 6,7%
		Favorable o buena	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	4 36,4%	3 15,0%	6 26,1%	5 83,3%	18 30,0%
		Regular o ambigua	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 9,1%	3 15,0%	6 26,1%		10 16,7%
		Desfavorable o mala	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		5 25,0%	7 30,4%	1 16,7%	13 21,7%
		Muy mala	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	3 27,3%	8 40,0%	3 13,0%		14 23,3%
		Otras	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 9,1%				1 1,7%
		Total	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	11 100,0%	20 100,0%	23 100,0%	6 100,0%	60 100,0%
No participantes	Evaluación de la situación personal y familiar durante los años '90	Muy favorable	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		1 7,1%			1 3,6%
		Favorable o buena	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 50,0%	3 21,4%	3 27,3%		7 25,0%
		Regular o ambigua	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		5 35,7%	3 27,3%		8 28,6%
		Desfavorable o mala	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		2 14,3%	2 18,2%	1 100,0%	5 17,9%
		Muy mala	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 50,0%	3 21,4%	3 27,3%		7 25,0%
		Total	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	2 100,0%	14 100,0%	11 100,0%	1 100,0%	28 100,0%

TABLA 11

Evaluación de la situación del país en los '90 * Movimiento al que pertenece * Participantes y No participantes
Crosstabulation

Participantes y No participantes	Evaluación de la situación del país en los '90	Movimiento al que pertenece	Movimiento al que pertenece		Total	
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados		
Participantes	Evaluación de la situación del país en los '90	Muy buena	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,1%	1 1,7%	
		Regular o ambigua	Count % within Movimiento al que pertenece	2 7,1%	15 46,9%	17 28,3%
		Mala	Count % within Movimiento al que pertenece	3 10,7%	7 21,9%	10 16,7%
		Muy mala	Count % within Movimiento al que pertenece	23 82,1%	9 28,1%	32 53,3%
		Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%
No participantes	Evaluación de la situación del país en los '90	Muy buena	Count % within Movimiento al que pertenece	1 6,3%	1 3,6%	
		Buena	Count % within Movimiento al que pertenece	1 6,3%	1 3,6%	
		Regular o ambigua	Count % within Movimiento al que pertenece	3 25,0%	7 43,8%	10 35,7%
		Mala	Count % within Movimiento al que pertenece	4 33,3%	2 12,5%	6 21,4%
		Muy mala	Count % within Movimiento al que pertenece	5 41,7%	5 31,3%	10 35,7%
Total	Count % within Movimiento al que pertenece	12 100,0%	16 100,0%	28 100,0%		

TABLA 12

Origen de los fondos depositados atrapados en el corralito o pesificados * Clase social ocupacional del principal sostén del hogar * Movimiento al que pertenece Crosstabulation

Movimiento al que pertenece	Origen de los fondos depositados atrapados en el corralito o pesificados	Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	Clase social ocupacional del principal sostén del hogar				Total	
			Clases populares	Clase media baja	Pequeño burguesía	Clase Media Alta y Alta		
Asambleas barriales	Origen de los fondos depositados atrapados en el corralito o pesificados	Ahorros o excedentes de ingresos laborales	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	3 100,0%	4 57,1%	1 50,0%	8 66,7%	
		Ahorros o excedentes de rentas u otros ingresos regulares	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		1 14,3%	1 50,0%	2 16,7%	
		Ventas de bienes, operaciones inmobiliarias o comerciales	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		2 28,6%		2 16,7%	
		Total	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	3 100,0%	7 100,0%	2 100,0%	12 100,0%	
Ahorristas estafados	Origen de los fondos depositados atrapados en el corralito o pesificados	Ahorros o excedentes de ingresos laborales	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	4 100,0%	5 45,5%	9 64,3%	2 66,7%	20 62,5%
		Ahorros o excedentes de rentas u otros ingresos regulares	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		3 27,3%			3 9,4%
		Indemnizaciones, herencias, o beneficios excepcionales	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		1 9,1%	3 21,4%		4 12,5%
		Ventas de bienes, operaciones inmobiliarias o comerciales	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		2 18,2%	1 7,1%		3 9,4%
		Venta de activos u operaciones financieras	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar			1 7,1%	1 33,3%	2 6,3%
		Total	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	4 100,0%	11 100,0%	14 100,0%	3 100,0%	32 100,0%

TABLA 13
Destino previsto para los fondos afectados por las medidas financieras de participantes en los movimientos según clase ocupacional. Ahorristas y Asambleístas.

stino de fondos depositados atrapados en el corralito o pesificados * Clase social ocupacional del principal sostén del hogar * Movimiento al que pertenece
 Crosstabulation

Movimiento al que pertenece				Clase social ocupacional del principal sostén del hogar			Total	
				Clases populares	Clase media baja	Pequeño burguesía		Clase Media Alta y Alta
Asambleas barriales	Destino de fondos depositados atrapados en el corralito o pesificados	Gastos o pagos de consumos corrientes	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	2 66,7%	4 57,1%	1 50,0%	7 58,3%	
		Vivienda, mudanza, primer auto	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 33,3%			1 8,3%	
		Inversión en capital de trabajo o negocio	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		2 28,6%		2 16,7%	
		Previsión para después del retiro o vejez	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		1 14,3%	1 50,0%	2 16,7%	
		Total	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	3 100,0%	7 100,0%	2 100,0%	12 100,0%	
Ahorristas estafados	Destino de fondos depositados atrapados en el corralito o pesificados	Resguardo o previsión de contingencias	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 9,1%	2 14,3%		3 9,4%	
		Gastos o pagos de consumos corrientes	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	2 50,0%	3 27,3%	1 7,1%	6 18,8%	
		Gastos excepcionales (médicos, urgencias familiares, etc.)	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 25,0%	1 9,1%		2 6,3%	
		Gastos o consumos conspicuos (vacaciones, viajes, auto)	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		3 27,3%	1 7,1%	4 12,5%	
		Vivienda, mudanza, primer auto	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	1 25,0%	2 18,2%	4 28,6%	7 21,9%	
		Inversión en capital de trabajo o negocio	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar		1 9,1%	1 7,1%	1 33,3%	3 9,4%
		Inversión financiera	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar				2 66,7%	2 6,3%
		Previsión para después del retiro o vejez	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar			5 35,7%		5 15,6%
		Total	Count % within Clase social ocupacional del principal sostén del hogar	4 100,0%	11 100,0%	14 100,0%	3 100,0%	32 100,0%

TABLA 14

Principal impacto de la crisis en su hogar o en su vida personal * Movimiento al que pertenece
Crosstabulation

			Movimiento al que pertenece		Total
			Asambleas barriales	Ahorristas estafados	
Principal impacto de la crisis en su hogar o en su vida personal	Pérdida de empleo, desocupación	Count % within Movimiento al que pertenece	7 25,0%	3 9,4%	10 16,7%
	Pérdida o reducción de ingresos	Count % within Movimiento al que pertenece	4 14,3%	5 15,6%	9 15,0%
	Pérdida de ahorros, bienes, descapitalización	Count % within Movimiento al que pertenece	5 17,9%	11 34,4%	16 26,7%
	Deudas, créditos	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,6%		1 1,7%
	Imposibilidad de realizar inversiones o proyectos de trabajo	Count % within Movimiento al que pertenece		4 12,5%	4 6,7%
	Imposibilidad de realizar viajes, compras de bienes, etc.	Count % within Movimiento al que pertenece	1 3,6%	8 25,0%	9 15,0%
	Otros	Count % within Movimiento al que pertenece	2 7,1%	1 3,1%	3 5,0%
	Ninguno	Count % within Movimiento al que pertenece	8 28,6%		8 13,3%
Total	Count % within Movimiento al que pertenece	28 100,0%	32 100,0%	60 100,0%	

TABLA 15

Segmentos de las clases medias según impactos estimados del Plan de Convertibilidad -Participantes en movimientos de ahorristas y asambleístas-

Crosstab

			Segmentos de clases medias según impactos estimados del Plan de Convertibilidad				Total
			Asalariados de sectores "desmercantilizados" (S. Sociales)	Empleados de empresas de sectores expansivos (ser.emp r, etc.	Pequeña burguesía propietaria o profesional autónoma	Clase media auxiliar	
Movimiento al que pertenece	Asambleas barriales	Count % within Movimiento al que pertenece	6 37,5%	1 6,3%	5 31,3%	4 25,0%	16 100,0%
	Ahorristas estafados	Count % within Movimiento al que pertenece	6 20,7%	1 3,4%	12 41,4%	10 34,5%	29 100,0%
Total		Count % within Movimiento al que pertenece	12 26,7%	2 4,4%	17 37,8%	14 31,1%	45 100,0%

GRAFICO 1

Nivel de afectación por la medidas bancarias, cambiarias y financieras
Asambleístas participantes

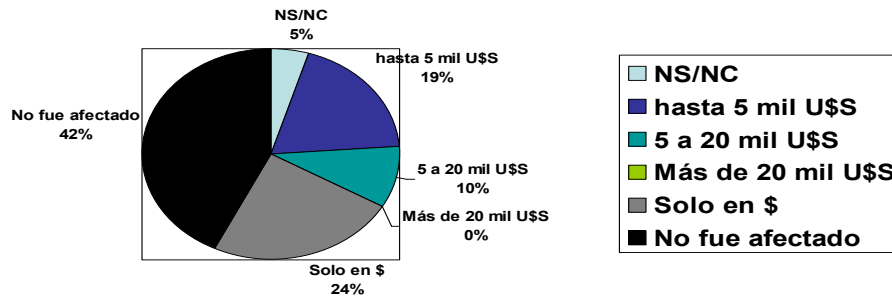
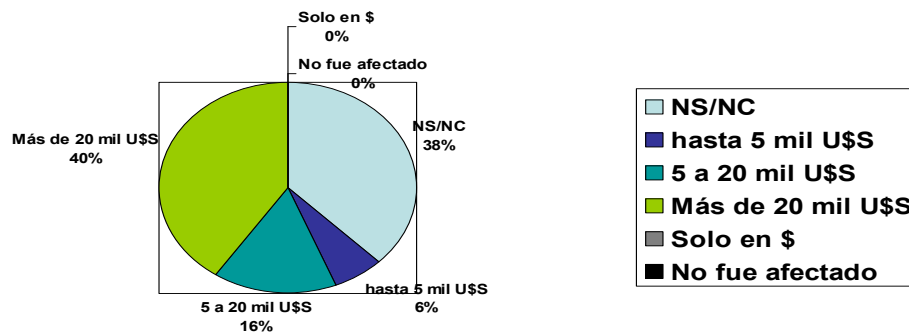


GRAFICO 2

Nivel de afectación por la medidas bancarias, cambiarias y financieras
Ahorristas participantes



**INSTRUMENTOS DE RELEVAMIENTO EMPÍRICO
FORMULARIO GUIA DE ENTREVISTAS PARA ASAMBLEAS TIPO 1 – Participantes (miembros actuales o ex miembros).**

Nombre Asamblea: **ID Entrevistado:**

Presentación del entrevistador y de la investigación: datos institucionales y mención de que se entrevistan también varias asambleas en el interior del país.
Valorar la importancia histórica y sociológica de las Asambleas. Asegurar el carácter anónimo de los testimonios registrados.
Ofrecer enviar trabajos con resultados. Entregar nota del Director.

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
0	<p>¿Cómo le gustaría presentarse?</p> <p>¿Cuál ha sido su participación en la NOMBREASAMBLEA.....? ¿Entre qué fechas participó Ud. en la Asamblea?</p>	
Cop 1	<p>Vamos a empezar un poco con su testimonio y su análisis acerca de la historia de la Asamblea...NOMBREASAMBLEA</p> <p>¿Cómo presentaría la NOMBREASAMBLEA.....? ¿Qué es la NOMBREASAMBLEA.....?</p> <p>-¿Qué no es o con qué no hay que confundirla?</p>	
2	<p>¿Cómo contaría la historia de la NOMBREASAMBLEA..... desde el principio?</p> <ul style="list-style-type: none"> - ¿Hay intentos de organización previos a la caída de De la Rúa? - ¿Hay una fecha fundacional para la NOMBREASAMBLEA <p>-¿Cómo se decidió el nombre, lugares de reunión, emblemas, formas de identificación (carteles, pancartas, consignas)?.</p> <p>-¿Habían definido los propósitos, objetivos o principios a seguir?,¿tenían algún programa o documento fundacional? ¿Cómo fue la primera reunión de asamblea (dónde, en qué lugar)? ¿Cuál fue la primera resolución de asamblea, el primer comunicado? (pedir documentación)</p> <ul style="list-style-type: none"> - Recuerda alguna anécdota de los primeros pasos de la asamblea. 	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
3	<p>¿Cómo fue cambiando la participación con el tiempo? -¿Cuándo se produce el auge y la declinación en la participación?</p>	
4	<p>En el momento de mayor masividad ¿Cuál era el perfil social de quienes participaban en la asamblea según: edades, sexo, preparación cultural e intelectual, nivel económico, ocupación, experiencia política? -¿Se modificó el perfil de los participantes en algún momento?</p>	
5	<p>¿Cuáles fueron los primeros temas controvertidos o discutidos internamente en la NOMBREASAMBLEA.....?</p>	
6	<p>¿Cómo es el “hoy” de laNOMBREASAMBLEA? (PARA EX PARTICIPANTES: ¿Cuál era la situación de la NOMBRE ASAMBLEA..... en el momento que Ud. se retira? ¿Mantiene alguna vinculación con el mismo o sus integrantes?)</p>	
7	<p>¿Cuál es el balance de la historia?</p>	
8	<p>¿Cómo ve el futuro de la NOMBREASAMBLEA..... y del movimiento asambleario? -¿cuál será su legado futuro?, ¿cómo le gustaría que sea recordada la “gesta de los asambleístas”?, ¿qué le contaría a sus hijos o nietos?</p>	
9	<p>¿Con qué acontecimientos del pasado y gestas históricas (luchas sociales, puebladas, procesos históricos), asocia al movimiento asambleario?</p>	
Cop	<p>¿Con qué luchas o movimientos del presente en la argentina y en el mundo asocia al movimiento de asambleas? Hablemos un poco más de la vida organizativa y las actividades de la NOMBRESAMBLEA</p>	
10	<p>¿Qué formas de organización se adoptaron en un principio? ¿Tomaron ejemplos o modelos de algún lado que los inspiraran?</p>	
11	<p>¿Qué se discutió en su momento respecto de la forma de organizarse? y ¿qué alternativas o propuestas referidas a la organización fueron rechazadas o descartadas? ¿Notaban diferencias respecto de otras asambleas?</p>	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
12	<p>¿Quiénes podían y quienes no podían ser miembros de la NOMBREASAMBLEA.....? ¿Hubo debates o discusiones al respecto?</p> <p>-¿Había algún criterio “territorial” de actuación de la NOMBREASAMBLEA.....?</p>	
13	<p>¿Qué criterios se adoptaron para -distribuir funciones o responsabilidades en la toma de decisiones, -poner controles o sanciones a los miembros, -manejar contactos con otras organizaciones o la prensa?</p> <p>-¿Hubo cambios en el funcionamiento de la NOMBREASAMBLEA..... a lo largo del tiempo?.</p>	
14	<p>¿Cuáles han sido los principales problemas o dificultades organizativas internas que ha enfrentado la asamblea? ¿Cómo fue tratado esto en la misma asamblea?.</p>	
15	<p>-Describa la mejor reunión del NOMBREASAMBLEA..... que Ud. recuerde.</p> <p>-Describa la peor reunión del NOMBREASAMBLEA..... que recuerde.</p>	
16	<p>¿Hubo alguna clase de estrategia de la asamblea para estimular la participación de los vecinos o sumar nuevos miembros? ¿Qué medios de convocatoria y difusión utilizaron?</p>	
17	<p>¿Cómo han manejado dentro del grupo estos temas:</p> <p>- liderazgos personales, -camarillismo, -chismes o peleas personales.</p>	
18	<p>¿Ha sufrido escisiones o alejamiento numeroso de miembros?</p> <p>Si SI: ¿Por qué se fueron los que se fueron y porque se quedaron? ¿Hay alguna relación actual con estos ex integrantes?</p>	
19	<p>¿Cómo funcionaban las asambleas interbarriales y zonales? ¿y La Asamblea Popular Nacional del 17/3?</p>	
20	<p>¿Podría contarnos los proyectos o iniciativas que han desarrollado desde sus comienzos en áreas de salud, cultura, asistencia alimentaria, u otros?</p> <p>-¿cómo se gestaron, quienes las impulsaron, cómo se implementaron, qué problemas o resistencias enfrentaron, con qué resultados, expectativas a futuro, etc.?</p> <p>-¿En cuál/es participó Ud. directamente?.</p>	
21	<p>Haciendo un balance de la asamblea como forma de participación y organización ¿qué es lo mejor y lo peor?</p>	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
Cop	El surgimiento de las asambleas y sus protestas callejeras, los cacerolazos y escraches, entre otras cosas han generado una gran repercusión pública...	
22	<p>Cuénteme qué recuerda y cómo fue su participación en los hechos de fines del 2001...</p> <p>¿Por qué el discurso de De la Rúa la noche del 19/12/01 y la declaración del E.de Sitio ante los saqueos fue detonante para que la gente saliera a la calle?</p> <p>-A su juicio qué factores incidieron en la masificación de la protesta.</p> <p>- ¿Cuál era el papel de la TV y los medios de comunicación?</p>	
23	-¿Qué cánticos o consignas y qué otras cosas recuerda especialmente aquella noche del 19/12?	
24	¿Qué pensó la primera vez que escuchó la consigna “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”? y ¿Qué piensa hoy?	
25	Según su recuerdo, la alta predisposición a la protesta de fines del 2001 en qué se notaba en su entorno familiar.... en el barrio... en su lugar de trabajo....-¿había señales que podían anticipar lo que se venía?.	
26	-¿Qué opiniones escuchaba Ud. en su entorno respecto de las protestas de los asambleístas? ¿Sentía que en general la gente apoyaba o rechazaba? ¿Quiénes apoyaban y quiénes rechazaban?	
27	<p>¿Recuerda la primera acción de protesta decidida en asamblea barrial, cómo se decidió, con qué reclamos, cómo transcurrió...?</p> <p>-¿Hubo debates o discusiones acerca de la forma o el tipo de protesta a adoptar?</p> <p>-¿descartaron alguna otra alternativa propuesta de forma de protesta?</p> <p>-¿Qué ejemplos históricos o acciones de otros sectores los inspiraban?</p>	
28	<p>¿Podría contar Qué protestas o movilizaciones impulsó la Asamblea? (Escraches a bancos, supermercados, dirigentes, cortes de calles, movilizaciones, boicots a privatizadas, toma de edificios, etc.)</p> <p>-¿En qué protestas participó Ud. en aquel entonces independientemente de la NOMBRESAMBLEA</p>	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
29	<p>¿Cómo eran vividos por sus participantes el cacerolazo y el escrache?</p> <p>-Si cerrara los ojos por un momento qué imágenes de aquellos acontecimientos le vienen a la mente... -¿Qué momentos dramáticos y qué momentos graciosos recordaría?</p>	
30	<p>Llamó la atención el apoyo público a los escraches a Barra, Alfonsín, Moyano, y hasta el mismo Menem llevados a cabo por el movimiento de asambleas. También llamó la atención la gran convocatoria mostrada por las asambleas para los actos del 24/03, el 1/5 e incluso fechas patrias como el 25/5 y el 9/7 ... ¿Cómo interpretar estas demostraciones de capacidad de convocatoria y movilización?</p> <p>-También fue muy grande la movilización a Pza. de Mayo en repudio de la masacre del Puente Pueyrredón en junio... ¿Cuál es su explicación?</p>	
31	<p>¿Qué pensaba en aquel momento de estos movimientos: -piqueteros, -fábricas recuperadas, -ahorristas estafados? ¿Participaba Ud. en alguno de ellos u otros como de consumidores, ambientalistas, organizaciones caritativas?</p>	
Cop	<p>Las crónicas de los diarios mostraban la ola de protestas en una situación de crisis económica, social, y de inestabilidad política. Hablemos un poco de cómo veían la política de aquellos días...</p> <p>A fines del 2001 y a principios del 2002 ¿Cómo veían la crisis del país? ¿Qué es lo que había entrado en crisis?</p>	
32	<p>- Dos palabras sobre el papel que jugaron: - el peronismo, -el Frepaso, - Carrió - Zamora, -los partidos de izquierda, -los movimientos de desocupados, -el sindicalismo de la CTA.</p> <p>¿Cómo evaluaba la situación del país en los '90? ¿Qué pensaban de las políticas de los años 90: las privatizaciones, la apertura comercial importadora, la desregulación financiera, el achicamiento estatal, la flexibilización laboral?</p>	
33	<p>¿Cómo explicar el apoyo a esas políticas durante el menemismo y cómo explicar la pérdida de apoyo que tuvieron esas políticas en los últimos años?</p> <p>¿Cómo evalúa hoy día lo ocurrido en el país durante el gobierno de Carlos Menem?</p>	
34	<p>¿Cómo analizaban en su momento el anuncio de R. Saá de suspensión del pago de la deuda y la creación de una tercer moneda para salir del 1 a 1?</p>	
35	<p>¿Cómo analizaban el cambio de situación con la asunción de Duhalde, la devaluación, el endurecimiento frente a las protestas sociales?</p>	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
36	¿Cuál creían que era la salida a la crisis tras la masacre del puente Pueyrredón? (junio 2002)	
37	¿Cómo analizaron las consecuencias de la mejora en la situación económica a fines del 2002 y la asunción de Lavagna? ¿En qué afectó al movimiento asambleario?	
38	¿Cómo analizaron las consecuencias del proceso electoral del 2003 y en qué afectó al proceso asambleario? ¿Qué debates y discusiones se dieron al respecto? ¿Fijaron posiciones al respecto?	
39	¿Cuáles fueron las reacciones de los vecinos y de la asamblea ante el resultado electoral del 30/3/2003? (victoria primero de Menem y luego abandono)	
40	¿Cómo analizaron al gobierno de Kirchner y cuáles fueron sus consecuencias sobre el movimiento asambleario? ¿Qué debates o posiciones se tuvieron al respecto y qué piensa Ud.? -¿Considera que se fortaleció el papel del Estado y se recuperó la popularidad del gobierno? - Si SI: ¿favorece o perjudica el proceso de organización y movilización popular? - Si NO: ¿Cuáles son las debilidades del estado y del gobierno?	
Cop 41	Una de los temas más debatidos acerca del movimiento asambleario es su relación con la democracia representativa, con la política y finalmente su posición frente al Estado y sus instituciones... hay quiénes las consideraban expresiones “antipolíticas” “intolerantes” cuestionadoras de la democracia representativa... ¿Qué debates o posiciones se tuvieron al respecto y qué opina Ud.?	
42	¿Estaba en la voluntad de los participantes intentar constituir una forma de gobierno alternativa a la democracia representativa de partidos? -Si no fue así, ¿qué clase de papel debían jugar las asambleas en esos momentos? ¿Qué tipo de cambios políticos se estaban impulsando o se esperaban?	
43	¿Se esperaba o buscaba alguna vinculación con las instituciones estatales? ¿Cuál era la relación con ellas, especialmente con los municipios?	
44	-¿Cómo se llevaban con la gestión de Ibarra (Binner)? ¿Cuál era la relación de la NOMASAMBLEA..... con otras organizaciones comunitarias (Soc. de Fomento, Clubes, escuelas, iglesias)?	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
45	¿Cómo se llevaban con la policía? ¿Se discutió alguna estrategia al respecto?	
46	¿Se planteaban demandas de seguridad contra la delincuencia en las reuniones y qué tratamiento se les daba? -¿Qué se discutía cuando irrumpieron las movilizaciones lideradas por Blumberg?	
47	¿Se planteaban demandas de depuración del poder judicial y la remoción de la Corte Suprema de Justicia?	
Cop	Bueno, además de lo testimonial nos interesa también acerca de su historia personal vinculada a la participación social y política ...	
48	¿Qué experiencias anteriores de participación social o política tenías antes del 2001? ¿Cuál ha sido el primer acto de protesta en el que participó en su vida? ¿Cuál ha sido la primer protesta masiva en la que participó en su vida? (contra la dictadura, por Malvinas, contra el golpe militar en semana santa, Marchas DDHH, concentraciones de la CGT, marchas blancas docentes, marchas contra Menem, huelgas generales CGT, cortes de rutas)	
49	Antes de sumarse a la Asamblea, ¿qué ámbitos y con quienes era más común que discutieras o charlaras de política: con familiares o amigos, con vecinos, con compañeros de trabajo o de estudio, en partidos u organizaciones políticas y sociales?	
50	¿Reconoce algún tipo de influencias familiares ... alguna "herencia de rebeldía"?	
51	¿Cómo habías votado en octubre/01 y en marzo/03?.	
52	¿Cómo te acercaste la primera vez a la Asamblea? ¿Qué te motivó a participar? ¿Cuál era tu situación en lo laboral? ¿y en lo familiar?	
53	-¿La decisión de sumarse a la asamblea fue individual o se sumó junto con conocidos o amigos? ¿Cómo influyó en tu entorno social, laboral, familiar, la participación en el movimiento? ¿Cómo influyó en tu vida personal?	
54	¿Qué sentimientos o actitudes desarrollaste con la participación en la vida de la asamblea?	
55	¿Cómo describirías el "clima" afectivo de la asamblea...el trato entre los asambleístas?	
56	¿Qué aprendizajes considera que le dejó la experiencia asamblearia?	
57	¿Qué cambió en su forma de ver la política?	
58	¿Hay algo de lo que deja la experiencia asamblearia que lo comprometa para el futuro...? ¿algún principio o convicción a la que mantener fidelidad o lealtad?	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
59	<p>Muchas asambleas barriales se han disuelto o los vecinos se han alejado de ellas, ¿Cómo interpreta el alejamiento de los vecinos y la desaparición de asambleas? ¿Qué considera que ha mantenido activa su asamblea?</p> <p>-¿Qué diferencia esta asamblea de otras que Ud. conozca?</p>	
60	<p>TRAYECTORIA LABORAL Y ECONOMICA</p> <p>¿Cómo era su actividad laboral durante el año 2002? ¿Cómo era la actividad laboral del jefe de hogar? ¿Cómo describiría la situación económica de ingresos de su hogar en el año 2002? (perceptores de ingresos en su hogar) ¿Cómo era la composición del hogar en el año 2002?</p> <p>¿Cuál fue el principal impacto de la crisis del 2001/2002 sobre Ud. y su familia? (pérdida del empleo, caída de ingresos, confiscación de ahorros, endeudamiento, imposibilidad de realizar inversiones o proyectos de trabajo, imposibilidad de realizar viajes, compras de bienes, otros)</p>	
61	<p>¿Fue Ud. afectado por el “corralito”, o por la pesificación de depósitos bancarios? ¿Qué tipo de ahorro y que cuantía de fondos afectados?</p> <p>Los depósitos atrapados y pesificados por el corralito eran producto de ... (ahorros de ingresos laborales o previsionales, rentas u otros ingresos regulares, indemnizaciones, herencias, ventas de bienes, operaciones inmobiliarias o comerciales, venta de activos u operaciones financieras, otros)</p> <p>¿Cuál era el destino previsto en ese momento para esos fondos...? (Resguardo o previsión de contingencias, pagos de consumos corrientes, gastos excepcionales médicos, urgencias familiares, gastos o consumos conspicuos, vacaciones, viajes, mudanza, primer auto, inversión en capital de trabajo o negocio, inversión financiera, previsión para después del retiro o vejez, otros destinos)</p>	
62	<p>¿Cuál fue la ocupación o actividad laboral más importante entre 1992 y 1998? (suya y del jefe de hogar) (describirla en términos de denominación de la ocupación o puesto, nivel de calificación técnica, rango de autoridad y responsabilidades, tamaño de la empresa o lugar de trabajo)</p> <p>¿Cómo evalúa su situación personal y familiar durante los años '90? ¿Cómo influyeron en su vida personal y en su entorno familiar las medidas tomadas durante el gobierno de Carlos Menem?</p>	
63	<p>¿Cuál era la ocupación de su padre o el jefe de hogar cuando Ud. tenía 16 años? (describa)</p>	
64	<p>¿A qué clase social considera Ud que pertenece?</p>	

N°	PREGUNTAS Y SUBPREGUNTAS	OBSERVACIONES
65	DATOS DE CLASIFICACION (escribir): Edad: Sexo: Ocupación actual: Nivel Educativo: Nivel de educación formal alcanzado por el padre y la madre: Vida social: participación en grupos, instituciones, o actividades sociales de cualquier tipo...	
66	¿Considera que olvidamos preguntar sobre algo importante o quiere remarcar algo especialmente?	
67	¿Cómo se sintió en la entrevista?, ¿qué le parecieron las preguntas, el entrevistador? Su opinión nos sirve para mejorar.	
Completar por el entrevistador	CONTEXTO Y SITUACIÓN EN QUE FUE REALIZADA LA ENTREVISTA (ESCRIBIR AQUÍ). LUGAR Y FECHA. HORA. NOMBRE ENTREVISTADOR:	

NOTA: El cuestionario para ahorristas participantes presenta algunas leves diferencias en 9 preguntas pero siempre sobre la base de las mismas variables y dimensiones de análisis. Los cuestionarios para antagonistas y para no participantes tienen 41 preguntas.

ENCUESTA PREDISPOSICIÓN A LA ACCION COLECTIVA Y EL CAMBIO SOCIAL

Dirección: Mgr. Marcelo Gomez

Coordinador Trabajo de Campo: Lic. Nicolás Cha

FICHA TÉCNICA

La encuesta fue realizada por el Centro de Investigaciones en Estadística Aplicada dependiente de la Universidad Nacional de Tres de Febrero entre los días 16 y 29 de noviembre de 2007.

La población objetivo de este estudio está constituida por la población general mayor de 18 años del Área Metropolitana de Buenos Aires (Capital Federal y Gran Buenos Aires)

El marco muestral utilizado tuvo como base el Censo Nacional de Población y Vivienda realizado en el año 2001.

Tipo de muestreo

Se realizó un muestreo estratificado por conglomerados en dos etapas, según características sociopolíticas del distrito y tamaño del área geográfica. La selección final del entrevistado se realizó con ajustes a cuotas de sexo y edad en función de los parámetros poblacionales del universo de estudio.

Unidades de muestreo y forma de selección de la muestra

En una primera etapa se realizó un sorteo, con criterios probabilísticos, de las unidades primarias de muestreo que estuvieron constituidas por fracciones censales en base a la información disponible en INDEC.

En una segunda etapa se realizó, en cada radio, una selección probabilística de una manzana a partir de la cual se realizó una selección de viviendas en base a un procedimiento de rutas aleatorias.

Dentro de la vivienda fue seleccionado, de acuerdo a cuotas de sexo y edad, un miembro del hogar de 18 años.

Tamaño de la muestra

Se realizaron 594 casos totales lo que, bajo el supuesto de MSA, posee un error global máximo de +/- 4.1% para un nivel de confianza del 95.5% ($z=2$) calculado para $p=q=0.5$.

Tipos de entrevistas

Para obtener la información, se realizó la encuesta mediante entrevista directa (cara a cara) a una persona de 18 años o más residente en el hogar.

Sistemas de Codificación

El proceso de codificación requirió el listado de todas las respuestas obtenidas con pequeños reagrupamientos por categorías. Una vez cargada la información se procedió a su reagrupamiento según dimensiones y ejes analíticos.

Supervisión del trabajo de campo

Se efectuó la supervisión del 20% de las encuestas efectivas realizadas. Se entrenó un supervisor local y un supervisor general del trabajo.

Se estableció un sistema de control de calidad en dos niveles.

- Primer nivel, comprendió el análisis de la integridad del cuestionario, a cargo de los supervisores y los recepcionistas de campo.
- Segundo nivel, correspondió a una consistencia mecanizada en la sede central y revisión de errores por parte del equipo técnico.

El cuestionario fue desarrollado por Marcelo Gomez y testado mediante una prueba piloto de 80 casos.



Predisposición al cambio social y la acción colectiva

CUESTIONARIO N°

--	--	--	--

PROVINCIA	<input type="checkbox"/> 1 CABA <input type="checkbox"/> 2 GBA	PARTIDO (solo GBA)	
LOCALIDAD/ BARRIO			
OBSERVACIONES			

CONTROL ADMINISTRATIVO

INTERVINO	ESTADO DE LA <u>ENCUESTA</u>	FECHA	FIRMA	ACLARACIÓN
Encuestador	Realizada			V1
Supervisor	Supervisada			V2
Editor –Codific.	Editada			V3

Presentación: soy encuestador de la **UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO** estamos haciendo una encuesta a 600 personas y seria muy importante conocer su opinión si nos da unos minutos.
Solo si es necesario aclarar: sus opiniones serán consideradas solo estadísticamente sin ningún tipo de identificación personal.

3 o 4 días en la semana	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 3
1 o 2 días en la semana	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 4
Nunca / no vio	<input type="checkbox"/> 5	<input type="checkbox"/> 5	<input type="checkbox"/> 5	<input type="checkbox"/> 5
No sabe / no contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9

MEDIOS DE COMUNICACION

En primer lugar vamos a hablar del uso que hace de los medios de comunicación...

1. ¿En la ultima semana UD. Vio noticieros o programas periodísticos de televisión para informarse sobre la actualidad del país? ¿Con qué frecuencia?

Leer categorías (excluyente)	TV	Radio	Diario	Inter net
Todos los días	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 1
5 o 6 días en la semana	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 2

2. ¿Y escuchó programas de información general en la radio? ¿Con qué frecuencia?

3. ¿Leyó algún diario? ¿Con qué frecuencia?

4. ¿Y visitó sitios o páginas web de Internet? ¿Con qué frecuencia?

5. Últimamente se ha visto en los medios de comunicación que muchos grupos o sectores han salido a reclamar y protestar. ¿Con qué grupo o sector que ha visto reclamar o protestar está mas de acuerdo?

ESPONTÁNEA REGISTRAR EN FORMA COMPLETA (Si no recuerda mostrar TARJETA 1)	
No ha visto protestas (<i>no leer</i>)	<input type="checkbox"/> 00
NS/NC (<i>no leer</i>)	<input type="checkbox"/> 99
.....	
6. ¿Por qué está de acuerdo?	
.....	
.....	

7. ¿Y con qué grupo o sector que ha visto protestar está mas en desacuerdo?

ESPONTÁNEA REGISTRAR EN FORMA COMPLETA (tarjeta 1 si es necesario)	
No ha visto protestas (<i>no leer</i>)	<input type="checkbox"/> 00
NS/NC (<i>no leer</i>)	<input type="checkbox"/> 99
.....	
8. ¿Por qué está en desacuerdo?	
.....	
.....	

INTERES/ PARTICIPACIÓN EN POLITICA

9. En términos generales UD. diría que la política le interesa...

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Mucho	<input type="checkbox"/> 1
Bastante	<input type="checkbox"/> 2
Poco	<input type="checkbox"/> 3
Nada	<input type="checkbox"/> 4
Ns-Nc (<i>no leer</i>)	<input type="checkbox"/> 9

10. ¿Con que frecuencia habla sobre temas de política...

LEER	Muy frecuentemente	Bastante frecuentemente	Poco frecuentemente	Nunca	Ns / Nc
... en su hogar?	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
... con sus amigos?	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
... en otros ámbitos (estudio, trabajo)?	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9

SI CONTESTA "NUNCA/ NO DISCUTE" O "NS/ NC" EN TODOS LOS AMBITOS PASA A P13

SOLO A LOS QUE CONTESTARON QUE HABLAN SOBRE POLÍTICA EN ALGUNO DE LOS AMBITOS

11. ¿Y sobre qué tema político discutió o habló más últimamente?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Sobre las Elecciones y sus resultados en general	<input type="checkbox"/> 1
Sobre algún candidato en particular	<input type="checkbox"/> 2
Sobre la Inflación	<input type="checkbox"/> 3
Sobre la pobreza o la desocupación	<input type="checkbox"/> 4
Sobre hechos de corrupción política	<input type="checkbox"/> 5
Sobre el futuro gobierno	<input type="checkbox"/> 6
Otros (leer)	<input type="checkbox"/> 7
Ns-Nc (<i>no leer</i>)	<input type="checkbox"/> 9

12. ¿En esas discusiones sobre(decir lo que corresponda a P11) cuál era su opinión?

ESPONTÁNEA REGISTRAR EN FORMA COMPLETA	
.....	
.....	
Nadie/ nada en particular	<input type="checkbox"/> 98
No sabe / No contesta (<i>no leer</i>)	<input type="checkbox"/> 99

A TODOS

13. ¿Qué persona considera UD. que tiene más influencia sobre sus opiniones políticas? ¿Qué relación lo une con esa persona?

ESPONTÁNEA (EXCLUYENTE) (Leer algunas en caso de dudas o vacilación)	
Ninguna persona en particular	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P.15
Padre / madre	<input type="checkbox"/> 2
Hermano / primo	<input type="checkbox"/> 3
Otros parientes	<input type="checkbox"/> 4
Amigo	<input type="checkbox"/> 5
Compañero de trabajo	<input type="checkbox"/> 6
Compañero de militancia	<input type="checkbox"/> 7
Profesor	<input type="checkbox"/> 8
Referente político	<input type="checkbox"/> 9
Periodista	<input type="checkbox"/> 9

Otros (especificar)	<input type="checkbox"/> 10
No sabe / no contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99 Pasa P.15

14. ¿Porqué presta más atención a las opiniones políticas de esa persona?

ESPONTÁNEA REGISTRAR EN FORMA COMPLETA	
.....	
.....	
No sabe / No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

15. ¿Ha hablado en público en asambleas o reuniones alguna vez? ¿En dónde o en qué situación?

LEER CATEGORÍAS	
Nunca ha hablado en público	<input type="checkbox"/> 01
En el barrio o reuniones de consorcio	<input type="checkbox"/> 02
En el trabajo	<input type="checkbox"/> 03
En clubes/ organizaciones sociales	<input type="checkbox"/> 04
En escuelas o cooperadoras escolares	<input type="checkbox"/> 05
Otros.....	<input type="checkbox"/> 06
NS/NC	<input type="checkbox"/> 9

CRISIS DEL 2001

Durante los años 2001 y 2002 se produjo en la argentina una crisis generalizada de desocupación, recesión, saqueos, corralito bancario...

16. ¿Cómo afectó aquella crisis en su hogar?

LEER CATEGORÍAS (MÚLTIPLE)	EN EL HOGAR	ENTRE AMIGOS o COMPAÑEROS
CON LA PERDIDA DEL TRABAJO O DESOCUPACIÓN	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 1
CON REDUCCION DE INGRESOS O REMUNERACIONES	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 2
CON LA CONFISCACIÓN DE AHORROS POR EL "CORRALITO" BANCARIO	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 3
OTROS....	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 4
NR / NC	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9

17. Y ¿entre amigos y compañeros de trabajo cómo afectó aquella crisis?



18. Por aquellos días se produjeron graves conmociones sociales que movilizaron masivamente a la ciudadanía e hicieron renunciar al presidente De la Rúa...¿Qué opinaba en aquellas circunstancias de las protestas generalizadas?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Participó en alguna de esas protestas (pasa a p19)	<input type="checkbox"/> 1
Apoyaba las protestas pero no participó de ellas (pasa a p20)	<input type="checkbox"/> 2
Estaba en contra de las protestas (pasa a p20)	<input type="checkbox"/> 3
NS/NC (pasa a p20)	<input type="checkbox"/> 9

SOLO A QUIENES HAYAN CONTESTADO QUE PARTICIPARON DE LAS PROTESTAS DE 2001

19. ¿De que tipo de protestas participó?

LEER CATEGORÍAS (MÚLTIPLE)	
Huelgas/ paros	<input type="checkbox"/> 1
Marchas/ concentraciones	<input type="checkbox"/> 2
Cortes de rutas o calles	<input type="checkbox"/> 3
Carpas/ ollas populares	<input type="checkbox"/> 4
Escarches/ repudios	<input type="checkbox"/> 5
Cacerolazos	<input type="checkbox"/> 6
Apagones/ descuelgues telefónicos	<input type="checkbox"/> 7
Tomas de fábricas/ terrenos/ universidades	<input type="checkbox"/> 8
Otras movilizaciones (ESPECIFICAR)	
No sabe/ No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

A TODOS

20. ¿Cuál considera UD. que fue la consecuencia POSITIVA O NEGATIVA más importante producida por aquellas movilizaciones en 2001/2002?

ESPONTÁNEA REGISTRAR EN FORMA COMPLETA	
.....	
.....	
No sabe / No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

21. ¿Considera Ud. que podrían repetirse hoy o en un futuro cercano protestas semejantes a las del 2001/2002?

Si (pasa a p22)	<input type="checkbox"/> 1
No (pasa a p23)	<input type="checkbox"/> 2
Ns-Nc (no leer) (pasa a p23)	<input type="checkbox"/> 9

SOLO A QUIENES HAYAN CONTESTADOS "SI" EN P21

22. ¿Qué circunstancias podrían desatar la repetición de protestas generalizadas en el futuro?

ESPONTÁNEA REGISTRAR EN FORMA COMPLETA (ayuda: inflación, cortes de energía, auge delictivo, pobreza, desocupación, crisis bancaria...)	
.....	
.....	
No sabe / No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

A TODOS

23. En los últimos años han surgido con la crisis en la argentina diversos movimientos de protesta ¿que opinión positiva o negativa tiene de... ?

	LEER CADA UNO DE LOS MOVIMIENTOS	No lo conoce	Positiva	Negativa	Ni positiva ni negativa (NO LEER)	Ns/ Nc
	Movimientos de desocupados o "piqueteros"	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Empresas recuperadas por sus trabajadores	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Asambleas barriales	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Movilizaciones por el "que se vayan todos"	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Movimientos de Ahorristas estafados por el corralito	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Movimientos contra la inseguridad y el delito	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Movimientos contra la contaminación ambiental	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Movimientos contra la violencia policial	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Movimientos contra los abusos de las empresas (trenes, teléfonos, combustibles, electricidad, etc.)	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9

24. Ahora quisiera que me dijese si conoce a cada uno de estos dirigentes sociales y cual es su opinión sobre el. ¿Qué opina de...

	LEER	No lo conoce	Es un dirigente ...			
			Bueno	Regular	Malo	Ns/ Nc
	Luis D'Elia	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Juan Carlos Blumberg	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Nito Artaza	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Raúl Castells	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Víctor de Genaro	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9
	Hugo Moyano	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9

PARTICIPACION SOCIAL Y EN PROTESTAS

Es muy importante para nosotros conocer su experiencia en participación social y política.

25. A continuación le voy a mencionar una serie de organizaciones y movimientos sociales, quisiera saber si a lo largo de su vida UD. ha adherido, estado afiliado, o participado en ellos aunque sea muy poco o aisladamente. (En caso de que sean mas de 3: pedir que mencione la experiencia de participación que considera más importante (1era.) y las 2 más recientes)... ATENCIÓN: INDAGAR BIEN ACERCA DE LA PARTICIPACION, INSISTIR SI ES NECESARIO, CONSIGNAR PARTICIPACION AUNQUE NO HAYA HABIDO PARTICIPACION ORGANICA.

26. ¿Que tipo de participación tuvo? →

27. ¿Durante que periodo, entre que años? →

	P25 (Leer Excluyente)						P26 (Leer Excluyente)					P27		
	Partido político	Sindicato	Organizaciones barriales vecinales o solidarias	Movimientos estudiantiles	Leer: DDHH, Desocupados, Inseguridad Otros tipos (especificar)	Ninguno/Ns/Nc	Adherente Simpatizante	Afiliado/ asociado	Activista/ militante	Dirigente/ Responsable	Ns/ Nc	Del año...	Al año...	Ns/ Nc
1ra. Más importante	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9
2da. Últimas	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9
3ra. Últimas	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9

PASA A P. 28

PARTICIPACION SOCIAL Y EN PROTESTAS

28. ¿Ha participado UD. alguna vez de ...? ¿... con qué frecuencia, algunas veces o muchas veces?

29. SOLO PARA ALGUNAS /MUCHAS VECES: ¿Cuándo fue la última vez? y ¿por qué reclamó?

30. ¿Considera que su experiencia de participación en ... (lo que corresponda) fue positiva o negativa?

Leer para cada tipo de protesta horizontalmente	NUNCA	ALGUNAS VECES	MUCHAS VECES	NS/NC	Año	Reclamo (salario, despido, seguridad, etc.)	P30			P31		P32			
							POSITIVA	NEGATIVA	NI P NI NE	NS/NC	Si Participaría	NO Participaría	NS/NC	Accepta	incepta
Huelgas/ paros	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Marchas/ concentraciones	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Cortes de rutas o calles	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Huelga de hambre	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Escarches/ repudios	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Cacerolazos	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Apagones/ descuélgues telefónicos	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Tomas de fábricas, edificios públicos	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32
Otras	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 3 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P31	<input type="checkbox"/> 1 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 2 Pasa P32	<input type="checkbox"/> 9 Pasa P32

31. ¿Considera que en ciertas circunstancias podría (volver a) participar de (tipo de protesta que corresponda) en el futuro? _____

SOLO PARA NUNCA PARTICIPO O NS/NC (P28) O EXPERIENCIA NEGATIVA/NI P NI NP O NS/NC (P30)

32. ¿Considera que esta forma de protesta es inaceptable o debería estar prohibida?

A TODOS

EVALUACIÓN DE LA SITUACIÓN DEL PAIS Y PREDISPOSICIÓN AL CAMBIO SOCIAL

Hablemos un poco cómo ve Ud. la situación del país.

33. ¿En su opinión, cuál es el principal problema del país por el que habría que salir a protestar en primer lugar? ¿Y el segundo problema? ¿Y el tercer problema?

LEER TODAS	1°	2°	3°
	Por la Desocupación	<input type="checkbox"/> 01	<input type="checkbox"/> 01
Por la Inseguridad	<input type="checkbox"/> 02	<input type="checkbox"/> 02	<input type="checkbox"/> 02
Por los Salarios	<input type="checkbox"/> 03	<input type="checkbox"/> 03	<input type="checkbox"/> 03
Por la Inflación	<input type="checkbox"/> 04	<input type="checkbox"/> 04	<input type="checkbox"/> 04
Por la Pobreza	<input type="checkbox"/> 05	<input type="checkbox"/> 05	<input type="checkbox"/> 05
Por el Autoritarismo del gobierno	<input type="checkbox"/> 06	<input type="checkbox"/> 06	<input type="checkbox"/> 06
Por Otros (ESPECIFICAR)	<input type="checkbox"/> 07	<input type="checkbox"/> 07	<input type="checkbox"/> 07
.....			
No habría protestar por Ninguno (LEER)	<input type="checkbox"/> 8	<input type="checkbox"/> 8	<input type="checkbox"/> 8
Ns-Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 99	<input type="checkbox"/> 99	<input type="checkbox"/> 99

34. ¿Qué situaciones de injusticia ha sufrido o qué problemas sociales lo han afectado a UD personalmente en los últimos tres años?

LEER CATEGORÍAS (MÚLTIPLE)	Familia y amigos	
	UD.	
Pérdida del trabajo	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 1
Caída de ingresos y del nivel de vida	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 2
Víctima de robos	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 3
Problemas de vivienda	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 4
Estafas o abusos de bancos, comercios o empresas	<input type="checkbox"/> 5	<input type="checkbox"/> 5
Abusos de la policía o funcionarios públicos	<input type="checkbox"/> 7	<input type="checkbox"/> 7
Otros (ESPECIFICAR):	<input type="checkbox"/> 8	<input type="checkbox"/> 8
.....		
Ninguno	<input type="checkbox"/> 0	<input type="checkbox"/> 0
Ns / Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 99	<input type="checkbox"/> 99

35. ¿Y sus familiares, amigos o entorno más cercano qué situaciones de injusticia han sufrido en los últimos 3 años?

36. En qué medida considera necesario o no un cambio general en lo político y económico en la marcha del país?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Muy necesario (pasa a P38)	<input type="checkbox"/> 1

Necesario (pasa a P38)	<input type="checkbox"/> 2
No es necesario (pasa a P37)	<input type="checkbox"/> 3
No es nada necesario (pasa a P37)	<input type="checkbox"/> 4
No sabe (no leer) (pasa a P37)	<input type="checkbox"/> 9

SOLO A QUIENES HAYAN CONTESTADOS "NO NECESARIO" O "NADA NECESARIO" EN P36

37. ¿Qué cosas lo hacen sentir conforme con la marcha actual del país?

ANOTAR EN FORMA COMPLETA	
.....	
.....	
No sabe / No contesta	<input type="checkbox"/> 99

Atención: Pasa a P40

SOLO A QUIENES HAYAN CONTESTADOS "MUY" O "BASTANTE NECESARIO" EN P36

38. ¿Cómo debería estar orientado ese cambio?

LEER DE A PARES	
Más control del Estado	<input type="checkbox"/> 1
Más libertad a la empresa privada	<input type="checkbox"/> 2
Ambos (no leer)	<input type="checkbox"/> 3
Ns/ Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9
Más impuestos a la riqueza	<input type="checkbox"/> 1
Menos gasto del Estado	<input type="checkbox"/> 2
Ambos (no leer)	<input type="checkbox"/> 3
Ns/ Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9
Más inversión extranjera	<input type="checkbox"/> 1
Más protección a empresas nacionales	<input type="checkbox"/> 2
Ambos (no leer)	<input type="checkbox"/> 3
Ns/ Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9
Más integración con América Latina	<input type="checkbox"/> 1
Más relaciones con Estados Unidos	<input type="checkbox"/> 2
Ambos (no leer)	<input type="checkbox"/> 3
Ns/ Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9
Más liderazgo político presidencial	<input type="checkbox"/> 1
Más funcionamiento del Congreso	<input type="checkbox"/> 2

Ambos (no leer)	<input type="checkbox"/> 3
Ns/ Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9
Mejores dirigentes políticos	<input type="checkbox"/> 1
Mayor participación ciudadana	<input type="checkbox"/> 2
Ambos (no leer)	<input type="checkbox"/> 3
Ns/ Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9

39. ¿Y cuál cree Ud. que sería el modo o la fuerza mas capaz de llevar adelante con éxito los cambios que Ud. Desea para el país?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Algún partido político	<input type="checkbox"/> 1
Un líder popular	<input type="checkbox"/> 2
La protesta masiva de la gente	<input type="checkbox"/> 3
Un acuerdo entre gobierno y oposición	<input type="checkbox"/> 4
Un pacto social entre empresarios y trabajadores	<input type="checkbox"/> 5
Otros (ESPECIFICAR)	<input type="checkbox"/> 6
.....	
No sabe (no leer)	<input type="checkbox"/> 9

AUTOPERCEPCION E IDENTIFICACIONES SOCIALES

Es importante conocer su visión y sus ideas sobre la política...

40. ¿De que clase social UD. siente que forma parte?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Clase trabajadora (pasa a p41)	<input type="checkbox"/> 1
Clase media (pasa a p42)	<input type="checkbox"/> 2
Clase alta (pasa a p43)	<input type="checkbox"/> 3
Ns-Nc (no leer) (pasa a p45)	<input type="checkbox"/> 9

SOLO A QUIENES HAYAN CONTESTADO "CLASE TRABAJADORA" EN P40

41. Y dentro de la clase trabajadora se identifica con...

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Los obreros	<input type="checkbox"/> 1
Los pobres	<input type="checkbox"/> 2
Los empleados	<input type="checkbox"/> 3
Otros (ESPECIFICAR)	<input type="checkbox"/> 4
.....	
Ns-Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9

SOLO A QUIENES HAYAN CONTESTADOS "CLASE MEDIA" EN P40

42. Y dentro de la clase media se identifica con...

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Los profesionales	<input type="checkbox"/> 1
Los comerciantes	<input type="checkbox"/> 2
Los empleados	<input type="checkbox"/> 3
Otros (ESPECIFICAR)	<input type="checkbox"/> 4
.....	
Ns-Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9

43. MOSTRAR TARJETA 2 ¿Con cuáles de los grupos o sectores mencionados en la tarjeta piensa Ud. que la CLASE TRABAJADORA / MEDIA /ALTA (MENCIONAR EL GRUPO CON EL QUE SE IDENTIFICA) debería aliarse o acercarse?

ANOTAR HASTA 3	
.....	
.....	
.....	
No sabe / No contesta	<input type="checkbox"/> 99

y ¿con cuáles debería enfrentarse o distanciarse?

ANOTAR HASTA 3	
.....	
.....	
.....	
No sabe / No contesta	<input type="checkbox"/> 99

44. (MOSTRAR TARJETA 2) ¿Cuál cree UD que es el grupo o sector que ha sido mas beneficiado por el gobierno de Kirchner?

ANOTAR HASTA 2	
.....	
.....	
No sabe / No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

45. (MOSTRAR TARJETA 2) ¿Cuál cree UD que es el grupo o sector que ha sido mas perjudicado por el gobierno de Kirchner?

ANOTAR HASTA 2	
.....	
.....	
No sabe / No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

46. Ante el gobierno de Kirchner piensa Ud. que la CLASE.... (TRABAJADORA / MEDIA / ALTA leer lo contestado en P40) a la que Ud. pertenece debería... ?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)		
Oponerse moderadamente	<input type="checkbox"/> 1	<input type="checkbox"/> 1
Oponerse fuertemente	<input type="checkbox"/> 2	<input type="checkbox"/> 2
Apoyar moderadamente	<input type="checkbox"/> 3	<input type="checkbox"/> 3
Apoyar fuertemente	<input type="checkbox"/> 4	<input type="checkbox"/> 4
Otros....	<input type="checkbox"/> 5	<input type="checkbox"/> 5
No sabe/ No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 9	<input type="checkbox"/> 9

¿Y ante el futuro gobierno de.... qué debería hacer la CLASE.... ? ↑

PREFERENCIAS POLÍTICO-ELECTORALES

47. UD. se considera más cerca de una posición de...

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Izquierda	<input type="checkbox"/> 1
Centroizquierda	<input type="checkbox"/> 2
Centro (no leer)	<input type="checkbox"/> 3
Centroderecha	<input type="checkbox"/> 4
Derecha	<input type="checkbox"/> 5
Ns/ Nc (no leer)	<input type="checkbox"/> 9

48. Si tuviera que elegir, Ud. diría que se siente más cerca del...

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Peronismo	<input type="checkbox"/> 1
Radicalismo	<input type="checkbox"/> 2
ARI (Carrió)	<input type="checkbox"/> 3
PRO (Macri)	<input type="checkbox"/> 4
Socialismo	<input type="checkbox"/> 5
Kirchnerismo (Frente para la Victoria)	<input type="checkbox"/> 6
Otros (ESPECIFICAR)	<input type="checkbox"/> 7
_____	<input type="checkbox"/> 7
Ninguno/ NS-NC	<input type="checkbox"/> 0

49. ¿A quién votó en las elecciones para presidente de la Nación del pasado 28 de octubre?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Cristina Kirchner	<input type="checkbox"/> 1
Roberto Lavagna	<input type="checkbox"/> 2
Elisa Carrió	<input type="checkbox"/> 3
Ricardo López Murphy	<input type="checkbox"/> 4
Alberto Rodríguez Saa	<input type="checkbox"/> 5
Pino Solanas	<input type="checkbox"/> 6
Otros...	<input type="checkbox"/> 7
En blanco/Impugno	<input type="checkbox"/> 8
No votó	<input type="checkbox"/> 9
NS/NC	<input type="checkbox"/> 0

50. ¿A quién votó en las elecciones presidenciales del año 2003?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Néstor Kirchner	<input type="checkbox"/> 1
Carlos Menem	<input type="checkbox"/> 2
Elisa Carrió	<input type="checkbox"/> 3
Ricardo López Murphy	<input type="checkbox"/> 4
Adolfo Rodríguez Saa	<input type="checkbox"/> 5
Otros	<input type="checkbox"/> 6
En blanco / Impugnó	<input type="checkbox"/> 7
No votó	<input type="checkbox"/> 8
NS/NC	<input type="checkbox"/> 0

51. ¿A quién votó en las elecciones presidenciales del año 1999?

LEER CATEGORÍAS (EXCLUYENTE)	
Eduardo Duhalde	<input type="checkbox"/> 1
Fernando De la Rúa	<input type="checkbox"/> 2
Domingo Cavallo	<input type="checkbox"/> 3
Patricia Walsh	<input type="checkbox"/> 4
Otros	<input type="checkbox"/> 5
En blanco/ Impugnó	<input type="checkbox"/> 6
No votó	<input type="checkbox"/> 7
NS/NC	<input type="checkbox"/> 0

A TODOS

DATOS SOCIODEMOGRAFICOS

ENTREVISTADO

52. Sexo

Hombre	<input type="checkbox"/> 1
Mujer	<input type="checkbox"/> 2

53. Edad

Indique edad exacta		

54. Por favor ¿Podría decirme cuál es el máximo nivel educativo que Ud. posee?

Sin estudios	<input type="checkbox"/> 01
Primaria incompleta	<input type="checkbox"/> 02
Primaria completa	<input type="checkbox"/> 03
Secundaria incompleta	<input type="checkbox"/> 04
Secundaria completa	<input type="checkbox"/> 05
Terciaria incompleta	<input type="checkbox"/> 06
Terciaria completa	<input type="checkbox"/> 07
Universitaria incompleta (abandonó los estudios)	<input type="checkbox"/> 08
Universitaria incompleta (cursa actualmente)	<input type="checkbox"/> 09
Universitaria completa	<input type="checkbox"/> 10
Posgrado	<input type="checkbox"/> 11
No sabe / no contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

55. ¿UD. está trabajando o tiene otra actividad actualmente?

SI TRABAJA (pasa a P.56)	<input type="checkbox"/> 1	
NO TRABAJA (Leer abajo)		
¿BUSCA TRABAJO? / DESOCUPADO	<input type="checkbox"/> 2	pasa a P58
¿Es ESTUDIANTE?	<input type="checkbox"/> 3	pasa a P.58
¿Es AMA DE CASA?	<input type="checkbox"/> 4	pasa a P.58
¿Es JUBILADO O PENSIONADO?	<input type="checkbox"/> 5	pasa a P.58
Otros.....	<input type="checkbox"/> 6	pasa a P.58
NO CONTESTA	<input type="checkbox"/> 9	

SOLO PARA LOS QUE TRABAJAN

56. ¿Cuál es su ocupación o trabajo actual?

Ocupación encuestado (especificar con claridad)	
.....	
.....	
No sabe / No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99
NO LEER (CODIFICACIÓN A CARGO ENCUESTADOR)	ENCUESTADO

PEONES/ APRENDICES/ SERVICIO DOMÉSTICO/ AMBULANTES	<input type="checkbox"/> 1	
OBRERO/ OPERARIO ESPECIALIZADO EN INDUSTRIAS O SERVICIOS	<input type="checkbox"/> 2	
EMPLEADOS ADMINISTRATIVOS O DE VENTAS EN INDUSTRIA, SERVICIOS O COMERCIO	<input type="checkbox"/> 3	
OFICIOS INDEPENDIENTES (NO PROFESIONALES) / SUBOF. FF.AA./ CAPATACES/ SUPERVISORES / EMPLEADOS DE RANGO MEDIO	<input type="checkbox"/> 4	Pasa a P57
COMERCIANTES	<input type="checkbox"/> 5	Pasa a P57
PROFESIONALES UNIVERSITARIOS	<input type="checkbox"/> 6	Pasa a P57
EMPRESARIOS / GERENTES / DIRECTIVOS /FUNCIONARIOS ALTO RANGO	<input type="checkbox"/> 7	Pasa a P57
NO CONTESTA	<input type="checkbox"/> 9	

SOLO PARA OFICIOS INDEPENDIENTES, COMERCIANTES, PROFESIONALES O EMPRESARIOS (OPCIONES 4,5,6,7)

57. ¿En su trabajo tiene personas a su cargo? ¿Cuántas?

NO LEER CODIFICACION A CARGO DEL ENCUESTADOR	ENCUESTADO
Ninguna / No tiene personas a cargo	<input type="checkbox"/> 1
Hasta 5 personas	<input type="checkbox"/> 2
Entre 6 y 40	<input type="checkbox"/> 3
Entre 41 y 200	<input type="checkbox"/> 4
Más de 200 personas	<input type="checkbox"/> 5
NS/NC	<input type="checkbox"/> 9

58. ¿Quién es la persona que más aporta al sostenimiento del hogar?

Usted	<input type="checkbox"/> 1	FIN CUESTIONARIO
Otro	<input type="checkbox"/> 2	PASA P.59
NS/NC	<input type="checkbox"/> 9	FIN CUESTIONARIO

SOLO PARA SOSTEN DEL HOGAR

59. Por favor ¿Podría decirme cuál es el máximo nivel educativo que posee la persona que más aporta al sostenimiento del hogar?

Sin estudios	<input type="checkbox"/> 01
Primaria incompleta	<input type="checkbox"/> 02
Primaria completa	<input type="checkbox"/> 03
Secundaria incompleta	<input type="checkbox"/> 04
Secundaria completa	<input type="checkbox"/> 05
Terciaria incompleta	<input type="checkbox"/> 06

Terciaria completa	<input type="checkbox"/> 07
Universitaria incompleta (abandonó)	<input type="checkbox"/> 08
Universitaria incompleta (cursa)	<input type="checkbox"/> 09
Universitaria completa	<input type="checkbox"/> 10
Posgrado	<input type="checkbox"/> 11
No sabe / no contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99

60. ¿Cuál es la ocupación o trabajo actual del sostén del hogar?

Ocupación Sostén del Hogar (especificar con claridad)	
.....	
.....	
No sabe / No contesta (no leer)	<input type="checkbox"/> 99
NO LEER (CODIFICACION A CARGO ENCUESTADOR)	SOSTEN
PEONES/ APRENDICES/ SERVICIO DOMESTICO/ VENDEDORES AMBULANTES	<input type="checkbox"/> 1 FIN CUESTIO NARIO
OBRAERO/ OPERARIO ESPECIALIZADO EN INDUSTRIAS O SERVICIOS	<input type="checkbox"/> 2 FIN CUESTIO NARIO
EMPLEADOS ADMINISTRATIVOS O VENTAS EN INDUSTRIA, SERVICIOS O COMERCIO	<input type="checkbox"/> 3 FIN CUESTIO NARIO
OFICIOS INDEPENDIENTES (NO PROFESIONALES) / SUBOF. FF.AA./ CAPATACES/ SUPERVISORES / EMPLEADOS DE RANGO MEDIO	<input type="checkbox"/> 4 Pasa a P.61
COMERCIANTES	<input type="checkbox"/> 5 Pasa a P.61
PROFESIONALES UNIVERSITARIOS	<input type="checkbox"/> 6 Pasa a P.61
EMPRESARIOS / GERENTES / DIRECTIVOS /FUNCIONARIOS ALTO RANGO	<input type="checkbox"/> 7 Pasa a P.61
DESOCUPADO	<input type="checkbox"/> 8 FIN CUESTIO NARIO
NO CONTESTA	<input type="checkbox"/> 9 FIN CUESTIO NARIO

SOLO PARA OFICIOS INDEPENDIENTES, COMERCIANTES, PROFESIONALES O EMPRESARIOS (OPCIONES 4,5,6,7)

61. ¿Sabe Ud. Si el sostén del hogar tiene personas a cargo a su trabajo? ¿Cuántas?

	SOSTE N
Ninguna / No tiene personas a cargo	<input type="checkbox"/> 1
Hasta 5 personas	<input type="checkbox"/> 2
Entre 6 y 40	<input type="checkbox"/> 3
Entre 41 y 200	<input type="checkbox"/> 4
Más de 200 personas	<input type="checkbox"/> 5
NS/NC	<input type="checkbox"/> 9

FIN DEL CUESTIONARIO

DOMICILIO
CALLE:
.....No :.....
NOMBRE ENTREVISTADO:
.....
TELÉFONO: _____ - _____

**AGRADEZCA Y FINALICE LA ENCUESTA
NO OLVIDE CONSIGNAR LA HORA DE
FINALIZACIÓN DE LA ENTREVISTA EN HOJA 1**

ENCUESTADOR:	
SUPERVISÓ:	FECHA DE SUPERVISIÓN:

Declaro que las informaciones por mi recolectadas son verdaderas y fueron correctamente anotadas en el cuestionario y de acuerdo a las cuotas exigidas.

Firma: _____

--